

**TESIS DOCTORAL**

**LAS EMOCIONES COMO COMPONENTE DE LA**

**RACIONALIDAD HUMANA**



**VNiVERSiDAD**  
**D SALAMANCA**

**Universidades de A Coruña, La Laguna, Santiago de Compostela, Valencia,  
Valladolid y Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).**

**2016**

Doctorando: Manuel A. García Sedeño

Directora: Amparo Gómez Rodríguez

**INFORME PARA DEPÓSITO DE TESIS EN LA SECRETARIA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD**

D./ D<sup>a</sup> **MANUEL ANTONIO GARCÍA SEDEÑO** ha completado el Programa de Doctorado denominado: LÓGICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA del Programa R.D. 1393/2007 y tiene presentado su Proyecto de Tesis por el Departamento de: FILOSOFÍA, LÓGICA Y ESTÉTICA

estando en disposición de hacer entrega en la Secretaría General de la Universidad de los dos ejemplares de la tesis doctoral titulada:

**LAS EMOCIONES COMO COMPONENTE DE LA RACIONALIDAD HUMANA**

a los efectos de depósito a que hace referencia el artículo 17 del Reglamento de Doctorado de la Universidad de Salamanca (Aprobado por Consejo de Gobierno de 25 de Octubre de 2011, modificado por Comisión Permanente del Consejo de Gobierno de 18 de Julio de 2013, por el Consejo de Gobierno de 26 de junio de 2014 y de 29 de enero de 2015

La Laguna, a 4 de julio de 2016



Fdo.: AMPARO GÓMEZ  
RODRÍGUEZ

**η ορεκτικός νους η προαιρεσις η ορεξις  
διανοητική, και η τοιαυτη αρχη ανθρωπος**

(Toda elección es o inteligencia deseosa o deseo  
inteligente, y esta clase de principio es el hombre),

(Ética a Nicómaco, VI, 2, 1139, b 5)



## AGRADECIMIENTOS

La realización de cualquier proyecto, implica una carga de trabajo tan grande que una persona sola sería incapaz de realizarlo sin el apoyo de otras que le ayuden y apoyen. Es, en estos momentos, cuando más se valora y se necesita el apoyo recibido, aunque sólo sea escuchando o estando ahí en los momentos de flaqueza. Por todo ello, no puedo sino agradecer a mi directora de tesis Amparo Gómez el apoyo y el ánimo que siempre, en cada momento, me ha ofrecido. Más allá de lo puramente académico, ha logrado que no me sienta sólo en este tiempo y, con sus amables palabras, que reflexione sobre mis errores, reorientando el trabajo en la línea correcta. Algo que sólo lo hacen los buenos docentes. Gracias.

No puedo tampoco dejar de agradecer a Cristina, mi mujer y mi compañera, todo el apoyo y la ayuda prestada y, sobre todo, su paciencia conmigo. Siempre ha estado ahí, apoyándome y soportando mis largos y tediosos comentarios. Siempre, con su natural amabilidad y bondad, ha sabido hacerme ver mis errores, mis contradicciones y ha logrado que me sienta satisfecho de este trabajo. Gracias.

A mis hijos, por el tiempo que les he quitado y por su generosidad conmigo, que siempre, han valorado mi trabajo y mis inquietudes. Han sabido hacer de mí un hombre emocionalmente estable y feliz de formar parte de su historia.

A todos, y son muchos, familiares, amigos y compañeros que han compartido durante todo este tiempo mi entusiasmo, animándome y haciendo mi vida más completa y feliz. A todos y todas, gracias.



## INDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	11
BLOQUE I.....	29
EL CONCEPTO DE EMOCIÓN EN EL ÁMBITO DE LA FILOSOFÍA: UN ENFOQUE HISTÓRICO .....	29
Capítulo 1: De la Filosofía Homérica al Cristianismo .....	33
1.1. La tradición hebraica: concepción vetero-testamentaria de las emociones.....	33
1.2. El período heleno: la Filosofía Socrática.....	40
1.3. La Filosofía Postaristotélica .....	50
1.3.1. El Epicureísmo .....	52
1.3.2. El Estoicismo.....	54
1.4. La romanización de la Filosofía Griega .....	60
Capítulo 2: La Filosofía Cristiana .....	64
2.1. San Agustín de Hipona .....	67
2.2. Santo Tomás de Aquino .....	71
2.3. La Filosofía Franciscana.....	74
Capítulo 3: La Filosofía Moderna .....	76
3.1. El Mecanicismo .....	77
3.2. El Racionalismo.....	80
3.3. El Empirismo.....	92
3.4. La Ilustración.....	103
3.5. Kant y su Teoría Crítica.....	111
3.6. La escuela Psicológico-realista.....	115
3.7. El Idealismo.....	118
3.8. Friedrich Wilhelm Nietzsche.....	126
3.9. La Filosofía de la existencia .....	129

3.10. La Fenomenología .....	132
Recapitulación del Bloque I .....	152
BLOQUE II .....	163
LA CONCEPCIÓN PSICOLÓGICA DE LAS EMOCIONES.....	163
Capítulo 4: La Psicología de las Emociones .....	164
4.1. Introducción.....	164
4.2. El Asociacionismo .....	165
4.3. Los inicios de la Psicología Científica .....	175
4.3.1. La Frenología.....	178
4.3.2. Los estudios del cerebro: Broca .....	186
4.3.3. El nacimiento de la Neurobiología: la neurona .....	190
4.3.4. La Psicología Diferencial .....	193
4.3.5. La Teoría Evolutiva de las Emociones y el Evolucionismo.....	196
Capítulo 5: Primeros pasos de la Psicología como ciencia independiente .....	206
5.1. La Psicología Experimental.....	207
5.2. Estructuralismo.....	209
5.3. El Psicoanálisis .....	219
5.4. El Paradigma Conductista .....	227
Recapitulación del Bloque II .....	239
BLOQUE III.....	249
LA PSICOLOGÍA COGNITIVA Y SU EVOLUCIÓN HASTA LA NEUROLOGÍA DE LAS EMOCIONES .....	249
Capítulo 6. Psicobiología de las emociones .....	250
6.1. Teorías Psicobiológicas de las emociones.....	251
Capítulo 7. Neuropsicología de las emociones.....	266
7.1. El nuevo paradigma: el dominio de la Neurología.....	271



7.1.1. Algunos representantes.....	272
7.1.2. El cerebro como asiento de las emociones .....	276
7.1.2.1. El Bulbo Raquídeo.....	278
7.1.2.2. Mesencéfalo.....	280
7.1.2.3. Diencéfalo.....	281
7.1.2.4. Telencéfalo .....	284
7.1.3. Las lesiones cerebrales como fortaleza explicativa de la Neuropsicología	290
7.1.3.1. Lesiones del lóbulo frontal .....	291
7.1.3.2. Lesiones en la corteza pre-frontal (ventromedial).....	291
7.1.3.3. Lesión del lóbulo parietal .....	294
7.1.3.4. Lesión del lóbulo temporal.....	294
7.1.3.5. Lesiones del lóbulo occipital .....	299
7.1.3.6. Lesiones en la amígdala.....	300
7.1.3.7. Lesiones en Corteza Prefrontal y Cingulada Anterior.....	301
7.2. Deficiencias del reduccionismo: el cerebro, las imágenes y los qualia.....	302
7.3. De las redes neuronales a la formación de engramas .....	312
7.3.1. La hipótesis del disparo sincrónico .....	318
Capítulo 8. La Psicología Cognitiva y las emociones. ....	321
8.1. El Paradigma Cognitivo .....	324
8.2. El Constructivismo y la influencia de la interacción social.....	327
Capítulo 9. Los modelos cognitivos de las emociones.....	333
9.1. Martha Nussbaum y la inteligencia de las emociones.....	352
Recapitulación del Bloque III.....	358
Conclusiones.....	363
Bibliografía.....	375



# 1. INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente se define al ser humano con la etiqueta de racional para diferenciarlo del resto de los seres que habitan en el mismo espacio que él. Esta capacidad de razonar no sólo le sitúa en lo más alto de la escala evolutiva, sino que además le presenta como la obra maestra de la creación. En contra, las emociones, las pasiones e incluso los sentimientos forman parte de una dimensión más próxima a lo animal que a lo humano. Los estoicos, como Zenon de Elea (301 a.C.) ya defendieron esta posición manteniendo que las emociones conducen a juicios errados, a opiniones vacías y privadas de sentido, como si fueran enfermedades crónicas (Casado y Colomo, 2006). La razón y las emociones son aspectos diferentes de la naturaleza humana, como decía la famosa, y muy repetida máxima de Blaise Pascal “el corazón tiene sus razones que la razón no entiende” (1670:277). En definitiva, al considerar que las emociones no poseen valor epistémico las enfrenta a la razón y les otorgan un papel tangencial en problemas generalmente asociados a la ética, la moral y al comportamiento humano.

Se trata de una concepción de las emociones como fenómenos en los que el sujeto participa de forma pasiva, sin control sobre ellas y a la vez afectado por las mismas. Se trata de una manifestación de la supuesta separación insalvable entre las emociones y la razón, condenando a las primeras a ser fenómenos irracionales que no dependen del sujeto. Esta idea queda muy bien reflejada en los escritos de los padres de la Psiquiatría, como Pinel (1801), Griesinger (1845) y Kraepelin (1883), que defendían el papel predominante de las emociones en la etiología de los trastornos mentales al arrastrar al hombre a un estado animal.

Pinel (1801), en su *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, considera dos grupos de causas posibles en la etiología de la alienación; unas *predisponentes* (hereditarias) y otras *ocasionales*, debidas a sucesos externos y a emociones violentas<sup>1</sup>. En esta obra, Pinel, recoge bajo la noción de “simpatía” la idea de

---

<sup>1</sup> En esta obra desarrolla, en cierta manera, una teoría sobre la enfermedad mental con ciertas semejanzas a la teoría periférica de las emociones de James y Lange. Una visión, que dicho sea de paso, fue bastante

que los trastornos mentales son la consecuencia de afecciones viscerales, provocadas por las emociones y las pasiones. Idea que se manifiesta también en la definición que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua (2001) ofrece sobre el concepto de locura o enajenación como una manifestación de la privación del juicio o del uso de la razón<sup>2</sup>.

A pesar de ello, el estudio de las emociones siempre ha despertado un gran interés en la Filosofía, la Psicología y la Neurología. La oposición entre emoción y razón ha sido cuestionada, especialmente en nuestros días, dando lugar a teorías que proponen que la razón y la emoción más que dimensiones opuestas son complementarias, ya que el ser humano necesita de ambas para poder desplegar todo su potencial cognitivo. Los partidarios de la unión de estas dos dimensiones consideran también que de esta forma se obtiene una concepción más amplia de la razón y del actuar humano. Ofrecen una nueva perspectiva en la que se relacionan las emociones con la intencionalidad y la racionalidad, lo que acrecienta la posibilidad de realizar un análisis menos fragmentado de la cognición y del comportamiento. En contra, ver las emociones como separadas y contrarias a la razón deja un vacío en el intento de explicación de lo humano. Así pues, al considerar las emociones como parte del engranaje de la mente y no como una contingencia o accidente de ésta, permite valorarlas como un factor importante en las teorías éticas y por ende en el estudio de la política, las culturas, en definitiva, en todo lo referente al ser humano.

Fruto de este interés por el estudio de las emociones, ha surgido una multitud de clasificaciones publicadas a lo largo de los siglos XX y XXI, destacando entre todas ellas las que las dividen en emociones *primarias* y *secundarias* (Plutchik, 1962). Las primeras incluyen emociones como el miedo, la ira, la alegría, la tristeza, el disgusto y la sorpresa. Se trata de emociones que tienen asociados patrones de conducta, tales como respuestas faciales, motoras, vocales, endocrinas y autonómicas, estereotipadas,

---

criticada por sus discípulos Esquirol y Georget al considerarla filosófica, heredada del empirismo sensualista de Condillac.

<sup>2</sup> El término loco procede de la voz del árabe hispano *lāwqa*, y este del árabe clásico *lawqā'*. Esta voz, además de la consideración general de la locura como el estado que padece una persona que ha perdido la razón, o tiene trastornadas las facultades mentales, implica un alejamiento de la norma moral y un descontrol de las emociones.

reconocibles por encima de diferencias culturales y raciales en los seres humanos; es decir, poseen una naturaleza universal. Las emociones secundarias, entre las que se encuentran la envidia, la vergüenza, la culpa, la calma, la depresión, etc., tienen un componente cognitivo y van asociadas a las relaciones interpersonales. Ambas, las primarias y las secundarias, constituyen sin duda la parte esencial de nuestra vida, a la que confieren color y carácter, de manera que la alteración de los sistemas neurales a los que se les asocia provoca grandes trastornos de conducta. De hecho, gran parte de las enfermedades psiquiátricas se presentan como alteraciones en el modo de experimentar las emociones.

A pesar de ello, hay que indicar que el estudio de las emociones sigue presentando, aún hoy día, una gran dificultad derivada especialmente de: 1) la oscura relación que mantienen con la razón, 2) de la ambigüedad de la propia noción de emoción y 3) de la pluralidad de enfoques y modelos teóricos sobre el origen y la utilidad de las emociones.

Respecto a la primera consideración, la oscura relación entre emoción y razón, ya la tradición defiende el control que la razón debe ejercer sobre las emociones como la mejor vía para tener un comportamiento moral. Tomás de Aquino, lo deja bien claro al afirmar que las pasiones, aunque no son en sí mismas ni buenas ni malas, sólo pueden ser consideradas como morales en la medida en que dependan de la razón y de la voluntad. Pertenece a la perfección del bien moral o humano el que las pasiones estén reguladas por la razón (*Summa Theologiae*, 1-2, q. 24, a. 3, c)<sup>3</sup>. Platón, defiende también estos planteamientos, llegando incluso a decir que las emociones distorsionan y oscurecen el verdadero modo de ver el mundo porque están en conflicto con la razón. De ahí, que deba ser la razón la que controle las emociones, como lo reejea en la metáfora del auriga. Se puede decir que estos enfoques no sólo marcan una línea de

---

<sup>3</sup> Esta visión del Aquinate refleja toda una larga tradición judeo-cristina, conectada con la griega, que lejos de entender las emociones humanas como mecanismos naturales para garantizar, entre otras cosas, la supervivencia, las consideraron como el lugar de donde surgen los vicios. Para el mundo griego y la posterior cultura judeocristiana, razón y pasión mantienen un cierto antagonismo. El intelecto superior debe controlar las pasiones, al ser éstas emociones desbocadas, que enturbian la capacidad de pensar con claridad y asociadas casi siempre al pecado y la culpa. No es sorprendente que, aún hoy, tienda a estudiarse científicamente la racionalidad o cognición, como un proceso separado e independiente de la emoción. San Gregorio Magno (540-404), en su manuscrito *Moralia en Job* (XXXI, XVII) recoge también esta vieja idea y confecciona la lista de los siete pecados capitales que conocemos hoy: lujuria, pereza, gula, ira, envidia, avaricia y soberbia.

opinión en la que se defiende el predominio de la razón frente a las emociones, sino que les atribuye la capacidad de deshumanizar al hombre (Filebo, IV).

Otras concepciones, como la propuesta por Aristóteles, establecen conexiones entre la razón y las emociones en distinta línea. Las emociones, según Aristóteles, pueden ser consideradas como medios racionales de percibir e interactuar con el mundo, más que azarosas y recoletas sensaciones físicas o psíquicas. Las emociones complementan a la razón y nos abren a los campos de la moral, la estética y los valores religiosos.

La segunda dificultad, referente a la ambigüedad del tema, no es más que el reflejo de un problema muy generalizado en la ciencia, que no es otro que el que genera el propio lenguaje científico. El lenguaje utilizado en el ámbito del estudio de las emociones es ambiguo, sinonímico, con excesivas lagunas léxicas y trampas lingüísticas. No siempre, y en todos los lugares e idiomas, existen palabras para referirse a la misma emoción o que reflejen el mismo concepto, por lo que lo “habitual es que se llenen las lagunas mediante catacresis y descripciones metafóricas” (Ortony, Clore y Collins, 1996:10).

Estos autores proponen como ejemplo de emoción el miedo, por su carácter universal y porque se puede experimentar muy fuerte, cuando se “está aterrizado”, y de forma débil como “preocupación” o, incluso, en forma somática “temblar de miedo”. De forma que podríamos seguir enumerando largas listas de calificativos de la emoción del miedo hasta agotar el diccionario. Luego el lenguaje, a pesar de su utilidad, puede presentar también grandes dificultades a la hora de estudiar las emociones, especialmente si lo consideramos como evidencia de éstas.

Otro aspecto de la ambigüedad del lenguaje lo tenemos también en la dificultad para determinar los aspectos más evidentes (síntomas) que refleja cada emoción. Esto es, manifestaciones sensoriales, psicológicas, conductuales, cognitivas y fenómenos sociales. El mismo James (1884), defendió la necesidad de observar síntomas corporales para abordar el estudio de las emociones. Considera que las emociones no son más que los efectos fisiológicos que producen las percepciones a partir de sucesos externos. Recientes avances en Neurología revelan patrones estructurales y funcionales en el

Sistema Nervioso Central (SNC) y sus correlatos con ciertas condiciones experimentales. Muchos filósofos de orientación cartesiana, mantienen, sin embargo, que en las emociones no pueden faltar los aspectos subjetivos e introspectivos.

Otros dos aspectos relacionados con la ambigüedad del tema de las emociones se encuentran en la metodología utilizada para su estudio; como son el análisis de lesiones cerebrales, su etiología y efectos sobre la conducta y los procesos cognitivos, y el estudio con animales. En el primero de los casos, con hondas raíces en las teorías de Broca (1861), Cannon (1966) y James (1884, 1890) bajo la consideración de que el origen de las emociones se halla en el cerebro, se intenta detectar las zonas específicas responsables de cada una de las emociones. El problema que presenta esta línea es doble, por un lado es muy reduccionista, contradice la definición de emoción como un concepto multidimensional, desechando la posibilidad de que haya más de una zona implicada y, segundo, ofrece una visión del ser humano muy determinista, como un “autómata” (Zombies en palabras de Chalmers, 1996) que responde automáticamente a los estímulos. Si como dice James (1884), estamos tristes porque lloramos, la emoción se produce con las lágrimas, aunque no seamos conscientes de ellas, tras su lectura por parte del cerebro.

Por otra parte, los estudios con animales mediante la producción de lesiones cerebrales y su correspondencia con los estados emocionales no están exentos de problemas. Por un lado, se atribuyen emociones “humanas” o “humanizadas” a las conductas que presentan los animales. Consideramos la ira o el miedo por rasgos externos y le atribuimos propiedades semejantes a las que presentamos los humanos. Se establecen, además, fuertes correlaciones entre la anatomía cerebral de los animales con las de los humanos. Esta posición nos parece sorprendente, ya que la coincidencia anato-fisiológica de los cerebros no sólo no se da sino que es imposible, debido, entre otros motivos, a que se encuentran en estados evolutivos diferentes.

Finalmente, la tercera situación, centrada en la diversidad de enfoques, viene a reflejar la confusa situación que han creado la multitud de teorías descriptivas y explicativas de las emociones que han surgido a lo largo de los años. Quizás, donde mejor se pueda apreciar sea en la evolución que se ha producido desde los enfoques puramente metafísicos hasta los biológicos, pasando por los sociales y los psicológicos.

Uno de ellos, quizás de los más curiosos, es el propuesto por el psicoanálisis que entiende las emociones como una reacción ante algo que surge de nuestro inconsciente, no como algo que existe en la realidad. Similarmente, Sartre (1939), concibe las emociones como el modo en que se vive el mundo a través de la percepción, de la reacción muscular y las actitudes ante él. Incluso las teorías cognitivas relacionan las emociones con la intencionalidad y las creencias. Todas ellas, sea desde una visión monista o dualista, han ido parcelando y estrechando su campo de conocimiento hasta niveles que impiden, en multitud de ocasiones, su comunicación.

Por último, otro aspecto de las emociones relacionadas con esta tercera dificultad, es la subjetividad y su implicación en la universalidad. Aunque hay enfoques que consideran las emociones con un carácter universal (Salovey y Meyer, 1990; Ekman, 2012), no hay evidencia de que nada en la naturaleza de la emoción asegure dicha universalidad, parece obvio que las emociones difieren de un sitio a otro y de una persona a otra. Se trata de una cuestión difícil de abordar a pesar de que algunos consideran que todo el mundo sepa de *facto* qué emoción siente (placer, dolor, odio, amor, ira, esperanza, etc.) y, de alguna manera, sepan también qué función desempeña y qué utilidad tiene. Pero como dicen Fehr y Russell, “todo el mundo sabe lo que es una emoción hasta que se le pide que la defina” (1984:464).

En definitiva, es posible afirmar que la dificultad para estudiar las emociones residen en el hecho de que son estados afectivos que surgen como reacción a un ambiente externo/interno, que vienen además acompañados de cambios orgánicos que conllevan también un fuerte componente subjetivo. Esto es, para que un ser humano experimente una emoción es necesaria la activación de toda una serie de mecanismos fisiológicos y psicológicos que van desde la reacción glandular hasta la valoración cognitiva que la situación representa para la propia existencia. Aquí, por tanto, se encuentra uno de los principales escollos para abordar el estudio de las emociones, que no es otro que el de cómo abordar las experiencias subjetivas que vive individualmente cada sujeto y cuya reacción viene condicionada por sus vivencias anteriores, sus aprendizajes y su propia visión del mundo.

Las emociones incluyen sentimientos y experiencias, incluyen aspectos fisiológicos y conductuales e incluyen también cogniciones y conceptualizaciones. Los



aspectos fisiológicos, conductuales y expresivos que las definen, presuponen la existencia de un lugar, de una situación y de un contexto que las propicia. Las emociones sólo pueden estudiarse a partir de la situación donde se originan y entendiéndolas como el resultado de la elaboración que hace un sujeto de dicha situación. Elaboración que incluye también al lenguaje como herramienta cognitiva y social que permite al sujeto tanto entenderlas como comunicarlas. Las emociones son, por tanto, el resultado de ciertas clases de cogniciones sobre la interpretación de un acontecimiento y su consecuente representación (Ortony et als., 1996).

Con la intención de demostrar que la racionalidad humana es consustancial con las emociones se presenta este trabajo. En él se parte de la consideración de las emociones como el “pegamento” que une todas las ideas y que propicia la acción gracias a la activación del deseo. Se defiende también que la función de las emociones no se limita a facilitar la adaptación y la supervivencia del ser humano, sino a hacer posible la aparición de las funciones mentales implicadas en la capacidad de razonamiento. Se trata de una visión del ser humano que considera que ha ido perdiendo con el tiempo las capacidades adaptativas frente a otras que le llevan a transformar su medio. Es, por tanto, en este contexto donde las emociones cumplen su verdadera función, que no es otra que la de facilitar la creación de expectativas, la valoración cognitiva de las situaciones, en definitiva, de hacer posible la capacidad de razonar. Aún más, y siguiendo a Damasio (2006), se considera también la intuición como algo relacionado con la razón y las emociones, un producto de la consciencia que se alimenta de ambas dimensiones y que extrae de ellas la esencia de las cosas, haciendo posible la creatividad. La intuición debe entenderse como fruto de una extraña capacidad de combinatoria que selecciona qué elementos encajan y cuáles no en la que uno de sus principales componentes es la emoción misma, incluso una manifestación de ella.

La lógica que lleva a esta consideración es la creencia de que existen multitud de evidencias del poder que ejercen las emociones en la razón humana. La propia experiencia cotidiana muestra cómo el estado de ánimo condiciona los procesos cognitivos implicados en la capacidad de razonar; cuesta razonar cuando algo preocupa, cuando una emoción aturde. La publicidad es también uno de los mejores ejemplos donde se observa la influencia de las emociones sobre la razón al intentar crear en el

consumidor una imagen capaz de influir sobre su toma de decisiones. Una disciplina basada en la naturaleza persuasiva de la retórica, que busca crear en el receptor una imagen de sí mismo que le lleve a tomar una decisión determinada y prefijada.

En el ámbito de la Psicología, la mayoría de los estudios en este campo los encontramos en los seguidores de los paradigmas constructivista epistemológico, cognitivista y psicoanalítico: los trabajos de René Spitz (1945, 1965), sobre la depresión anaclítica y el efecto de las emociones en el desarrollo de las funciones cognitivas, los trabajos de Vigotsky (1932, 1934)<sup>4</sup> sobre la direccionalidad que las emociones imprimen a la conducta y, cómo no, los trabajos de Bruner (1998) sobre los actos con significado. En todos estos casos, se defiende la consideración de las emociones como los principales mecanismos psicológicos para la construcción del yo, social e individual, previa al desarrollo de las facultades cognitivas. Piaget (1954), Bowlby (1965) y Trevarthen (1986), lo matizan aún más al resaltar cómo el ser humano inicia su desarrollo cognitivo a partir de los lazos afectivos que crea primero con los objetos y luego con sus iguales, permitiéndole construir su propia identidad y su representación del mundo<sup>5</sup>. Otorgan un carácter cognitivo a las emociones ya que entienden que los seres humanos no sólo poseen la capacidad de tener experiencias acerca del mundo y acerca de las personas, sino también la habilidad de compartirlas con los demás, compartir su valoración subjetiva. Unas experiencias que se inician, en los primeros meses del desarrollo, atraídos por atributos perceptivos, como el movimiento, la tonalidad, la luminosidad, etc., que le permiten construir creencias sobre los objetos y los demás seres humanos sobre las que se sustentan la razón.

---

<sup>4</sup> Este autor entiende el desarrollo como un proceso determinado por el entorno sociocultural sobre dos niveles: por una parte, la interacción social, que proporciona al niño información y herramientas útiles para desenvolverse en el mundo; por otra parte, el contexto histórico y sociocultural, que controla el proceso a través del cual los miembros de un grupo social acceden a unas herramientas u otras.

<sup>5</sup> Trevarthen describió dos modos en los cuales, durante su primer año de vida, los bebés se implican con las personas. Eligió el término *Intersubjetividad Primaria* para describir el modo que utilizan los bebés para interactuar con los adultos expresando diversas emociones o respondiendo corporalmente de una manera particular ante su presencia. Este modo de intersubjetividad se caracteriza por el contacto íntimo que establecen los bebés con los adultos en interacciones cara a cara, o en términos más técnicos, en formatos diádicos. Un segundo modo de contacto intersubjetivo, al que denominó *Intersubjetividad Secundaria*, se caracteriza por un cambio cualitativo en el modo de relación que se establece entre el bebé y el adulto. Hacia el último trimestre del primer año de su vida, los bebés, comienzan a interactuar con los adultos, ya no en formato diádico, sino en formato triádico. Esto es, los bebés comienzan a incluir a los objetos en sus interacciones con los adultos. Empiezan a mostrar objetos a los adultos, a señalárselos, a realizar acciones alternadas sobre un mismo objeto que se comparte, etc.

Todo ello implica un proceso de socialización que comienza desde el momento del nacimiento, con el desarrollo del apego o vinculación afectiva diferencial del bebé, y continúa a lo largo de toda la infancia gradualmente, secuenciado y sincronizado con su participación activa en el contexto social. Un proceso en el que se va adecuando la organización de los estímulos sociales al nivel evolutivo del ser humano. Como dice Ovejero que “más que seres biológicos somos seres culturales; no es el instinto el que nos marca los caminos a seguir, sino la educación” (2003:19).

Bajo estos supuestos, se escribe esta tesis que, aunque centrada en la Psicología de las Emociones, presta una considerable atención a la Filosofía y a la concepción de las emociones a lo largo de la historia y hasta comienzos del siglo XX. Lo que se pretende es mostrar las concepciones filosóficas dominantes acerca de la relación entre la emoción y la razón y buscar los antecedentes de la tesis que desarrollamos en este trabajo: que las emociones son consustanciales a la racionalidad. Este recorrido por la Filosofía nos permitirá mostrar las influencias que una u otra concepción filosófica de las emociones tiene en la Psicología y como ambos campos mantienen interesantes relaciones en este ámbito.

A finales del siglo XIX, comienzos del siglo XX, cuando la Psicología da sus primeros pasos como disciplina científica, abandonamos la Filosofía para adentrarnos en la Psicología y su tratamiento de las emociones. De hecho a lo largo de este siglo se termina dando una relación inversa y los desarrollos de la Psicología de las emociones influyen en la Filosofía y su abordaje de las emociones.

Para llevar a cabo esta empresa, se estructura el trabajo en tres bloques de contenido y nueve capítulos. Una estructura que permite recoger los principales aspectos de la argumentación, a la vez que mostrar una visión histórica del estudio de las emociones y su relación con la razón humana. La división en tres bloques obedece a que es posible estructurar sobre tres pilares la consideración de las emociones como un componente de la racionalidad humana y como una temática para ser estudiada por la Psicología y las Ciencias afines. El Bloque I, se extiende desde el siglo X a.C. hasta el siglo XIX y muestra cómo las emociones dejan de considerarse como una característica pulsional que los seres humanos comparten con el resto de los animales y se adentra en las diversas propuestas que se desarrollan hasta el siglo XX. En el Bloque II, se aborda

el estudio de las emociones en el ámbito de la Psicología y su consideración en las distintas corrientes hasta la consolidación de los enfoques y las teorías conductistas. Finalmente, el Bloque III se ocupa del estudio de las emociones desde los enfoques cognitivistas hasta los más actuales surgidos en el campo de las Neurología y las disciplinas derivadas de ella, como la Neuropsicología.

Esta visión nos lleva a estudiar teorías, como la de Arnold (1970), Lazarus (1984), Frijda (1988) y, cómo no, la de Marta Nussbaum (2006, 2012), que propone un modelo sobre la naturaleza de las emociones que coincide con la tesis aquí defendida.

A lo largo del bloque I se busca mostrar cómo ha evolucionado la concepción de las emociones desde la Filosofía Antigua hasta la Medieval y la Moderna. Un largo período de tiempo donde la principal preocupación se centra en la formulación de una teoría del conocimiento y en la defensa del sometimiento de las emociones por el imperio de la razón. No obstante, y a pesar de ser la principal preocupación de los pensadores, esta concepción ha experimentado en este tiempo grandes cambios, pasando de un determinismo orgánico, fruto de la localización de las emociones en diferentes partes del cuerpo, hasta una visión fenomenológica en la que la valoración de la experiencia juega un papel importante. Por tanto, en los tres capítulos que componen este primer bloque, se aborda esta temática partiendo desde la Filosofía Hebraica hasta la Filosofía Fenomenológica reflejada en la obra de Merleau- Ponty (1945).

En el capítulo primero se pretende analizar cómo la idea de hombre ha evolucionado desde una concepción vetero-testamentaria y homérica hasta la Filosofía Romana. Resulta interesante, desde el punto de vista de este trabajo, iniciarlo desde esta perspectiva en la que el ser humano pasa de ser concebido como un ser de carne y hueso a un ser dual, compuesto de cuerpo y alma. Un cambio surgido en la Filosofía Homérica motivado, entre otras causas, por la irrupción del Orfismo que defiende en el ser humano una dimensión espiritual, no material y, sobre todo, inmortal, como es la ψυχη. Se trata de una nueva dimensión (ψυχη) en la que se ubican la razón y las demás funciones intelectuales de forma que diferencia al ser humano del resto de los seres. Las emociones, a las que se les atribuye una naturaleza irracional propia de los animales, son el componente que sirve de intersección entre éstos y el ser humano. No obstante, y gracias al pensamiento de Aristóteles, que incluye la idea de ορεξις, se empieza a

relacionar las emociones con la razón, bajo la consideración de que éstas son la fuente del deseo y la voluntad. De esta forma, y gracias a Aristóteles, las emociones empiezan a ser consideradas como un componente más de la racionalidad y ser vistas de forma positiva. De todo ello, surgen dos líneas de pensamiento opuestas; la que considera la separación total entre emoción y razón, debiendo esta última ser la que controle, y otra línea, que defiende la cooperación de ambas dimensiones.

Se inicia así un proceso que se alarga en el tiempo, durante más de 600 años, desde la Filosofía Epicúrea hasta la Filosofía Romana de Marco Aurelio, avanzando en el estudio de la Metafísica, centrada fundamentalmente en el control y la moderación de las emociones con el fin de conseguir un recto proceder. En definitiva, las emociones, aunque son consideradas como ese nexo que nos mantiene unidos con el resto de los animales de la creación, sólo gracias a la razón el ser humano podrá estar por encima de éstos.

Curiosamente, fueron filósofos de orientación cristiana (capítulo segundo), los que empezaron a defender las emociones como un componente natural del psiquismo. Orientados por la obra de Aristóteles, consideran el recto proceder como consecuencia de la relación entre las emociones y la razón. En esta línea, diversos autores como Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, introducen la experiencia y la cultura para explicar la capacidad de experimentar sentimientos y afectos. Consideran también que las emociones están impregnadas por la razón y son el motor que excita y desarrolla toda actividad humana.

El capítulo tercero, recoge las ideas del pensamiento renacentista sobre las emociones. Un pensamiento filosófico, que se encuadra dentro de la llamada Filosofía Moderna, caracterizada por el estudio de los fundamentos del conocimiento humano y su método. En esta época, la Teoría del Conocimiento pasa a ser el tema central de la Filosofía, que desplaza a la Metafísica y vuelve a relegar las emociones a un papel secundario, distorsionante de la razón. La búsqueda del conocimiento lleva a revalorizar lo racional como método para aprehender el mundo físico, posibilitando el desarrollo de movimientos de pensamiento de corte empirista y racionalista.

Se suele identificar a Descartes como el padre de esta Filosofía Moderna con su análisis crítico sobre las fuentes del conocimiento y la búsqueda de algo de lo que no se pudiera dudar. El racionalismo cartesiano alcanza su máxima expresión con Hegel, el último filósofo moderno, que sostuvo que “todo lo real es racional y todo lo racional es real” (Hegel, 1821: preámbulo). Él refleja mejor que nadie la idea de que las emociones deben ocupar un lugar secundario siendo a veces, incluso, un elemento distorsionante.

No obstante, en esta época, para el tema que aquí nos trae, resulta de especial interés las ideas de Spinoza (1677) y Hume (1740, 1798) que relacionan las emociones con la racionalidad y, por ende, con el conocimiento que el hombre adquiere del mundo. El primero de ellos, Spinoza, desarrolla una visión monista del tradicional binomio alma-cuerpo a partir de la idea de que el conocimiento surge de la transmisión de las afecciones del cuerpo al alma. Mantiene que al formar el alma y el cuerpo una misma cosa, ninguna influye en la otra sino que coexisten en una interacción sustancial. Hume, por su parte, destaca cómo los contenidos de la mente son el fruto de las impresiones que nos llegan a través de los sentidos.

Los autores de esta etapa de la Filosofía se mueven entre el dualismo y el monismo puesto que la interacción entre las dos sustancias, alma y cuerpo, hacen posible el conocimiento. Eso sí, en la mayoría de ellos, las emociones siguen viéndose como un obstáculo para el desarrollo del pensamiento racional.

En este capítulo, se aborda también el cambio en la concepción de las emociones dentro del marco de la Ilustración. Una época en la que los filósofos ya no se identifican con el filósofo tradicional académico y escolástico, sino que es un hombre culto, informado en las distintas artes y ciencias, libre de prejuicios, tolerante. Se interesan especialmente por la dimensión política del hombre que da lugar a la aparición de teorías donde la soberanía popular representa el núcleo principal. Encontramos a filósofos como Rousseau (1879) y Montesquieu (1750) centrados en la división de poderes, la separación de la Iglesia del Estado; filósofos preocupados por la defensa del ser humano como un ser libre, como un ciudadano protegido socialmente bajo el imperio de la ley.

Esta nueva Filosofía del siglo XVIII está preocupada por la educación y el perfeccionamiento del ser humano a través del uso de la razón y cuestiona el sistema político, económico y social imperante hasta la época, al que llamaron *Antiguo Régimen*. La Filosofía Ilustrada es la consecuencia de la comprensión del ser humano como un ser autosuficiente y dueño de su destino dentro de un mundo racional. Como, mantiene Marcuse, parafraseando a Hegel en la Ilustración: “Nada que no sea el resultado del pensar es razón. El hombre se ha propuesto organizar la realidad de acuerdo con las exigencias de su libre pensamiento racional, en lugar de acomodar simplemente su pensamiento al orden existente y a los valores dominantes” (1807:12). El hombre se ha propuesto organizar la realidad de acuerdo con las exigencias de su libre pensamiento racional, de su conocimiento y libertad de actuar en lugar de acomodarse simplemente al orden existente y a los valores dominantes. Su razón lo capacita para reconocer sus propias potencialidades y las de su mundo. Las emociones vuelven a verse como el peor obstáculo para la razón.

Se termina este bloque I con la visión fenomenológica de las emociones. A partir de la obra de Brentano, en la que desarrollo su visión sobre la llamada Psicología descriptiva o fenomenológica, en la que identifica el objeto de conocimiento de dicha ciencia en las vivencias que experimentan los seres humanos y la intencionalidad de los contenidos objetivos que encuentra en ellas. Tanto es así, que presenta la Fenomenología como una corriente subjetiva dentro de la Filosofía con el propósito de estudiar y describir los fenómenos de la consciencia tal y como se manifiestan y se muestran en ésta. Afirma que el mundo es aquello que se percibe a través de la consciencia del individuo, y se propone interpretarlo según sus experiencias. En este sentido, y puesto que las cosas se nos presentan en la consciencia como son, la Fenomenología valora el empirismo, la intuición y la intencionalidad como instrumentos del conocimiento fenomenológico.

Surge también en esta época otra corriente filosófica que, partiendo de la fusión entre la *res extensa* y *res cogitans* cartesiana y unida a la tradición empirista, ofrece una perspectiva de la moral, la religión, la política y la naturaleza diferente de la de la etapa anterior, y que lleva a la Filosofía a posiciones más materialistas. Una posición filosófica crítica, que considera la materia como principio, origen y causa de lo

existente. Fue definida conceptualmente por Robert Boyle en 1647 en su obra *The Excellency and grounds of the Mechanical Philosophy* y adoptada por los filósofos franceses de la Ilustración en el siglo XVIII (Condorcet, Condillac, Diderot, Helvetius, Voltaire, etc.) para designar su posición naturalista en la Física y la Fisiología (Hidalgo Tuñon, 2006).

Esta posición materialista tuvo una fuerte influencia en el desarrollo de corrientes de corte fisiologista aparecidas en el S. XIX, como se verá en el bloque II. Se trata de una época en la que el ser humano adquiere especial relevancia y las teorías científicas empiezan a sustituir a los conceptos metafísicos. Así, en el capítulo cuarto, con el que se inicia este bloque segundo, se pretende analizar la naturaleza fisiológica de los procesos psíquicos, como manifestación del surgimiento del interés por las ciencias, biológicas y sociales, a partir de las ideas asociacionistas.

Los descubrimientos sobre el Sistema Nervioso y sus mecanismos de transmisión fueron claves para el desarrollo de las ciencias biomédicas en general, especialmente el trabajo de Chales Bell (1830) al diferenciar la naturaleza sensorial de la motora. Los progresos científicos experimentan un gran empuje con la obra de Thomas Brown (1820), ya que al unificar elementos de la tradición intuicionista de Reid (1764) y la empirista de Condillac (1746), pudo abordar el problema de la percepción desde una perspectiva sensorio-motora y, además, establecer los fundamentos del asociacionismo.

A partir de aquí, y gracias a otros avances, empieza a tomar fuerza los antiguos planteamientos de Locke sobre la imposibilidad de conocer las sustancias en sí mismas como se vio en la obra de Kant, tratada en el bloque I. Como dijo Charles Bonnet (1754), “No conocemos el alma más que por sus facultades y no conocemos las facultades más que por sus efectos. Estos efectos se manifiestan por la intervención del cuerpo” (Tomo 8:1). Con el tiempo, estas ideas llevan a considerar al cerebro el centro donde residen todas las funciones mentales y, por extensión, la razón<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Hay que recordar que muchos filósofos griegos ya localizaban en el cerebro las funciones mentales, aunque no así las emociones, como Hipócrates de Cos (460-377 a. C), Alcmeón de Trotona (540-500 a. C.), Serófilo de Calcedonia (325-280 a. C.), Erasístrato de Ceos (320-250 a. C.), Lucrecio Caro (99-55 a. C.) y Galeno (131-200).



Los trabajos de Joseph Gall (1835), fueron un hito en esta época, dando lugar al nacimiento de la Frenología. Una teoría, aún seguida hoy día, con una visión “cerebrocentrista” del conocimiento humano y las emociones, capaz de dar respuesta a cualquier proceso, físico o psíquico, si se conoce bien su morfología. Tan buena acogida tuvieron estas ideas de Gall que proliferaron la creación de sociedades y la publicación revistas frenológicas buscando aglutinar todas las áreas de conocimiento.

En este cuarto capítulo, se pretende también continuar analizando la influencia que tuvieron los descubrimientos sobre el Sistema Nervioso y el Cerebro, bajo la influencia de los recién descubiertos instintos. Se empiezan a considerar toda una serie de aspectos innatos independientes del influjo ambiental que tiene una clara influencia en la conducta. Así también, se aborda la Frenología y el localizacionismo, especialmente los planteamientos de Broca y Wernicke.

Darwin, con sus dos obras más representativas, *El origen de las especies* (1859), *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871) y *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872), provoca una de las revoluciones más importantes en el ámbito de la Ciencia. La revolución darwiniana está a la altura de las provocadas por Galileo (1635) y Newton (1687), propiciando el desarrollo de una concepción del ser humano centrada en la idea de la *descendencia con modificación*, que le permite establecer su teoría sobre la selección natural. Aunque sin olvidar, como no puede ser de otra forma, la influencia de las teorías evolutivas de Spencer (1855, 1860)<sup>7</sup> en la naciente Psicología. Un autor que ofrece una versión evolutiva a partir de la consideración del organismo como algo que evoluciona hacia formas más complejas. Su noción de “ley de la vida” integra la idea de supervivencia tanto a nivel individual como social.

---

<sup>7</sup> En general, pues, el análisis que hace Spencer de la mente individual es propio de un Asociacionismo Atomista. En la concepción Evolucionista de Spencer, entiende el desarrollo de la mente como un ajuste adaptativo a las condiciones del entorno. Spencer describía el cerebro como un dispositivo asociativo sensomotriz afirmando que el cerebro humano es un registro organizado de infinitas experiencias. Describía cómo el cerebro acumulaba experiencias a lo largo de la evolución de esa serie de organismos a través de la cual se ha llegado al organismo humano. Así, los reflejos e instintos innatos son simplemente hábitos asociativos bien aprendidos. Tales hábitos pueden haber sido adquiridos durante la vida del individuo, pero lo pueden haber sido a lo largo de la vida de la especie de acuerdo con las leyes de la asociación.

Los modelos evolutivos sirven no sólo para comprender la conducta animal, sino también para explicar la conducta humana, la *normal* y la *patológica* como hacen los organicistas con Durkheim (1924) a la cabeza. Los trabajos en esta línea, como los realizados por Galton (1869), Spencer (1855), Binet (1903) y Lombroso (1902), entre otros, fueron muy influyentes en el nacimiento de la Psicología, especialmente la Psicología Diferencial.

En este Bloque II se aborda también (capítulo cinco) la influencia del Neopositivismo en la Psicología, con el desarrollo del Estructuralismo, el Conductismo y el Psicoanálisis, hasta su declive con el desarrollo de modelos de naturaleza cognitiva con la incorporación de variables no observables. Un paso necesario para llegar hasta los modelos cognitivos con los que se emprende el estudio de las principales, y más actuales, teorías de las emociones con el que se finaliza el Bloque III.

Este Bloque III se inicia (capítulo 6) abordando las teorías, ya clásicas, que bajo la denominación de *teorías psicobiológicas* inician un camino que terminará ofreciendo una visión fisicalista de las emociones. En el capítulo siete, ya se vé como, gracias a los avances de la Fisiología y la Neurología se fortalece la visión cerebrocéntrica de las emociones y de las demás funciones mentales; la idea de mente se cambia por la de cerebro. Con este propósito, se revisa el enfoque cerebrocentrista de las emociones a partir de la estructura anatomofisiológica del cerebro hasta la formación de engramas y la explicación de la emergencia de la consciencia. Para ello se aborda y profundiza en el estudio del sistema amigdalino y la influencia del tálamo en la regulación de las emociones (capítulo siete). Se incluye, en este tema, un estudio pormenorizado anatomofisiológico del cerebro y sus patologías a partir del síndrome de posconvulsión y el efecto que sobre las conductas emocionales generan los daños cerebrales en cada una de las zonas, como evidencias de la fortaleza de esta visión cerebrocentrista.

Se abordan también en este capítulo siete las teorías que conciben la mente como un producto emergente del cerebro y la noción de qualia. Se finaliza el capítulo con el estudio de la consciencia, como un factor emergente del cerebro, bajo la perspectiva de autores como Damasio (2005, 2006, 2010), Mora (2009), Ramachandran (2012) y Rizzolatti y Sinigaglia (2006), entre otros. Se analizan también los conceptos claves de

estos enfoques como el de *marcador somático, disparo sincronizado, qualia, etc.*, que intentan dar respuesta a la idea misma de consciencia.

Su inclusión está motivada por la creencia en la existencia de una relación causal, que establece la Neuropsicología entre las lesiones y las manifestaciones conductuales que lleva a considerar la existencia de una serie de sistemas en el cerebro dedicados a facilitar los procesos implicados en el pensamiento, en las emociones y en los sentimientos. Estos sistemas se intersecan en las Cortezas Prefrontales, Ventromediales y en la Amígdala. Su idea central es que la Corteza Cingulada Anterior (parte del Sistema Límbico) es la responsable de aportar la energía para activar todos los procesos que conducen a la acción externa (movimiento) como a la interna (animación del pensamiento/razonamiento).

En el capítulo ocho y nueve se estudian las teorías cognitivas y constructivistas que mayor aceptación tienen, hoy en día, en el ámbito de la Psicología. Se estudian las teorías de Arnold (1970), Lazarus (1984), Frijda (1986,1988, 1993) y Nussbaum (2006, 2012), así como autores, ya clásicos cómo Wallon, Vigotsky y Bowlby, en los que las emociones son consideradas como la consecuencia de procesos de valoración cognitiva a partir de la experiencia vivida, constituyendo la base teórica sobre la que descansa este trabajo.

Con todo, se pretende desarrollar una concepción de las pasiones que incluya un componente cognitivo, un contexto social especificado, una tendencia comportamental, y una excitación física en la que la valoración de la experiencia se configura como el eje principal.

De esta manera, se concluye defendiendo la tesis de que las emociones ocupan un papel relevante en el razonamiento humano, al mantener ambas, razón y emoción una relación consustancial. Una relación en la que la emoción, originalmente, mantiene la primacía sobre la razón.



## **BLOQUE I**

### **EL CONCEPTO DE EMOCIÓN EN EL ÁMBITO DE LA FILOSOFÍA: UN ENFOQUE HISTÓRICO**

El estudio de las emociones en el ser humano y su papel en su capacidad de raciocinio fue abordado, desde un punto de vista filosófico, por culturas anteriores a la griega. En el Antiguo Testamento se ofrece una visión negativa de las pasiones, fruto de una concepción materialista propia de la tradición hebraica, anterior al dualismo platónico y al hilemorfismo aristotélico. Su inclusión, como punto de partida, pretende ofrecer una primera visión sobre cómo las emociones fueron interpretadas bajo la consideración del ser humano como una radical unidad psicosomática. El hombre es un alma viviente y un cuerpo viviente, ya que ambas cosas significan lo mismo. Los libros sagrados no oponen alma y cuerpo porque, en la realidad empírica, no existen cuerpos vivientes carentes del alma, el hombre fue creado, por lo que no es consubstancial a lo divino. El alma humana no es divina por naturaleza, no es una fracción de la substancia divina prisionera de la materia, en el cuerpo.

Con Platón cambia esta concepción antropológica e, influenciado en sus teorías por los ritos órficos, defiende una visión dualista de la Antropología. Un dualismo ontológico en el que se distingue la apariencia de la realidad ideal, a partir de la concepción del hombre como un compuesto de un cuerpo y un alma, que tras vivir un tiempo en el mundo de las ideas, ha sido condenada a vivir en un cuerpo durante su vida terrestre. Aristóteles, por su parte, se aleja de la visión platónica negando la existencia de dos sustancias autosuficientes, por la aceptación de dos principios ontológicos. Para el macedonio, el ser humano es una unidad inseparable, aunque esto no significa la aceptación de una visión monista.

La Edad Media fue, en cierto modo una profundización de las obras de Platón y Aristóteles, predominando las primeras incluso en la Filosofía popular. Especialmente, fueron filósofos de la orden franciscana quienes desarrollaron las tesis dualistas, inspirados sobre todo en la obra de San Agustín. Aunque también nos encontramos con filósofos dominicos, como Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, que intentaron cristianizar la obra de Aristóteles, asumiendo que el hombre es la síntesis de dos

principios ontológicos: la materia y la forma en una unión indivisible, de tal modo que al morir el hombre muere todo entero. No obstante, sus planteamientos teológicos le inclinaron a adoptar también un cierto dualismo, mediante la consideración del alma como un espíritu (sustancia espiritual) de orden inferior, creada directamente por Dios, y que necesita apoyarse en una realidad corpórea, con la peculiaridad de que, tras la muerte, esa alma puede existir como alma separada, pues es incorruptible.

Con Descartes, las tesis dualistas volvieron a reproducirse con fuerza, aunque con diferencias sustanciales de las propuestas por Platón. Su concepción antropológica no sólo tuvo una gran influencia en la edad moderna, sino incluso en los planteamientos actuales, aunque Damasio (2006) considere que está equivocado. Así que si para Platón la justificación de su dualismo era mítica, ética y metafísica (influencias órficas), en Descartes la justificación era más bien de tipo epistemológico. No obstante, hay que tener en cuenta que Descartes no defiende el dualismo absoluto, sino una real interdependencia entre ambas sustancias, cuerpo y alma o consciencia. Incluso llega a decir que “después también considero que no advertimos que haya ningún sujeto que obre más inmediatamente contra nuestra alma que el cuerpo al que está unida; y, por consiguiente, debemos pensar que lo que es en ella una pasión es comúnmente en él una acción” (1649: Artículo II, 57-58).

A pesar de sus diferencias, la mayor parte de los filósofos coinciden en considerar las emociones como las responsables de nuestros juicios irracionales y, especialmente con la llegada de la Filosofía Cristiana, el origen del pecado. No obstante, también admiten la existencia de emociones positivas, que propician el recto proceder, frente a las emociones negativas que lo dificultan. Pero quizás, lo más interesante de este bloque, es que revela como se ha ido produciendo en el seno de la Filosofía la conceptualización del término de emoción, su diferenciación de otros términos como el de pulsión o el de sentimiento y su influencia en el surgimiento de disciplinas, como la Psicología y la Fisiología.

Así, se puede observar cómo las emociones se han conceptualizado fundamentalmente desde una visión dualista, fruto de la comprensión del hombre bajo dos dimensiones; el cuerpo y el espíritu, alma o psique. Una comprensión del ser humano en el que el principal problema reside en la comunicación de ambas

dimensiones y su relación mutua. Se localizan la razón, y todas las funciones que ésta implica, en la parte espiritual o psíquica y se la considera exclusiva del ser humano mientras que las emociones son ubicadas en una dimensión somática y son consideradas un estorbo para la razón. Por tanto, una de las funciones principales de la razón es la de controlar a las emociones para poder conseguir así la conducta humanamente apropiada.

Por su parte, la visión monista no tiene el problema de la comunicación entre las partes al considerar las emociones como funciones integradas en la razón. Las emociones, bajo esta perspectiva, complementan a la razón y favorecen el desarrollo de la moral, la estética y los valores religiosos. Como se verá a lo largo de este bloque autores, como Spinoza (1677) y Hume (1740, 1798), reforzarán esta idea.

Respecto a la diferenciación terminológica entre la pasión y emoción, se produce un cambio que va desde su consideración como términos sinónimos, durante la época clásica, hasta la inclusión de matices diferenciadores. En torno al siglo XVIII, las pulsiones empiezan a ser consideradas como afecciones que impactan en el sujeto, mientras que las emociones son consideradas como las respuestas a tales afecciones. Quizás, la diferencia más importante se encuentra entre estos dos términos, pasión y emoción, con el de sentimiento, al considerarse éste último como la consecuencia de la validación subjetiva de los primeros. Así, las pasiones y emociones son, respectivamente afecciones del cuerpo o del alma, con un fuerte peso sobre la acción y la razón, tras su valoración subjetiva.

Al final del bloque, con la irrupción de la Fisiología y las teorías cerebrocentristas, esta concepción de las emociones empieza a tomar más fuerza. Las emociones comienzan a considerarse como un conjunto complejo de respuestas químicas y neuronales que forman un patrón distintivo y distante. Los sentimientos, por su parte, se refuerzan en su naturaleza cognitiva, como la evaluación consciente que hace el sujeto de la percepción de su estado corporal durante una respuesta emocional.



# Capítulo 1: De la Filosofía Homérica al Cristianismo

## 1.1. La tradición hebraica: concepción vetero-testamentaria de las emociones

Iniciar este trabajo por la Antropología Veterotestamentaria se debe a la importancia que sus planteamientos tuvieron, y siguen teniendo, en la conceptualización de las emociones. Una tradición que considera al hombre como un ser unido a la tierra y creado por Dios, como un todo vivo y personal en el que, a pesar de considerarse como una única realidad, se distinguen tres aspectos esenciales; carne, alma y espíritu (*basar*, *nefesh* y *rúaj*). De ahí que centre su interés en el hombre de carne y hueso inmerso en un contexto social y cultural. La única dimensión transcendental que se observa en esta Antropología se encuentra en la idea de una divinidad que marca el camino, que premia y castiga, y con el que se tiene comunicación directa. Una mentalidad que, aunque utiliza conceptos semejantes a la Filosofía Griega clásica, le otorgan un significado claramente diferente<sup>8</sup>. Por tanto, resulta interesante, además de esencial para obtener una visión global, iniciar este trabajo abordando el estudio de las emociones desde la visión hebraica de la Antropología humana, y así poder acercarnos hasta su conceptualización en los albores del siglo XVIII, con el nacimiento de la Fisiología y la Psicología.

La tradición hebraica, reflejada en los libros del Antiguo Testamento, relaciona el origen del hombre con la tierra<sup>9</sup>. Utilizó la palabra *Adam* como el primer nombre que

---

<sup>8</sup> Así, la *psyché* no significa el alma sin más, en oposición al cuerpo, ni el núcleo personal del “yo”, sino más bien el *soplo vital* que abandona al hombre a través de la boca y las heridas. Tampoco el *soma* es el cuerpo, en oposición al espíritu, sino el cadáver, abandonado por la *psyché*. El *cuerpo* homérico es entendido más bien como una yuxtaposición de órganos y de elementos separados.

<sup>9</sup> Carlos Beorlegui (2007) afirma que esta concepción unitaria del ser humano se mantiene también en el Nuevo Testamento. Afirma que, como se observa en los escritos paulinos las reflexiones de tipo óptico-antropológico son orientaciones sobre la condición religiosa del ser humano. Así, la oposición *sarx-pneuma* (*corpus-spiritus*) no hace referencia a la oposición platónica cuerpo-espíritu, sino a dimensiones

tuvo el hombre. Un término derivado de la de *adamah*, tierra arcillosa, suelo, de la que el hombre fue creado, “Entonces Yavé Dios formó al hombre con polvo de la tierra; luego sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre tuvo aliento y vida” (Gn. 2.7)<sup>10</sup>. De esta manera, el hombre, formado de tierra o arcilla, se convierte en un ser viviente sólo después de que Dios le sople en las narices aliento de vida. De esta manera se defiende que la vida es un don que Dios comunica al hombre mediante la *nishmathayim*, el “soplo o aliento vital”; un soplo divino (*rúaj*) que otorga la vida al ser que lo recibe. En el libro de Job, Elihú reconoce:

“El soplo (*rúaj*) de Dios me hizo,  
me animó el aliento (*nesamá*) de Sadday” (33,4)  
“Si él retirara a sí su soplo (*rúáj*),  
si recogiera hacia sí su espíritu (*nesamá*),  
a una expiraría toda carne,  
y el hombre al polvo volvería” (34,14s).

Esta visión mantiene que el ser humano vive mientras haya aliento de vida en sus narices (Job 27,3); que puede tener éxito en la vida siempre que el principio vital en él no disminuya (cf. Jos 5,1), así que cuando éste ha sido perjudicado, debe recobrar su fuerza. No sólo el hombre, sino también los animales y otros seres, considerados como animados, son llamados a la existencia por medio del soplo de Dios (Sal 33,6). La vida de todo ser animado depende del soplo que Dios constantemente envía para renovar la creación:

“Envías tu soplo y son creados,  
y renuevas la faz de la tierra” (Sal 104,30).

En éstos y otros pasajes el soplo o aliento (*rúaj*, *nesamá*) es, evidentemente, el espíritu de Dios que crea, que mantiene y renueva la vida. Esta fuerza vital en el ser humano es un don de Dios, un poder divino que, encerrado en su cuerpo mortal, es

---

diferentes del ser humano. Es decir: *cuerpo* significa la condición natural del hombre, y *espíritu*, su dimensión espiritual, el hombre bajo la llamada de la gracia. No son, pues, dos componentes ontológicos, sino dos dimensiones de la realidad humana: el hombre terreno frente al hombre redimido. (Filosofía de la mente. Vision panorámica y situación actual, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, Nº. 111, 2007, p. 121-160)

<sup>10</sup> Todas las citas de la Santa Biblia son de edición de 2001 editada por la Editorial Alfredo Ortells S.L. de Valencia

superior al ser humano y del cual sólo Dios dispone libremente. Como criatura que depende de Dios para su existencia, el ser humano no se distingue de las otras criaturas, ya que, como hemos visto, en Israel también la vida de los animales y de los otros seres animados se atribuía al divino soplo vital, por lo que los animales son clasificados también como seres vivientes (*nefeshjayyá*, Gn. 2,19).

El ser humano, por tanto, posee una doble naturaleza; un cuerpo físico (*basar*) y un aliento de vida (*rúaj*). Esta visión, a pesar de su apariencia dual, no se corresponde con el cuerpo y el alma. El hombre es *basar* porque es un ser mortal, no sólo porque esté formado de materia, sino que tiene una condición terrena, un cuerpo, una forma. Expresa así su faceta de ser creado, terreno y perecedero; indica que es un hombre entero. Pero necesariamente necesita también de un aliento que le de vida; un *rúaj* que le transforme en ser animado.

El *rúaj*, como representación del hálito de vida, posee un carácter supraindividual ya que es la fuerza, el principio vital que posee todo ser vivo. Sin embargo, existe otra fuerza en el hombre que refleja su vida personal, esta es la *nefesh*. Si el *rúaj* es la fuerza vital que está presente en todo lugar y existe independientemente del individuo, la *nefesh* es la vida individual en asociación con un cuerpo. Se podría decir que es la misma fuerza pero considerada desde puntos de vista diferentes: como el elemento vital, *principium*, (*rúaj*) y como realización activa *principatum*, (*nefesh*).

La *nefesh* no es sólo la fuerza vital es también la sede de todas las funciones psicofísicas. El alma, por ejemplo, tiene hambre y sed (Is. 29,8; Sal. 107; 5,9; etc.), siente la saciedad y la fuerza después de la comida (Sal. 16,11; Jr. 31,14; etc.); conoce la alegría (Sal. 86,4), la tristeza (Sal. 42,6), la amargura de la vida (1 S. 1,10); es la sede de la voluntad (Gn. 23,8-9; Dt. 21,12) y del sentimiento religioso (Dt. 4,29; 6,5; 10,12; Sal. 33,20; 34,3; 35,9; 130,5s; etc.). Como cuerpo y alma forman una unidad indisoluble, cuando el hombre muere, se dice que la *nefesh* muere (Nm. 23,10; Jc. 16,30) o que le es quitada o arrebatada (1 S 24,22; 1 R 19,4; Jon 4,3).

“Con toda mi alma (*nefesh*) te anhele en la noche,  
y con todo mi espíritu (*rúaj*) por la mañana te busco” (Is 26,9).

La *nefesh* es, por tanto, la vida que penetra al hombre y anima todas sus partes, a pesar de que en algunos pasajes del Antiguo Testamento parecen identificar la *nefesh* con la respiración (Gn. 35,18; Ex. 23,12; 31,17) o la sangre (Gn. 9,4; Lv 17,11.14; Dt. 12,23). Éstas no son más que formas especiales bajo las cuales se manifiesta, como el corazón, los riñones, las entrañas, etc.

Esta concepción vetero-testamentaria del ser humano, como un ser mortal, débil, pero con gran capacidad, refleja una visión unitaria y completa del mismo. Una visión de naturaleza terrestre y celeste, ya que de alguna manera, al ser creado de la tierra, alguien le debe infundir vida. No se dice que el hombre recibió un alma, sino que el hombre en su totalidad (cuerpo y alma) se convirtió en un “alma” o “persona viva”.

Nos encontramos aquí ante la concepción monista del hombre, distinta a la griega que diferencia (separa netamente) en el hombre dos o tres elementos: el cuerpo, el alma y/o el espíritu. Ciertamente, también para el Antiguo Testamento el hombre está constituido, por un lado de materia de la tierra, arcilla o polvo, y por el otro de un elemento “espiritual” que él llama suyo y que hace de él un “yo consciente de sí mismo”<sup>11</sup>. De ahí que en el Antiguo Testamento no se tenga una visión dualista del ser humano, en el sentido estricto de la palabra, entre cuerpo y alma, puesto que los dos elementos forman una unidad: el cuerpo y el alma están tan íntimamente unidos que no se puede hacer una distinción entre ellos, sólo son dos versiones de lo mismo, el cuerpo es el alma en su forma exterior:

“El día en que hizo Yavé Dios la tierra y los cielos (...),  
Yavé Dios formó al hombre con polvo del suelo (*adamah*),  
e insufló en sus narices aliento de vida (*rúaj*), y resultó  
el hombre un ser viviente (*nefesh*)”. (Gn. 2.4bss)

Configurada la naturaleza del hombre, desde el punto de vista de su creación y sus componentes, la cultura hebraica se interesó también por su comportamiento y por las motivaciones que le llevan a actuar. En esa búsqueda, consideró el corazón, *lèb*, como el centro dónde se hallan todos los procesos y donde se ubica el origen de la

---

<sup>11</sup> En el pensamiento semita, aunque aparentemente parezca una contradicción, el “alma” es corporal; los israelitas no separan las funciones psíquicas de las corporales ya que conciben que son distintivos o características de un único ser, defienden un monismo panteísta.

conducta. El corazón integra todo el conocimiento adquirido por el individuo, “Se le paralizó el corazón en su interior y se quedó como de piedra” (1 Sm. 25,37). De esta manera, al hombre cuerdo y sensato se le podrá llamar hombre “de corazón” (Jb.12, 3; 34,10.34), mientras que al poco inteligente se le calificará como “falto de corazón” (Prov.6, 32; 7,7; Os.7, 11; Jer.5, 21).

El *lêb* no sólo está relacionado con el conocimiento y la consciencia, sino también con los sentimientos. Para el pueblo hebreo, la afectividad adquiere un papel relevante respecto a la espiritualidad, como se observa en los escritos bíblicos (Salmos, Cantar de los Cantares, etc.), que trasciende la dimensión corpórea hasta la espiritual<sup>12</sup>. En resumen, el *lêb* debe entenderse como el centro de la vida psíquica y espiritual del hombre, de donde surgen los pensamientos, los sentimientos y las emociones y, por consiguiente, la inteligencia y la voluntad (1Re. 8,17).

“¿Hasta cuándo tendré congojas en mi alma,  
en mi corazón angustia día y noche?” (Sal. 13,3).  
“Yavé está cerca de los que tienen roto el corazón,  
él salva a los espíritus hundidos” (Sal. 34,19).  
“Espera en Yavé, ten valor y afírmese tu corazón,  
espera en Yavé” (Sal. 27,14).

El *lêb* se asocia también con la inteligencia, la reflexión y la voluntad. De ahí, que en el Antiguo Testamento se hable de corazón en locuciones en las que nosotros empleamos términos como “inteligencia”, “pensamiento”, “reflexión”: “tener corazón” (Jb. 12,3) es ser inteligente, “decir en su corazón” o “a su corazón” (Gn. 8,21; 27,41; Dt. 19,4; 1 S 21,7; Jr. 8,21) significa pensar, reflexionar; “poner en su corazón” es prestar atención (Is. 57,1.11) o comprender (1 S. 21,13). Como en el corazón se toman las decisiones de la vida, se comprende la exhortación:

“Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón  
porque de él brotan las fuentes de la vida” (Pr. 4,23).

---

<sup>12</sup> Esta idea de localizar el pensamiento, las pasiones y las emociones en el en el corazón se recoge también en la Iliada de Homero (2001); *Y su corazón se atormentaba a causa de la nostalgia que sentía por el grito del combate y el estrépito de la guerra... y sus palabras nos golpearon el corazón..., Y nosotros marchamos hacia ellos, pero en silencio, con la rabia escondida en el corazón* (p. 7).

Por otra parte, los riñones (*kelayot*) también representan, en el Antiguo Testamento, uno de los órganos internos más importantes al residir en ellos la consciencia. El interior del cuerpo del hombre es, con sus órganos, al mismo tiempo sujeto de sus movimientos espirituales y éticos. En los libros bíblicos posteriores al Pentateuco, especialmente en Jeremías y en los Salmos, se menciona a los riñones de forma figurativa como el sitio del cual emana la prudencia, el vigor y la sabiduría. En cinco ocasiones, son mencionados como los órganos examinados por Dios para juzgar a un individuo. Los riñones son citados ya sea antes o después pero siempre en conjunto con el corazón como espejos de la persona examinada. Además, cuando son influidos por los intestinos (*Me'im*) propician la compasión o la misericordia (Jer. 31:20c).

Como se ve, el corazón, igual que los riñones (Jr. 11,20; 17,10; 20,12; etc.) y las entrañas (Gn. 43,14; Dt. 13,18; Is. 16,11; etc.), desempeñan funciones psíquicas y, juntos a menudo son asociados globalmente con todo el ser, con la persona:

“Escrútame, Yavé, ponme a prueba,  
pasa al crisol mi conciencia y mi corazón” (Sal. 26,2).30  
“¡Mis entrañas, mis entrañas!  
¡me duelen las telas del corazón,  
se me salta el corazón del pecho!  
No callaré,  
porque mi alma ha oído sonos de cuerno,  
el clamoreo del combate” (Jr. 4,19).

Finalmente, cabe destacar que en muchos pasajes los *huesos* participan también de la vida afectiva del hombre (Jb. 4,14; Sal. 6,3; Pr. 17,22; Jr. 20,9; Ha. 3,16; etc.), pudiendo llegar incluso a ser una manifestación de la propia vida personal (Pr. 16,24).

Todos estos componentes del ser humano mantienen entre sí una comunión estrecha, de manera que la actuación que cada uno de ellos genera se transmite a los demás. Así, por ejemplo, la vida afectiva en el obrar humano tendrá una fuerte repercusión en la vida biológica, en el conocimiento sensitivo y sobre las actividades volitivas. Tienen un influjo negativo en la persona, le nublan la mente y le alejan de la templanza. El Antiguo Testamento, en muchos de sus textos bíblicos, especialmente en los libros *sapientales*, exhorta a la templanza frente a las pasiones, ya que ésta se

considera como la virtud que debe presidir todas las dimensiones de la vida: *'No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena'* (Ecl. 18, 30).

La persona moderada debe orientar sus apetitos sensibles hacia el bien, guardar una sana discreción y no dejarse arrastrar “para seguir la pasión de su corazón” (Si. 5,2; cf. 37, 27-31). “A muchos ha desviado su excesiva confianza, y una ilusión perniciosa ha extraviado sus pensamientos. Si no tienes pupilas no te valdrá la luz, si te falta conocimiento, no declares. Corazón endurecido acabará haciendo el mal; quien ama el peligro perecerá en él. Corazón que sigue dos caminos no tendrá éxito, y el malvado de corazón en ellos tropezará. El corazón obstinado se verá oprimido de fatigas, y el pecador acumulará pecado tras pecado. Para llaga de soberbio no hay curación, porque la planta del mal ha echado en él sus raíces. El corazón del prudente meditará los proverbios, y oído atento es lo que desea el sabio” (Ecl., 3,24,38).

Sobre todo esto, en los textos apócrifos del Antiguo Testamento<sup>13</sup> se leen frases como “...la razón es el entendimiento que elige con criterios correctos la vida de sabiduría, y sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas y de sus causas: es la educación en la ley por la que aprendemos con reverencia las cosas divinas y, de acuerdo con nuestra conveniencia, las humanas.... Manifestaciones de la sabiduría son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Pero la más importante de todas es la prudencia pues a través de ella la razón domina las pasiones. .... Respecto a la naturaleza de las pasiones, hay dos, el placer y el dolor, que suspenden todas las demás, ambas están enraizadas en la naturaleza humana, tanto en el cuerpo como en el alma". Muchas son las secuelas de las posiciones relativas al placer y al dolor. Así al placer precede el deseo y le sigue la alegría y al dolor le precede el temor y le sigue la tristeza (González Blanco, 2008). No obstante, gracias a la función moderadora de la razón, que

---

<sup>13</sup> Por apócrifos del Antiguo Testamento se entiende, según la tradición católica, los libros judíos anteriores o contemporáneos a la redacción del Nuevo Testamento que, guardando cierto parecido con los libros bíblicos, no han pasado a formar parte del canon del Antiguo Testamento adoptado por la Iglesia. Se trata de los libros denominados en el ámbito protestante y judío “Pseudoepigrafos” en los que no se incluyen los “deuterocanónicos”. Se encuentran en Díez Macho A. (Dir.), 1982-1987, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid, 5 vols.

conduce las virtudes y hace al sujeto dueño de sus pasiones, puede el hombre mantener el control sobre sí mismo.

Todo este pensamiento tiene su máximo expresión en las Tablas de la Ley de Moisés. En ellas, a lo largo de los 10 mandamientos se defiende el control de las emociones como el Amor, el Deseo, el Odio, la Envidia, entre otros para seguir el buen camino y el buen obrar. Curiosamente, este valor negativo de las emociones y su control por la razón se va a mantener a lo largo de la historia del pensamiento por todas las corrientes, como veremos seguidamente en el caso de la Filosofía Griega.

## **1.2. El período heleno: la Filosofía Socrática**

Como se ha comentado, al comienzo de este capítulo, fue el Orfismo la doctrina que mayor peso tuvo sobre el nacimiento del dualismo, especialmente reflejado en la obra de Platón. Orfeo tuvo tanta fama en la antigüedad que hizo posible la transición de su leyenda como mito a su consideración como movimiento doctrinal, un paso del Mito al Logos. La reelaboración filosófica realizada por Platón en algunos de sus diálogos más emblemáticos, apoyó este tránsito y favoreció la gestación de un nuevo modo de ver al hombre y al mundo que superaba definitivamente la mentalidad arcaica helena.

La influencia de la mitificación de Orfeo, tal y como se recoge en multitud de escritos de filósofos pitagóricos, de Platón y Aristóteles, no sólo cristaliza una nueva imagen del hombre, sino que propicia el desarrollo del Orfismo como una nueva religión (Martín Hernández, 2006).

El Orfismo defiende una doctrina centrada en la salvación, bajo la inspiración de la Teogonía de Hesiodo. En ella, se concibe al ser humano formado por un cuerpo mortal y un alma inmortal que sobrevive a la muerte, en la que recibe premios o castigos en función de la pureza mantenida durante la vida. El cuerpo es un mero vestido, un habitáculo temporal, una prisión o incluso una tumba para el alma, que en la muerte se desprende de esa envoltura terrenal y va al más allá a recibir esos premios o



esos castigos, que pueden incluir algunas reencarnaciones o metempsicosis<sup>14</sup> en otros cuerpos (y no sólo humanos), hasta lograr su purificación definitiva y reintegrarse en el ámbito divino.

La tradición pitagórica recoge claramente esta nueva forma de entender al hombre y distingue en él una parte racional (λογικον) y una irracional (το αλογον), dividida, a su vez, en una parte ardorosa, irascible (το θυμικον) y una parte apetitiva, de donde surge el deseo, el apetito (το επιθυμητικον). El ser humano queda así integrado en la naturaleza, aunque también diferenciado de ella gracias a su parte racional.

Para fundamentar esta visión del hombre, los filósofos pitagóricos partían de un modelo muy ingenioso donde el número uno (τόέν) ocupaba un lugar predominante como principio de perfección del cosmos. Este número uno se presentaba como el principio racional, metafísico, mediante el cual se establecía una analogía esencial entre la unidad, el uno absoluto y perfecto, y la multiplicidad de las cosas, la naturaleza imperfecta y fluyente (τα αλλα). De esta manera, al identificarse el alma (ψυχη) con ese número uno, y por tanto considerarse como principio corporal individual, el hombre queda integrado como una parte más en la totalidad armónica cósmica y ligada al ciclo de metempsicosis.

En su afán de explicar la racionalidad humana, sitúan en el cuerpo las diferentes dimensiones del hombre y su finalidad. La parte racional la sitúan en la cabeza o el cerebro (ενκεφαλος), el deseo activo o apetito irascible en el corazón (καρδια) y el apetito concupiscible, al principio de la vida en el ombligo (ομφαλος), y según va creciendo la persona se traslada a los genitales (αιδοιον).

Los antecedentes de esta Filosofía Helénica los encontramos también en la obra de Anaxágoras en Clazomene, (500-428 a.C.)<sup>15</sup>, como uno de los primeros filósofos en abordar el estudio de la naturaleza humana, especialmente de sus capacidades cognitivas. Estudios que le llevaron a considerar la inteligencia como una capacidad

---

<sup>14</sup> La palabra metempsicosis viene del griego μετεμψύχωσις y se utiliza como referencia a la doctrina filosófica que defiende la transmigración del alma a otro cuerpo tras la muerte; esto es, la reencarnación. Un término utilizado por los antiguos órficos y, posteriormente, órficos-pitagóricos, como se recoge en el mito de Dionisio.

<sup>15</sup> Para el estudio de Anaxágoras y Empédocles se ha utilizado el tomo I de la Historia de la Filosofía F. Copleston, publicado por la editorial Ariel en 1994.

pura y sin mezcla, indeterminada. Bajo estos principios, considera también la eternidad como una característica humana: el ser no puede generarse ni corromperse.

Discrepa con Empédocles (495/90 – 435/30 a. C.), sobre los cuatro elementos que componen el ser. Según Anaxágoras, existen infinitos elementos, que denomina semillas, que poseen la capacidad de posibilitar la construcción mental de los objetos de la experiencia. Una idea que le lleva ante el problema de cómo se produce la combinación de tales semillas. Problema que resuelve admitiendo la existencia en el ser humano de una mente, o inteligencia, (*Noῦς*) capaz de controlar el movimiento de las semillas. Eso sí, otorgándole al *Noῦς* una función de causa inicial del movimiento que, una vez producido, sigue actuando por sí mismo sometido a causas exclusivamente mecánicas. Las partículas son sometidas por el *Noῦς* a un movimiento de torbellino que será la causa de la constitución de todas las cosas tal como nosotros las conocemos.

No obstante, al concebir la inteligencia (*Noῦς*) como algo infinito (eterno) y autónomo, necesariamente debe diferenciarse de las semillas y de todas las demás cosas que existen, por lo que su naturaleza estará formada por la más fina y pura de todas las cosas. Además al ser el poseedor de todo el saber sobre cualquier asunto y del mayor poder, necesita un espacio donde ubicarse. Anaxágoras mantiene así una concepción material del *Noῦς* o Mente, formado de la materia más pura y más sutil<sup>16</sup>.

Esta visión del hombre en tres estructuras es recogida inicialmente por las escuelas socráticas, manteniéndose vigente muchos años después. Platón (427-347 a.C.), asume esta división del alma y defiende la existencia en cada una de ella de actividades y tendencias distintas. Una parte racional (*τολογονεχον*), fruto del desarrollo de la deliberación mental y como no, del cálculo. Una donde se encuentran las emociones, tradicionalmente llamada irascible (*τοθυμοειδης*), y una tercera parte relacionada con la satisfacción de las pulsiones corporales, con el apetito vinculado al mundo vegetativo (*το επιθυμητικον*). Distinguía en el alma la nutrición (*θρεπτικον*), la sensación (*αισθητικον*), los deseos o impulsos (*ορεκτικον*), el movimiento (*κινητικον*) y

---

<sup>16</sup> Aunque su pensamiento está lejos de la concepción inmaterial o incorpórea del ser, propuesta por los filósofos griegos, se le puede considerar como el primero de los filósofos en introducir la espiritualidad como un recurso explicativo de la naturaleza humana y la causalidad (tomado de Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres*, Barcelona: ed. Iberia, 1962, comentado en internet [http://www.webdianoia.com/presocrat/anaxagoras\\_diog.htm](http://www.webdianoia.com/presocrat/anaxagoras_diog.htm))

el pensamiento (διανοητικόν) como partes diferentes, que le lleva a disociar las emociones de las pasiones, ubicadas también en partes distintas del alma.

En su obra *Filebo o del placer*<sup>17</sup> aborda formalmente su teoría sobre las emociones humanas (παθη), quizás, la primera teoría formulada en la Historia de la Filosofía sobre este tema. Para su formulación ideó una discusión, mantenida entre Protarco y Sócrates, sobre el concepto de *Bien*, entendido éste como el fin legítimo al que todos los seres humanos aspiran. El primero, Protarco defiende que el Bien consiste en la búsqueda y consecución de la alegría, el placer, el recreo y todas las demás cosas de este género, mientras que Sócrates se inclina más por la sabiduría, la inteligencia, la memoria y todo lo que es de la misma naturaleza. Estas posiciones encontradas le llevan a definir una tercera posición que sirva como vía que lleve al entendimiento y que no es otra que el razonamiento apoyado en la memoria. Esto es, desde el momento en que la memoria está implicada en ambas, la solución más plausible es mezclarlas, ya que así se favorece la valoración de la experiencia placentera y su búsqueda. La memoria se consolida así como el punto de partida de su teoría de las emociones en esta tercera vía, al ofrecer la posibilidad de mezclar el placer con la sabiduría<sup>18</sup>. No obstante, mantiene que la aceptación de dicha vía no implica la negación de la existencia de un placer propio del cuerpo y otro sólo del alma. Asume así la existencia de diversas sensaciones que se generan a partir de las afecciones, que no se extinguen al llegar al cuerpo y que se guardan en el alma (ψυχη), concretamente, en la memoria ubicada en ella.

Esta posibilidad que tienen los placeres (incluso el dolor) de almacenarse en la memoria (μυμη), favorece la aparición de expectativas, positivas o negativas en función del estímulo que se tenga presente. La expectativa o esperanza que producen las afecciones positivas se traducirán en placer (ηδονη), mientras que la previsión de las afecciones negativas, en dolor (λυπη). Por tanto, las pasiones deberán ser entendidas como afecciones placenteras o dolorosas que se abren en una doble dimensión temporal: el recuerdo de vivencias anteriores y la previsión de su presencia o ausencia futuras.

---

<sup>17</sup> Todas las citas de Platón han sido extraídas de sus *Obras Completas*, publicadas en Madrid por la editorial Aguilar en 1979.

<sup>18</sup> Resulta interesante la inclusión de la memoria como una de las funciones mentales importantes en el tema de las emociones. Años más tarde, se verá su gran valor en los modelos cognitivos.

Bajo este planteamiento, se entiende el deseo (*επιθυμία*) como uno de los aspectos más importantes, ya que en su teoría de las emociones éste refleja tanto la fuerza como la dirección de las mismas. No obstante, hay que tener en cuenta también que el alma en muchas ocasiones se orientará hacia lo contrario ya que deseará lo que le falta; “Notando el vacío de sed, desea que cese este vacío” (Filebo, T.I:69). Para ello, es necesario, por tanto, que en la memoria existan también las afecciones opuestas para que el deseo pueda dirigirse hacia ellas. Por tanto, si es por la razón por lo que nos damos cuenta de nuestras necesidades, el deseo tendrá su origen en el alma, como el propia filósofo escribe: “...muchas veces el placer nace en nosotros como resultado, no de una opinión verdadera, sino falsa” (Filebo, T.I:78).

En definitiva, para Platón, los deseos deben entenderse como afecciones que experimenta el alma gracias a la acción y a la información que le aportan los sentidos y que ésta interpreta ayudada, entre otros mecanismos cognitivos, por la memoria. Las emociones son, pues, afecciones mixtas, como la cólera (*οργη*), el miedo (*φοβος*), la tristeza (*ποθος*), el lamento (*θρηνος*), el amor (*ερωσ*) y la envidia (*φθονος*), en las que lo cognitivo es una parte determinante ya que sin la función cognitiva (interpretativa) del alma, de su capacidad de razonar, las señales carecerían de sentido<sup>19</sup>. Gracias también a esta capacidad de razonar del alma, las emociones se centran en la búsqueda de un placer puro, en el que se destacan la belleza, la medida y la verdad como bienes deseados por sí mismos y en sí mismos.

Por su parte, Aristóteles (384-322 a. C.), en su libro sobre Retórica<sup>20</sup>, fue más restrictivo que Platón al considerar que las emociones son como afecciones del alma acompañadas de placer y dolor, que tienen la finalidad de garantizar la supervivencia y ser, además, las causantes de que los hombres cambien sus juicios. También en su obra *Acercas del Alma* (*περιψυχης*), defiende una concepción de la misma en cierto modo peculiar, ya que aunque la concibe como una unidad, reconoce que está formada por dos

---

<sup>19</sup> Igual que en la referencia anterior, en este caso, la inclusión de la valoración cognitiva nos llevará a los modelos futuros como el propuesto por Martha Nussbaum (2012).

<sup>20</sup> Todas las citas Aristóteles han sido extraídas de sus *Obras Completas*, publicadas en Madrid por la Editorial Gredos en 2011

partes: una que piensa y otra que desea. Una concepción que le separa de la defendida por Platón.

Aristóteles, mantenía que al constituir el alma la forma del cuerpo, cualquier división es aparente, por lo que se deben considerar a todas ellas como funciones y capacidades de ésta. Su separabilidad no tiene sentido más que en relación con el hecho de que ciertas funciones aparecen en unos organismos y no en otros. Define así el alma como el conjunto de todas estas facultades; nutritiva, sensitiva, desiderativa, motriz e intelectual, que son las que nos permiten vivir, sentir y razonar. Idea que se recoge muy bien en su *Ética Eudemia* cuando escribe:

Supongamos que hay dos partes en el alma que participan de la razón, pero no del mismo modo las dos, sino que a una corresponde mandar y a la otra obedecer por naturaleza (...) la virtud propia del ser humano en cuanto tal, necesariamente incluye el razonamiento como punto de partida de la acción, pero como el razonamiento no solo rige al sí mismo, sino que también gobierna los deseos y las pasiones, el alma humana debe poseer también estas partes (*Ética Eudemia:66*).

Unas palabras que ponen de manifiesto que es la razón la que debe dirigir la conducta humana, incluidas las emociones. A pesar de ello, al considerar los deseos (*ορεξις*) y las pasiones (*πάθος*) como partes de un alma indivisible, incluye cierto grado de irracionalidad en la misma, ya que éstas poseen las funciones vegetativa y sensitiva. La primera, el alma vegetativa, posee funciones de asimilación y de reproducción y la segunda, el alma sensitiva, controla la percepción sensible, el deseo y el movimiento local. Ambas facultades poseen una naturaleza irracional, aunque están supeditadas por la acción del alma racional. En definitiva, las tres funciones del alma reflejan el acto del deseo de forma coordinada y jerárquica; esto es, para desear algo es necesario no sólo poseer la función nutritiva (como las plantas) sino sentir lo que se desea, sobre el eje agradable/desagradable, y activar el impulso hacia lo placentero.

Esta idea aristotélica de la afectación recíproca de lo racional y lo emocional, lleva a considerar las emociones también como reacciones fundadas en conocimientos, pudiendo ser orientadas y dominadas por argumentos, moldeables por la educación (*ορεξεως επιμελεια*). De esta forma, relaciona también los contenidos de la memoria, reflejados en la representación mental (*Νοῦς*) y en la fantasía (*φαντασια*), con el deseo (*ορεξις*), dejando aún más patente el dominio racional en la afeción recíproca entre lo

racional e irracional. Una visión que se verá muy bien reflejada en la obra de Martha Nussbaum (2012)

Con todo ello, la aceptación de la naturaleza cognitiva de las emociones exige, para poder entender el movimiento de los seres vivos, la inclusión de motivos y objetos a los que se pueda tender. Una presencia de motivos y objetos que sirven tanto para distinguir las emociones de las sensaciones físicas, como el dolor de estómago o el hambre, como para entender la conexión entre conocimiento y emoción. Esta idea la recoge claramente en su *Retórica* al definir la emoción de la ira como “el deseo impulsivo y doloroso de venganza de un aparente insulto que se refiere a nosotros mismos o a algo nuestro, cuando este insulto es inmerecido” (*Retórica*, II, 2, 1378a,30-32). Una definición en la que los dos elementos claves son los adjetivos que acompañan al insulto: aparente e inmerecido, ya que suponen en el deseo de la ira la existencia de una valoración y la aceptación de sentirse insultado inmerecidamente. La causa de la ira es pues ser tratado, o mejor, pensar que se es tratado injustamente. Por tanto, la atribución de intencionalidad, como fruto de una función cognitiva, es la que propicia la emoción; en la que participa también el conocimiento que posee el propio sujeto. De esta manera las emociones no son tan irracionales y bajas sino que las racionaliza o las entiende como un elemento racionalizable con sentido intencional y cognitivo de la conducta humana.

A pesar de esta concepción cognitiva de las emociones, Aristóteles defiende también la existencia de emociones de naturaleza no cognitiva, fisiológica, en la que las causas no las localiza en la razón sino en lo físico. Dos formas de entender las emociones, que no son más que la separación entre la emoción como el acto de registrar cognoscitivamente un dato procedente del exterior (sensación) y la emoción como el acto por el cual lo que es dado en la sensibilidad se refiere a la situación orgánica (sentimiento)<sup>21</sup>. Ambos fenómenos comparten el estar relacionados con el conocimiento, pero de forma distinta: la sensación es conocimiento; el sentimiento sólo indirectamente, en cuanto procede del deseo (*De Anima*, III, 13, 425-435). De este modo, puede afirmarse cierta retroalimentación entre el juicio y la emoción: el juicio

---

<sup>21</sup> Esta idea no sólo es la que va a marcar la línea de este trabajo, sino que es de lo más actual al estar integrada en las principales teorías cognitivas de las emociones que defienden la Psicología, la Filosofía e incluso la Neuropsicología.

causa la emoción y, una vez poseída por la pasión, la persona realiza otros juicios, por ejemplo, de venganza. Se abre, por tanto, la posibilidad de entender el deseo como impulso de naturaleza biológica (ορεξις) y como tendencia dirigida hacia un fin (δυναμις), al placer, a la verdad, al bien, etc.

Dicho lo anterior, se deduce que la función medial del deseo entre el juicio y la emoción supone una valoración de la realidad práctica sobre si ésta es buena o mala. Una valoración entendida bajo el dominio que la razón mantiene sobre los deseos irracionales y sustentada, a su vez, sobre dimensiones temporales o volitivas según se vea atraído por el placer (*epithymía*), por arrebató (*thymós*), sin tomar tiempo para reflexionar, de grado (*hekón*) pero no por decisión (*proaíresis*) o racional (*boulesis*). Así, por ejemplo, bajo este marco conceptual los sentimientos fundamentales como la ira, la vergüenza y el placer, se ubican en perspectivas diferentes: el placer en el presente inmediato, la ira, en el futuro, y la vergüenza, en la atemporalidad de la razón.

En resumen, aunque la razón es la parte dominante del alma, las emociones tienen una participación importante en el comportamiento y los juicios humanos. Por tanto, la valoración aristotélica de los deseos humanos considera la incontinencia en el deseo de placer como un mal, ya que esto supone tomar como absoluto y eterno lo que es relativo y temporal.

Como tampoco se puede olvidar que hay emociones, como la ira, que son buenas cuando proceden de un deseo controlado por la razón. La valoración de algo como bueno o malo no depende de la sensibilidad, sino de la razón, que es capaz de juzgar:

La virtud es, por tanto, un hábito selectivo, consistente en una posición intermedia para nosotros, determinada por la razón y tal como la determinaría el hombre prudente. Posición intermedia entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto. Y así, unos vicios pecan por defecto y otros por exceso de lo debido en las pasiones y en las acciones, mientras que la virtud encuentra y elige el término medio. Por lo cual, según su sustancia y la definición que expresa su esencia, la virtud es medio, pero desde el punto de vista de la perfección y del bien, es extremo (Ética a Nicómaco, libro 2, VI:62).

En resumen, Platón y Aristóteles inician una concepción de las emociones bajo el dominio de la razón, sobre la base de la existencia y estructura del alma, y, aunque fue Aristóteles quien hizo las aportaciones más decisivas, éstas no hubieran sido posibles sin la teoría de las tres partes del alma expuestas por su maestro. Una

concepción del alma como el principio que anima los cuerpos de los seres vivos, poseedora de un carácter divino, en la que se distingue tres partes, jerárquicamente organizadas: racional, irascible y concupiscible.

Había algo, decimos, con lo que el hombre comprende; algo con lo cual se encoleriza y una tercera cosa, en fin, a la que por la variedad de sus apariencias no pudimos designar con un nombre adecuado, por lo cual le dimos el del elemento más importante y fuerte que en ella había: la llamamos lo concupiscible, por la violencia de las concupiscencias correspondientes al comer y al beber, a los placeres eróticos y a todo aquello que viene tras esto, y la llamábamos también avarienta o deseosa de riquezas, porque es con las riquezas principalmente con lo que se satisfacen tales deseos....Pues, por lo que toca a aquella otra con que comprendemos, a todo el mundo le resulta claro que siempre tiende toda ella a conocer la verdad tal cual es y no hay nada que le importe menos que las riquezas o la fama (República, IX, 580d-e).

Así pues, para Platón, el hombre debía ser educado a través de un riguroso método racional, inseparable del amor del Bien y de su transformación interior, creando así una sociedad intelectual y espiritual en la que imperará la justicia gracias a la inteligencia y al dominio de sí mismo. En contra, la búsqueda de placeres, originados en las otras dos almas, no sólo llevará a la persona a la pérdida de la sensatez sino que le despojará de los recursos necesarios para evitar una vida plena: "...el amor viviendo tiránicamente en sus adentros, como solo señor, en total indisciplina y desenfreno, empuja al que lo lleva en sí a toda clase de osadías, como el tirano a la ciudad." (Republica, 575a). Es la razón la que produce el bienestar ya que dispone a la persona a valorar la vida positivamente y a enfrentarse, también positivamente, a las situaciones cotidianas que ésta le presenta. Al seguir esta vía, el sujeto alcanzará un estado de felicidad plena gracias a la construcción de proyecto vital fundamentado en el fortalecimiento del carácter y en la defensa de los valores más trascendentales. No cabe nada más que controlar las pasiones si el hombre desea aspirar al verdadero sentido del Bien y de la Felicidad.

Aristóteles, sin abandonar del todo la concepción de su maestro, defiende que los juicios y las evaluaciones de la realidad deben hacerse siempre desde la emoción que experimenta el perceptor. Su concepción de las emociones la centra en la relación dinámica que mantiene con la razón, posibilitando que éstas sean consideradas tanto



como una consecuencia de los juicios como el origen de que éstos se produzcan. Si, como dice el propio filósofo, las cosas individuales existen y constituyen la verdadera realidad, la influencia de las emociones sobre los juicios afectará a las interpretaciones que se haga de la misma y de todos los factores que la determinan. Por tanto, las emociones, no deben ser eliminadas, más bien al contrario, el intelecto debe ser educado para que sea capaz de controlarlas y ponerlas al servicio de la plenitud o la felicidad que virtuosamente el hombre debe buscar. De ahí que Aristóteles piense que “los factores emocionales no son ajenos al proyecto de una retórica basada en razonamientos y que, de hecho, es posible acceder a una descripción objetiva de enunciados subjetivos en los márgenes de una doctrina de la causalidad psicológica” (Retórica:108).

Su idea de un alma única viene, por tanto, a dar coherencia a este planteamiento, ya que su aceptación de la dialéctica entre emoción y razón le permite otorgar a las emociones sus propios fines y motivaciones. La emoción lleva al sujeto a percibir el objeto según el grado de afectación. Si se está molesto por la acción de alguien es probable que se emita un juicio en contra y no a favor sobre esa persona; fácilmente se puede inferir que realmente esa persona está haciendo algo en contra del observador, sintiéndose justificado en tener esa emoción. Y la acción de esa misma persona no es evaluada de la misma manera cuando se está en un estado emocional contrario o diferente.

En definitiva, se puede admitir que Aristóteles fue el primer autor que se interesó por el procesamiento de la información y los estados y procesos psicológicos como capacidades de cuerpos materiales complejos, desde una visión funcionalista. Para él, los estados mentales como el dolor, las ideas o las creencias hay que entenderlos como estados internos que se originan a partir de estímulos y sus consecuencias conductuales. Se anticipa así a la Psicología Cognitiva del siglo XX y aborda también la noción de consciencia de forma similar a cómo años después lo hará Descartes; para él, el que ve percibe y se percibe así mismo como ser que percibe. Se anticipa así a una forma de entender la mente desde una perspectiva biológica y cognitiva.

Aristóteles también hablaba de una psicología de las cualidades, donde ciertas funciones de la mente (o del alma), están determinadas con cierto valor psicobiológico, como las que se encuentran en el alma sensitiva: procurar placer, evitar dolor, y también

la imaginación, la memoria y el movimiento como consecuencia del deseo. Así diferencia al ser humano del resto de las criaturas, ya que mientras que el animal funciona por instintos, el ser humano lo hace gracias a su capacidad de razonar. Posición ésta que le permite a su vez formular la primera teoría psicológica de la asociación por contigüidad, semejanza y contraste, admitiendo, eso sí, que el alma es el principio o la base de la vida, de la sensación y del pensamiento. Lo que nos hace humanos es que tenemos precisamente un alma humana. Si la perdiésemos, solo tendríamos de humano el nombre. Es pues el alma racional la que nos diferencia de los animales y nos hace actuar humanamente, lo que nos hace ser diferentes, pues cada individuo se define por su alma individual, lo que llamaríamos el “yo”, la capacidad de autoconsciencia. El alma racional, de la que ya había hecho mención, corresponde únicamente a los seres humanos, y su objetivo es la búsqueda de conocimiento, el entendimiento del bien y del mal, y la búsqueda de la felicidad.

Por tanto, para Aristóteles, aunque el conocimiento empieza en los sentidos, dándose un conocimiento de lo concreto que implica una relación directa entre el sujeto que conoce y el objeto que es conocido; la información de los sentidos debe ser procesada, por la inteligencia, y transformada en conceptos universales. Las emociones ayudan a que este proceso pueda ser completado y ajustando al orden social y personal.

### **1.3. La Filosofía Postaristotélica**

La idea de anular las emociones o de reprimirlas en aras a mejorar el papel de la razón fue mantenida también por el Epicureísmo y el Estoicismo. Estas escuelas, a pesar de dotar a las emociones de un papel positivo respecto a la consecución de la felicidad, afirmaron que deben controlarse por la razón para alcanzar un desarrollo personal óptimo. Especialmente, fue también el caso del Estoicismo que admitió que nunca podemos estar seguros de nada, ya que como todos nuestros conocimientos están sujetos al error debemos evitar realizar juicios, sean de la índole que sean. Nada podemos saber con absoluta certeza y seguridad, nada es más, ni mejor ni peor, ni cierto ni falso; todo

es relativo. La propia búsqueda de la felicidad implica un error al estar supeditada también a la elaboración de ciertos juicios. Por tanto, puesto que no existe una verdad absoluta, el ser humano debe intentar alcanzar una existencia tranquila, serena, en la que el alma sea imperturbable. Un estado que el propio Pirrón de Elis (360-270 a.C.) denomina con el término de ataraxia (ἀταραξία) y que no es más que la consecuencia de aceptar que todo es relativo (Román Alcalá, 2005).

Esta visión estoica (Copleston, 1994), representada también por Zenón de Citio (IV-III a.C.), por Séneca (4 a.C.- 65), por Epicteto (55-135) y por Marco Aurelio (121-180), entre otros, mantiene la predeterminación de la vida de los hombres, aconsejando que la actitud más sabia debe ser la de permanecer imperturbable ante el destino y las desgracias y mantener una actitud de serenidad frente a los “avatares de la vida”.

Por su parte, el Epicureísmo, mantiene la creencia de que la felicidad, la buena vida, consiste, además de en la tranquilidad del alma propuesta por los escépticos (ἀταραξία), en la ausencia de placer (ἡδονή) y de dolor (ἀπονία). Un estado que se consigue una vez que han sido eliminados de nuestra alma o espíritu los temores que más atormentan a los hombres: el temor a los dioses y el temor a la muerte. No obstante, para el Epicureismo, la felicidad se encuentra en la búsqueda inteligente de placeres y la consideración de que éstos son un bien. El placer debe ser conseguido sin otras afecciones que compitan con él. Por tanto, los placeres deben ser ordenados y subordinados en relación al bienestar físico y espiritual.

Tras estas corrientes filosóficas, se produce un resurgir de los postulados de Platón, por autores como Porfirio y Plotino (siglos II y III) con fuertes tintes religiosos cuya influencia en la Filosofía Cristiana va a quedar muy patente. Estos neoplatónicos sostienen que el universo material es equiparable al “Mundo Sensible” del que hablaba Platón, considerado como una “emanación” del Ser Supremo, en el que el Uno, que tiene caracteres divinos, se va a identificar con la Idea de Bien (Copleston, 1994).

### 1.3.1. El Epicureísmo

El Epicureísmo, como se recoge en la obra de su fundador Epicuro (341–270 a.C.), presenta una teoría de las emociones basada en la defensa de la moderación, llegando a recomendar, en ciertos casos, la completa eliminación (ὕπεξαίρεσις) de las mismas como el mejor mecanismo para alcanzar la felicidad (Boeri y Balzaretti, 2002). Fundamenta su posición en la relación que, según él, existe entre la creencia y la emoción que produce. En unas ocasiones la emoción depende de la creencia que la provoca, mientras que en otras la creencia se identifica plenamente con la emoción. En cualquier caso, lo importante para el hombre es su constante búsqueda de la felicidad orientada hacia el desarrollo de la habilidad para el control de tales emociones. El conocimiento de los deseos se convierte así en el principal recurso para “supeditar toda elección o rechazo a la salud del cuerpo y a la serenidad del alma, porque esto es la culminación de la vida feliz” (Carta a Meneceo:136).

Esto es, desarrollar la capacidad psicológica de conseguir el control sobre sí mismo y las circunstancias hasta alcanzar cierto grado de enfriamiento emocional. Una habilidad psicológica que denomina ataraxia (ἀταραξία), que viene a reflejar una cualidad semejante a la de umbral y que describe cómo a partir de un determinado nivel máximo no es posible que el placer tenga un incremento de intensidad.

Con todo, para él, aunque el placer no es ni bueno ni malo, su existencia debe considerarse como sinónimo de ausencia de dolor, o de cualquier tipo de aflicción como el hambre, la tensión sexual, el aburrimiento, etc. El proceso de eliminar estas aflicciones ciertamente conlleva placeres sensoriales, como el propio Epicuro escribió: “Por mi parte no sé qué idea puedo hacerme del bien si suprimo los placeres del gusto, del amor, del odio y los suaves movimientos que de las formas exteriores recibe la vista” (Testimonios:28). Su posición insiste en la concepción del placer como un fin en sí mismo, más que como un medio como vienen a ser todas las otras cosas que el hombre busca; esto es, “al no sufrir dolor en el cuerpo ni turbación en el alma” (Carta a Meneceo:137).

Una búsqueda que se realiza a través de un camino que libera de todas las trabas impuestas por la religión o la Filosofía, una vez que se clarifican y clasifican los tipos de placeres que, en mayor grado, producirán la satisfacción buscada.

Esta posición le permite a Epicuro realizar una primera distinción entre placeres corporales y espirituales. Los placeres espirituales los localiza por encima de los corporales ya que pueden controlar la voluntad y prevenir de los efectos de las cosas exteriores. Entre estas pasiones espirituales incluye el recuerdo, la imaginación o la proyección de situaciones placenteras producidas por los placeres corporales, pero sobre todo, el placer que se deriva de la prudencia, origen de todas las virtudes.

De esta primera clasificación obtiene otra a partir de la división de los placeres en aquellos que lo son en reposo y en movimiento. Los placeres en reposo son aquellos que sobrevienen al alma como algo natural a su actividad, mientras que los placeres en movimiento son aquellos que experimenta el alma como algo sobreañadido a su naturaleza, algo que se ha de buscar en el exterior porque no resulta de su normal actividad. Ante la disyuntiva, Epicuro opta decididamente por los placeres en reposo, porque los placeres en movimiento producen, a la larga, dolor y, convertidos en hábito, esclavizan el alma sometiéndola a las cosas exteriores (Boeri y Balzaretti, 2002).

Aquí es donde se produce el cambio en la mentalidad de Epicuro, que deja su visión hedonista y se aproxima más a una ascética, ya que los placeres espirituales se localizan por encima de los corporales y producen mayor placer:

Pues ni banquetes ni fiestas sin fin, ni los placeres que dan los muchachos jóvenes o las mujeres, ni los pescados o cuantos alimentos se sirven en una mesa lujosa, proporcionan una vida placentera, sólo un razonamiento sobrio que busque las causas de toda elección y rechazo y que aleje las opiniones falsas, que son las que producen mayor aflicción a las almas (Carta a Meneceo:138).

En definitiva, la concepción de las emociones que desarrollaron los epicúreos insiste en la necesidad de controlar la verdad de las creencias como la causa más inmediata que provoca las pasiones: “las falsedades son las que producen en la mente la corrupción; esta es la fuente de muchas pasiones, y son las responsables de la inestabilidad. Las pasiones se describen en términos generales como una debilidad

psicológica que surge como consecuencia de un impulso excesivo” (Bocardo, 2006/07:58). De esta forma defienden que las pasiones surgen como consecuencia del consentimiento que da el agente a un conjunto de creencias que toma por verdaderas, pero que en realidad son falsas: “Dicen, pues, que el deseo es un impulso que desobedece a la razón, su causa es la creencia de que un bien se está aproximando, y que cuando los tengamos cerca nos sentiremos felices con él” (Estobeo, 1884, II.90.7-18). Al conectar las emociones con las creencias falsas o erróneas las interpretan de forma cognitiva.

### 1.3.2. El Estoicismo

Frente a los planteamientos desarrollados por los socráticos y los epicúreos, los estoicos defienden la existencia de un alma vacía, como una tabula rasa, que va llenándose gracias a la percepción de las propias actividades y de los estados de ánimo que no cuenta con ningún conocimiento *a priori*, y que en ella se imprimen las representaciones, copias o imágenes de las cosas sensibles a través de la “representación cataléptica” (comprensión conceptual de la sensación). Crisipo de Solos (281/78-208/05 a.C.), afirma que todo conocimiento se adquiere a partir de la percepción como procesos meramente materiales, y sólo, después de ella, cuando el objeto real no está ya ahí, queda una memoria, un recuerdo (μνήμη), surgiendo la experiencia de recuerdos similares (ἐμπειρία);

Cuando nace el hombre, la parte dominante del alma es como una hoja (χαρτήν) eficaz para el registro (ἀπογραφή). A este fin registra cada una de sus concepciones (ήννοιών). El primer modo de este registro es el que se produce mediante las sensaciones. Cuando tenemos la sensación de algo, por ejemplo lo blanco, retenemos un recuerdo (μνήμη) suyo incluso cuando ha desaparecido. Cuando se generan muchos recuerdos de la misma especie, entonces decimos que tenemos experiencia (ἐμπειρία). Pues experiencia es el conjunto de fantasías de la misma especie. [...] (Crisipo, 2007: 3,83, IV,11).

Para dar coherencia a esta visión empirista-materialista, especialmente en la aceptación de los postulados platónicos sobre la razón (λόγος), defendieron que ésta, al igual que las otras capacidades humanas, se desarrolla con la edad, quedando totalmente formada a los 14 años. Una visión evolutiva de las capacidades que, partiendo de unas que se producen de forma natural (φυσικώς) en las que no intervienen reglas (άνεπιτεχνήτως), dan lugar a otras que se van aprendiendo (έννοιαι) que poseen, además, la capacidad de anticipar hechos y situaciones a partir de los 7 años (προλήψεις)<sup>22</sup>. Llega así, al concepto de “fantasma” que, “ubicada en el alma racional adquiere la naturaleza de concepto (έννόημα), tomando ese nombre a partir de la mente (νοῦς). Por esta razón, cuantas cosas acaecen a los animales irracionales, sólo son fantasmas” (Crisipo, 2007: 3,83, IV, 11).

Este enfoque no les impidió aceptar, al igual que sus antecesores, que el fin último del hombre es alcanzar la felicidad (εὐδαιμονία) y que ésta sólo se alcanza a través de la virtud. Una virtud, que no es más que vivir conforme a la naturaleza mediante el ajuste de la propia conducta con sus leyes o de la propia voluntad con la Voluntad Divina.

Esta concepción de la naturaleza es radicalmente diferente a la de los filósofos anteriores, ya que para ellos, vivir conforme a la naturaleza significaba atenerse al principio que opera en la naturaleza, al λόγος, del cual participa el alma humana y que no es otro que el impuesto por la divinidad. Por su parte, seguir las leyes de la naturaleza no es más que seguir sumisamente el orden divino impuesto por los dioses en el mundo. Una sumisión que, al estar el hombre dotado de razón difiere de la del resto de los seres. Así, por ejemplo, el instinto de conservación tan necesario en el animal, que le lleva a actuar siempre de la misma manera, se transforma en el hombre en un proceso de autoperfección o autodesarrollo. De esta manera, la virtud se convierte en la condición necesaria e indispensable para lograr la tranquilidad del ánimo (άταραξία).

Con todo, para alcanzar la felicidad no basta poseer cualquier tipo de virtud, ya que algunas, más que acercarle, le alejan de ella. Virtudes como la sencillez, la moderación, la templanza o la alegría, conducen mejor al placer y a la felicidad,

---

<sup>22</sup> Resulta curiosa la similitud del desarrollo cognitivo que hace Crisipo de Solos con el modelo de Piaget en el que la anticipación ocupa también un lugar predominante.

mientras que la lujuria desenfrenada, la febril ambición y otros vicios le alejarán de ella. Por tanto, en la medida que el hombre, mediante la razón, controle la conducta y se ejercite en la prudencia, la honradez y la justicia, será considerado honorable y justo; en contra, quien no viva conforme a la prudencia, la honradez y la justicia, no podrá vivir feliz, ni será justo, ni libre. Luego algunas emociones no sólo son irracionales, sino también perjudiciales para el ser humano ya que le alejan de la virtud y le entorpecen el buen desarrollo moral.

En el siglo II a. C. el astrónomo Posidonio de Apamea (135-51), desde esta posición estoica y aunando conceptos platónicos y aristotélicos, ofrece una visión del hombre a partir de una estructura gobernada por dos principios: uno material (soma) y otro inmaterial (psique). Incluye además un elemento divino, inmaterial también, localizado en el alma sobre un plano distinto de lo biológico y lo psíquico, el *hegemonikon*, en continua interacción con ambas dimensiones. Este elemento divino lo definió como un principio rector que gobierna, dirige y da unidad a todo el ser, gracias a la razón que lo controla. Como indica Fernández Riaño (2010), se trata de un tercer elemento, de carácter inmaterial, relacionado con un principio divino presente en el ser humano y que le da unidad al ser. Por otra parte, la causa de la emoción (*pathos*) la considera semejante a la causa de la infelicidad y de la inconsistencia de la vida:

El no seguir en todo a lo divino (*δαίμονι*) de uno mismo, el cual nos es connatural y tiene una naturaleza análoga al principio divino que gobierna todo el universo, pero del que algunas veces se desvía y se es arrastrado por lo que es peor y semejante a la bestia (Posidonio: Fragmento, 187A).

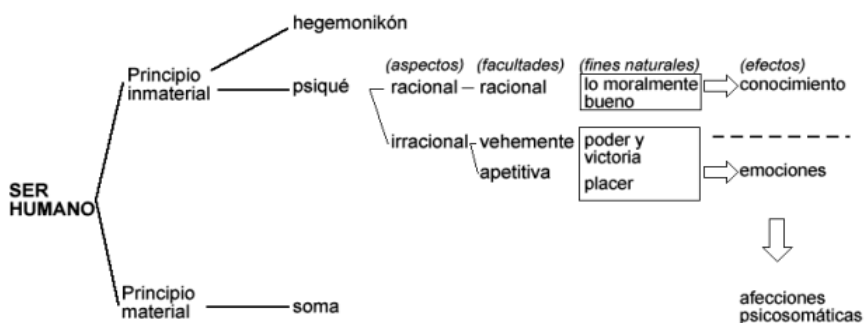


Figura 1.- Esquema de la teoría de Posidonio según José Rey de Castro Esposto (2009)



Por tanto, su propuesta se orienta más a la aceptación del control del componente divino por el principio racional, obteniendo como premio la felicidad. Las emociones (τανπαθη), contrariamente, son entendidas como la tendencia que lleva a alejarse de lo racional y de esa dimensión divina que cada hombre tiene dentro de sí mismo (δαίμονι). Esto es, tendencias que surgen de las vivencias o impulsos interiores que no han pasado por el tamiz de la razón o como una forma de rebelarse a ella. De esta manera, las emociones no son racionales, sino que son vistas como errores de juicio, a pesar de que algunos estoicos las tenían como parte de la racionalidad humana. De ahí que piensen que para ser felices hay que evitar ser dominados por ellas y dejarse guiar por la razón, vinculada a lo divino.

En resumen, esta es una visión de la naturaleza del alma, bastante en consonancia con la propuesta por Aristóteles, compuesta de tres facultades: desiderativa o concupiscible, vehemente o irascible y racional. Facultades que, aunque distintas, pueden presentarse conjuntamente y hacer posible que las emociones (τανπαθη), participen, a la vez, de dos de ellas: la desiderativa y la irascible, reflejo, por un lado, de un deseo y, del otro, del ímpetu con el que se realiza el mismo. No obstante, a pesar de que las emociones no tengan su origen en la razón, ni estén ubicadas en esa facultad, la razón posee la capacidad de conocer las causas que la gobiernan. Las emociones, por tanto, “no son juicios ni lo que sobreviene a un juicio, sino que son ciertos movimientos de poderes no racionales distintos, que Platón ha denominado irascibles y concupiscibles” (Posidonio: Fragmento, 152), y que puede pertenecer al alma, o al cuerpo o a ambas a la vez.

Las emociones que pertenecen al alma, son las que tienen algo que ver con decisiones y suposiciones racionales, como por ejemplo: deseos, temores, caprichos, ira, etc. Las propias del cuerpo, estarán formadas por fiebres, escalofríos, contracciones, apertura de los poros, etc. Dentro de éstas, consideradas también mixtas, encontramos las denominadas emociones físicas con efectos mentales, como los letargos, el mal genio que lleva a la locura, las angustias mentales provenientes de dolores físicos persistentes, las representaciones sensibles o los sentimientos de relajación. Finalmente, y dentro de este tercer grupo, tendremos otras mentales con efectos en el cuerpo, como el cambio de apariencia en temor y aflicción. Se tiene así una clasificación que le

permite establecer la existencia de un vínculo muy cercano entre el cuerpo y el alma y explicar, a su vez, las manifestaciones psicósomáticas de las afecciones del alma en el cuerpo y las del cuerpo en el alma<sup>23</sup>.

Otro filósofo estoico, Epicteto (55-135), ofrece una visión del ser humano compuesto por dos naturalezas perfectamente distintas, donde una es común con los animales (cuerpo) y otra exclusiva del hombre y de los dioses (espíritu). Una estructura, en la que el verdadero bien del hombre estará siempre en la parte que le distingue de las bestias y que le hace semejante a los dioses. Por tanto, y para ello, resulta necesario que esta parte se halle bien asistida y fortificada y que las virtudes sean sus centinelas avanzados, para rechazar mejor al enemigo y poder vivir con toda seguridad, exento de temores. “Cuando te sientas atacado por una tentación, dice, no dejes para otro día el combatirla, porque llegará ese día y tampoco la combatirás. Y de tal modo, de día en día te sucederá que no solo serás vencido siempre, sino que caerás en una insensibilidad tal que acabarás por no darte cuenta de que pecas y tocarás palpablemente la gran verdad que encierra este verso de Hesíodo: “El hombre que aplaza de un día para otro sus resoluciones vive siempre agobiado de males” (Epicteto, Máximas:252).

Así, en la misma línea que los demás filósofos estoicos, defiende que sólo gracias a la razón se puede alcanzar la libertad. Una libertad que no es más que la consecuencia de controlar todas las pasiones, para no dejarse arrastrar por ellas, ni por los deseos, los temores, los bienes e incluso por el propio cuerpo. Si tienes amor a tu cuerpo y a tus bienes, estás perdido; ya eres esclavo. Es el propio sujeto, entonces, el que se forja su propia cadena. Por tanto, la felicidad, al igual que la libertad, no será más que una consecuencia de no desear. No obstante, admite los planteamientos de Posidonio sobre la existencia de pasiones gobernadas por la razón que consolidan la libertad, como el pudor, la fidelidad, la constancia, la sumisión a las órdenes divinas, la exención de dolores, turbaciones y miedos (Kidd, 2004).

Para concluir con esta parte del capítulo primero, sólo cabe decir que se ha realizado un análisis de la concepción materialista de las emociones en la Filosofía Hebraica como el inicio de una visión materialista de las emociones humanas. A

---

<sup>23</sup> Poco a poco, con estos autores se empieza a diferenciar entre pasión, sensación y sentimiento aunque aún falta muchos años para que se definan plenamente tal y como hoy se conciben.

continuación, se ha revisado la concepción griega de la naturaleza emocional del hombre, especialmente en las obras de Platón y Aristóteles y los planteamientos recogidos en las doctrinas estoica y epicúrea. Una época en la que se formaliza una concepción de las emociones en torno a la razón y al intelecto como recurso orientador del saber, estableciendo una prioridad de ésta (la razón) sobre la primera (la emoción). Una concepción sobre la naturaleza de las emociones que, a pesar de su antigüedad, goza de mucha actualidad, siendo la base de las principales teorías modernas de la Psicología de las Emociones.

Se ha visto también como, a pesar de que la figura de Aristóteles fue más decisiva en la formulación de la teoría de las emociones es, sin embargo, la teoría de las tres partes del alma expuestas por Platón la que representa la primera sistematización del fenómeno emocional.

Platón pensaba que el hombre debía ser educado a través de un riguroso método racional, inseparable del amor del Bien y de su transformación interior, creando así una sociedad intelectual y espiritual. "...La forma más elevada de inteligencia es el dominio de sí mismo y la justicia" (La República:67).

Una posición mucho más idealista que la de Aristóteles, que profundiza aún más en el estudio de las emociones centrándose en el marco de la oratoria y de los discursos deliberativos. Considera el estagirita que los juicios y las evaluaciones de la realidad se hacen siempre desde la emoción que experimenta el perceptor. Esto es, de la misma forma en la que los juicios pueden provocar estados emocionales, las emociones pueden llevar a nuevas interpretaciones de la realidad. Una forma de entender al ser humano y las emociones que gozan hoy en día de una gran actualidad y que está muy acorde con la tesis que aquí se desarrolla, ya que si el alma racional es propia del ser humano y propicia la función de pensar, su fin vendrá determinado tanto por las exigencias de la racionalidad misma, centrada tanto en la búsqueda del saber, como por la búsqueda de la felicidad (*eudaimonía*) y como tal, son bienes del alma la racionalidad y las emociones. En este sentido, las emociones no sólo no deben ser eliminadas sino controladas por el intelecto a través de la educación y de la razón. De ahí que Aristóteles piense que "los factores emocionales no son ajenos al proyecto de una retórica basada en razonamientos y que, de hecho, es posible acceder a una descripción

objetiva de enunciados subjetivos en los márgenes de una doctrina de la causalidad psicológica” (Retórica:108).

Por su parte, los estoicos y los epicúreos confían en los recursos interiores del ser humano, su racionalidad, como la cualidad capaz de proporcionar la única base sólida que desarrolle una vida feliz y tranquila. Lo que cuenta para ellos es el ser humano individual y el bienestar que podría alcanzar en virtud de sus dotes naturales. La experiencia individual empieza a ser considerada como un elemento a tener en cuenta a la hora de abordar la relación que existe entre la razón y las emociones.

No obstante, los estoicos, más en la línea de Platón y Aristóteles, son más autocríticos que los epicúreos y convierten su pensamiento en una Filosofía sumamente técnica, en la que la lógica es muy valorada. Las diferencias con los demás enfoques se centran, por un lado en que éstos presentan una concepción positiva del mundo, un sistema de reglas para la salvación humana, mientras que los epicúreos se concentran en la suspensión de todas ellas como única posibilidad de ser feliz.

En definitiva, de alguna manera y con ciertos matices, se puede defender la idea de que la Filosofía Helénica valora las emociones como una característica irracional, animal, pero necesaria para todo hombre, aunque debe ser controlada por la razón. Una idea que va a permanecer en todas las teorías sobre las emociones hasta nuestros días y que se cuestiona en parte en esta tesis.

## **1.4. La romanización de la Filosofía Griega**

En el siglo III a.C., Roma extiende sus dominios y su influencia a toda la Península Itálica e islas adyacentes y comienza su primer conflicto al otro lado del Mediterráneo con las Guerras Púnicas.

En el año 196 a.C., Fleminio, tras derrotar a Filipo V de Macedonia, libera a los helenos de la dominación macedonia y las legiones romanas entran definitivamente en

toda Grecia conquistándola poco a poco hasta conseguir que en el año 166 a.C. el rey Atalo III, ceda sus estados por testamento al senado y al pueblo romano (Shipley, 2001).

El espíritu pragmático del pueblo romano no sólo busca conquistar los pueblos sino organizarlos mediante un derecho político que ha perdurado casi incommovible a través de los tiempos. El pueblo romano supo asimilar pueblos y culturas extrañas, respetando sus instituciones propias e insuflándoles al mismo tiempo su espíritu hasta llegar a su romanización, haciéndoles solidarios de su propia civilización y de su vida política. Esta situación posibilitó que, desde principio del siglo II a.C. se produjera un gran éxodo de sabios griegos a Roma como preceptores de las grandes familias patricias. De esta forma la cultura griega se extendió por Roma, y por todo el imperio, posibilitando una Filosofía Romana que fue una prolongación de la Filosofía Griega. De este modo la cultura y Filosofía del pueblo griego y el genio político del romano colaboraron en la formación de lo que llamamos Civilización Occidental.

No obstante, y a pesar de ello, el pueblo romano no se caracterizó por tener una clara inclinación intelectual ni el espíritu creador del griego; sólo algunos pocos autores como Plutarco, Séneca, Cicerón e incluso el Emperador Marco Aurelio, se interesaron por la Filosofía, especialmente por las doctrinas estoica y epicúrea. Aunque fue este espíritu práctico de los romanos el que hizo que su Filosofía adoptara una visión de dichas escuelas más ética que la propugnada por los helenos.

Uno de los filósofos de este periodo, interesante para el tema que nos ocupa, fue Mestrio Plutarco (46-120), que consideró las pasiones del alma peores que las del cuerpo, al ser una consecuencia de la falta de educación. El ignorante no es el que no sabe, sino el que cree que lo sabe todo; es decir, el que excluye de su vida la formación, y, en consecuencia, rechaza la búsqueda de la verdad. Es el peor mal del hombre porque, si no se admite la enfermedad, se excluye la posibilidad de mejora (Penalva Buitrago, 2007:218).

En la obra de Plutarco se presenta una imagen del hombre como ser desnudo, desvalido en medio del mundo, pero “arrojado en manos de sí mismo” y obligado a su propio cuidado. Su propia naturaleza le dota de la capacidad y de los instrumentos necesarios para razonar (*dynámeis*) y para construirse a sí mismo. Esta facultad de

razonar, decía, es el fuego robado a los dioses, con el que se enciende la “luz interior” que llevamos dentro y que, gracias a la educación se ve impulsada.

En su tratado sobre *Cómo se debe escuchar* (Moralia I), comienza recordando que el objetivo de la educación es “formar hombres libres” y que libre es el hombre que tiene dominio de las pasiones mediante la razón. Es decir, sólo es libre el que consigue educar sus tendencias, de forma que no sean las que dominan al hombre, sino que sea éste el que las domine y se sirva de ellas para “vivir bien” (Moralia, 48d). Plutarco estaba convencido de que dejadas las pasiones a su libre expresión, se producen desórdenes en el alma y se convierten en causa de la enfermedad del espíritu. Propone, por tanto, que las pasiones sean controladas por toda la facultad de la razón, con la intención de encender “la propia luz interior”. Así, el hombre que consiga sacar partido de todas sus “energías” o “potencialidades” será el hombre inteligente.

El filósofo hispano-romano Lucio Anneo Séneca (4 a. C. 65 d. C.) fue quizás el principal filósofo en la romanización de la Filosofía Estoica. Para Séneca el destino del ser humano está en la búsqueda y consecución de la felicidad. Una búsqueda, que persigue todo hombre y que le lleva por un camino tortuoso en el que se va a tientas y, donde es fácil equivocarse. El conocimiento es esencial y él mantuvo que no hay que fiarse de los sentidos para adquirir tal conocimiento; éste se adquiere gracias al espíritu (alma) que nos permite discernir lo verdadero de lo falso. Como señala el autor, “el sumo bien es un alma que desprecia las cosas azarosas y se complace en la virtud”, o bien “una fuerza de ánimo invencible, con experiencia de las cosas serena en la acción, llena de humanidad y de solicitud por los que nos rodean” (Sobre la felicidad:4).

Por tanto, la felicidad no se encuentra en el bien, sino en todo lo contrario, en ser capaz de estar por encima de la dicotomía bien-mal; pero también, y como consecuencia de ello, está en no desear (Coronel Ramos, 2013). Al final, es la razón la que decide sobre el valor de las cosas. De forma que, si la virtud se entiende como el bien último, la razón debe estar siempre vigilante a todas las demandas del exterior, especialmente las que afecten a la propia naturaleza física. El ser humano no se debe dejar seducir por las cosas exteriores y sólo debe sentirse atraído por sí mismo, confiando en su ánimo, preparado, eso sí, para soportar lo que le sobrevenga en su vida.

Esta visión estoica tuvo tanto impacto en Roma que hasta el propio emperador Marco Aurelio (121-180), se sintió atraído por su doctrina. En su pensamiento se refleja también la influencia de Platón y Aristóteles, convirtiéndose en uno de los filósofos estoicos de la época del Imperio (llamado también “estoicismo nuevo”) más ético y didáctico (*Meditaciones*, 2008). En su obra mantiene que el alma del hombre se deshonor a sí misma cuando actúa en contra de la naturaleza. Su argumentación se apoya en el acto de enfadarse contra los acontecimientos, que los entiende como una deserción respecto a la Naturaleza, de la que forman parte las naturalezas de los demás seres que la integran. Usa la emoción de odio que se tiene a otro individuo, como cuando se le maltrata, para ejemplificar esta idea, ya que para él esta es una manifestación de la deshonra que se produce al dejarse vencer por el placer o el dolor que la propia emoción produce. Algo parecido sucede cuando se emplea la hipocresía, el disimulo y la mentira en los actos. Finaliza, como conclusión de todo ello, afirmando que el fin de los seres racionales está en vivir conforme a la razón y a las leyes del universo, que es el Gobierno más antiguo y el mejor legislador.

Para Marco Aurelio, lo más valioso de la vida humana es la justicia, la verdad, la templanza, el valor y, sobre todo, la virtud de un alma que se baste a sí misma en las circunstancias en que está permitido obrar según la recta razón. El bien de la razón es el principio de las virtudes sociales y no puede sustituirse por nada, como las alabanzas de la plebe, las dignidades, las riquezas o la voluptuosidad (*Meditaciones*).

Este modelo adquiere más consistencia con la diferencia que hace entre el cuerpo, el alma sensitiva y la inteligencia, otorgándole funciones específicas a cada una de ellas. Al cuerpo otorga las sensaciones; al alma sensitiva las pasiones y a la inteligencia los principios. Estos son elementos de una estructura gobernada por el alma ya que ésta posee la facultad directora y soberana, que evita que se mezcle con las impresiones que la carne experimenta y que se encierre en sí misma manteniendo las pasiones en el límite de los propios miembros. No obstante, si por cualquier motivo las afecciones llegan hasta el alma a consecuencia de su unión con el cuerpo, no hay por qué rechazar una sensación que se halla dentro del orden natural. Llegados a esta situación, se debe evitar que la facultad directora del alma no la tome por un bien o por un mal, sino ajustada al orden natural.

En resumen, y para finalizar este capítulo, se puede derivar de todo lo anterior que la Filosofía griega y romana, sobre el primer siglo de nuestra era, deja muy bien construida la primera teoría formal sobre las emociones. Una teoría que se gestó a lo largo de muchos siglos y supuso fundamentalmente la defensa del dominio de la razón sobre las emociones (pasiones). En ella, las emociones empiezan a ser consideradas viejos reductos de nuestra naturaleza no humana, animal, irracional, que impide conseguir el principal objetivo humano que no es otro que la perfección y la felicidad. La razón, por tanto, se considera el principal mecanismo para conseguir tales objetivos y la principal garantía de la separación del hombre del resto de los seres animados y no animados. Sin embargo es también cierto que para filósofos como Aristóteles, Posidonio, e incluso Marco Aurelio las emociones juegan un papel positivo en la conducta humana, al menos en la medida en que no se oponen a la razón.

## **Capítulo 2: La Filosofía Cristiana**

Mientras Roma intentaba establecer una nueva visión del mundo, en Judea, un estado bajo el dominio romano, surgía una religión misteriosa basada en la revelación de libros sagrados. Esta nueva religión, centrada en las predicaciones de Jesús de Nazaret, en sus comienzos no fue más que un movimiento de liberación del pueblo judío del dominio de Roma.

En su primera etapa, los seguidores de Jesús fueron gentes del pueblo, de los oficios más diversos, poco interesados en establecer una doctrina teológica. Estos grupos sociales inferiores, reducidos a la miseria por el poder romano, ya venían buscando muchos años atrás, durante los siglos II y I a.C., varias salidas a su condición mediante frecuentes insurrecciones violentas que fueron anuladas por la organización y el poder romano. Esta situación fortaleció la esperanza en la llegada de un “salvador celestial” que acabaría con los males, como preconizaban los antiguos libros judíos. Más tarde, con la llegada de Jesús, considerado como el salvador celestial, este movimiento se convertiría en un movimiento religioso que incluiría a todos aquellos que se consideraban seguidores de las enseñanzas de Jesucristo



Al contrario que las religiones de los pueblos griego y romano, el pueblo judío defendía el monoteísmo bajo la creencia en un solo Dios, omnipotente, eterno y providente, que dirigía el destino histórico de su pueblo y le protegía. Un Dios capaz de hacerse hombre y terminar humillado, torturado y clavado en una cruz por los mismos hombres. Un concepto de la divinidad que difiere enormemente de las creencias de los pueblos y culturas coetáneas.

El dualismo griego estaba compuesto de un alma, en la que radicaba lo específicamente humano y un cuerpo, que en ocasiones llegaba a ser una cárcel para el alma. Los judíos mantenían la visión dualista de la Filosofía Griega, aunque con ciertas peculiaridades que lo orientaban hacia un dualismo ético. Para ellos la dualidad, la contraposición entre sus partes, no sólo se da entre alma y cuerpo sino también entre un principio del bien y un principio del mal que luchan en el interior del hombre. El interés de los filósofos griegos por la racionalidad del ser humano, les lleva a distinguir las funciones espirituales (incluida la consciencia) de las funciones corporales y de la misma sensibilidad (el corazón). El ejemplo más significativo de esta diferenciación lo tenemos en Platón en su referencia a las funciones espirituales, la inmortalidad del alma y la animación del cuerpo como una función secundaria y transitoria del alma. Este pensamiento se introduce tan fuertemente en la tradición cristiana que hace posible el desarrollo de una Antropología dualista cristiana centrada en la idea de alma en sí misma y su relación con el cuerpo. Y gracias a la combinación con las tesis platónicas y aristotélicas, la tradición cristiana empieza a suponer que el alma pervive tras la muerte y que realiza tanto la función de animar el cuerpo como la de entender<sup>24</sup>.

Con el paso del tiempo, el Cristianismo comienza a extenderse y a calar, cada vez con mayor fuerza, en todas las capas de la sociedad romana, incluso entre las más cultas y poderosas. La decadencia política, militar y moral del Imperio Romano produjo un vacío religioso que los antiguos dioses no estaban en condiciones de llenar. En

---

<sup>24</sup> Recordar que la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento, defiende una visión monista de la naturaleza humana, al no establecer una clara separación esencial entre el alma y el cuerpo, ni considerar la inmortalidad de la misma. No obstante, y a pesar de ello, deja entrever vagamente la idea de que el alma (*nefesh*) permanece aunque el sujeto se haya marchado al mundo de los muertos (*Sheol*). Una noción, eso sí, más relacionada con la personalidad y la pervivencia, que la diferencia del impulso vital de todas las manifestaciones de la vida (*ruaj*) que viene de Dios, pero que desaparece con la muerte del hombre.

contra, el mensaje cristiano resultaba más atractivo espiritualmente al ofrecer respuestas a la mayoría de los interrogantes, especialmente en cuanto a la inmortalidad del alma.

La obra de San Pablo, el último de los apóstoles, considerado por algunos como el principal fundador del Cristianismo (Johnson, 2010), hizo posible que se extendiera más allá de las fronteras geográficas del pueblo judío. Se extendió también entre las capas más altas del Imperio Romano hasta conseguir en el siglo IV su libre predicación (Constantino, 313), llegando incluso en el año 385 a ser proclamada la religión oficial del Imperio (Teodosio). Este hecho fuerza, de alguna manera, la formalización del mensaje religioso, tanto para fortalecer la fe cristiana como para defenderse de las objeciones de la Filosofía pagana y situarla al nivel de los pensadores de la época. Esa tarea la asumen los llamados “Padres de la Iglesia”, filósofos-teólogos cuya producción va a ir consolidando, a lo largo de la historia, una auténtica Antropología cristiana. Destacan, como pioneros, personajes de la talla de San Cipriano, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Tertuliano u Orígenes Adamantius, entre otros. Todos ellos se centrarán, a lo largo de los años, en conciliar la fe cristiana con el pensamiento filosófico.

Con éste propósito y ante la falta de bases teológicas donde apoyarse, los padres de la iglesia se sintieron atraídos por los viejos filósofos griegos, en especial por las obras de Platón y Aristóteles, aunque sin olvidar planteamientos de otros autores de las escuelas helénicas. De este modo, la Filosofía Cristiana inicia un camino dirigido hacia la formalización de una Teología a partir de la reflexión intelectual sobre los datos que proporciona la fe, la revelación divina. Una visión donde las emociones no tienen una consideración positiva, en su sentido amplio, ya que al estar localizadas en la parte física, en el corazón, son las responsables también de las malas conductas: “Lo que sale del hombre es lo que lo hace impuro. Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo, el desatino. Todas estas cosas malas proceden del interior y son las que manchan al hombre” (Mc. 7: 20-23). No obstante, reconocen que, aunque las emociones tienen una influencia en la inclinación hacia el mal, el amor, la emoción más fundamental, encierra en sí misma tanto la causa como el deseo del bien ausente y la

esperanza de obtenerlo, una emoción que genera un movimiento en la búsqueda de placer y del gozo del bien poseído. De esta forma, el cristianismo aboga también por una clasificación de las emociones buenas y malas, acorde con el eje que define la visión dualista de la naturaleza humana, centrada en la lucha entre el bien y el mal.

La aceptación de las creencias cristianas se va a convertir, más que en un hecho aislado, en una corriente plenamente consolidada, en una forma de entender la vida y al hombre a partir de la defensa de verdades absolutas, como la existencia de un solo Dios como creador y la existencia de una forma de comportamiento acorde a sus principios, también de carácter universal. Intenta, además, explicar la naturaleza humana a partir del binomio cuerpo-espíritu como una unidad integrada y con el mismo origen (Feurbach, 1841).

## **2.1. San Agustín de Hipona**

Bajo estos principios, San Agustín (354-430), uno de los padres de la Iglesia, fue quizás el primero en llevar a cabo este intento de relacionar la fe religiosa con la Filosofía. Parte, como no podía ser de otra forma, de la noción de bien y de mal para defender que la moral es la cualidad humana por excelencia. Las pasiones, para él, son consideradas apetitos sensitivos en los que, al no participar la razón, no se puede considerar como buenas o malas moralmente, lo que importa es la voluntad humana ya que ésta es la que le otorga a las pasiones el rasgo de buenas o malas. Como dice el propio filósofo,

Lo que importa es qué tal sea la voluntad del hombre, porque si es mala, estos movimientos serán malos, y si es buena, no sólo serán inculpables, sino dignos de elogio, puesto que en todos ellos hay voluntad, o, por mejor decir, todos ellos no son otra cosa que voluntades (*La ciudad de Dios*:VI).

No obstante, como el hombre puede ser alabado o vituperado según sus pasiones se ajusten o no a la moral, las pasiones terminan relacionándose con la razón, en cuanto

afectan a la voluntad y al pecado, como una desviación de la virtud. Un concepto de virtud que define en términos de *ordo amoris*: amar o que debe ser amado (*La ciudad de Dios*, XV) cuya función es el ordenamiento de la vida hacia Dios. De esta manera, el amor se entiende como la verdadera emoción que humaniza al hombre, lo une a Dios y le lleva por este camino de la virtud.

Un análisis pormenorizado de la noción de amor en la obra de San Agustín, permite distinguir varias concepciones de esta emoción. Las dos categorías fundamentales hacen referencia a dos aspectos correlativos del amor o deseo, como un “apuntar a” y como un “remitir retrospectivo” (Arendt, 2001:25). Dos dimensiones temporales muy relacionadas con el presente, que tienen su reflejo en el futuro anticipado y el pasado recordado. Se trata de una concepción del amor, según Arendt (2001), como anhelo o deseo (*appetitus*) del bien propio y como retorno y reactualización del origen.<sup>25</sup>

Urbano Ferrer Santos y Ángel Román Martín (2010), por su parte, mantienen que se puede distinguir varias concepciones del amor en la obra de San Agustín: una concepción antigua y una concepción cristiana. La primera, la relacionan con la perfección del ser amado, en forma de aspiración o tendencia hacia lo superior donde se localiza. La segunda, la concepción cristiana, entiende el amor en una dirección contraria, de la parte superior a la inferior; esto es, de Dios a todas las demás criaturas. Un amor que se sobrepone a la esfera racional como la dimensión más fundamental del espíritu humano, responsable de su movimiento tendencial: “El peso mío es mi amor; por el peso de mi amor soy llevado adondequiera que voy” (*Confesiones*, XIII).

En definitiva, y puesto que el filósofo identifica el amor con la fuerza de la voluntad, al estar todas las facultades y actividades del espíritu movidas por ella, el amor es lo que da sentido y unidad a todas las operaciones humanas. De ahí la división

---

<sup>25</sup> Para entender mejor estos conceptos hay que considerar la observación de San Agustín sobre que el hombre tiene la razón desordenada, siendo, por tanto, lo primero establecer el orden en la misma. Debe seguir el orden que rige en el hombre que va desde el conocimiento de uno mismo hasta el conocimiento de Dios. El propio filósofo escribe que “Si alguien no quisiera progresar o quisiera retroceder a los principios, con justicia y razón se vería obligado a sufrir la pena debida (...), según el orden y armonía admirable que preside el gobierno de las criaturas, (...) todos los seres molestos o molestados, placenteros o complacidos, están insinuando y proclamando la unidad trazada por el creador” (*De vera religione*, III, pp. 220, 217 y 239).

que realiza según el objeto al que se dirige el amor: a Dios por Dios y al prójimo por Dios (caritas) y el amor al mundo por el mundo, el deseo de tener y no perder (cupiditas). El primero, el amor a Dios y al prójimo por Dios (caritas) es el que asegura la verdadera felicidad ya que se trata de la posesión de un bien que no puede perderse por ser inmutable y eterno. Defiende así la doble visión de las pasiones; en sí mismas, como movimientos del apetito racional sometidos al imperio de la razón y como fuerza de la voluntad. Sólo las últimas, pueden ser calificadas como moralmente buenas o malas.

Bajo estos principios establece la existencia de tres tipos diferentes de seres con alma racional, como son los dioses, los hombres y los demonios, organizados jerárquicamente según su naturaleza. Los dioses se encuentran en el cielo, ocupan el lugar más elevado, los demonios el aire y los hombres la tierra. Por tanto, los dioses son mejores que los hombres y los demonios, ya que ocupan el lugar más alto, mientras que los hombres son inferiores a los dioses y demonios. No obstante, mantiene que el buen hombre, puro de corazón, no puede considerar a los demonios mejores que él, ya que la razón y el lenguaje los hace mejores, estando obligados a inclinarse hacia una vida virtuosa. De ahí que sea éste el motivo por el que los superamos con estos dones y aprendamos a "cultivar aquella parte en que les hacemos ventaja con mucha mayor diligencia que el cuerpo, y para que aprendiésemos a despreciar la excelencia corporal que observamos tenían también los demonios en comparación de la buena y virtuosa vida" (*La Ciudad de Dios*, XV).

Su idea del bien y del amor resulta interesante para la defensa de esta tesis al considerar que el objeto de la razón reside en la búsqueda guiada por el sentimiento de amor hacia el conocimiento de Dios y del alma. De esta forma se entiende que el propio autor considere que el origen de las pasiones, especialmente las sometidas al imperio de la razón, esté en el amor. Un amor que puede adquirir varias formas según la situación de la persona: "El amor que desea tener lo que ama, es codicia; el que le tiene ya y goza de ello, es alegría; el amor que huye de lo que le es contrario es temor y si lo que le es contrario le sucede, es tristeza" (*La Ciudad de Dios*, VII).

Esta concepción racional de las pasiones, unida a la identificación de Dios con la sabiduría, le lleva a considerar al verdadero filósofo como aquel que ama a Dios, el

amador de Dios: *si sapientia Deus est..., verus philosophus est amator Dei*. Una idea que lleva asociada la confusión entre el amor a la sabiduría y el amor a Dios. Y hay otro texto suyo, también enormemente enérgico: *non intratur in veritatem, nisi per caritatem*, (no se entra en la verdad, más que por la caridad, por el amor), del que se deriva su famosa máxima de *ama et quod vis fac* (ama y haz lo que quieras). Este amor es entendido como el modo o el método para adquirir la sabiduría; esto es, para la búsqueda de la verdad. Pero también, un amor entendido como una orientación total y absoluta de la vida misma. Un amor que, como indica Julián Marías (2006), se centra no en lo que se quiere o se desea, sino un amor sobre lo que se puede querer, lo que se puede verdaderamente querer: si lo que haces lo haces realmente por amor, puedes hacer lo que quieras. Lo que puedas querer realmente, lo que puedas querer amorosamente, por amor. Una concepción del amor que queda muy bien reflejada en este poema escrito por el propio San Agustín<sup>26</sup>:

Si callas, callarás con amor,  
si gritas, gritarás con amor,  
si corriges, corregirás con amor,  
si perdonas, perdonarás con amor.  
Si está dentro de ti  
la raíz del amor,  
ninguna otra cosa sino el bien  
podrá salir de tal raíz.

En definitiva, mantiene San Agustín, que las emociones son componentes naturales del psiquismo humano, que constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu. Y, entre las numerosas pasiones, la más fundamental es el amor que la atracción del bien, de la sabiduría y, por tanto, de Dios despierta en el ser humano. Un amor que es la causa del deseo del bien ausente y la esperanza de obtenerlo, que propicia el movimiento hacia la consecución del placer y el gozo que proporciona el bien poseído. Sólo el bien es amado.

---

<sup>26</sup> Este poema, atribuido a San Agustín no se encuentra en ninguno de sus textos. Otros autores lo atribuyen al historiador italiano Cayo Cornelio Tácito. En ninguno de los casos se encuentra la referencia de la obra en la que se encuentra, por lo que parece más bien que se trata de una atribución realizada por la tradición popular. No obstante, su inclusión obedece por ajustarse a la idea tratada y por condiderarlo más propio a la obra de San Agustín que del autor latino.

## 2.2. Santo Tomás de Aquino

Dando un gran paso en el tiempo, nos encontramos con otro gran filósofo cristiano como es Santo Tomás de Aquino (1224-1274), un fraile dominico que relaciona la cultura y sus manifestaciones con la capacidad del hombre de experimentar sentimientos y afectos. Contradice con su posición a todos aquellos que veían irracionalidad en las pasiones, ya que, al igual que lo pensaba San Agustín, en realidad no son ni buenas ni malas, sólo el motor que excita y desarrolla la actividad: Las emociones “sólo reciben calificación moral en la medida en que dependen de la razón y de la voluntad. De ahí, que llame voluntarias a las pasiones bien porque estén ordenadas por la voluntad, bien porque la voluntad no se oponga a ellas” (*Summa theologiae*, 1-2, q.24, a. 1, c).

El Aquinate las entiende también como una expresión de la vulnerabilidad e imperfección del sujeto que las sufre. Coincide con Plutarco en considerar que el fin de la educación debe centrarse en encauzar y “purificar” las pasiones con el fin de alcanzar un óptimo desarrollo humano.

Las pasiones son, en definitiva, fuentes del dinamismo humano que el propio autor entiende bajo diversos puntos de vista: como afecciones pasivas y como movimientos que implican alteraciones o pérdida de algo conveniente o inconveniente. Estas acepciones de la pasión son tomadas de Aristóteles y reflejan la naturaleza física de éstas al llevar a un ser paciente a sentirse atraído por la acción de un contrario. Por tanto, la pasión se inscribe en el ámbito de lo físico, ya que sólo el ente material puede ser afectado por un agente exterior. Y, “como movimiento, se da más cuanto mayor es la deprivación y más extrínseca el principio que la produce” (*De veritate*, q, 26, a, 8 ad. 2 y ad. 3)

Como movimiento que es, la pasión, sigue dos direcciones, bajo la denominación de apetitos; uno concupiscente y el otro irascible. El apetito concupiscente lo entiende como una tendencia de la voluntad hacia el bien sensible, en clara referencia al bien y el mal. Por otra parte, la segunda dirección, o apetito irascible, la relaciona con la aproximación o alejamiento del bien o del mal. También coincide con Aristóteles en el número de estos apetitos o emociones, considerando seis dentro de

los apetitos concupiscibles (amor, odio, alegría o gozo, tristeza, deseo y aversión), y cinco del apetito irascible (esperanza, desesperación, audacia, temor y la ira).

Con todo, y bajo esta disyuntiva sobre el bien y el mal, las pasiones adquieren un papel importante al pertenecer tanto al cuerpo como al alma. Esto es, si el hombre careciera de su materialidad corpórea no tendría pasiones, pero si careciera de alma tampoco las padecería, por lo que la unión de ambos componentes es la base del pensamiento y la reflexión. No obstante, aunque las afecciones sean tanto del alma como del cuerpo, defiende con Aristóteles (*De anima*, I, 1, 403a 25), que todas tienen alguna manifestación orgánica. Sólo el hombre es capaz de una reflexión que le permite: pensar lo pensado, querer lo querido y sentir lo sentido, luego, de alguna forma distingue entre pasiones que afectan a lo corporal y al alma. Tomás de Aquino distingue así en las pasiones un aspecto material, cambio orgánico, y uno formal, sentimiento o emoción que experimental el sujeto con la afección. El aspecto material es común con los animales y está relacionado con la potencia estimativa, y el formal, propio del ser humano, con la cogitativa, que relaciona las afecciones con las funciones superiores.

No obstante, y aunque parezca que el Aquinate va a terminar desarrollando una visión racionalista de las emociones, nada más lejos de su parecer, ya que al partir de la idea de salvación, del pecado original, considera que producen un desorden en el alma humana. Bajo este supuesto, la integración del apetito, originado por la pasión, en el conjunto de la persona influye en la moralidad de la acción. Y como el alma no padece, al ser incorpórea, necesita que se produzca un desplazamiento de la pasión, originada en el cuerpo, hasta ella. Su lógica viene a defender que aunque se padece por la materia y se razona por la forma, “la pasión, del que padece deriva del agente por el hecho de que la pasión es efecto de la acción” (*De veritate*:111).

Por tanto, la pasión corporal, aunque empieza en el cuerpo, su término o fin estará en el alma en cuanto que se une al cuerpo como forma. De esta manera, el apetito sensitivo culmina en el intelecto; esto es, las afecciones de las cosas materiales sobre el cuerpo llevan a éste a acercarse o a ahuyentarse del objeto. En definitiva, viene a decir el filósofo dominico que la afección (como pasión) lleva al deseo de obrar, y de forma natural a valorarla en términos de conveniencia, condicionando la dirección del apetito sensitivo. No obstante, hay que tener en cuenta que esta valoración está dentro del orden



natural de los sentidos internos, particularmente el cogitativo en el hombre. No es fruto de una deliberación racional, sino que manifiesta la tendencia originaria que tienen los seres al bien y que en el hombre, por su conexión al mundo, a través de los sentidos, se realiza en este nivel de las tendencias del apetito sensible. De hecho, de los tres apetitos; el intelectual, el sensitivo y el natural, el filósofo piensa que es el último el que mueve a todos los seres a su perfección. Las pasiones espirituales, actos superiores del alma racional (conocer, amar, gozar, etc.) sólo son pasiones (de forma restrictiva) en la medida en que se refieren a un acto de voluntad, sin reacción corpórea, influyendo por redundancia en el apetito sensible.

Tomás de Aquino, en su argumentación propone el ejemplo de una persona que padece una herida en su cuerpo. En este caso, dice, su alma también padece ya que la herida debilita la unión. El alma, que no puede morir, sin embargo le teme a la muerte. No teme la muerte como si ella fuese a morir, sino que teme la desaparición del compuesto por su separación del cuerpo. De igual manera, las pasiones anímicas, aunque empiezan en el alma terminan influyendo en el cuerpo; por tanto, “las pasiones del alma o pasiones en sentido riguroso son los movimientos de la consciencia e indican las actitudes de atracción y repulsa que el sujeto siente hacia los objetos del apetito” (*Cuestiones Disputadas sobre la Verdad*. Q. XXVI, art. 2.). Entiende, por tanto, que la pasión nace de la afección íntima que nos causa un acontecimiento exterior, en forma de deseos permanentes que no nos abandonan ni siquiera una vez satisfechos, creando un estado inquietante.

En definitiva, Tomás de Aquino considera, igual que lo hizo San Agustín, el amor como la pasión fundamental que nos hace participar activamente en la vida del otro, ayudándolo a construir su bienestar. Amar es querer el bien del amado, decía. Y, lógicamente, Dios es el principal referente donde se halla la suprema felicidad, el sumo bien, que representa la quietud, por lo que genera más placer que el movimiento.

## 2.3. La Filosofía Franciscana

La teoría de Santo Tomás rápidamente tuvo sus detractores, que no fueron otros que los franciscanos. Una orden, surgida durante el siglo XIII y con un carácter marcadamente empirista que rechazaba la visión metafísica y sobrenatural del ser humano. Su idea fundamental se centra en el impulso de amor hacia todo lo creado fruto de la fascinación que el hombre tiene hacia la obra de Dios, hacia la perfección del Creador. No obstante, y a pesar de ello, hay que decir que la Orden Franciscana, en sus inicios, no tuvo un especial interés por este tipo de actividad intelectual, aunque cambió esta situación cuando en 1231 ingresó en la orden Alejandro de Hales, teólogo inglés de orientación aristotélica.

Alejandro tuvo una gran importancia en el desarrollo de la Ética Cristiana. Apoyándose en los tratados éticos de Aristóteles, abordó los problemas de la Suprema Bondad, la naturaleza de la virtud, el aspecto moral de las acciones y los hábitos. Afirmaba que Dios es la Suprema Bondad y que es deber del hombre llegar a su conocimiento por amor a Él. Las emociones adquieren así, con el amor, cierto grado de protagonismo al relacionarlas con Dios y la Naturaleza.

A esta línea de pensamiento, iniciada por Hales, se unió el filósofo escolástico San Buenaventura (1218-1274), que consideraba que la razón sólo nos proporciona un conocimiento muy imperfecto e inadecuado de Dios, ya que éste sólo se adquiere por medio de la fe. A pesar de ello, admite que ese conocimiento imperfecto engendra en el alma una sed permanente de conocer la verdad.

En este itinerario racional las emociones ocupan un papel esencial ya que dirigen el alma hacia el bien. El amor, como emoción básica, permite al alma realizarse puesto que lleva al conocimiento de sí misma y a descubrir los vestigios de Dios en las cosas de la naturaleza. El amor, y por extensión también las demás emociones, en la que participan el resto de las facultades, son una parte fundamental del conocimiento y la razón. No obstante, esta opinión del Franciscano no siempre fue compartida por la

iglesia oficial, ya que ésta consideraba las emociones como el origen de los pecados. Una opinión que tiene su reflejo paradigmático en la obra del infierno de Dante<sup>27</sup>.

Otro franciscano, Guillermo de Ockham (1300-1350) rechaza la doble afirmación de Aristóteles y de Santo Tomás, de que sólo existen los individuos y que la ciencia se ocupa de los universales. Este filósofo, que bien pudiera considerarse el último filósofo medieval o el primero que anticipa ideas renacentistas, defiende una visión nominalista que le lleva a rechazar la adquisición de conocimiento a través de la razón. Critica todas las construcciones metafísicas de las épocas anteriores, aunque coincide con aquellos filósofos en considerar de forma negativa las pasiones.

Para él, los hombres somos pecadores y nos dejamos llevar por nuestras malas pasiones de codicia, avaricia, ignorancia y tiranía, ya que todas las habilidades y todos los deseos de cualquier ser humano tienen como sujeto el alma sensitiva o el alma intelectual. La existencia de estas dos almas, la sensitiva y la intelectual, posibilita que todo ser humano tenga impulsos desiderativos contradictorios entre sí respecto de una misma cosa. Además, permite también que todo ser humano posea habilidades de percepción o sensitivas, de imaginación, de entendimiento, etcétera. Así pues, una persona es capaz de imaginar y de percibir o sentir objetos externos debido a la existencia del alma sensitiva y de su habilidad de aprehensión. Los actos de imaginación son causados por los sentidos internos, mientras que los actos de percepción o sensaciones son causados por algún objeto externo singular a través de uno o varios de nuestros cinco sentidos. La negación de los universales, le lleva a aceptar la existencia de entidades singulares y concretas, producto de la percepción. Por tanto, se puede ir más allá de lo que se ve, de las cosas concretas, ya que lo real no reside en las

---

<sup>27</sup> Quizás sea en este autor renacentista dónde mejor queda reflejado la idea de pecado y su relación con las emociones. Su idea del infierno, con una forma de cono invertido en el que se encuentra Lucifer en el ápice, la configuran nueve círculos de los que los cinco primeros forman el alto infierno y los cuatro últimos, el bajo infierno, cercado por murallas de hierro. Para él, el infierno representa una experiencia caótica que produce una expresión incontrolable de las emociones una vez que se pierde la virtud y el sujeto se encuentra atrapado en la selva oscura del pecado. Podríamos decir que se encuentra en un dualismo personal entre el bien y el mal, y a lo largo del infierno, “lucha interna”, parece querer conocer por sí mismo, interiorizando en el pecado y en el mal. De esta forma, el sujeto perdido busca desesperadamente la iluminación para mantenerse en la virtud, y al no conseguirlo inicia el camino desde el vestíbulo del infierno a los demás círculos que representan situaciones en la que las emociones tienen un papel importante. El primer círculo, el más inocuo para los paganos, se destina a los “paganos virtuosos” y los no bautizados, en cierto modo, sujetos pasivos de su situación. A partir de aquí, del círculo 2, empieza a ubicarse a los pecadores activos; los lujuriosos (2), los glotones (3), los avariciosos (4), los coléricos (5), los herejes (6), los violentos (7), los fraudulentos (8) y los traidores (9).

esencias, en los universales, ni mucho menos en los conceptos mentales: sólo lo particular es real, la cosa concreta es lo único existente. Esta visión empirista de Ockham prepara el terreno a toda una serie de transformaciones que marcarán el rumbo de la civilización occidental (López Cuétara, 2001).

En definitiva, se puede defender que la visión de las emociones desde el Cristianismo pueden clasificarse en dos categorías o grupos: las emociones de la carne y las emociones del espíritu. Las primeras nos conducen a la muerte ya que proceden de deseos pecaminosos, que arrastran a las personas a través de las pasiones carnales sumergiéndolas en el vicio de las concupiscencias<sup>28</sup>. Por el contrario, las emociones del espíritu nos conducen a la obediencia, a la paz, al amor, al gozo, a la alegría y todo lo bueno, benigno y justo que procede del Padre de las luces. Esto es, cuando un cristiano está dominado por los deseos y las emociones, se moverá por lo carnal y lo más posible es que peque y se equivoque reiteradamente; en cambio, cuanto más cerca esté de Dios, por su amor, será más reposado y en su interior reinará en mayor grado la virtud, la templanza y la serenidad de espíritu.

### **Capítulo 3: La Filosofía Moderna**

A finales del siglo XVI se inicia una de las etapas más interesantes de la historia de la Filosofía en cuanto al tratamiento de la razón y las emociones. Aunque se inicia en Francia se extiende rápidamente por Inglaterra y Alemania, culminando con la Revolución Francesa en 1789. Paradójicamente, los antecedentes de este pensamiento

---

<sup>28</sup> Según el Catecismo de la Iglesia Católica (Conferencia Episcopal, Madrid: Ed. Edice, 2013), la persona humana se ordena a la bienaventuranza por medio de sus actos deliberados: las pasiones o sentimientos que experimenta la disponen y contribuyen a ello. Viene a considerar las pasiones, como algo que pertenece al patrimonio del pensamiento cristiano, semejante a los sentimientos, considerándolas como impulsos de la sensibilidad que inclinan a obrar o a no obrar en razón de lo que es sentido o imaginado como bueno o como malo. Por tanto, son también componentes naturales del psiquismo humano que constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu, siendo la más importante el amor que la atracción del bien despierta. El amor causa el deseo del bien ausente y la esperanza de obtenerlo. Este movimiento culmina en el placer y el gozo del bien poseído. La aprehensión del mal causa el odio, la aversión y el temor ante el mal que puede sobrevenir. Este movimiento culmina en la tristeza a causa del mal presente o en la ira que se opone a él.

ilustrado se localiza en Inglaterra, dónde la Filosofía y las Ciencias Físicas, Médicas, Biológicas y Sociales experimentan un gran avance. En los siglos XVI y XVII, el trabajo de un destacado grupo de matemáticos y físicos, como Copérnico, Kepler, Brahe, Bacon, Galileo y Newton<sup>29</sup>, propiciaron el nacimiento de la *Revolución Científica*.

El pensamiento humanista del Renacimiento anima a los eruditos a cuestionar las suposiciones medievales y estimula el interés por el análisis y la descripción de la realidad física. Se trata de una de las preocupaciones clave de los países cuando la expansión del comercio internacional creaba una fuerte demanda por la elaboración de nuevos instrumentos y mediciones más precisas, especialmente para la navegación en alta mar.

### 3.1. El Mecanicismo

Hobbes (1588-1679)<sup>30</sup> es uno de los primeros autores que aplica el método de la nueva ciencia a la política, intentando hacer de ésta también una ciencia. Su propuesta presenta un modelo de sociedad compuesta por multiplicidad de seres individuales,

---

<sup>29</sup> Galileo (1564-1642) había realizado notables aportaciones para el desarrollo de la nueva ciencia al cuestionar teorías consideradas verdaderas durante siglos. Así, por ejemplo, demostró la falsedad del postulado aristotélico que afirmaba que la aceleración de la caída de los cuerpos -en caída libre- era proporcional a su peso, y conjeturó que, en el vacío, todos los cuerpos caerían con igual velocidad. Entre otros hallazgos notables figuran las leyes del movimiento pendular (sobre el cual comenzó a pensar, según la conocida anécdota, mientras observaba una lámpara que oscilaba en la catedral de Pisa), y las leyes del movimiento acelerado. La obra que le hizo merecedor del título de “Padre de la Física Matemática” fue su *Discorsi e dimostrazioni matematiche: Intorno a due nuove scienze attinenti alla meccanica e ai movimenti locali* (Discursos y demostraciones en torno a dos nuevas ciencias relacionadas con la mecánica), escrita con la ayuda de su discípulo Torricelli, donde describe los resultados de sus investigaciones sobre mecánica. Esta obra sentó las bases físicas y matemáticas para un análisis del movimiento, y se convirtió en la base de la ciencia de la mecánica, edificada por científicos posteriores, como Isaac Newton. Galileo creó dos nuevas ciencias conocidas en la actualidad como Dinámica y Resistencia de materiales.

<sup>30</sup> Hobbes, en su *Tratado sobre el ciudadano* (1647) y en el *Leviathán* (1651), ofrece una visión mecanicista de las emociones humanas entendidas como principios invisibles del movimiento del cuerpo humano que preceden a los movimientos visibles provocados por los deseos. Una visión que condiciona la idea de voluntad en la que, al estar tan condicionada por los objetos externos, la libertad se ve cuestionada.

movidos por sus pasiones, intentando explicar cómo se produce la transición de este individualismo atomista a partir de la vida en sociedad y del abandono del Estado de Naturaleza. Otorga, en este proceso de transición, a la razón el papel protagonista para acceder a una vida superior frente al dominio de las pasiones en el estado natural. Su teoría epistemológica se acerca al empirismo en ciertos aspectos, aunque se acerca más a los racionalistas (Hobbes, 1647, 1651). Él sostiene una ontología mecanicista y atomista, en la que todo lo que existe en última instancia en sociedad son individuos, átomos, fuerzas como el egoísmo y el vacío del estado de naturaleza. Mantiene una concepción antimetafísica del ser humano centrada en la materia y el movimiento como principios absolutos. Su materialismo y mecanicismo le permite considerar las pasiones a partir de los movimientos voluntarios en el hombre. Todo lo que existe es materia (*matter*) como una realidad localizada y numerada, no como un principio puramente intelectual, figurado (Vargas y Espinoza Verdejo, 2008). Por tanto, el propio pensamiento es el resultado de la presión del mundo externo en los sentidos, de las sensaciones y del recuerdo (fantasmas o ideas) de los impactos de las imágenes en el hombre una vez que las sensaciones se debilitan debido al alejamiento de las cosas. El conocimiento es resultado de este proceso y de la aplicación de la razón a diversos principios de los cuales derivamos consecuencias.

Hobbes es un materialista mecanicista pero también un gran racionalista, de ahí que en su teoría de las pasiones el placer y el dolor sean anteriores a cualquier tipo de apetito o aversión. Para él, toda imagen provoca en el ser que percibe diversas pasiones, especialmente de dolor-placer (pasiones más primarias o simples) y de ellas surgen las demás, las secundarias, como el amor y el odio, y las terciarias, como la envidia y la admiración (Vargas y Espinoza Verdejo, 2008). Una visión que sólo se puede entender a partir de la consideración del saber alingüístico y prelingüístico, en el que las pasiones simples sólo pueden ser producidas y explicadas a partir del mismo movimiento que los objetos externos producen en el cuerpo humano.

Hobbes sitúa el origen del conocimiento en la sensación, o mejor dicho, en la experiencia que los órganos sensoriales aportan al cerebro una vez que captan y propagan el movimiento de los objetos externos al cerebro y al corazón. Una vez

experimentada la sensación se guarda en la imaginación en un formato material, que Hobbes denomina fantasma, como una marca en la mente capaz de activar diferentes zonas cerebrales colindantes. De esta manera, a partir de la sensación o de un recuerdo se posibilita un encadenamiento de ideas fruto de la agitación de las partes del cerebro donde quedaron registradas experiencias anteriores y hacerlas presentes, bien de forma fortuita o bien en función de algún fin determinado (Jiménez Castaño, 2012). Se puede asumir que con estos trabajos, Hobbes, establece las bases de lo que será el Asociacionismo.

Bajo este esquema, las pasiones y su sucesión en la memoria, constituyen un discurso pre-verbal, mediante la sucesión relativamente ordenada de imágenes que constituye el pensamiento. Esta sucesión de pensamientos (*train of thoughts*), sostiene Hobbes, es de dos clases: la primera es sin guía, sin diseño, e inconstante; en la cual no hay algún pensamiento apasionado que los gobierne y dirija a los que le siguen, en relación a él mismo, como sucede con el fin o meta de algún deseo, u otras pasiones; en las cuales los pensamientos se dice que vagan, y parecen no relacionados unos con otros, como en los sueños (Hobbes, 1651: 3,12).

La razón es el instrumento para comprender cómo funcionan las cosas, apoyándose, para ello, en procesos deductivos a partir de estas secuencias de pensamientos regulados. Es decir, cuando se imagina cualquier cosa, se buscan todos los posibles efectos que pueden ser producidos y se imagina qué se puede hacer con ello cuando se tenga. Por tanto, la propia voluntad, es considerada también como un acto que se experimenta, ya que, al participar las pasiones en ellas, y éstas presentarse como la consecuencia del impacto de la imagen, la creencia de poseer control sobre este proceso es un puro engaño. En consecuencia, si se tiene un control sobre las pasiones, no queda más que aceptar que somos nuestras pasiones, más nuestra razón. Los pensamientos, según Hobbes, son, con respecto a los deseos, “como exploradores (*scouts*) que es preciso situar para que se adelanten y nos adviertan sobre los mejores caminos para alcanzar las cosas deseadas” (1651: 3, 59).

De esta manera, las pasiones son controladas por la razón y por la capacidad de superar el estado de naturaleza y de crear sociedad. En definitiva, la razón viene a ser una capacidad que se consigue a partir de la experiencia, del esfuerzo, del lenguaje y de

las conexiones que se forman con todo ello, en la que las pasiones son un instrumento más al servicio de la misma.

Afirma que en el estado de naturaleza el hombre vive una guerra de todos contra todos: “el hombre es un lobo para el hombre”. Él pensaba que el ser humano es malo por naturaleza; pero, al mismo tiempo, este mismo hombre, incluso en el estado de naturaleza, sigue siendo un ser racional y tiende a superar el desorden y la inseguridad. Para solucionar los problemas que acarrea este estado de naturaleza del hombre,

Al considerar que la vida es miserable y peligrosa, Hobbes introduce la idea del contrato social. Los seres humanos son capaces de ver la ventaja de establecer un contrato con reglas y límites bien definidos que permitan una vida en común más ventajosa. No obstante, y dado su escepticismo acerca de la naturaleza humana, propone que el gobierno esté en manos de “alguien” con el poder para castigar a todo aquel que no cumpla la norma establecida. Por lo tanto, sólo el contrato social permite al ser humano tener una vida mejor viviendo fuera del estado de naturaleza que lo único a lo que conduce es a una vida miserable. Las pasiones quedan sujetas a la regulación y el control que supone el contrato social.

### 3.2. El Racionalismo

Defensores del Racionalismo, como Descartes (1596-1650)<sup>31</sup>, Spinoza (1632-1677) y Leibniz (1646-1716), también consideran, al igual que Galileo, las Matemáticas como el método más seguro y riguroso para alcanzar el conocimiento y a las emociones. Las emociones son consideradas como algo a superar ya que poseen la capacidad de torcer la voluntad y dirigir al sujeto hacia un estado irracional.

---

<sup>31</sup> Dos son las obras más destacadas para abordar el estudio de las emociones en Descartes; *Las pasiones del Alma* (1649) y *la Correspondencia mantenida con Isabel de Bohemia*, escrita durante los años 1596-1650. Diversos autores creen que ambas obras además están relacionadas al considerar que escribió la primera, *las pasiones del alma* (1649), en honor a la princesa Isabel de Bohemia, con la que centró gran parte de su extensa correspondencia en torno a la relación cuerpo-alma. Esta correspondencia está publicada en Descartes, R., *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas*, Barcelona: Alba Editorial, 1999.



En principio, Descartes sugiere como método para adquirir el conocimiento partir inicialmente de axiomas o verdades evidentes para ir deduciendo de ellas los demás conocimientos, especialmente los menos evidentes. En su esquema de metodología racionalista las emociones apenas ocupan lugar ya que es la razón humana la que fundamenta el conocimiento. La voluntad es libre de elegir lo que la razón le dicta; el hombre es libre en su pensamiento y en su acción y por tanto responsable. Bajo esta idea, al aceptar la existencia en el alma de placeres comunes con el cuerpo que dependen enteramente de las pasiones y que, en ocasiones le condiciona la vida, la razón se ve obligada a controlarlas. Como manifiesta el propio filósofo, “en este punto es donde tiene su principal utilidad la cordura, pues enseña a dominar de tal modo las pasiones y a manejarlas con tal destreza, que los males que causan son muy soportables, y que incluso de todos ellos puede sacarse gozo” (Descartes, 1649: CCXII).

Descartes rompe así con la tradición aristotélica y tomista al considerar de forma dualista que el alma vive en el cuerpo como el jinete en el caballo o como el marino en la nave. Este dualismo incluye también funciones diferentes a cada una de las partes. Así el pensamiento lo es de la dimensión espiritual mientras el calor corporal, la nutrición y la locomoción lo son de la dimensión material. Incluye también una serie de funciones en la sustancia pensante (*res cogitans*) como la duda, la afirmación y la negación, el deseo, el entendimiento, la imaginación, etc. y dos formas genéricas de operar o pensar, como él mismo lo denominó: la percepción, en el sentido general de toda operación del entendimiento y la volición u operación de la voluntad. A su vez diferencia entre los *modi volendi*, como desear, repeler, afirmar, negar, dudar, y tres *modi percipiendi*: puro entender, imaginar y sentir (Parellada, 2000).

En su obra *Sobre las Pasiones* (1649) reconoce que los pensamientos pueden ser acciones o pasiones en un sentido muy general. Acciones del alma como las voliciones, que “sentimos que vienen directamente de nuestra alma y parecen no depender más que de ella”, (Descartes, 1649: XVII) y pasiones como percepciones o conocimientos, llamados así porque el alma las recibe por lo general como tales, aunque en ocasiones no sean más que efectos directos de la voluntad difíciles de distinguir de la volición que los produce. Con todo ello, propone una clasificación de las pasiones en seis, simples o primarias, de las que surgían todas las demás: (1) la admiración (que incluye la

estimación y el desprecio, la generosidad, el orgullo, la humildad o la bajeza, la veneración y el desdén), (2) el amor, (3) el odio, estableciendo que “no hay tantas especies de odio como de amor” (4) el deseo, (5) la alegría y (6) la tristeza. Las demás pasiones son, a su juicio, combinaciones o fusiones de esas primeras.

Tras describir minuciosamente todas las pasiones, advierte que el hecho de conocerlas todas, nos proporciona menos motivos que antes para temerlas, pues “vemos que todas son buenas en su naturaleza y que lo único que tenemos que evitar es su mal uso o sus excesos, contra los cuales podrían bastar los remedios que he explicado si todo el mundo se cuidara bien de practicarlos” (Descartes, 1649: CLXXXIII). Inspirado quizás en la obra de Santo Tomás, considera también las emociones como “todos los movimientos del apetito sensitivo”, estableciendo que “lo que en el alma es pasión, tiene en el cuerpo el fenómeno correlativo de la acción” (Descartes, 1649: CLXXXIII)

Esta posición le lleva a entender la unidad del cuerpo y el alma como una unidad de composición, en la que una de las partes contienen las percepciones y pasiones causadas por el alma y la otra las percepciones o pasiones causadas por el cuerpo. Las primeras percepciones son las de la voluntad, las imaginaciones y los pensamientos, mientras que las segundas, la del cuerpo dependen de los nervios, de su interior, conformando verdaderas percepciones.

...en los nervios hay que considerar tres cosas, a saber: su médula, o sustancia interior, que se extiende en forma de hilos desde el cerebro, donde nace, hasta los extremos de los otros miembros a que están unidos esos hilos; luego las membranas que los rodean y que, siendo contiguas a las que envuelven el cerebro, forman unos tubitos dentro de los cuales están esos hilos; por último, los espíritus animales, que, conducidos por esos mismos tubos desde el cerebro hasta los músculos, hacen que esos hilos permanezcan en ellos enteramente libres y extendidos de tal suerte que la menor cosa que mueva la parte del cuerpo a la que va unido el extremo de alguno de ellos hace mover por el mismo medio la parte del cerebro de donde procede, de igual manera que cuando se tira de uno de los cabos de una cuerda se mueve el otro (Descartes, 1649: XII).

Cuando el alma remite las percepciones que le transmiten los espíritus del mundo exterior, se trata entonces de la sensación. Si las remite al propio cuerpo o a alguna de sus partes y allí las siente, se trata de apetitos naturales como el hambre y la sed, o de afecciones como el dolor. Si las remite a sí misma, si el alma siente los efectos

de tales emociones, sin saber de dónde proceden, en sí misma, se trata de las pasiones del alma en sentido restringido, como la alegría o la cólera, a cuya enumeración y descripción está dedicado su *Tratado sobre las pasiones del Alma*.

Podemos llamarlas percepciones cuando empleamos en general esta palabra para designar todos los pensamientos que no son acciones del alma o voluntades, pero no cuando la usamos solamente para designar conocimientos evidentes; pues la experiencia demuestra que no son los más agitados por sus pasiones los que mejor las conocen, y que estas figuran entre las percepciones que la estrecha alianza que existe entre el alma y el cuerpo hace confusas y oscuras. Podemos también llamarlas sentimientos, porque son recibidas en el alma de la misma manera que los objetos de los sentidos exteriores, y el alma no las conoce de otro modo; pero podemos mejor aún llamarlas emociones del alma, no sólo porque este nombre puede ser dado a todos los cambios que ocurren en ella, o sea a todos los diversos pensamientos que le llegan, sino particularmente porque, de todas las clases de pensamientos que el alma puede tener, ninguna la agita y la conmueve tan fuertemente como estas pasiones (Descartes, 1649: XXVIII).

Localiza la causa última de las pasiones en un pequeño órgano (Glándula Pineal)<sup>32</sup> que se localiza en el interior del cerebro medio y que es agitada por los espíritus animales. Una agitación que se traduce también en el mantenimiento y la acentuación del sentimiento de las pasiones. “Por lo que es posible mantener que todas las pasiones pueden ser excitadas por los objetos exteriores que mueven los sentidos, que son en realidad sus causas más frecuentes y principales, de manera que, para encontrarlas y describirlas todas, basta considerar los efectos de esos objetos” (Descartes, 1649: LI).

A partir de esta descripción de la naturaleza de las pasiones del alma, Descartes piensa que la primera y principal de todas las emociones es la admiración, la extrañeza que se experimenta ante lo nuevo o diferente, que impulsa el viaje de los espíritus por caminos nuevos o les hace agrandar o estrechar los poros ya visitados, lo cual ejerce un influjo inmediato sobre la glándula y el alma. La pasión de la admiración no tiene

---

<sup>32</sup> Resulta curioso que, con los medios de la época, Descartes localizara en esta glándula, implicada en la regulación de los ciclos de la vigilia y el sueño, el puente entre el cuerpo y el alma, ya que ésta última habita en ella. Hoy se sabe algo más. Que la *epífisis o glándula pineal* es una glándula de secreción interna que forma parte del *epitálamo*. Es una pequeña formación ovoidea, aplanada, que descansa sobre la lámina cuadrigémina, en el tercer ventrículo cerebral. Es la responsable de la segregación de la hormona melatonina, que es producida a partir de la serotonina. La epífisis, sensible a la luz, está relacionada con la regulación de los ciclos de vigilia y el sueño.

contrario, frente al resto de pasiones que define a partir de ella comparando unas con otras, distinguiéndolas y matizándolas, a partir de las seis primitivas: el asombro, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza.

Un aspecto importante de esta teoría de las emociones está en el control de las mismas. Las pasiones sólo pueden ser modificadas por el alma y de forma indirecta. Por ejemplo, cuando el miedo incita a la fuga, el alma representa la vergüenza que acompaña a ésta y la valentía; y cuando la cólera impulsa temerariamente contra el enemigo, el alma considera que es más prudente ponerse a salvo que exponerse a una muerte segura. Directamente el alma sólo puede prohibir los movimientos incipientes de una pasión. Pero sólo puede ejercer un poder absoluto sobre las pasiones si posee el conocimiento de la verdad, que proporciona asiento firme a los juicios en que se apoya la resolución de la voluntad;

Hay, sin embargo, gran diferencia entre las resoluciones que proceden de una falsa opinión y las que sólo se apoyan en el conocimiento de la verdad: porque, si seguimos estas últimas, estaremos seguros de no tener nunca pesar ni arrepentimiento; mientras que siempre se tendrá de haber seguido las primeras, cuando descubramos su falsedad. (Descartes, 1649: XLIX).

Como se verá en capítulos posteriores, el dualismo de Descartes será muy criticado por la Neurología actual que defiende que cuerpo y mente constituyen un elemento indisociable e integrado por múltiples circuitos bioquímicos y neuronales reguladores. Antonio Damasio las ataca más directamente en su libro el *Error de Descartes* (2006), donde defiende no sólo que debe aceptarse un monismo materialista, sino que otorga a los sentimientos, históricamente menospreciados frente a la razón, un lugar fundamental en su concepción de mente, alma, espíritu o psique. Para el neurólogo portugués, los sentimientos son la experiencia subjetiva de la emoción, estable y más o menos duradera, carente de síntomas somáticos emocionales. De ahí que su tesis se centre en que “el cuerpo, el cerebro y la mente son manifestaciones de un organismo único”, y que “en las condiciones normales de funcionamiento son inseparables” (Damasio, 2001:186), lo que constituye quizás la principal divergencia con Descartes<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> No obstante, y ante las críticas de Damasio a Descartes, no se puede olvidar que también Damasio y los Psiconeurólogos actuales otorgan a la Glándula Pineal y las zonas adyacentes un gran protagonismo en la

Baruch Spinoza (1632-1677)<sup>34</sup>, por su parte, sostiene una concepción del ser humano en la que las pasiones y la racionalidad no entran en pugna ya que el alma y el cuerpo son una sola y la misma cosa, por lo que desecha la idea de que cualquiera de ellas tenga capacidad para determinar a la otra. Una posición que deja bien clara, en la Proposición II de su *Ética* (1677), en la que afirma que puesto que nadie conoce la “fábrica del cuerpo” lo suficiente para conocer todas sus funciones, tampoco es posible conocer cómo el alma mueve al cuerpo a pesar de que nuestra experiencia nos diga lo contrario, lo más que podemos decir es que el orden de las acciones y pasiones de nuestro cuerpo se corresponde por naturaleza con el orden de las acciones y las pasiones del alma.

El punto de partida de su teoría se puede situar en la clasificación que hace de las causas en adecuadas e inadecuadas. Entiende por causa adecuada aquella que su efecto puede ser percibido de forma clara y distinta en virtud de sí misma, y por causa inadecuada, aquella cuyo efecto no puede ser entendido en virtud de sí misma. Esta diferenciación de las causas lleva también asociada la idea de que si ocurre algo en nosotros o fuera de nosotros de lo que somos causa adecuada *obramos*, mientras que si no somos causa adecuada *padecemos*. El cuerpo, al estar constantemente recibiendo afecciones del mundo exterior y poseer sólo un conocimiento mediado por los receptores, está constantemente padeciendo. Así, el origen de las pasiones estará en estas afecciones del cuerpo, alimentándose del conocimiento perceptivo y procediendo de una consciencia formada a partir de las ideas inadecuadas. El alma, por su parte, no está ajena a esta situación. Al ser también un atributo de la misma substancia a la que pertenece el cuerpo, sólo posee del mundo el conocimiento que le llega de las afecciones a través del cuerpo, es decir, un conocimiento inadecuado de él. Esta situación le impide discernir entre lo que proviene de sí mismo y lo que proviene del exterior, pudiendo ser considerada el alma misma como una idea inadecuada del cuerpo

---

expresión y regulación de las emociones. Su crítica sólo se apoya en la idea de qualia y en el valor del sistema amigdalino, como se verá en los temas finales.

<sup>34</sup> Spinoza en su *Ética demostrada según el orden geométrico* (1677), formula una teoría sobre las emociones bastante novedosa y original si se compara con las de su época. Para él, las emociones son las afecciones del cuerpo que ejercen una función sobre la acción, bien aumentando su capacidad o disminuyéndola. Sólo el cuerpo, afirma, influye en un cuerpo.

que, consecuentemente, formará parte de una consciencia inadecuada. Mantiene que “este conocimiento inadecuado que tenemos de nuestro cuerpo, de nuestra alma y de la realidad es el origen de nuestras pasiones, de que en lugar de actuar padezcamos, seamos afectados” (Spinoza, 1677: Teorema, XIX).

Bajo esta lógica, siempre que el alma sea causa se seguirá, por su propia naturaleza agente, una idea adecuada, pero al tener también una naturaleza paciente se seguirá una inadecuada, relacionándose así con las pasiones. De esta forma explica la tristeza como la consecuencia de las ideas inadecuadas del alma en cuanto ésta no percibe clara y distintamente el padecimiento. Sin embargo, cuando se concibe a sí misma y concibe su potencia de obrar, se alegra. Spinoza evita así la pugna entre lo pasional y lo racional, ya que al identificar el alma con el cuerpo no cabe la idea de que ambos atributos tengan la capacidad de determinarse mutuamente. Lo refleja muy bien al escribir que al ser el alma y el cuerpo una sola cosa, y la misma, “el orden o concatenación de las cosas es uno solo,...y, por consiguiente, que el orden de las acciones y pasiones de nuestro cuerpo se corresponde por naturaleza con el orden de las acciones y pasiones del alma” (Spinoza, 1677: escolio del Teorema XXI).

Es por ello que, al implicar el conocimiento inadecuado la existencia de ideas cuyas causas no se presentan de forma clara y distinta, que impiden al alma discernir entre lo que proviene de sí mismo y lo que proviene del exterior, el alma misma se considerará una idea inadecuada del cuerpo y, consecuentemente, formará parte de una consciencia inadecuada. Esta posición se ve aún más clara a través de la clasificación en tres géneros que hace Spinoza del conocimiento: el imaginativo, el de razón y el intelectual. El primer género, la imaginación, se deriva de las experiencias vagas de la percepción que, como hemos visto, llevan al sujeto a conocer las cosas por las afecciones que recibe el cuerpo de causas externas no directamente. Este es un conocimiento mediado por las afecciones del cuerpo que no llegará nunca a conocer las cosas debido a que el alma es incapaz de discernir qué procede de él y qué de las cosas exteriores que lo afectan. Este es, como hemos dicho anteriormente, el tipo de conocimiento inadecuado, confuso y vago del que se derivan las pasiones.

El segundo género, la razón, es el conocimiento discursivo que parte de las ideas confusas y compuestas del primer género para establecer otras claras y distintas. Es el

conocimiento por nociones comunes. Surge de la percepción de las cosas por la razón como necesarias y no como contingentes, lo que le llevan al conocimiento adecuado y cierto. Por último, el tercer género de conocimiento hace referencia a la ciencia intuitiva. Se trata de un conocimiento más metafísico que se deriva de la idea de Dios (*amor dei intelectuales*), de la esencia formal de algunos atributos de Dios que progresa hasta el conocimiento de las esencias de las cosas. Es una consecuencia de la contemplación de Dios y de todas las cosas en Dios, *sub specie aeternitatis* (Spinoza, 1677: Proposición XXXI).

Así, entiende también que el padecimiento viene determinado por las imaginaciones que el sujeto se forma cuando experimenta un afecto que implica la naturaleza del cuerpo y la naturaleza del mundo exterior. De forma que sólo se puede explicar cada pasión si se recurre a la naturaleza del objeto que afecta al cuerpo:

la alegría que surge, por ejemplo, del objeto A, implica la naturaleza de ese objeto A y la alegría que surge del objeto B, implica la naturaleza de ese objeto B; y así, esos dos afectos de alegría son por naturaleza distintos, porque surgen a partir de causas de distinta naturaleza (Spinoza, 1677: Teorema LVI).

Luego, es posible deducir que existirán tantas clases de amor, odio, tristeza, alegría, etc., como clases hay de objetos que afectan. Esta posición le lleva a valorar las causas externas en el estudio de las emociones, especialmente por su relación con el concepto de potencia. En la medida, dice, en que los hombres están sujetos a las pasiones, no puede decirse que concuerden con la naturaleza, ya que en esa misma medida el hombre es voluble e inconstante. Esto es, si se entiende que en Dios son y obran todas las cosas, su potencia es su esencia misma y esta potencia pasa a identificarse con la esencia en todos los órdenes de la realidad, que son Dios o la naturaleza o la substancia (*Deus sive natura sive substancia*), ya que se concibe en sí mismo y por sí mismo (*causa sui*). De igual forma, al existir la substancia necesariamente por su propia naturaleza, es infinita y se identifica con Dios. Es decir, Dios/Naturaleza es la única substancia, todas las demás cosas no pueden ser sino modos o afecciones de Dios/Naturaleza. En la naturaleza no se dará pues más que las substancias y sus afecciones. Si todo lo demás sólo son atributos, cuanto más realidad o ser tenga una cosa tendrá también más atributos para que pueda ser concebida por el

entendimiento<sup>35</sup>. Por tanto, si la potencia divina se identifica con su esencia al poseer sólo ideas adecuadas, la potencia del hombre deberá incluir la comparación de la naturaleza de las cosas exteriores y la propia naturaleza del sujeto.

La comparación entre la naturaleza de las causas exteriores y la naturaleza del sujeto que incluye la potencia, es absolutamente necesaria para poder entender los deseos y la voluntad del ser humano. Si las pasiones, como afecciones que son, no producen más que conocimiento imaginativo compuesto por ideas inadecuadas será necesario que se acceda al segundo género de conocimiento, el de la razón, para poder dotar de significado a tales afecciones. Por tanto, sólo por el ejercicio del alma, que tiene la potencia de la razón, las pasiones se transforman en ideas ordenándolas y concatenándolas según están ordenadas y concatenadas las afecciones (imágenes) de las cosas en el cuerpo. Como lo refleja en el prefacio de la parte quinta, toda pasión dejará de ser pasión cuando se forma con ella una idea clara y distinta. Bajo estas premisas, sólo se puede desear cuando los afectos hayan sido filtrados y transformados en ideas por la razón.

Acepta también que las pasiones son los elementos energéticos que permiten la comunicación de las sustancias psicofísicas. Las pasiones ponen en entredicho la correspondencia inmediata entre la realidad objetiva y la realidad formal, entre la idea y lo ideado, ya que según Spinoza, la materia y la forma no pueden conectarse en una sola entidad, a través de una realidad intermedia, sino sólo en Dios. En el hombre se precisa de la formalización para el conocimiento, por lo que habrá de reconocerse una forma para la materia y otra para la forma.

Spinoza plantea así la existencia de una relación entre la acción y la pasión, ser causa o efecto, que le lleva a una posición determinista bajo la creencia de que los seres están determinados por leyes internas y externas a ellos; “La idea de cada una de las maneras como el cuerpo humano es afectado por los cuerpos exteriores debe desarrollar a la vez la naturaleza del cuerpo humano y la naturaleza del cuerpo exterior” (Spinoza, 1677: Teorema XVI). Para la defensa de su teoría, propone como ejemplo el caso del

---

<sup>35</sup> Éste y la extensión son los únicos atributos que conocemos los seres humanos que, al relacionarse con la percepción permiten la formación de la consciencia inadecuada. De esta forma, las almas y los cuerpos no son sustancias sino modos de la substancia pensante y de la substancia extensa.



león y la cebra; animales determinados por las leyes de la naturaleza (uno devora al otro y el otro huye), a la vez que por sus propias leyes, como el hecho de respirar. Situación ésta que también sirve para los humanos ya que su racionalidad no elimina esta noción de actividad y pasividad, puesto que mente y cuerpo son expresiones de la misma actividad subyacente, el *conatus* (West, 2001).

Las pasiones las concibe así de forma similar a lo que le ocurre a un cuerpo cuando es producto de la naturaleza de otro, aunque también, en algunos casos, como un producto de su propia naturaleza, de la acción. Las emociones, las ideas y las acciones son pues manifestaciones del mismo proceso subyacente, que deben ser consideradas como un proceso a la vez mental y corporal; esto es, un proceso que se produce a la vez a partir de una sensación y la presencia de unos juicios determinados. Así pues, la experiencia emocional puede considerarse como procedente de ambos casos de la acción y la pasión y de la aceptación de la existencia de una relación entre lo emocional, lo físico y lo cognitivo en ella. Esto lleva a Spinoza a considerar el *conatus* bajo una triple manifestación: “en el cuerpo como acciones físicas, en la mente como ideas y en las emociones, que tienen que ver tanto con la mente como con el cuerpo” (Ravven, 2001:314).

Todo ello, por tanto, permite entender que ni la mente ni el cuerpo son ontológicamente primeros en el sistema de Spinoza, ya que ambos son manifestaciones de la sustancia (potencia de obrar). “El ser humano no es ante todo cuerpo, ni ante todo mente, sino proceso autoasertivo; el desarrollo moral spinozista es una optimización de este proceso” (Ravven, 1989:314).

Spinoza nunca niega que dependamos para nuestro desarrollo de factores externos y de otros seres humanos; nunca podemos ser absolutamente independientes, pero sí podemos aumentar nuestro grado de autonomía (West, 2001). De forma que todas las afecciones y todos los conocimientos son relacionales, por lo que toda afección puede, reflexivamente, convertirse en conocimiento acerca de uno mismo. Ahora bien, los seres humanos existimos en una red de relaciones con el resto de la naturaleza, por lo que un conocimiento adecuado de nosotros mismos implica un conocimiento del entorno que nos configura (Ravven, 2001). Por lo tanto, el desarrollo moral (al mismo tiempo que el desarrollo del conocimiento y de la voluntad) implica

una ampliación de miras, un vernos a nosotros mismos en un marco de relaciones cada vez mayor y más complejo.

A pesar de todo lo dicho, mantiene que las emociones dominan en cierta medida a la razón, “la gran mayoría de los hombres no alcanzan el plano de la razón, sino que están constantemente dominados por sus deseos ciegos; en definitiva, los hombres son víctimas de sus propios sentimientos” (Spinoza, 1677: Teorema IV). La esencia de los hombres no será por lo tanto la razón, sino sus deseos ciegos, su afán o esfuerzo indefinido y actual por perseverar en su propio ser. El *conatus* es un afán o esfuerzo que nace del propio individuo y se dirige exclusivamente a satisfacer los apetitos y deseos del propio individuo, es pues profundamente asocial, profundamente egocéntrico, enraizado en las necesidades de cada individuo biológico, es profundamente irracional. Cada ser vivo se afana por conservar o fortalecer su propia vida, este es el vector escondido y fundamental de toda conducta humana y animal. “Esta individuación deseante hace que en los hombres predominen de un modo natural los sentimientos ciegos de la codicia, que convertirán al hombre en el peor enemigo del hombre, dado que supera en habilidad y astucia al resto de los animales” (Spinoza, 1677: escolio del Teorema LVI). Por lo tanto, la vida de los hombres es fundamentalmente una vida sentimental; una vida sentimental inmadura, infantil, delirante incluso, en la que la codicia natural produce un predominio totalmente desordenado y desmesurado de la avaricia, ambición y deseo sexual. Asume que la mayor parte de nuestra vida es una vida delirante, sometida a deseos y sentimientos ciegos, vinculados a las ideas inadecuadas o imaginativas de las *affectiones* (Spinoza, 1677: escolio del Teorema XLIV). “El *conatus* sitúa así lo irracional no sólo en la naturaleza de cada individuo humano, sino también en la de cualquier otro animal o tipo natural” (Rodríguez Camarero, 1981:120).

Otro racionalista, Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), no ve claras las ideas de Spinoza y considera las emociones como signos de imperfección que impiden al alma ser como Dios. Las emociones son pensamientos confusos que llegan al alma a través de su relación con el cuerpo y constituyen la imperfección del espíritu finito y creado.

Bajo estos principios introduce la noción de *mónadas* (Leibniz, 1714) entendidas como sustancias simples, indivisibles, que forman parte de los compuestos como elementos de las cosas (García Morente, 1980). Las mónadas, por su indivisibilidad, no pueden ni corromperse ni perecer por disolución, ni comenzar por composición, sólo llegan a ser por creación y sólo dejan de ser por aniquilamiento. De esta manera, rechaza los planteamientos de autores defensores y seguidores de la tradición dualista como Descartes<sup>36</sup>, y desarrolla una estructura metafísica del mundo a partir de esta noción de “mónada”.

La mónada refleja el universo entero de un modo propio aunque en distintos grados. Un universo en el que no se produce ninguna comunicación entre las sustancias, sólo movimiento, ya que las mónadas no tienen salidas que le permitan relacionarse con el exterior, debiendo su dinamismo a la existencia de una *armonía preestablecida*. Esto es, al no recibir las mónadas nada de fuera, todo emergerá del fondo individual de cada una de ellas como fruto de su interna actividad.

Luego, si el hombre es una mónada dotada de cierto grado de percepción, de sensibilidad, y de autonomía en su actividad hay que reconocerle la existencia en ella misma de cierto grado de apetito. Un apetito que se manifiesta en forma de impulso (conatus), que no es otra cosa que lo que conocemos como voluntad. Además, al entender la voluntad como un impulso (conatus), permite aceptar la existencia de un juicio (opinio) sobre el acto mismo, permitiendo identificar en el propio acto volitivo la existencia de dos elementos: la fuerza desiderativa y el juicio. De esta manera integra toda la problemática referente al bien y al mal (la ética), la cuestión de las pasiones, y la de la razón como la facultad de concebir las causas o razones (*causa sive ratio*) para dar cuenta del encadenamiento de los hechos y la constitución de un orden general en forma de leyes constantes y universales<sup>37</sup>. Por tanto, según Leibniz (1714), una de las consecuencias de estos movimientos de la materia será la aparición, en el alma humana,

---

<sup>36</sup> Según García Morente (1980), Leibniz entiende la materia como un simple agregado de partes formado por una colección de mónadas regidas por una mónada central. Como la mónada no tiene extensión, el cuerpo o materia será extenso de modo puramente fenoménico. Es decir, la extensión es la manera que utiliza la mónada para representar las sustancias compuestas.

<sup>37</sup> La acción del principio interno que realiza el cambio o el paso de una percepción a otra puede llamarse *Apetición*: es cierto que el apetito no puede alcanzar siempre y por entero toda la percepción a las que tiende, mas siempre consigue algo de ella, y alcanza percepciones nuevas.

de los pensamientos. Aún más, los cambios que se producen en estos movimientos<sup>38</sup>, entendidos como tendencias, fruto de ciertas opiniones o sentimientos sobre el placer o displacer del mismo, es lo que conocemos como “pasión”.

En definitiva, para los racionalistas las emociones escapan del ámbito de la razón, son fuerzas incontrolables que experimentan los seres humanos, que pueden llevar a que las personas actúen sin intervención de su voluntad. Son meras sensaciones o pasiones que siguen sus propias leyes y pueden llegar a entorpecer el razonamiento correcto. Para ellos, la razón es la única y principal facultad cognoscitiva capaz de darnos verdades y procedimientos que garantizan la verdad. Así mismo, defienden la existencia de las ideas innatas y de un alma con capacidad para tener intuición intelectual.

### **3.3. El Empirismo**

Los filósofos empiristas como Locke (1632-1704), junto con Berkeley (1685-1753) y Hume (1711-1776) hacen hincapié en los efectos de la experiencia sobre la mente, bajo la idea de que todo el conocimiento válido procede de la experiencia sensible.

El Empirismo británico posee, como uno de sus rasgos principales, la consideración del problema del conocimiento como principal problema de investigación, localizando su procedencia en la experiencia. Por tanto, la valoración de la experiencia, lleva a los empiristas a rechazar la existencia de ideas innatas y centrar el problema en la búsqueda del mecanismo psicológico por el que la mente humana forma sus ideas. Una pretensión que les lleva a indagar sobre el lugar de dónde el ser humano

---

<sup>38</sup> No habiendo en las mónadas nada material, todo cambio queda reducido a un dinamismo psíquico. Todos los cambios y acciones entre las substancias que parecen darse en las substancias no son más que representaciones psíquicas de distinto grado. La representación verdadera para Descartes es la idea clara y distinta. Todos los seres en los que no se da vida intelectual son considerados por él como máquinas o autómatas, sin vida consciente. También, dada su radical oposición, consideraba la substancia corpórea y la espiritual unidas sólo de modo accidental.

obtiene el valor objetivo de las ideas; eso es, sobre la fuente del conocimiento. Por tanto, al negar la existencia de ideas innatas, asumen que las ideas se derivan de dos fuentes, las que proceden de la sensación y otras que proceden de la reflexión. Bajo estas premisas, aceptan también que la razón no permite ni garantiza la obtención de certezas absolutas. La razón sólo puede proporcionar creencias razonables, como indica Hume (1740); verdades que tienen una cierta certidumbre, por lo tanto son útiles, aunque no son inmutables, pues pueden cambiar en el tiempo mejorándose. Así, estos filósofos toman la mente por objeto, y se proponen estudiarla a fondo, a partir de sus operaciones y teniendo en cuenta sus límites. En sus análisis, la experiencia es un elemento clave para comprender el conocimiento.

Locke (1632-1704)<sup>39</sup>, por su parte, mantiene que la razón necesita de la experiencia estando todo el conocimiento determinado por ella. Mantiene que la experiencia es la base del conocimiento al no existir ideas innatas y defiende el famoso axioma aristotélico *Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu, excipe: nisi ipse intellectus*. La mente debe ser considerada como una hoja en blanco sobre la que la experiencia va grabando sus propios caracteres: todos nuestros conocimientos proceden de la experiencia o derivan, en última instancia, de ella.

Al concebir al sujeto como una *tabula rasa*, las emociones adquieren un papel importante en la construcción del conocimiento. Por un lado, van a surgir de la discrepancia entre lo que el sujeto desea y la percepción de lo que obtiene y, por otro, de la importancia que para él tiene lo deseado (Locke, 1690).

La experiencia tiene dos dimensiones o tipos diferentes según su procedencia sea externa o interna. La *externa* es aquella que nos afecta por vía de la sensación y la interna mediante la reflexión. La sensación y la reflexión son, pues, las dos formas de experiencia de las que derivan todas nuestras ideas y, por tanto, el conocimiento.

La sensación, la considera como la principal fuente de las ideas, ya que al transmitir los sentidos a la mente las distintas percepciones (colores, olores,

---

<sup>39</sup> John Locke, fue uno de los filósofos que, a nuestro juicio, propició uno de los mayores cambios en la concepción del hombre y uno de los que mayor repercusión tiene en la Psicología. Su rechazo a la existencia de ideas innatas que propone en su *Ensayo sobre el conocimiento humano* (1690) le permite incluir la experiencia, externa e interna, para la explicación del conocimiento y de las emociones.

movimiento, figura, etc.) se produce en ella las ideas correspondientes. La reflexión, por su parte, aporta la experiencia de nuestras actividades mentales (percepción, pensamiento, memoria, voluntad, etc.), dando lugar también a la creación de sus ideas correspondientes. Finalmente, la combinación entre la sensación y la reflexión da lugar a la creación de nuevas ideas y de las emociones, encuadradas bajo el binomio placer y dolor.

El eje placer y dolor sirve de referencia para conceptualizar las cosas como buenas o malas. Así, Locke entiende el bien y el mal como ideas que procedían de la sensación y de la reflexión, de lo que experimentamos y de lo que sentimos dentro de nosotros mismos con relación a las distintas operaciones sobre nuestra mente. En este sentido, lo bueno es aquello que provoca o aumenta el placer o disminuye el dolor, mientras que aquello que puede provocar o incrementar el dolor lo entendemos como lo malo. El propio filósofo aclara que cuando habla de placer o de dolor se refiere tanto al que se produce en el cuerpo como en la mente ya que unas veces son los órdenes o desórdenes corporales los que producen placer o dolor, mientras que en otros casos son los desórdenes mentales.

El placer y el dolor se pueden entender como los pilares sobre las que descansan todas nuestras pasiones. Además, podremos descubrir algunas ideas más sobre nuestras pasiones si reflexionamos acerca de cómo opera en nosotros el placer y el dolor. Un análisis de las pasiones que, según Locke, nos va a permitir identificar las demás, es el siguiente:

- Amor: deleite producido por cualquier cosa presente o ausente
- Odio: pensamiento de dolor que nos produce cualquier cosa presente o ausente.
- Deseo: malestar que el hombre encuentra en sí mismo con motivo de la ausencia de algo que le hace gozar y le produce deleite.
- Alegría: deleite de la mente provocado por la consideración de la posesión de un bien actual o que se va tener en el futuro.
- Tristeza: malestar de la mente, provocado por el pensamiento de un bien perdido o por el sentimiento de un mal presente.
- Esperanza: pensamiento de un gozo futuro probable que produce deleite.

- Temor: malestar de la mente por el pensamiento de un mal futuro que nos puede suceder.
- Desesperación: pensamiento de la imposibilidad de obtener un bien. Opera de forma diferente en la mente de los hombres: unas veces produce malestar o dolor, mientras que otras produce pereza e indolencia.
- Cólera: malestar de la mente cuando se recibe una injuria que obliga a la venganza.
- Envidia: malestar de la mente, provocado por la consideración de un bien que deseamos y pensamos que otro ha conseguido injustamente.
- Vergüenza: malestar de la mente provocado por el pensamiento de haber hecho algo indecente.

Locke defiende también la universalidad de estas pasiones, ya que están presentes en todos los hombres, exceptuando la cólera y la envidia que, al no estar causadas simplemente por el dolor o el placer, son singulares. Es evidente que existen hombres en los que no están presentes ni la valoración de los méritos de los demás (lo que puede producir envidia) ni tampoco el deseo de venganza (cólera).

Con Locke aparece una visión de las emociones fruto de la valoración que el propio sujeto hace de las sensaciones que le impactan, internas o externas. Una valoración que implica, a su vez, a la reflexión sobre la propia experiencia.

En definitiva, Locke, al rechazar la existencia de ideas innatas, propone en su lugar como criterio de verdad el “principio de la copia”; esto es, a partir de la experiencia y sobre las ideas que se generan, sólo se admiten como verdaderas las que sean realmente copias de una experiencia sensible. Por tanto, los sentidos son considerados como las fuentes externas, que llevan a la mente la información necesaria para formar las ideas. Viene a decir que las ideas que se producen en los seres humanos proceden de las cualidades sensibles de los objetos (frío, caliente, blando, duro, amargo, dulce, etc.) que se transmiten a la mente desde los objetos externos a la mente. De esta forma introduce la idea de valor. Esto es, las emociones según este principio de copia, va a ser el resultado de un doble juicio de valor: la relevancia o discrepancia de lo que se desea y se tiene y por otro lado la importancia de lo deseado. Para su explicación se apoya en la existencia de una segunda fuente de información, como es la que procede de

las operaciones interiores de nuestra propia mente, gracias a operaciones como pensar, dudar, creer, razonar, conocer, querer y todas aquellas que son actividades de la propia mente humana, fruto de la reflexión. Estas operaciones se pueden observar y sentir en nosotros mismos tan claras y diferentes como las que proceden de la percepción. Con todo ello, estableció, como origen de las pasiones, el placer y el dolor, junto a las causas que lo producen. En su obra *Pensamientos sobre la educación* (1693), menciona dos conceptos como estrategias clave en la educación de los niños, basados en evitar el dolor y conseguir el placer: el castigo (la reprimenda o humillación) y la recompensa o la alabanza. Tanto la recompensa como el castigo no deben ser físicos ni impuestos por la fuerza, sino fórmulas de concebir el orgullo (estima, aprecio) y la vergüenza (descrédito, desprecio). De esta manera, defiende el filósofo el poder que tienen las emociones en la motivación y, especialmente, en la educación como estrategia didáctica.

George Berkeley (1685-1753)<sup>40</sup>, defiende la sensación como la única realidad existente, aunque ello le llevó en una dirección diferente a la de Locke. Mantiene que las experiencias de los fenómenos reales sólo son secuencias de ideas que ocurren en la mente, sin relación causal alguna con el mundo exterior. En su argumentación recurre a Newton, aunque muy crítico con él, para negar que la correlación de hechos permita derivar su naturaleza real. La razón de la existencia se encuentra en la percepción misma, no en los hechos percibidos: *Esse est percipi* (Berkeley, 1710). Lo único que posee existencia real es el mundo de las sensaciones que es absolutamente subjetivo, mientras que la realidad externa no sólo no puede percibirse sino que además no existe. Para la formulación de este principio se centró en la dicotomía entre la materia o sustancia y las diferentes cualidades que percibimos de ella con nuestros sentidos. Partiendo de esta base, llega a la conclusión de que lo único que realmente podemos percibir de la materia son las cualidades, siendo las demás características meras suposiciones. Defiende así una posición empirista y solipsista:

---

<sup>40</sup> En la línea de Locke, Berkeley defiende en su *Tratado sobre el conocimiento humano* (1710) que si se tiene conocimiento de las cosas sólo por nuestras sensaciones, éstas son la única prueba de su existencia. Nada existe fuera, o al margen, de una mente que percibe (“esse est percipi”), luego todo, incluidas las emociones, será un producto de dichas sensaciones.



Es evidente para quienquiera que haga un examen de los objetos del conocimiento humano que éstos son: o ideas impresas realmente en los sentidos, o bien percibidas mediante atención a las pasiones y las operaciones de la mente; o, finalmente, ideas formadas con ayuda de la imaginación y de la memoria, por composición y división o, simplemente, mediante la representación de las ideas percibidas originariamente en las formas antes mencionadas (Berkeley, 1710: XXXI).

Al trasladar este principio al ámbito de las emociones (pasiones), no le queda más que rechazar su existencia originaria en la mente y considerarlas como un producto de nuestra imaginación. Berkeley desarrolla un mentalismo radical en el que sólo existe el espíritu que percibe y sólo él tiene también la capacidad de excitar ideas en la mente como le plazca, y variar y mudar la escena tan frecuentemente como le parezca conveniente:

Basta con tener la intención, (willing) y ésta o aquella idea surge en mi fantasía; y por el mismo poder es obliterada, dejando lugar [para la manifestación de otras ideas]. Este hacer y deshacer ideas hace que sea posible considerar a la mente como algo activo, basado en la experiencia. En cambio, cuando pensamos en agentes no-pensantes o en ideas que se excitan independientemente de la voluntad, sólo estamos divirtiéndonos con palabras (Berkeley, 1710: XXVIII).

Considera en su modelo como componentes principales el lenguaje y la comunicación con un papel, también primordial para entender las emociones. El propio acto de ver, mantiene, es similar a un acto lingüístico; ver es como escuchar al mundo. Esta forma de entender la percepción se deriva de la aceptación de que la consciencia, la percepción y la existencia de ideas son una sola cosa, derivándose su descomposición del lenguaje y la comunicación. En este trabajo sobre *Principios del conocimiento humano* (1710), defiende que uno de los principales fines del lenguaje es el “de suscitar una pasión, inducir a un acto determinado o disuadir de él, colocar la mente en una determinada disposición; para los cuales, lo primero, o sea la comunicación, en muchos casos es solamente auxiliar” (Berkeley, 1710: XX).

Un análisis detallado de la doctrina de Berkeley permite también calificarla al mismo tiempo de empirista y de idealista, ya que mantiene una posición inmaterialista que le lleva a negar la existencia de una realidad material fuera de nuestra mente, pues la substancia material la considera innecesaria para explicar la realidad. Para él, sólo existen mentes (o espíritus) e ideas contenidas en ellas puesto que el ser procede del

acto de percibir; lo material no es más que conjuntos de percepciones que se dan en la mente y, como percepciones sólo existen en la mente. No hay substrato material ni de las cualidades primarias ni de las secundarias, ambas sólo existen en la mente.

Por tanto, las emociones también proceden de las percepciones, especialmente de las que irrumpen en la mente con más fuerza y violencia, como impresiones de reflexión. Emociones que, como impresiones internas, no reflejan tampoco ninguna substancia. Es por ello que defiende que “las pasiones se hallan enlazadas con sus objetos y con otras pasiones lo mismo que los cuerpos externos se hallan enlazados entre sí. La misma relación, pues, de causa y efecto que corresponde a los unos debe ser común a todos ellos” (Berkeley, 1710: LXXII). Las emociones sólo tienen pues existencia en la mente que las percibe, por lo que niega su existencia absoluta.

David Hume (1711-1776)<sup>41</sup>, fue un gran empirista ilustrado y considera también que las impresiones recibidas a través de los sentidos son el origen del contenido de la mente. Un contenido fruto de la experiencia que el sujeto mantiene en su relación continua con el medio (Hume, 1740). La experiencia está basada en las impresiones que se reciben a través de la percepción y gracias a la capacidad de generar copias de dichas experiencias, lo que da origen a las ideas; como señala Hume, “oír, amar, pensar, sentir, ver: todo esto no es otra cosa que percibir” (Cano López, 2011:102).

Para Hume (1740), el contenido de la mente está formada por las impresiones originales, inmediatas, tal y como las envían los sentidos y por las ideas generadas a partir de ellas. De las ideas generales surgen las pasiones y las emociones, mientras que de las segundas, la reflexión sobre tales pasiones. Pretende, con esta conceptualización de las impresiones agrupar “todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma” (Hume, 1740: 1.1.1.1 SB 1/FD 87); lo que muestra también que tienen un carácter inmediato. A su vez, distingue entre *impresiones*

---

<sup>41</sup> Dentro de la tradición empirista, Hume, centrado en la moralidad, concibe las emociones (pasiones) y los sentimientos como fundamentos de la vida moral y las considera como una experiencia diferente a la lógico-matemática o a cualquier otra empírica. Resulta, especialmente importante para esta tesis, el análisis que realiza en su *Tratado de la Naturaleza Humana* (1740) sobre la emoción de sentirse bien o mal como consecuencia de la valoración moral de una idea o un hecho. El hecho de considerar las creencias y las ideas como el elemento central en las emociones le permite realizar cualquier tipo de medida. Además, no sólo considera las creencias y las ideas como origen de las sensaciones, sino que afirma que éstas, las emociones, se producen por la agitación de los espíritus animales.

*de sensación y de reflexión.* Las impresiones de sensación son aquéllas que obtenemos a través de los órganos de los sentidos (son las impresiones originales), dado que surgen en la mente sin ninguna impresión anterior, sólo de la incidencia de los objetos en los sentidos. Su análisis corresponde más a los fisiólogos que a los filósofos, puesto que, no se derivan de una percepción anterior.

Las impresiones de reflexión, por su parte, se identifican con nuestras pasiones, deseos y emociones. Impresiones secundarias que proceden de alguna impresión original, sea directamente o por la interposición de su idea basada en el dolor y el placer y que, para producir una afección de cualquier tipo basta con presentar un bien o un mal. Por tanto, las pasiones surgen no sólo de las impresiones originales, sino también, en el caso de referirse a bienes y males, de ideas a las que se les otorgan existencia en un tiempo futuro<sup>42</sup>.

Una impresión se manifiesta en primer lugar en los sentidos, y hace que percibamos calor o frío, placer o dolor de uno u otro tipo. De esta impresión existe una copia tomada por la mente y que permanece luego que cesa la impresión: llamamos a esto idea. Esta idea de placer o dolor cuando incide a su vez en el alma, produce las nuevas impresiones de deseo y aversión, esperanza y temor, que pueden llamarse propiamente impresiones de reflexión, puesto que de ellas se derivan. A su vez, son copiadas por la memoria y la imaginación y se convierten en idea; lo cual, por su parte, puede originar otras impresiones e ideas: De modo que las impresiones de reflexión son previas solamente a sus ideas correspondientes, pero posteriores a las de sensación y derivadas de ellas (Hume, 1740:1.1.2.1. SB. 7-8/FD 95).

De otra parte, con la denominación de “ideas” incluye las imágenes de las impresiones cuando pensamos y razonamos. Hume concluye que esta distinción no es sino la habida entre lo que comúnmente denominamos sentir y pensar, no es lo mismo estar furioso, *sentir* una emoción, que *pensar* en la furia, lo que no lleva consigo el hecho de enfurecerse (Hume, 1740). Bajo esta línea argumentativa, asume que las ideas y las creencias representan también un destacado papel en la génesis de la emoción, que es entendida como un tipo de sensación caracterizada por la agitación física (impresión),

---

<sup>42</sup> El análisis de la teoría de las emociones en Hume aparece muy bien recogido en los trabajos de Cano López, tanto en el artículo referenciado de Δαίμων, como en su tesis doctoral titulada: *La teoría de las pasiones en David Hume (Del modelo clásico de las pasiones al paradigma ilustrado)* publicada por la Universidad de Murcia (2009).

generada por la agitación de los espíritus animales. Las emociones pueden derivarse tanto del dolor como del placer causado por acontecimientos presentes y directos; otras se producirían de manera indirecta por dolor o placer con la presencia de ciertas creencias sobre el objeto que las causa. Por tanto, Hume introduce una dimensión cognitiva de las emociones además de la fisiológica (Casado y Colomo, 2006).

De esta forma, divide las emociones en *serenas (calm)* y *violentas (violent)*, atendiendo a la intensidad con que se presentan; y, en segundo lugar, ya comentado, en *directas (direct)* e *indirectas (indirect)*, según se originen directamente del placer o dolor, o bien de estos principios junto con otras cualidades. La primera distinción reproduce la formulada por Malebranche en su obra *Acerca de la investigación de la verdad* (1712) y que Hume expone en su obra *Tratado de la Naturaleza Humana* (1740). Incluye dentro de la categoría de pasiones violentas a la mayoría de los afectos: amor, odio, alegría, tristeza, orgullo, humildad, miedo, esperanza, etc. y reserva la etiqueta de pasiones serenas a los sentimientos morales y estéticos. La distinción entre pasiones directas (*direct*) e indirectas (*indirect*), vienen determinadas según se deriven o no de forma inmediata del placer o del dolor. El mecanismo de las pasiones directas es sencillo, ya que surgen de forma inmediata del placer o del dolor, como sucede con las pasiones de la alegría, tristeza, deseo, aversión, miedo y esperanza, entre otras (Hume, 1740).

Esta clasificación le permite considerar la dialéctica entre la razón y las pasiones como una lucha entre las pasiones *apacibles* y *violentas*. Una lucha en la que las primeras, las pasiones *violentas*, impiden contemplar los beneficios que muchas formas de conducta aportan, aunque su interés o bienestar inmediato no mantengan una relación aparente. Así, el bienestar humano lo asocia a las disposiciones y prácticas que producen o preservan la serenidad pasional, mientras que las pasiones violentas están invariablemente asociadas con la miseria o infelicidad, la inestabilidad política y el fanatismo religioso. De forma que, si bien el hombre suele actuar siguiendo el placer y evitando el dolor, o según sus intereses más inmediatos, también puede actuar conscientemente reprimiendo esos impulsos, o contrariando esos intereses. Dependerá del carácter de la persona, si en ella predomina la fuerza de espíritu (*strength of mind*), prevalecerán las pasiones serenas sobre las violentas. Una posibilidad que le permite, a

su vez, considerar la posibilidad de agrupar los estados o perturbaciones del alma, que se derivaban de todo el conjunto de pasiones, en cuatro pares de pasiones directas: Alegría (*Joy*), Tristeza (*Grief*); Deseo (*Desire*), Aversión (*Aversion*); Esperanza (*Hope*), Miedo (*Fear*) y Confianza (*Security*), Desesperación (*Despair*);

Cuando el bien es seguro o probable, produce ALEGRÍA. Cuando es el mal quien se encuentra en tal situación, surge la TRISTEZA o PESAR. Cuando tanto el bien como el mal son inseguros, dan lugar a MIEDO o ESPERANZA, según los grados de incertidumbre en uno u otro caso. Del bien, considerado en cuanto tal, surge el DESEO; y del mal, la AVERSIÓN (Hume, 1740:374).

En definitiva, las emociones son las que nos motivan a la acción y no la razón. Las emociones señalan los fines deseables de nuestra conducta y los medios para obtenerlos. La razón es, y sólo debe ser, una esclava de las pasiones y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas (Hume, 1740:303). Existe cierta sabiduría que nos indica que no siempre lo próximo es lo más deseable y que debemos juzgar aquello que queremos en función de su valor. Si queremos alcanzar la felicidad no podemos dejarnos guiar por nuestros deseos más inmediatos e imperantes. No existe oposición entre razón y pasión dado que ni la pasión puede ser irracional, esto es, contraria a la razón, ni la razón mover a la acción oponiéndose a la pasión. Lo que comúnmente llamamos razón, no es sino una *pasión apacible*, que al adoptar una visión distante de su objeto no parece provocar ningún cambio violento en nuestro estado emocional. Y, hemos entendido como *pasión* un brusco cambio de emociones, cuando en realidad nos referíamos a un tipo especial de ellas, las pasiones violentas. Por tanto, el conflicto razón-pasión no es sino el conflicto entre dos tipos de pasiones, las pasiones *serenas* y las *violentas*. Como ejemplos de pasiones apacibles, Hume mantiene que “decimos que un hombre es diligente en su profesión a causa de la razón, esto es, a causa de un apacible deseo de riquezas y fortuna. Un hombre se adhiere a la justicia o a un carácter de acuerdo consigo mismo y con otros por causa de la razón, esto es, por una consideración apacible del bien público” (Cano López, 2011:107).

Finalmente, decir que, de entre todas las emociones, Hume se centra en las de miedo y esperanza al considerar que presentan la peculiaridad de derivar de las pasiones de tristeza y alegría, pues los mismos hechos que producen estos afectos, cuando se

consideran probables o inseguros causan el miedo y la esperanza. De esta forma, el concepto humeano de probabilidad surge de una oposición de casos de azar, de tal manera que a la mente se le hace difícil precisar la existencia o inexistencia de un objeto.

Con su teoría, Hume pretende dar un “giro copernicano” a la Filosofía moral, explicando la naturaleza humana mediante unos pocos principios. El primero de ellos se centra en la “asociación de ideas” por el cual realizamos una fácil transición de una idea a otra. El segundo, exclusivamente a través de las pasiones indirectas y similar a la asociación de impresiones, viene a conectar entre sí diversas pasiones de forma que partiendo de una de ellas puede, por asociación, terminar desencadenando otras distintas; esto es, la tristeza y la frustración dan lugar a la ira, la ira a la envidia, la envidia a la malicia, etc. Y de igual manera, cuando sentimos alegría, unimos a ello el amor, la generosidad, el orgullo, etc. Por último, un tercer principio, viene a postular que cuando dos clases de asociación coinciden con el mismo objeto la transición de una a otra se realiza más fácilmente.

En síntesis la Filosofía de Hume trata de mostrar los límites de la razón y como uno de sus límites es que la razón no puede alcanzar certeza en sus conocimientos (*escepticismo*). Sólo los *conocimientos matemáticos* (relaciones de ideas) alcanzan esa certeza, aunque no se refieren a lo existente. En cuanto a los *conocimientos que se refieren a hechos*, todos ellos deben tener su base en la experiencia y mantenerse en ese campo (ni la metafísica ni la teología son ciencias). No logran la certeza y necesidad de los conocimientos matemáticos, pero son imprescindibles para la vida humana y alcanzar verdad a través de su configuración empírica. Su fundamento no es puramente racional, sino epistemológico: se asientan en la experiencia. La causalidad se asienta en la costumbre, lo que nos lleva a asociar entre sí algunas ideas por su semejanza, contigüidad o sucesión, a lo que llamamos causa y efecto. El método para averiguar la validez de estos conocimientos es reconducirlos a la experiencia para comprobar si efectivamente se han formado a partir de algún tipo de experiencia o no.

### 3.4. La Ilustración

La Ilustración tuvo su origen inmediato en los avances de las ciencias naturales, la técnica y la investigación, lo que motivó que centrara su ideal en la razón como la vía para conocer y dominar la naturaleza y la sociedad, ya que poseía la vitalidad para cambiar la realidad. No podemos olvidar la gran influencia que ejercieron tanto Berkeley como Hume en esta nueva forma de conceptualizar al hombre y al mundo. Esta visión ilustrada del mundo fue originalmente defendida por una burguesía que aspiraba a elevar su posición social y económica. Para los ilustrados, sólo una formación racional y una educación humanista es capaz de proporcionar el progreso de la sociedad y desarrollar el cosmopolitismo (idea de una burguesía universal), la concordia entre los hombres, así como la felicidad tanto de los individuos como de la colectividad. De esta forma, el movimiento ilustrado adquiere una ideología que le lleva a jugar un papel muy activo en el proceso de la Revolución Francesa.

Los filósofos, empiristas y racionalistas de los siglos XVI, XVII y XVIII a pesar de sus diferencias, coinciden en admitir también la razón y la experiencia como las mejores y principales vías para adquirir un conocimiento verdadero. Las pasiones y sentimientos, en cambio, son un mal en sí mismos si se permite que dominen a la razón. Todo lo desprovisto de armonía, todo lo desequilibrado y asimétrico, todo lo desproporcionado y exagerado se considera monstruoso, especialmente bajo una visión estética de la realidad. No obstante, como vivimos y experimentamos continuamente nuestras tendencias y emociones, no sería bueno salir completamente de ellas, por lo que es más recomendable acercarse a su laboriosa trama manteniendo como guía de discernimiento a la razón, reforzar las mejores inclinaciones y, en la medida de lo posible, debilitar aquellas que dañan a los demás. Esto lleva a una liberación del hombre ya que, especialmente desde la iniciación del Cristianismo, ha vivido prisionero de creencias irracionales y de saberes oscuros y supersticiosos basados en la autoridad y la

costumbre. Por tanto, hay que seguir los designios de la razón para conducir los destinos de la humanidad (Ayllon, 2001)<sup>43</sup>.

La racionalidad, aunque sin desechar del todo la experiencia, es la que sustenta la idea del hombre libre ilustrado, informado y no sujeto por ideas irracionales, como las de la religión que le lleva a tener una existencia pobre y llena de prejuicios. Pero también, se trata de una visión del conocimiento con un claro carácter pedagógico ya que se encamina a la difusión del saber y a la creación de un nuevo tipo de humanidad. Esta es la tarea que exige el presente ya que desde esta perspectiva, se ponen de manifiesto los defectos de la educación recibida y los fundamentos de la misma.

Los planteamientos de los ilustrados franceses se materializan en la Revolución Francesa (1789-1799) y propician la aparición de un nuevo sistema político. Un sistema que, caracterizado por un carácter racional y basado en los principios de igualdad, libertad y fraternidad busca eliminar las insuficiencias de la sociedad existente, modificar las costumbres, la política y el género de vida, difundiendo las ideas del bien, de la justicia y el conocimiento científico. Montesquieu (1689-1755), Voltaire (1694-1778), Rousseau (1712-1778), Condillac (1714-1780), Helvetius (1715-1771) Od'Holbach (1723-1789), son algunos de los nombres notables que hicieron posible el desarrollo de estas nuevas ideas. Ellos dieron soporte intelectual al movimiento revolucionario a través de la crítica del antiguo régimen y de la exaltación de la libertad y la razón por encima de cualquier principio.

Fueron unos pensadores que se llamaron a sí mismos *Les Philosophes*, con un gran aprecio de la situación inglesa, tanto en su organización política, social y económica, como en su filosofía. Tal fue su admiración por el ser humano que se puede admitir que fueron los mayores defensores de la libertad religiosa, de la igualdad entre todos y de la elección de un gobierno como expresión de un contrato entre ciudadanos.

---

<sup>43</sup> Esta época, conocida con el calificativo de Ilustración, se va a extender hasta los inicios de la revolución francesa, invadiendo todas las áreas de conocimiento, la literatura, filosofía, religión, política, etc.



Obviamente, como se dijo anteriormente, también se cree que la educación es el mejor instrumento para conseguirlo<sup>44</sup>.

Siguiendo los objetivos de este trabajo, quizás las ideas de Condillac y Rousseau sobre la naturaleza humana, las emociones y el origen del lenguaje puedan considerarse como las más adecuadas y representativas de la visión las emociones de los ilustradores franceses que aquí se pretende ofrecer.

En este contexto, el lugar de las pasiones y las emociones es cada vez más restringido y supeditado a la razón. Jacobo Rousseau (1712-1778)<sup>45</sup> mantiene que la ciencia y la cultura no mejoran al hombre, sino que tienden a corromperlo y a hacerle infeliz. El hombre nace bueno, y es la sociedad la que lo hace malo, desconfiado, simulador e injusto. El advenimiento de la era racional de la humanidad, en un lento pero necesario abandono de ídolos (o viejas creencias), la irracionalidad (con sus productos culturales y sociales) no es meramente un estado previo que se transformará en ilustración, sino que es la causa del mal, origen de la perversión del hombre, que es naturalmente bueno. Las instituciones, las leyes, la sociedad nacida a la sombra de los ídolos no sólo malean al hombre, sino que perpetúan el mal con un ambiente definitivamente viciado. Es preciso, en consecuencia, destruir esa sociedad para, sobre ella, edificar la nueva sociedad racional en la que el hombre, libre de esas influencias nocivas y sometido sólo a un poder mínimo, recupere el máximo posible de libertad y con ella su espontánea inocencia. Entonces surgirá el espíritu revolucionario, por

---

<sup>44</sup> Michel Foucault, en su obra *La historia de la locura en la época clásica* (México, FCE, 1967), plantea una interesante correlación entre el origen de la psiquiatría, con los ideales de la Revolución francesa. Motivo por el cual se interpreta el surgimiento de ese afán clasificador de la época y de la transferencia de la atención de la locura a la medicina. Pinel (1745-1826), refleja muy bien esta idea de Foucault con la propuesta de sus clasificaciones y sus enfoques terapéuticos como síntesis entre lo biológico y lo moral. Se opone así, a la terapéutica posterior centrada en la moral, y sustentada desde los valores de una burguesía en ascenso, donde la idea tradicional de familia, de relaciones entre padres e hijos, de formas de vida dentro de la sociedad, de comportamiento, de aptitudes (...) formaban el marco normativo que definía la conducta sana. De ahí, que uno de los pilares de la terapéutica de Pinel pase por el aprendizaje de conductas sanas y una atención más médica. Además, con el avance de la bioquímica ve reforzados sus planteamientos. Se propició el abandono del encierro como principal vía de atención y el castigo deja de verse como una técnica terapéutica.

<sup>45</sup> Rousseau, en sus obras el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755), *La Nueva Eloísa* (1761) y el *Emilio* (1762), ofrece una visión contraria a la mantenida por la mayoría de los filósofos de su época. En esta época ilustrada, donde la razón se considera el motor para el desarrollo y el progreso humano, Rousseau considera las emociones y las pasiones como un elemento de gran valor para la vida. Para él, el verdadero progreso se encontraba en lo moral y cultural, lo demás sólo era desarrollo tecnológico.

oposición y en contraste con el plácido espíritu enciclopedista, que simplemente esperaba la evolución (Rousseau, 1879).

A pesar de ello, el error de los ilustrados, afirma Rousseau, “es creer que el progreso de la civilización y de la ciencia marcha paralelo al progreso de la felicidad y la moralidad del hombre, cuando la experiencia nos demuestra lo contrario” (Rousseau, 1879:51). La historia pone en evidencia cómo el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper las costumbres y la naturaleza humana, ha uniformado a los hombres y deformado sus sentimientos naturales. En sociedad nadie se muestra tal y como es. En las sociedades civilizadas, lo artificial ha sustituido a lo natural y los rígidos convencionalismos ahogan la libertad. Son sociedades que distorsionan la naturaleza del hombre, encubriendo bajo una falsa máscara su verdadero ser.

Para la recuperación de la libertad y la igualdad originales, propone dos pasos: primero, una reforma de la educación alejada de artificios de la razón y de la represión de los sentimientos naturales del individuo. Un segundo paso se centra en la reorganización profunda de la sociedad, puesto que si se destruyen las instituciones históricas intermedias entre el poder del Estado y los individuos, el individuo y el Estado podrán mantener una relación directa en la que éste último tendrá la función de salvaguardia de las libertades individuales y la coordinación de derechos. Los sentimientos son considerados como una intuición que nos permite aprehender los principios innatos de libertad, igualdad, piedad, etc., como fundamentos de la moralidad, pues cumplen las características de la universalidad derivada de la naturaleza humana, que es única.

En definitiva, los sentimientos naturales hacen al hombre en estado natural armónico y pacífico como el resto de la naturaleza. Según el autor, el hombre natural sólo posee la libertad y dos sentimientos innatos: *amor de sí* y *piedad natural*. El amor de sí supondría un sentimiento de autoprotección y conservación, de evitar el peligro, lejos de la competitividad del hombre civilizado que le lleva a la exclusión de los demás. Un sentimiento que nos lleva a identificarnos con el que sufre y sentir rechazo hacia el mal ajeno. Por tanto, las emociones llevan al hombre natural a calmar sus pasiones y suavizar los conflictos. Además, la aceptación de esta universalidad moral no es más que la consecuencia de la aceptación de que los seres humanos participen de una

estructura de sentimientos innatos y libertad, que hacen iguales a todos los hombres. Para Rousseau (1755), dichos sentimientos naturales en el hombre le permiten identificarse con el resto de los seres de la naturaleza. A pesar de ello, afirma que el hombre natural sólo posee la libertad y dos sentimientos innatos: *amor de sí* y *piedad natural*. El amor de sí presupone la existencia de un sentimiento de autoprotección y conservación, cuyo fin se centra en la evitación del peligro. Sería similar a lo que hoy se conoce, dentro del ámbito de la Psicología, como autoestima. La piedad natural representa el sentimiento humano que impide desear para los demás lo que no se desea para sí mismo. Identifica al ser humano con el que sufre y siente un rechazo hacia el mal ajeno, que lleva al hombre natural a calmar sus pasiones y suavizar los conflictos.

En definitiva, sus teorías se basan en intuiciones que viene a aceptar que la naturaleza es un mundo ordenado y en equilibrio, sin deficiencias. Este orden original se degrada a causa del propio ser humano, ya que al salir de la Naturaleza se engendra un orden nuevo, como consecuencia también del devenir histórico que ha propiciado el alejamiento del estado inicial. La única forma de recobrar esa situación es regresar a la Naturaleza, obrando de acuerdo con la razón como fundamento del orden moral. El hombre es instinto y pasión, pero estos impulsos deben conducir al equilibrio racional.

De ahí que considere que no hay que desconfiar de los sentimientos, pues la propia consciencia no engaña jamás; se poseen sentimientos antes que ideas. No obstante, hay que tener en cuenta que estos sentimientos no son una pasión, sino que se basan en la aprehensión inmediata o intuición. El conocimiento de la verdad no exige mediadores.

En el contrato social, mantiene que la política está subordinada a la moral ya que busca conseguir una sociedad justa y libre. Ahora bien, esto no implica que esté de acuerdo con Aristóteles en cuanto a la sociabilidad natural del ser humano; para Rousseau, no hay en el hombre ninguna disposición innata hacia la vida en sociedad. En estado de naturaleza, la humanidad rehúye el vínculo comunitario. El ser humano se asocia con sus semejantes sólo por la necesidad que tiene de ellos. La sociedad nace para combatir las fuerzas que se oponen a la conservación individual. Las catástrofes naturales obligan a los hombres a buscarse entre sí para organizarse en leyes e instituciones, capaces de contrarrestar la adversidad. En ausencia de conflictos, el

interés particular prevalece sobre el bienestar general. Rousseau, con esta idea, viene a defender que el lenguaje, los valores morales, los derechos, e incluso la razón, son adquiridos por el hombre en la sociedad y que no son previos a ella. Por tanto, para restaurar al hombre en su bondad natural, y devolverle su libertad primigenia mediante la unión de la razón, como producto de la sociedad y con el sentimiento de benevolencia, previa a ella, habrá que eliminar las graves desigualdades que le pervierten y le hacen más egoísta y agresivo. De esta forma, la sociedad debe orientar, gracias a la educación, el amor para potenciar la bondad humana y favorecer un mundo más feliz. Es por ello que valora extraordinariamente las condiciones educativas del niño (Emilio) y de la niña (Sofía, futura esposa de Emilio) como la vía para llegar a ser un ser libre<sup>46</sup>. Su ideal de que los seres humanos nacen libres y buenos le lleva a situar en la educación la responsabilidad de que éste lo siga siendo. El niño debe aprender por sí mismo, aprender a pensar e interactuar en contacto directo con las cosas y con la naturaleza. La educación, por su parte, hará de él, a través del desarrollo de la intuición y de los sentimientos, un ser humano libre. Un ser humano con un comportamiento moral fundamentado en los sentimientos naturales como el amor. Si esto se logra, se tendrá un ciudadano, un ser humano, cuyos valores surgen de la bondad de la naturaleza humana. Las emociones, por tanto, bajo este esquema son un buen recurso para el ser humano.

Condillac (1714-1780)<sup>47</sup>, un pensador sensualista ilustrado, se centra en la experiencia inmediata para formular una interesante teoría de las sensaciones que desarrolla cómo éstas son la única fuente de conocimiento. El entendimiento en su conjunto también procede de la experiencia sensible pasiva que los objetos producen en los sentidos, ya que las ideas no son más que sensaciones transformadas (Condillac, 1746). Considera igualmente las ideas desde una dimensión evolutiva, asumiendo que el progreso de la humanidad (y del individuo) no es una acumulación mecánica de los

---

<sup>46</sup> Rousseau, en su obra “La Nueva Eloísa”, publicada en 1761 (ediciones Akal 2007) aparecen alusiones a los sentimientos esenciales, abriendo una nueva visión que desembocará en el romanticismo del siglo XIX, en el que se vuelve a la exaltación de los sentimientos.

<sup>47</sup> Bajo su visión sensualista, Condillac, en su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* (1746), defendió que el alma recibe sus facultades de la Naturaleza; basta con tener los órganos de los sentidos para, gracias a la emoción de placer y de dolor que nos producen las cosas, buscarlas o huir de ellas. La experiencia sensible es, por tanto, la que nos produce las ideas, los deseos, los hábitos y los diferentes talentos.

conocimientos alcanzados, sino que implica un desarrollo en la forma en que tales conocimientos se consiguen, una evolución de la facultad de pensar en definitiva.

La razón, en cuanto facultad intelectual, es también una capacidad o disposición que puede perfeccionarse, tanto individual como colectivamente. En este proceso evolutivo de la razón humana el lenguaje desempeña un papel esencial porque el pensamiento, que consiste en la conexión de ideas, no es posible sin la utilización de signos: las ideas están unidas a los signos y únicamente por su intermedio se relacionan entre sí. Es en el lenguaje donde reside la capacidad relacional constitutiva del pensamiento. Ni los objetos, ni las ideas en cuanto representación de esos objetos, permiten establecer conexiones conceptuales a las que se pueda denominar pensamiento. Los elementos epistemológicos últimos son las sensaciones; esto es, las impresiones que producen los objetos en los sentidos. A partir de las impresiones se puede construir el resto de los procesos cognitivos, incluidas las emociones. Pero el lenguaje es fundamental en el análisis de las impresiones, en el proceso de distinguir entre las diferentes impresiones y en el de compararlas.

Para ejemplificar su teoría propone la existencia de una estatua de mármol dotada de cerebro y carente de sentidos exteriores, a la que se comienza añadiendo sentidos poco a poco, desde el menos importante como el olfato hasta la visión:

creímos conveniente comenzar por el olfato, pues de todos los sentidos es el que parece contribuir menos al conocimiento del espíritu humano... Así, los conocimientos de nuestra estatua, limitada al sentido del olfato, sólo pueden extenderse a los olores... No puede concebir las ideas de extensión, de figura ni de nada que esté fuera de ella o fuera de sus sensaciones, ni tampoco las ideas de color, de sonido o de sabor. Estos son absolutamente necesarios para crear la memoria ya que permiten distinguir entre los objetos y las ideas universales... A pesar de ello, mientras no tenga todos los sentidos la estatua nunca accederá al mundo de las intuiciones a-lógicas que inspiran las creaciones del gran arte, ni a las emociones suscitadas por la contemplación de sus mejores obras, ya que éstas provienen de la experiencia.... Así, la estatua juzgará las cosas como el ser humano sólo cuando tenga todos los sentidos y toda la experiencia, y sea consciente de lo que lo que le falta (Condillac, 1754:60-68).

Y todo ello no es más que la creencia que tiene Condillac de que, tanto las ideas como el entendimiento solo son una suma de sensaciones que se adhieren a las facultades.

Si se profundiza un poco más en la metáfora de la estatua, al ir abriendo individualmente los sentidos el conocimiento se va ampliando. Esto es, al observarlo individualmente, la estatua ve sus limitaciones, pero descubre, cuando todos los sentidos están abiertos que el conjunto le permite ampliar su conocimiento. La estatua, verá como, de esta forma, puede adquirir deseos, pasiones, juicios, etc., en una palabra, puede adquirir todo cuanto hay y puede haber en el corazón, en la fantasía, en la voluntad, en el entendimiento.

Bajo esta perspectiva, resulta inútil admitir que el alma recibe inmediatamente sus facultades de la Naturaleza; sólo hace falta que se den los órganos para advertirnos por el placer y el dolor lo que se debe buscar o de lo que se debe huir. Bastan sólo esas dos emociones para desarrollar en sí mismo un ser humano y todo ello gracias a la experiencia sensible como la causa que produce las ideas, los deseos, los hábitos y talentos de toda especie.

Como se aprecia, Condillac (1746, 1779) expuso su teoría sensualista como una doctrina filosófica que sólo admite como fuente de conocimiento las sensaciones recibidas del exterior y, a partir de ella, la generación de todas las facultades y operaciones del alma. Todo se deriva de la primera experiencia sensible pasiva ocasionada por la acción de los objetos. Las ideas y el entendimiento no son más que sensaciones transformadas en la que las emociones ocupan un papel importante.

No obstante, no se puede dejar de lado el papel que ejerce la memoria en todo este proceso. La memoria lleva al recuerdo y permite que cualquier acto se convierta en hábito al repetirse la acción sucesivas veces. Al mismo tiempo, le otorga al sujeto (la estatua en su ejemplo) la facultad de comparar, con lo que puede diversificar su capacidad de sentir y establecer juicios. También le permite dividir el placer y el dolor en tipos, clasificándolos en sensibles y en intelectuales o espirituales. Los primeros pertenecen al cuerpo, y los segundos se refieren a la memoria y a las facultades del alma. Observamos también que el placer puede aumentar o disminuir en grados. Esto quiere decir que cuando el placer disminuye tiende a extinguirse y desaparecer con la sensación. Por el contrario, cuando aumenta es cuando se percibe con más fuerza, pudiendo llegar incluso a causar dolor por no estar el organismo preparado. A partir de estas sensaciones surge la necesidad, como causa del recuerdo de situaciones pasadas

más agradables y el deseo de volver a sentir las, generando la necesidad de bienestar y comodidad. Según el grado de esta necesidad el alma operará de una forma u otra. Si la necesidad es muy grande por estar sintiendo un fuerte dolor, la estatua pondrá todo su empeño en cambiar la situación presente por una de placer que reside en su memoria.

En definitiva, Condillac, bajo su visión sensualista, viene a indicar que la emoción sólo se produce si la imaginación capta y da sentido a la percepción. Todo ello, porque considera que la sensación y la reflexión son dos vías paralelas y dos fuentes complementarias de experiencia. Al final, concluye que la reflexión no es más que la sensación transformada.

### 3.5. Kant y su Teoría Crítica

Immanuel Kant (1724-1804)<sup>48</sup>, logra congeniar racionalismo y empirismo a través del desarrollo de una teoría crítica trascendental que considera la razón como el bien supremo. Esta posición la dejó bien clara cuando escribe:

¡Amigos del género humano y de lo que es más sagrado en este género! Ya se trate de hechos, ya se trate de fundamentos racionales; admitid lo que os parezca más auténtico luego de un examen cuidadoso y sincero. Pero no neguéis a la razón lo que hace de ella el bien supremo sobre la Tierra, a saber, el privilegio de ser la última piedra de toque de la verdad. Si no, indignos de esa libertad, seguramente la perderéis, y arrastraréis en esta desgracia a vuestros semejantes que son inocentes y estarían seguramente dispuestos a servirse *legalmente* de esa libertad y, así, a usarla con el fin del bien de la humanidad (Kant, 1796:77-79).

El racionalismo kantiano deja a las emociones sin valor para la razón. Las emociones son el principal obstáculo, ya que anulan la voluntad e impiden que el

---

<sup>48</sup> Un paso atrás en la concepción de las emociones la encontramos en Kant. Considerado como el primero de los filósofos en refutar a Hume, propone una teoría ética racionalista. Considera las emociones como irracionales y como algo que entorpece la reflexión, frente a los sentimientos que median entre la razón y la voluntad. No obstante, a lo largo de sus obras, como *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764), *Crítica a la razón práctica* (1788), *Como orientarse en el pensamiento* (1796) y *Antropología en sentido práctico* (1798), otorga a las emociones ciertas bondades en la medida que ayudan al sujeto a la acción, sostienen la existencia y favorecen la salud.

hombre actúe libremente. Por tanto, todo lo que impida el desarrollo de la capacidad volitiva e intelectual humana debe ser considerado como enfermedad del alma. Esta posición establece que la razón es la única vía posible para realizar una acción primero racional y luego moral e impide la existencia de cualquier espacio a las inclinaciones, aunque sean propias de nuestra naturaleza sensible. Considera las acciones del ser humano como efectos inmediatos del carácter inteligible de la razón pura que obra libremente, sin que la determinen causalmente motivos externos ni internos precedentes en la serie de las causas naturales.

A pesar de todo, no niega la existencia en el hombre de emociones, como inclinaciones naturales, a pesar de que obstaculizan el cumplimiento del deber. Una exigencia de la propia naturaleza humana que posibilita que se generen situaciones en las que se oponen las afecciones y la razón de forma irreconciliable. Así, aunque Kant insiste en que la acción es un efecto de la fuerza que la razón impone a la voluntad y no la consecuencia de un sentimiento previo, la experiencia cotidiana nos lleva a entenderla como la expresión subjetiva de la propia valoración afectiva que hacemos de una situación concreta. En definitiva, se produce una situación que lleva a Kant a aceptar, aunque sólo sea por motivos de congruencia empírica, la participación de los sentimientos y demás inclinaciones en la acción;

No se tiene razón cuando se acusa a quien no ve el valor o la hermosura de lo que nos conmueve o encanta, de no entenderlo. Tratase aquí no tanto de lo que el entendimiento comprende como de lo que el sentimiento experimenta. Tienen, sin embargo, las facultades del alma tan grande conexión entre sí, que, las más veces, de las manifestaciones de la sensibilidad pueden deducirse las condiciones intelectivas. Vanas resultarían las dotes intelectuales para quien al mismo tiempo no tuviese un vivo sentimiento de lo bello y lo noble, sentimiento que sería el móvil de aplicarlas bien y con regularidad (Kant, 1764:11).

Según esto, los sentimientos pueden tener una doble función. Por un lado, poseen una función epistémica, ya que permiten captar las situaciones estéticas y moralmente relevantes; esto es, permiten apreciar la actitud del otro, para entender su punto de vista. Una segunda función sería motivacional, puesto que los sentimientos pueden constituir los móviles de aplicar bien y con regularidad los principios morales. Esta capacidad que tienen los sentimientos de informar al sujeto sobre lo que es



moralmente correcto, a la vez de permitirle generar interés por lo moral, llevan a Kant a atribuir una naturaleza cognitiva a los sentimientos.

De esta manera, actuar por respeto vendría a ser una consecuencia de reconocer la ley moral como una fuente de valor o de razones para la acción que son incondicionalmente válidas y que sobrepasan cualesquiera otras fuentes de demandas. El propio Kant (1764) asume que una acción tiene genuino valor moral y es digna de estima sí y sólo sí se realiza por respeto al deber, sin la cooperación y, más aún, sin la presencia de cualquier sentimiento natural, llámese amor, simpatía o benevolencia natural que pudieran haber inclinado al agente en cuestión a realizar la acción. En contra, una acción carece de valor moral si el agente la realiza sólo a causa de la inclinación. Esta fuerza moral de la voluntad que lleva al cumplimiento del deber será denominada virtud. Y la virtud tiene un contrario que no es otro que las inclinaciones naturales, que abarcan tanto las emociones como las pasiones.

Llegados a este punto, se impone comentar la diferencia entre emociones y pasiones y cómo éstas entorpecen la razón. Las emociones las considera como “un ataque por sorpresa de la sensación, con que resulta abolida la presencia de ánimo (*animus sin compos*). Es, pues, precipitada, esto es, crece veloz hasta un grado del sentimiento que hace imposible la reflexión (aturde)” (Kant, 1798:74). Las pasiones, en cambio las considera estados de ánimo pertenecientes a la facultad apetitiva es menos intrusita e impulsiva, por lo que necesita más tiempo para conseguir sus fines. Explica su visión negativa sobre las pasiones comparándola con los efectos de la borrachera:

La emoción debe considerarse como una borrachera, que se duerme, si bien después se tiene dolor de cabeza; la pasión, como una enfermedad causada por la ingestión de un veneno o una degeneración, que necesita un médico de almas interior o exterior, el cual, sin embargo, las más de las veces no sabe prescribir ningún medio curativo radical, sino casi exclusivamente paliativos (1798: 74).

A pesar de ello, acepta que las emociones son, en cierta medida, más nobles y mejores que las pasiones, ya que éstas son como una demencia que enturbia la mente, por lo que es recomendable no dejarse llevar por ellas.

Justifica la distinción entre emoción y pasión a partir de la representación del yo que realiza el ser humano y que le sitúa por encima de todos los demás seres que viven sobre la tierra. Una representación que se consigue gracias al desarrollo de la consciencia y por virtud de su unidad en medio de todos los cambios que pueden afectarle. Una consciencia que surge del desarrollo de ciertas representaciones que van desde las percepciones (aprehensión de la pura representación sensorial) hasta el conocimiento de los objetos sentidos, esto es, la experiencia (Kant, 1798). En este proceso de desarrollo, es cuando las pasiones y emociones se presentan como un obstáculo que impide la reflexión, al ser indicadores de su oportunidad;

Estar sometido a las emociones y a las pasiones es siempre una *enfermedad del alma*, porque ambas excluyen el dominio de la razón. Ambas son también igualmente violentas por su grado; más en lo tocante a su cualidad, son esencialmente diferentes, tanto en el método de prevenirlas como en el de curarlas que el médico de almas habría de aplicar (Kant, 1798:73)

Su argumento se apoya en la idea de que la naturaleza provee al ser humano de las disposiciones necesarias para experimentar tanto las emociones como las pasiones antes de que la razón pueda tener poder sobre ellas. Una situación que posibilita que las emociones aporten un carácter irracional a la razón y que Kant insista en verlas como una forma de controlarla.

En definitiva, si la emoción priva momentáneamente de la libertad y del dominio de uno mismo, la pasión nos torna, sin más, en esclavos. De manera que las pasiones no son sino “cánceres de la razón pura práctica y, las más de las veces, incurables; porque el enfermo no quiere curarse y se sustrae al poder del único principio por obra del cual pudiera suceder esto” (Kant, 1798: 81). El problema de la moral y del conocimiento es entonces encontrar un orden en la diversidad de inclinaciones que mueven la vida humana para un mejor “vivir juntos”. Para ello hay que buscar principios válidos para cualquier ser racional

Con todo, y para finalizar con el enfoque kantiano de las emociones, hay que decir que lo primero para el ser humano está en el deber. Lo racional en cada uno obliga por sí mismo y es lo que permite que, siendo seres empíricos no perdamos nuestra conexión con el mundo inteligible de la moral. La ley moral se establece como un

principio que limita por un lado las inclinaciones y por otro establece las máximas que deben regir la conducta. La manera de restringirlas no puede ser otra que la de someterlas al test del imperativo categórico (Kant, 1788). De esta formulación se desprende la presunción de que la condición racional ha de ser el fundamento para la elección moral.

### **3.6. La escuela Psicológico-realista**

Johann Friedrich Herbart (1776-1841), filósofo, pedagogo y psicólogo alemán, tras pasar varios años con Fichte se aleja de los postulados idealistas de éste para buscar una filosofía de corte más realista. Para Herbart, la evidencia que tiene el ser humano sobre la existencia de los fenómenos debe llevar a superar el escepticismo metafísico de su existencia. De ahí que considere la existencia de los seres como una condición necesaria para que existan los fenómenos o apariencias. En caso contrario, si no existieran los seres no existirían las apariencias: si nada existe, nada puede aparecer; la nada absoluta excluye toda apariencia de ser. No obstante, y a pesar de la veracidad que otorga a este principio, le queda la duda si esas cosas existen de la manera que son pensadas y percibidas por nosotros; si son reales y objetivas las relaciones que entre ellas se nos representan, y principalmente la relación de causalidad.

Resuelve el filósofo esta situación considerando que lo que llamamos generalmente seres reales, las cosas de la naturaleza y los objetos que captan nuestros sentidos, no son más que colecciones o conjuntos de seres. Por tanto, a éstos no se les puede considerar como seres reales ya que llevaría a considerar la extensión como una cualidad única y no sujeta, como está, a ciertas contradicciones, ya que decir cosa extensa equivale a decir cosa una (una extensión) y muchas (partes) a la vez. Por ejemplo, la idea de cuerpo entraña también contradicción, porque es *una* cosa (un cuerpo) y muchas cosas (pesado, duro, blanco, líquido, etc.) simultáneamente; sucediendo lo mismo con las ideas de movimiento, causalidad, y hasta con la del yo, que abarca tanto las nociones contradictorias de ser y no ser, de uno y muchos. Al

tratarse pues, de multitud de propiedades percibidas de los objetos o fenómenos fruto de leyes causales sobre el movimiento generalmente desconocidas, lo percibido no se puede considerar como un *ser real*. Lo sensible, lo percibido, corresponde tanto al objeto, como al conjunto de varios seres; esto es, al verdadero ser y a cada uno de los seres que integran dicho objeto, que, a la postre, son los únicos a quienes corresponde la noción genuina de *ser real*.

Por tanto, bajo la denominación de cosas, lo que realmente se está afirmando es la existencia de una variedad, distinción y diferencias de percepciones del mundo, como consecuencia de sus fenómenos, sus funciones, sus fuerzas y sus propiedades exteriores. De ahí, que haya que aceptar la existencia de una serie de fuerzas que permitan combinar las distintas realidades, las simples y las absolutas.

Una vez que formula sus principios, que extiende hacia lo físico y lo psíquico, levanta sobre ellas el edificio de su Psicología, cuyas principales afirmaciones e ideas son las siguientes<sup>49</sup>:

1. El alma es uno de los seres simples indicados, una substancia perfectamente una, que excluye la pluralidad real de facultades y funciones; pues éstas no son más que aspectos, resultados de su esfuerzo para conservarse, esfuerzo que constituye su función única.

2. De aquí es que los fenómenos de conciencia, los cuales todos pueden comprenderse bajo el nombre de representaciones (*Vorstellung*), puesto que expresan y representan los diferentes estados del yo como ser uno y simplicísimo, deben su origen y su naturaleza propia al choque o encuentro de unas realidades con otras. Según el grado de fuerza con que una *representación*, o sea un estado determinado de la conciencia, se opone a otro y retarda (*Hemmung*) o impide su acción, resultan, se constituyen y aparecen funciones diferentes y estados diversos en el alma.

3. La existencia misma de la conciencia y la transición en el yo del estado consciente al inconsciente y viceversa, deben su origen y se explican por medio de esa especie de lucha por la existencia que se entabla en el fondo del alma entre las

---

<sup>49</sup> Tomadas de la Historia de la Filosofía de Zeferino González (1879), rescatadas de internet <http://www.filosofia.org/zgo/hf2/>

diferentes *representaciones*, comprendiendo bajo este nombre todos los fenómenos y estados de la conciencia, todas las funciones psíquicas del yo.

4. El yo, como ser consciente, no es una substancia simple dotada de facultades varias y principio uno e idéntico de las funciones que en él se realizan, sino más bien un conjunto de hechos y actos resultantes del choque recíproco y variable del yo como realidad simple y una, con otras realidades diferentes, y principalmente con los objetos conocidos.

De todo ello, asume que el yo, el alma considerada en sí misma y abstracción hecha de su contacto y relaciones con otros seres, no posee sensibilidad, ni imaginación, ni pensamiento, ni voluntad; sólo posee la facultad fundamental de conservarse en su ser, en su originalidad substancial. Así, por ejemplo, el *pensamiento* es la función que resulta del esfuerzo del alma para afirmarse y conservarse enfrente del objeto y el *sentimiento*, un pensamiento comprimido y como enervado o debilitado por otros pensamientos más vigorosos. Es decir, una representación que permanece en equilibrio a consecuencia de la lucha entre dos pensamientos, de los cuales el uno tiende a disminuir y el otro a elevar la intensidad de la representación-sentimiento.

Herbart, con estos planteamientos, pretende desarrollar una visión mecanicista de la Psicología humana a través de las representaciones. Se trata de una teoría en la que las funciones mentales son consideradas como la consecuencia del contacto del alma con otras realidades con las que entra en contradicción, debiendo, para resolver dicha contradicción entre la identidad del sujeto y el objeto, descomponer la supuesta unidad en una multiplicidad de representaciones. El resultado del contacto del alma con otras realidades simples; no son más que la expresión de las diferentes relaciones que resultan entre el yo y los otros seres, según sean recíprocamente semejantes, diversos o contrarios. La conciencia psicológica y los fenómenos psíquicos se resuelven, en último resultado, y coinciden con la suma proporcional y matemática de los choques, acciones y reacciones, resistencias y sollicitaciones entre el alma y las demás realidades simples, principalmente con las que constituyen los objetos del conocimiento y de la voluntad.

Así es que los fenómenos psíquicos pueden sujetarse a cálculo matemático lo mismo que los mecánicos, determinando y definiendo su origen, naturaleza y atributos

por medio de fórmulas matemáticas. Pretendía, en definitiva, hacer de la Psicología una ciencia exacta y empírica, basada en la experiencia, ya que aunque era metafísica, poseía la capacidad de poder expresar los procesos mentales por medio de fórmulas. Este es el caso, por ejemplo de las emociones, que las define en términos matemáticos. “La estructura interna de las masas aisladas de representaciones se llega a conocer cuando los pensamientos se manifiestan en palabras [...] en las masas de representaciones no hay que pensar simplemente en lo representado, sino también en el estado del espíritu” (Herbart, 1816:25).

En un análisis más detallado, asume que la masa de representaciones existentes nace de dos fuentes principales: la experiencia y el trato social. De la experiencia proceden los conocimientos de la naturaleza, “[...] pero en una forma discontinua y tosca”. Por su parte, del trato social, derivan los sentimientos hacia los hombres, “[...] pero no siempre de un modo plausible, sino con frecuencia en una forma censurable” (Herbart, 1816:29-30). De ahí que, para él, las emociones sean también aspectos de la naturaleza humana que impiden el buen proceder. En su obra, *Pedagogía General*, llega a escribir que una de las funciones de la enseñanza debe ser el control de las emociones: con la disciplina se debe “[...] prevenir las pasiones y evitar las explosiones masivas de los afectos... facilitar el temprano desarrollo de las mejores emociones del individuo, con lo cual llegarán éstas a predominar” (Herbart, 1806:32-33). Es por todo ello que Herbart considera que se debe educar hacia la perfección, entendida como la formación armoniosa del sujeto en las que el deseo se controle frente al interés. “Pues el deseo, en cuanto puede concebir, aspira a algo futuro, que no posee aún; por el contrario el interés se desarrolla en el intuir y se adhiere todavía a lo intuido como presente” (Herbart, 1806:109).

### **3.7. El Idealismo**

Otro alemán, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) desarrolla un pensamiento original a partir del concepto de *intuición trascendental* o visión

inmediata de un absoluto al que llamó idea. Esta concepción de la intuición trascendental no es más que una forma de pensamiento idealista que asume la existencia de una realidad primaria, que existe en sí misma y que se identifica con el espíritu al ser una creación de éste. Identifica también la noción de idea con la intuición trascendental y la de espíritu con la de razón, lo que le lleva a concebir el espíritu como razón, como creadora también de la realidad. De esta manera, al relacionar la emoción con lo Absoluto, puede afirmar que la razón es la creadora de la realidad. Así, entiende la Idea como un momento abstracto final de la Lógica que se exterioriza en la Naturaleza y luego vuelve a sí en el Espíritu. En definitiva, el espíritu es pues Naturaleza interiorizada, subjetivada.

Bajo esta concepción de “lo absoluto”, puede aglutinar en un sólo concepto entidades tan diversas como naturaleza, sustancia, espíritu, la consciencia y sujeto del conocimiento; esto es, unir los conceptos de naturaleza y espíritu<sup>50</sup>. Una vez asumidos todos estos principios, no queda más que aceptar que la comprensión de la realidad sólo se puede hacer a través de lo absoluto. Y al ser el espíritu absoluto sustancia y sujeto, la realidad será también sustancia y sujeto: “El que lo verdadero sólo es real como sistema o que la sustancia es esencialmente sujeto se expresa en la representación que enuncia, lo absoluto como espíritu, el concepto más elevado de todos y que pertenece a la época moderna y a su religión” (Hegel, 1807:19).

Hegel (1807), fruto de estas reflexiones, concluye que el espíritu absoluto existe únicamente en y a través del espíritu humano. No obstante, aclara que no se trata del

---

<sup>50</sup> Las ideas más conocidas e importantes del filósofo alemán acerca de la razón y las pasiones son, a nuestro juicio, las que se encuentran en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* (1830). Se trata de una obra póstuma preparada con sus manuscritos, y enriquecida con las notas de clase de algunos de sus oyentes, en la que se observa la influencia de la Ilustración y de Kant, como se desprende de la comprensión racional de la realidad que propone. En ella, al abordar el destino del hombre y su papel en la historia, aborda el estudio de la acción humana a partir de una serie de cuestiones relacionadas con la subjetividad particular; la voluntad, la libertad y el capricho, la pasión como principio activo y las leyes de la moral. Un análisis que le lleva a considerar las pasiones como malvadas con capacidad para influir sobre la propia acción: nada sucede, nada se ejecuta, sin que los individuos particulares que actúan, obtengan con ello alguna satisfacción; cuando realizan algo por lograr una cosa, no están solamente interesados en general, sino que están interesados en la cosa misma. Por tanto, las pasiones, a lo largo de toda su obra, se van a presentar como una forma de energía que acompañan las ideas; en palabras del propio Hegel, se trata de “dos momentos que entran en un mismo objeto, uno es la Idea, el otro las pasiones humanas; uno es la trama y el otro es la urdimbre del gran tapiz, que ante nosotros despliega la historia universal” (Vol. II, pp. 51-52).

espíritu humano individual, sino en cuanto ha llegado a ser un momento en la vida del infinito, en el momento en que identidad-en-la-diferencia se conoce a sí misma como tal; el individuo libre de la naturaleza, que la ha vencido y superado. El espíritu humano finito, en cambio, se ve afectado y encerrado en sus propios pensamientos, intereses, emociones y fines privados (Copleston, 1999). Se trata de una diferenciación entre la noción de *espíritu absoluto* con la de *espíritu objetivo*. Esto es, el espíritu absoluto se encuentra a nivel del conocimiento absoluto como la manifestación en el Arte, la Religión y la Filosofía, por ejemplo, mientras que el espíritu objetivo se centra en la realización personal en tres momentos, según Hegel, la Moral, el Derecho y la Ética.

De este modo el espíritu absoluto es la síntesis o unidad del espíritu subjetivo y del espíritu objetivo en un plano superior. Es a la vez subjetividad y objetividad, ya que no es sino el espíritu conociéndose a sí mismo. Pero en tanto que en las esferas del espíritu subjetivo y del espíritu objetivo nos encontramos con el espíritu finito, primero en su intimidad, luego en su automanifestación en instituciones objetivas, tales como la familia y el Estado, en la esfera del espíritu absoluto nos encontramos con el espíritu infinito conociéndose a sí mismo como tal. Esto no significa que el espíritu infinito sea algo “opuesto a” y existiendo con entera independencia del espíritu finito. Lo infinito existe en y a través de lo finito. Pero en la esfera del espíritu absoluto el infinito es reflexivamente consciente de sí mismo como tal (Copleston, 1999:76).

En este sistema, el alma, la identifica como el espíritu subjetivo en cuanto se halla relacionada con un cuerpo y éste a su vez, ligado a condiciones de espacio y tiempo: geográficas, históricas, biológicas. etc. Por tanto, es un alma que se desarrolla a partir de la certeza sensible o sentimiento inmediato, de la percepción hasta alcanzar la consciencia de sí o autoconsciencia. Se trata del individuo libre de la naturaleza, que la ha vencido y superado. Por tanto, se trata del punto de transición entre la naturaleza y el espíritu:

...[en el alma] se revela el idealismo de la naturaleza y el sueño del espíritu. Es decir, goza de autosentimiento (Selbstgefühl) pero no de autoconsciencia reflexiva. Está sumida en la particularidad de sus sentimientos y existe precisamente en la medida en que está metida en un cuerpo o siendo éste la exteriorización del alma. En el organismo humano, el alma y el cuerpo



constituyen sus aspectos interno y externo respectivamente" (Copleston, 1999:56).

A pesar de su creencia en la eficacia de la razón, tras analizar las formas en que ésta se materializa en el mundo humano y en la historia, asume que sin la participación de las pasiones la realización de su tarea será ineficaz. Para él, la razón carece de energía propia, lo que la obliga a recurrir a los intereses, pasiones y energías de los individuos particulares que incluyan los planes y los fines a los que dirigirse. Por tanto, la razón necesita de la voluntad, de los albedríos y pasiones de los individuos para poder realizar sus propios fines (Hegel, 1830).

Es así, como llega a otorgar a las pasiones la consideración de que son un legado divino; humores invisibles que dictan las reglas de conducta social e individual y que previenen de los efectos nocivos o benéficos de nuestros actos y pensamientos y explican la bondad de las causas. Y, como inspiración divina, utiliza las emociones como vehículo para comunicarse con el sujeto. Entendidas así, las emociones explican sin necesidad de polémica la divinidad y maldad de todas las cosas. Como escriben Casado y Colomo (2006), Hegel establece una distinción entre emoción, sentimiento y pasión, en la que el sentimiento constituye la forma o categoría universal y las emociones son calificadas como accidentes particulares y como contenido accidental, subjetivo, particular, expresiones que designan determinaciones provisionales o aparentes que encuentran su realidad solamente en la sustancia racional. "En cuanto a los sentimientos prácticos, pueden ser considerados como tales sólo los egoístas, ya que sólo ellos pertenecen a la individualidad que se mantiene contra la universalidad; el contenido de tales sentimientos, se determina sólo en antítesis al de los derechos y deberes" (Casado y Colomo, 2006:7). En definitiva, los sentimientos y las emociones, no dejan de ser manifestaciones de nuestro cuerpo.

Otorga también la consideración de pasión a toda la actividad guiada por intereses particulares, y hasta egoístas, y fines especiales, en los que se concentra toda la energía de la voluntad y el carácter y a los que se sacrifica todo lo demás; pero en la medida en que esas determinaciones de la voluntad no tienen un contenido meramente privado, sino que impulsan actos universales. De ahí que no hay porqué pensar que las

pasiones sean siempre ni necesariamente opuestas a la moral. Es verdad que en tanto que miran al interés propio podrían parecer egoístas y malas, pero que el interés sea particular no implica que se oponga al interés universal. Es más:

Lo universal debe realizarse mediante lo particular [...] Y si llamamos pasión al interés en el cual la individualidad entera se entrega –con olvido de todos los demás intereses múltiples que tenga y pueda tener– y se fija en el objeto con todas las fuerzas de su voluntad, y concentra en este fin todos sus apetitos y energías, debemos decir que *nada grande* se ha realizado en el mundo *sin pasión* (Hegel, 1807:83).

Arthur Schopenhauer (1780-1860)<sup>51</sup>, rechaza abiertamente los planteamientos filosóficos de Kant y Hegel desarrollando una concepción del mundo como *representación* en la que convergen lo subjetivo y lo objetivo, la realidad externa y la conciencia humana. El mundo, bajo esta idea de representación, sólo podrá estar formado por dos partes necesarias, a la vez que inseparables, como son el objeto, con sus formas y tiempo, por un lado, y el sujeto, por otro.

Considera que mientras exista el sujeto, el mundo existirá también como representación. Y esto no puede ser de otra forma, ya que al ser el único ser que percibe, consecuentemente, el mundo existirá mientras exista él. Ser sujeto es, pues, formar y tener representaciones: ser objeto es ser contenido de una representación. Concluye el autor, con la máxima de que “El mundo es mi representación. Esta es la verdad que vale para todo ser viviente y cognoscente, aunque solo el hombre puede llevarla a la conciencia reflexiva abstracta: y cuando lo hace realmente, surge en él la reflexión filosófica” (Schopenhauer, 1819:51). Viene a reflejar así la idea de que nadie conoce ningún sol ni ninguna tierra, sino solamente se tiene constancia de un ojo que ve el sol y

---

<sup>51</sup> Schopenhauer establece una estrecha relación, un vínculo, entre la voluntad y el sentimiento que lleva a los hombres a la acción. El amor representa el mejor ejemplo de ello, ya que considerara que su fundamento no es otro que el de favorecer la preservación de la especie. En definitiva, asume que las pasiones, en contra de lo que opinaba Kant, vienen a reflejar la astucia de la razón ya que, para él, “vivir significa querer, querer significa desear y el deseo implica la ausencia de lo que se desea, y por tanto deficiencia y dolor. Por ello, la vida es dolor y la voluntad de vida es el principio del dolor. De la satisfacción del deseo o de la necesidad, surge un nuevo deseo o necesidad o el fastidio de la satisfacción prolongada. En esta oscilación continua, el placer sólo representa un momento de tránsito, negativo e inestable, ya que es el simple cese del dolor” (Casado y Colomo, 2006:7). Unas ideas que refleja de forma magistral en su obra principal *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Trotta (2003) de la que el mismo Freud, aunque lo negara, se inspiró para formular su teoría psicoanalítica.

una mano que siente la tierra; por lo que el mundo no es más que una representación en relación con otro ser, el representante, que es él mismo. Ninguna verdad es, pues, más cierta, más independiente de todas las demás y menos necesitada de demostración que esta: que todo lo que existe para el conocimiento, o sea, todo este mundo, es solamente objeto en referencia a un sujeto, intuición de alguien que intuye; en una palabra, representación. En su obra referenciada, recuperó la idea kantiana de voluntad, con el propósito de reflejar la dicotomía entre sujeto-objeto como una forma de establecer la diferenciación entre fenómeno-cosa. Esta diferencia entre fenómeno y cosa le permite defender la concepción de la realidad como una mera representación del mundo que el sujeto se hace al objetivar su voluntad sobre las cosas.

Lo realmente importante y real es la representación que el ser humano se hace del mundo. En cambio, considera la voluntad como el fundamento y la esencia metafísica de la realidad, el fondo de la naturaleza fenomenal, la esencia íntima de todas las cosas. Establece así, la primacía de la voluntad sobre la razón.

Este concepto de voluntad, propicia un gran cambio en la Filosofía, ya que al reflejar la esencia de las cosas, y poseer, también, como características fundamentales su independencia e irracionalidad, condiciona al conocimiento y no a la inversa. El “principio de razón” cambia radicalmente bajo esta visión. Desde el momento en que la voluntad, como facultad del sujeto, ya no actúa bajo los dictámenes de la luz de la razón, se vuelve irracional, depende de sí misma. Por tanto, considera que “lo consciente proviene de lo inconsciente, lo comprensible y significativo de los fenómenos de lo ignoto e incomprensible del fondo cósmico: todo se reconoce como voluntad, como algo que siendo en sí no obedece al principio de razón” (Schopenhauer, 1819:110).

De esta manera, al proceder lo racional de lo irracional, y al ser lo irracional una facultad esencial de la voluntad, le permite rechazar la concepción del mundo como un producto de la razón, como una mera construcción de nuestra imaginación: el mundo, nuestro conocimiento cotidiano es sólo representación. Jacinto Chozza (1978) lo deja claro cuando afirma que para Schopenhauer el mundo es irracional en su esencia misma y en su principio, porque es el fruto de una voluntad ciega que lo ha creado y lo usa como instrumento para sus propios fines. Por tanto, es la voluntad la responsable de la

representación del mundo, de esclarecer la realidad y lo que sucede en ella. Una voluntad, considerada como el principio absoluto del que emana toda realidad en el mundo de la experiencia empírica. La voluntad no es otra cosa que “un ciego afán (*drang*), un impulso o pulsión carente por completo de fundamento y motivos” (Schopenhauer, 1819:178). En otras palabras:

bajo tales aspectos, entonces, resulta evidente que yo, con razón, haya puesto a la voluntad de vivir como lo ulteriormente inexplicable, o más bien, como fundamento y base de toda explicación y que ésta —muy lejos de ser un palabrerío vacío como 'lo absoluto', 'lo infinito', 'la idea' y demás expresiones similares— sea lo más real” (*das allerrealste*) que conocemos; más aún: el núcleo de la realidad misma (*der kern der realität selbst*) (1819:178).

Bajo este pensamiento y en la medida en que la voluntad se expresa en la vida anímica del hombre bajo la forma de un continuo deseo siempre insatisfecho, toda la vida será sufrimiento. De esta forma, el dolor, por ejemplo, como emoción surge de una acción contraria a la voluntad, y, esa misma acción, resultará placentera si está en conformidad con la voluntad. Relaciona así el sufrimiento con el deseo, como la consecuencia de una carencia que necesita ser satisfecha. Mientras que eso no ocurra, es sufrimiento. A pesar de ello, mantiene que “ninguna satisfacción dura, ella es sólo el punto de partida de un nuevo deseo. Vemos al deseo trabado en toda parte, en toda parte en lucha, por tanto siempre en estado de sufrimiento: no existe un fin último para el esfuerzo, por lo tanto no existe medida, término para el sufrimiento” (Schopenhauer, 1819:325).

Describe el sufrimiento como “sólo una voluntad que no está satisfecha y que está contrariada: incluso el dolor físico que acompaña la desorganización o la destrucción del cuerpo no tiene otro principio, lo que lo torna posible es que el cuerpo es la propia voluntad en el estado de objeto” (Schopenhauer, 1819:381).

Como señala Pifarré (1993) la voluntad es en Schopenhauer la raíz metafísica del mundo y de la conducta humana, la fuente de los sufrimientos y de la voluntad de vivir. Las expresiones de la voluntad están ligadas a la voluntad de vivir, que presenta diferencias en cada individuo. La persona que sufre, que siente el dolor físico, percibe esa situación como un mal que puede (en el sentido metafísico) comprenderlo como un

bien, como una bienaventuranza, que posibilita la remisión, la salvación, en sentido cristiano del término.

De todos sus planteamientos, se deduce que tanto la pena, como la tristeza y el movimiento del pensamiento serán las que consuman al hombre y no la fatiga física. Y esto porque consumen, desgasta y enflaquecen el cuerpo. De esta manera, llega Schopenhauer a entender la vida como sufrimiento que se vive y se soporta gracias a que existe la voluntad.

Para Schopenhauer, la esencia de la vida, la voluntad, la propia existencia es un dolor constante tan lamentable como terrible. El dolor, en cambio, es el aguijón que impulsa al hombre hacia adelante, en el camino del progreso. De esta forma, será la voluntad, gracias al poder que tiene de gobernar la acción mental en toda su dimensión y en todos sus ámbitos, la responsable de la armonía del espíritu al poder dirigir dichas acciones en una u otra dirección. En virtud de esa potestad, la voluntad puede afirmarse, originando con ello este mundo presidido por el dolor y el sufrimiento, o bien puede negarse, abriendo la posibilidad de la vía ética que propone Schopenhauer. A través de ella se establecen las elecciones y las decisiones y se asumen los compromisos<sup>52</sup>. Un dominio de la voluntad que no necesita causa ni finalidad, ya que, como facultad del sujeto no actúa bajo los dictámenes de la luz de la razón, sino que ésta depende de la ciega voluntad.

No obstante, y a pesar de ello, es gracias a la razón como se puede transformar el conocimiento intuitivo en conocimiento abstracto en términos de conceptos. Una transformación en la que el lenguaje va a ocupar un papel decisivo, sobre todo para la construcción del conocimiento abstracto. Este saber, exclusivamente humano, se encuentra con el sentimiento como un elemento opuesto que surge cuando no se produce. Es decir,

El concepto designado por la palabra *sentimiento* tiene un contenido meramente *negativo*, en concreto, éste: que algo presente a la conciencia *no es un concepto, un conocimiento abstracto de la razón*: sea lo que sea aparte de eso, cae bajo el

---

<sup>52</sup> La concepción de voluntad que plantea Schopenhauer en su obra *El mundo como voluntad y representación* (2009), puede considerarse como la fuente en donde Sigmund Freud encontró las ideas para construir su teoría psicoanalítica.

concepto de *sentimiento*, cuya esfera desmesuradamente amplia abarca así las cosas más heterogéneas, sin que comprendamos nunca cómo coinciden hasta que no nos damos cuenta de que solo concuerdan en ese respecto negativo de *no ser conceptos abstractos* (Schopenhauer, 1819:103).

Por tanto el sentimiento es la clave de todo saber menos el abstracto. Una noción de sentimiento en el que se incluyen desde las sensaciones más simples a las más sofisticadas; desde el placer, el tacto, el dolor, el sentido del color, etc., a intuiciones, pasiones y sentimientos en sentido estricto como el odio, el amor, etc. Eso sí, con la peculiaridad de que no suponen conocimiento de nada más allá de la indubitable realidad de que un sujeto se encuentra en un momento dado, en un determinado estado de ánimo. Por tanto, cualquier sentimiento en este sentido no es más que un juicio formado inconscientemente, y puede ser indicio de una verdad o no serlo. Se trata pues de una visión que apoya, en cierta medida, le defendida en este trabajo.

En definitiva, y según Choza (1978), para Schopenhauer la razón queda reducida a una simple función instrumental y secundaria en su relación con el mundo sensible ya que, al proceder de la voluntad, es ciega: “La visión racionalista de la naturaleza humana que tiene Hegel, le parece a Schopenhauer no solamente absurda sino nefanda. El mundo no es un producto de la razón. Es irracional en su esencia misma y su principio, porque es el fruto de una voluntad ciega que lo ha creado y lo usa como instrumento para sus propios fines” (Choza, 1978:35).

### **3.8. Friedrich Wilhelm Nietzsche**

Nietzsche (1844-1900)<sup>53</sup>, se centra en la voluntad como dinamizadora de la conducta, aunque en su caso concretamente en la “voluntad de poder”. La voluntad de

---

<sup>53</sup> Para el análisis de la obra de Nietzsche, se ha utilizado su obra *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa a martillazos* (1888) al reflejar, mejor que las demás, cómo el hombre crea su propia realidad, incluidas las emociones, los sentimientos e intereses. En ella, mantiene que si los valores existiesen en un Mundo Verdadero y Objetivo deberíamos pensar en su universalidad, como no es así, afirma que no se le puede otorgar dicha existencia objetiva. En contra, los valores y las creencias se crean y cambian a lo largo del tiempo y en cada cultura. Un pensamiento que se deriva de su concepción del hombre como un

poder es entendida, no sólo como algo dirigido a los demás, sino también sobre uno mismo. Esto le lleva a su concepción del superhombre, como un ser autónomo, capaz de controlarse a sí mismo. Pretende con su Filosofía destruir tanto el Racionalismo kantiano como el Fundamentalismo religioso, concretamente el planteado por Lutero. Su propuesta está orientada a conseguir ese hombre libre a partir de la crítica de los valores de su tiempo. Por tanto, bajo esta idea, es lógico que piense que “todas las pasiones tienen una época en la que resultan sencillamente nefastas, en la que subyugan a sus víctimas con el peso de su estupidez; y una época posterior, mucho más tarde que la otra, en la que se desposan con el espíritu, en la que se espiritualizan” (Nietzsche, 1888:1).

En su argumentación, resulta interesante ver cómo se remonta hasta la Filosofía Griega para analizar, críticamente, el tema de las pasiones. Según él, el problema empezó cuando Sócrates introdujo el concepto de bueno y de malo, lo que trajo consigo el actuar conforme al logos, a la razón. La consecuencia no podía ser otra que la supresión de la pasiones al considerarlas perversas y negativas para la razón, y su comprensión como una mera deformación del hombre quien no debería dejarse gobernar por otra cosa que no fuera su razón. Al mezclarse esta idea con posiciones teológicas como el cristianismo y el judaísmo, se refuerza aún más la idea de su supresión al ir contra la santidad y la continencia, valores centrales de estas formas de pensamiento. Esto es a lo que el propio Nietzsche denomina la “moral del esclavo”, centrada en el resentimiento y el odio a sí mismo, y el miedo que éste produce en el ser humano. Es por ello que mantiene que el superhombre debe vencer la razón y las promesas futuras que ofrece la religión, para afirmar la vida con todo lo que ella conlleva, incluso el sufrimiento y el dolor que implica la existencia humana.

El filósofo alemán defiende que el hombre verdaderamente bueno, es aquel que fija sus propios valores, aquel que decide sobre sí mismo y para sí, aquel que expresa su vitalidad a través de su ser personal, a través de la originalidad de su ser. La nobleza es no esconder nada, incluyendo la pasión y la voluntad.

---

sujeto “disgregado” en multitud de pasiones, heterogéneas y no unificables. Una concepción de la naturaleza humana que lleva a considerar que la razón está sometida a instancias más básicas, como los instintos o las emociones, ya que éstas afectan al alma y le ponen en contacto con el mundo exterior.

De esta manera, y bajo su creencia de que todo es un producto de la interpretación del ser humano tanto de la realidad exterior como de la interior, las pasiones terminan teniendo un valor positivo para el ser humano. Además, si como dice Nietzsche, el superhombre debe ser capaz de controlar y construir su propio sistema de valores, las pasiones se convierten en el origen de donde emergerán dichos valores:

En otro tiempo tenías pasiones y las llamabas malvadas. Pero ahora no tienes más que tus virtudes: han surgido de tus pasiones. Pusiste tu meta suprema en el corazón de aquellas pasiones: entonces se convirtieron en tus virtudes y alegrías. Y aunque fueses de la estirpe de los coléricos o de la de los lujuriosos, o de los fanáticos de su fe o de los vengativos: Al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles. En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras (Nietzsche, 1888:20).

En definitiva, con su pensamiento, Nietzsche intenta ofrecer una visión de la moral en la que emociones como el egoísmo, actitudes como la dureza y las conductas violentas, por ejemplo, ocupan un papel destacado. Apoya su visión, en la creencia de que el cerebro es un órgano surgido evolutivamente para garantizar la supervivencia del ser humano, individualmente y como especie. De esta forma, con la inclusión también del instinto de conservación, que lleva al sujeto a buscar el placer y a huir del dolor, le permite defender que el hombre no es responsable de sus actos y criticar consecuentemente emociones, actitudes y conductas como la compasión, la justicia, la benevolencia.

Siguiendo la lógica anterior, defiende que todos los juicios respecto al valor de la vida son ilógicos y por tanto son injustos, ya que nadie es responsable de sus actos, ni de su ser. De forma que critica abiertamente la compasión, la benevolencia, la justicia, y la maldad de actos etiquetados como tales: las malas acciones son motivadas por el instinto de conservación o, más exactamente aún, por la aspiración al placer y el deseo de huir del dolor del individuo; ahora bien, al ser motivadas de este modo, no son malas. Reincide en la inocencia del egoísmo, la inmoralidad y la perversidad, legitimando todos los actos: “Si de una manera general admitimos que la legítima defensa es moral, hay que admitir también casi todas las manifestaciones del egoísmo



llamado inmoral; hacemos daño, robamos o matamos para conservarnos o para protegernos, para prevenir un infortunio personal” (Nietzsche, 1888:61).

### 3.9. La Filosofía de la existencia

Heidegger (1889-1976)<sup>54</sup>, va a dar un giro al racionalismo imperante y la reducción de los sentimientos y emociones a un papel negativo y secundario para la vida humana, para el pensamiento y la acción. Para ello, se centra en la existencia abriendo así un espacio en el que emociones y sentimientos tienen un papel central mientras la razón pierde su preponderancia. Matiza la idea de existencia a través de la ciencia, considerada un producto del hombre fruto de su naturaleza “arrojada” a su propio existir. Con el concepto de “arrojado al mundo” pretende expresar que el ser humano se siente arrojado a un mundo inhóspito, inseguro, en el que ni siquiera sus creencias, valores e ideales le aportan la seguridad necesaria.

Defiende así, un concepto de existencia con un significado restringido a los seres humanos, un modo de ser propio del ser humano. Así, considera que solo el ser humano existe propiamente, puesto que hombre y existencia se identifican, al llevar a percatarse del sí mismo como un ente que “es y tiene que ser” (Heidegger, 1927). Por tanto, la existencia del hombre no es anterior a su esencia porque su esencia consiste en la misma existencia. Esta identificación de la esencia del ser con su existencia tiene también como consecuencia, por un lado la consideración de que las cosas son pero no existen en un sentido estricto y por otra parte, que la existencia del hombre puede ser inauténtica si renuncia a su libertad. Por todo ello, la existencia se configura como la única posibilidad de comprender el verdadero significado de su transcendencia de un hombre

---

<sup>54</sup> Heidegger otorga a las emociones, especialmente a la angustia y al amor, la capacidad de abrir al sujeto al mundo y a su comprensión. En su obra *Ser y Tiempo* (1927), aborda el estudio de esta capacidad que tienen las emociones, considerándola fruto de la propia existencia en el mundo y no como fenómenos que acompañan la voluntad y al conocimiento. Defiende así la existencia en el hombre de una disposición afectiva para mostrar cómo las afecciones revelan el mundo sin que intervenga ningún acto explícito de la reflexión.

libre, inmerso en el tiempo, que se proyecta hacia el futuro, en un estado continuo de preocupación, hasta su desenlace final que no es otro que la propia muerte.

No obstante, aclara el filósofo alemán, el existir supone estar en el mundo y relacionarse con las cosas y con otros seres existentes, no como un simple estar sino en dirigirse hacia ellas, como una forma de ser. Una actitud trascendente que lleva al ser humano a salir de su propia consciencia para dirigirse hacia el Mundo. El propio Heidegger en su análisis sobre el estar-en y el estar-ahí defiende: “el *estar-en* es diferente del *estar-ahí* dentro de una cosa que está-ahí *en* otra cosa que está-ahí; el estar-en no es una propiedad de un sujeto que está-ahí, causada o meramente condicionada por el estar-ahí de un *mundo*; el estar-en es un esencial modo de ser de este ente mismo” (Heidegger, 1927:135). Se trata de una visión de la existencia en la que la apertura hacia lo exterior es clave, propiciando, a su vez, que lo afectivo ocupe también un lugar protagonista dentro de su idea de ahí, al convertirse en una prueba de la propia existencia:

Todas las modalidades del miedo, como posibilidades del encontrar-se afectivo, muestran que el Dasein, en cuanto estar-en-el mundo, es “miedoso”. Esta “medrosidad” no debe ser entendida ópticamente como una predisposición fáctica “particular”, sino como una posibilidad existencial de la esencial disposición afectiva del Dasein en general, posibilidad que, sin embargo, no es la única (Heidegger, 1927:166).

Por tanto, y ante todo lo expuesto, hay que destacar que para los filósofos de la existencia, la realidad no sólo será descubierta por la razón, sino también por las emociones y los sentimientos básicos como la angustia ya que permiten experimentar mejor lo que es la existencia. Unas emociones que son esenciales en ese experimentar la existencia, del ser Ahí, del ser uno mismo, de encontrarse afectivamente dispuesto y del que emerge en ocasiones la reflexión. Una idea que se recoge especialmente en la obra de Heidegger, *Ser y Tiempo* (1927) en la que defiende que la dimensión afectiva de la existencia, denominada por él disposición afectiva, se configura como una estructura fundamental del ser del hombre que posee una importancia dentro de su vida humana tan alta o más que la del intelecto y la voluntad.

Kierkegaard (1813-1855)<sup>55</sup>, bajo una visión claramente existencialista y de acuerdo con algunas de las ideas de Heidegger, mantiene que la angustia no posee un objeto definido y nace justamente de las posibilidades sin garantías que ofrece la existencia, de ahí que la distinga del temor que sí lo tiene. La angustia, para el hombre común, es miedo improductivo que termina en desesperación, pero no como el temor de los seres vivos, ni como el miedo a la muerte, sino como el descubrimiento de “la nada”. El hombre se angustia cuando ve lo que hay y reconoce lo que del mismo modo podría no haber, y la nada en que todo se sostiene: “La angustia surge cuando el espíritu quiere poner la síntesis de todo y la libertad fija la vista en el abismo de su propia posibilidad y echa mano de la finitud para sostenerse” (Kierkegaard, 1844:13).

Muestra así cómo la angustia está vinculada a la verdadera constitución de la subjetividad, avisando del peligro de perder la propia identidad por el afán de absolutizar el “yo” y el “sí mismo”. Para él la angustia va más allá de un estado de ánimo simple para convertirse en una experiencia fundamental y decisiva en la vida del ser humano. En definitiva, la angustia es el sentimiento de la propia nada como una experiencia subjetiva, psicológica, no relacionada con los demás.

Para llevar a cabo este análisis y reforzar su argumentación distingue entre el pensador subjetivo y el pensador objetivo. El primero utiliza la fe para conocer lo infinito o eterno, que es capaz de conocer el ser, mientras que el segundo utiliza la razón para conocer lo finito o temporal, dedicándose a reconocer las esencias de lo limitado. El pensador subjetivo no se enfrenta a lo que ha pensado de manera indiferente y sin interés. Por eso, el signo de su pensamiento es la pasión: “A un pensador subjetivo pertenece junto con la pasión, la fantasía, el sentimiento y la dialéctica en la interioridad de la existencia, pero primero que nada y finalmente la pasión, pues es imposible reflexionar sobre la existencia, existiendo, sin caer en la pasión” (Kierkegaard, 1844:235).

---

<sup>55</sup> Kierkegaard, en su obra sobre *El concepto de la Angustia* (1844) recoge varias de las cuestiones esbozadas en sus obras anteriores para introducir las nociones de síntesis, temporalidad, libertad, pecado, etc. Se trata de conceptos, cuya idea central se sitúa en la angustia, como la emoción necesaria para tener conciencia de la propia existencia. Con todo, para él, la razón, centrada en el conocimiento objetivo, y considerada tradicionalmente como verdad, es irrelevante para el individuo porque no afecta las vivencias individuales, subjetivas.

Establece así que si hay un pensador objetivo y un pensador subjetivo, entonces hay ámbitos de la verdad que deben ser pensados objetivamente, como el ámbito del que se encarga la razón, que es el de los objetos y las ideas de los objetos; y ámbitos de la verdad que deben ser pensados subjetivamente, como el de lo eterno y lo infinito del que se encarga la fe. Por tanto, bajo este esquema, la razón, basada en el conocimiento objetivo y considerada tradicionalmente como verdad, es irrelevante para el individuo porque no afecta las vivencias individuales, subjetivas. Un acto distinto a la aceptación de proposiciones objetivas es una transformación interior que afecta a la persona; es un acto que necesita de la fe.

### **3.10. La Fenomenología**

En un contexto en el que la Psicología busca formular teorías sobre las emociones, centradas especialmente en aspectos corporales, Franz Clemens Brentano (1838-1917), filósofo y psicólogo alemán publicó una obra titulada *Psicología desde el punto de vista empírico* (1874). Un libro que, a pesar de su título, ofrece una visión de lo empírico diferente a la ofrecida por Wundt al alejarse de lo experimental y centrarse más en los datos inmediatos de la experiencia antes de cualquier formulación teórica (Vendrell Ferranz, 2012)

Brentano defiende, en el trabajo señalado, la existencia de dos tipos muy distintos de Psicología: la Psicología Genética y la Psicología Descriptiva (o también Psicognosia, o Fenomenología descriptiva). Entiende por “Psicología Genética” la que se fundamenta en lo fisiológico y busca establecer leyes que, desde esa dimensión, expliquen lo psíquico. La “Psicología Descriptiva”, por su parte, se centra más en el análisis de los procesos psíquicos como una ciencia pura, independiente de los conocimientos naturales, y exacta. Esta diferenciación le permite defender que toda vivencia psíquica implica, a la vez, al objeto psíquico y al fenómeno psíquico mismo y distinguir, en la Psicología Empírica, entre la percepción interna y la observación interna de los fenómenos psíquicos. Como el propio autor indica, mi “punto de vista en

la Psicología es el empírico, la experiencia sola me sirve como maestra: pero comparto con otros la convicción de que una cierta intuición ideal es compatible con tal punto de vista” (Brentano, 1874:103). De esta manera, defiende un modelo de la Psique, en el que la consciencia posee una estructura intencional formada por actos que se dirigen intencionalmente a los objetos. Asume la creencia de que todos los fenómenos mentales tienen objetos, luego todos los fenómenos mentales son intencionales.

En su modelo, distingue entre fenómenos psíquicos y físicos, en los que localiza ciertos aspectos de la condición humana. En los primeros incluye los deseos, los sentimientos, las representaciones y los juicios y, en los segundos, todos los procesos propios de la percepción. Una diferencia esencial entre ambos tipos de fenómenos físicos y psíquicos es la propiedad espacial de los físicos frente a las propiedades exclusivas de los psíquicos: su naturaleza representacional, la carencia de determinación espacial, la referencia a algo (su carácter intencional), su referencia a objetos propios de la llamada percepción interna y, por último, que poseen una existencia real. Esto lleva a Brentano a dividir los fenómenos psíquicos en tres grandes clases: la de las representaciones, la de los juicios y la que comprende a los sentimientos o emociones de amor y de odio. Este entramado de elementos adquiere sentido a partir de la intencionalidad, un rasgo esencial de la Psicología humana, ya que define su propia estructura mental. Así, reúne los apetitos y los sentimientos en una misma clase, aceptando en todos ellos un mismo modo genérico de referirse a sus objetos;

(...) se entiende comúnmente por *emociones* sólo los afectos que están ligados a una excitación física notable. La cólera, el miedo, el apetito violento, serán por todo el mundo denominados emociones; más dentro de la generalidad con que nosotros usamos la palabra, debe aplicarse del mismo modo a todo deseo, toda resolución y todo propósito (Brentano, 1874:149).

Frecuentemente se ha insistido en la distinción radical entre los sentimientos y los deseos, por un lado, y las voliciones por otro, concibiendo para ellos esferas psíquicas completamente separadas.

En opinión de Brentano (1874), esas diferencias se dan ciertamente, pero son secundarias respecto a la intención fundamental de inclinarse a favor o en contra de algo. Para él, la eficacia de la volición se funda en la convicción (un juicio subyacente)

de la posibilidad de hacer realidad aquello que se desea. No obstante, aunque esta idea relaciona la volición con la libertad, ésta no es algo exclusivo de las voliciones, ya que también hay sentimientos vividos y sancionados libremente en nuestro interior. Un sentimiento no sancionado no es más que un deseo que nos asalta, mientras que un sentimiento sancionado o consentido es el que surge cuando hacemos nuestro, por así decirlo, ese deseo.

Generalmente, se ha definido la voluntad como apetito racional o intelectual, cuyo objeto le sería presentado conceptualmente por el entendimiento, en contraposición a los fenómenos del apetito dirigidos a objetos sensibles presentados por los sentidos. Esta es una distinción capital para la calificación moral de los actos, pero secundaria para el tema de las emociones. Brentano, reconoce dos géneros de fenómenos emocionales que denomina, respectivamente “emociones noéticas” y “emociones sensibles”. Se trata de distintos tipos de emociones en razón de la diferente naturaleza de su objeto según la mayor o menor universalidad de la representación. Una diferencia que claramente no atañe al modo de referencia del mismo, ya que en ambos casos es radicalmente el mismo (ese estar a favor o en contra de algo), y por eso pertenecen los dos a la misma clase fundamental de fenómenos de amor u odio. De esta manera, establece una jerarquía cognoscitiva entre las diferentes formas de representación, condicionando el conocimiento al nivel jerárquico en el que se sitúen los hombres y las corrientes de pensamiento. Así, ciertos hombres, con mayor capacidad de conocimiento, abiertos al conocimiento, estarán en los niveles superiores, mientras que aquellos con menos conocimiento o con menos capacidad o voluntad se situarán en los inferiores.

Bajo estas ideas, Brentano defiende la existencia de un paralelismo entre la clase de los juicios y la de las emociones. En ambos casos se trata de una toma de posición o de adoptar una postura ante algo, a diferencia de las representaciones, que se limitan a traer de modo neutro a la consciencia *ese algo*. En los juicios o se afirma o se niega; en las emociones o se ama o se odia. Pero hay otra semejanza, fundada en ésta, que es sin embargo de naturaleza muy distinta y capital para la investigación filosófica. Se trata de que en ambos géneros de tomas de postura, tanto en las teóricas como en las prácticas, hay unas que son inferiores o *ciegas* y otras que son superiores; es decir, unas arbitrarias

y otras o correctas o incorrectas. Sólo se podrá levantar un sólido edificio del saber si se funda en las vivencias psíquicas.

Esta idea constituye una aportación importantísima para este trabajo, ya que defiende que en la esfera de las emociones o sentimientos se dan procesos paralelos a los que se producen en los juicios. Para Brentano, y ahí está la coincidencia con el tema, las emociones son actos intencionales basados en fenómenos intelectuales y dirigidos a valores. “Nuestros agrados y desagradados son a veces, como los juicios ciegos, propensiones instintivas o habituales” (Brentano, 1889:26-27), ya que, al igual que los juicios, las emociones también poseen unas “condiciones de verdad”. Esto es, en la misma medida que un juicio puede ser correcto o incorrecto en función de si afirma un contenido verdadero y rechaza un contenido falso o si acepta un contenido falso y rechaza un contenido verdadero, también existe la misma posibilidad para las emociones según éstas se adecuen o no a su contenido. De ello, Brentano deduce que las emociones correctas no poseen la modalidad asertórica, sino únicamente la apodíctica, ya que la percepción interna de un sentimiento que vivimos es un juicio correcto, pero el sentimiento mismo no es correcto por el mero hecho de vivirlo. Todas las emociones correctas lo son porque reconocemos su objeto mismo como digno de amor (o de odio) por su esencia, es decir, advirtiendo que cualquier sujeto que lo considere debe tener un sentimiento del mismo tipo. Todavía con otras palabras y a la luz de la comparación con la esfera del juicio: todas las emociones correctas se comportan como los axiomas en la esfera del juicio. Y esto significa que las emociones correctas se fundan, en cuanto correctas, en la esencia general de su objeto; en sentido análogo al de los juicios, son emociones aprióricas (Sánchez-Migallón, 2009)

Su visión busca conjugar el mundo emocional con el mundo cognitivo y como no, hacer que emoción y razón dejaran de ser dos facultades opuestas para ser entendidas como dos fenómenos interrelacionados de un modo fundamental (Vendrell Ferran, 2011). Además, la inclusión de su noción de intencionalidad en el estudio de las emociones, a partir de la relación entre los juicios y los valores, constituye una de las notas de mayor originalidad de Brentano. Revitaliza la tradicional idea de que las emociones se basan en y, dependen de, actos cognitivos ya que se basan en actos de orden intelectual.

En definitiva, Brentano ofrece una visión original de las emociones, en la que lo cognitivo tiene un peso importante. Se pueden encontrar sus ideas en autores anteriores a él, en estoicos como Séneca, en Descartes, en Spinoza y en Hume, entre otros. No obstante, a pesar de ello, no se le puede quitar el mérito de haber sido el primero en formalizarla e integrarla como parte esencial de la psique. Así mismo, se debe aceptar el peso que tuvo su propuesta en teorías contemporáneas como las defendidas por Aaron Ben-ze'ev (2000), Joel Marks (1982), Marta Naussbaum (2012), Harvey Green (1992) y Robert Solomon (1993), sin olvidar tampoco a sus discípulos, Meinong (1904), Scheler (1938).

Un discípulo de Brentano y condiscípulo de Husserl, Alexius Meinong (1853-1921)<sup>56</sup>, desarrolla un pensamiento filosófico que definió como una *teoría del objeto* en cuanto tal, o del *objeto puro* que fue relevante para la Psicología de las Emociones.

Meinong (1904)<sup>57</sup>, mantiene que *el objeto* en cuanto tal es indiferente a las características de la existencia, lo considera como el punto de referencia necesario a todas nuestras actividades. Su propuesta asume la existencia de objetos reales y ficcionales, llegando incluso a proponer que se pueden reconocer verdades y falsedades en ambos tipos de objetos.

Su propuesta se sustenta en la creencia de que es imposible definir el objeto; sólo podemos indicar el tipo de proceso psíquico que nos pone en relación con él: las representaciones, los pensamientos, los sentimientos y los deseos. Introduce así la idea de valor como concepto clave en su teoría para entender las emociones, ya que ambos conceptos coinciden. Para él, el valor se encuentra en la posibilidad que el objeto tiene de ser valioso para un sujeto, en el caso de que las circunstancias sean favorables y el sujeto se encuentre en un estado anímico e intelectual no anómalo (Meinong, 1904)

---

<sup>56</sup> Alexius Meinong (1853-1920) fue profesor de filosofía en Graz (Austria) entre 1889-1920. Se hizo famoso en la Filosofía por su teoría de los objetos y en la Psicología por su influencia en la fundación de la primera Psicología Experimental. Sus estudios tuvieron una gran influencia en el psicólogo de la Gestalt Christian von Ehrenfels y Fritz Heider, fundador de la teoría de la atribución. Heider (1983) se refiere a Meinong como uno de los maestros que más influyeron en él. Una excelente biografía de Meinong fue escrita por Dölling (2001).

<sup>57</sup> En su obra *Teoría del objeto y Presentación personal* (1904), desarrolló la idea de Brentano sobre lo "inexistente". Una idea que pretende demostrar que todo lo que podemos concebir mentalmente (pensamientos, deseos, creencias, etc.) posee cierto grado de realidad.



Paralelamente a la teoría del objeto desarrolló la teoría del modo de captar el objeto, en la cual distingue dos procesos psíquicos (*Erlebnisse*): un *Vorerlebnis*, en que el objeto se presenta, y un *Haupterlebnis*, en que se opina sobre el objeto (1904). También definió las experiencias emotivas, distinguiéndolas en pasivas, sentimientos de representación o de pensamiento, y activas, deseos referentes a la ciencia, a los valores, a la belleza y al placer. Su propósito es vincular su teoría de los valores con las emociones. Este vínculo entre valores y emociones seguirá a lo largo de toda su obra aunque sea entendido de modo diferente en cada etapa de su pensamiento.

Las emociones son objeto-dirigidas. Establece la necesidad de incluir un objeto al que se dirigen las emociones, ya que entiende que éstas están “objeto-dirigidas”: si uno es feliz, es feliz por algo, si uno tiene miedo, uno siempre tiene miedo de algo. Lógicamente, al aceptar esta direccionalidad y el papel del objeto en las emociones, éstas deben tener también (o se les debe atribuir) un contenido, ya que presuponen una representación. Así, entiende que las emociones preceden a los deseos y los motivan, poseen una función “cognitiva” ya que son las encargadas de presentar los valores. Las emociones nos transmiten información sobre el mundo. Ellas son las responsables de que el mundo no se presente de modo neutral, sino como un horizonte con cualidades a partir de las cuales nos podemos orientar (Vendrell Ferran, 2011). Es decir, el sentir antecede al desear ya que las emociones, al ser subjetivas, necesitan de percepciones y juicios para poder cumplir con la función de captar los valores. Entendidas a partir de la formulación de un juicio, con un carácter cognitivo, se caracterizarán y distinguirán de los deseos por dos rasgos principales:

1. tienen proposiciones, o estados de cosas, como objetos;
2. presuponen, para su existencia, creencias o juicios acerca de sus objetos.

Por tanto, el placer y el displacer de un estado de cosas son las dos formas básicas de las emociones basadas en el juicio y las otras emociones, subtipos o variantes de estas emociones básicas. No obstante, poseen como característica común los sentimientos de placer o displacer que produce el objeto según la creencia o el deseo que se tiene sobre el mismo. Por tanto, las diferencias entre las emociones basadas en el

juicio y los deseos se deben principalmente a las diferencias en sus condiciones cognitivas que se encuentran en los valores.

En definitiva, al asumir que las emociones preceden a los deseos y los motivan, por su función cognitiva, va a ser la fuerza de la creencia sobre la seguridad de obtener o no un estado deseado la que permita distinguir, por ejemplo, entre la esperanza y el miedo o la alegría y la tristeza y la que dote de intencionalidad a la acción.

Por último, sobre Brentano y su discípulo Meinong, sólo cabe decir que fue gracias a la traducción de Ortega y Gasset (Revista de Occidente, 1926), cuando se dio a conocer su *Psicología* en nuestro país. Una obra que, según el filósofo español, ha influido más en la Psicología que el prestigio que ambos autores han recibido de ella. Para esta tesis, su aportación es muy decisiva ya que la inclusión de la intencionalidad y de las creencias en el estudio de las emociones y su orientación fenomenológica va muy en sintonía con lo que aquí se pretende mostrar. Y como no, su propia idea de lo que es la Psicología, “Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que [...] llamaríamos [...] la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto [...]. Todo fenómeno psíquico contiene algo en si como su objeto” (Brentano, 1874:27-28).

Edmund Husserl (1859-1938)<sup>58</sup>, fue el más importante y original alumno de Brentano y, quizás, la figura más destacada de esta corriente. Su influencia se extiende hasta pensadores como Scheler, Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty.

Husserl es el fundador de la denominada Fenomenología Trascendental, un proyecto renovador de la Filosofía centrado en el estudio de los componentes básicos de los significados que hacen posible la intencionalidad. Él mismo define su pensamiento cómo fenomenológico al centrarse en el estudio de las estructuras de la consciencia que capacitan para el conocimiento de los objetos externos. Considera que sólo se puede obtener conocimiento a partir de un proceso de reflexión sobre la propia consciencia de

---

<sup>58</sup> Husserl, a nuestro juicio, fue el primero en abordar el estudio de las emociones y las esencias desde la Fenomenología. Aunque se centró en ambas cosas, las emociones y las esencias, fueron las primeras las que centraron en mayor medida su atención, introduciendo las segundas para explicar ciertas estructuras conscientes particulares. Así lo deja claro en sus obras *Investigaciones Lógicas* (1901) y en la de *Ideas Relativas a una Fenomenología Pura y una Filosofía Fenomenológica* (1913) con la introducción del concepto de “reflexión fenomenológica”, que le permite explicar el interés que despierta en el sujeto los objetos externos. Un interés que va a dirigir la mente y la conducta del sujeto hacia ellos, otorgándole, a su vez la intencionalidad al comportamiento.

la experiencia de vivir, que califica como de reducción fenomenológica. A partir de la consciencia de la experiencia de la vida se puede descubrir, gracias a la intencionalidad, el sentido del mundo, las esencias y sentidos trascendentales. De esta forma, sugiere, que el proceso de reflexión, o reducción fenomenológica, parte primeramente de los propios actos (recordar, desear, percibir, etc.) hasta llegar a otorgarle un contenido (significados) que permita a tales actos dirigirse intencionalmente hacia objetos bajo una apariencia concreta.

Husserl, pretendía con la Fenomenología crear una ciencia nueva cuyo objetivo se centraba en el estudio de la consciencia pura y de sus fenómenos. Bajo este propósito, y con el fin de conocer la esencia de las cosas, consideró clave remontarse al origen de su significación en la consciencia y a la descripción de su origen.

Para explicar cómo se llega a los conceptos universales se apoya en las Matemáticas y define el concepto de “enlace colectivo” a partir de contenidos individuales. Una idea de enlace colectivo que le permite considerar el contenido individual como algo irrelevante, que se debe sustituir por los enlaces que existen entre ellos como actos del pensamiento. De forma que, al aplicarse dichos enlaces a la Lógica y a la Psicología, permite que las leyes de ambas ciencias se conviertan automáticamente en leyes psicológicas. Una forma de entender la ciencia, que toma de su maestro Frank Brentano, calificada de “psicologismo” por Frege.

Al enunciar las leyes psicológicas relaciones causales de hechos, fruto de la generalización inductiva de datos de la experiencia, y las leyes lógicas, relaciones que valen en todas las condiciones fácticas, permiten distinguir entre lo real y lo ideal. Una distinción en la que lo ideal es atemporal mientras que lo real es temporal (físico o psíquico), que permite rechazar la creencia de la existencia de un mundo frente al sujeto, ajeno a su consciencia. Por lo que, afirma Husserl, para clarificar y fundamentar el conocimiento se debe partir de la desconexión (epoché) de la creencia mediante el rechazo de la existencia de “un mundo ahí delante”. Accede así a la subjetividad como la principal condición para aceptar y asumir la aparición o manifestación de las cosas. Se trata, como se dijo anteriormente, de una reducción fenomenológica cuyo objetivo se centra en permitir que las estructuras esenciales a priori (eide) de nuestra consciencia y de sus contenidos intencionales se manifiesten en vivencias de carácter intencional.

Bajo este punto de vista de Husserl, la intencionalidad de dichas vivencias no depende de la existencia de sus objetos, sino que se trata de un rasgo intrínseco de aquellas. En definitiva, las vivencias intencionales están dirigidas a sus objetos, sean reales o no, directamente, sin la mediación de representaciones mentales algunas. Como escribe el propio Husserl:

Si me represento a Dios o a un ángel, a un ser inteligible, o una cosa física, o un rectángulo redondo, etc., esto aquí nombrado y trascendente es lo mentado, o con otras palabras, el objeto intencional; siendo indiferente que este objeto exista, o sea fingido, o absurdo. El objeto es 'meramente intencional', no significa naturalmente que existe, pero sólo en la intentio y por ende, como parte integrante real de ésta, ni que exista en ella ni una sombra de él. Significa que existe la intención, el mentar un objeto de estas cualidades; pero no el objeto. Si existe el objeto intencional, no existe meramente la intención, el mentar, sino también lo mentado (Husserl, 1901:136).

Apoyándose en esta idea de la intencionalidad, la significación y la percepción, distingue también entre nóesis y nóema. El primero, la nóesis, hace referencia al acto psíquico individual de pensar y el nóema al contenido objetivo del pensamiento; esto es, la nóesis refleja la intelección (el acto de pensar), las ideas, las nociones, el contenido de lo pensado o el objeto formal, mientras que el nóema hace referencia al significado de lo pensado. De esta manera, si la nóesis significa intelección y el nóema el objeto intencional de esta intelección, se podría decir que su correlación constituye un proceso epistemológico, en tanto concierne al principio de la construcción del conocimiento específico o posicional, entre consciencia y mundo. Rechaza la idea de una consciencia que no está dirigida constitutivamente al mundo, como tampoco un mundo que no lo sea ante una consciencia.

Aún más, si el sujeto tiene acceso al mundo como "objeto intencional", es posible considerar que el mundo, como objeto dado, es capaz también de motivar al sujeto y provocar vivencias que pueden ser consideradas como vivencias motivadas. Unas vivencias motivadas que pueden describirse como una "respuesta" del sujeto ante un determinado suceso. Luego la noción de motivo se establece como el complemento necesario del objeto intencional: el motivo es el objeto, pero en tanto que motiva, el objeto se convierte en motivo. Husserl lo expresa así: "un objeto [...] entra en una referencia al sujeto que es 'intencional' en un nuevo sentido: el sujeto se comporta

(*verhält sich*) hacia el objeto y el objeto estimula, motiva (*reizt, motiviert*), al sujeto” (Husserl, 1913:266). De esta manera, introduce Husserl la motivación como la pieza clave para entender el ámbito personalista propio de la Fenomenología.

Respecto a la motivación, Husserl distingue dos grandes tipos, uno racional y otro prerracional. Considera como motivación racional la que resulta tras buscar dar una respuesta, ante una situación dada, mediante un proceso racional. Se trata de un “comportarse” (*Verhalten*) del sujeto, término que incluye lo activo y pasivo, o de una “toma de posición” (*Stellungnahme*). Esta forma de motivación racional se aplica en los tres niveles de consciencia: teórico, afectivo y tendencial. En el nivel teórico, se encuentran las inferencias correctas partiendo de ciertas premisas. En los ámbitos afectivo y volitivo, en cambio, el motivo parte de un valor, como puede ser la muerte de un ser querido o un ataque que provoca ira, por ejemplo. Bajo esta visión, las emociones son consideradas decisivas para entender la vida moral y, al igual que sucede con la motivación racional teórica, no se incluyen sólo las emociones correctas, sino también las que no la obedecen.

La motivación prerracional, por su parte, la considera como una motivación asociativa pasiva y basada en las leyes de la “asociación” de semejanza y contigüidad, por lo que la razón no participa en ella. Distingue también dos niveles en esta motivación prerracional: la “protosensibilidad”, que es un “protohaber”, y la “sensibilidad secundaria”, que sería un “segundo haber”. No obstante, en este segundo haber, y a pesar de ser prerracional, si se encuentra cierta participación de la razón, no así en la protosensibilidad, ya que surge a partir de una producción de ésta.

Ambos niveles prerracionales ayudan en la formación del yo, puesto que éste siempre necesita de un primer haber, que es la protosensibilidad y un segundo haber que es la posesión intencional de la reproducción (reproducción originaria como recuerdo) y de la transformación en la fantasía que tiene lugar en la reproducción.

En definitiva, Husserl ofrece una concepción de la emoción que le sirve para introducir las vivencias, tanto las que son “sedimentos” de actos de razón como aquéllas que se presentan como unidades aperceptivas sin estar realmente formadas por la acción racional, en la construcción del conocimiento. En definitiva, sitúa la sensibilidad

secundaria como mediadora entre lo prerracional y lo racional, localizando la sensibilidad, lo prerracional como el “fondo” o el “subsuelo” (Untergrund) de lo racional, del espíritu (Fernández Beites, 2013). Una idea que se ajusta a la planteada en este trabajo al incluir las emociones dentro de los estados no intencionales y de los estados de intencionalidad primaria y secundaria:

#### Vivencias de partida

A. Estados sentimentales (*sin intencionalidad estricta o primaria*). Por no ser de respuesta han de ser absolutamente no intencionales:

1. Base no intencional del percibir afectivo. Estado sentimental que es parte de un acto intencional.

2. Sentimientos no intencionales (sentimientos completos).

2.1. Sentimientos sensibles no intencionales (displacer-placer-sensibles).

B. Percibir afectivo. *Intencionalidad estricta o primaria*. Siempre apunta a valores.

C. Amar. Intencionalidad estricta o primaria. Abre el ámbito de los valores.

#### Vivencias de respuesta

A. Estados sentimentales de respuesta (*sin intencionalidad estricta o primaria*). Por ser de respuesta pueden tener intencionalidad secundaria.

1. Respuestas afectivas (“reacciones de respuesta emocionales”). *Intencionalidad secundaria* correcta (objeto secundario; objetomotivo).

Comprensión racional correcta.

2. Meras emociones (“emociones” [Affekte]).

2.1. Con *intencionalidad secundaria* incorrecta (objeto secundario “sustituto”).

Comprensión racional incorrecta. En su génesis puede intervenir la comprensión prerracional.

2.2. Absolutamente no intencionales (emociones-límite). Sin intencionalidad secundaria.

Comprensión prerracional (asociación) o carentes de comprensión<sup>59</sup>.

Los primeros seguidores de Husserl, como el filósofo alemán Max Scheler (1874-1928)<sup>60</sup>, defendieron que el objetivo fundamental de la Fenomenología es estudiar las esencias de las cosas y la de las emociones. Y aunque nunca renunció a su interés por las esencias, si elaboro una teoría de las emociones destacando la importancia espiritual, por su naturaleza demostrativa, a pesar de carecer de lógica.

Para Scheler, los objetos, además de poseer cualidades naturales (forma, tamaño, color, sonido, peso, etc.), poseen también cualidades de “valor”. Unas cualidades que, aún sin ser naturales como las mencionadas, provocan en el sujeto una respuesta afectiva y sentimental hacia los objetos haciéndolos atractivos, repulsivos, agradables, desagradables, buenos, malos, etc. Se trata, en definitiva, de una concepción de la experiencia que tiene su origen en el objeto, en las cosas, ya que son ellas las que poseen los rasgos que le confiere la cualidad de valor.

Su posición parte de la creencia de que lo primero que se percibe de un objeto es su valor, lo que permite el desarrollo de una axiología gracias a la relación de sus cualidades con las condiciones necesarias para poder encarnarlo (por ejemplo, ser corporal para ser plásticamente bello, o ser libre para ser noble una acción). Por otra parte, asume también la existencia de valores que, como cualidades intrínsecas, le convienen y son necesarios para muchos objetos o seres, como la belleza a las obras artísticas.

Scheler, en su análisis de los valores, establece tres propiedades fundamentales: la polaridad, la materia y la altura. La polaridad viene a reflejar el valor positivo o negativo de las cosas y la materia la atracción o repulsión de las mismas. Finalmente, la

---

<sup>59</sup> Clasificación tomada del trabajo de Fernández Beites, P. (2013). Sobre la intencionalidad secundaria de las emociones, *Diánoia*, 70, pp.3-34.

<sup>60</sup> Scheler, seguidor de Heidegger y Husserl, se centra en el estudio de las emociones y la intencionalidad que éstas inducen a la conducta. En sus obras, *El puesto del hombre en el cosmos* (1938) y *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* (1954), introduce una visión de las emociones como capacidades que poseen su propia autonomía. Parte de la distinción entre estados emotivos y las funciones emotivas; esto es, diferencia entre las afecciones y las reacciones a dichos estados emocionales. Una diferenciación que le permite establecer la existencia de una relación simbólica entre los estados emocionales y sus objetos como mediadores de la experiencia y al pensamiento.

altura revela el mayor o menor rango de un valor respecto a otro, o en general en el panorama axiológico. Se trata de propiedades que le permiten organizar los valores en clases según su materia: los hedónicos, los vitales, los espirituales (que comprenden los estéticos, los intelectuales y los de lo justo) y los valores de lo santo. Establece unas relaciones aprióricas que consisten en una jerarquía entre los sistemas de cualidades de los valores materiales, que designamos como modalidades de valor. “Constituyen el auténtico *a priori* material para nuestra intuición de valores de preferencia” (Scheler, 1913:173). Un orden del conjunto del reino de los valores que reside en su relación mutua en una estructura jerárquica, en virtud de la cual un valor se encuentra más alto o más bajo que otro. Esto, como la diferencia de valores positivos y negativos, reposa en la esencia de los valores mismos y vale simplemente para los valores conocidos por nosotros. De esta forma, la jerarquía de valores constituye la trama de la vida moral, siendo la realización de aquello que fomente los valores superiores la acción moralmente buena. Por consiguiente, según Scheler, toda teoría de bienes y toda doctrina ética con pretensión de autenticidad, de objetividad, deben basarse en una teoría de los valores, pues solo ellos dan sentido a los bienes y a lo ético.

En este esquema, las vivencias emocionales se configuran como el elemento esencial para abordar el estudio de las representaciones y los juicios. Una vivencias o sentimientos que pueden ser o no intencionales. Las vivencias no intencionales son aquellas que se experimentan cada vez que el sujeto se ve afectado por “estados sentimentales”. Por su parte, las vivencias o sentimientos intencionales están formadas por aquellos actos penetrados de intencionalidad que se manifiestan en acciones como elegir o preferir. Unos sentimientos que ofrecen el acceso a los valores, que se pueden percibir sentimentalmente, o sentir en objetos que los porten (bienes) bien de forma real o figurado. Por lo tanto, los valores son algo que se tiende hacia ellos y que constituyen el modo de vivir; se vive persiguiendo unos y huyendo de otros. Un “tender hacia” que el propio autor le otorga un sentido relacionado con el querer voluntario; esto es, cuando se procura activa y personalmente la realización de algo como el fin de la voluntad. Fines del querer o de la voluntad únicamente pueden ser, entonces, bienes: cosas valiosas que pueden ser realizadas.



Con ello el filósofo comprende la acción humana como un movimiento desde lo que llama “disposición de ánimo” (*Gesinnung*) hasta la ejecución concreta. Esa disposición es una tendencia con dirección de valor (uno de los tipos de tendencia que describe). Una tendencia que, venciendo resistencias internas y externas, se vive como un poder referido a valores, y que al encontrar un componente representativo donde encarnarse se configura como volición ya de un fin concreto. De esta forma, al concebir el inicio y motor de la acción en la disposición de ánimo tendiendo a valores, se opone a toda explicación del obrar que cargue la motivación en la realidad de los fines.

Todo ello, le lleva a defender una visión dualista del hombre (aunque opuesta al cartesianismo) que se enfrenta críticamente con el monismo naturalista, vitalista o idealista: el hombre es vida y espíritu (Scheler, 1938); un espíritu como pura actualidad y no substancia, que consiste en la libertad y en la apertura al mundo. De forma que el hombre solo puede sacar su energía del fondo de su vitalidad y por un acto de “reducción” del instinto.

Considera que el método para adquirir conocimiento debe ser el intuitivo, ya que sólo la intuición, como parte del ser humano desde su nacimiento, permite contemplar las esencias del sentir, del conocer y del querer del ser humano. Esta intuición no tiene que ver con la racionalidad, ya que no es sino percepción afectiva, absoluta, que surge como un sentimiento puro que capta la esencia a priori.

Las emociones son consideradas como formas que tiene el ser humano de manifestar la sensibilidad, fruto de la conjunción de su organización psicofísica y de su acción propia en su ambiente. Una conjunción que surge de la adición de actos alógicos, intencionales, expresados desde el intuir, sentir, tender, amar y odiar, centrados en el espíritu del ser humano. En definitiva, inspirado por San Agustín y Pascal, localiza en los sentimientos el punto de unión entre los actos de representación y los actos interesados. Éstos le permiten distinguir entre el “percibir afectivo” (*Fühlen*), que es intencional y tiene por objeto los valores, y los “estados sentimentales” (*Gefühlszustände*), que carecen de la intencionalidad estricta del percibir afectivo (Fernández Beites, 2013). El percibir afectivo, según el propio filósofo, posee “la misma relación con su correlato de valor que la ‘representación’ con su ‘objeto’: a saber, la relación intencional. Aquí no está el percibir afectivo *pegado exteriormente* a

un objeto, ni inmediatamente ni mediante una representación (que se enlaza con el sentimiento fortuita y mecánicamente, o a través de una relación meramente pensada), sino que el percibir afectivo se dirige *originariamente* a una clase *propia* de objetos: a saber, los ‘valores’ ” (Scheler, 1954:263).

Jean-Paul Sartre (1905-1980)<sup>61</sup>, en oposición al idealismo y al subjetivismo de Husserl, considera que el yo no se identifica con la consciencia trascendental, sino más bien con el conjunto unitario de la intencionalidad de la consciencia que está “fuera, en el mundo”, porque “es un ente del mundo, igual que el 'yo' de otro” (Vasquez Rocca, 2012). Para él, el yo aparece como si fuese el sujeto al que “atribuir nuestras acciones, los rasgos del carácter, los sentimientos y el origen de las vivencias que constituyen la consciencia” (Ariño Verdú, 1991:121).

La experiencia nos muestra que la consciencia, que es consciencia del mundo, es al mismo tiempo distinta del mundo. La ontología sartreana distingue dos tipos de ser: *en sí y para sí*. El ser-en-sí es el ser de las cosas, de los objetos, de las realidades no humanas. El ser-para-sí es el ser de las personas, es la persona en tanto que subjetividad, en tanto que dotada de consciencia y libertad. Ambos conceptos llevan a Sartre a considerar que hay mundo sólo porque hay hombre, porque en sí mismo el mundo carece de sentido. Las cosas no están en la consciencia, como imagen o como representación, las cosas están en el mundo. La consciencia es consciencia posicional del mundo, es apertura al mundo, no es el mundo. Mediante este giro re-introdujo a la consciencia en el mundo de la existencia, permitiendo que los sufrimientos y las angustias de los hombres reales recuperaran todo su peso.

Se opone así a la idea de la mayoría de la teorías psicológicas que consideran que la consciencia de la emoción se explica como una *consciencia reflexiva*; es decir como si la forma primera de la emoción, como hecho de consciencia, consistiera en mostrarse como una modificación del propio ser psíquico o como consecuencia de ser

---

<sup>61</sup> Su inclusión en este apartado obedece sobre todo a sus escritos (1936-1940) realizados bajo la influencia de Husserl. En su obra, Bosquejo de una teoría de las emociones (1939), ofrece una visión de las emociones como el mecanismo humano necesario para aprehender el mundo, ya que, es a partir de ellas como se crea la conciencia de éste. Por tanto, la emoción viene a ser entendida como un fenómeno trascendental puro, ya que ayuda a la conciencia no sólo a proyectar significaciones afectivas sobre el mundo que le rodea, sino que le permite existir en ese mundo como creación propia.

aprehendida primero como un “estado de consciencia”. En contra, para él, la consciencia emocional es originariamente una relación de la consciencia con el mundo, una consciencia del mundo que se obtiene por estar inmerso en él. En una palabra, el sujeto emocionado y el objeto emocionante se hallan unidos en una síntesis indisoluble. La emoción aparece pues como una determinada manera de aprehender el mundo o de un intento de modificarlo. “La consciencia no se limita pues a proyectar significaciones afectivas sobre el mundo que le rodea: vive en el mundo que acaba de crear” (Sartre, 1939:83). De esta manera, la emoción se configura como una forma organizada de la existencia humana. Al entenderlas como formas organizadas, la alegría, la tristeza, la ira, etc., no son más que formas que el ser humano adopta irreflexivamente con el fin de establecer una posición distinta ante el mundo que le permita hacerle frente de una forma más eficaz y adaptada.

Por otra parte, y bajo la comprensión de las emociones como formas organizadas de la existencia humana, éstas poseen también significado. El carácter significativo de ellas se encuentra, primero, en la consciencia misma, que se hace consciencia emocionada por la necesidad de una significación interna, en su intencionalidad y en el hecho de que es, ante todo, consciencia de mundo y consciencia no posicional de sí mismo. Esta idea queda muy bien reflejada en las palabras del propio Sartre sobre el odio:

Veo a Pedro; siento al verlo algo así como un trastorno profundo de repulsión y de cólera (ya estoy en el plano reflexivo): tal trastorno es consciencia. No puedo equivocarme cuando digo: experimento en este momento una violenta repulsión respecto de Pedro. Pero ¿es el odio esta experiencia de repulsión? Evidentemente, no. Aparte de que ella no se da como si lo fuera. En efecto, odio a Pedro hace mucho y pienso que siempre lo odiaré. Una consciencia instantánea de repulsión no podría, pues, ser mi odio [...]. Mi odio aparece al mismo tiempo que mi experiencia de repulsión; pero aparece a través de esta experiencia. Mi odio se da, precisamente, como no limitándose a esta experiencia” (Sartre, 1939: 64-65).

Sartre propone así una diferencia entre un acto emocional pre-reflexivo y un estado emocional, cuya particularidad se encuentra en que constituye una toma de consciencia posicional de la emoción como estructura afectiva de la consciencia. El

sujeto emocionado y el objeto emocionante están unidos en una síntesis indisoluble. La emoción es una cierta manera de aprehender el mundo.

Se puede asumir, que la emoción es, en esencia, una transformación del mundo. Ahora bien, como el acto emocional en realidad no tiene ningún tipo de efectividad sobre el mundo, ya que no posee la capacidad de modificar su estructura, la transformación, en cierto modo, será mágica. Ante esta imposibilidad de resolver las dificultades del mundo, sin transformar el objeto, las emociones terminan siendo intentos de huida ante tales dificultades. Lo que se genera a partir del viraje emocional de la consciencia frente a un estado de cosas es una suerte de nuevo mundo en donde el existente humano hace “como si” los objetos tuvieran tales o cuales cualidades. En una palabra, en la emoción el cuerpo, dirigido por la consciencia, transforma sus relaciones con el mundo para que el mundo cambie sus cualidades. Sartre da un ejemplo ilustrativo al respecto: “extiendo la mano para tomar un racimo de uvas. No puedo alcanzarlo, está fuera de mi alcance. Levanto los hombros, deajo caer mi mano, murmuro: están muy verdes y me alejo” (Sartre, 1939:21). Esto le lleva a asumir la existencia de dos mundos posibles: un mundo “real”, el mundo de la *utensilidad*, y un mundo “emocional” y “mágico”.

Ante esto, Sartre mantiene que el origen de la emoción es, en efecto, una “degradación” espontánea de la consciencia frente al mundo. En este sentido, es una suerte de “des-realización” del mundo. Es asumir que el mundo emotivo es un mundo ilusorio en el cual creemos y en el que el elemento de la creencia es fundamental en el fenómeno emocional. Defiende la idea de que el mundo emotivo es un mundo que vivimos plenamente, en el cual nos encontramos comprometidos y hechizados, como en un sueño o como en la locura. El existente humano vive el mundo emotivo y cree que es real.

En resumen, Sartre parte de la idea de que todo estado emocional psíquico es un objeto trascendente a la consciencia que sintetiza actos de consciencia espontáneos. Por poner un ejemplo, el odio es un estado emocional psíquico que efectúa la unión de consciencias de repulsión. A su vez, estos actos emotivos están dirigidos

exclusivamente al mundo, es el mundo el que mueve a la consciencia a aprehenderlo con tal o cual tinte afectivo. Esto implica, a su vez, que estos actos emotivos son pre-reflexivos. La consciencia vive la emoción; la existe, no la conoce (al menos no originariamente). La emoción es significativa, lo que cada emoción particular expresa es la totalidad del proyecto humano. Por último, es funcional: busca transformar el mundo. Sin embargo, no lo logra. La emoción es, en su funcionalidad, inefectiva: y esto básicamente por el tipo de vinculación que tiene con el mundo.

El mundo que cree transformar no es el mundo real, sino un mundo mágico<sup>62</sup>. Esta forma mágica de aprehender el mundo emotivo es una estructura existencial del ser-en-el-mundo. Finalmente, no cabe la posibilidad de sostener, dentro de la teoría de las emociones que esboza Sartre, la idea de emociones pasivas e irracionales, dado que ellas son, por esencia, actos intencionales, significativos y funcionales de la consciencia (Suárez Tomé, 2013:42).

Merleau-Ponty (1908-1961)<sup>63</sup> desarrolla una doctrina en la que el hombre y el mundo se demandan mutuamente: el hombre es ser en consciencia, consciencia situada en el mundo o ser-en-el-mundo. Defiende una concepción del ser humano como exterioridad cuya referencia implica y necesita la presencia del “otro” (el mundo, los demás). Un planteamiento que le lleva a valorar la percepción bajo una dimensión activa, ya que representa la apertura del ser humano al mundo de la vida. “En la percepción no pensamos el objeto ni pensamos el pensante, somos el objeto y nos confundimos con este cuerpo que sabe del mundo más que nosotros (...) vivo la unidad del sujeto y la unidad intersensorial de la cosa, no los pienso como harán el análisis reflexivo y la ciencia” (Merleau-Ponty, 1945:253).

De esta forma, desarrolla una Fenomenología en la que integra el cuerpo y las sensaciones, en que el cuerpo es, junto a lo externo real, la base de la consciencia. Establece un compromiso existencial entre el sujeto y sus circunstancias, en el que es

---

<sup>62</sup> Según Suárez Tomé (2013), el atributo “mágico” que plantea Sartre suele referirse al vínculo entre lo espontáneo y lo que implica permanencia y a los vínculos que se establecen entre las consciencias afectivas y el estado emocional.

<sup>63</sup> El fenomenólogo, Merleau Ponty, mantiene en su *Fenomenología de la percepción* (1945) que la génesis de la experiencia emocional, el cuerpo vivido y el mundo son entidades que se encuentran totalmente relacionados. Una relación que le permite explicar la experiencia vivida mediante la relación entre lo perceptivo o sensorial con los sentimientos o emociones. Al reforzar el papel del cuerpo, activo y comprometido con el conocimiento humano, incluye en la Fenomenología el análisis de la percepción.

difícil diferenciar claramente entre “actos del pensamiento” (noésis) y los “objetos intencionales del pensamiento” (noéma):

Cuerpo, sentir y sentidos son relacionales: no se limitan a recibir estímulos aislados, sino que captan escenas significativas, la ‘ímagó’ de todo un segmento de vida. (...) De este sentir emerge la intelección. El paralelismo entre ambas dimensiones existenciales se sigue de la unidad cuerpo-espíritu, pero no se refiere tanto a los contenidos, como a las funciones de coordinación de los mismos. Esto implica una ruptura con la convicción de que las percepciones, las imágenes, las ideas se hallen almacenadas en el cerebro (López Saénz, 2003:162)

Todo ello, le lleva a considerar que el ser humano está siempre en una situación concreta, por lo que la búsqueda de cualquier Absoluto fuera de las propias situaciones existenciales carece de sentido. En definitiva, para el filósofo francés, se trata de una apertura del ser humano a los otros que le lleva a ser intersubjetividad. Una apertura a los otros impregnada en lo corpóreo, y que debe realizar constantemente la libertad por medio del compromiso social (Merleau-Ponty, 1945).

Bajo estos supuestos, la consciencia se considera también como dirigida a algo, ya que al concebirse el ser humano como intersubjetividad y tener la percepción un valor tan destacado, la consciencia y la vivencia mantienen una relación estrecha: la consciencia es *de algo* externo al sujeto poseedor de la misma. Luego, se impone admitir también la existencia de una consciencia de la emoción que es atravesada por la encarnación, ya que cuerpo, sensaciones y sentimientos, no son fenómenos aislados, sino instancias imbricadas, variaciones de la existencia corporal, y desafía las separaciones y categorías de la ontología que le ha precedido (Merleau-Ponty, 1945).

Se trata pues, como se viene afirmando, de una relación intersubjetiva, en la que los otros, los demás “egos”, son vistos como semejantes y el espejo donde reconocerse. De forma que el cuerpo propio es algo más que una cosa, es también una condición permanente de la existencia. El cuerpo es, según Merleau-Ponty, un componente tanto de la apertura perceptiva al mundo como de la “creación” de ese mundo. Propone un orden de ideas, de percepción y de sentir, agrupadas en una sola dimensión y relacionadas con la experiencia perceptiva, de la “cualidad sensible”. Anula la idea de

que el ámbito del conocimiento no tiene relación con aquello que sentimos cuando percibimos, y “aquello que sentimos” es justamente esta doble vertiente de “tener sensaciones” tanto como “tener sentimientos” respecto del mundo. “Al igual que la imagen, la percepción tiene un carácter afectivo y motriz, no sólo cognoscitivo, porque está determinada por la atención, las motivaciones y sentimientos del perceptor, la carne del sentir no es, por tanto, recepción pasiva de cualidades físicas, sino que estas se hallan revestidas de sentido” (Merleau-Ponty, 1945:226).

En este modelo, el sujeto se ubica dentro de un mundo que puede comprender a través de la experimentación de sensaciones y de emociones como fundamento del organismo dentro de su entorno. El cuerpo no es el cuerpo como conjunto de órganos y tejidos, se trata del cuerpo de la propia experiencia, el cuerpo viviente y actuante, el cuerpo gestual. Una gestualidad corpórea entendida como un movimiento guiado o modulado por el sentido que, en el sentido pontiano, se constituye en el *comercio con el mundo de nuestra existencia encarnada*. De esta forma, los actos, las acciones, los movimientos, las propias emociones y los gestos de nuestra corporalidad “apuntan” en todo momento a un “objeto” que sin embargo permanece en su ser propio, no se convierte en un ser poseído, comprendido todo él. Todo ello, nos lleva a entender la consciencia como el conjunto o sistema de percepciones, creencias, deseos, valores y de juicios atribuibles a una persona.

En definitiva, Merleau-Ponty sitúa al ser humano en un mundo común, que excluye cualquier mito de mundos íntimos y privados. Se trata de un mundo en el que, aunque los cuerpos habitan en un espacio, la experiencia subjetiva no se reduce a un sistema de impresiones o de datos de los sentidos internos, sino que está abierta realmente a un mundo compartido: “...en cuanto nacido, en cuanto tengo un cuerpo y un mundo natural, puedo encontrar en este mundo otros comportamientos con los que el mío se entrelaza. (Merleau-Ponty, 1945:366).

Para el filósofo francés, es la coexistencia del propio cuerpo con los otros cuerpos, lo que lleva a trascender la esfera de la consciencia privada que proporciona la experiencia subjetiva a la apertura común en uno y el mismo mundo.

## Recapitulación del Bloque I

Para concluir este bloque sólo cabe señalar que se ha realizado un análisis de la concepción materialista de las emociones en la Filosofía Hebraica como el inicio de una visión materialista de las emociones humanas. A continuación, se ha revisado la concepción griega de la naturaleza emocional del hombre, especialmente en las obras de Platón y Aristóteles y los planteamientos recogidos en las doctrinas estoica y epicúrea. Una época en la que se formaliza una concepción de las emociones en torno a la razón y al intelecto como recurso orientador del saber, estableciendo una prioridad de ésta (la razón) sobre la primera (la emoción). Una concepción sobre la naturaleza de las emociones que, a pesar de su antigüedad, goza de mucha actualidad, siendo la base de las principales teorías modernas de la Psicología de las Emociones.

Se ha visto también que, a pesar de que la figura de Aristóteles fue más decisiva en la formulación de la teoría de las emociones es, sin embargo, la teoría de las tres partes del alma expuestas por Platón la que representa la primera sistematización del fenómeno emocional. Platón pensaba que el hombre debía ser educado a través de un riguroso método racional, inseparable del amor del Bien y de su transformación interior, creando así una sociedad intelectual y espiritual. “La forma más elevada de inteligencia es el dominio de sí mismo y la justicia” (Platón, La República:67).

Una posición mucho más idealista que la de Aristóteles que profundiza aún más en el estudio de las emociones centrándose en el marco de la oratoria y de los discursos deliberativos. Considera que los juicios y las evaluaciones de la realidad se hacen siempre desde la emoción que experimenta el perceptor. Esto es, de la misma forma que los juicios pueden provocar estados emocionales, las emociones pueden llevar a nuevas interpretaciones de la realidad. Una forma de entender al ser humano y las emociones que goza hoy en día de una gran actualidad y que está muy acorde con la tesis que aquí se desarrolla, ya que si el alma racional es propia del ser humano y propicia la función de pensar, su fin vendrá determinado tanto por las exigencias de la racionalidad misma, centrada tanto en la búsqueda del saber, como por la búsqueda de la felicidad (*eudaimonía*) y como tal, son bienes del alma la racionalidad y las emociones. En este sentido, las emociones no sólo no deben ser eliminadas sino controladas por el intelecto



a través de la educación y de la razón. De ahí que Aristóteles piense que “los factores emocionales no son ajenos al proyecto de una retórica basada en razonamientos y que, de hecho, es posible acceder a una descripción objetiva de enunciados subjetivos en los márgenes de una doctrina de la causalidad psicológica” (Aristóteles, Retórica:108).

Por su parte, los estoicos y los epicúreos confían en los recursos interiores del ser humano, su racionalidad, como la cualidad capaz de proporcionar la única base sólida que desarrolle una vida feliz y tranquila. Lo que cuenta para ellos es el ser humano individual y el bienestar que podría alcanzar en virtud de sus dotes naturales. La experiencia individual empieza a ser considerada como un elemento a tener en cuenta a la hora de abordar la relación que existe entre la razón y las emociones.

Los estoicos mantienen una concepción más pesimista sobre el tema de las emociones al considerarlas que no poseen ninguna función más que la de perturbar el ánimo y entorpecer la razón. Aparece así el enfoque que va a dominar en el Pensamiento y Filosofía occidentales con alguna excepción. Las emociones no son provocadas por ninguna fuerza natural, son juicios que los seres humanos hacen fruto de su ignorancia, motivados por el anhelo de los bienes futuros, la alegría por los bienes presentes, el temor a los males futuros y la aflicción por los males presentes. A tres de estas emociones, el anhelo, la alegría y el temor, les correspondían tres estados normales propios del sabio, es decir, la voluntad, la alegría y la precaución, respectivamente, todos ellos estados de calma y de equilibrio racional.

Para el epicureísmo las emociones adquieren un papel importante, al ser la felicidad el objetivo final que todo hombre debe conseguir. De hecho, decían que “la Filosofía es una actividad que con discursos y razonamientos procura la vida feliz” (García Gual, Lledó y Hadot, 2013:1). Una felicidad que se consigue a partir del deleite y la tranquilidad del espíritu mediante la evitación el dolor y las demás perturbaciones del alma en la que la educación ocupa un papel esencial.

A pesar de ello, los estoicos, más en la línea de Platón y Aristóteles, son más autocríticos que los epicúreos y convierten su pensamiento en una Filosofía sumamente técnica, en la que la lógica es muy valorada. Las diferencias con los demás enfoques se centran, por un lado en que éstos presentan una concepción positiva del mundo, un

sistema de reglas para la salvación humana, mientras que los epicúreos se concentran en la suspensión de todas ellas como única posibilidad de ser feliz.

En definitiva, de alguna manera y con ciertos matices, se puede defender la idea de que la Filosofía Helénica valora las emociones como una característica irracional, animal, pero necesaria para todo hombre que debe ser controlada por la razón. Se trata de la primera teoría formal sobre las emociones. Una teoría que se gestó a lo largo de muchos siglos y supuso fundamentalmente la defensa del dominio de la razón sobre las emociones (pasiones). En ella, las emociones empiezan a ser consideradas viejos reductos de nuestra naturaleza no humana, animal, irracional que impide conseguir el principal objetivo humano que no es otro que la perfección y la felicidad. La razón, por tanto, se considera el principal mecanismo para conseguir tales objetivos y la principal garantía de la separación del hombre del resto de los seres animados y no animados. Sin embargo es también cierto que para filósofos como Aristóteles, Posidonio, e incluso Marco Aurelio las emociones juegan un papel positivo en la conducta humana, al menos en la medida en que no se oponen a la razón.

La irrupción del pensamiento cristiano vuelve a considerar importante el tema de las emociones al estar relacionadas, como mantiene San Agustín, con la voluntad. Tomás de Aquino, por su parte, remontándose a la concepción aristotélica de la emoción como afección, mantiene que éstas pertenecen a la parte apetitiva del alma, unida en muchas ocasiones a cambios corporales; aunque admite la existencia de emociones en la parte irascible y concupiscible relacionándolas así al bien y al mal. A pesar de ello el aquinate defiende, igual que San Agustín, que en sí mismas, las pasiones no son buenas ni malas. Sólo reciben calificación moral en la medida en que dependen de la razón y de la voluntad. Las pasiones se llaman voluntarias “o porque están ordenadas por la voluntad, o porque la voluntad no se opone a ellas” (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, 1-2, q. 24, a. 1, c). Pertenece a la perfección del bien moral o humano el que las pasiones estén reguladas por la razón (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, 1-2, q. 24, a. 3, c). Por tanto, las emociones tienen como función la

de anticipar el movimiento hacia el bien o el mal<sup>64</sup>, aunque son secundarias para la razón.

Esta concepción cristiana de las emociones vuelve a compartir aspectos con la visión griega, como el hecho de situar la razón, y la voluntad, por encima de ellas. Así, como recoge el Catecismo de la Iglesia Católica: “El término *pasiones* pertenece al patrimonio del pensamiento cristiano. Los sentimientos o pasiones designan las emociones o impulsos de la sensibilidad que inclinan a obrar o a no obrar en razón de lo que es sentido o imaginado como bueno o como malo. Las pasiones son componentes naturales del psiquismo humano, constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu” (Vaticano, 2005, art. 5:1).

Empiezan a considerarse las emociones como algo más que pasiones en su sentido etimológico, como algo que se padece y que en ocasiones el ser, que es sujeto paciente no posee control sobre ellas. Una idea que se ha ido desarrollando y cuajando a lo largo de los siglos, especialmente el XVI y el XVII, por autores como Telesio, Patrizzi, Giordano Bruno, que reconocen la función biológica del placer y del dolor y sitúan el origen de las emociones en el encuentro difícil que el espíritu vital y el cuerpo tienen en el mundo. “...el espíritu vital, para poder sobrevivir, necesita percibir y entender las fuerzas de todas las otras cosas y desear y perseguir a aquellas que le dan la manera y la facultad de protegerse del calor excesivo, del frío intenso y de nutrirse y reponerse nuevamente y que en general, lo conmuevan y lo lleven a su nueva operación. Al tener estas cosas a su disposición las goce y que quiera y sienta veneración por los que se las procuran, en tanto que, por el contrario, se entristezca cuando le faltan y sienta odio e intente destruir a los que intentan privarle de ellas” (Casado y Colomo, 2006:4).

---

<sup>64</sup> Como se recoge en la doctrina de la iglesia católica, las pasiones son los afectos, emociones o impulsos de la sensibilidad –componentes naturales de la psicología humana–, que inclinan a obrar o a no obrar, en vista de lo que se percibe como bueno o como malo. Las principales son el amor y el odio, el deseo y el temor, la alegría, la tristeza y la cólera. La pasión fundamental es el amor, provocado por el atractivo del bien. No se ama sino el bien, real o aparente. El pecado, en cambio, es una consecuencia de la libertad y del pecado original que lleva al ser humano a someterse a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte, y por tanto a inclinarse hacia el mal (*concupiscencia*). Bajo este esquema, las pasiones, en cuanto impulsos de la sensibilidad, no son en sí mismas ni buenas ni malas; son buenas, cuando contribuyen a una acción buena; son malas, en caso contrario. Pueden ser asumidas en las virtudes o pervertidas en los vicios (Catecismo Iglesia Católica, 2005).

Con todo ello, se inicia la Filosofía moderna y, con Hobbes a la cabeza, empieza a considerarse las emociones como una facultad humana fundamental junto a la fuerza física, la experiencia y la razón, para que el ser humano pueda ser considerado como tal. No obstante, su visión racionalista le lleva a considerarlas secundarias; como tendencias (deseos o apetitos) o principios invisibles del movimiento del cuerpo humano que preceden a las acciones visibles. Para él, las emociones, como tendencias que son, implican la presencia o ausencia de un objeto en función de la aversión o deleite que éste represente para el sujeto, de forma tal que son capaces de controlar la conducta del hombre y su voluntad.

Hume (1740), por su parte, establece el origen de las mismas en las ideas y creencias, entendidas como un tipo de sensación caracterizada por la agitación física (impresión): “A las percepciones que penetran con más fuerza y violencia llamamos impresiones, y comprendemos bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma” (1740:20). Las emociones pueden derivarse del dolor o del placer que causan los acontecimientos presentes y directos, ya que las creencias son una consecuencia de ellas. En definitiva, su teoría pretende aunar la dimensión fisiológica de las emociones con la cognitiva. Se trata de una visión que coincide ampliamente con la tesis que aquí se defiende, ya que considera también que las emociones tienen un papel esencial para el conocimiento.

No será hasta Descartes cuando realmente se empiece a formular las emociones desde una visión mecánica al considerarlas como afecciones del alma, como modificaciones pasivas causadas en ella por el movimiento de fuerzas vitales, espíritus animales según el filósofo, que obran en el cuerpo. Su función, por tanto, es la de incitar al alma para que permita activar las acciones necesarias para conservar el cuerpo o hacerlo más perfecto. Esta posición le lleva a considerar la tristeza y la alegría como las emociones fundamentales, ya que por la tristeza se llega al odio y por la alegría al amor. Rechaza así, la división tomista de la pertenencia de las emociones a la parte concupiscible, a la vez, al considerar que las emociones están supeditadas a la razón, niega la esperanza como emoción y, asumiendo por tanto la existencia de dos esferas separadas.

Si Descartes formula un dualismo extremo, Spinoza aborda las emociones desde una visión monista. Para éste, las emociones comprenden tanto al alma como al cuerpo ya que ambas dimensiones representan dos aspectos de una misma realidad. Las emociones son una consecuencia de la tendencia o esfuerzo (conatus) de la mente para preservarse en el propio ser, bien en referencia a la propia mente (voluntad) o bien en referencia a la mente y al cuerpo a la vez (deseo). De esta manera se configura el deseo como la emoción fundamental ya que en él se unen la alegría y el dolor (amor y odio no son más que alegría y dolor acompañados por la idea de sus causas externas). La codicia, la envidia, los celos, el orgullo, la humildad, la ambición, la venganza, la avaricia, la pereza, el amor pasional, el amor paternal, el amor filial y el odio son consideradas como el resto de emociones. Con ellas Spinoza explica el esfuerzo que exige la unión entre la mente y el cuerpo para alcanzar la perfección, aunque inferiores y separadas de la razón.

En cambio Kant, considera las emociones como signos de imperfección que impiden al alma ser un dios. Igual que Pascal, para el que las emociones representaban fuerzas con capacidad de penetrar y dominar toda la personalidad del individuo. Se trata, en definitiva, de amenazas, en forma de tendencias que dificultan la razón. Mantiene que la alegría y la tristeza se ligan al placer y al dolor de forma que impulsan al sujeto a seguir o a abandonar, y en grado excesivo le oprimen o angustian amenazando su existencia. Se debe recordar que, según palabras del propio Kant, la emoción es como una borrachera, que se duerme, si bien después se tiene dolor de cabeza, y la pasión, como una enfermedad causada por la ingestión de un veneno o una degeneración, que necesita un médico de almas interior o exterior, el cual, sin embargo, las más de las veces no sabe prescribir ningún medio curativo radical, sino casi exclusivamente paliativos.

Frente a los racionalistas, el idealismo, como el defendido por Hegel, distingue entre emoción, sentimiento y pasión como expresiones que designan determinaciones provisionales o aparentes que encuentran su realidad solamente en la sustancia racional. En cuanto a los sentimientos prácticos son considerados como tales sólo los egoístas, ya que sólo ellos pertenecen a la individualidad que se mantiene contra la universalidad, determinándose su contenido como antítesis al de los derechos y deberes.

Este filósofo relaciona la realidad con la racionalidad, donde esta última es el principal componente del binomio, que lleva, a su vez, a considerar al ser humano pensante como el origen de la realidad misma. La realidad, lo que nos rodea, no es más que un producto del pensamiento, pues el pensar rige al ser y a la realidad. No obstante, y a pesar de su visión idealista, Hegel lleva a considerar que las emociones participan activamente en el origen de la conducta, tanto individual como social. Las considera también como un buen vehículo para la relación entre los sujetos.

Para Schopenhauer, las emociones representan elementos distorsionantes de la razón y del buen hacer, que no aportan conocimiento alguno al ser humano. Aspecto éste que Nietzsche niega al dotar a las emociones de un valor muy positivo, al ser el origen de las virtudes.

Todo este movimiento no es más que la evolución hacia la comprensión del hombre como un ser dueño y autosuficiente de su propia vida. Esta es la idea principal en la que desembocan las ideas filosóficas de la Revolución Francesa. El hombre, en palabras de Kant, había pasado ya el largo período de inmadurez durante el cual fue víctima de abrumadoras fuerzas naturales y sociales y se había convertido en el sujeto autónomo de su propio desarrollo. De ahora en adelante, la lucha con la naturaleza y con la organización social habría de ser guiada por los propios progresos de su conocimiento. El mundo debía construirse siguiendo un orden racional como resultado del pensar; es el hombre el que debe organizar la realidad de acuerdo con las exigencias de su libre pensamiento racional, en lugar de acomodar simplemente su pensamiento al orden existente y a los valores dominantes. El hombre es un ser pensante, su razón lo capacita para reconocer sus propias potencialidades y las de su mundo. En este contexto, las emociones son subsidiarias de la razón y son, a la vez, consideradas negativamente en la medida en que pueden interferir con la autonomía de ésta. La razón, en definitiva, es el agente esencial del proceso de desarrollo y progreso humano, social y cultural.

No obstante, y a pesar del racionalismo, se trata de un momento en el que las ideas, al enfrentarse radicalmente con la realidad propician movimientos sociales de reforma promovidos por hombres de acción. En palabras de Ortega y Gasset (1929), es un momento en el que las ideas se vuelven creencias, es decir artículos de fe, y dejan de

pertenecer al dominio de la razón para penetrar en el del sentimiento y la emoción. Y sería la nobleza y la burguesía las que alegremente reciben y promocionan las nuevas ideas, así como las emociones que ellas despiertan; “la historia de la revolución francesa no puede ser entendida sin una adecuada teoría de las emociones” (Reddy, 2001:199).

A pesar de lo comentado, hay que destacar que en este “Siglo de las luces” (Siglo XVIII), e influenciado por el gran desarrollo de la ciencia físico-matemática, la razón se convierte en el principal instrumento humano para guiar a la sociedad hacia el bienestar y la justicia. La sociedad se humaniza, todos los hombres son iguales a la luz de la razón y tienen iguales derechos, por lo que se impone poco a poco la moral laica. En esta época, por tanto, y a pesar de encontrarse con pensadores que consideran las emociones positivas para la conducta y el proceder del alma, hay que reseñar que éstos son pocos, puesto que en su mayoría consideran las emociones como contrarias a la razón, lo peor.

Lo que queda claro hasta aquí es que en la Filosofía Occidental ha predominado la idea de que las emociones y la racionalidad son esferas separadas, las emociones son secundarias y subalternas a la racionalidad, además de un estorbo para ésta. Lo que dominaba era una concepción muy ideal y racionalista del ser humano en sus diversas facetas incluida la cognitiva. La razón es la gran cualidad que nos define como humanos frente a los animales y nos permitía pensar, conocer y organizar la vida en común.

No obstante, como hemos expuesto, este recorrido por la Filosofía nos ha permitido también mostrar ciertos antecedentes de nuestra tesis, con la existencia de filósofos que entendieron las emociones y sus relaciones con la razón en otros términos. Los sentimientos y las emociones eran esenciales para el conocimiento y la acción, para la vida, como mantienen Aristóteles, Hume, Nietzsche, Husserl, los filósofos de la existencia y los fenomenólogos.

Con todo, finalmente se abordan las teorías fenomenológicas de Scheler y Merleau-Ponty, muy en la línea de lo planteado en la tesis al considerar que están a priori enlazadas a una posición jerarquizada de valores. Concretamente para Scheler, los valores se encuentran definidos mediante las diferentes polaridades de las emociones: amor/odio, alegría/tristeza, gusto/disgusto, placer/ displacer, etc. Se expone la teoría de

las emociones de Merleau-Ponty en la que participan el objeto (1), el mundo (2) y la inmanencia de la pulsión corporal (3), tres filiaciones contrastadas. Un modelo en el que enraíza la emoción en el cuerpo, hasta el punto de absorber la emoción en la motricidad corporal. De este modo, la distinción entre afección y emoción la hace pasar por la oposición entre tiempo y espacio, como si la afección tuviese que ser exclusivamente vinculada al tiempo y la emoción al espacio; como si, en consecuencia, no quedara ya lugar para una temporalidad emocional específica (Depraz, 2012).

En conclusión, a lo largo de este bloque se han abordado las emociones desde tres puntos de vista que coinciden con sus tres raíces etimológicas. En primer lugar aparecen las emociones como afección (*affectio*), como algo impuesto; por otra parte, no encontramos con la noción de sentimiento (*sentire, sensu*), centrado en el plano del sentir y finalmente con la pasión (*pathein*), que recoge la idea de pasividad. Todas estas acepciones nos remiten a la idea de emoción en estrecha relación con la motivación y, consecuentemente, con la conducta. En definitiva, las emociones vienen a reflejar tanto el origen como la causa de la conducta, especialmente cuando la razón resulta insuficiente. Una visión que ha favorecido la elaboración de clasificaciones o taxonomías de emociones que buscan abarcar todo el espectro conductual del ser humano. Desde las clasificaciones de Aristóteles, de Santo Tomás, de Descartes o de Spinoza, se pretende dar con la clave para explicar ciertos aspectos de la conducta humana, es decir, cierto tipo de conductas no guiadas por la razón, al menos totalmente. Uno de los efectos más importantes que tuvo este esfuerzo fue el de proporcionar a la emergente ciencia psicológica del siglo XIX, e incluso del siglo XX, un modelo de acercamiento metodológico a la explicación de la conducta humana. Como veremos ya desde el siglo XIX la Psicología coopera de manera fundamental en la conceptualización e investigación de las emociones y las pasiones paralelamente a la Filosofía. La Psicología pretende un tratamiento científico de este tema aunque mantiene estrechas relaciones con la Filosofía, a veces de colaboración y mutua retroalimentación, a veces de crítica y distanciamiento. Todo esto se evidenciará en lo que sigue de esta tesis.

Llegados a este punto, el siguiente paso no puede ser más que exponer las teorías psicológicas acerca de las emociones y analizar la repercusión de las teorías filosóficas



consideradas sobre la Psicología, en la Psicología de la Emoción y, cómo no, en el desarrollo de la Neuropsicología actual. En este trabajo se parte de la idea de que no se puede cortar del todo con el pasado y olvidar los antecedentes y las influencias, ya que sin sus aportaciones no se puede entender el inicio y desarrollo de la Psicología científica y, posteriormente, el de la Psicología de las Emociones. Por tanto, se inicia este Bloque Segundo, titulado *La concepción psicológica de las emociones*, en el que se analizará su desarrollo y la herencia recibida en la Psicología.



## **BLOQUE II**

### **LA CONCEPCIÓN PSICOLÓGICA DE LAS EMOCIONES**

## Capítulo 4: La Psicología de las Emociones

### 4.1. Introducción

En el bloque anterior hemos visto cómo la Filosofía se ha ocupado históricamente de las emociones. Es a partir del siglo XIX con el nacimiento de la Psicología como disciplina autónoma que las emociones van a ser abordadas desde un nuevo marco teórico y programa de investigación. Las emociones se convierten en objeto de estudio privilegiado de la Psicología.

En este bloque daremos cuenta de los primeros trabajos que pueden considerarse antecedentes de la Psicología aunque se plantearon en contextos filosóficos que ya hemos mencionado. Así nos ocuparemos de las líneas que se abrieron de forma específica en la Filosofía y que llevaron al nacimiento de la Psicología científica. De ahí que resulte interesante iniciar este bloque haciendo referencia a Locke, Hobbes y Hume ya que, a pesar de haberse comentado en el bloque anterior, sirven de puente e introducción para lo que en la actualidad se considera la Psicología de las emociones.

A continuación se abordará el Asociacionismo como enfoque dominante hasta mediados del siglo XIX y a la Frenología como enfoque totalmente opuesto. En el siglo XIX aparecen los enfoques científicos (fisiologista, evolutivo, experimental) de las emociones. A continuación se expondrán las principales escuelas psicológicas del siglo XX como el Conductismo, el Estructuralismo y el Psicoanálisis para pasar a analizar la Psicología Cognitiva. De esta manera se dará cuenta de las principales corrientes que han hecho posible la consolidación de una Psicología Científica de las emociones.

## 4.2. El Asociacionismo

Se puede considerar a Locke como uno de los filósofos que inspiró el Asociacionismo con su defensa de la comprensión del origen y la organización de las ideas desde un enfoque empirista. Si a ello unimos las obras de Hume (1740, 1798), Hartley (1749), Hobbes (1647, 1651)<sup>65</sup>, Mill (1929), Stuart Mill (1861, 1863) y Brown (1820) se puede dar cuenta de las bases filosóficas del Asociacionismo como corriente psicológica<sup>66</sup>.

Hume (1740,1798) estableció las bases del Asociacionismo a partir de la consideración de la experiencia como el material sobre el que operaba la mente, ya fuera de naturaleza física o mental, frente a cualquier otro agente unificador. Locke (1690)<sup>67</sup>, por su parte, propone una teoría de la asociación a partir de los datos de la experiencia y la elaboración de leyes que rigen las interrelaciones y las sucesiones de unas experiencias con otras.

David Hartley (1705-1757)<sup>68</sup>, partiendo de los postulados de Locke (1690), inicia sus trabajos centrándose en el estudio de las sensaciones. Para él no existe nada en el momento del nacimiento, sino que conforme va desarrollándose el ser humano, va

---

<sup>65</sup> El asociacionismo que Hobbes defiende en su obra, en la que diferencia entre la asociación libre e incontrolada y el pensamiento dirigido o deliberado, tiene sus antecedentes en Aristóteles. Para el filósofo inglés, el pensamiento y la acción vienen determinadas por la sucesión de las ideas sujeta a leyes.

<sup>66</sup> Se puede considerar el *Asociacionismo*, más como un principio psicológico derivado de la Epistemología filosófica, que una escuela de la Psicología como tal. Problemas epistemológicos que los empiristas abordan considerando los sentidos como uno de los elementos fundamentales. De esta manera, especialmente por los empiristas ingleses, se establecen los primeros principios sobre los que se desarrolló la Psicología y muchas de sus corrientes.

<sup>67</sup> La exposición de Locke de las consecuencias del Empirismo y su afirmación de la posibilidad, mediante el análisis, de comprender el origen y organización de las ideas, dotó al enfoque empírico de una atractiva e incitante cualidad que contribuyó en gran medida a acrecentar su fortaleza e influjo.

<sup>68</sup> David Hartley, médico y filósofo inglés, puede ser considerado el fundador de la Psicología asociacionista. En el volumen 1 de su trabajo, en dos volúmenes, *Observaciones sobre el Hombre*, (1749), realiza una descripción sistemática y muy detallada de la aparición de emociones y su relación con los demás estados mentales y las sensaciones físicas. Una visión, fruto de influencia de Newton y de Locke, con la que pretende aplicar la mecánica newtoniana a las relaciones entre los procesos fisiológicos y los psicológicos, considerando a las sensaciones como elementos constituyentes de la realidad psicológica.

acumulando una variedad de experiencias sensoriales que le permiten crear conexiones y grupos asociativos cada vez más complejos. De esta manera los sistemas más elevados de pensamiento se desarrollan, de forma progresiva, en la edad adulta. Esto le lleva a aceptar que el orden mental más elevado es más susceptible de ser analizado en los componentes o átomos de que está formado (García Vega et. als., 1992).

Se puede aceptar que la obra de Hartley (1749) supone la primera aproximación de la doctrina de la asociación como un enfoque científico para explicar la actividad mental. Su enfoque se presenta como una doctrina, fruto de su visión empirista, en la que la asociación de ideas permite formar ideas complejas a partir de las propiedades físicas de los objetos; esto es, de relacionar los hechos psicológicos con sus procesos nerviosos. En dicho enfoque, la sensación y la asociación se conciben como los procesos mentales más básicos, en los que las sensaciones son los elementos constituyentes de la realidad psicológica. Los nervios son, por tanto, los que, tras recibir las sensaciones, las transmiten por vibración (según los modelos de vibración de Newton) originando diversas facultades según la clase de vibración. Su objetivo último era construir un modelo mecanicista de la mente en el que toda la actividad mental quedara reducida a una serie de procesos nerviosos.

Como se aprecia de lo anterior, sus argumentos se sustentaron en la creencia de que las vibraciones que los estímulos producen en los nervios, responsables de la transmisión de impulsos, una pequeña vibración en el cerebro capaz de favorecer la aparición de la representación. Una creencia que le lleva a considerar al cerebro como el sustrato fisiológico de las ideas. La combinación de dichos principios asociacionistas con el paralelismo fisiológico de la mente y la acción nerviosa, son los elementos que sirvieron al filósofo para hacer más claro el Asociacionismo y sus implicaciones en los procesos cognitivos y afectivos. Una visión asociacionista que le llevó a considerar las emociones adultas como el producto de sentimientos elementales unidos por medio de nuevos vínculos, que van a ser el origen de las emociones complejas bajo la Ley General de la Contigüidad.

Thomas Reid (1710-1796)<sup>69</sup>, coetáneo de Hartley y motivado también por los estudios sobre la percepción y la sensación, niega la existencia de diferencias entre la percepción y el sentimiento y las considera una y la misma cosa; la percepción siempre va acompañada de sensación y ambas asociadas a sentimientos, y en ocasiones también a actividades mentales como los juicios. Para su defensa, recurre a una visión de la Filosofía que denomina del “*sentido común*”, localizando su origen en la constitución fisiológica de los seres humanos.

Se trata de un enfoque en el que las intuiciones son consideradas tendencias constitucionales de la mente humana que regula la experiencia consciente de todos los seres humanos desde el nacimiento. Para él, todo filósofo debía mantener como regla la consistencia entre sus ideas filosóficas y el sentido común; debía asegurarse de que su sistema no contradiga sus propias creencias y formas de inferencia habituales. “Yo mismo he encontrado que en otras materias ella es una agradable compañera, una fiel consejera y una amiga del sentido común, para fortuna de la humanidad” (Reid, 1764:35).

Distingue como principios del sentido común la existencia entre cualidades primarias y secundarias de los objetos físicos. Las primarias permiten la construcción de creencias sobre la existencia de los objetos; esto es, creer en su existencia bajo la asunción de que se perciben directamente los objetos y no sensaciones producidas por ellos. Por otra parte, las cualidades secundarias llevan a considerar las sensaciones como el producto de las relaciones reales entre los objetos físicos y las operaciones mentales; esto es, son entendidas como juicios mentales estimulados por los objetos. Además, consideraba que estos principios de sentido común, son partes instintivas de la constitución de la persona, que se daban por ciertas en la vida diaria y cuyo valor se confirma constantemente (Brennan, 1999). De esta forma, no queda más que asumir el hecho de que no hay objetos distintos del acto de la mente con anterioridad a la sensación. La percepción tiene siempre un objeto externo y es la misma cualidad del objeto, el objeto de la percepción (Reid, 1764). Esta es una idea, resulta de gran interés

---

<sup>69</sup> Reid, defiende en su trabajo, *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense* (1764) bajo la denominación de “doctrina de las ideas”, afirma que lo que la mente conoce son las propias ideas e impresiones y no los objetos exteriores de la mente. Asumiendo los postulados de Hume, considera que la percepción es el contacto directo con los objetos de manera que no hay ninguna representación de los mismos; “Quien percibe debe percibir algo, y eso que percibe se llama objeto”.

e importancia para la tesis que aquí se defiende, y no es otra que la consideración de la construcción del objeto y la emoción que este evoca gracias a la sensación y después de ésta.

Estas ideas asociacionistas son utilizadas especialmente en 1754<sup>70</sup> por Charles Bonnet (1720–1793), biólogo y filósofo suizo, para formular lo que se puede considerar como el principio de la Psicología Asociacionista: “no conocemos el alma más que por sus facultades y no conocemos las facultades más que por sus efectos. Estos efectos se manifiestan por la intervención del cuerpo” (Bonnet, 1754: T. 8,1). Así, en la misma línea que Locke y afín a los principios de la ciencia moderna centrada en la Física, ante la imposibilidad de conocer las sustancias en sí mismas, no cabía más que proponer una Psicología que tuviese en cuenta los sentidos externos o internos y el ser, como objetos de investigación empírica. Para ello creía necesario partir de la existencia de un sistema nervioso que se hiciera cargo de las sensaciones y explicar, a partir de las fibras nerviosas, tanto los procesos sensoriales como también las funciones psicológicas de la atención, la memoria y el reconocimiento. De esta manera introduce, por vez primera, la energía nerviosa concreta con la que ciertas fibras neuronales realizaban ciertas funciones.

Para explicar los procesos mentales superiores, recurre a las asociaciones de las sensaciones o recuerdos en el contexto en un tiempo y un lugar determinados. Una visión asociacionista que se refleja claramente en el estudio que hizo sobre las alucinaciones de su abuelo Charles Lullin. Unas alucinaciones, cuyo origen se encontraban en unas cataratas, que le produjeron, durante tres meses, imágenes de hombres, pájaros y edificios que cambiaban de silueta. Este cuadro hoy se conoce como Síndrome de Charles Bonnet<sup>71</sup>, muy bien descrito por Morsier en 1936 en honor al filósofo y biólogo suizo.

---

<sup>70</sup> Desarrolló en su *Essai de Psychologie* (1754) unas ideas semejantes a las de Condillac, asumiendo la importancia que las sensaciones tienen en la vida psíquica, al ser su fundamento. Subraya además el hecho de la intervención de la fuerza espiritual interna en el origen de tales facultades. Una fuerza interna que Bonnet identifica tanto con el conjunto de las facultades innatas del alma como con la organización psicofisiológica. De esta forma, el organismo, en vez de enfrentarse con la realidad externa de un modo enteramente pasivo reacciona de una manera activa frente a los estímulos.

<sup>71</sup> Se caracteriza por alucinaciones visuales vividas, complejas, estereotipadas, que pueden tener movimiento, empeorar con la fatiga, estrés y baja iluminación. Se han establecido los siguientes criterios



Su posición asociacionista le llevó incluso a buscar en el razonamiento matemático, la formulación de modelos físicos, la incorporación de conocimientos médicos, fisiológicos y anatómicos, los argumentos para explicar los fenómenos mentales (Bonnet, 1754).

Su interés por los fenómenos mentales se extendía, además de a la creación de ideas, a las emociones y los sentimientos, incluso a los actos de voluntad. Intentaba explicar todas estas funciones a partir de las sensaciones y su relación con las ideas, considerando la Ley de la Contigüidad como la ley principal. Propone un sensismo que busca establecer cierta analogía entre los elementos psíquicos más simples y los átomos que se combinan en los cuerpos. De ahí, que el asociacionismo fuera llamado también “Atomismo psicológico”<sup>72</sup>.

En esta línea, se encuentra también Thomas Brown (1778-1820)<sup>73</sup>, que, en clara oposición a Reid diferencia la percepción de la pura sensación cuando se refiere a objetos externos. En la percepción, afirma, una primera sensación sugiere por asociación con otras sensaciones que especifican aquellos objetos a los que hacen referencia. Resalta así, la función de las asociaciones en las operaciones mentales y devuelve al Empirismo la importancia de los procesos asociativos, si bien sus opiniones al respecto eran menos mecanicistas que las de Hume y Hartley. En sus propuestas,

---

diagnósticos: 1) Alucinaciones visuales formadas, complejas, persistentes. 2) Conciencia parcial o total de que las alucinaciones son irreales. 3) Ausencia de alucinaciones en otras modalidades sensoriales. 4) Ausencia de delirios primarios o secundarios. La evolución puede ser: episódica (de días a meses); periódica (con remisión durante meses) o continua.

<sup>72</sup> Su origen se remonta a los filósofos clásicos como Leucipo de Mileto (430 a.c.) y su discípulo Demócrito de Abdera (420 a.c.), que ya propusieron esta idea que defiende que todos los objetos están compuestos por átomos infinitesimalmente pequeños. Aplicado a la Psicología intenta demostrar que las ideas complejas tales como, “casa” o “Psicología” pueden ser analizadas como un conjunto de ideas simples o, incluso, como conjuntos de sensaciones que se han asociado entre ellas. Los atomistas llevaron su hipótesis a su límite máximo, apoyando tanto al materialismo como al determinismo, uno de los lemas favoritos de Demócrito era que tan sólo existen los átomos y el vacío. Según Demócrito, cada objeto emite un tipo especial de átomos, a los que denominó *eidola*, que son copias de los objetos, que, al llegar a nuestros sentidos, los percibimos de manera indirecta por medio de estas copias. De esta forma, nuestros procesos de pensamiento se limitan a unir o separar las *imágenes-eidola* en nuestro cerebro. Los filósofos del siglo XVIII, por su parte, y después de que el Atomismo fuera recuperado por la Revolución Científica, consideran las *eidola*, nuestras percepciones, no como copias exactas o precisas de los objetos que las emiten.

<sup>73</sup> Con la intención de superar las diversas objeciones de la escuela escocesa ortodoxa al Asociacionismo y sus tendencias analíticas, reformuló los principios de Hartley como principios de la sugestión. Con ello, quería demostrar que la “exterioridad” no es más que una construcción, fundada sobre las nociones más primarias del tacto y de la espacialidad.

asume que las asociaciones deben ser entendidas como sugerencias útiles para formular una explicación de la consciencia. Para su argumentación, defiende la existencia de dos clases de sugerencias: simples y relativas. Las sugerencias simples van a permitir la producción de ideas complejas; por ejemplo, el título de una obra musical puede evocar toda la secuencia de melodías. Por otra parte, las sugerencias relativas, comprenden los datos que no proceden de los sentidos, por lo que afectan en exclusiva a las operaciones mentales. Por ejemplo, la Topología es el estudio de los espacios matemáticos multidimensionales, que no representan experiencias sensoriales.

A lo largo de su obra, realiza un análisis pormenorizado de las ideas asociacionistas a partir de diversas leyes de los empiristas y asociacionistas británicos como las de contigüidad temporal, frecuencia, recencia, vivacidad y semejanza. Hay que resaltar que éstas fueron ya adelantadas por Aristóteles en su teoría sobre la memoria, como reflejo de la creencia de que la experiencia es la principal fuente de conocimiento, especialmente la experiencia sensorial. No obstante, sobre ellas, Thomas Brown (1820), propuso nueve principios secundarios de la asociación para completar los formulados por Aristóteles, que pueden ser considerados como las bases de las primeras teorías del aprendizaje:

1. El tiempo en que dos sensaciones coexistan;
2. La vivacidad (saliencia) de las sensaciones;
3. La frecuencia de emparejamiento;
4. Si las dos sensaciones han sido emparejadas recientemente;
5. Si las sensaciones están libres de fuertes asociaciones con otras sensaciones;
6. La diferencia constitucional del sujeto;
7. El estado emocional del sujeto;
8. El estado corporal momentáneo (salud, enfermedad, intoxicación)
9. Los hábitos.

Incluso, Brown (1820) se atreve a ofrecer una concepción de la personalidad como ente unitario surgido también de la asociación de las experiencias.

Otros autores, como el evolucionista Spencer (1820-1903)<sup>74</sup>, Bain (1818-1903) y Mill (1773-1836) fueron también asociacionistas que abordaron los problemas de las funciones mentales, incluidas las emociones y los sentimientos. Unos asociacionistas que buscaron resolver diversos problemas y limitaciones de las teorías psicológicas asociacionistas, como su incapacidad para detectar las diferencias entre diversos hechos psicológicos. La reducción de todos los hechos psicológicos a simples asociaciones de sensaciones llevaba a que ciertos aspectos les pasaran desapercibidos. Diferencias también, como las que existen entre la naturaleza de las ideas y las sensaciones o percepciones de los sentidos, que evidencia la diferencia esencial entre conocimiento sensitivo e intelectual que afectan a la naturaleza del ser humano en su sentido más amplio. Una limitación que pretende superar John Stuart Mill (1806-1873) con un asociacionismo más sofisticado en el que recurre a la idea de felicidad, como presencia de placer y ausencia de dolor, para su argumentación principal. Presentó una de las posiciones asociacionistas más novedosas basándose en la obra de su padre *Analysis of the phenomena of the human mind* (1829)<sup>75</sup>, que le permitió formular su denominada “mecánica mental”. En ella, sostiene que la ley de asociación podría dar razón de la experiencia mental más completa. Para él, incluso las creencias, con implicaciones en el campo de la moral y la lógica, se forman mediante las asociaciones que se producen en la mente a partir de la experiencia formada por los sentimientos y las vivencias.

Asume que todo conocimiento parte de las impresiones sensibles de los sujetos y de ciertas operaciones de la mente sobre los contenidos de la experiencia. Se trata de un proceso que lo formula bajo la noción de “química mental”<sup>76</sup>, que recoge la capacidad

---

<sup>74</sup> Spencer, escribió su obra antes que Darwin, integró el Asociacionismo y la Fisiología sensomotriz con la evolución Lamarckiana; anticipó la Psicología de la adaptación. Llegó a defender, incluso antes que Darwin, que se puede conocer la mente observando cómo ha evolucionado, ya que concebía el desarrollo como un proceso por el cual las conexiones entre las ideas llegaban a reflejar con exactitud las conexiones entre los sucesos dominantes en el entorno. Al establecerse estas conexiones entre ideas por contigüidad es posible deducir las leyes de la asociación mental a partir de la constitución sensomotriz del sistema nervioso y del cerebro.

<sup>75</sup> Se considera que James Mill, padre de John Stuart Mill, en su obra reseñada *Analysis of the phenomena of the human mind* (1829) presenta una de las mejores presentaciones de las bases del asociacionismo. Especialmente, también, tras la revisión que hizo su hijo.

<sup>76</sup> Esta noción de “química mental” la desarrolla Mill para explicar la forma en que las ideas pierden su identidad original al fundirse en ideas más complejas por medio de la asociación. Las asociaciones muy rápidas tienen como resultado una pérdida de algunas partes, de forma que las ideas simples generan, más que componen, las complejas.

del ser humano de formar ideas complejas a partir de otras más simples. Esta capacidad de generación de ideas complejas a partir de las simples, recogida en su noción de química mental, es considerada por el filósofo como una manifestación de la existencia de facultades elevadas en el hombre. Por tanto, si el ser humano posee estas capacidades elevadas, también será capaz de utilizarlas en el ámbito emocional, generando placeres más elevados y sentimientos morales. De esta forma, adquiere sentido la distinción cualitativa que hace entre placeres “superiores” (características espirituales e intelectuales del hombre) y placeres “inferiores” (características sensuales y físicas de todo ser sintiente); “Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades” (Mill, 1861:47).

Mill (1863), aprovecha esta idea de felicidad para plantear la importancia que las emociones y los sentimientos tienen para el ser humano. Decía que, aunque se tuviera un buen barco, una buena tripulación y un buen plan de viaje, si no se tienen velas el viaje es imposible. Aplicando este símil a los sentimientos morales, éstos serían las velas que impulsan el viaje moral, siendo a la vez motivadoras y significativas. Se trata, pues, de una concepción de los sentimientos no sólo como participantes de la comprensión moral, sino como elementos que intervienen, al igual que las emociones, en los pensamientos y elecciones racionales, de forma similar a cómo la razón y la educación intervienen en la formación de los sentimientos. De esta manera, propone una concepción de las emociones con un componente cognitivo ya que, al participar en los sentimientos, se dirigen hacia algo o alguien; esto es, son intencionales. Además, al formar parte de las creencias o ideas que se tienen de los objetos del sentimiento lo modelan. En definitiva, “[...] todas las cosas deseables [...] son deseables, ya bien por el placer inherente a ellas mismas, o como medios para la promoción del placer y la evitación del dolor” (Mill, 1863:46), que se sitúa en la consecución de la virtud.

Mill (1863), buscando dar mayor coherencia a su concepción del ser humano, además de considerarlo un ser racional y deseante, lo considera también un ser social. En su obra, la razón, el deseo y la sociedad encuentran su equilibrio entorno a la idea de la felicidad. Para él, la búsqueda del bienestar social a través de la felicidad, es, por tanto, el principal y mayor fin que debe buscar todo ser humano racional, ya que su

capacidad de desear va más allá de lo inmediato y lo subjetivo, hasta lo universal y permanente. En su utilitarismo, la felicidad, el placer, la evitación del dolor, ocupan un lugar central.

Mill (1863) entiende a la felicidad, al contrario que los griegos clásicos, en términos de placer que se subordina al individuo. El placer debe subordinarse a la sociedad, al bien moral que no es otra cosa que la consecución del placer para el máximo número de personas. Una posición, calificada de utilitarista, que se sustenta sobre un sistema ético que pone el fundamento y la regla de la moral en la utilidad entendida como interés mayoritario; las acciones son moralmente buenas si son útiles para el mayor número de individuos. “La felicidad de cada persona es un bien para esa persona, y la felicidad general, por tanto, un bien para el conjunto de todas las personas. La felicidad ha demostrado su pretensión de ser uno de los fines de la conducta y, por consiguiente, uno de los criterios de la moral” (Mill, 1863:24).

La fortaleza de su posición le viene dada por la propia experiencia que informa que lo único deseable por sí mismo es la felicidad, ya que la experiencia, la práctica de la auto consciencia, la auto observación, y la observación de los demás, se constituye como la base para afirmar que la naturaleza humana está constituida de tal forma que no se desea nada que no sea o bien parte de la felicidad o medio para la felicidad, y la única prueba de que algo sea deseable es que realmente se desee. Por tanto, la felicidad deseable no es la que cualquier hombre desea o cualquier deseo, es lo que los hombres moralmente desarrollados desean. Por ello su concepción de felicidad es llamada felicidad moral.

Esta búsqueda de explicaciones psíquicas a partir de la asociación de ideas, defendidas por los asociacionistas, es bastante criticada por los psicólogos fisicalistas al considerar que el hecho de presentarse vinculadas en la vida real no es una razón suficiente. Es un error sostener, por tanto, que la vida psíquica se deba al encuentro con la cosas a través de los sentidos y reducir lo psíquico a impresiones sensoriales. Por tanto, la complejidad de la vida psíquica no puede reducirse al estudio de los componentes elementales de la consciencia en su vinculación con la experiencia.

De todo ello, surge un movimiento opuesto a las teorías asociacionista, como es la Frenología, que busca paliar las dificultades explicativas del asociacionismo mediante la localización de las funciones mentales en zonas concretas del cerebro. Una visión reduccionista que, como se verá a continuación, afirma que la determinación del carácter, los rasgos de la personalidad, y todas las demás funciones mentales y afectivas, incluidas las tendencias criminales, se encuentra en el cerebro. Además, y yendo más lejos aún, afirma que la forma del cráneo, la cabeza y las facciones son las manifestaciones externas de dichas características y capacidades del ser humano.

Alexander Bain (1818-1903), autor que bien puede ser considerado en último filósofo-psicólogo asociacionista, refleja en sus obras *The Senses and the Intellect*, (1855) y *The Emotions and the Will* (1859) la creencia sobre que la realidad exterior acompaña y determina nuestra conciencia y el surgir de las emociones como la expresión de la participación directa de la persona. Apoyándose en los descubrimientos hechos en Fisiología y la Psicología, se centró en desarrollar una Psicología asociacionista “renovada”, reforzando el papel de la actividad espontánea del cerebro. Para ello, y con este fin, prestó atención a los reflejos, el instinto y la creencia, introduciendo con ello dos nuevas leyes de la asociación: la relatividad de nuestros estados mentales y la difusión que va de lo orgánico a lo psíquico y viceversa.

Bajo estos planteamientos, las emociones, afirma, nacen de la actividad originaria, instintiva, y de la acción voluntaria, que teniendo como base los sentimientos de placer y de dolor, se consolidan en la consciencia gracias al establecimiento de relaciones constantes entre los fenómenos, y entre éstos y nuestras emociones. Incluyo, junto a estos dos tipos de acciones, un tercer tipo que se encuentra en el medio, entre el instinto y la voluntad. Una acción que no está determinada ni por un instinto, ni por una conciencia intelectivamente discursiva, sino por una “idea fija” que expresa al mismo tiempo una experiencia y un grupo de emociones constantes y generales, propias de la vida humana en cuanto tal. Ella es, al mismo tiempo, idea y sentimiento, espontaneidad que llega a ser idealidad, vida concreta que llega a ser principio universal y por lo tanto cierta y activa. Esta visión es la que defiende en su obra *On the study of character, including and stimate phrenology* (1861) mediante la división entre lo intelectual, lo volitivo y lo emocional. Una división que le lleva a diferenciar dos tipos de personas:

Las emotivas, que las identifica como aquellas que se rigen por las emociones y vibran ante cualquier cosa y frecuentemente no pueden controlar sus emociones y las intelectuales, que lo analizan y racionalizan todo, se autocontrolan y raramente permiten que sus emociones salgan a flote. De esta manera, Bain, puede ser considerado también, como uno de los pioneros de la Psicología Diferencial.

### 4.3. Los inicios de la Psicología Científica

En el S. XIX se dieron fuertes debates sobre cuáles debían ser los métodos para estudiar las funciones fisiológicas y mentales. La incipiente Psicología mira a la Fisiología, a la Medicina y a las ciencias biológicas y a sus metodologías para buscar la explicación de la conducta humana. Una búsqueda que se encuadra en dos tradiciones; una tradición alemana, encabezada Johannes Müller (1801-1858), que defiende la utilización de la observación objetiva frente a técnicas como la vivisección, y una tradición francesa, encabezada por François Magendie (1783-1855).

Independientemente de sus posiciones enfrentadas, lo cierto es que ambas tradiciones contribuyen al desarrollo de la Psicología científica como una ciencia natural. Un fortalecimiento de esta tendencia se ve potenciado con los trabajos de Claude Bernard (1813-1878), que fundamenta la investigación fisiológica en el llamado *razonamiento experimental*. El experimentalismo en oposición al razonamiento escolástico, no parte de ningún principio o postulado a priori inmutable, ni absoluto y fuera del alcance de la experiencia. Para Bernard, el punto de partida está en la experiencia.

Todo este proceso queda muy bien recogido en la obra de Charles Bell (1772-1842), uno de los fisiólogos clave de esta época, especialmente en su trabajo titulado *Idea of a New Anatomy of the brain: Submitted for the Observations of his Friends* (1811)<sup>77</sup>. En esta obra muestra la existencia de la doble naturaleza, sensorial y motora,

---

<sup>77</sup> Una obra que, a pesar de haberse imprimido sólo 100 ejemplares, aparece recogida en la mayoría de los manuales como referencia del inicio de la Neurofisiología.

de las raíces espinales. Se considera que fue el primero en demostrar experimentalmente la función de las dos raíces de la médula espinal en un animal vivo. Una irritación de las raíces ventrales, decía, causa calambres y la de las posteriores no produce síntomas visibles. Su argumento descansa en el hecho de que las raíces ventrales conectan los nervios periféricos con el cerebro, que es el centro de la sensibilidad y la motricidad, mientras que las raíces dorsales conectaban los nervios periféricos con el cerebelo, centro de las funciones vegetativas del cuerpo. Completa así las teorías de Haller<sup>78</sup> sobre el Sistema Nervioso Central y las lleva al campo de la Medicina práctica. A pesar de ello, hay que decir que la terminología que utiliza carece de precisión.

Otro fisiólogo, François Magendie (1783-1855), publica en 1822 un trabajo en el que desarrolla los mismos experimentos que Bell aunque llega a matizaciones diferentes, como que la raíz posterior de la médula espinal no produce contracción muscular mientras que la raíz anterior sí. A pesar del desacuerdo, la aportación de los trabajos de ambos autores, lleva a considerar la fisiología del Sistema Nervioso desde la doble visión sensorial y motora y definida mediante un mecanismo de transmisión unidireccional del impulso nervioso (Ley Bell-Magendie).

Johannes Müller (1801-1858) añade un aspecto más al planteamiento de Bell respecto a ley de la especificidad de las fibras nerviosas y su relación con las diversas modalidades sensoriales, así como los tiempos de reacción. Afirma que la cualidad de la sensación no depende tanto del tipo de estímulo que afecta a los sentidos como del tipo de fibra nerviosa que interviene en la percepción. Por tanto, si se estimula, por ejemplo, el sistema visual se tendrán sensaciones visuales, si se estimulan los nervios

---

<sup>78</sup> Albrecht von Haller (1708-1777), fue profesor de Anatomía, Cirugía y Botánica en la Universidad de Gotinga. Centró sus trabajos de Fisiología en el estudio de lo que él mismo denominó *anatomia animata*, en los que diferencia la irritabilidad y contractilidad como fenómenos exclusivos de la fibra muscular y la sensibilidad como perteneciente al sistema nervioso (*Elementa physiologiae corporis humani*, 1759-1766). La obra más extensa de toda su producción científica fue *Icones anatomicae* (1743-1756). En cuanto a la Oftalmología, editó los trabajos de Boerhaave. Entre las muchas compilaciones científicas que publicó, hizo una prolija y crítica revisión de lo conocido hasta entonces sobre Cirugía y, en particular, sobre la oftalmológica y contribuyó a ampliar los conocimientos anatómicos y fisiológicos del aparato visual. Extraído de Internet de los Archivos de la Sociedad Española de Oftalmología por J. J. Noguera Paláu.



especializados en provocar las sensaciones de calor, se tendrá calor, independientemente de si el estímulo es luz o no o si es calor o no. Esta ley de Müller, de alguna manera, viene a reforzar las tesis filosóficas defendidas por los idealistas sobre que las cualidades sensibles que se perciben en los objetos son una proyección de la mente en el supuesto mundo en el que el ser humano cree situarse.

Esta teoría de las energías específicas permite reducir muchos de los problemas de la cognición a problemas fisiológicos. Esto supuso también un estudio de los receptores sensoriales y la distinción entre lo central y periférico. Se llega a defender la diversidad sensorial por el lugar donde se producen las sensaciones, esto es, en los propios nervios o en zonas terminales.

En esta línea, y centrado en el estudio de las energías específicas, se encuentra también Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz (1821-1894), un fisiólogo que defiende la idea de que la referencia de nuestras sensaciones se encuentra en nuestros nervios y que, cada uno de ellos, posee una energía que es específica. Esta idea lleva a considerar que si se tienen cinco sentidos, éstos serán estimulados por cinco energías específicas, de ahí que el mundo se deba valorar a partir de esas cinco cualidades. No obstante, hay que tener presente, como dijo el propio autor, que desde el punto de vista energético los estímulos son todos iguales.

Su teoría de la *inferencia inconsciente* (1867)<sup>79</sup> fue quizás su mayor logro. En ella, mantiene que los datos que nos proporcionan los sentidos no bastan para construir una imagen del entorno, sino que son completados por los que tenemos almacenados en la memoria y, en base a estos últimos, la mente realiza un proceso inferencial del que no somos conscientes. Las ilusiones ópticas son una prueba de esto ya que en determinadas circunstancias realizamos inferencias equivocadas basándonos en datos de la memoria. Esta posición plantea una contradicción entre lo psicológico y lo fisiológico. “Por favor, no olvidemos que el materialismo es una hipótesis metafísica...Si esto se olvida, el materialismo se convierte en un dogma que entorpece el progreso de la ciencia y que

---

<sup>79</sup> Esta obra de Helmholtz, bajo el título *Handbuch der physiologischen Optik*, recoge diversos trabajos escritos durante los años 1856-1866 que fueron reunidos en un volumen en 1867. Se trata de un libro, que durante muchas décadas fue el texto definitivo sobre la Fisiología de la visión, en el que tras inventar el oftalmoscopio, desarrolló una teoría extensa y muy interesante sobre la percepción del color. Esta obra especialmente, aunque sin desechar las demás, define la problemática de la Psicología Experimental de la percepción visual y auditiva a lo largo de ese siglo XIX.

conduce, como todos los dogmas, a la intolerancia violenta” (Helmholtz, 1867:355-356). A pesar de ello, no acepta el Espiritualismo o Vitalismo, pero tampoco el Materialismo activo.

Gracias al enorme desarrollo de estos trabajos y la aplicación del método científico-experimental, la Psicología va dejando de lado a la Filosofía y constituyéndose como disciplina científica. Ella pretende estudiar los fenómenos mentales a través de la observación y la experimentación, atendiendo, sobre todo, a los datos de la consciencia. Esto lleva a considerar el análisis experimental de los fenómenos de la consciencia a partir de la medida de las sensaciones, dando lugar a la llamada Psicofísica y a la Psicofisiología del siglo XIX. Los autores más relevantes de este movimiento son fisiólogos estudiosos de las funciones mentales, más que psicólogos, entre los que destacan Weber, Fechner y, el comentado, Helmholtz.

### **4.3.1. La Frenología**

La Frenología es un movimiento que se desarrolló en una dirección completamente diferente al Asociacionismo. Supuso una visión reduccionista que, como se verá a continuación, defendía que el carácter, los rasgos de la personalidad, y todas las demás funciones mentales y afectivas, incluidas las tendencias criminales, se encuentran ubicadas en zonas concretas del cerebro, que se corresponden con zonas del cráneo. Asume por tanto, que de esas zonas del cráneo y su conformación se podía inferir el tipo de rasgos y cualidades psíquicas que tenía el sujeto observado. Un método muy útil si se tiene en cuenta que en aquella no se podía época acceder directamente al cerebro. Por tanto, la investigación frenológica mediante el estudio del cráneo, bajo el supuesto de la relación entre las características de las diferentes áreas y la manifestación externa de capacidades, resultaba de los más novedoso y esperanzador<sup>80</sup>.

---

<sup>80</sup> De acuerdo con los seguidores de la Frenología, las depresiones y las prominencias en el cráneo indican el tamaño del área subyacente del cerebro y así al correlacionarlas con los rasgos de la personalidad o con diversas funciones mentales, indican la zona del cerebro que controla esos rasgos o funciones.

La Frenología, como movimiento con pretensiones científicas, tiene su origen en el trabajo de Franz Joseph Gall (1758-1828)<sup>81</sup> y de su discípulo Johann Gaspar Spurzheim (1776-1832) *Anatomie et physiologie du système nerveux en général* (1810) en el que sientan las bases de la Craneoscopia<sup>82</sup>. Esta obra, centrada en la búsqueda de signos externos en el cráneo que permitan establecer correlaciones entre el carácter y las demás funciones mentales, fundamenta su validez en tres premisas decisivas:

1. El tamaño y la forma del cráneo refleja el tamaño y la forma de las partes subyacentes del cerebro,
2. Las capacidades mentales son innatas y fijas
3. El relativo nivel de desarrollo de una capacidad innata se refleja en la zona cerebral correspondiente.

Sobre estos supuestos, se consideraba que la correlación observada entre una capacidad particular bien desarrollada y un área particularmente prominente del cráneo puede ser interpretada como evidencia de la localización cerebral de esa capacidad en la parte correlativa del cerebro y de su desarrollo.

La inclusión de la idea de fragmentación de las funciones psicológicas en distintas partes del cerebro fortalece el desarrollo de la Frenología y refuerza la búsqueda de respuestas a la pregunta sobre qué zonas del cerebro son las responsables del comportamiento y, por tanto, la fuente explicativa de la Psicología humana. En definitiva, esto lleva a Gall a reformular su posición con las siguientes afirmaciones (Barcia-Salorio, 2004):

1. Las facultades intelectuales y morales son innatas.

---

<sup>81</sup> Gall y Spurzheim (1810), a la luz de los trabajos sobre Neurología de Albrecht von Haller (1708-1777), publican un tratado de cuatro tomos sobre el sistema nervioso en el que sostenía que la materia gris era la parte activa y esencial en el sistema nervioso y que la materia blanca era una mera conexión. No obstante, sólo los dos primeros son de ambos, ya que se separaron por diversas divergencias y Gall terminó de escribir el tercero y el cuarto sobre 1817. En esta obra propusieron que la forma del cerebro estaba relacionada con la capacidad mental y que sus diferentes partes estaban relacionadas con las partes del cuerpo, incluso con las cualidades emocionales y temperamentales. Supuso que esa forma podía deducirse de las desigualdades superficiales del cráneo. Estas suposiciones marcaron el comienzo de la Frenología.

<sup>82</sup> Hay que reseñar, en aras a la verdad histórica que el término Frenología fue introducido por Spurzheim para así reorientar entre movimiento hacia el estudio de la mente y no del cráneo, como defendía su maestro.

2. El ejercicio de estas facultades intelectuales y morales depende de la organización del cerebro.
3. El cerebro es el órgano de todas las inclinaciones, instintos y facultades, incluidas lógicamente las emociones.
4. El cerebro está hecho de muchos órganos particulares, tantos como inclinaciones, instintos y facultades, los cuales difieren unos de otros.
5. El cráneo refleja el crecimiento de las zonas cerebrales. Por tanto, midiendo el cráneo se pueden conocer datos mentales.

La Frenología propició la implantación de una metodología basada en la “lectura de cabezas” para conocer y explicar la Psicología humana. Gall y los demás frenólogos identificaron veintisiete órganos cerebrales en los que se localizaban las diversas funciones mentales, así como diversos rasgos de la personalidad. Una idea que les llevó a considerar las diferentes formas de las cabezas de los seres humanos y las posiciones de los órganos en ellas como indicadores de dichos rasgos y funciones. De ahí, su convencimiento de que la cabeza es la zona del cuerpo donde mejor se revelan las tendencias naturales, debiendo imponerse su lectura para determinar la existencia o no de lo que entendían como limitaciones o fortalezas del carácter del ser humano.

Con los años, la Frenología, empieza a incluir un mayor número de conceptos, como el instinto de la reproducción, el amor de la progenitura y a estudiar el vínculo, la amistad, el instinto depredador, de conservación y de territorio, la inclinación al asesinato, la astucia, el sentimiento de propiedad (que si está muy desarrollado lleva al individuo a robar), el orgullo, la circunspección, la memoria, el sentido del lenguaje, el talento para las distintas artes, etc. Estos conceptos tienen como base tres postulados básicos en forma de prescriptores sobre cómo reconocer, por la inspección de la cabeza, los instintos, los sentimientos y hasta la capacidad intelectual del individuo, a saber:

1. que los instintos, necesidades, impulsos, ocupan la parte inferior del cráneo en toda su circunferencia, excepto la frente.

2. que las doce facultades morales residen en toda la parte del cráneo colocada por encima de la anterior, excepto la frente<sup>83</sup>.

3. Todos los órganos de las facultades intelectuales se hallan situados en la región frontal.

Spurzheim (1815) aumentó a treinta y tres el número de órganos definidos por Gall, cambiando los nombres de algunos de ellos, a la vez que los ordenó según categorías jerárquicas a partir de aquellas que comparte el ser humano y los animales (amor a la descendencia, por ejemplo) hasta las más elevadas capacidades humanas como la veneración y el lenguaje. Fue el primero en presentar dibujos de cabezas humanas con la representación de las “parcelas” atribuidas a cada una de las facultades descritas, como un modo de popularizar su teoría haciéndola más comprensible para el público.

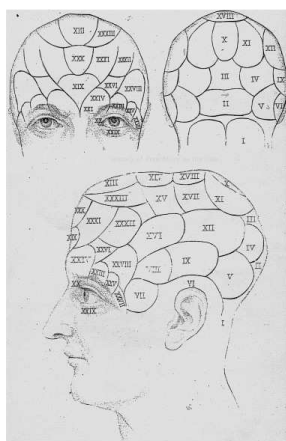


Fig. 2.- Frontispicio realizado por Spurzheim en 1815.

Las emociones y su naturaleza también fueron objeto de estudio de la Frenología bajo la creencia de su localización en el cráneo y la posibilidad de ser deducidas de la forma de éste (Boring, 2006). Los frenólogos desarrollaron una teoría del instinto como una “ingeniería emocional”, muy bien reflejada en el trabajo de Rhodakanaty<sup>84</sup>, en la

---

<sup>83</sup> La expresión más gráfica de este postulado se encuentra en la creencia de que en un individuo que lleva sombrero, las facultades morales o afectivas se hallan por debajo del sombrero, mientras que los instintos se desbordan hacia abajo.

<sup>84</sup> Plotino Rhodakanaty, médico griego, inspirado por los trabajos de Gall y Spurzheim, publica en 1874 un periódico bajo el título *El Craneoscopio* con el fin de divulgar la Frenología en México.

que se asume que la Frenología debe ser comprendida por las personas “que han tenido la desgracia de nacer con inclinaciones y sentimientos capaces de comprometer su felicidad.” (Rhodakanaty, 1874:2). Una teoría del instinto que ocupa un lugar predominante es la Teoría Frenológica de las Emociones, que los ubica en la región posterior del cerebro y en los lóbulos temporales. Spurzheim, yendo aún más lejos, defendió la distinción de las “razas frontales”, a las que calificaba como más inteligentes y las “razas occipitales” cuyo desarrollo predominante se observa en el campo de los sentidos. (Suárez, 2005: 28).

El propio Gall distinguió veintiuna facultades afectivas, divididas en nueve tendencias, como deseos de vivir e instintos de alimentación, y once sentimientos. Entre las tendencias, tenemos la destructividad (1), la amatividad (2), la filoprogenitividad (3), la adhesividad (4), la tendencia a habitar o morar (5), la combatividad (6), la tendencia a ocultar (7), la tendencia a adquirir (8) y la tendencia a construir (9). Por otra parte, entre los sentimientos encontramos: la prudencia (10), la aprobación (11), la autoestima (12), la benevolencia (13), la reverencia (14), la firmeza (15), la escrupulosidad (16), la esperanza (17), la maravilla (18), la idealidad (19), la alegría (20) y la imitación (21). Defiende así, la existencia de una estructura emocional con capacidad para reconocer cada una de las emociones y ser corregidas mediante la orientación de las inclinaciones impuras hacia el desarrollo de la vida virtuosa. Esta posibilidad es lo que entiende por Ingeniería de la Emoción; esto es, la capacidad no sólo de identificar las emociones mediante la palpación craneal, sino también la de influir en ellas, mediante pautas educativas, con el fin de cambiarlas. De esta forma, la Frenología se reafirma como una ciencia fáctica que busca establecer la configuración y la regulación de las emociones, al tiempo que busca asumir los preceptos metodológicos de dichas ciencias fácticas.

Además, al asumir la existencia de centros cerebrales especializados interrelacionados, las emociones vienen a ser consideradas también como la consecuencia de cambios en el estado del cuerpo controlados por el sistema cerebral, que responden a estímulos relevantes, pertinentes o emocionalmente competentes, provocadores de la emoción. Estos estados emocionales generan a su vez los sentimientos como la consciencia de la experiencia de esos cambios, como la percepción, la idea o el pensamiento de un estado particular del cuerpo. Los

sentimientos, por su parte, traducen dichos estados emocionales, como una forma de lenguaje de la mente. Son pensamientos específicos, no cualesquiera, que representan el cuerpo en un proceso reactivo. El paso de la emoción al sentimiento es inmediato y de ahí su empleo como sinónimos.

Charles Bray (1811-1884), a pesar de considerarla una pseudociencia, se sintió atraído por ella y centró su interés en el estudio de las emociones y su educación, asumiendo la concepción frenológica del cerebro como el órgano de la mente. Junto a su esposa, en su casa situada en el barrio londinense de Coventry, organizaba tertulias a las que acudían pensadores de diversos campos del conocimiento, formando lo que se denominó el Círculo de Rosehill. Entre los asistentes a dichas tertulias encontramos a Robert Owen, Herbert Spencer, Harriet Martineau, y Ralph Waldo Emerson, todos con una ideología liberal, incluso bastante radical para aquellos tiempos. En definitiva, y siguiendo a Gall, defendió la asociación entre el cerebro y las emociones. Una asociación que llevó a los frenólogos a promover la teoría de que es posible, gracias siempre a la palpación del cráneo, controlar las emociones, predecirlas y mejorar las prácticas insanas a la sociedad.

Esta idea la recoge Bray en un trabajo publicado en 1838 bajo el título *The Education of the Feelings*, en el que diferencia los sentimientos propios del ser humano con aquellos que comparte con los demás animales, clasificándolos en: autoprotección, auto-respeto, autoestima, amor de aprobación, amatividad, adhesividad, escrupulosidad, benevolencia, veneración y esperanza. Viene a defender no sólo la idea de que la mente está conectada estrechamente con la organización del cerebro, sino que tanto en lo cognitivo como en lo afectivo se puede mejorar por el efecto que la educación produce en la organización cerebral. Una idea, que va a tener fuertes repercusiones en las corrientes posteriores<sup>85</sup> como la Psicología Diferencial.

En esta corriente, en la que la estructura craneal es considerada el reflejo de las capacidades superiores del ser humano, encontramos también los trabajos sobre

---

<sup>85</sup> No se puede obviar el hecho de que la segunda revisión que hizo Bray de su trabajo en 1872, ampliándolo a 196 páginas, coincide con la fecha de la publicación de la obra de Darwin, *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*.

Antropología criminal realizados por César Lombroso (1835-1909)<sup>86</sup>. Éste parte de la consideración de la conducta como el resultado de tendencias observables en los aspectos fisionómicos del sujeto. Sus teorías pueden ser encuadradas dentro del llamado *Positivismo Criminológico* (Lombroso, 1897, 1902)<sup>87</sup>. A través del método experimental inductivo, establece que todos los delincuentes con delitos graves tienen en común una serie de aspectos constitucionales, de origen innato: protuberancia en la frente, pómulos salientes, ojos achinados, protuberancias en el cráneo. Básicamente, el principal supuesto de Lombroso es que existe una variedad de criminales, los *criminales natos*, que no son más que hombres de las cavernas que conviven en sociedades civilizadas, y que se les puede distinguir por presentar estigmas morfológicos de su condición atávica, constituyendo el *tipo criminal*.

Lombroso (1897), no sólo llega a la conclusión de que los niveles y grados de violencia en el ser humano se pueden conocer a partir de tales características fisiológicas de las personas, sino que fue más allá y concluyó que a partir de los rasgos y expresiones faciales y corporales se pueden detectar científicamente a los criminales natos. Para estudiar este efecto visitó las cárceles italianas en innumerables ocasiones, haciendo dibujos de las caras y otras partes del cuerpo de las presas y los presos, realizando descripciones de los rasgos comunes entre los asesinos, ladrones, violadores, sexo servidoras (prostitutas), etc. Obviamente, para él, todos ellos, así como las personas honestas, son la consecuencia de un proceso de selección natural, y no como el resultado de las fallas de la estructura de la sociedad.

---

<sup>86</sup> Cesar Lombroso, médico y antropólogo criminalística italiano, escribió multitud de obras sobre el crimen y los delincuentes, convirtiéndose en uno de los principales representante del llamado Positivismo Criminológico. Un movimiento que aborda la criminalidad a partir de la relevancia de los factores biológicos individuales y el carácter atávico-regresivo del delito. Para este autor, “determinados estigmas degenerativos, de transmisión hereditaria, permitirían identificar al delincuente (nato) como un *genus homo delinquens*, esto es: como una variedad o subespecie mórbida del género humano inferior”

<sup>87</sup> Hay que señalar que la Antropología Criminalística de Lombroso no fue una idea original suya, ni inspirada por la obra de Gall. Parece ser que fue J. K. Lavater (1741-1801), filósofo, escritor, poeta, teólogo y Pastor suizo-alemán, con su obra *El arte de conocer a los hombres por la fisionomía* (1775-1778), el que establece los planteamientos fisiognómicos y frenológicos de la Fisiognomía como disciplina. En ella defiende cómo los rasgos congénitos pueden revelar la causa congénita del delito, aunque también del genio, como figura germinal de la creación desde la libertad, el sentimiento, la energía y la naturaleza. Ideas que servirán a Cesar Lombroso a formular su *Antropología criminal*.



Tal fue el impacto que tuvo la Frenología de las emociones en España, que el frenólogo Mariano Cubí (1852) tuvo que explicar en el Liceo de Barcelona a la sociedad científica, fundamentalmente católica, los puntos más controvertidos de esta nueva corriente<sup>88</sup>:

1. la distribución del cerebro en partes y la función de cada una;
2. la localización del alma;
3. cómo adivinar la existencia y el grado de dichas facultades por la simple observación;
4. las posibles causas que pueden conducir a error al hacer las conjeturas;
5. la influencia de la educación y la instrucción ejerce sobre el cerebro y
6. El dibujo de láminas en las que se señalen los asientos de los órganos cerebrales y las reglas para delinearlos.

Esta era, en definitiva, la demanda que se le hacía a la Frenología para ser considerada legítimamente como una ciencia psicológica con capacidad para explicar también las emociones.

La Frenología no fue acogida con el mismo entusiasmo por todos los científicos de la época aunque si fue muy exitosa. Se abrió un fuerte debate entre sus partidarios y detractores, sobre todo los funcionalistas, centrado en la falta de rigor científico de esta nueva disciplina frenológica. Este debate llevó a considerar la Frenología (y hoy en día se mantiene también) como un ejemplo paradigmático de pseudociencia. Especialmente criticada fue la práctica de la lectura de cabezas, muy extendida por los círculos vieneses, y que llevó al propio Gall a exiliarse de Viena.

---

<sup>88</sup> Se trató de una serie de charlas o conferencias impartidas en el Liceo de Barcelona que fueron publicadas en el periódico *El Clamor Público*, un periódico político, literario e industrial en los números 3 y 4 publicados el 12 de noviembre de 1845. En dicho periódico se podía leer que “con el objeto de amenizar nuestro periódico, ofreciendo toda la variedad posible a sus lectores, sin desatender en lo más mínimo la parte política que cada día ofrece mayor interés, publicaremos sucesivamente en la sección literaria un extracto de las lecciones de frenología y magnetismo que ha empezado a dar en el Liceo el señor Cubí, y que llaman extraordinariamente la atención, tanto por no haberse explicado nunca estas ciencias en Madrid, como por el acierto que demuestra este distinguido profesor en sus exámenes frenológicos, y su habilidad en las pruebas magnéticas. No creemos que baste pasar la vista por la corta reseña que desde hoy insertamos, para aprender la frenología y el magnetismo, pues a nuestro juicio no puede penetrarse en los arcanos de esas nuevas ciencias sin oír la voz del maestro y presenciar los análisis que practica, pero es suficiente para dar una idea de los principios y reglas generales en que se fundan a aquellos que no pueden asistir a la cátedra, y para recordar lo que han oído al señor Cubí los que se hayan matriculado y concurren constantemente a sus lecciones”.

No obstante, su influencia llega a ser tan grande y abarcadora que en todos los manuales de Historia de Psicología y de las Neurociencias la mencionan, aunque como un intento fallido de conocer la mente y su relación con el cerebro. A pesar de todo, como sucede con muchas creencias falsas, la Frenología intentaba demostrar cómo la mente, compuesta por habilidades como la de pensar, reflexionar y gobernar las emociones, reposa en el cerebro, no en el corazón ni en el hígado, como sostenían muchas teorías antiguas.

A pesar de todo ello, se puede afirmar que en la Frenología se encuentra el origen moderno de la relación emoción-cerebro; además de su contribución a la edificación de una moral sana para el bien de las razas y el distanciamiento de la moral que fomentaba las inclinaciones perversas (Olivier Toledo y Mondragón González, 2011).

#### **4.3.2. Los estudios del cerebro: Broca**

La investigación de las bases fisiológicas de la psique humana continúa con los estudios del cerebro que dieron lugar a la Antropometría con las mediciones del peso y volumen del cerebro. La obra del médico anatomista y antropólogo francés Pierre Paul Broca (1824-1880) fue esencial en este ámbito. Publica en 1861 su descubrimiento sobre la localización del centro del lenguaje en el cerebro, no en la mente ni en el cráneo. Es una zona conocida hoy como “Área de Broca” y ubicada en la tercera circunvolución frontal del hemisferio izquierdo (Schiller, 1992). Este descubrimiento fue vital para establecer una clasificación de uno de los síndromes neuropsicológicos por excelencia: la afasia. La afasia es el síntoma fundamental de la alteración de la función expresiva, permaneciendo la comprensión preservada<sup>89</sup>.

---

<sup>89</sup> No obstante, y sin quitar mérito a este descubrimiento, hemos de reconocer que 30 años antes que Broca (1836), el médico francés Marc Dax (1771–1837) había descrito un caso de parálisis derecha asociada a la afasia, que él relacionó con un daño cerebral por ACV en el hemisferio izquierdo. Sin embargo a Marc Dax nunca se le reconoció su gran descubrimiento.

La correlación que establece Broca, entre el trastorno del lenguaje y una zona cerebral concreta afectada, sirve para aumentar el prestigio de la idea de que las capacidades y funciones psíquicas están localizadas cerebralmente. Al tratar a un paciente que sólo era capaz de pronunciar la sílaba TAN (de ahí que se le conozca también como el caso TAN), a pesar de comprender bastante bien todo lo que le decían, descubre una lesión cerebral muy circunscrita en la tercera circunvolución frontal (TCF). Este hallazgo le llevó a relacionar dicha zona específica del cerebro (TCF) con la capacidad psicológica del lenguaje. La exposición de su descubrimiento la realizó en 1861 en la Sociedad Antropológica de París.

En la misma línea, pero trece años después, el médico alemán Carl Wernicke (1848-1905) describe el síndrome afásico que lleva su nombre (Síndrome de Wernicke) y que es parcialmente opuesto al descrito por Broca. En este caso, la lesión se produce en los dos tercios posteriores de la primera y segunda región temporal. Cuando la lesión abarca la región medial del lóbulo temporal se produce un déficit de decodificación acústica, como una especie de sordera verbal. Si la lesión se extiende a gran parte del lóbulo parietal la comprensión lectora está más afectada, se pierde la comprensión del lenguaje hablado o escrito, o ambos. Aunque el sujeto puede hablar, es incapaz de coordinar adecuadamente las palabras o sonidos. Puede oír, pero no comprende. Las palabras quedan despojadas en su mente de su carácter simbólico, por lo que no puede leer ni escribir. Los objetos no son reconocidos o se confunden. Suele emplear un exceso de palabras, a veces innecesarias y a veces incorrectas, que hacen que su habla se vuelva incomprensible. Su descubrimiento también fue el resultado de examinar a uno de sus pacientes que, aunque tenía capacidad de hablar con fluidez, no era capaz de entender nada de lo que le decían. En este caso, encuentra que la lesión se localiza en la primera circunvolución temporal (PCT).

A partir de entonces se comenzó a hablar de los dos tipos de afasias más conocidas: la afasia de Broca y la afasia de Wernicke; esto es, la afasia de expresión (motora) y la afasia de comprensión (sensitiva).

El efecto que tuvo el hecho de localizar el lenguaje en unas zonas cerebrales específicas fue tan grande que se modificó la concepción que se tenía del lenguaje como una función unitaria y no localizada en una parte del cerebro. A partir de estos

descubrimientos se pasa a considerarlo como una función localizada en la que se distinguen, entre otras, la comprensión y la expresión. También, a partir de estos trabajos, se acepta la creencia de una asimetría funcional del cerebro (hoy bastante cuestionada) que da lugar a la teoría de la lateralización cerebral en el siglo XX en la que se sostiene que el hemisferio izquierdo es normalmente el responsable del lenguaje, mientras que el derecho lo es de la capacidad de cálculo.

Los trabajos de Broca y Wernicke fueron desarrollados por sus discípulos forzando la creencia de la localización del comportamiento y de las capacidades psíquicas en la corteza cerebral. Una visión que se vio avalada también por Gustav Theodor Fritsch (1838-1929) y Ferrier Eduard Hitzig (1838-1907) con la publicación de su trabajo sobre la excitabilidad eléctrica del cerebro. En este trabajo demostraban, no sólo que la neocorteza era excitable eléctricamente, sino que también lo era selectivamente. La estimulación de la corteza anterior producía movimientos en el lado opuesto del cuerpo, mientras que la estimulación en la corteza posterior no producía movimientos. Estos resultados, de alguna manera, vinieron a cuestionar las teorías de Flourens sobre la negación del localizacionismo. Estos autores mantienen que las funciones psíquicas superiores tienen centros bien definidos, como el lóbulo frontal, al que llaman órgano para el pensamiento abstracto, para la inteligencia. Además, sostienen que, como la estimulación de ciertos puntos de la corteza pone en acción ciertos músculos y la destrucción de estos mismos puntos desordena la inervación de los mismos músculos, se tiene una prueba suficiente para mostrar que las diferentes partes del cerebro tienen diferentes funciones (Hitzig, 1884).

En 1892, Friedrich Leopold Goltz (1834-1902) realiza experimentos con técnicas de ablación buscando resolver la cuestión del localizacionismo. Sin embargo, no fue capaz de encontrar, al menos con las técnicas de aquella época, la existencia de datos que confirmaran las teorías localizacionistas. Mediante la ablación de la neocorteza a tres perros y su observación durante 57 días, 92 días y 18 meses, respectivamente, lo más que pudo verificar fue una disminución general de la voluntad y del intelecto, proporcional al tamaño de la lesión. Al no ver anulados ni los movimiento ni ninguna de las funciones observadas, le pareció tener un argumento fuerte en contra de la localización de la función. El neurólogo inglés John Hughlings-

Jackson (1835-1911) se apoya en estos resultados para formular el concepto de “organización cerebral jerárquica”<sup>90</sup> y así resolver el enfrentamiento entre los localizacionistas y los antilocalizacionistas. Pensaba que el sistema nervioso estaba organizado en numerosas capas ordenadas en una jerarquía funcional. Cada nivel sucesivamente mayor, controlaría aspectos más complejos del comportamiento, pero lo haría a través de los niveles inferiores. Sugirió que las enfermedades o lesiones que afectaran a los niveles más altos producirían una disolución de la conducta más compleja pero se mantendría un repertorio de comportamientos más sencillos, típicos de un animal que aún no hubiera desarrollado dichos niveles.

En esta línea se encuentra también Marie-Jean Pierre Flourens (1794-1867), fisiólogo francés, que creía que era imposible localizar las funciones cerebrales con precisión, ya que las diferentes estructuras cerebrales interactúan entre sí creando sistemas funcionales. Apoyaba su opinión en los resultados obtenidos en diversas investigaciones a partir de la realización de ablaciones en cerebros de animales de distintas especies. Observa que el daño conductual producido por la lesión no depende de la zona concreta que se ha extirpado sino de la cantidad de masa encefálica lesionada. La demostración de esta teoría la realiza en su obra *Recherches expérimentales* (1842), en la que también distingue entre sensación y percepción.

Localiza la función sensorial en varias estructuras subcorticales asociadas. Las funciones mentales superiores, tales como la percepción, la voluntad, el intelecto y las emociones y los sentimientos las consideraba extendidas por todas las partes del cerebro y operando en conjunto como un único factor y con la totalidad del cerebro funcionando de modo unitario como su “*lugar exclusivo*”.<sup>91</sup>

Estos estudios, centrados en la fisicalización de las funciones mentales, supusieron la consideración de las emociones desde un enfoque fisiologista. Su impacto fue tan importante que en pocos años se difundieron multitud de estudios centrados en

---

<sup>90</sup> Como cita Covo (2006), en 1874 Hughlings Jackson defiende en el semanario *Medical Press and Circular* esta idea, dejando clara su influencia de la teoría evolucionista Herbert Spencer en la Neurología. En ella sostenía que los centros superiores nerviosos eran más complejos, más numerosos y más especializados que los centros inferiores. La corteza, como el más evolucionado centro neurológico, controlaría las funciones del striatum y de los centros inferiores.

<sup>91</sup> Aunque Flourens, con sus teorías, contribuyó fuertemente al desarrollo de la Psicología Experimental, también la perjudicó con ideas que negaban la existencia de funciones motoras o sensoriales en la corteza.

esta visión fisiologista de las emociones, como *El miedo* (1892)<sup>92</sup> de Angelo Mosso, los *Principios de psicología* de William James (1890), *La expresión de las emociones* de Charles Darwin (1873) y *Las emociones* del psicólogo italiano Giuseppe Sergi (1906). Estas obras se convirtieron en el punto de partida de diversas aportaciones a la visión psicofisiológica de las emociones realizadas en las décadas siguientes.

### 4.3.3. El nacimiento de la Neurobiología: la neurona

En España, un médico especializado en Histología y Anatomía patológica, Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), recibe el premio Nobel de Medicina en 1906 (compartido con Camillo Golgi) por su trabajo sobre la estructura del Sistema Nervioso y sobre los mecanismos que gobiernan la morfología y los procesos conectivos de las células nerviosas. Es considerado el padre de la Neurobiología moderna, entre otras causas, por ser el primero que describió las neuronas como unidades de procesamiento de la información que se conectan y forman redes dinámicas para cumplir todas las funciones necesarias<sup>93</sup>. Una idea que contrariaba la idea reticular mantenida hasta ese momento que afirmaba que las células del sistema nervioso estaban fusionadas creando una red mallada. Cuando, en 1888, afirma que las neuronas están unidas por

---

<sup>92</sup> Angelo Mosso, centró su interés en la influencia que el psiquismo y el contexto tienen en los procesos respiratorios, en el movimiento de los vasos sanguíneos y en el movimiento vasomotor. Para ello, creó un laboratorio de Fisiología y Meteorología en el Monte Rosa (Alpes Peninos), destinado a observar los cambios que la altitud provoca en la circulación sanguínea y la respiración. Para ayudarse en sus investigaciones, desarrolló diversos aparatos: el pletismógrafo, el ponógrafo, el hidroesfigmógrafo y el ergógrafo, este último para medir el rendimiento físico. De este interés surge su trabajo *El miedo* (1892) en el que se analizan los fenómenos de orden fisiológico que acompañan a la emoción de miedo. Un trabajo en el que recoge multitud de testimonios recogidos tras sus conversaciones con personas de toda condición, publicado al español por J. Jorro en 1892.

<sup>93</sup> Las referencias sobre Cajal se han extraído del libro *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, publicados en 2 tomos (el primero en 2007 y el segundo en 2012) por la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado. En ella se recogen todos los trabajos realizados entre los años 1897 y 1904, aprovechando que ocupaba la cátedra de Histología e Histoquímica Normal y Anatomía Patológica de la Universidad Central de Madrid. Trabajos que él mismo reunió y publicó bajo este nombre de *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*. Esta obra es considerada por el propio editor como la primera edición completa y en español de la Histología del Sistema Nervioso del Hombre y de los Vertebrados, es valorada también por muchos investigadores como la biblia de la Neurociencia.

contigüidad y no por continuidad, formulando así su *ley de polarización dinámica*, centrada en la idea de que la transmisión del movimiento nervioso es direccional y se debe a las relaciones entre las neuronas y el comienzo de la excitación, revoluciona todo el ámbito de la Neurobiología. Será también, en 1891, cuando formule su *doctrina de la neurona* centrada en la consideración de ésta como la unidad estructural y funcional del sistema nervioso, que son células individuales y que tienen tres partes: la dendrita, el soma y el axón. Se trata de una teoría que no sólo supuso la mayor revolución en el campo de la Neurociencia de todos los tiempos, sino que además está muy vigente hoy en día a pesar de los más de cien años transcurridos.

Entre todos sus descubrimientos, puede considerarse como una de las aportaciones fundamentales de Cajal a la Neurociencia el descubrimiento de las sinapsis.<sup>94</sup> Para Cajal, las sinapsis ejercen un papel fundamental en la teoría neuronal, ya que, de esta forma, podía también describir la existencia de colaterales axónicas, introduciendo los conceptos de convergencia y divergencia y la existencia de estructuras de integración, como los glomérulos del cerebelo y del bulbo olfativo. Interpretó las relaciones locales entre las neuronas integradas en núcleos y en estructuras corticales, considerándolos como ensamblajes neuronales dinámicos, siendo así precursor del reciente concepto de estructura modular en la organización del Sistema Nervioso. Cajal consideraba los circuitos neuronales como cadenas neuronales separadas espacialmente, aunque con interacciones.

Cabe también destacar, dentro de sus logros el concepto de la plasticidad sináptica. Para él, los circuitos corticales encargados de las funciones cognitivas serían altamente maleables. En 1984a, en la Croonian Lecture, Cajal llegó a defender que en las zonas del cerebro más utilizadas se produciría un aumento en la complejidad de las arborizaciones dendríticas y axonales que sería compensada por una disminución paralela en zonas menos utilizadas. Él mismo llegó a escribirlo la Revista de Ciencias

---

<sup>94</sup> Hay que indicar que este término no fue acuñado por Cajal sino por Sir Charles Scott Sherrington, (1857-1952), médico neurofisiólogo británico, que obtuvo el premio Nobel de Medicina (junto con Edgar Douglas Adrian) por su estudio sobre las funciones de la corteza cerebral. En sus estudios llegó a la conclusión de que es posible inhibir las neuronas además de excitarlas, y que la integración de dichas señales determina la acción del sistema nervioso. Realizó múltiples aportaciones a la neurociencia, como la introducción del término sinapsis y propiocepción (y la sitúa en el cerebelo). Describió, a su vez, la rigidez en el gato descerebrado, las bases neurales del comportamiento reflejo y fue capaz de registrar el potencial de acción de una neurona, asumiendo que en todas las neuronas se registra el mismo potencial al ser una señal “todo o nada”.

Médicas en 1894a: “...la corteza cerebral semeja un jardín poblado de innumerables árboles, las células piramidales, que gracias a un cultivo inteligente pueden multiplicar sus ramas, hundir más lejos sus raíces y producir flores y frutos cada día más exquisitos”. Hoy día, las evidencias obtenidas mediante las técnicas de neuroimagen han demostrado la certeza de dichas palabras. Por tanto, nadie discute el concepto de plasticidad sináptica ni su evidencia a través del fenómeno de las espinas dendríticas. Un concepto que hace referencia a cualquier cambio más o menos duradero que ocurre en el sistema nervioso como consecuencia de un cambio en el ambiente interno o externo.

De todo este trabajo, deduce la influencia de la interacción del sujeto con el entorno en el proceso de neurogénesis, de la proliferación en la zona subependimaria, de la migración de neuroblastos y glioblastos y del proceso de diferenciación neuronal y glial, fueron ya descritos por Cajal. Nace así la moderna Neurobiología del desarrollo que presenta como un hito esencial el descubrimiento del cono de crecimiento axonal, descrito por Cajal en 1890.

Aunque ya se conocía que la migración neuronal y el crecimiento axonal estaban regulados por una quimiotaxis positiva y negativa, empieza a considerarse que, gracias al contacto con el ambiente externo, el Sistema Nervioso realiza también una función integradora que coordina las actividades de todos los diferentes sistemas del cuerpo. Una posición que le lleva a plantear, al neurólogo español, su noción de gimnasia mental, entendida a partir de la idea de que se produce un mayor desarrollo del aparato protoplásmico [dendrítico] y del sistema de colaterales nerviosas en las regiones cerebrales más implicadas en las acciones en cuestión (1894a). En la reedición del artículo publicado en la revista *La Veterinaria Española*, Cajal (1894b) expone esta idea de la gran importancia que tiene el medio ambiente en el desarrollo y función del cerebro, hipótesis ampliamente aceptada en la actualidad:

El dinamismo cerebral depende verosímilmente (a parte de otras condiciones que hoy por hoy no cabe puntualizar), de dos factores: 1º. De la herencia, en cuya virtud recibimos un cierto número de células cerebrales con determinada propensión á asociarse y constituir lo que podríamos llamar la personalidad natural; 2º. de la influencia del medio (padres, maestros, libros, consejos, ambiente físico, etc.) por cuya virtud reforzamos en ciertos puntos y contrariamos en otros las asociaciones naturales hereditarias, y establecemos, á



menudo, conexiones enteramente nuevas; de este modo se produce la personalidad de adaptación, que puede mejorar notablemente la organización encefálica, si las sugerencias del ambiente están fundadas en la ciencia positiva, pero que la desvían y deforman cuando son debidas a la ignorancia, la rutina, el fanatismo, o el odio de razas, clases y personas (p. 460).

Cajal defiende, de esta manera, que el *enrejado de hilos telegráficos de la consciencia*, se construye gracias a la plasticidad del cerebro mediante las conexiones intercerebrales que se producen como respuesta también a estímulos, entre los cuáles la educación desempeña, para Cajal, un papel muy destacado (Tarodo Soria, 2014).

De todo lo dicho, se desprende que en el siglo XIX surge una nueva forma de entender la psique y sus funciones que, con el tiempo, posibilita el desarrollo de la Fisiología y la Psicología Experimental. Se trata de disciplinas acerca de las funciones mentales que más allá del localizacionismo se centran en la descripción anatómica y funcional del esquema sensorio motor y de todo el Sistema Nervioso como sostén de la nueva concepción de la mente humana.

#### **4.3.4. La Psicología Diferencial**

Tanto la visión frenológica del ser humano, como la localizacionista, tuvieron una fuerte influencia en el nacimiento de la Psicología Diferencial. Ambas corrientes, a pesar de sus críticas, se pueden considerar como los primeros intentos contemporáneos en relacionar las propiedades fisiológicas con los rasgos psicológicos. A pesar de su descrédito, como indican Sánchez-Elvira Paniagua (2003:20):

estas ideas tienen la importancia histórica de haber impulsado el estudio de la mente humana habiendo ubicado ésta en una zona concreta del organismo, el cerebro, alejándose así, a juicio de Boring (1950), de entelequias filosóficas previas sobre el asentamiento del alma que impedían la evolución del método científico. Con ello favorecieron el desarrollo inmediato del estudio de la fisiología del cerebro y de la psicofísica de las emociones.

Aunque pueda parecer que de estos planteamientos surgiera la aspiración de conocer el psiquismo humano mediante el estudio de sus diferencias en los distintos grupos e individuos, no se puede obviar la influencia que la Filosofía tuvo en esta aspiración. Este fue el caso Schopenhauer (1819), al describir en su obra tipos básicos de individuos en función de dos rasgos “maestros” que conforman el temperamento: la *energía vital* y la *sensibilidad* o capacidad de sentir dolor. Además, indica también, en esta misma obra, que “en los grados superiores de objetividad de la voluntad vemos que surge considerablemente la individualidad, en especial en el hombre, en la forma de una gran diversidad de caracteres indudables, es decir como una personalidad completa expresada ya externamente por una fisonomía fuertemente” (1819: 26, 156). Sin olvidar, al anteriormente mencionado, Alexander Bain con su trabajo *On the study of character, including an estimate of phrenology* (1861)

Algo similar sucede con el filósofo suizo J. K. Lavater (1741-1801), a mitad de camino entre la Filosofía y la Frenología, con su tratado de Fisiognomía. Apoyándose en las teorías aristotélicas e hipocráticas, afirmaba que el espíritu humano debe reflejarse necesariamente al exterior y que los rasgos del cuerpo se relacionan todos entre sí, de manera que, por ejemplo, un temperamento flemático no sólo aparece en los ojos, la boca, etc., sino en todas las actitudes y comportamientos observables, en general.

En los Estados Unidos de América, estas ideas frenológicas fueron adaptadas al espíritu norteamericano por O. S. Fowler (1809-1887) y L. N. Fowler (1811-1890), favoreciendo el desarrollo de una vertiente aplicada hacia la orientación y selección de los individuos para cubrir diversos empleos. Una orientación, que motivó, a su vez, el desarrollo de la Psicometría.

Con todo, hay que decir, que lo que realmente favoreció el desarrollo de una Psicología Diferencial, sin negar la influencia de las ideas surgidas de la Filosofía sobre la individualidad, del Asociacionismo, de la Frenología y de la Psicología de inspiración galliana, fueron las teorías Evolucionistas, especialmente las de Darwin y Galton.

El motivo no es otro que el hecho de que el Evolucionismo como tal se estructura como una teoría en la que las diferencias interindividuales tienen un papel

central, concretamente en el proceso de variación-selección a través del cual explicaba Darwin la evolución de las especies. Por tanto, no es descabellada la idea de asumir que la inspiración del proyecto de estudiar científicamente las diferencias entre los individuos y de la invención de métodos objetivos para evaluar dichas diferencias y relacionarlas entre sí procedió inicialmente de una teoría general, la de Darwin, que situaba las variaciones interindividuales en el centro de los mecanismos de la evolución. Una idea de variabilidad que viene a ser entendida como un fenómeno natural, no espiritual y que, al impactar con el Funcionalismo norteamericano, posibilita el nacimiento de la Psicología Diferencial.

Francis Galton (1822-1911), un hombre erudito y polímata, que abordó el estudio de multitud de disciplinas como la Psicología, la Antropología, la Eugenesia y la Estadística, es considerado el padre de la Psicología Diferencial.

Siguiendo una orientación evolucionistas, aunque con algunas diferencias de la mantenida por su primo Charles Darwin, se centró en el estudio de las diferencias individuales de las capacidades humanas desde una perspectiva adaptativa y biológica. Dichas diferencias las buscó en el estudio de los procesos mentales simples, mediante la consecución de medidas estadísticas que le permitieran organizar y clasificar a los sujetos. Una visión que le llevaría a formular, como se verá más adelante, la formulación de su Teoría Eugénica.

Como se ha apuntado, Galton, impresionado por los contenidos de la obra de Darwin, buscó en la herencia genética la vía de transmisión de diversas funciones mentales. Motivado por la idea de la transmisión hereditaria, se dedicó a estudiar familias, a través de varias generaciones, con el fin de demostrar que la gente de alto nivel intelectual pertenecía a familias determinadas, en las que se transmitían las capacidades de forma hereditaria. Esta idea sobre la transmisión hereditaria se aplicaba también a las peores emociones y demás características de la personalidad y de la psique. Buscaba, con todo ello, evidencias que fueran capaces de demostrar que el nivel intelectual y el éxito social se daban en el seno de ciertas familias por condiciones naturales. Por tanto, llegó a asumir que las capacidades y habilidades intelectuales se heredaban igual que se heredaban los defectos y vicios de carácter en otros casos.

De todo ello, llegó a la deducción de que si los peores defectos se trasmitían, éstos podrían controlarse mediante diversas formas de intervención manipulada y métodos selectivos de reproducción humanos. Aparece así la Eugenesia como ingeniería social que permitiría mejorar la especie y la sociedad.

En este contexto, la Psicología Diferencial da cuenta de las diferencias psicológicas, de carácter y personalidad de los seres humanos. Trata de ofrecer una aproximación enriquecedora y adecuada de las diferencias individuales, y por tanto de los sujetos, tanto desde un punto de vista de la singularidad de cada persona como desde el punto de vista integrador de la diversidad humana. Los avances e innovaciones realizados en las técnicas de investigación y en metodología en este campo ayudaron a completar y mejorar las tesis y teorías de Galton en Psicología.

Las aportaciones de Galton a la investigación pueden agruparse en técnicas y procedimentales. Desarrolló el método de la asociación de palabras, introdujo el uso de baterías de tests y cuestionarios, el método de comparación de gemelos, la utilización de la distribución normal con propósitos de clasificación y los conceptos de Correlación y Regresión. Estos últimos con la ayuda de Karl Pearson<sup>95</sup>.

#### **4.3.5. La Teoría Evolutiva de las Emociones y el Evolucionismo**

Charles Darwin (1800-1882), plantea una nueva forma de entender al ser humano bajo la perspectiva evolucionista. Tuvo una enorme influencia en las ciencias biológicas y sociales de la segunda mitad del siglo XIX y, como hemos visto, en la Psicología y su nacimiento como disciplina científica. Sus estudios sobre la evolución y sobre todo, su Teoría de la Selección Natural, posibilitó un cambio en la concepción no

---

<sup>95</sup> Pearson y Galton tuvieron una especial amistad durante todos los años que se conocieron, de hecho fue Galton quien financió económicamente a Pearson cuando comenzó con su revista estadística *Biométri*ka. Quizás este apoyo y su amistad fue lo que llevó a Pearson a aceptar el encargo de la familia de Galton de escribir su biografía tras su muerte.

sólo de la Biología, sino de la Medicina, la Psicología e incluso la Sociología decimonónica.

Después de su largo viaje alrededor del mundo en el HMS Beagle, e influenciado por las ideas de Malthus<sup>96</sup>, publica en 1859, su obra *El Origen de las Especies*, a pesar de haberlo escrito en 1838<sup>97</sup>. No obstante, ni Wallace<sup>98</sup> ni Darwin tuvieron clara la proyección que alcanzaría la teoría de la Selección Natural. De hecho, aunque ambos hicieron pública la teoría, Wallace, siempre reconoció a Darwin como el primer autor en desarrollarla. En un solo día desde su puesta a la venta, en 1859 el libro

---

<sup>96</sup> “En octubre de 1838, esto es, quince meses después de comenzar mi indagación sistemática, sucedió que leí por diversión el ensayo sobre la población de Malthus, y comencé a estar bien preparado para apreciar la lucha por la existencia que se da en todas partes a partir de observaciones a largo plazo de los hábitos de animales y plantas, y de inmediato me impactó el hecho de que bajo tales circunstancias las variaciones favorables tenderían a ser preservadas, mientras que las desfavorables serían destruidas. El resultado de esto sería la formación de nuevas especies. Aquí, por tanto, por fin había una teoría con la que trabajar” (Darwin, 1958, p. 120).

<sup>97</sup> La mayoría de los historiadores y biógrafos de Darwin concuerdan con la idea de que su convencimiento del rechazo que recibirían sus ideas por parte de la Iglesia anglicana y del *establishment* intelectual y político aún no sólo fue lo que frenó en aquel momento la publicación de sus ideas, sino que le generó una preocupación que acabaría desembocando en la enfermedad que le acompañaría hasta su muerte. No obstante, hay autores que relacionan su publicación con la muerte de su hija Annie a causa de una tuberculosis. Este hecho, le llevó a perder definitivamente su fe, a dejar de asistir a la iglesia y a un cambio radical en su temperamento.

<sup>98</sup> Alfred R. Wallace (1823-1913), durante varios años desempeñó diversos trabajos en el mundo de los negocios y aprendió cartografía, trigonometría, geometría, construcción de edificios, mecánica y química aplicada a la agricultura. Su interés por la Historia Natural y especialmente por la botánica, la geología y la astronomía le llevaron a descubrir las obras de Owen, de Humboldt, Malthus y, especialmente, de Darwin. Movidio por la obra de Chambers (1884, *Vestiges of the Natural History of Creation*), se embarcó con su amigo Henry W. Bates rumbo al Amazonas con el objetivo de recopilar datos que pusieran a prueba las ideas expuestas en *Vestiges*. En 1855 publicó un artículo, *On the Law which has Regulated the Introduction of New Species*, que prefiguraba ya su teoría de la selección natural, y que tuvo poco o ningún impacto en el mundillo científico. Escribe ese mismo año un segundo artículo, titulado *On the Tendency of Varieties to Depart Indefinitely from the Original Type*, que envía a Darwin, aunque no hay evidencias de si le llegó o no la carta. En aquellas fechas Darwin no tenía aún en mente la idea de publicar su obra definitiva sobre la selección natural, sino que contaba aún con desarrollarla unos años más antes de presentarla al público. Sin embargo, la recepción de la carta de Wallace cambió la situación: actuó como un acicate para Darwin, forzándolo a adelantar la presentación de la que sería la mayor obra de su vida. Tras consultar a sus amigos Lyell y Hooker y sin poder comunicarse con Wallace, perdido en las islas malayas al otro lado del mundo, llegaron a una solución que permitía a Darwin conservar el privilegio de prioridad científica a la vez que hacía público el artículo de Wallace. En los siguientes años publicó varios artículos y libros. Además de sus múltiples aportes a la Historia Natural y su co-autoría de la teoría de la selección natural, Wallace ocupa un especial papel en la Biología como fundador de la Biogeografía, gracias a sus estudios sobre la distribución geográfica de las especies. En 1889 publicó *Darwinism*, su único tratado sobre selección natural. El título de su obra deja claro el talante desinteresado y humilde de este hombre extraordinario.

titulado *El Origen de las especies por selección natural*, se agotó, lo que obligó a realizar una nueva edición en enero de 1860.

No obstante, y a pesar de su importancia, la obra no estuvo exenta de crítica. Fue calificada por algunos como un ataque frontal a las creencias religiosas. Unas críticas que persiguieron a Darwin a lo largo de toda su vida. Las críticas a su pensamiento se hicieron más fuertes aún si cabe con la publicación en 1871 de *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* y, especialmente, en 1872 con *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*.

En aquella época, la expresión de las emociones mediante el rostro, se consideraba privativa de la especie humana en la escala filogénica. El rostro reflejaba la perfección humana, el alma. Por tanto, esta obra de Darwin venía a anular la asunción de las diferencias entre las emociones de los seres humanos y la de los animales. A pesar de ello, Darwin, mantiene en su trabajo que las emociones constituyen un importante mecanismo evolutivo. Para él, las respuestas emocionales o emociones, son parte esencial de la existencia humana, hasta tal punto que, junto con los sentimientos, constituyen la esencia de la vida humana<sup>99</sup>.

A pesar de ello, mantiene también que la expresión de las emociones es el reflejo del origen animal del hombre. Una idea que argumenta analizando especialmente la expresividad de los enfermos mentales por su semejanza a la de los animales<sup>100</sup>. En el caso de los enfermos mentales, igual que sucede también en los niños, éstos no pueden controlar sus intensas emociones, lo que da lugar a la aparición de sentimientos espontáneos, sin censuras o alteraciones. Refuerza aún más su teoría al considerar que tanto los niños como los enfermos mentales están más predispuestos a sufrir intensas pasiones sin mayor control

---

<sup>99</sup> No se debe olvidar que Darwin no se ocupó de las emociones en el plano subjetivo, sino que se volcó en el estudio de las emociones en relación con la especie, en la forma en la que éstas se manifiestan, en su expresión.

<sup>100</sup> En esta época, trabajos como los de Morel (1857) sobre la locura y la degeneración de la especie humana, en una línea propia de los alienistas, consideran casi la totalidad de las afecciones nerviosas como hereditarias. Siguiendo planteamientos similares a los defendidos por los estoicos, defendían también el control de las pasiones como método terapéutico al considerarlas propias de los animales.

En su argumentación, Darwin (1872), formula tres principios fundamentales referidos a los movimientos expresivos y acciones del cuerpo. Titula el primero *Principio de las costumbres útiles asociadas*. Un principio en el que incluye todo comportamiento heredado y cuyo fin original está en proteger al organismo. Por ejemplo, el fruncimiento de las cejas que acompaña y expresa los estados de pena, de ansiedad, de deliberación, porque originariamente era útil para proteger los ojos contra el sol en circunstancias que producían ansiedad. Este principio acoge tres hipótesis:

1. El movimiento voluntario o el movimiento con propósito determinado es un hecho anterior al movimiento emocional o sin objeto;

2. Los movimientos voluntarios se unen por asociación a los sentimientos que los han ocasionado, de modo que se manifiestan, aun cuando no exista acto alguno propio de la voluntad y

3. Estos movimientos asociados son transmitidos por herencia<sup>101</sup>.

Darwin llamó al segundo principio *Antítesis*, y se sirve de él para explicar ciertos casos en que una expresión se encuentra estimulada, no por una asociación positiva con el sentimiento, sino por un antagonismo o contradicción con determinada expresión del sentimiento opuesto. En el caso de que el hábito esté consolidado, cuando se produce un estado de ánimo contrario al que produce semejante patrón conductual, se producirá la respuesta motora contraria. Por ejemplo, un perro en estado salvaje presenta ciertos movimientos positivamente asociados a su cólera y a su pasión agresiva; estos movimientos son el principio de un ataque destructor. Un perro afectuoso, no poseyendo ninguna cualidad positiva que responda al afecto, escoge la actitud que forma la mayor oposición o contraste con su actitud agresiva. La antítesis, en definitiva, viene a reflejar cómo “la tendencia a realizar movimientos opuestos bajo sensaciones o emociones opuestas llegará a convertirse en hereditaria a través de una larga práctica” (Bain, 1875:569).

Finalmente, el tercer principio, denominado *Principio de las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso, independientemente de la voluntad, desde el*

---

<sup>101</sup> Extraído del artículo de Alejandro Bain, “Las ideas de Darwin sobre la expresión de las emociones” publicado en *Revista Europea*, Madrid, 28 de febrero de 1875, año I, tomo III, nº 53, pp. 568-578.

*origen, e independiente, hasta cierto punto, de la costumbre; o, en menos palabras, el principio de la acción directa del sistema nervioso.* Un principio que refiere, como escribe Bain (1875), a “ciertas acciones que reconocemos como expresivas de ciertos estados de la mente son consecuencia directa de la constitución del sistema nervioso y han sido desde siempre ajenas a la voluntad y, en gran medida, a la habituación” (p. 570).

Darwin incluye en este trabajo emociones tales como pena, alegría, devoción, resentimiento, odio, cólera, desprecio, asco, culpabilidad, sorpresa, miedo, horror, vergüenza (Chóliz, 1995). Cada una de las reacciones emocionales consideradas puede caracterizarse, además, por una serie de gestos, o movimientos faciales específicos que facilitan su reconocimiento por parte de observadores externos<sup>102</sup>. Algunos de los más significativos son los siguientes:

*Alegría:*

- Elevación de las mejillas.
- Comisura labial retraída y elevada.
- Arrugas en la piel debajo del párpado inferior.

*Asco:*

- Elevación del labio superior. Generalmente asimétrica.
- Arrugas en nariz y áreas cercanas al labio superior.
- Arrugas en la frente.
- Elevación de las mejillas arrugando los párpados inferiores.

*Ira:*

- Cejas bajas, contraídas y en disposición oblicua.
- Párpado inferior tenso.
- Labios tensos, o abiertos en ademán de gritar.
- Mirada prominente.

---

<sup>102</sup> Para la fundamentación de su teoría de las emociones, Darwin estudió las expresiones de animales filogenéticamente cercanos al ser humano, de niños ciegos, de personas de distintas razas y culturas, expresiones provocadas artificialmente e incluso las reflejada en las obras de arte.



*Miedo:*

- Elevación y contracción de las cejas.
- Párpados superior e inferior elevados.
- Labios en tensión. En ocasiones la boca está abierta.

*Sorpresa:*

- Elevación de las cejas, dispuestas en posición circular.
- Estiramiento de la piel debajo de las cejas.
- Párpados abiertos (superior elevado e inferior descendido).
- Descenso de la mandíbula.

*Tristeza:*

- Ángulos inferiores de los ojos hacia abajo.
- Piel de las cejas en forma de triángulo.
- Descenso de las comisuras de los labios, que incluso pueden estar temblorosos.

Así pues, para Darwin, la expresión de las emociones deriva filogenéticamente de ciertos patrones de respuesta, presentes tanto en el hombre como en los demás animales, con el valor funcional de preparar para la acción y facilitar la comunicación con otros individuos. De ahí que su aportación más destacable sea la consideración de las emociones como patrones de respuesta expresiva emocional de carácter innato con un gran valor evolutivo.

Según Plutchik (1962), las implicaciones de la teoría de Darwin respecto a la Psicología de la Emoción podrían resumirse en cinco preguntas relativas a la expresión de las emociones: 1) ¿Cuál es la naturaleza precisa de la expresión que estamos observando? 2) ¿Qué otras respuestas se ha desarrollado a nivel ontogenético? 3) ¿Cuál es el origen filogenético de las mismas? 4) ¿Qué estados internos y estímulos específicos interaccionan para producir tal conducta (causa proximal)? y 5) ¿Qué implicaciones tiene para la supervivencia (causa final)? Sus respuestas, mantiene el propio Plutchik, vengán de la disciplina que vengán representan la herencia de Darwin.

Plutchik (1970, 1980), viene a decir que las emociones deben ser consideradas como respuestas conductuales objetivas más que como estados afectivos subjetivos, defendiendo así su funcionalidad. La conducta emocional muestra ocho propósitos diferentes que surgen como reacción adaptativa a las diversas situaciones ambientales, cumpliendo diversas funciones y atribuyendo términos lingüísticos específicos para cada emoción: protección (miedo, terror), destrucción (rabia, furia), reproducción (alegría, éxtasis), reintegración (tristeza, aflicción), afiliación (aceptación, confianza), rechazo (asco, odio), exploración (anticipación) y orientación (sorpresa).

Estos trabajos integran las emociones en el marco general de la Teoría de la Evolución, su psique y todas las demás funciones mentales, como las emociones. Su influencia en la Psicología decimonónica de la segunda mitad del s. XIX fue fundamental. Darwin y los psicólogos posteriores captaron muy pronto que las expresiones emocionales tenían un valor adaptativo-social tanto en los seres humanos como en los animales. Las señales agresivas o de apaciguamiento, de miedo y petición de ayuda de la cría hacia las madres, etc., son conductas que contribuyen a regular la vida social, la supervivencia, la alimentación y el cuidado de la descendencia (Perinat, 1998:283). En definitiva, se reafirma en el papel tan importante que tienen las emociones en la evolución del sujeto, humano y no humano, como especie y como ser.

El tratamiento evolutivo de las emociones constituyó una visión, en cierto modo revolucionaria del ser humano, al presentarlo como un sistema abierto, relacionado con su medio y sometido a cambios y variaciones. Según Carpintero (1996), esta visión obligó a transformar el esquema psicológico seguido hasta ese momento, para incluir en la Psicología la dimensión evolutiva de los seres humanos. La irrupción del Evolucionismo ejerció una fuerte influencia en Psicología. La explicación del comportamiento como fruto de la tensión que se produce entre el organismo y su entorno llevó al abandono de concepciones introspectivas de la consciencia y a la aparición de otras más ambientalistas y científicas.

A pesar del protagonismo de Darwin, no se puede obviar a Herbart Spencer (1820-1903),<sup>103</sup> y su tratamiento de la evolución. Él llegó a publicar sus propuestas evolucionistas antes que el propio Darwin<sup>104</sup>. Su pensamiento afectó en gran medida a la Psicología al integrar la visión evolutiva del desarrollo del ser humano, de inspiración lamarkista, con ideas darwinistas, configurando una Psicología de la Adaptación (Spencer, 1855). Para él, la evolución, como cambio, es la gran ley universal de la naturaleza y la sociedad. La naturaleza humana, como todo en el universo, es producto de ella, ya que conceptos como ajuste y adaptación son los constituyentes de la esencia de la misma vida. La adaptación ocurre a través de la experiencia, del ajuste de estados internos bajo el impacto de eventos externos y con una clara teleología hacia la perfección. En cada organismo se da un ajuste entre condiciones externas e internas que va configurándolo a lo largo del tiempo, esencial para la supervivencia del ser humano (Gómez Rodríguez, 2003).

A pesar de su evolucionismo mantuvo un cierto asociacionismo más o menos cientifista. Él trató de deducir las leyes de las asociaciones mentales a partir de la constitución sensoriomotora del sistema nervioso y del cerebro. Para ello, descompone los fenómenos intelectuales complejos en sus elementos básicos con el propósito de demostrar que la mente no es más que el resultado de un proceso de ajuste adaptativo a las condiciones ambientales. Esta era una visión elementalista que surgía de la concepción de lo evolutivo como un proceso de integración de la materia; *natura non facit saltus*. Existe, por tanto, una continuidad entre lo psíquico y lo fisiológico, entre la mente y el cerebro como un registro organizado de experiencias infinitamente numerosas. Así, los reflejos e instintos innatos son simplemente hábitos asociativos adquiridos a lo largo de la vida de la especie humana. Lo que se adquiere durante la vida de los individuos se va transmitiendo evolutivamente a la especie, permitiendo al ser humano ajustarse, adaptarse y sobrevivir en el entorno. Esta idea es esencial, tanto para la formulación de su teoría del Darwinismo Social como para la posteriormente llamada

---

<sup>103</sup> Aunque es habitual considerar el trabajo de Spencer como fruto de la corriente evolucionista de Darwin, no se puede negar la realidad y aceptar que buena parte de sus ideas son publicadas antes de “El origen de las especies” de Darwin y, consecuentemente, antes también de “La expresión de las emociones en el hombre y los animales”.

<sup>104</sup> Spencer, H., “A theory of population, deduced from the general law of animal fertility.” Westminster Review 57 (1852): 468-501.

Psicología de la Adaptación. Spencer defiende que debe permitirse que la selección natural siga su curso en el género humano. Los gobiernos no deben intervenir intentando ayudar a los pobres, los débiles y los desvalidos. En la naturaleza, los animales débiles y sus rasgos hereditarios poco adaptativos son eliminados por selección natural (Leahey, 2009).

Bajo este esquema, Spencer entiende la emoción como un fenómeno básico que emana del propio sujeto, siendo el origen también de los sentimientos. Distingue, eso sí, entre los motivos biológicos, que surgen de las propias necesidades y deseos, y los motivos sociales que derivan de los primeros como respuestas adaptativas, también heredadas. Esto es, los motivos sociales, como el afecto, el deseo de aprobación, la estima propia, etc., son respuestas sentimentales útiles para la adaptación del sujeto a su entorno, heredadas a lo largo del proceso evolutivo individual y de su especie en su medio social.

En este marco de la Teoría de la Evolución, surge la línea de investigación acerca de la naturaleza instintiva del comportamiento humano desarrollada por William McDougall (1871-1938). Interesado en el estudio de la naturaleza de la mente de los seres humanos y de su naturaleza social, introduce la noción de instinto como un elemento explicativo de la conducta. Ideas que plasma en su obra *Introducción a la Psicología: El estudio de la conducta*, que publica en 1912.

En este trabajo, formula una teoría sobre los instintos y, plantea una clasificación y taxonomía de los que tienen más valor en los seres humanos. Para McDougall (1908), el instinto es el origen del comportamiento humano y lo define mediante tres componentes: el cognitivo, el emocional y el comportamental. Entiende el componente cognitivo como la tendencia a prestar atención a determinados objetos. El componente emocional como la tendencia a experimentar una reacción emocional determinada ante un objeto y, finalmente, el componente comportamental, como la tendencia a reaccionar de una forma específica. El instinto, por tanto, no es más que “una disposición heredada o innata que determina que su poseedor perciba y preste atención a objetos de cierta clase, que experimente una excitación emocional peculiar a la hora de percibir tal objeto, y que reaccione respecto a él de una manera particular o, al menos, que experimente un impulso hacia tal acción” (1908:25).

McDougall defiende la existencia de solo siete instintos primarios, asociados a emociones primarias: huida/miedo, repulsión/disgusto, curiosidad/sorpresa, lucha/ira, autoaserción/júbilo, autodegradación/degradación e instinto paternal/ternura. Además de estos instintos primarios, defiende la existencia de cuatro disposiciones instintivas de segundo orden: reproducción, gregario, adquisición y construcción, que no son relevantes para la génesis de las emociones, aunque sí para la vida social de la persona. Por último, considera también la existencia de unos pseudo-instintos que ejercen una influencia significativa en el proceso de interacción entre las personas: imitación, sugestión y simpatía. Construye así una estructura teórica que permite explicar el comportamiento humano mediante un conjunto de doce motivaciones:

1. *Instinto de fuga*, que provoca la emoción del miedo.
2. *Instinto de combate*, que aviva la emoción de la ira.
3. *Instinto de repulsión*, relacionado con la emoción del disgusto.
4. *Instinto paternal/maternal*, asociado a la emoción de la ternura.
5. *Instinto de curiosidad*, conectado con la emoción del asombro.
6. *Instinto de autoafirmación*, que nos aporta la emoción del orgullo.
7. *Instinto de la autohumillación*, ligado a la emoción de la sumisión.
8. *Instinto de reproducción*, que invita a la emoción del deseo sexual.
9. *Instinto gregario*, que nos conecta con la emoción de la soledad.
10. *Instinto de adquisición*, que estimula la emoción de la propiedad.
11. *Instinto de construcción*, unido a la emoción de la creación.
12. *Instinto de búsqueda de alimentos*, vinculado a la emoción del hambre.

Los instintos son el único motor de las acciones humanas. No son sólo los factores determinantes de la conducta humana, sino también de su mente. Por tanto, ningún pensamiento ocurre sin la influencia motivadora de instinto, ya que éstos encuentran su expresión en las habilidades y son mantenidas por diversos mecanismos de comportamiento. Además el instinto define al ser humano como un ser social.

Fue tal el efecto que la inclusión del concepto de instinto tuvo en los círculos científicos en aquella época, como el principal mecanismo explicativo de la conducta humana, que favoreció la proliferación de taxonomías de instintos que pretendían explicar hasta el comportamiento más nimio.

Las emociones, como no podía ser de otra manera, también poseen una naturaleza instintiva, al ser la expresión natural de los instintos. Así por ejemplo, al instinto de agresión le corresponden emociones como la rabia y la ira. No obstante, hay que tener en cuenta que esta concepción de las emociones considera también la influencia del entorno y, por tanto, en el caso de los seres humanos, los procesos de socialización.

Las teorías evolutivas ofrecen una concepción de las emociones que permiten explicar la adaptación del ser humano al medio social y natural. Así pues, las emociones, en la medida en que son útiles adaptativamente en algún momento de la historia de la especie, se desarrollaron y son causantes de la conducta. Como indicaba Darwin, no se puede obviar el hecho de que las emociones, al ser mecanismos adaptativos expresados motrizmente, son fuertemente influidas por la selección natural.

En definitiva, y como el propio Darwin defiende en su obra *La expresión de las emociones*, éstas no son más que los vestigios de comportamientos más complejos que en un comienzo (en algún eslabón de la cadena evolutiva) servían a fines prácticos asociados con la conservación de la vida tanto del organismo como de la especie a la que pertenece. Una idea que aún hoy en día es asumida por muchos autores.

## **Capítulo 5: Primeros pasos de la Psicología como ciencia independiente**

Hasta ahora hemos visto que la Psicología tiene sus orígenes en la Filosofía y se plantea como ciencia a lo largo del siglo XIX con la utilización de una metodología empírica y experimental. En este siglo la Psicología da sus primeros pasos buscando, en

la segunda mitad de dicho siglo, respuestas sobre las funciones mentales en la Fisiología y en la Anatomía, dentro de un marco fuertemente evolucionista. Este proceso culmina con el desarrollo de la Psicología Experimental a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

## 5.1. La Psicología Experimental

Entre 1800 y 1850, los descubrimientos en el campo de la Fisiología, vistos en los apartados anteriores, contribuyeron a establecer los fundamentos para el surgimiento de la Psicología Experimental. Volviendo a los apartados anteriores (capítulo 4), podemos resumir en tres los hechos que mayor trascendencia tuvieron en ello: la distinción entre los nervios sensoriales y motores, el desarrollo de una Fenomenología sensorial de la visión y el tacto y el desarrollo de la doctrina sobre la evolución y los instintos.

Su inicio, lo podemos localizar en la Psicofísica de Ernst Heinrich Weber (1795-1878) y Gustav Theodor Fechner (1801-1887) con la que buscan relacionar las magnitudes físicas y sensoriales con las psicológicas. Su intención es investigar la relación del organismo (especialmente el humano) con su medio físico concreto y sus juicios acerca de las percepciones sobre éste. Para este fin, hallaron las correlaciones entre la intensidad y la calidad de los estímulos percibidos con los juicios subjetivos acerca de la sensación que dichos estímulos generaban.

Ernst Heinrich Weber (1846), fundamentalmente trabaja en la obtención de medidas que reflejen la relación entre la percepción y la sensación mediante el empleo del tradicional concepto de “umbral”<sup>105</sup>. Con el fin de estructurar de un modo científico

---

<sup>105</sup> En esta trabajo mostró que la discriminación de peso era mucho más fina con las manos levantadas que cuando los pesos se colocaron en manos apoyadas. También encontró que la diferencia apenas perceptible (DAP) de la variación de la magnitud de un estímulo (es decir, los pesos pequeños en la mano) es proporcional a la magnitud del estímulo (por ejemplo, 5%), en lugar de ser un valor absoluto (por ejemplo, 5 gramos). Descubrimientos que le llevaron a definir los conceptos de Umbral Absoluto (UA), como la mínima cantidad de estimulación física necesaria para que el sujeto detecte o perciba el estímulo y de Umbral Diferencial, como el incremento en la magnitud del estímulo necesario para que el sujeto

estas experiencias perceptivas, se centró en el estudio de las condiciones psicológicas indispensables para asegurar la homogeneidad de los datos. Gustav Theodor Fechner (1860)<sup>106</sup>, alumno de Weber, realiza su trabajo sobre la base de éste, intentando unir y relacionar los fenómenos mentales (psico) y los fenómenos corporales (física); esto es, intenta ver la relación entre las llamadas tradicionalmente “energías psíquicas” y “energías físicas”. Describe la relatividad de los fenómenos sensoriales y la de la acción de los estímulos. Con todo, llega a formular su famosa ley, a la que puso también el nombre de su maestro (Ley de Weber-Fechner), en la que afirma que cuando un estímulo aumenta su intensidad en progresión geométrica, la sensación aumenta en progresión aritmética. Una relación que le permitió expresar la intensidad de la sensación como proporcional al logaritmo de la intensidad del estímulo ( $S=K \times \log E$ ).

Sus *Elementos de Psicofísica* (1860), tuvieron una gran influencia en Wundt y constituyeron la antesala de la Psicología Experimental. Tuvieron también una gran influencia en los trabajos de Helmholtz al permitirle sistematizar los conocimientos psicofisiológicos de las sensaciones auditivas y ópticas y considerar la sensación como expresión del acontecimiento psíquico.

No se puede olvidar la influencia del funcionalismo y el pragmatismo americano en el desarrollo de la Psicología Experimental, que acabarían consiguiendo que la Psicología fuera una ciencia eminentemente americana. Los dos pioneros fueron Stanley Hall y William James, que se tratarán posteriormente.

Aunque los principales representantes de la Psicofísica no abordaron directamente las emociones, si propiciaron el desarrollo de teorías explicativas sobre las mismas a partir de las sensaciones. Para los Psicofísicos, las sensaciones son señales del medio interno, de carácter elemental y difuso, que constituyen un punto intermedio

---

perciba un cambio cuantitativo. Con todo ello, formuló su famosa *ley de la sensación* en la que defiende que el menor cambio discernible en la magnitud de un estímulo es proporcional a la magnitud del estímulo ( $K= \Delta E/E$ )

<sup>106</sup> En esta obra, escrita bajo la tutoría de Weber, elaboró los fundamentos y tres métodos para medir indirectamente la sensación en términos de la unidad de las diferencias observables exactas entre dos sensaciones. Sus métodos se centraron en el análisis de las diferencias observables exactas, el de los casos correctos e incorrectos y el del error promedio, verificándolos mediante pruebas de percepción táctil y visual. Con ello buscaba construir una ciencia exacta de las relaciones funcionales entre los fenómenos físicos y mentales.



entre las respuestas emocionales simples y las sensaciones superiores que soportan la actividad simbólica del pensamiento. Por tanto, poseen un carácter emocional y motor, además de informativo. Según Fechner, la Psicofísica puede extenderse a sectores cognitivos, emocionales o motivaciones más extensos que la sensación. Por otro lado puede aplicarse a otros tipos de estímulos, como los psicosociales. Enric Novella (2011) destaca este hecho y abundan los trabajos que abordan el estudio de las emociones (pasiones) en esta época. Además, tiene lugar el surgimiento de diversas disciplinas y prácticas a partir de ellas como el Alienismo, la Higiene o el Tratamiento moral, y se establecen las bases de las modernas ciencias de la mente.

En definitiva, durante el siglo XIX, se va configurando una nueva visión de la Psicología, en la que las emociones van a ser entendidas a partir de diversas estructuras y mecanismos fisiológicos en los que el Sistema Nervioso tiene una fuerte implicación. Una perspectiva que va a ejercer una fuerte influencia en futuras corrientes, llegando incluso hasta nuestros días, y que se va a ver muy reforzada con las teorías evolucionistas, desarrolladas sobre todo por Spencer y Darwin.

## **5.2. Estructuralismo.**

Como se desprende de los apartados anteriores, la Psicología Experimental nació con Fechner y fue abriendo los ojos al mundo con Helmholtz. También es un hecho, que ésta se echó a andar con Wundt, por lo que nada impide aceptar que fue Alemania el país dónde se inicia formalmente la Psicología Experimental y dónde se desarrolla ampliamente. Una Psicología que parte de la fragmentación de los procesos mentales en multitud de componentes (sensaciones, imágenes, etc.) con el propósito de identificar la estructura de la mente y sus procesos. La investigación se basaba en la utilizando del Método Experimental.

Wilhelm Maximilian Wundt (1832-1920) fisiólogo, psicólogo estructuralista<sup>107</sup> y filósofo alemán, es considerado el padre de la Psicología Experimental con la fundación de su laboratorio en Leipzig, en 1879. Bajo la pretensión de elevar la Psicología al rango de una auténtica ciencia, centró su trabajo en el estudio de la estructura de la consciencia, entendida como la integración de las sensaciones, los sentimientos, las imágenes, la memoria, la atención, la percepción del tiempo y del movimiento. Para él, la mente contiene solo imágenes, emociones y sensaciones, las cuales son básicas para el análisis de pensamientos más complejos.

Centra el objeto de estudio de la Psicología en la experiencia inmediata, ya que, considera que sólo a partir de ella se pueden conocer la estructura y los procesos que rigen la consciencia. Para ello idea un método basado en la introspección a partir de la descripción detallada de las propias experiencias. Su procedimiento era bastante simple, se trataba de realizar una observación controlada de los contenidos de la consciencia bajo condiciones experimentales. Así, y siempre en el laboratorio y después de un aprendizaje previo sobre cómo identificar las sensaciones, se presentaban series de estímulos a sujetos que debían analizar las sensaciones que les producían. Este análisis debían hacerlo mediante la descomposición de la experiencia vivida en procesos conscientes y éstos en sus elementos, con el fin de descubrir cómo están conectados y determinar las leyes de su conexión (Quiñones y Ato, 1981). A partir de aquí, se llevaba un trabajo de análisis bastante complejo y, a veces, bastantes discutido hasta por los propios discípulos de Wundt

Wundt, venía a defender la vida psíquica como la resultante de las sensaciones que recibe el sujeto (calor, presión, frío, etc.) y los sentimientos que dichas sensaciones le producen, siendo las primeras la base de la que derivan los sentimientos. Sitúa así la experiencia como la piedra angular de este proceso. Por tanto, las sensaciones y la experiencia inmediata serán el objeto de estudio de la Psicología. El propio Wundt lo indicaba cuando escribía:

---

<sup>107</sup> El término Estructuralismo, aunque asumido por Wundt, fue propuesto por su alumno Titchener (1867-1927), como el reflejo de una Psicología cuyo objeto era el estudio de la experiencia consciente, la consciencia. Para ello, considera necesario analizar los procesos compuestos, descubrir las conexiones entre los elementos del análisis (estructura) y establecer las leyes de estas conexiones. De ahí que sus elementos de estudio sean las imágenes, las emociones y las sensaciones, siendo éstas últimas, los contenidos más elementales o simples de la consciencia. Recuerda, en parte, a la noción de “química mental” propuesta por Mill, pero a la inversa, de lo compuesto a lo simple.

Entendemos por formación psíquica toda parte compuesta de nuestra experiencia inmediata que se distingue por ciertos caracteres de cualquier otro contenido de la experiencia misma, de modo que se la ha considerado como una unidad relativamente independiente (...) (Wundt, 1896:123).

Wundt propone también, para llevar a cabo el análisis de la experiencia, dividir los sentimientos que le producen las sensaciones en tres dimensiones: agrado-desagrado, tensión-relajación y excitación-calma. Un enfoque triádico que permite entender cada una de las emociones como una combinación específica de estas dimensiones y como el reflejo, a su vez, de tres sistemas de respuesta: cognitivo-subjetivo, conductual-expresivo y fisiológico-adaptativo. De esta manera, puede defender que las emociones y los sentimientos se forman sobre la base de las sensaciones simples, como formaciones más complejas, en las que el sujeto atribuye aspectos subjetivos.

Esta concepción de las formaciones psíquicas, además de los sentimientos y las emociones, incluye los procesos volitivos, como emociones volcadas a la acción, a un hacer concreto, en oposición a los movimientos automáticos de las emociones. De esta forma, defiende que las emociones surgen de las sensaciones y de los sentimientos y que se configuran como tales emociones cuando se mantienen en el tiempo

(...) una serie de sentimientos que se desenvuelven en el tiempo se reúnen en un curso conexo, en el cual, frente a los procesos antecedentes y siguientes, se especifica como un todo unido que tiene en general sobre el sujeto una acción más intensa que un sentimiento especial, llamamos a tal curso de sentimientos una emoción (...), (Wundt, 1896:229).

Además, afirma que las emociones presentan cierta regularidad en el curso que adoptan, ya que poseen un sentimiento inicial, más o menos intenso, cuyo origen se encuentra en una representación suscitada por un estímulo externo, o un proceso psíquico procedente de condiciones asociativas. Un sentimiento del que la emoción “sólo puede separarse mediante una abstracción más o menos voluntaria” (Wundt, 1896:230).

Con todo, deduce el psicólogo alemán que al estar las emociones determinadas por las cualidades de los sentimientos, por su intensidad, a la vez que por la manera y rapidez de su curso, se podría decir que las emociones mismas derivan, en su causa última, de las sensaciones y van a formar parte de los sentimientos.

En definitiva, para Wundt (1896), los sentimientos, las emociones y los actos volitivos no se nos dan mediante órganos perceptivos especiales, sino que se ligan en nosotros, inmediata e inseparablemente, con las representaciones que se refieren a objetos externos. Asume también que tampoco están ligados entre ellos, sino que cada uno de estos procesos es, por su misma naturaleza, un todo más o menos complejo:

Un proceso psicológico que, cuando se considera objetivamente, consiste en una clasificación del objeto de la experiencia (representación) en que el aspecto subjetivo descansa en ciertos sentimientos que, en relación con este objeto, se refiere a un estado de atención. (Wundt, 1896:7).

Respecto a la noción de procesos psíquicos, Wundt los presenta como una estructurada formada por dos componentes o tipos: las representaciones, por un lado, y lo que denomina “movimientos del alma” por otro. Las representaciones, a su vez, las divide en representaciones intensivas de espacio y tiempo. Las primeras, las representaciones espaciales, nacen de la fusión de las sensaciones musculares que proceden de los músculos de los ojos cuando dirigimos la mirada a un objeto, con las sensaciones de luz; a saber: de claridad y color. Las representaciones de tiempo, por su parte, van a servir de transición entre las representaciones y los movimientos del alma. Al asumir la existencia de un componente subjetivo en la formación de las representaciones de tiempo, no es posible la separación abstracta de la sensación y el sentimiento allí contenidos.

Por su parte, en los denominados movimientos del alma, se encuentran las composiciones intensivas sentimentales, las emociones y los procesos volitivos, que son más que la expresión de las emociones, dirigidas a la acción, a un hacer concreto, lo opuesto a los movimientos automáticos de las emociones.

Así, bajo estas premisas, un estímulo externo, o un proceso psíquico, produce una representación que, a su vez, favorece la aparición de un sentimiento más o menos

intenso. Por su parte, las emociones se relacionarán con las sensaciones, condicionadas por la cualidad de los sentimientos que la forman y por su intensidad, formando un todo único. Incluso, los actos voluntarios también se pueden entender como cambios representativos y afectivos, aunque su origen sea interno o externo, como se desprende las propias palabras de Wundt:

Las percepciones de los objetos externos, los recuerdos de éstos, los afectos, los actos de la voluntad, no sólo se enlazan entre sí del modo más diverso, sino que cada uno de estos sucesos es, en general, de nuevo un todo más o menos complejo (Wundt,1896:31).

La voluntad se convierte así en el proceso unificador de la consciencia, ya que puede utilizar las representaciones como motivos y enlazarlas con los estados emocionales. Pero, además, como acto de voluntad interno es, por una parte, atención, o sea comprensión clara y distinta de un contenido, y, por otra, elevación de un contenido oscuro en la consciencia.

En definitiva, se puede decir que, de alguna manera, Wundt acepta ciertos postulados cartesianos al considerar las emociones como conglomerados de sentimientos dotados de unidad e intensidad (Wundt, 1874, 1896). Dentro de la gran variedad que existe de sentimientos, destaca en todos ellos tres direcciones principales: “del placer y del displacer”, “de los sentimientos irritantes y calmantes” y “de los sentimientos de tensión y alivio”, que pueden combinarse mutuamente. Es, en este punto, en el que Wundt (1896) hace una matización especial sobre las emociones, afirmando que éstas, en su modelo, no indican cualidades particulares del sentimiento sino direcciones, y aunque ordinariamente se haya tomado en consideración únicamente las direcciones de placer displacer, se deben aceptar las otras direcciones también como combinaciones de sentimientos.

El estadounidense William James (1842-1910), tras una larga estancia en el laboratorio de Wundt, estudiando y conociendo su obra, desarrolló una original concepción de las emociones. Él consideró que no son los cambios corporales los que siguen a la experiencia emocional, sino que son las experiencias emocionales las que se producen después de los cambios corporales (Reeve, 1994). Así lo deja claro en sus

*Principios de Psicología* cuando define las emociones como “el sentir de los cambios corporales que se siguen de una percepción que los genera” (James, 1890:189).

Su preocupación, como buen pragmático, se centró en la concepción de la consciencia humana desde el punto de vista de la acción motora<sup>108</sup>. Esto le llevó a considerar las emociones a partir de las repercusiones que las manifestaciones periféricas de la percepción tienen sobre la consciencia. De ahí, su tesis sobre que “los cambios corporales se siguen directamente de la percepción del hecho que ha producido la excitación, y que nuestra percepción de estos mismos cambios tal como ocurren es la emoción” (James, 1884:59).

En su argumentación, parte de la defensa de un postulado basado en la idea de que la consciencia es motora. De ella, deduce un principio que denomina de la *huella motora* o la *acción ideomotora*, que no es ni más ni menos que la utilización de la naturaleza psicofisiológica del hombre para explicar las dimensiones más importantes de su comportamiento: la formación de conductas habituales, las reacciones instintivas, las emociones, etc. Las emociones, de esta manera, eran entendidas como la consecuencia de la reacción del cuerpo ante una situación determinada. Ellas son algo instintivo, innato, que se activan de forma espontánea y mecánica ante situaciones particulares. Según James (1890:47), todo objeto que active un instinto activa también una emoción. En definitiva, y según el principio de huella motora, no se corre por tener miedo sino que el hecho de correr, entendido como huir<sup>109</sup>, genera miedo, por lo que la acción será la que determine el estado mental. De ahí, que las emociones sean consideradas por él como un tipo especial de percepción de los cambios corporales con una función adaptativa para el individuo y la especie.

James parte no sólo de la idea de huella motora, sino también de la relación que ésta mantiene con la noción de “arco reflejo” para explicar los procesos cognitivos,

---

<sup>108</sup> James (1890) mantenía su principio pragmatista al admitir que el pensamiento es lo primero y lo último y lo de siempre en el actuar, ya que la actividad mental, el hábito, el sentimiento y la emoción son fenómenos principalmente fisiológicos.

<sup>109</sup> El término “entendido como huir” no está totalmente claro. De alguna manera, tal y cómo lo usa James, se le está atribuyendo una intencionalidad. El hecho de correr como huida o como prisa, o por cualquier otro motivo, necesita de un sujeto cognitivo que le atribuya la intención, incluido el propio sujeto.

siempre a partir de la idea de que la vida psíquica es en esencia “acción de conservación del individuo” (James, 1890:48). La vida psíquica, en una visión biologicista y evolucionista en la línea de Darwin y de Spencer, es difícil de separar del medio físico. Esta idea le sirve también para explicar el acto voluntario, ya que defiende que todos los mecanismos implicados en el principio de huella motora, como son las emociones, la creación de hábitos, la atención y las imágenes anticipadas de los resultados de cada movimiento, son los que configuran, a lo largo del tiempo, la voluntad.

Con esta base James defiende su tesis sobre el origen de las emociones. Las emociones se derivan de los cambios que se producen directamente de la percepción del factor excitante, por tanto, su origen se halla en la percepción misma. Su principal argumento para la defensa de esta afirmación es que si a una emoción se le quitaran todos los aspectos físicos, no quedaría nada que nos permitiera afirmar su existencia. A pesar de ello, admite que no todas las emociones tienen el mismo ímpetu, ya que unas son más sutiles que otras, aunque todas tengan la necesidad de ser producidas por algún tipo de alteración física perceptible como requisito para que se produzcan.

Bajo estas premisas, el principio de la huella motora, la percepción y la relación entre las distintas vías nerviosas, adquieren un papel relevante para la comprensión de las emociones y la cognición, ya que todas las impresiones de los nervios aferentes producen siempre alguna descarga en los eferentes. De esta manera, nos encontramos una mutua, constante y profunda implicación de los fenómenos motores en los llamados procesos cognitivos y emocionales, desde la más simple y elemental de las sensaciones, de las percepciones, de las imágenes y recuerdos, hasta el pensamiento:

que todos los estados mentales (...) determinan una actividad corporal. Ocasionalmente cambian en la respiración, la circulación, la tensión muscular general, la actividad glandular o visceral, aun cuando no produzca movimientos visibles en los músculos de la vida voluntaria (...) Dejemos este hecho establecido como fundamental para la ciencia psicológica. Los movimientos imaginados de cualesquiera objetos parecen paralizados desde el momento en que no van acompañados de sensaciones de movimiento, ya de sus propios ojos, ya de sus propias piernas (James, 1890:5-6).

Al mismo tiempo que James presentaba sus ideas, el físico y psicólogo danés Carl Lange (1885) propuso una teoría de la emoción, esencialmente igual aunque más

limitada, por lo que esta teoría empieza a denominarse “Teoría de James-Lange”. En su argumentación, el principal punto lo sitúa en el hecho de que el feedback aferente desde las vísceras y músculos esqueléticos produce la emoción, razón ésta por la que la formulación de James y Lange también recibe el nombre de *Teoría periférica de la emoción*, aunque también ha sido denominada *Teoría del feedback visceral*, porque son las aferencias viscerales las que dan lugar a la experiencia de la emoción. La emoción es la percepción de la activación fisiológica (cambios corporales). Es decir, algunos eventos del ambiente producen un patrón específico de cambios corporales; este patrón específico es identificado por el cerebro como perteneciente a una emoción particular, tras lo cual se produce la experiencia de dicha emoción.

Por tanto, la emoción, para James y Lange, no se deriva directamente de la percepción de un estímulo, sino de los cambios corporales que éste provoca. En este sentido, es importante destacar que las reacciones viscerales y las reacciones corporales motoras son igualmente importantes y centrales para los estados emocionales<sup>110</sup>. No obstante, Lange difiere en este punto de James y pone énfasis en los cambios vasculares, fundamentalmente en la presión sanguínea. Es decir, el proceso inicial conformado por tres momentos según un determinado orden (estímulo-emoción-cambios corporales) se convierte en un proceso diferente en el que los momentos se invierten (estímulo-cambios corporales-emoción); en este caso, los cambios corporales en general son los que dan lugar a la experiencia de la emoción.

En definitiva, el autor define las emociones a partir de un nuevo orden natural de los sucesos causado por un hecho excitante que produce cambios corporales, de forma que la percepción de estos cambios mismos es la emoción. Adquiere así naturaleza lógica su máxima de “estamos tristes porque lloramos y estamos asustados porque temblamos” y no al revés. Mientras que intuitivamente tomamos como habitual que primero sea percibido un objeto, después se vivencia la emoción y finalmente experimentemos cambios fisiológicos, para James el proceso emocional sigue exactamente el orden inverso: se percibe primero un objeto como estímulo, aparecen

---

<sup>110</sup> A pesar de considerar su teoría bajo las siglas de la teoría de James-Lange, un punto desencuentro entre ambos autores se halla en la propia conceptualización de emoción. Para Lange las emociones eran consecuencia de ciertos efectos vaso-motores, una idea que James rechaza abiertamente tildándola de exagerada y equivocada (1884).



después reacciones fisiológicas y, finalmente, surge la emoción como consciencia subjetiva de estas reacciones.

Otro fisiólogo interesado por la Biopsicología de la emoción, Walter Cannon (1871-1945), se opone a la Teoría de James-Lange. Él niega, entre otras cosas, que las reacciones fisiológicas que acompañan a diferentes emociones sean específicas de cada una (Cannon, 1927). Pudo comprobar que no sólo no existen reacciones fisiológicas específicas, sino que tampoco el sujeto es consciente de sus cambios internos. Luego la visión de la teoría de James-Lange, tan centrada en la participación del Sistema Nervioso y las vísceras en las emociones, es cuestionada por Cannon al considerar cinco errores fundamentales en ella que interfieren su capacidad explicativa. Él pone a prueba estos errores en sus estudios de laboratorio, en los que comprueba que la separación total de las vísceras del Sistema Nervioso no altera el comportamiento emocional, y que, además, en muchos estados emocionales diferentes se producen los mismos cambios viscerales. En definitiva, las vísceras, al poseer estructuras relativamente insensibles, tiene unos cambios tan lentos que no permiten ser considerados la fuente de los sentimientos y de las emociones. Incluso, cuando se pretende inducir artificialmente los cambios viscerales típicos de las emociones intensas éstas no se producen.<sup>111</sup>

Por tanto, para Cannon y Bard<sup>112</sup>, la experiencia emocional y la “activación fisiológica” ocurren al mismo tiempo, no una detrás de otra, de forma que tanto la emoción como las repuestas fisiológicas correspondientes no mantienen relación causal alguna. La idea de “activación fisiológica”<sup>113</sup> está tan estrechamente relacionada con el

---

<sup>111</sup> Resulta curiosa la similitud de la teoría de James-Lange con la visión de las emociones que la tradición hebraica propuso al inicio de este trabajo. No se trata de una total coincidencia, pero sí de ciertas similitudes que sería interesante estudiar en su análisis posterior. Aunque este tema se sale de la orientación que aquí se propone.

<sup>112</sup> Phillip Bard (1898-1977), fisiólogo, alumno de Walter Cannon retomó las teorías de éste ampliándolas y difundiólas. Centró su interés en las funciones del sistema nervioso, especialmente en cómo el cerebro mediaba en el control de las emociones (biopsicología de la emoción), el sistema vestibular y las enfermedades motrices. Realizó contribuciones significativas en la localización de la función y en la concepción del *centro neural*, lo que tuvo un efecto palpable en las investigaciones posteriores.

<sup>113</sup> El concepto de activación fisiológica, a veces también llamado activación cerebral, corresponde al desencadenamiento de un conjunto de mecanismos a nivel del tronco cerebral en los que participan el sistema nervioso autónomo y el sistema endocrino. Se caracteriza por el aumento de la presión sanguínea y de la frecuencia cardíaca (taquicardia), la secreción de cortisona (hormona implicada en el metabolismo), un estado de alerta, un despertar de los sentidos, un flujo de pensamientos más rápido y reacciones también más rápidas.

concepto de “arousal” que generalmente se toman como sinónimos. Ambos conceptos se interpretan como conceptos hipotéticos que miden el grado de activación fisiológica y psicológica de un cuerpo, según el cual, podemos predecir el desempeño de un sujeto. Se toma como principio que, al tener un “arousal” óptimo, se tiene un rendimiento óptimo y al tener un “arousal” sobre-activado o sub-activado se va a tener un rendimiento bajo. En definitiva, se trata de conceptos que hacen referencia a la energía, o disposición energizante, que necesita el sujeto para la acción condicionada por un particular estado o situación psicofisiológica del individuo. Por tanto, es un concepto que se deriva de las manifestaciones físicas que implican al Sistema Nervioso Central, al Sistema Nervioso Periférico, al Sistema Nervioso Vegetativo y a los órganos por ellos inervados y está muy relacionado también con el estado de alerta. De forma más pragmática, este concepto de “excitación” o “activación” sirve para romper la distinción entre unidades (motivos) y emoción, bajo la consideración de un continuo de la excitación en el organismo que permite justificar la respuesta o la inmovilidad de la conducta.

Así, frente a la pobreza explicativa de la teoría de James-Lange, Cannon propone incluir la participación del tálamo como mecanismo para explicar la génesis de las emociones. A esta propuesta llega al verificar que cuando el tálamo está lesionado la expresión emocional falla, por lo que considera que este órgano tiene un papel protagonista en este tipo de respuestas. Admite pues que, como con todo estímulo sensorial, los posibles estímulos elicitadores de emociones, están codificados por los órganos sensoriales en mensajes neuronales aferentes que son conducidos hacia los centros sensoriales en la corteza. Papanicolau (2004), describe este proceso a partir de su llegada al tálamo indicando que, en su camino hacia la corteza estos mensajes alertan al tálamo, que, a su vez, alerta al hipotálamo de la posibilidad de que puede ser necesaria una reacción emocional a ese estímulo (este el primer paso). Una vez llegado a la corteza, el estímulo es evaluado y si se estima (siempre en términos bioquímicos) como merecedor de una respuesta emocional, los mensajes eferentes desde la corteza alcanzan al ya alertado tálamo e hipotálamo emitiendo la acción (segundo paso). Llegado a este punto, los estímulos que siempre han necesitado respuestas rápidas son

---

reconocidos como tales por el tálamo e impulsan la unidad tálamo-hipotálamo en una acción (tercer paso). Se despliega así un plan neuromotor en dos direcciones:

- a) aferentes hacia la periferia (...) actividad esquelética.
- b) hacia la corteza (una copia de “a”) (...) experiencia de la emoción.

En definitiva, en el contexto de este modelo, y frente a la idea de James, “uno no corre porque tenga miedo, ni tampoco uno tiene miedo porque corre. Tanto correr como sentir miedo se debe a la actividad de las estructuras subcorticales, aunque la experiencia requiera de la representación neuronal del estímulo original en la corteza” (Papanicolau, 2004:50).

De esta forma, Cannon muestra su rechazo a la creencia de que las emociones sean simples procesos orgánicos, alteraciones fisiológicas que provocan la percepción de la emoción. Esto es, el rechazo a la aceptación de la “hipótesis de acción y reacción” como la base de toda la vida mental. En contra, plantea que los procesos fisiológicos y las emociones interactúan y se integran de forma simultánea de manera que, la acción recíproca de la información recibida por la corteza cerebral sobre el estímulo y su significado emocional van a producir la experiencia consciente de la emoción. De forma, que ambos aspectos, la información de la corteza cerebral y el significado emocional configuran la experiencia consciente de la emoción (Cannon, 1931). Según esta teoría los estímulos emocionales provocan por un lado la emoción en el cerebro y por otro lado, permiten la expresión de la emoción en los sistemas nerviosos autónomo y somático; lo que lleva a considerar las emociones como un producto cognitivo.

### **5.3. El Psicoanálisis**

Fue la preocupación de Sigmund Freud (1856-1939)<sup>114</sup> por el estudio de la histeria<sup>115</sup>, lo que le lleva a desarrollar su teoría psicoanalítica. En esta teoría el eje

---

<sup>114</sup> Todas las referencias de las obras de Freud, se han extraído de su obras completas, publicadas en Madrid por la editorial Biblioteca Nueva en 1973

central era la dependencia que los síntomas histéricos mantienen con los conflictos psíquicos internos reprimidos. De esta manera, Freud propone como tratamiento la reproducción de los sucesos traumáticos que ocasionan tales conflictos, ya que sólo pueden superarse viviéndolos de nuevo.<sup>116</sup>

Bajo este modelo, desarrolla una concepción de las emociones muy similar a la de James, en la que conecta la percepción de los cambios fisiológicos con los movimientos corporales (en la línea de Descartes). Así lo dejó claro en su artículo de 1915 “Über das Unbewusste”, en el que afirma que “a la esencia de los afectos pertenece el ser sentidos, el ser percibidos y, por consiguiente, el ser conscientes” (Freud 1915:117-155). Su propuesta conecta con la teoría de Hume sobre el papel decisivo que el placer desempeña en la formación del psiquismo, pero lo hace de una forma completamente nueva. Así, aunque acepta la visión humeana de que la emoción es una impresión secundaria (*reflective impression*), se aparta de ella, al considerar que no deriva de ninguna impresión original. Elimina, pues, la posibilidad de relacionar las emociones con la consciencia o con el conocimiento. Viene a considerar que aunque la emoción, en cuanto fenómeno de consciencia, es clara, se trata de una claridad engañosa que esconde la oscuridad y la confusión de su origen. Este origen lo localiza Freud en una zona recóndita de la mente humana que denomina Ello.

Distingue en el Ello dos componentes; a saber, una descarga de energía y un sentimiento de placer o displacer que surge de la percepción misma. Ambos en una permanente unión que arranca desde la historia de la propia especie y que se concreta en el deseo sexual. Un deseo que en el propio ser humano se encuentra ya en la infancia aunque reprimido e inconsciente; de forma que el objeto o la persona que produce la emoción están relacionados con este deseo oculto.

---

<sup>115</sup> Freud, en 1885, fue a París a estudiar la histeria, con el propio Charcot, en la Salpêtrière. La influencia de Charcot (1888-1889) fue muy determinante en la elaboración de la futura teoría freudiana: su enseñanza y la presentación de enfermos “nerviosos” en el Hospital de la Salpêtrière lo llevaron a pasar de la Neurología a la Psicopatología. Tal fue el impacto que le causó esta temática que Freud, le propuso a Charcot traducir algunas de sus obras al alemán; el médico francés se sintió halagado y hasta lo invitaba a las fastuosas reuniones que ofrecía.

<sup>116</sup> En 1895 aparece la primera obra, escrita con su colega Joseph Breuer bajo el título *Estudios sobre la histeria*, en la que establece las bases del Psicoanálisis. Inicialmente, Freud, a partir del estudio de la histeria, consideraba que los síntomas histéricos eran causados por conflictos psíquicos internos reprimidos. Con los años su idea se centró en el estudio de la sexualidad como origen los trastornos mentales.

Encuentra la confirmación de sus ideas en los pacientes que presentan diversos trastornos mentales cuyo origen localiza en la vida sexual, sobre todo en las experiencias sufridas en el período infantil. Esta afirmación supuso un fuerte golpe para la sociedad de aquella época, ya que la afirmación de la existencia de la sexualidad infantil no era un tema del agrado de la población en general y la científica en particular.

No obstante, hay que indicar que aunque Freud no pretendió crear una teoría psicológica completa, si llega a elaborar un sistema que explica la Psicología del hombre en su totalidad. Como se ha visto, comienza estudiando el trastorno mental y luego se preguntó por sus causas, como el caso de la histeria. De ahí, acaba formulando una teoría general del dinamismo psíquico, de su evolución a través de distintos períodos de desarrollo y del impacto de la sociedad, la cultura y la religión en la personalidad. Además con su Psicoanálisis crea una forma muy específica de tratamiento de los trastornos mentales, sustentada sobre una teoría psicológica que abarca la personalidad normal y anormal y que incide en todos los campos del saber: la Sociología, la Historia, la Educación, la Antropología y las Artes (Freud, 1973).

En ella, reduce todas las emociones y sentimientos a dos afectos principales: placer y displacer (o dolor). El placer, se deriva de la satisfacción de la necesidad y del deseo, mientras que el displacer de la frustración. Incluye también los instintos, de naturaleza somática, como los responsables de cargar constantemente el sistema neuronal con el fin de producir una tensión capaz de generar el displacer y de su descarga, el placer. Lo que le lleva a considerar el afecto como una cantidad de “energía” que acompaña a los sucesos de la vida psíquica. Para su control, propone la participación del yo consciente, cuyo fin se centrará en la moderación de las variaciones excesivas de afectos que puedan desorganizar el pensamiento.

En sus “Lecciones introductorias al psicoanálisis” (1916-17) expone su primera teoría instintiva sobre la oposición de instintos de autoconservación e instintos sexuales. Añade una segunda teoría instintiva en la “Introducción al narcisismo” (1914), y pocos años después propone la existencia de un instinto de muerte opuesto a los instintos de

vida en “Más allá del principio de placer” (1920). Completa así, su teoría de los afectos como expresiones de los instintos (*instinkt*) y de las pulsiones (*Trieb*).<sup>117</sup>

Diferencia, además, entre la pulsión, considerada como la expresión psíquica de las excitaciones endosomáticas (el representante psíquico de ideas, imágenes y fantasías) y el afecto, entendido como el estado emocional que acompaña a la representación de la pulsión. Atribuye al afecto un aspecto cuantitativo (*quantum* de afecto) que puede ser más o menos intenso en el plano energético y otro cualitativo (placer o displacer). Por otra parte, las pulsiones, las organiza en torno a dos grupos principales: pulsiones de autoconservación (hambre, o pulsiones del yo) y pulsiones sexuales (amor). El primer grupo de instintos sirven para la conservación del individuo, mientras que el segundo grupo para la conservación de la especie. Freud llamó a la energía psicológica del primer grupo el “interés” y del segundo la “libido”. En esta oposición de pulsiones, consideraba que los objetos que sirven a la autoconservación no son amados sino necesitados (que pueden agradar, gustar o interesar), dejando la palabra amor fijada a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos otros que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas.

Freud, en su obra *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), indica que la afectividad predomina en los miembros de un grupo. El individuo puede sentir exaltación emocional cuando se siente unido a un grupo idealizado (ideal del yo) y hasta puede sacrificar sus intereses personales (egoísmo) al interés colectivo (altruismo). Por su parte, en el *Malestar en la cultura* (1930), enfoca el conflicto (y la angustia) entre el hombre como ser aislado (egoísta) y el hombre como ser social con un superyó cultural (altruista). Unas ideas que le llevan a considerar la culpabilidad, el remordimiento y la necesidad de castigo como la consecuencia de la inhibición de las pulsiones agresivas hacia el exterior, que le lleva a dirigir las hacia dentro. En este caso, el instinto de muerte actuaría en la formación de síntomas por medio de la acción del superyó, incrementando su severidad, exigencia, crueldad y tiranía.

---

<sup>117</sup> Aclaremos que Freud utilizó el término alemán “*instinkt*” para referirse a un esquema de comportamiento heredado, que varía poco de un individuo al otro. Mientras que utilizó el término alemán “*Trieb*” para referirse a los grupos de pulsiones innatas, al entender que sus expresiones son más flexibles en el ser humano que los instintos (Laplanche y col., 1968).

En definitiva, y como se desprende de lo anterior, Freud propone un modelo mental en el que las emociones se conciben como formas energéticas, inconscientes y reprimidas que poseen la necesidad de ser descargadas mediante sueños, fantasías o procesos catárticos. Afirma, por tanto también, que hay que aceptar que una gran parte de la infraestructura para lo emocional opera automáticamente, luego no caben causas conscientes, aunque sí tienen potencial para causar abundantes efectos en la consciencia. Las emociones son pues irracionales.

René Spitz (1887-1974), un psicoanalista norteamericano que destacó por sus aportaciones sobre el desarrollo durante los dos primeros años de vida del niño, fue uno de los primeros investigadores que utilizó como método de investigación la observación directa del niño. No sólo centró su interés en los niños con trastornos, sino también en aquellos cuyo desarrollo era normal. En la misma línea Freud, Spitz (1965) afirma que el recién nacido se encuentra en un estado de indiferenciación en el que no existen ni objetos ni sujetos, desarrollándose, en el transcurso del primer año de vida, construcciones de los objetos y sus relaciones con ellos. Spitz, centrándose en el desarrollo en este primer año, orientó sus investigaciones en los efectos que la privación materna y emocional ejerce sobre en este proceso. Entre sus principales aportaciones a la Psicología se encuentran los estudios sobre la depresión anaclítica, el hospitalismo.

Se trata de dos conceptos que relaciona según el tiempo de privación emocional que pasa el niño. Así, entiende por depresión anaclítica la consecuencia de una privación emocional parcial (la pérdida de un objeto amado) dentro de un período de tres a cinco meses. Cuando la privación se prolonga por más de cinco meses, van a mostrar los síntomas de deterioro que la depresión anaclítica, pero cada vez más graves. Esta privación total, él la llamó hospitalismo. Asume la existencia de un período crítico entre estos dos cuadros afectivos. Si, antes de que haya transcurrido un período crítico, que se sitúa entre el final del 3 mes y el final del 5, la madre regresa con su hijo, o se consigue encontrar un sustituto materno aceptable para el niño, el trastorno desaparece con sorprendente rapidez, en caso contrario se consolida el hospitalismo. Esta privación tiene consecuencias mucho más negativas para el niño a largo plazo (problemas en el desarrollo cognitivo y social) e incluso puede llevar a la muerte al niño por *marasmo* (muerte por extenuación del niño tras haber sufrido los síntomas depresivos durante un

período de tiempo muy prolongado que debilita tremendamente su sistema inmunológico).

Como se deduce de lo anterior, considera como causas de todos estos procesos al desequilibrio que se produce en el en el desarrollo debido a las condiciones ambientales desfavorables durante el primer año de vida de un niño. Se trata de una etapa de la vida en la que el papel de la figura materna, al depender la formación del Yo de la cualidad de esta interacción, posee una importancia esencial, de forma que su ausencia lleva al niño a padecer enfermedades y a tener un nivel de desarrollo mucho más bajo. El nombre de hospitalismo le viene por ser niños de poca edad, internados en instituciones hospitalarias y separados de sus madres, de dónde obtuvo sus resultados.

De todos sus hallazgos, Spitz (1965), plantea la existencia de organizadores del desarrollo, entendidos como los indicadores más importantes que aportan información sobre el mismo desarrollo. La sonrisa del tercer mes, la angustia ante el extraño del octavo mes, y la aparición del “no” durante el segundo año de vida (15 meses), son los tres organizadores, como indicadores cuya presencia señala que el desarrollo del niño es óptimo. Por tanto, su ausencia advertiría de posibles dificultades en el desarrollo socioemotivo del niño. Especialmente importante, para el tema de la tesis que aquí se defiende, es el tercer organizador, *el desarrollo de la señal del no* (a través de gestos y palabras), ya que presupone haber adquirido la primera capacidad para el juicio y la negación.

Finalmente, Spitz (1945) plantea de todo ello que el aspecto más importante de la relación madre-niño es el clima afectivo. El dialogo continuo de acción y respuesta, iniciado en la misma situación de amamantamiento, proporciona el contexto en el que aparecen las relaciones de objeto y las estructuras intrapsíquicas. Unos diálogos que deben ser considerados también como organizadoras de las interacciones tempranas más importantes con esta figura materna. Estos diálogos, formados inicialmente por las expresiones faciales no verbales, las acciones físicas, las vocalizaciones, las respuestas y interacciones lúdicas, van a ser los que proporcionen la base para que se produzca el desarrollo de una forma de comunicación privada y exclusiva con la figura materna, origen también de las funciones cognitivas.



Otro seguidor del psicoanálisis, John Bowlby (1907-1990), centró su trabajo en el desarrollo infantil y en los efectos inmediatos y a largo plazo que produce la experiencia social en la salud mental del niño. Una posición que le lleva a desarrollar una teoría de la personalidad a partir de una serie de variables, entre las que se encuentran: la predisposición genética, el temperamento, la familia, la educación, el proceso de socialización, el ambiente, los acontecimientos vitales y otras. De entre todas ellas, la predisposición genética y las primeras relaciones que se establecen con el cuidador son consideradas como las más importantes. De manera que, se puede afirmar que su teoría del apego, desarrollada por Bowlby durante los años 1969 a 1980, es la que mejor representa todo su trabajo al describir el efecto que producen las experiencias tempranas y la relación de la primera figura vincular en el desarrollo del niño.

En esta teoría del apego, Bowlby se establece la existencia de cuatro sistemas de conducta relacionados entre sí: el sistema de conductas de apego, el sistema de exploración, el sistema de miedo a los extraños y el sistema afiliativo. Un sistema que le permite definir la conducta de apego como:

cualquier forma de comportamiento que hace que una persona alcance o conserve proximidad con respecto a otro individuo diferenciado y preferido. En tanto que la figura de apego permanezca accesible y responda, la conducta puede consistir en una mera verificación visual o auditiva del lugar en que se halla y en el intercambio ocasional de miradas y saludos. Empero, en ciertas circunstancias se observan también seguimiento o aferramiento a la figura de apego, así como tendencia a llamarla o a llorar, conductas que en general mueven a esa figura a brindar sus cuidados (Bowlby, 1980:60).

Afirma que la formación de un vínculo confiable y seguro depende de un cuidador constante y atento que pueda comunicarse con el bebé de pocos meses y no solo se preocupe de cubrir sus necesidades de limpieza o alimentación, como se entiende popularmente<sup>118</sup>. No obstante, considera que esta necesidad de atención permanente, que demanda del bebé obedece a una necesidad biológica de comunicación que poseen los seres humanos. Se adelanta así a lo que los estudios contemporáneos de la neurociencia afirman sobre el desarrollo del cerebro, desde la edad infantil hasta la adultez, y la influencia de la genética en el comportamiento de los niños. Para él, la

---

<sup>118</sup> En páginas posteriores se verá como esta idea fue confirmada por los estudios realizados por el matrimonio Harlow con monos Rhesus.

influencia genética en el comportamiento de los niños, es también importante en la generación de todo tipo de comportamientos, incluidos los trastornos conductuales. Su posición va más en la línea de los procesos, llamados hoy día epigenéticos, al considerar la influencia en lo genético del medio ambiente.

Otro de los aspectos importantes que se derivan de esta teoría del apego es que permite predecir que un apego seguro, con un cuidador estable y continuo, aumenta la probabilidad de que se produzca un adecuado desarrollo cognitivo y mental en el niño. De hecho, el propio Bowlby (1980), para reforzar esta idea, consideró que las experiencias con el cuidador, no sólo estimula los procesos cognitivos, sino que dan lugar a modelos representacionales. Esto es, al alcanzarse un sistema de apego cuando el niño se siente seguro, el mismo cuidador se convierte en un primer organizador psíquico que implica dos operaciones: conseguir acceso al estado mental del niño y atribuir significado a ese estado mental

Bajo este marco, la evolución emocional del niño, la entiende como un proceso de aprendizaje afectivo a partir de la experimentación de las relaciones que se crean en su entorno familiar, en el que la madre se erige como elemento clave de su vinculación afectiva. La creación de lazos relacionales afectivos e intensos facilitará, posteriormente, una correcta integración del sujeto en el grupo, favoreciendo, a su vez, el estilo de apego con la expresión emocional y la regulación de las emociones. Lo que viene a representar que la conducta de apego canaliza la afectividad, de forma que los posibles problemas que surjan durante la formación de dicho vínculo van a tener una gran importancia en la aparición de los trastornos emocionales, especialmente la depresión.

Por todo ello, se puede considerar que las emociones forman parte de las experiencias subjetivas que forman el mundo afectivo del niño como tendencias de acción relacional que resultan de la evaluación de una situación que nos afecta. Además, pueden considerarse como indicadores óptimos de los procesos de cambio y estos, a su vez, como fenómenos complejos en los que se integran necesariamente las dimensiones cognitivas, afectivas y comportamentales sobre el ser humano construye su realidad.

## 5.4. El Paradigma Conductista

Mientras la llamada Psicología Científica en sus distintas versiones y el Psicoanálisis se estaban desarrollando, en el ámbito de la Fisiología Ivan P. Pavlov (1849-1936) realizaba sus investigaciones sobre la Fisiología de la digestión que le conducirían a ganar el Premio Nobel en 1904<sup>119</sup>. Con estas investigaciones realizó uno de los descubrimientos de mayor significación en la corta historia de la Psicología: el reflejo condicionado y su repercusión en el aprendizaje. Los trabajos de Pavlov y la escasa confianza que generó la introspección analítica en el mundo científico junto a la necesidad de aplicar los conocimientos de la Psicología a tareas tan comunes como la crianza y la educación de los niños, determinó un escenario propicio para que se desplazara el estudio de la mente al estudio de la conducta.

Quizás quien mejor recoja este proceso de cambio en la Psicología sea John Broadus Watson (1878-1958) en su artículo, publicado en 1913 bajo el título *La psicología tal como la ve el conductista*. Un pequeño trabajo, llamado popularmente el “Manifiesto Conductista”, en el que defiende la Psicología como ciencia de la conducta en lugar de ciencia de la mente. El propio Watson lo dice abiertamente al afirmar que:

La Psicología, tal como la ve el conductista, es una rama puramente objetiva y experimental de las ciencias naturales. Su objetivo teórico es la predicción y el control de la conducta. La introspección no es parte esencial de sus métodos ni depende el valor de sus datos de la prontitud con la que se presten a interpretación en términos de consciencia. El conductista, en sus esfuerzos por lograr un esquema unitario de la respuesta del animal, no reconoce línea divisoria entre el hombre y éste. La conducta del hombre, con todos sus

---

<sup>119</sup> Pavlov (1927) entendía que un sistema complejo como es el sistema sanguíneo o el digestivo puede ser estudiado por medio de la investigación de cada una de sus partes. En sus experimentos mostró que la secreción refleja de saliva depende de las características de la acción de los irritantes en los receptores de la cavidad bucal, y de sus funciones (digestiva, protectora o higiénica). Pavlov demostró que las glándulas salivales del animal no sólo se activaban por el contacto directo con los excitantes alimentarios, sino que existía un segundo sistema de señales en el que estaba involucrada la actividad nerviosa superior. Para verificar dicha teoría abrió dos “ventanillas” en el estómago y en el esófago de un perro, descubriendo así como, a pesar de que la comida engullida por el animal no llegaba al estómago, este órgano sí producía el jugo gástrico necesario para la digestión. Por primera vez se logró mostrar de manera experimental que el funcionamiento del estómago depende del sistema nervioso y está controlado por él, porque a pesar de que la comida no llegaba al estómago, el órgano empezaba a funcionar, lo que quedó comprobado cuando el científico observó que, una vez cortados los nervios, el jugo gástrico se dejaba de segregar. Estas respuestas reflejas ayudaron a Pavlov a conocer la estructura y funcionamiento de los hemisferios cerebrales y a explicar los trastornos psicológicos en las personas, en particular, las neurosis y las psicosis.

refinamientos y complejidad, es sólo una parte del esquema total de investigación del conductista (Watson, 1913:158).

Se inicia así una etapa en la Psicología, marcada claramente por el espíritu Neopositivista, en el que las emociones van a adquirir un papel relevante en la explicación de la conducta. Una línea como la iniciada por el profesor Watson en la Universidad Johns Hopkins. Él centró su atención en la relación entre los inputs sensoriales, el aprendizaje y el comportamiento de las aves, y llega a la conclusión de que las emociones poseen una naturaleza fisiológica<sup>120</sup>. Para la defensa de esta idea condiciona los reflejos a respuestas emocionales que considera como simples reacciones corporales a estímulos específicos. Por tanto, en las emociones la experiencia no es un componente esencial. La identificación de las emociones con las respuestas corporales a través del Condicionamiento Clásico, le permite considerarlas como el producto de conductas preparatorias, implícitas, para la acción.

Para reforzar su teoría, se apoya también en los trabajos que Karl Lashley (1950)<sup>121</sup> había realizado a partir de los estudios sobre condicionamiento de Pavlov, y de otros autores como Joseph Jastrow (1863-1944), Zing Yang Kuo (1898-1970), Stephen C. Pepper (1891-1972), Ralph Barton Perry (1876-1957), Albert P. Weiss (1879-1931). De estos autores, obtiene las bases para el desarrollo de su teoría en la que los reflejos condicionados ocupaban el centro<sup>122</sup>. El método de Pavlov (1929) aplicado a los humanos va a ser la herramienta de investigación del Conductismo, y la Teoría de

---

<sup>120</sup> Watson utilizó, para corroborar sus teorías sobre las emociones, la lista de estímulos provocadores de miedo compilada por James. Tras analizar los resultados comprobó que eran los gritos, el dolor y la falta de apoyo los que siempre provocaban miedo. A pesar de ello no dejó de criticar a James y Spencer y de acusarlos de tener demasiados prejuicios en la elaboración de sus teorías y asumir postulados mentalistas.

<sup>121</sup> Lashley entendió que la batalla en torno al Conductismo era una batalla profunda entre la “explicación mecanicista y la valoración finalista”, entre concebir a los seres humanos como robots o como agentes con propósitos, valores, esperanzas, miedos y amores; y no una batalla entre las distintas maneras de practicar la Psicología.

<sup>122</sup> Según Lashley la elección entre Conductismo y Psicología tradicional se reduce a una elección entre dos concepciones “incompatibles” del mundo: la científica frente a la humanista. La fórmula de Lashley era semejante a la de La Mettrie, la búsqueda de una explicación mecanicista y fisiológica de la conducta y la consciencia. Ambos autores, junto con Weiss y Kuo, definieron el Conductismo a partir de una visión fisiológica. Al compararse las opiniones de Lashley, Perry, Pepper y Jastrow, revelan cómo el Conductismo terminó siendo una visión reduccionista fisiologista en clara oposición con la Psicología de la consciencia.

los Reflejos Condicionados, la que proporcione la base para la predicción y control de la conducta en humanos y animales.

La Teoría de los Reflejos Condicionados la extiende a todas las áreas de la Psicología, incluso a la Psicopatología, defendiendo que las neurosis no son más que “trastornos del hábito”, generalmente “trastornos de las funciones del habla”. Esto es, los síntomas neuróticos, no son más que reflejos condicionados producto de deficientes adaptaciones de la conducta al medio, que podrían corregirse mediante la aplicación de principios conductuales.

La apuesta de estos psicólogos es por una Psicología de la conducta, alejada de la antigua Psicología de la consciencia de Wundt. En definitiva, para Watson (1930) solo hay cadenas de conducta, no procesos mentales funcionales que desempeñen papel causal alguno en la determinación de la conducta. No sólo no existe la mente, sino que tampoco existe la corteza cerebral más que como una centralita conectora de estímulos y respuestas. La Psicología, por tanto, sólo puede entenderse en términos de “estímulos y respuestas”, de “formación de hábitos”, de “integración de hábitos” y similares. No es una Psicología de los contenidos conscientes, sino de la conducta adaptativa. Esto permite a la Psicología acceder a un enfoque predictivo científico<sup>123</sup>.

En su idea de hábito distingue tres categorías: manuales, verbales y emocionales (Watson, 1913). Los primeros implican la musculatura estriada e incluyen la organización de los hábitos corpóreos explícitos o motores que intervienen en las respuestas en movimientos (coger y manipular objetos, caminar, etc.), mientras que los verbales, o laríngeos, son los hábitos propios del lenguaje y pensamiento.

Las emociones son simplemente reacciones corporales a estímulos específicos en las que la experiencia consciente no es un componente esencial. De ahí que, las identifique con las respuestas o hábitos viscerales y localice su causa en los procesos de

---

<sup>123</sup> Es posible ver ciertas reminiscencias de la teoría motora de James en los planteamientos de Watson, especialmente cuando afirma que la consciencia sólo registra lo que decimos y hacemos sin influir en ello (1930). En la conferencia “Imagen y afecto en la conducta”, consideraba y rechazaba la fórmula del Conductismo Metodológico. No le interesaba lo que aconteciera dentro de la mente de la persona, siempre y cuando no pudiera predecir su conducta. El pensamiento no es más que una “conducta implícita”, que a veces tiene lugar entre un estímulo y la “conducta explícita” resultante. Según esta hipótesis, casi todas las conductas implícitas tienen lugar en la laringe (1930:16).

condicionamiento (aprendidos), en los que la reacción emocional (no aprendida) es esencial.

Una emoción es una reacción estructurada (*pattern-reaction*) hereditaria, que implica profundas modificaciones en todo el mecanismo corporal, especialmente en los sistemas visceral y glandular. Por “reacción estructurada” queremos decir que los elementos de la respuesta, cada vez que se presenta el estímulo excitatorio, aparecen con una cierta regularidad, constancia y aproximadamente en el mismo orden secuencial (Watson, 1930:195).

Por esta vía, llega a la conclusión de la existencia de tres emociones básicas, cuyo origen no se puede considerar como fruto del aprendizaje: miedo, ira y amor<sup>124</sup>. Se trata de tres emociones básicas con una naturaleza fisiológica, derivadas de las reacciones fisiológicas: se llora cuando se está triste. Así, el llanto, por ejemplo, representa la causa de una percepción de determinado objeto que produce dicho llanto; una simple reacción. Por tanto, lo que causa la emoción, más que la percepción del objeto, es la situación condicionada. De esta manera, sitúa la génesis de las emociones en los procesos de condicionamiento (aprendidos), en los que la reacción emocional (no aprendida) es esencial.

A partir de 1945, Watson redirige su visión conductista hacia una Psicología en la que el aprendizaje adquiere un papel relevante. El ser humano posee, desde su nacimiento, muy pocos reflejos incondicionados, luego todo el repertorio conductual que se tiene de adulto no puede ser debido a ninguna otra cosa que a procesos de aprendizaje: “estos estímulos incondicionados (escribe en el comentario de experimento con Albert), con sus respuestas incondicionadas relativamente simples, son nuestros puntos de partida en el establecimiento de las complicadas pautas de hábitos condicionados que más tarde denominamos emociones” (Watson, 1930:162).

Bajo este esquema, las emociones, no sólo no son aprendidas, sino que, al formar parte de toda la actividad del organismo, de sus funciones fisiológicas y de sus

---

<sup>124</sup> Se opone a la afirmación de James cuando dice que “Mi teoría sostiene que los cambios corporales siguen inmediatamente a la percepción del hecho excitante, y que el sentimiento que tenemos de estos cambios a medida que ocurren, es la emoción” (James, 1892:344). James incluía además el dolor como emoción básica.

órganos respectivos (estómago, los intestinos, la respiración, la circulación, etc.), están también determinadas mediante procesos de condicionamiento. Un condicionamiento, entendido como el proceso en que el individuo aprende a responder de un modo nuevo ante determinado estímulo que de manera innata no provoca una respuesta. De esta forma las emociones terminan siendo hábitos condicionados adquiridos como reacciones ante determinados estímulos ambientales. Así, las tres emociones básicas (miedo, ira y amor) van a estar, cada una de ellas, provocadas por un estímulo específico y con sus propias repuestas conductuales complejas. Esto es, el miedo como una respuesta innata a ruidos súbitos, la ira como respuesta a una limitación de los movimientos y el amor como la respuesta a las caricias o manipulación de las zonas erógenas.

Esta forma de entender la conducta, lleva asociada el rechazo de lo adquirido a través de la herencia ya que no hay nada innato sino estímulo-respuesta, así como las nociones de capacidad, talento, temperamento, constitución mental y las demás características. Esto no es más que la consecuencia de su apoyo radical al ambientalismo ya que todos los cambios y todas las manifestaciones conductuales son aprendidos en el contexto. Así, el hecho de que las personas fueran distintas se debe achacar al adiestramiento social, a factores ambientales y no a los factores endógenos similares a los que defienden los partidarios de los enfoques innatistas y biológicos.

Evidentemente ni a James ni a ninguno de sus continuadores jamás se les ocurrió pensar, y mucho menos experimentar, sobre la génesis de las formas emocionales de la respuesta. Para él se trataba de genuinas herencias de nuestros primitivos antecesores. Mediante esta fórmula vacía, verbal, James despojó a la Psicología de su campo acaso más hermoso e interesante. Impuso al estudio de las emociones una condición de la cual resulta hartamente difícil librarse, porque su fórmula fue asimilada por todos los más destacados psicólogos norteamericanos, quienes seguirán enseñándola durante un número de años demasiado grande como para pensarlo sin perder la serenidad (Watson, 1930:142).

En su intento por demostrar que los humanos son moldeables por la sociedad, llegó a condicionar la emoción de miedo en un niño; lo que se conoce como el famoso caso “Albert B”.<sup>125</sup> Con este experimento Watson afirmó haber establecido una reacción

---

<sup>125</sup> Albert era un niño normal y sano que a los nueve meses de edad no parecía tener miedos hacia animales pequeños con pelo como ratas, conejos, perros, etc. Cuando Albert tenía 11 meses, se le mostró

emocional condicionada, y que este tipo de experimentos eran el prototipo de aprendizaje emocional de un ser humano adulto normal en un entorno normal. Creyó haber demostrado que la vida emocional del adulto era una serie de respuestas condicionadas incorporadas a lo largo de los años de desarrollo: “Estos tests con niños no condicionados, probaron en forma terminante que son meros cuentos de hadas las clásicas versiones acerca de respuestas hereditarias a objetos y animales con pelaje” (Watson, 1930:147).

Debidos a diversos motivos, ajenos a sus planteamientos científicos, Watson fue expulsado de la universidad John Hopkins<sup>126</sup> aunque siguió defendiendo el Conductismo como alternativa a la Psicología Mentalista y al Psicoanálisis. En un artículo titulado “The Heart or the intellect?”, publicado en 1928 en la revista *Harper’s Monthly Magazine*, llega incluso a plantear la conexión entre la Psicología mentalista y la religión.

Su método conductista sería el único válido para explicar la conducta; se puede convertir por encargo a cualquier hombre, comenzando desde su nacimiento, en cualquier ser social o asocial. Watson llega incluso a afirmar:

Dadme una docena de niños sanos, bien formados, para que los eduque, y yo me comprometo a elegir uno de ellos al azar y adiestrarlo para que se convierta en un especialista de cualquier tipo que yo pueda escoger -médico, abogado, artista, hombre de negocios e incluso mendigo o ladrón- prescindiendo de su talento, inclinaciones, tendencias, aptitudes, vocaciones y raza de sus antepasados (Watson, 1930:104).

---

una rata blanca, el pequeño se acercó a tocarla y un investigador provocó un sonido estridente y repentino detrás de la cabeza de Albert, acción que se realizó en multitud de ocasiones hasta conseguir que el niño se asustara y gritara. Pocos días después los investigadores le mostraron unos cubos, el niño no se asustó, pero a continuación le enseñaron la rata y entonces sí se asustó, después le mostraron un conejo y Albert se asustó y se alejó gateando. Poco a poco se fueron integrando más objetos similares a la rata al experimento y Albert se mostraba asustado con todos ellos, excepto con el cubo blanco que se le mostró. El experimento no se pudo continuar porque la madre no lo permitió, pero se llegó a cuatro resultados: los niños apenas tienen miedo innato a los animales; los niños aprenden a tener miedo a un animal si éste aparece asociado a un estímulo desagradable; los niños pueden distinguir entre una rata blanca y un cubo blanco; y, el miedo a una rata blanca se puede extender a otros animales y otros objetos peludos. La clave de este experimento de condicionamiento clásico era la asociación de un estímulo condicionado (rata blanca) con un estímulo no condicionado (miedo de un ruido estridente y repetido) hasta que la presencia del estímulo condicionado era suficiente para provocar el estímulo no condicionado.

<sup>126</sup> Parece ser que la relación afectiva que tuvo con Rosalie Rayner, colaboradora en los estudios sobre el Condicionamiento Clásico en el llamado “caso Albert”, no fue del todo aceptado por la autoridades académicas.



Watson (1930) mantiene así que, aunque el ser humano nace con una serie de órganos y con un conjunto de movimientos simples y desorganizados, será la sociedad y no la herencia quien construya con todo este material el ser humano tal y como se le conoce. Incluso, la personalidad, la considera como el producto final del sistema de hábitos y del condicionamiento de las emociones. En palabras del propio Watson: “No somos las criaturas de razón que pensamos ser. Por el contrario, incluso las personas más austeras, son criaturas con potentes sistemas emocionales. Tras actuar dominados por nuestras vísceras, solemos 'racionalizar' nuestros actos para ocultar nuestra debilidad” (1930:198).

El enfoque conductual de Watson, impresiona tanto al psicólogo Burrush Frederic Skinner (1904-1990) que le lleva a desarrollar una versión del Conductismo con aspiración a ser una más de las ciencias físicas. El propio profesor Ardila, en el prólogo de la versión española del libro de Skinner, *sobre el conductismo* (1987), considera que Skinner explica los fundamentos del análisis experimental del comportamiento y sus aplicaciones a los problemas sociales, de forma tan refinada como lo hacen las ciencias naturales. Como afirma el propio Skinner:

El análisis experimental del comportamiento ha dado origen a una tecnología muy refinada, que está cambiando conceptos básicos de la educación, la clínica y las relaciones sociales (...) Una ciencia del comportamiento, de la misma rigurosidad de la física moderna, es tan humanista como pueda serlo cualquier otra disciplina; ciencia y humanismo no tienen por qué oponerse (Skinner, 1987:46-47).

Skinner aborda la cuestión emocional señalando que históricamente, desde los primeros tiempos de la aparición del hombre, se viene aceptando la existencia de un hombre interior y un hombre exterior. Al respecto, él señala que son las primeras experiencias de los hombres las que definen su forma de ser y actuar sobre el mundo. Esas experiencias le permiten distinguir entre las cosas que él hacía y aquellas sobre las que no tenía poder alguno. En ciertas ocasiones, las acciones del hombre generaban una serie de efectos que asociaba a su comportamiento, pero existían muchas otras en las que el origen de los efectos no partía de él o no eran claramente perceptibles, lo que le llevaba a considerar la existencia de entes imaginarios. Con los años, y gracias al avance

de la Biología y la Física, se ha producido un cambio en la atribución de esas causas ocultas, desplazándose los agentes causales a entidades innatas, aunque no de forma excluyente, ya que con el tiempo las nuevas interpretaciones causales coexistieron junto a las antiguas. De esta forma, se genera un proceso que lleva a configurar, a conceptualizar y admitir, la existencia de un hombre intrapsíquico con capacidad de razonar y sentir.

Actualmente la conducta humana se sigue comprendiendo y justificando mediante el recurso a ciertos agentes innatos que no son más que términos precientíficos definidos bajo los conceptos de sentimientos, emociones, intenciones, propósitos, objetivos y metas, entre otros, fruto de nuestro desconocimiento real de las causas. Por tanto, es nuestra propia incapacidad para comprender la conducta humana, y la dificultad que entraña en muchas ocasiones captar el origen de los fenómenos, lo que nos lleva a caer en la tentación de atribuir la conducta a una persona “tipo”, que no podemos ver ni se corresponde con ninguna entidad real. Esta visión del hombre, en definitiva, “viene a reforzar la idea de la existencia de un mundo mental que escapa a la demostración científica. La función del hombre interior consiste en proporcionar una explicación que no pueda ser explicada. La explicación concluye en ese hombre interior” (Skinner, 1972:23).

Por todo ello, la atención debe centrarse más en las circunstancias que rodean al ser humano, ya que el análisis científico de la conducta, igual que cualquier otro fenómeno físico, exige siempre que se establezcan las condiciones bajo las cuales se produce. Lo contrario, centrarse en descubrir rasgos abstractos, como personalidad, estados mentales, sentimientos, peculiaridades del carácter, planes, propósitos, intenciones, etc. lleva a definir a un hombre autónomo, inexistente, fruto de la ignorancia. El ambiente debe entenderse y considerarse como un componente fundamental a la hora de analizar la conducta humana.

Skinner, para plantear la importancia del ambiente, se apoya en la descripción que hace Descartes de un mecanismo que había en los Jardines Reales de Francia<sup>127</sup>.

---

<sup>127</sup> Descartes, describe un mecanismo autómatas que había en los Jardines Reales de Francia. En éstos se ocultaba una estatua de la diosa Diana bañándose, con la peculiaridad de que cuando la gente se acercaba a observarla, se activaba un mecanismo que hacía aparecer en su lugar otra estatua del dios Neptuno amenazante en defensa de la diosa.

Pone así de manifiesto que el ambiente posee un carácter impulsor en la conducta humana, una naturaleza selectiva, que produce ese efecto impulsor, denominado “stimulus” y un efecto consecuente en el organismo, su respuesta. La unión más básica del estímulo y la respuesta, tal como también lo planteó Pavlov, es lo que define el reflejo. Y esto es, lo que produce la conducta.

El ambiente, por tanto, ejerce una fuerte función selectiva de la conducta, ya que las consecuencias que se derivan de ésta sobre el contexto se convierten en el principal mecanismo de control. Tanto es así que,

en algunos aspectos el reforzamiento operante guarda semejanzas con la teoría evolutiva de la selección natural. Así como algunas mutaciones genéticas sobreviven o se extinguen por las consecuencias que tienen para la supervivencia, del mismo modo nuevas formas de conducta son seleccionadas o eliminadas a través del reforzamiento (Skinner, 1953:430).

Por tanto, la explicación de la conducta se basa en la relación diádica entre organismo y ambiente.

En este marco teórico Skinner considera que las emociones son el ejemplo manifiesto y palpable de las causas imaginarias, ficticias e internas de la conducta. Piensa que ante la falta de evidencia de los correlatos fisiológicos de cada una de las emociones, el observador externo sólo realiza estimaciones desde un punto de vista profano. Por lo que incluso los nombres de las emociones sólo sirven para clasificar la conducta con respecto a las circunstancias que afectan a su probabilidad. En definitiva, las emociones son respuestas similares a las demás, provocadas por estímulos y mantenidas por las contingencias de refuerzo que dirigen la conducta. El mismo Skinner las define como “un estado particular de fuerza o debilidad de una o más respuestas, inducido por cualquier operación de una clase determinada” (Skinner, 1953:170). De esta forma, para evitar caer en una concepción de la emoción como constructo interno, siempre que se haga referencia a una emoción en concreto deberá describirse operativamente dentro del repertorio conductual que evoca. En caso contrario se estará

frente a un ejemplo manifiesto y palpable de su consideración como causas imaginarias, ficticias e internas de la conducta.

Como se ha visto, el Conductismo surge en los años 20 con Watson como reacción al Estructuralismo y al Funcionalismo. Con su aparición desplaza el objeto de estudio de la Psicología de la consciencia a la conducta externa y observable, reduciendo ésta a términos de estímulo y respuesta. Los conductistas renuncian al estudio de los procesos mentales, obviando el estudio de los procesos superiores, el pensamiento, la percepción, el lenguaje o la memoria, para explicar la conducta de los organismos. Poseen una visión asociacionista al pretender relacionar los antecedentes de una situación con sus consecuentes (estímulo-respuesta). En este sentido, el Conductismo, podría decirse que comparte la teoría del saber del Empirismo inglés, especialmente la obra de Locke (1690), que asume la creencia de que no sabemos nada, ya que somos como una “tabula rasa” y todo el conocimiento lo adquirimos del medio por mecanismos asociativos a través de los sentidos. Así, la estructura de la conducta, la forma en que actuamos, sería una copia isomórfica de las contingencias o hechos ambientales. De igual manera que acepta ciertos planteamientos de Locke, asume también los postulados de Hume (1740), especialmente sobre que las bases del conocimiento humano se sustentan sobre impresiones e ideas. Las impresiones son los datos crudos recibidos por los sentidos; mientras que las ideas son copias que recoge la mente de esas mismas impresiones. Pero las ideas por sí no tienen valor. El conocimiento se alcanza mediante la asociación de ideas con otras ideas previas en la mente, siguiendo los principios de contigüidad espacial y temporal, semejanza y causalidad. Es decir, las causas deben producirse antes de los efectos y ambos deben estar próximos tanto temporal como geográficamente.

Otro rasgo importante del Conductismo, mencionado en el análisis de sus autores más significativos, es su reduccionismo antimentalista y la consecuente oposición al uso del introspeccionismo para la explicación del comportamiento. Como se dijo anteriormente, Skinner (1987) consideraba que la visión mentalista del comportamiento no es más que una búsqueda de llenar los vacíos del conocimiento sobre la conducta humana con teorías inventadas. Fue por esto que planteó un sistema

“ateórico” desde sus inicios, aunque posteriormente reconoció su carácter teórico (Skinner, 1987).

Este desarrollo del Conductismo, con el concepto de conducta operante como su eje central, generó una serie de incógnitas sobre la explicación de la conducta humana que no eran capaces de resolver, como el valor de los procesos cognitivos y afectivos; esto es, la importancia de lo subjetivo. Además, la consideración del ser humano como un sujeto pasivo a merced del ambiente, no convencía al dejar sin explicación muchos comportamientos en los que la motivación, las expectativas, etc. tienen un gran valor. El propio Skinner (1953) intuyó la muerte del Conductismo, al afirmar que éste moriría por su éxito y por la irrupción de la Neurofisiología. Esta nueva disciplina la veía capaz de vencer incluso al Cognitivismo; un paradigma que nunca le produjo confianza. Una creencia que se vio fuertemente apoyada por el matrimonio Breland (1961)<sup>128</sup> en su artículo titulado “The misbehavior of organisms”, jugando con el de la obra de Skinner “The Behavior of Organisms” (1938). En dicho artículo, los Breland insistían en que se debían examinar las premisas ocultas del organismo del animal, que los animales no son la virtual “tabula rasa” para recibir todo tipo de aprendizajes, que no todas las respuestas son condicionables en el mismo grado, etc. La sinceridad de los colaboradores rompía los dogmas del maestro. Keller Breland, en una carta enviada a Skinner en relación con la publicación de dicho artículo le comentaba que “quizás no establecimos con suficiente firmeza... la eficacia del condicionamiento operante... Esta convicción es tan 'nuestra' que... nos olvidamos que no todos los psicólogos americanos la comparten” (Skinner, 1987:65).

Jerry Hirsh, de la Universidad de Illinois, a tenor del artículo de los Breland escribió un artículo (1963) donde ponía énfasis en la importancia de estudiar las diferencias individuales. Según él: “Las diferencias individuales no son por accidente. Son generadas por propiedades de los organismos, que son tan fundamentales para la ciencia de la conducta como las propiedades termodinámicas lo son para la Ciencia Física”.

---

<sup>128</sup> Mariam y Keller Breland eran estudiantes de Psicología de la Universidad de Minnesota que Skinner contrató para que le ayudasen en su “Proyecto Paloma” a comienzos del año 1942. Su papel se centró en la domesticación de los animales mediante técnicas de modelado de la conducta, que pusieron en práctica en animales amaestrados de las ferias y las exhibiciones circenses.

Tampoco se puede obviar la coincidencia del fracaso del Conductismo con la crisis del Positivismo lógico como único modelo en la concepción de las teorías y el conocimiento científico. Una situación que propició, a partir de los años 50, el surgimiento de nuevas concepciones epistemológicas de la Filosofía de la Ciencia, surgidas de la crítica alternativa del positivismo lógico (Pinillos, 1975; Suppe, 1977, 1979; Asquith y Kyburg 1979). En todo este proceso, el rechazo a toda teorización, manifestado de forma incesante por Skinner, es muy criticado incluso después de los años 60.

El profesor Yela (1980) analizó la evolución de este proceso del renacer y del fallecer del Conductismo resaltando cinco grandes fases o etapas:

1. La fase de nacimiento y difusión del Conductismo en torno a Watson.
2. La fase de las grandes teorías y del Neoconductismo sistemático en torno a Hull, Guthrie y Skinner que comparten un objetivo metodológico común, pero que difieren en la interacción del método (inductivo-deductivo), la naturaleza del aprendizaje (conexiones E-A , asociaciones y expectativas) y el mecanismo subyacente al mismo (contigüidad, reforzamiento, confirmación, expectativas, etc. )
3. La fase de las crisis (entre 1950 y 1960) representada, primero, por una crítica interna según la cual los intentos conductistas habrían sido defectuosos por no cumplir adecuadamente las reglas objetivas en que pretendía basarse (Estes, 1954) y, segundo, por una crítica externa a esas reglas en el sentido de haber creído excesivamente en ellas y en su suficiencia (Hebb, 1949; Koch, 1959).
4. La fase del declive del Conductismo, en la que se pasa del Conductismo sistemático a la “Psicología de la conducta” rechazando la interpretación conductista pero reteniendo la conducta como objetivo de la Psicología.
5. La fase de caída del Conductismo, en la que la mayoría de psicólogos consideran la conducta no como el objeto único de la investigación psicológica, sino como una de las vías para la verificación de las hipótesis psicológicas.

En definitiva, esta intención del Conductismo de aprender de los experimentos con los animales con el fin de dar el salto hacia la conquista de la explicación del

aprendizaje en los humanos, les resultó totalmente ineficaz. Puede ser debido, entre otras causas, a que los animales son demasiado primitivos comparados con el hombre. De esta manera, la ignorancia que muestra el Conductismo del organismo entre el estímulo y la respuesta va a permitir el surgimiento de la Psicología Cognitiva, con la *Teoría del procesamiento de la información* como su apoyo fundamental y el ordenador como la metáfora que posibilita el estudio de los procesos mentales. A pesar de ello, el viejo Conductismo y su evolución hacia corrientes Neoconductistas mantuvo una gran influencia hasta la década de los años 60.

## **Recapitulación del Bloque II**

En este bloque, se ha visto cómo a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX se empieza a consolidar la Psicología, desechando de su corpus elementos metafísicos heredados de épocas anteriores, aunque no con el éxito esperado. Se mantienen aún creencias que chocan con la construcción de la Psicología Científica y Antimentalista, tales como la consideración de que los procesos psíquicos son independientes de los conocimientos naturales o los conceptos de percepción interna o el de intencionalidad.

La Fisiología, la Biología y la Medicina influyen fuertemente en la Psicología Científica y psicólogos junto a biólogos, físicos y médicos, comparten el campo de la Psicología con diferentes concepciones teóricas y metodológicas. Lejos queda ya el viejo Herbart, el último psicólogo metafísico y empirista, que veía en las Matemáticas la vía que la podía sacar de la encrucijada formada por los grandes sistemas empiristas, inglés y francés, y por los idealistas alemanes. La nueva Psicología se apoya además fuertemente en la Biología que había irrumpido con fuerza en la Psicología a partir de los estudios de Hartley, Reid, Brown, Bain, Spencer, Darwin, Gall, Bell, Magendie, Müller, Fechner, etc., y de tantos y tantos pensadores centrados la estructura anatomofisiológica para explicar la totalidad de la consciencia y de la mente.

Se empiezan a formular teorías que pretenden explicar los fenómenos mentales a partir de la asociación entre elementos más básicos que el propio fenómeno, asociación que el sujeto ha vivido con anterioridad. Presuponen también la existencia de que conectan dichos elementos y que deben ser descubiertas por la investigación psicológica para comprender bien los procesos psicológicos o el comportamiento que definen dichos fenómenos psíquicos. Unas teorías heredadas de planteamientos del empirismo inglés, como los de Hume (1740, 1798), que entendían los procesos mentales como la expresión de la asociación de vivencias (ideas dicen ellos). Además, mantenían que al igual que en el mundo físico, en el mundo de la mente también se encuentran fuerzas que se pueden formular mediante leyes o principios de la asociación.

La Biología y Fisiología, no sólo llaman fuertemente a la puerta de la Psicología irrumpiendo en ella, sino que, además, le empiezan a exigir el uso de sus términos más representativos, como los de modelo, experimento, leyes, axiomas, etc., términos que hasta esa época eran de uso exclusivo de las ciencias físicas y médicas. Todo ello, como se viene afirmando, no es más que el reflejo de esa voluntad por hacer de la Psicología una ciencia y de buscar en el hombre, en su estrato anatomofisiológico la explicación de todo lo psíquico. Respecto a las emociones, resulta llamativo el interés que despiertan en esta nueva forma de entender la psicología del ser humano. Una psicología que va localizando en el cerebro y situando en zonas, cada vez más profundas, las distintas funciones psíquicas.

Es por ello, que se inició este bloque II con el Asociacionismo, especialmente con la visión de Stuart Mill (1863), que recurre a la idea de felicidad para plantear la importancia de las emociones y los sentimientos. Presenta un modelo en el que las emociones tienen un carácter intencional ya que forman parte de los sentimientos y poseen un componente cognitivo. Así, al asumir que forman parte de las creencias o ideas que se tienen de los objetos y de los sentimientos, coincide con el planteamiento que se sigue en esta tesis.

Tras analizar las ideas sobre las emociones y su relación con la felicidad que hace Mill, en este Bloque II, se sigue con Alexander Bain (1875) y su teoría sobre las emociones como un producto de la participación directa de la persona en el medio. Incide este autor en el papel que desempeña la estimulación cerebral en el cerebro y la



actividad espontánea de éste. Incluye además, conceptos tan valiosos para la psicología posterior como el de reflejo e instinto y las leyes que les permiten conjugarse para formar las emociones y las creencias gracias a la actividad propia.

Otro paso importante, en este proceso de fisicalización de la Psicología, surge de la mano de Joseph Gall y de su discípulo Gaspar Spurzheim con la promoción de su enfoque frenológico. Se trata de un enfoque novedoso que, sorprendentemente, no profundiza en el cerebro, sino que se queda en el cráneo dividiéndolo en áreas y localizando en cada una de ellas funciones mentales específicas. Al centrarse en el cráneo, esto es en la cabeza, la metodología más adecuada, según los autores, sería la de la palpación de dichas zonas y la obtención de medidas sobre la forma y el tamaño de éste. Información que permitiría acceder al mundo de lo psíquico.

En su afán por la científicidad de sus planteamientos no dudaron en formular su concepto de ingeniería emocional centrado en la capacidad del científico para aprender a detectar las funciones psíquicas a través de las medidas de la cabeza y de la modificación de tales funciones mediante prácticas educativas. Las emociones, al igual que el resto de las funciones psíquicas, también podían ser localizadas en el cráneo y ser modificadas. Unas emociones que identifican con la noción de instinto, ubicándolas en la región posterior del cerebro y en los lóbulos temporales. El mismo Gall, gracias a la palpación del cráneo, localiza veintiuna facultades afectivas, nueve como tendencias y once como sentimientos.

Pero quizás, una de los descubrimientos más novedosos de esta época, fue el de la localización de los centros del lenguaje por Broca y Wernicke. El lenguaje, como una capacidad exclusivamente humana, al ser localizado en el cerebro produjo un enorme impacto sobre la sociedad por lo que representaba. Dicho impacto no se debió sólo a la naturaleza metafísica y a la consideración de “don divino” que poseía el lenguaje, sino también al hecho de profundizar en el estudio de la cabeza, que “traspasaba” el cráneo, tal y como lo veía Gall, hasta sumergirse en el cerebro.

La puerta al Localizacionismo que abrieron Broca y Wernicke produjo también una enorme avalancha de estudios neurofisiológicos cuyo fin era, además de localizar más funciones psíquicas, fisicalizar toda la Psicología. Este fue el caso, por ejemplo, de

Hughlings-Jackson (1874) y su teoría sobre la “organización cerebral jerárquica”. Una proliferación de estudios que abarcaban todas las funciones y que, en el caso de las emociones, destacan, a nuestro juicio, por ser el punto de partida de la visión psicofisiológica de Angelo Mosso (1892) William James (1890), Charles Darwin (1872) y Giuseppe Sergi (1906).

Todos estos movimientos dentro de la Fisiología van a favorecer el surgimiento de la Psicología Diferencial. Un movimiento que aunque lo inicia Francis Galton (1822-1911), estaba muy influenciado por la obra de su primo segundo Charles Darwin sobre la evolución.

El Evolucionismo, defendido además de por Darwin y Galton por Spencer, pone el acento en el estudio de la diferencias individuales. Esto es, en la búsqueda de aquello que diferencia a los seres y que son, además, características claves para la supervivencia. Galton busca en las medidas hallar tales diferencias con el fin de conocer aquellos rasgos que mejoran o empeoran la evolución de la especie.

Por su parte, Darwin, entre otros temas, aborda de forma exhaustiva el estudio de las emociones y su valor para la supervivencia y evolución de la especie. Fruto de estos estudios, publica un libro muy polémico en el que identifica parte de las emociones de los animales con la de los hombres. No obstante, y esto es importante para esta tesis, resulta especialente interesante su planteamiento sobre cómo las emociones constituyen un importante mecanismo evolutivo y cómo las respuestas emocionales son parte esencial de la existencia humana, hasta tal punto que, junto con los sentimientos, constituyen la esencia de la vida humana.

Con el tiempo, Darwin, Spencer y McDougall, entre otros, defendieron también la importancia de las expresiones emocionales en el ámbito social como un mecanismo de adaptación al grupo, tanto en los seres humanos como en los animales. Un mecanismo que, no sólo tiene un efecto positivo en la especie, sino también en el sujeto. Las teorías evolutivas ofrecen así una concepción de las emociones que permiten explicar la adaptación del ser humano al medio social y natural. Pero, como no podía ser de otra manera, el prestigio del que gozaba el término instinto inundaba, siempre que podía, toda teoría sobre el ser humano. Así por ejemplo, se afirmaba que del instinto de

agresión surgen emociones como la rabia y la ira. No sería hasta los primeros conductistas cuando el ambiente adquiere valor como elemento explicativo de la mente o conducta humana.

Siguiendo en este proceso de construcción de la Psicología Científica, aparece la figura de Wundt, con la fundación del primer laboratorio de Psicología en Leipzig en 1879. Su propósito siempre fue el de construir un modelo capaz de unir la teoría psicológica y el método científico a partir del análisis de las sensaciones que producen los procesos perceptivos.

No obstante, hay que decir que otros sitúan el origen de la Psicología veinte años antes, en la obra de Fechner, por ser el primero en defender el estudio de la mente humana cuantitativamente, con el mismo método que utilizan el resto de las ciencias naturales (Fechner, 1860).

La Psicología Experimental se convierte así en una herramienta importante para conocer mejor al ser humano desterrando la Metafísica y asumiendo el protagonismo del sistema nervioso como la base de todos los fenómenos mentales. La creación de esta Psicología Experimental abrió la posibilidad teórica del reduccionismo de las causas mentales.

La Psicología Experimental aborda el estudio de las emociones como los demás fenómenos de la consciencia, en términos de relaciones de causa y efecto en el que la dimensión fisiológica adquiere un papel importante. Toma como objeto de estudio procesos y funciones que pueden ser cuantificables, como las sensaciones, la percepción, la memoria, el conocimiento, el proceso de aprendizaje, la motivación humana, los sentimientos y las emociones del mundo interior y las relaciones sociales. Las funciones psíquicas, además de los sentimientos, las emociones y los procesos volitivos van a tener su origen en la representación de las experiencias que se tienen tras percibir las sensaciones de estímulos externos, o de procesos psíquicos procedentes de condiciones asociativas. Una idea que recoge también su alumno, William James al asumir que la conducta se deriva de los cambios corporales que producen los estímulos.

Como se observa, la percepción y la relación entre las distintas vías nerviosas, adquieren un papel relevante para la comprensión de funciones cognitivas y

emocionales, ya que todas las impresiones de los nervios aferentes producen siempre alguna descarga en los eferentes. De esta manera, nos encontramos una mutua, constante y profunda implicación de los fenómenos motores en los llamados procesos cognitivos y emocionales, desde la más simple y elemental de las sensaciones, de las percepciones, de las imágenes y recuerdos hasta el pensamiento.

Como se comentaba anteriormente, se observa a lo largo de estos años, cómo se va profundizando en el cerebro gracias a su mayor conocimiento y al desarrollo tecnológico. Esto sucede también con Walter Cannon y la introducción de sus conceptos de activación y arousal. La aparición del Electroencefalograma permitió registrar y medir el nivel de actividad eléctrica que se producía en distintas zonas del cerebro ante ciertas tareas. Este hecho abrió la posibilidad de reforzar las teorías localizacionistas y, de alguna manera también, reforzar ciertos planteamientos asociacionistas. Esta metodología le permitió también refutar la teoría que relacionaba las vísceras con las emociones, como defendieron James y Lange, y defender una posición muy acorde con la de esta tesis, sobre el componente cognitivo de las emociones.

Un tercer hecho importante, en esta época, es la inclusión de la noción de intencionalidad por Frank Brentano (1874). Resulta interesante para este trabajo la relación que establece entre los juicios y las emociones. No obstante, aunque afirma que en ambos casos se trata de una toma de posición o de adoptar posturas ante algo, éstos, los juicios y las emociones, están en diferente nivel. Una diferencia que no impide que se puedan conjugar el mundo emocional con el mundo cognitivo y dejen de ser facultades opuestas para ser entendidas como dos fenómenos interrelacionados de un modo fundamental. En definitiva, Brentano ofrece una visión de las emociones que posee un componente cognitivo con un peso importante. Ofrece, por tanto, una perspectiva de la conducta en la que adquiere un valor importante la intencionalidad de lo psíquico y la posibilidad de vivirlo y estudiarlo reflexivamente. Un enfoque que influirá decisivamente en todo el desarrollo de la Fenomenología.

Esta idea de Brentano se ve reforzada por su discípulo Meinong (1904) que incluye el valor del objeto como referencia de las actividades realizadas por el sujeto. Se trata de una visión, aunque en algunos aspectos discrepa con su maestro, en la que la idea de un objeto intencional apunta al hecho de que en todo acto mental hay un objeto

al cual se dirige el pensamiento, aun cuando no haya algo externo que se corresponda con el objeto pensado.

Respecto al tema de las emociones, ambos autores asumen que preceden a los deseos y los motivan; las emociones nos transmiten información sobre el mundo. Ellas son las responsables de que el mundo no se presente de modo neutral, sino como un horizonte con cualidades a partir de las cuales nos podemos orientar.

Otro de los mayores avances surgidos en este período histórico es la aparición del Psicoanálisis. La preocupación de Sigmund Freud por explicar los orígenes de la histeria, le llevaron a definir un modelo de ser humano a partir de una estructura de tres estratos: consciente, preconsciente e inconsciente. Cada una de estas estructuras posee un tipo diferente de información y, consecuentemente, desempeña una función específica en el psiquismo. Se trata de un modelo en el que lo empírico no tiene cabida, ya que las explicaciones emanan de la interpretación que hace el terapeuta de la conducta manifiesta o de los pensamientos y los sueños.

Dentro de este modelo, las emociones se reducen a dos afectos principales: placer y displacer (o dolor). El placer, se deriva de la satisfacción de la necesidad y del deseo, mientras que el displacer de la frustración. Incluye también la idea de instinto, de naturaleza somática, como los responsables de cargar constantemente el sistema neuronal con el fin de producir una tensión capaz de generar el displacer y de su descarga, el placer. Una visión que le lleva a considerar el afecto como una cantidad de “energía” que acompaña a los sucesos de la vida psíquica. Para su control, propone la participación del yo consciente, cuyo fin se centrará en la moderación de las variaciones excesivas de afectos que puedan desorganizar el pensamiento, que proceden de los otros dos estratos.

En definitiva, y como se desprende de lo anterior, Freud propone un modelo mental en el que las emociones se conciben como formas energéticas, inconscientes y reprimidas que poseen la necesidad de ser descargadas mediante sueños, fantasías o procesos catárticos. Afirma también, que hay que aceptar que una gran parte de la infraestructura para lo emocional opera automáticamente, luego no caben causas

conscientes, aunque sí tienen potencial para causar abundantes efectos en la consciencia. Las emociones son, pues, irracionales.

Una visión totalmente contraria al Psicoanálisis, de inspiración neopositivista, aparece con el Conductismo. Aunque la Fisiología de Pavlov tuvo una fuerte influencia, no sería hasta la obra de Watson, con su artículo *La psicología tal como la ve el conductista* (1913), cuando este movimiento toma fuerza en el ámbito de la Psicología.

En su modelo, y tras centrarse en los hábitos y diferenciarlos en tres categorías, manuales, verbales y emocionales, relaciona las reacciones corporales a estímulos específicos. De esta forma, define las emociones también a partir de reacciones corporales asociadas a estímulos específicos. En esta línea, distingue tres emociones básicas, cuyo origen no se puede localizar en el aprendizaje: miedo, ira y amor. Su naturaleza es puramente fisiológica. Eso sí, sitúa la génesis de las emociones en los procesos de condicionamiento (aprendidos), en los que la reacción emocional (no aprendida) es esencial.

En este marco teórico Skinner, bajo una visión del Conductismo más radical, considera que las emociones son un ejemplo de la atribución de causas imaginarias ante la falta de evidencia de los correlatos fisiológicos. Hasta los nombres de las emociones son invenciones imaginarias fruto de la ignorancia. Las emociones son respuestas similares a las demás, provocadas por estímulos y mantenidas por las contingencias de refuerzo que dirigen la conducta, ya que el hombre debe ser considerado sólo como un organismo puramente biológico cuya conducta está determinada por el ambiente y por las contingencias que este aplica no solo sobre él, sino también sobre todos los demás organismos. Es por ello, por lo que el Conductismo debe estudiar al ser humano sólo a partir de su conducta, al ser ésta entendida como todo el conjunto de acciones que realiza. Acciones que son el reflejo de influencias tanto filogenéticas como ontogenéticas. No debe olvidarse tampoco, afirma Skinner, que la noción de conducta se refiere también a una acción dentro del contexto en que se encuentra. Por tanto, el ser humano debe ser considerado como un organismo operante, que interactúa constantemente con los objetos del ambiente como un sujeto activo y cuya conducta ocurre en función del ambiente que lo determina.

En definitiva, lo que caracteriza este amplio periodo S. XIX y mitad del S. XX es el intento de naturalizar la Psicología para convertirla en ciencia dando un papel central a sus componentes biológicos, básicamente fisiológicos y funcionales. Por eso las emociones son tratadas en estos términos. En el caso del Conductismo la cientifización de la Psicología se da en términos conductuales puramente externalistas a partir de la ecuación estímulo respuesta y, las emociones están sujetas a ella. Las dos excepciones son el Asociacionismo y el Psicoanálisis que mantienen el recurso a lo mental aunque en términos diferentes. Este recurso a lo mental va a ser justo la vuelta de tuerca que caracteriza a la Psicología de la segunda mitad del siglo XX con el desarrollo del paradigma Cognitivista.





### **BLOQUE III**

## **LA PSICOLOGÍA COGNITIVA Y SU EVOLUCIÓN HASTA LA NEUROLOGÍA DE LAS EMOCIONES**

## Capítulo 6. Psicobiología de las emociones

La Psicología de la segunda parte del siglo XX sigue dos líneas de investigación de cuyos antecedentes hemos dado cuenta en el Bloque II: la biológica, centrada en la fisiología y la descripción del cerebro, su organización y funcionamiento con la Psicobiología y la Neuropsicología, y la mentalista con el enfoque cognitivo. Estos son dos grandes programas de investigación que a veces se complementan pero que en general se oponen. En este bloque III, expondremos el tratamiento de las emociones que se hace en cada uno de ellos dando cuenta de sus líneas fundamentales y principales argumentos. Pero a pesar de encontramos ante estos grandes problemas, todas las teorías sobre las emociones surgidas en esta época se basan en la fisiología, las cogniciones y la interacción de factores físicos y mentales: la primera teoría, como se vio, explica las emociones únicamente desde la fisiología (James, 1884; Lange, 1885), la segunda desde las cogniciones y la tercera basa su teoría en la interacción de ambas.

Respecto al primer grupo de teorías, como se vio en el bloque anterior, pocos negarían que su origen se localiza en el trabajo de Darwin *La Expresión de las Emociones en el Hombre y en los Animales* (1872). En dicho trabajo, Darwin intentó explicar el origen y el desarrollo de las principales conductas expresivas en el hombre y en otros animales inferiores. De hecho, la consideración de Darwin consistía en entender la expresión emocional de los humanos a partir del estudio de la expresión emocional en los animales de especies inferiores como el resultado de la propia evolución. Desde ese momento, el interés de los investigadores se orientó a la localización y análisis de las estructuras biológicas implicadas en la emoción, tanto en su dimensión expresiva como en la dimensión interpretativa. Se refuerzan así los intentos por encontrar zonas cerebrales específicas que pudieran albergar funciones psíquicas concretas y relacionarlas, a su vez con el Sistema Nervioso. Intentos que alcanzan un momento de relevancia con las aportaciones de Papez (1937), Klüver y Bucy (1939) y MacLean (1949), entre otros. En todos ellos, el hipotálamo, la corteza cingulada, la formación del hipocampo, y sus interconexiones conforman la estructura biológica de las emociones. Más tarde, a partir de las iniciales aportaciones de Klüver y Bucy, se comenzará a considerar el papel importante de la amígdala.

No obstante, hay que decir que, frente a la actitud del conductismo, este movimiento psicobiológico no desecha del todo la visión cognitiva. Incluso llega a reconocer, como lo ratificaría Damasio (2010), que abordar el estudio del procesamiento de información, sin considerar dimensiones motivacionales y emocionales impide su dificultad la explicación global de la conducta humana.

Se configura así un marco de referencia en el que una de las principales premisas es la consideración de que la localización del sustrato biológico de las emociones tiene que ver con la progresiva diferenciación del cerebro en el proceso de evolución propiamente dicho. Tanto es así, que se asume que las exigencias del medio sobre el organismo han permitido que las antiguas estructuras neuroanatómicas vayan evolucionando. Unas estructuras que se consideran responsables de los mecanismos adaptativos básicos, ya que permiten una más amplia y flexible gama de respuestas adaptativas. En el plano de la emoción humana, estas referencias neuroanatómicas enfatizan la relación de las estructuras telencefálicas, tales como los ganglios basales, el sistema límbico y la corteza cerebral, en las llamadas *funciones ejecutivas superiores* implicadas en los procesos cognitivos. Por tanto, la consideración de la relación estrecha entre las estructuras corticales y las estructuras subcorticales, no es más que el reconocimiento de la relación existente entre procesos cognitivos y procesos afectivos.

Se observa pues cómo, después del conductismo, las posiciones más naturalistas entran en la caja negra del estímulo-respuesta yendo al cerebro y su fisiología mientras que los cognitivistas van a la mente a través de la cognición.

## **6.1. Teorías Psicobiológicas de las emociones**

Los planteamientos de James y Lange (1922), de Cannon (1927, 1929, 1966), de Bard (1929, 1938), Duffy (1962) y McDougall (1905), que conciben las emociones a partir de las respuestas fisiológicas del Sistema Nervioso Central y Periférico y el concepto de Activación, influyen en la constitución de la Psicobiología. Esta corriente

supone el desarrollo del enfoque más fisiologista y biologicista que daba sus primeros pasos en el s. XIX.

James Papez (1937)<sup>129</sup> fue un neurólogo norteamericano, que siguiendo los pasos de James-Lange<sup>130</sup> y de Cannon y Bard<sup>131</sup>, establece un modelo neurológico para explicar las emociones y la conducta del ser humano a partir de procesos fisiológicos, desarrollando lo que él llamó enfoque Psicobiológico. Su enfoque ofrece la descripción de la base fisiológica de las emociones y se centra en un conjunto de estructuras cerebrales en el que el sistema límbico ocupa el principal papel en el control de las emociones. Comprende, además, el hipotálamo, el hipocampo, el fórnix, los cuerpos mamilares, la amígdala, el trígono cerebral, el gyrus cingulota, la corteza cingulada, el septum y el bulbo olfativo. Se trata de elementos que forman, todos juntos, una estructura denominada “Circuito de Papez” (Fig. 2).

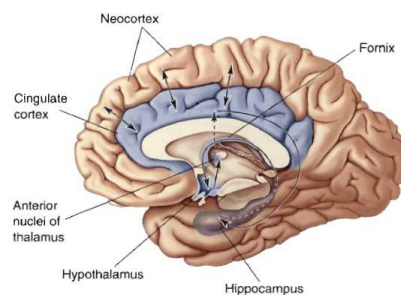


Figura 2.- Representación circuito de Papez, tomado de <http://fabriziobaldi.blogspot.com.es/2013/02/i-meccanismi-cerebrali-delle-emozioni.html>

<sup>129</sup> Las teorías neurológicas que se iniciaron con Canon, Bard, Penfield y Ranson tuvieron como resultado la búsqueda de modelos que reflejasen los circuitos por las que transcurrían las emociones. A la luz de estas investigaciones las conexiones del hipotálamo a la pared medial de la corteza cerebral adquieren un nuevo significado. En esta línea, James Papez (1937), proponer al sistema límbico como sistema de control de las emociones y define la existencia de un circuito que sería el sustrato de la conducta emocional y que uniría la corteza con el hipotálamo. Este modelo fue publicado en 1937 en la revista *Archives of Neurology and Psychiatry*, bajo el título Proposed mechanism of emotion

<sup>130</sup> Como se vio en el apartado dedicado a James y Lange, ambos propusieron la primera teoría fisiológica de la emoción. Para ellos, es la corteza la que recibe e interpreta los estímulos sensoriales que provocan la emoción y los cambios en los órganos viscerales (corazón, etc.) y en los músculos. Las respuestas neurovegetativas y somáticas de la corteza es la que provoca la experiencia de la emoción en el cerebro. Así la aceleración del ritmo cardíaco y salir corriendo producen la sensación de emoción, y no al revés, como puede ser la forma normal de pensar según el sentido común. Según estos autores la experiencia emocional depende de la retroalimentación de la actividad del sistema nervioso.

<sup>131</sup> Cannon y Bard propusieron una teoría alternativa. Según ellos los estímulos emocionales tienen dos efectos independientes. Provocan independientemente el sentimiento de emoción en el cerebro, así como la expresión de la emoción en el sistema nervioso. Consideran que la experiencia emocional y la expresión emocional son procesos paralelos que no tienen una relación causal directa.

Papez (1937), creía, en primer lugar, que las emociones estaban determinadas por la corteza cingulata y, en segundo lugar, por otras áreas corticales, mientras que la expresión emocional por el hipotálamo. El procedimiento iría desde el gyrus cingulata, que se proyecta hacia el hipocampo y luego hasta el hipotálamo a través de un complejo entramado de axones llamado fornix. Por su parte, los impulsos hipotalámicos llegan a la corteza a través del núcleo talámico.

Bajo este esquema, se considera que la emoción está mediada por las conexiones córtico-hipotalámicas e implica la expresión conductual y la experiencia subjetiva, aspectos éstos que pueden ser disociados, al menos en el ser humano. La participación talámica es importante en la emoción ya que las aferencias sensoriales que llegan hasta dicha estructura se difunden en tres direcciones: a la corteza cerebral, a los ganglios basales y al hipotálamo. La ruta hacia la corteza representa la “corriente de pensamiento”, la ruta hacia los ganglios basales la “corriente de movimiento”, y la ruta hacia el hipotálamo la "corriente de sentimiento".

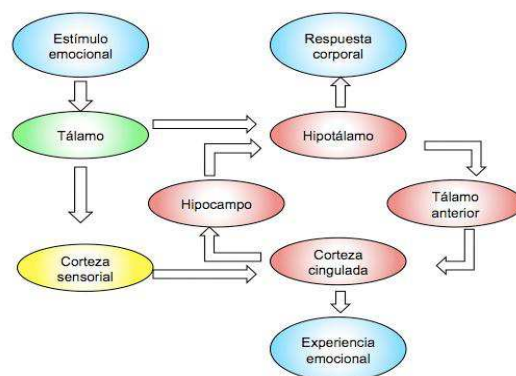


Figura 3.- Esquema ruta que siguen las señales según el circuito de Papez

Las emociones discurren desde el tálamo al hipotálamo y desde ahí las señales se dirigirán en dos direcciones: hacia abajo, hacia el sistema nervioso periférico, y hacia arriba, hacia la corteza cerebral. Algunas veces, esta “corriente de sentimiento”<sup>132</sup> se

<sup>132</sup> Término muy bien desarrollado por Palmero et als. (2011) que lo explica a partir de las afecciones talámicas: “La participación talámica también es importante en la emoción, ya que las aferencias sensoriales que llegan hasta dicha estructura se difunden en tres direcciones: a la corteza cerebral, a los

dirige directamente hacia el tronco-encéfalo y la médula espinal, y de ahí al sistema nervioso periférico, provocando directamente la emoción. En estas ocasiones, la corteza del cíngulo recibe la estimulación emocional, cuyos efectos se traducen en percepciones, pensamientos y actitudes. Por último, otras veces, la información puede ser transmitida desde la corteza cerebral hasta el hipocampo, y de ahí al hipotálamo. Este circuito permite a la corteza cerebral configurar las reacciones emocionales y hacer que los pensamientos que tienen lugar en la corteza cerebral controlen las respuestas emocionales. En palabras del propio Papez:

La emoción es una función tan importante que su mecanismo, sea lo que sea, debe ser colocado sobre una base estructural. La organización que aquí se presenta responde adecuadamente a los requerimientos fisiológicos propuestos por Cannon y Bard con respecto a la teoría de la emoción sobre la base de los procesos diencefálico-cortical. También, esta teoría está de acuerdo con la propuesta por Dandy respecto a que el asiento de la conciencia se encuentra en algún lugar cerca de la línea media, entre los límites fijados por el cuerpo calloso y las estructuras basales del cerebro (1937:743).

En 1939, Heinrich Klüver y Paul Bucy, comprobaron cómo en monos especialmente agresivos, al realizarles una lobectomía del lóbulo temporal del cerebro, se volvían especialmente mansos, obedientes y no mostraban ningún tipo de agresividad con sus cuidadores. No tenían miedo a nada, ni a las serpientes, algo extraordinario porque a los monos normales les producen pánico, manteniendo sin embargo una gran actividad sexual. Este fenómeno les llevó a desarrollar una teoría sobre la emoción, denominada por alguno como *ceguera psíquica*, también conocida como *Síndrome de Klüver-Bucy* descrita igualmente en la especie humana<sup>133</sup>. Se trata de una teoría que

---

ganglios basales y al hipotálamo. La ruta hacia la corteza representa la *corriente de pensamiento*, la ruta hacia los ganglios basales la *corriente de movimiento*, y la ruta hacia el hipotálamo la *corriente de sentimiento*...Así, desde el hipotálamo, los estímulos emocionales son transmitidos en dos direcciones: hacia abajo, hacia el sistema nervioso periférico, y hacia arriba, hacia la corteza cerebral. Algunas veces, la corriente de sentimiento se dirige directamente desde el hipotálamo hacia el tronco del encéfalo y la médula espinal, y de ahí al sistema nervioso periférico. Es decir, algunas veces, los estímulos emocionales provocan directamente la conducta emocional. Otras veces, la corriente de sentimiento se dirige desde el hipotálamo hacia la corteza cerebral” (p.172).

<sup>133</sup> Existen diferentes causas que pueden dar lugar a un síndrome de Klüver-Bucy: infecciones y parasitosis del sistema nervioso central, patología vascular cerebral, enfermedades neurodegenerativas, traumatismos craneoencefálicos, lesiones ocupantes de espacio, intervenciones neuroquirúrgicas ablativas, estados poscríticos, intoxicaciones, efectos secundarios de fármacos y enfermedades metabólicas. Los accidentes cerebrovasculares pueden provocar la aparición de diversos trastornos de

mantiene, al menos a nivel conceptual, bastantes similitudes con los enfoques localizacionistas vistos en el bloque anterior.

Las personas con este tipo de síndrome muestran conductas inapropiadas como la realización de exploraciones orales o táctiles (tocamientos o succiones) socialmente inapropiadas); hipersexualidad, bulimia, trastornos de la memoria, emociones planas (apacibilidad) y astereognosia o incapacidad para reconocer objetos y prosopagnosia o incapacidad para reconocer caras. Raramente, si es que se da alguna vez, se desarrolla el síndrome al completo en seres humanos. No obstante, se han observado partes de él en pacientes con daños bilaterales extensos en el lóbulo temporal por herpes u otras encefalitis, Alzheimer, enfermedad de Pick, etiologías postraumáticas o enfermedades cerebrovasculares.

Marlowe, Mancall y Thomas (1975) describieron esta alteración en un hombre que tenía una infección cerebral:

...aunque antes era una persona inquieta, en última instancia se convirtió en una persona extraordinariamente tranquila. Parecía indiferente a las personas o a las situaciones. Pasaba mucho tiempo mirando la televisión, pero nunca aprendió a ponerla en marcha; cuando el televisor estaba apagado, solía mirar los reflejos que producían en la pantalla de cristal otras personas de la habitación. (...) Exploraba con la boca todos los objetos que estuvieran a su alcance... (1975:53)

Paul MacLean, (1949) un médico norteamericano y neurocientífico, realizó importantes contribuciones al modelo de Papez llevándolo más allá de la neurología, hasta la psicología y la psiquiatría. En su modelo defiende el papel del sistema límbico que le otorgaba Papez y agregó nuevas estructuras al circuito, entre las que se encuentran: las cortezas orbitofrontal y frontal media (área prefrontal), el gyrus parahipocampal y los grupos subcorticales como la amígdala, el núcleo talámico medio, el área septal, el núcleo basal prosencefálico y algunas formaciones del tallo encefálico. Se obtuvo así un nuevo circuito llamado *circuito Papez-Maclean*.

---

conducta: depresión, ansiedad, psicosis, síndromes frontales, síndromes por lesión bitemporal profunda, trastorno orgánico de la personalidad y síndrome de Diógenes. Algunos autores han descrito la aparición de un síndrome de Klüver-Bucy tras procesos vasculares cerebrales, por lesión bitemporal profunda (Pericot Nierga, I. Cartas al director, rev. de Neurología 2009; 24(1):74-82).

Esta agregación al modelo de Papez de las áreas subcorticales permitió la inclusión de un cerebro visceral con capacidad para procesar una gran cantidad de sensaciones gracias al hipocampo y la amígdala. No obstante, y para facilitar su comprensión, propuso el término *sistema límbico*, en vez de *cerebro visceral*, para describir todo el conjunto formado por el lobo de broca, la amígdala, el septum, habénula, los núcleos talámicos anteriores y parte de los núcleos basales (MacLean, 1955). Es indudable, pues, que el Sistema Límbico, con todos los componentes propuestos por MacLean, no es solo un sistema asociado a las emociones, sino que va a tener una participación esencial también en los procesos cognitivos (O'Keefe y Nadel, 1979).

Olds y Milner (1954), con su defensa de la existencia de centros de placer, centros de dolor y centros neutros en el cerebro, plantea la participación directa del sistema límbico como sustrato general de las emociones, en el que participan el área septal, la amígdala, la corteza del cíngulo e hipocampo. Incluyen, también, conexiones con el hipotálamo y el núcleo anterior del tálamo. Sus experimentos de laboratorio, realizados mediante la estimulación eléctrica de diversas zonas de los cerebros en ratas, les permiten diferenciar tres subestructuras en el sistema límbico:

- a) subsistema I, relacionado únicamente con la olfacción;
- b) subsistema II, directamente implicado en el control de la conducta emocional, está conformado por el área septal, la amígdala y el hipotálamo anterior;
- c) subsistema III, con funciones no muy constatadas, está conformado por la corteza del cíngulo, el hipocampo, el hipotálamo posterior y el núcleo anterior del tálamo.

Siendo el subsistema II el que parece estar más implicado en las emociones, especialmente, al constatar empíricamente que se puede conseguir placer mediante estimulación eléctrica de diversas partes del cerebro (Palmero, 1997).

Las investigaciones de Olds y Milner (1954), vinieron a aportar datos importantes a los estudios de la motivación, al demostrar que la estimulación eléctrica del hipotálamo y las regiones asociadas pueden actuar como refuerzo o recompensa de



la conducta independientemente de la presencia o ausencia de necesidad. El valor que, ambos autores, otorgaron a las neuronas dopaminérgicas del área límbica fue lo que les llevó a otorgarles un papel decisivo en la activación en los estados emocionales. Así también, al enviar estas neuronas dopaminérgicas sus axones al núcleo accumbens, al estriado y a la corteza frontal, participa también en la motivación. Con ellos, se amplía el campo de estudio de las emociones desde la estructura neurológica hasta la función de los neurotransmisores en su génesis, en su transmisión y en su expresión.

Algunos autores Wise, 1982; Duvauchelle, Fleming y Kornetsky, 1998; Baldo, Jain, Varaldi, Koob y Markou, 1999 han confirmado que efectivamente el neurotransmisor implicado en la conducta de autoestimulación es la dopamina (DA). Por el contrario, otros autores Deutsch y Deutsch, 1966; Hunt y McGregor, 1998; Robbins y Everitt, 1999 argumentan que es la noradrenalina o norepinefrina. Como se puede constatar en los resultados obtenidos en algunos trabajos recientes (Berridge y Robinson, 1998), se pone de relieve que la dopamina está implicada en la activación psicomotora de la Motivación, pero no parece tener relación con las connotaciones hedónicas asociadas a la obtención de un objetivo. La dopamina no parece ser el neurotransmisor de la conducta de autoestimulación. En cualquier caso, la situación actual no permite dilucidar el papel exacto de los distintos neurotransmisores implicados, ya que se propone también la participación del GABA, requiriéndose más investigación al respecto.

Otra aportación al modelo de MacLean, la encontramos en los trabajos de Henry y Stephens, (1977), sobre el papel que tienen las hormonas en la emoción. Ambos mantienen que las experiencias vividas por los sujetos y la carga genética que condiciona la conducta son la que determinan las respuestas emocionales ante los estímulos psicosociales y ambientales. Estas respuestas, mediante mecanismos de comunicación entre las distintas estructuras de la corteza y del sistema límbico, se asocian a patrones específicos de respuestas neuroendocrinas y conductuales (Henry y Stephens, 1977). Un trabajo que viene a reforzar claramente la hipótesis de trabajo que

mueve esta tesis y refuerza, desde el plano neurológico, el papel de la corteza en las *Funciones Ejecutivas Superiores*<sup>134</sup>.

En 1990, MacLean desarrolló aún más su concepción del sistema límbico al situarlo dentro de una teoría más amplia que intentaba explicar los procesos emocionales en todos los niveles de complejidad. Ésta era la hipótesis del cerebro triple (MacClean. 1990). De acuerdo con esta visión, el cerebro había experimentado tres grandes etapas de evolución de modo que en los mamíferos superiores existe una jerarquía de tres cerebros en uno; de ahí el término cerebro triple (en inglés triune, literalmente tres en uno).

Está el cerebro reptil, que comprende el tallo cerebral, regula los elementos básicos de supervivencia, como la homeostasis. Es compulsivo y estereotipado. El cerebro paleomamífero, que comprende el sistema límbico, añade la experiencia actual y reciente a los instintos básicos mediados por el cerebro reptil. El sistema límbico permite que los procesos de sobrevivencia básicos del cerebro reptil interactúen con elementos del mundo externo, lo que resulta de la expresión de la emoción general. Por ejemplo, el instinto de reproducción interactuaría con la presencia de un miembro atractivo del sexo opuesto, lo que genera sentimientos de deseo sexual. Finalmente, el cerebro neomamífero, la neocorteza, regula las emociones específicas basadas en las percepciones e interpretaciones del mundo inmediato. Los sentimientos de amor hacia un individuo particular serían un ejemplo de este tipo de emoción. De acuerdo con MacLean, en los humanos y otros mamíferos avanzados existen los tres cerebros. Los mamíferos inferiores tiene sólo los cerebros paleomamífero y reptil. Todos los demás vertebrados tienen sólo el cerebro reptil.

---

<sup>134</sup> Dentro de las funciones corticales superiores en la terminología de Luria (1977), se encuentran las denominadas “funciones ejecutivas”. Éstas se introdujeron en la neuropsicología, siendo definidas como la última instancia cerebral en el control, regulación y dirección de la conducta humana. No obstante, la definición del término como tal se debe a M. Lezak para hacer referencia a las capacidades implicadas en la formulación de metas, planificación y ejecución de la conducta de una forma eficaz. Cabe señalar que el concepto empírico de función ejecutiva se elaboró a partir de la investigación neuropsicológica realizada en pacientes con lesiones prefrontales, principalmente en la región dorsolateral, y en animales de experimentación (Fuster, 1980), todas regiones asociadas al lóbulo frontal.

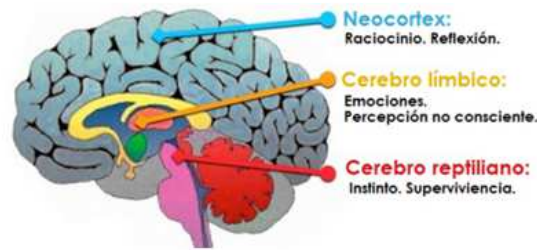


Figura 4.- Representación cerebro triuno de MacLean. Capturado de *neuromarketingspain.blogspot.com.es*

Las teorías sobre las emociones desarrolladas, entre otros, por Papez (1937), Klüver y Bucy (1939), MacLean (1949, 1990), Olds y Milner (1954), centradas en la estructura cerebral y en los neurotransmisores van a permitir otorgarle a la corteza cerebral un papel protagonista en la regulación, tanto de las emociones como de la conducta en general.

Así, en el año 1987, Lane y Schwartz ofrecen una explicación de las emociones, siguiendo el modelo de procesamiento de MacLean, centrada en la idea de *niveles de conciencia emocional*<sup>135</sup>. Para ello, establecen la existencia de cinco capas o zonas (troncoencéfalo, diencefalo, sistema límbico, sistema paralímbico, y corteza prefrontal) implicadas en las experiencias emocionales y organizadas estructuralmente. Estas zonas, debido a su posición en esta estructura ejercen una influencia diferente respecto a la experiencia emocional. Así, en las tres capas más inferiores (troncoencéfalo, diencefalo y sistema límbico), el procesamiento de la estimulación, aunque permite el inicio de respuestas emocionales no posibilitan la aparición de la experiencia consciente de esas respuestas la misma. Sólo cuando están implicadas las dos zonas superiores

<sup>135</sup> Con su teoría sobre los diferentes niveles de conciencia intentan conceptualizar el procesamiento afectivo como una capacidad psicológica básica. Para su argumentación integran los principios psicológicos de la percepción sensorial tomados de la Gestalt, las etapas del desarrollo cognitivo de Piaget (1974) y el “principio ortogenético” de Werner H. y Kaplan B. (1963). Defienden que lo verbal o la expresión simbólica del pensamiento se desarrolla y se transforma jerárquicamente, partiendo de un estado de relativa falta de diferenciación y globalidad, hacia un estado de mayor articulación e integración, principio ortogenético. De esta manera, el desarrollo culminaría en un modo de funcionamiento mental más integrado y diferenciado y en la medida que se va desarrollando o subiendo de nivel, la experiencia emocional se hace más diferenciada e integrada, transformando las formas implícitas, como por ejemplo las sensaciones físicas, a representaciones más explícitas, logrando una mayor conciencia de los sentimientos y estados emocionales que se experimentan.

(sistema paralímbico y corteza prefrontal) se produce la experiencia subjetiva de la emoción.

También, uno de los padres del holograma<sup>136</sup> Karl Pribram (1992), localiza el centro de las emociones en las estructuras neuroanatómicas del sistema límbico, concretamente en la amígdala y el hipocampo. Estas estructuras, según el autor, se ven complementadas con la participación de la corteza frontal (Fuster, 1980, 2008; Levine, Leven y Prueitt, 1992; Pribram, 1973). No obstante, al progresar sus estudios Pribram va implicando más estructuras cerebrales como la parte ventral del estriado (núcleo acúmbeo). Igual sucede con la implicación de la corteza frontal en la que añade funciones diferentes según la información sea procesada por zonas concretas de la misma. La parte dorsolateral parece tener funciones exclusivamente cognitivas, mientras que la parte medial y ventral parece estar directamente implicada en los procesos motivacionales y emocionales. Respecto a los procesos emocionales, la parte ventral de la corteza frontal tiene conexiones recíprocas con el sistema límbico y el hipotálamo a través del tálamo dorsomedial. Éste es uno de los aspectos cruciales, ya que los estudios actuales están poniendo de relieve el importante papel que juega esta estructura en la emoción.

A pesar de su modelo fisiologista, Pribram (1992) conecta su teoría con la de la valoración, de Arnold (1970, 1984)<sup>137</sup> y la de la motivación de Leeper (1970). Según Palmero, F.; Guerrero C., Gómez, C.; Carpi, A. y Gorayed, R. (2011), Pribram (1970), desarrolla una teoría con claras conexiones con la perspectiva cognitiva del procesamiento de información, al considerar las emociones como planes de acción que son activados por el organismo. Cuando el organismo activa los planes de acción se establecen procesos similares a los de la motivación. No obstante, y a pesar de esto, mantiene que la expresión emocional es más primitiva y básica que la conducta racional.

---

<sup>136</sup> Un holograma es la representación de cualquier objeto mediante la utilización de un método de fotografía sin lente en donde el campo de onda de luz esparcido por un objeto se recoge en una placa como patrón de interferencia. Cuando el registro fotográfico, el holograma, se coloca en un haz de luz coherente como el láser se regenera el patrón de onda original. Aparece entonces una imagen tridimensional. Como no hay ninguna lente de enfoque, la placa aparece como un patrón absurdo de remolinos. Cualquier trozo del holograma reconstruirá toda la imagen.

<sup>137</sup> En páginas posteriores, en el apartado sobre las teorías valorativas de las emociones, se abordará ampliamente la teoría de las emociones de Magda Arnold (1903-2002)

Esta última idea es matizada por Panksepp (2007), quien mantiene que la corteza ejerce sus principales efectos de forma inhibitoria sobre las tendencias afectivas más primitivas, pues los sistemas emocionales básicos parecen estar controlados desde estructuras subcorticales. Los circuitos neurales ejecutivos de la emoción producen los estados internos de sentimiento y los cambios corporales. De ahí que piense que primero es la emoción y luego la cognición y la fisiología; debiendo considerarse, los aspectos autonómicos y cognitivos como las consecuencias de la emoción, y no las causas. A pesar de ello, afirma que los estados centrales de los sentimientos y las conductas emocionales, externamente manifestadas, proceden de las mismas estructuras ejecutoras cerebrales. No obstante, existe la posibilidad de diferenciar entre sentimiento y manifestación emocional, al menos en el ser humano. En definitiva, las emociones son consideradas por Panksepp (1991) como ciertos tipos de procesos sincronizadores y/o coordinadores que se producen en el cerebro, activando determinadas tendencias de acción.

En su trabajo publicado en 1998, Panksepp va más allá y afirma que las emociones se forman a partir del funcionamiento de circuitos neuronales y sistemas bioquímicos específicos, los cuales determinan las tendencias de acción y de cuya interacción dinámica con los sistemas de representación del yo emergen todas las posibles experiencias subjetivas.

Como se aprecia, se trata de una visión de las emociones con fuertes matices cognitivos, que apoyan la tesis que aquí se defiende. Se trata de un modelo que resalta el papel primordial, básico y biológico de los procesos afectivos que permiten una autoorganización de la actividad orgánica que da lugar a los diferentes tipos de subjetividades. Unas experiencias subjetiva que permiten al organismo sentir los valores biológicos de su actuar en relación con las exigencias medioambientales.

No obstante, hay que decir que aún tiene poco desarrollada la idea sobre cómo participan las emociones en el razonamiento y en la construcción del conocimiento. Hasta la fecha, Panksepp sólo ha descrito con bastante profusión de datos los circuitos de cuatro sistemas emocionales: el miedo, la rabia/ira, la curiosidad/búsqueda y el pánico (Panksepp, 1989a, 1989b, 1998). Estos circuitos emocionales fundamentales, a los que también se ha referido con la denominación de sistemas de ordenación emotiva,

o sistemas de primer orden, tienen como objetivo producir secuencias conductuales bien organizadas. Cada uno de estos circuitos neurales produce respuestas conductuales muy claras. La eventual interacción entre estos sistemas puede producir estados emotivos de segundo orden, que consisten en mezclas subjetivas y conductuales de las que se aprecian cuando se activan los sistemas de primer orden

Dentro de esta línea, y basándose también en los trabajos de Cannon y Bard, así como en los de Papez, LeDoux (1986) ha formulado una teoría de la emoción fundamentada en la importancia del Sistema Nervioso Central, particularmente el Cerebro, y del Sistema Nervioso Periférico. Su teoría analiza los componentes cognitivo, fisiológico y expresivo/conductual de la emoción. En su planteamiento, LeDoux (1996, 2000) localiza en la amígdala el mecanismo para la evaluación emocional de los estímulos visuales. Las lesiones en esta zona producen una considerable pérdida de la emoción de miedo y una disfunción para ejecutar diversas conductas emocionales.

LeDoux (1996), vienen a reforzar aún más la influencia de la amígdala y a defender, sobre todo, que sin su implicación no se puede entender el sustrato neurobiológico de las emociones. No obstante, aún sigue habiendo cierta controversia respecto al papel atribuido a la amígdala en los procesos emocionales. Parece más oportuno considerarla como una estructura que participa activamente en el procesamiento de la información con connotaciones emocionales (mecanismo de entrada), y en la preparación de las distintas manifestaciones conductuales y ajustes internos que ocurren como consecuencia del estímulo que llega hasta el organismo y adquiere connotaciones emocionales -mecanismo de salida (Palmero et als., 2011).

Su idea central es la pretensión de localizar las estructuras neurobiológicas implicadas en el almacenamiento de los eventos significativos para la vida, ya que considera la memoria como el elemento clave de su teoría. Por tanto, la posibilidad de determinar diferentes tipos de memoria, con sus respectivos procesos, y su localización permite relacionarlas con funciones diferentes. Así, en el plano de las situaciones traumáticas o afectivamente importantes, existe una memoria explícita, consciente, referida a los eventos tangibles relacionados con la situación recordada. Pero también existe una memoria implícita, no consciente, en virtud de la cual el organismo comienza

a mostrar ciertos signos o respuestas, que probablemente pasaron desapercibidos en el momento de ocurrencia del evento recordado, pero que ocurrieron. Ahora, con el recuerdo de dicho evento, el organismo también es capaz de recordar todas esas manifestaciones, materializándolas de manera visible.

Bajo esta perspectiva, el hipocampo, junto con otras estructuras del lóbulo temporal, se configura como una de las principales estructuras neuroanatómicas implicadas por su relación con la memoria explícita, mientras que la amígdala, junto con sus conexiones neurales, es la estructura implicada en los mecanismos de la memoria implícita. En última instancia, la memoria consciente de la experiencia pasada, junto con las respuestas fisiológicas entonces producidas, reflejan el funcionamiento de dos sistemas de memoria que operan en paralelo (LeDoux, 2000).

Por tanto, como indican McDonald, Shammah-Lagnado, Shi y Davis, (1999), quienes defienden la importancia de la amígdala en los procesos emocionales deben considerar también la existencia de los dos sistemas neurobiológicos. Esto es, además **del sistema clásico**, que incluye el tálamo, **la corteza asociativa específica** del tipo de estímulo implicado y las distintas estructuras subcorticales que participan también en la respuesta del organismo, incluyendo en la misma las manifestaciones emocionales. El primer sistema se le denomina largo y es el responsable de la evaluación y la valoración del estímulo o situación, mientras que el segundo sistema, corto, es el responsable de ofrecer la respuesta emocional. Este doble proceso (Palmero et als., 2011) permite reajustar la respuesta, en el caso de ser correcta, o en caso contrario de, ser incorrecta considerarla una falsa alarma<sup>138</sup>.

Otro aspecto a considerar, en cuanto a la relevancia de la amígdala, consiste en su potencial capacidad para influir indirectamente sobre el procesamiento sensorial cortical a través de las proyecciones que envía a distintos centros implicados en la activación de la corteza. Se trata de sistemas aferentes, como el sistema colinérgico del prosencéfalo basal, el sistema colinérgico del troncoencéfalo y el sistema noradrenérgico del locus cerúleo, que intervienen en el reforzamiento de la potenciación sináptica duradera (LTP) en el giro dentado mediante la estimulación de la amígdala.

---

<sup>138</sup> Esta posición nos acerca a la teoría darwinianas de las emociones con función de supervivencia

Como señalan algunos autores (Weinberger, 2011, Aston-Jones, Rajkowski, Kubiak, Valentino y Shipley, 1996), cada vez que la amígdala detecta un peligro, promueve la activación de dichos sistemas, cuyo objetivo es el de influir sobre el procesamiento sensorial potenciando la atención. Es ésta una función probable, pero no determinante, pues, como se ha dicho anteriormente (Fernández-Abascal y Palmero, 1995), cuando un estímulo llega al organismo, se producen dos formas de activación. Por una parte, la específica, que llega hasta los núcleos talámicos específicos y se proyecta sobre la corteza sensorial relacionada con el tipo de estimulación en juego. Por otra la inespecífica, la cual, también a través de la formación reticular, alcanza los núcleos inespecíficos talámicos, proyectándose a continuación de una manera general y amplia sobre gran parte de la corteza cerebral, y provocando un estado de activación generalizada, siempre dependiendo de la intensidad y significación del estímulo.

Finalmente decir que LeDoux (1991) ha puesto de relieve que muchos de los efectos observados en el síndrome de Klüver-Bucy se deben a las lesiones concretas sobre la amígdala, reflejando una pérdida general en la habilidad para aprehender la significación emocional correcta de los estímulos y situaciones que rodean a una persona u organismo con dicha lesión<sup>139</sup>.

En suma, estas teorías fisiologistas y neurobiológicas presentan una visión interesante de las emociones, aunque confusa, al no explicar claramente el papel de la experiencia en los procesos emocionales, en su valoración. Tampoco describen claramente la relación de la corteza cerebral en la experiencia emocional y su papel en las funciones ejecutivas superiores. Una posición que no permite discutir sobre la racionalidad-irracionalidad de las emociones. Esto es, al condicionar todo a la activación del Sistema Nervioso Central (SNC) y al Sistema Nervioso Periférico (SNP) la racionalidad de las emociones queda como un aspecto sin relevancia, al obviar el análisis de la información externa. Las consideran a partir de unas estructuras anatómicas, con sus respectivos neurotransmisores, que se bastan por sí mismas para

---

<sup>139</sup> Efectivamente, investigaciones recientes muestran que el síndrome de Klüver-Bucy (*Klüver syndrome*) clásico o trastorno bilateral del lóbulo temporal es consecuencia directa de la destrucción bilateral del complejo amigdalino (Pericot Nierga, I. Cartas al director, rev. de Neurología 2009; 24(1):74-82).



crear las emociones sin la participación de ningún otro condicionante, de naturaleza cognitivo o contextual que las determinen, las produzca o las condicionen.

La imagen del ser humano que ofrecen es la de una máquina compuesta por circuitos neuronales, sin profundizar en las causas y las diferencias que las emociones presentan de un ser humano a otro. No van más allá de la mera descripción de los mecanismos anatómicos y funcionales de las emociones, sin interesarse por las causas y mucho menos, por su papel en las emociones, la racionalidad y la conducta humana es realmente otro paradigma. No obstante, y a pesar de ello, hay que defender el valor que estas teorías han tenido para explicar los mecanismos neurológicos que siguen las emociones. Además, también han mostrado su capacidad para encontrar zonas, como la corteza cerebral frontal, que permitan relacionar las estructuras cerebrales con las funciones mentales, entendidas éstas, en términos de Luria (1948, 1977), como funciones ejecutivas superiores.

La relación que establecen, tanto LeDoux (1991) como Panksepp (1998), entre las estructuras límbicas (hipocampo y amígdala) con los lóbulos frontales de la corteza cerebral le llevan a defender la implicación de lo emocional con el aprendizaje, la memoria y la motivación. Además, al ser en el lóbulo frontal el lugar dónde se integra la información del medio externo e interno, la emoción desempeña también un papel relevante en el proceso valoración social. No obstante, mantienen la hipótesis de la independencia entre la emoción y la cognición (Fernández-Abascal et. als, 2010).

Pero si algo han dejado claro estas teorías psicobiológicas de las emociones comentadas, de gran importancia para este trabajo, es la evidencia de que la región prefrontal de la corteza cerebral es la zona más interconectada de todas las regiones neocorticales. Una zona que al recibir fibras aferentes de tronco, del hipotálamo, del sistema límbico (amígdala e hipocampo), del tálamo y de otras áreas neocorticales, integra la información emocional con las representaciones y con la memoria. Se trata de una capacidad de integración que permite, a nuestro juicio, defender la hipótesis de que la corteza prefrontal establece una representación de la emoción y la motivación en un contexto social y cognitivo y que, a través de las conexiones eferentes, adapta el control sensoriomotor neocortical de la conducta al contexto emocional y social. No resulta entonces tan descabellado pensar en que, aunque no lo digan explícitamente, las

emociones regulan la razón humana. Cómo sino, se va a comprender el por qué la zona prefrontal es una de las más conectadas, mediante vías aferentes y eferentes, con los sistemas responsables de las emociones manteniendo una fuerte comunicación entre tales zonas mediante los distintos neurotransmisores. Si llamamos razón a todos los procesos mentales superiores y éstos, a su vez, se ven influenciados por las emociones, la razón misma se ve influenciada por las emociones.

## **Capítulo 7. Neuropsicología de las emociones**

Los avances científicos producidos al final del siglo pasado en el ámbito de la Neurología sobre la estructura y el funcionamiento del Sistema Nervioso llevan a considerar al cerebro como el órgano rector que controla el organismo. Asumen que todas las funciones orgánicas están reguladas por el cerebro y que hay un permanente flujo de información entre los órganos y éste.

El desarrollo también de las técnicas sobre neuroimagen<sup>140</sup> permitieron un avance espectacular del estudio del cerebro y posibilitaron la delimitación de distintas áreas de la corteza cerebral especializadas en recibir y procesar las informaciones sensoriales y controlar las reacciones musculares: áreas auditivas, visuales, motoras, etc. Todos estos avances ha propiciado la aparición de una nueva disciplina bajo el nombre de Neuropsicología. De hecho la Neuropsicología, más que nueva, se podría decir que se trata de una disciplina renovada, heredera de la tradición que iniciaron autores como Broca y Wernicke. Todo ello sin olvidar que, el verdadero impulsor de dicha Neuropsicología o Psicología Neurológica fue Luria (1977), al que se le considera también el padre de la misma.

---

<sup>140</sup> En los años 70 se desarrolla la Tomografía Axial Computerizada (TAC) como una técnica radiológica para estudiar el cerebro y el sistema nervioso central, que propició un gran avance para las Neurociencias. Por primera vez se pudo observar el cerebro humano en vivo, mediante una reconstrucción de imágenes obtenidas con rayos X. A finales de la década de los 80 empezó a utilizarse una técnica más avanzada, la Resonancia Magnética Nuclear (RMN), que tiene la ventaja de una mayor resolución y de no utilizar radiación para la obtención de imágenes.

Luria (1977), movido por el interés que le despertaron los procesos superiores<sup>141</sup> del hombre y su dependencia con el funcionamiento del cerebro, realizó diversas investigaciones con el fin de comprender las bases fisiológicas, neurológicas de dichas funciones superiores. Para ello, partió de las lesiones cerebrales que producían las balas a los soldados de la segunda guerra mundial. Pero no sólo se centró en los efectos de la lesión cerebral sobre la función cerebral, sino que tuvo en cuenta también la naturaleza de los procesos cognitivos que subyacen en el rendimiento en diversas pruebas. Fue tras la revisión de la literatura neurológica, en la que abundaban las denominadas concepciones localizacionistas, lo que le llevó a desarrollar una metodología capaz de delimitar y asociar diversas estructuras cerebrales con funciones concretas localizadas y funciones interconectadas.

De todo ello planteó la necesidad de sustituir las concepciones más localizacionistas de la neurología clásica por otros planteamientos más dinámicos del funcionalismo cerebral. Ahora, lo que interesa también es conocer las consecuencias primarias y secundarias que produce una lesión cerebral, valorando los procesos que quedan preservados y los procesos que no. Establecen así el concepto de *sistema funcional complejo* para indicar que las funciones no están localizadas en partes concretas del córtex cerebral, sino en zonas agrupadas que colaboran juntas aunque estén distantes. Las funciones más superiores y característicamente humanas, como el lenguaje o el pensamiento, serían un sistema funcional complejo.

En estos estudios de Luria sobre estas estructuras cerebrales llega a la conclusión de que las lesiones en estas áreas afectan de forma grave a ciertos procesos psíquicos complejos (denominados funciones ejecutivas) aunque se preserven indemnes otras funciones superiores (lenguaje, memoria, etc.), algo que los más modernos estudios neuropsicológicos han corroborado. Unas ideas que expone, de forma magistral, en las que pueden ser consideradas como sus dos obras más representativas: *Las Funciones Corticales Superiores del Hombre* (1977) donde presenta una visión general de cómo están organizadas las funciones psíquicas más superiores en el cerebro humano, y

---

<sup>141</sup> Para Luria (1973), las funciones ejecutivas reflejan series de procesos cognitivos, entre los que se encuentran la anticipación, la elección de objetivos, la planificación, la abstracción, etc., que sirven para ejecutar de manera flexible el comportamiento dirigido a metas. Una concepción que, en términos globales, viene a coincidir la noción de razón.

*Fundamentos de Neuropsicología* (1973) donde expone multitud de claves para el futuro de esta naciente disciplina.

Todo ello, le llevó a defender el funcionamiento del cerebro como un órgano que funciona con áreas especializadas en la realización de diversos tipos de funciones, que a su vez están interconectadas a otras áreas que les permite realizar otras funciones más específicas. En definitiva, con esta disciplina pretende profundizar en la existencia de relaciones entre el cerebro y la conducta mediante el enlazamiento de los procesos psicológicos con los sistemas cerebrales bajo una visión interaccionista e interdisciplinar. En palabras del propio Luria (1973), crear “una ciencia del comportamiento humano basada en el funcionamiento cerebral, definiéndola como una nueva rama de la ciencia cuyo fin único y específico es investigar el papel de los sistemas cerebrales particulares en las formas complejas de actividad mental” (Luria, 1973: 16).

Este afán por establecer relaciones entre los sistemas cerebrales y las funciones mentales empieza a consolidarse especialmente a partir de los años cuarenta. En la Unión Soviética, diferenciada de la neurología y por investigaciones llevadas a cabo por psicólogos como Vygostky (1934), Neisser (1976), Hebb (1980) y, sobre todo, por la Escuela de Moscú, con Luria y Leontiev a la cabeza, empieza la Neuropsicología a consolidarse como disciplina científica. Cabría decir que la Neuropsicología, propiamente dicha, nace en Rusia.

La Neuropsicología se configura, pues, como una disciplina encuadrada dentro de la Psicología<sup>142</sup>, cuyo fin es estudiar la relación que existe entre el cerebro, y sus componentes, la conducta y los procesos cognitivos en el ser humano, con o sin déficit neuronal. Metodológicamente se centra y toma como objeto de estudio, las lesiones, los daños o el funcionamiento incorrecto de las estructuras localizadas en el Sistema Nervioso Central con repercusión en los procesos de carácter cognitivo, psicológico, emocional; esto es, en el comportamiento individual.

---

<sup>142</sup> Esta inclusión no es aceptada por todos, ya que la Neurología la está reclamando como parte de ella. Se trata de un tema polémico en el que se confunde lo metodológico con lo epistémico. Así, el objeto de la Psicología es la conducta, la consciencia y sus procesos, mientras que el objeto de la Neurología es el estudio de la Anatomía, la Fisiología y las enfermedades del Sistema Nervioso.

A pesar de presentarse como una disciplina sólida y unificada, es posible diferenciar tres posiciones distintas en esta nueva disciplina de la Neuropsicología: a) la que reduce todo lo psicológico a lo físico (monismo reduccionista), que incluiría también el materialismo eliminativo; b) la que defiende un dualismo neurofisiológico; y c) la que, a pesar de la aceptación del fisicalismo, no lo entiende de forma reduccionista.

El primero de ellos, el monismo reduccionista, mediante la negación de la dualidad mente-cerebro, agrupa todas las teorías que intentan explicar los fenómenos mentales en términos puramente físicos o biológicos. Incluso, algunos neurocientíficos defensores de esta posición, van más allá, y se decantan por un materialismo eliminativo que entiende que todas las actividades cognitivas no son más que manifestaciones del Sistema Nervioso. De entre los numerosos neurocientíficos que se han sumado de un modo u otro a esta visión de las relaciones mente-cerebro y del problema de la consciencia podemos destacar los siguientes: Francis Crick (1994), David Armstrong (1999), Michael Gazzaniga (2008), Antonio Damasio (2010), Susan Greenfield (2011), Christof Koch (2012) y Stuart Hameroff (2012). Una línea, iniciada por John Smart (1959), en la que defienden que los procesos mentales son idénticos a los procesos cerebrales y la única explicación científica de la conducta humana y animal es la que estudia los procesos físicos que tienen lugar en el cerebro.

Frente a la perspectiva monista y reduccionista se encuentra el dualismo neurofisiológico, cuya descripción la encontramos en la obra de Fritsch y Hitzig (1870).<sup>143</sup> En dicho trabajo, refutan las teorías de Flourens (1842) y defienden un ‘ontologismo dualista’ sobre la creencia de que hay que separar la mente de sus mecanismos. El cerebro es el instrumento material del ‘alma inmortal’, y la sustancia gris y la corteza constituyen la ‘primera herramienta del alma’. Se observa aquí el peso del dualismo cartesiano. Años después, el neurofisiólogo y premio nobel de medicina

---

<sup>143</sup> Fritsch y Hitzig publicaron en 1870 un trabajo con el título: *Über die elektrische erregbarkeits des Grosshirns* (Sobre la excitabilidad eléctrica del cerebro), que marcó una nueva época en la investigación neuropsicológica y fue una referencia obligada para los estudios posteriores. Tras realizar experimentos sobre estimulación eléctrica cerebral, demostraron la posibilidad de la excitabilidad cerebral, de la existencia de zonas cerebrales independientes y del papel de la corteza en la motilidad voluntaria. Con todo, evidencia la ‘posibilidad de estimular grupos de músculos delimitados muy próximos que se restringe a pequeños focos que llamamos ‘centros’, y establecieron con sus estudios la existencia de cinco centros de movimientos independientes. De este modo, crearon la noción de centros nerviosos. Los resultados de sus investigaciones revolucionaron los estudios neurofisiológicos y replantearon desde observaciones científicas rigurosas la tesis de las localizaciones cerebrales (Barcía-Salorio. 2004).

John Eccles (1977)<sup>144</sup> desarrolló una Filosofía dualista que llamó *dualismo interaccionista*, que mantiene que hay diferentes sustancias en el universo, una física y otra mental. Para éste, el cerebro no puede dar cuenta de la consciencia y de las actividades que derivan de ella, por lo que se debe admitir la existencia de una mente autónoma, “autoconsciente”, distinta de él mismo, que no es ni material ni orgánica y que ejerce una función superior de interpretación y control de los procesos neuronales. Eccles fundamenta su hipótesis en la teoría de los tres mundos de Karl Popper (1977). En definitiva, para Eccles la mente autoconsciente selecciona las informaciones procedentes de multitud de centros cerebrales y los integra en un todo unitario, ejerciendo una función superior de interpretación y control de los procesos neuronales. La unidad de la experiencia consciente es producto de la mente y no de los procesos cerebrales.

La última visión tratada, el fisicalismo no reduccionista, propuesta por los psicólogos Malcolm Jeeves y Warren Brown (2009), sostiene que no es necesario recurrir a una segunda entidad metafísica para explicar la mente. Consideran que la mente está fisiológicamente expresada o encarnada en nuestra persona, por lo que no cabe una explicación exhaustiva de esta en virtud de un análisis exclusivamente biologicista. De esta manera intentan reconciliar el monismo y el dualismo, lo que ha dado lugar a que su posición se denomine “monismo dual”.

El filósofo Searle<sup>145</sup> defiende de modo tajante esta posición, asumiendo que “deberían darse por sentados los fenómenos mentales [...] de la misma manera que uno da por sentados los fenómenos digestivos en el estómago” (Searle, 1996:15). La mente no es sino una cualidad o propiedad del cerebro, producto de su microestructura. Este enfoque defiende la existencia de mecanismos neurológicos de transmisión de la información, hipotéticos, con capacidad para causar la aparición de los procesos psíquicos y las emociones, en las que el cerebro y la mente coinciden. Esta forma de

---

<sup>144</sup> Estas referencias de Eccles están contenidas en el libro, escrito conjuntamente con Popper, *The Self and Its Brain* en 1977 (traducido al castellano como *El Yo y su cerebro* por la editorial Labor, 1993).

<sup>145</sup> John Rogers Searle (1932-), filósofo estadounidense, viene realizando en la Universidad de Berkeley aportaciones al campo de la filosofía del lenguaje y de la mente. La Teoría de la Intencionalidad, que se aplica a su enfoque sobre la mente y el lenguaje puede ser considerada la mayor de sus aportaciones. La defensa de una mente intencional le lleva a asumir que las actividades de la mente, como percibir, desear o imaginar se dirigen hacia objetos y que hay una clara intención hacia ellos. En este aspecto, la mente es fundamentalmente diferente de cualquier máquina, por sofisticada que ésta sea.

entender la mente implica la aceptación de cuatro factores: a) unas imágenes producidas por circuitos neurales; b) unas imágenes sentidas; c) sensaciones que son sentidas por un sujeto como propias o pertenecientes a él mismo; y d) un proceso de manipulación de las sensaciones en base a garantizar la supervivencia.

## **7.1. El nuevo paradigma: el dominio de la Neurología**

En los últimos años, se viene observando cómo la Neurología busca de forma incesante explicar los procesos psicológicos a partir de la observación del cerebro y sus conexiones, hasta el punto de presentar la Psicología como una disciplina secundaria. La misma definición de Neuropsicología que ofrece el diccionario la considera una disciplina clínica que, dentro del campo de la Neurociencia, es la encargada de estudiar las relaciones entre el cerebro y la conducta, no sólo en personas con algún tipo de disfuncionalidad neuronal sino en individuos cuyo organismo funciona normalmente. Pretende configurarse como una actividad que busca estudiar los procesos psicológicos mediante su correlación con procesos neuroanatómicos, neuroquímicos y neurofisiológicos del cerebro. Una visión que, además de presuntuosa y llena de lagunas explicativas, ofrece una imagen del ser humano como un mecanismo exclusivamente neurológico y biológico.

En esta nueva versión de la Neuropsicología, más fisicalista, el desarrollo de la tecnología sobre la neuroimagen ha venido a satisfacer la vieja aspiración de los neurólogos por la observación directa de las estructuras del cerebro, especialmente mientras éste está en estado de vigila. Este sueño ha sido posible gracias a nuevas herramientas tecnológicas que permiten conseguir imágenes de los procesos cerebrales con gran detalle como la *Resonancia Magnética Funcional (RMF)*, la *Tomografía Axial Computarizada (TAC)* o la *Tomografía por Emisión de Positrones (TEP)*. Según Muntané-Sánchez y Moro-Esteban (2012), al tratarse de una tecnología capaz de visualizar las áreas cerebrales que se activan mientras se está realizando una operación mental, se puede considerar también como una técnica adecuada para el estudio de la

Fisiología cerebral de las funciones cognitivas. Es, en palabras de Gardner (1985), un empeño contemporáneo con base empírica para responder a interrogantes epistemológicos antiguos, en particular los vinculados a la naturaleza del conocimiento psicológico, sus elementos, sus fuentes, su evolución y difusión.

Al presentarse los nuevos instrumentos de estudio como técnicas, en la mayoría de los casos, no invasivas, que permiten su aplicación en sujetos vivos, y estudiar en tiempo real los procesos cognitivos, su utilización se ha hecho cada vez más popular. Su uso ha ido creciendo tanto con el tiempo que cada vez más se recurre a este enfoque para explicar todos los fenómenos mentales, las emociones entre ellos, como fruto del funcionamiento del cerebro y el Sistema Nervioso. Eso sí, en todos los casos las medidas son inferencias derivadas de la detección de variaciones de densidad del tejido blando, de las propiedades magnéticas de los núcleos de hidrógeno (H-1) o del sodio (Na-23), del metabolismo y el flujo sanguíneo, la activación neuronal o de la distribución que adopta en el interior del cuerpo un radioisótopo administrado, entre otras. Todas ellas son medidas indirectas que se pretenden asociar con estados y procesos mentales.

### **7.1.1. Algunos representantes**

Uno de los autores más representativos de esta tendencia es el neurólogo, Antonio Damasio (2010), que a partir de la revisión del caso de Phineas Gage,<sup>146</sup> nos dice que Descartes estaba en un error y que no se puede hablar de mente y cuerpo como

---

<sup>146</sup> El 13 de septiembre de 1848, el joven capataz de la línea de ferrocarriles Phineas Gage, tuvo un accidente debido a un lamentable error al intentar compactar la pólvora colocada en una cavidad utilizando una barra de metal y saltar una chispa. La explosión de la mezcla se produjo a escasos centímetros de la cara del joven y, como resultado, la barra de metal de un metro de longitud y unos tres centímetros de diámetro le atravesó el cráneo antes de aterrizar a más de veinte metros de donde se encontraba inicialmente. La barra le produjo un agujero que trazaba una diagonal desde una de sus mejillas hasta la parte superior de la cabeza, justo encima de la frente. Aunque gran parte de sus lóbulos frontales del cerebro habían dejado de existir como tales, no sólo sobrevivió a esta experiencia, sino que fue capaz de recobrar la mayor parte de sus habilidades mentales y pasó a la historia como uno de los casos más estudiados en los campos de la Psicología, la Medicina y las neurociencias.



entidades separadas, sino sólo de cerebro. Damasio considera que la mente es un producto o función del cerebro, de ahí, que piense que Descartes nos llevó erróneamente a una visión excesivamente racionalista, ya que no tuvo en cuenta que el cuerpo aparece antes que la mente y que, por tanto, lo más lógico es considerar que la mente emergerá de él y no al revés. Por tanto, la mente y la misma consciencia deben considerarse como el resultado de la actividad neuronal. La mente es un subproducto del cerebro en forma de impresiones elementales, que representan nuestras experiencias sensoriales básicas, lo que se denomina “qualia”. El cerebro y la mente son una y la misma cosa en planos diferentes.

Bajo estos supuestos, Damasio (2010) considera la consciencia como algo enteramente privativo del individuo que la posee, que ocurre como parte de un proceso, también privado y personal al que denominamos mente. Pero, por otra parte, la consciencia y la mente se encuentran íntimamente asociadas a las conductas externas que manifiesta dicho individuo. Damasio (2010) localiza los fenómenos mentales en el cerebro como la corporalización de los mismos; define una única estructura formada por la mente, el cerebro y la conducta observable. Una estructura que, el propio Damasio (2005, 2006) señala, no se puede conocer plenamente sin considerar el estudio de las emociones.

Una postura más radical, dentro de este enfoque, la ofrece el premio Nobel de Medicina Francis Crick (1994), que defiende que

la consciencia es una banal fusión de neuronas del cerebro, donde las alegrías, las penas, los recuerdos, las ambiciones, el sentido de identidad personal y el libre albedrío, (...) no son de hecho más que el comportamiento de un gran agregado de células nerviosas y las moléculas que se les asocian (Crick, 1994: p.3).<sup>147</sup>

La consciencia humana debe entenderse como algo exclusivo del cerebro, como un epifenómeno, un producto que brota de una determinada arquitectura neuronal, como una propiedad emergente, que no puede ser explicada únicamente por las partes

---

<sup>147</sup> La Sociedad Anatómica Española (1878), también defiende esta creencia de Crick y el higienista Benjamín de Céspedes llega a incluso escribirlo en 1876, como se recoge en el capítulo 4 de este trabajo.

cerebrales, ni siquiera por su interacción, sino sólo por la estructura total del sistema cerebral.

Edelman y Tononi (2002)<sup>148</sup>, por su parte, formulan una teoría en la que la idea central es la selección y la formación de grupos de neuronas (TNGS) que, a partir de la experiencia, se organizan en estructuras neuronales que garantizan y regulan las funciones fisiológicas necesarias para la existencia. Esta estructura está llena de conexiones vinculadas sistemáticamente con los puntos correspondientes de capas de células receptoras que posibilitan la replicación del mundo. A pesar de que introduce la idea de la interacción entre el entorno y el cuerpo, ésta tiene un papel secundario ya que la explicación recae en el Sistema Nervioso. El mundo- entorno, afirma, parece más bien una excusa para el desarrollo de la capacidad cerebral de autoorganización y reconocimiento de patrones; mientras que el cuerpo se ofrece casi como una extensión ortopédico-biológica del cerebro hipostasiado, necesaria sin duda para que éste pueda manipular el medio (Edelman y Tononi, 2002).

Otro neurólogo, defensor de esta visión fiscalista, es Rodolfo Llinás (2001)<sup>149</sup>. Él mantiene que el cerebro posee una estructura que le permite captar información, almacenarla, transformarla y transmitirla en diversas formas, desde movimientos hasta emociones. De esta forma, la consciencia sólo será el resultado de la evolución filogenética del Sistema Nervioso. Apoya así la teoría de la identidad mente-cerebro, ya planteada también por el Conductismo.

Entre las concepciones más novedosas de estas teorías Neuropsicológicas de corte fiscalista, según Javier Montserrat (2000), se encuentran las que centran la

---

<sup>148</sup> Gerald Maurice Edelman (1929-2014) fue un biólogo estadounidense que obtuvo el Premio Nobel de Medicina en 1972. por sus trabajos sobre el Sistema Inmunitario. Tuvo una especial relevancia en el estudio de la consciencia. Junto con Giulio Tononi, neurólogo, psiquiatra y profesor en la Universidad de Wisconsin, presenta una tesis con la que pretenden ofrecer un estudio completo de la consciencia dentro de una visión biológica general. A este respecto, distinguen dos tipos de consciencia: consciencia primaria y consciencia de orden superior.

<sup>149</sup> Rodolfo Llinás (1934), médico neurofisiólogo colombiano, profesor en la Universidad de Nueva York. Entre sus trabajos más conocidos se encuentra el realizado sobre la Fisiología comparada del cerebelo y las propiedades electrofisiológicas intrínsecas de las neuronas (Ley de Llinás). Una ley con la que pretende demostrar la relación existente entre la actividad cerebral y la consciencia. Como anécdota hay que indicar que sus descubrimientos sobre el aspecto funcional del cerebro han sido llevados al cine en un proyecto cinematográfico llamado "Eureka".

explicación de la consciencia en la Mecánica Cuántica, como la propuesta por Roger Penrose (1996) y Penrose y Hameroff (1995)<sup>150</sup>. Penrose mantiene que, como no podemos hallar la respuesta al problema de la consciencia en el nivel de las neuronas, que son demasiado grandes, hay que buscarla en el citoesqueleto de la neurona. Ésta es una parte de la neurona que contiene unas pequeñas estructuras, llamadas microtúbulos, llenas de agua, que generan ondas que se transmiten físicamente a lo largo de varios de esos microtúbulos, responsables últimos de la representación. La hipótesis que propone es la siguiente: la consciencia será la suma de una gran cantidad de ondas, formadas en los microtúbulos del cerebro en una sola “Gran onda”<sup>151</sup>, haciendo posible que surja una identidad a partir de millones de células individuales (Penrose, 1996). Así, todas las neuronas influidas por una de estas grandes ondas modificarían sus sinapsis, y la combinación del cálculo cerebral de los impulsos nerviosos y la coherencia microtubular a gran escala produciendo la consciencia. Esto es, la actividad del contenido de los microtúbulos<sup>152</sup> le permite crear un estado de superposición coherente a gran escala de forma que el microtúbulo puede comportarse como un computador cuántico capaz de aislarse de la actividad aleatoria del exterior. Este enorme grado de coherencia interna se extiende sobre áreas muy amplias del cerebro, y da lugar así a una

---

<sup>150</sup> Sir Roger Penrose, (1931-), físico matemático natural de Inglaterra y Profesor Emérito de Matemáticas de la Universidad de Oxford, es reconocido por sus contribuciones a la Teoría de la Relatividad General y a la Cosmología. En el ámbito de la Filosofía ha destacado por sus ideas sobre la Teoría Cuántica de las Neuronas. Junto con el anestesista Hameroff (1947-), propone un modelo, apoyado en la Teoría Cuántica, con el que pretende explicar los sucesos que se producen en el interior de la neurona y dan lugar a la consciencia.

<sup>151</sup> Su teoría sobre la Reducción Objetiva Orquestada (Orch OR) asume la existencia de procesos cuánticos que regulan la membrana y la sinapsis neuronales y que la evolución de cada uno de tales procesos culmina gracias a la llamada “Reducción Objetiva”. Se trata de un concepto estrechamente vinculado al colapso de la función de onda de la mecánica cuántica que Penrose y Hameroff lo utilizan para indicar que las ondas cerebrales también se derivarían de las vibraciones profundas a nivel de los microtúbulos. Desde un punto de vista más práctico, sugieren que el tratamiento de las vibraciones de los microtúbulos cerebrales podría mejorar condiciones mentales, neurológicas y cognitivas.

<sup>152</sup> Los microtúbulos son estructuras tubulares de las células que intervienen en procesos como la división celular, forman la estructura interna de los cilios y son estructuras de apoyo interno de las neuronas. Están en cada célula con una misión estructural y con la posibilidad de ejecutar varias funciones, como la de separar los cromosomas al dividirse las células. Al considerar, Hameroff y Penrose (2014) que las neuronas del cerebro estaban llenas de esos microtúbulos con esta capacidad de procesamiento de la información (que tomaron como una manifestación de inteligencia de éstas), llegaron a la conclusión de que podrían comportarse como un ordenador capaz de llevar a cabo computaciones simples e, incluso, ser capaz de enviar señales complicadas a través suyo. Incluso, llegaron a creer que la autoconsciencia se produce cuando estas computaciones cuánticas se extienden como un único sistema sobre regiones cerebrales extensas.

actividad cuántica a gran escala, en virtud del efecto de la no localidad cuántica. De esta forma, defiende la idea de que la consciencia es un epifenómeno de la evolución de la materia.

Para él, junto con Hameroff (1997), la consciencia es un fenómeno cuántico que resulta de discretos eventos físicos que han existido desde siempre en el universo como no-cognitivos (eventos protoconscientes) controlados por partes de leyes físicas precisas, no del todo entendidas. La Biología evolucionó como un mecanismo para orquestar dichos eventos y aliarlos a una actividad neuronal, resultando en momentos cognitivos conscientes, con un significado, y por lo tanto un control causal del comportamiento. Mecanismos capaces de producir vibraciones cuánticas en los microtúbulos del interior de las neuronas. Unos microtúbulos que no son más que microcomponentes estructurales del andamiaje celular, polímeros de proteínas en las neuronas, que gobiernan la función neural y sináptica, y conectan los procesos de auto-organización del cerebro a una escala fina, estructuras cuánticas protoconscientes de realidad (Penrose y Hameroff, 1995). Penrose, no sólo considera la consciencia como un producto derivada de vibraciones cuánticas en microtúbulos, sino que, además, lo entiende como un proceso (cuántico) que conecta el cerebro con el universo.

### **7.1.2. El cerebro como asiento de las emociones**

Como se comentó anteriormente, diversos neurólogos vienen defendiendo posturas muy radicales, centras en la teoría de la identidad entre los estados y procesos mentales y los estados y procesos cerebrales. Una visión reduccionista, que en su posición más extrema, como se comentó anteriormente, busca reducir todo lo psicológico a lo físico, a procesos cerebrales, hasta la eliminación de lo psicológico como tal, incluida la propia ciencia psicológica. A este respecto, Churchland and

Sejnowski (1992)<sup>153</sup> definieron la concepción materialista eliminativo en los siguientes términos:

[...] No se podrá efectuar una reducción interteórica del marco de referencia psicológico corriente, porque el marco de referencia psicológico que utilizamos corrientemente es una concepción falsa y radicalmente engañosa sobre las causas de la conducta humana y la naturaleza de la actividad cognitiva. Desde esta perspectiva, la psicología habitual no solamente constituye una representación incompleta de nuestra naturaleza interna, sino directamente constituye una mala representación de nuestros estados y actividades internas. En consecuencia, no es posible esperar que una explicación neurocientífica verdaderamente adecuada de nuestra vida interior proporcione las categorías teóricas que se corresponden escrupulosamente con las categorías de nuestro marco de referencia habitual. Consecuentemente, lo único que se debe esperar es que el antiguo marco simplemente sea eliminado y no que pueda reducirse por una neurociencia más desarrollada (pp.75-76).

De ahí, la importancia de incluir esta posición y, sobre todo, intentar analizar y conocer los argumentos que utilizan los neurólogos en su afán de centrar en el cerebro el lugar dónde localizar el origen de todas las llamadas funciones mentales, incluida la consciencia y las emociones. Especialmente, interesan éstas últimas, las emociones, y no sólo porque son el objeto de este trabajo, sino también, porque, como se verá más adelante, gracias a ellas, este modelo caerá en fuertes contradicciones.

Generalmente se denomina “cerebro” a la parte del Sistema Nervioso que se encuentra dentro del cráneo y que constituye la parte más voluminosa del encéfalo. En la obra *De Humani Corporis Fabrica* (1543) de Andrés Vesaglio<sup>154</sup> y, sobre todo, en la

---

<sup>153</sup> Patricia Smith Churchland (1943-), es una filósofa canadiense norteamericana que desempeña su labor profesional como profesora adjunta en el Instituto Salk para estudios Biológicos y asociada al Laboratorio Computacional de Neurociencias (Sejnowski Lab). Sus estudios se centran en la Neurofilosofía y la Filosofía de la mente. Churchland ha enfocado sus estudios en la relación entre las neurociencias y la Filosofía, dando cuenta de que para entender la mente primero debe entenderse el cerebro. Se asocia a la escuela de pensamiento llamada Eliminativismo o Materialismo Eliminativo, la cual argumenta que los conceptos de la Psicología popular como “creencia”, “voluntad libre” o “conciencia” necesitarán ser revisados cuando la ciencia entienda más acerca de las funciones del cerebro.

<sup>154</sup> Hay que atribuirle a Andrés Vasaglio (1514-1564) el mérito de ser el primer profesor de Anatomía que acompañó sus lecciones con la disección real de seres humanos. Su obra, compuesta por cerca de setecientas páginas excepcionalmente ilustradas, muestra con gran detalle la estructura más correcta de la anatomía del cerebro conocida hasta ese momento. Se acompaña por las más espectaculares y perfectas xilografías, entre las que se puede destacar su propia portada. El modo en que conseguía los cadáveres para sus clases es algo que entra en el terreno de la leyenda. Se sabe que visitó más de un cementerio, siendo probable que se sirviera de cadáveres no reclamados. Una práctica que en aquel siglo XVI

de Thomas Willis, *Cerebri anatome* (1664), se halla la primera descripción detallada del cerebro a partir de la identificación de tres cerebros diferentes: los llamados prosencéfalo o cerebro primitivo anterior, mesencéfalo o cerebro primitivo medio y romboencéfalo o cerebro primitivo posterior.

En 1828, el fisiólogo Karl Ernst von Baer revisó esta división del encéfalo en los tres cerebros primitivos y observó que durante la gestación éstos sufrían diversos cambios. Observó como el prosencéfalo se divide en dos partes, telencéfalo y diencefalo, cómo el mesencéfalo permanece tal cual y cómo el romboencéfalo se subdivide también en dos partes, denominadas metencéfalo y mielencéfalo

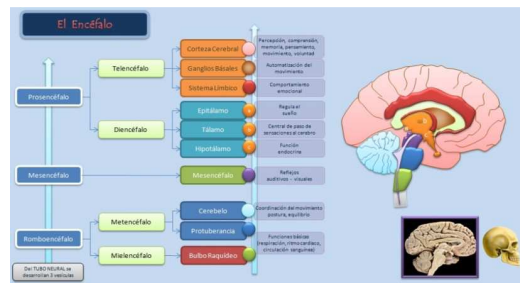


Figura 5.- Desarrollo del encéfalo en la fase fetal

### 7.1.2.1. El Bulbo Raquídeo

Sobre las ocho y nueve semanas de gestación, de la parte inferior del romboencéfalo se inicia la configuración del mielencéfalo, que dará lugar a la futura médula oblonga o bulbo raquídeo. Su interior está formado por una red compuesta por más de 100 núcleos distintos, la formación reticular, responsable de la transmisión de información entre el encéfalo y el resto del cuerpo (fig. 6). En su parte superior, se va a diferenciar el metencéfalo mediante el engrosamiento o protuberancia del tallo cerebral

---

equivalía a ser sentenciado a morir en la horca por delitos como el robo de cadáveres. Se puede encontrar en internet en <http://www.spao.es/documentos/biblioteca/entrada-biblioteca-fichero-14.pdf>.

(puente de Varolio) de donde, por su parte posterior, se desarrollará el cerebelo, conteniendo en su interior parte de la formación reticular.

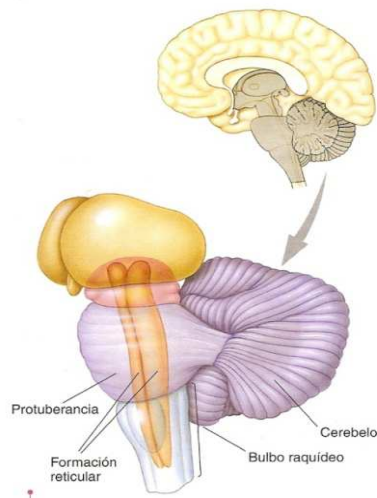


Figura 6.- Estructuras del mielencéfalo (bulbo raquídeo) y del metencéfalo humanos.

Anatomo-fisiológicamente, la formación reticular, se compone de un conjunto de neuronas difusas que forman una red cuyos axones se proyectan y extienden hacia el tálamo, el hipotálamo, el cerebelo y la médula espinal, a lo largo de tronco encefálico.

En ocasiones, a la formación reticular se la denomina sistema reticular activador, ya que parece que algunas de sus partes intervienen en la activación del organismo, participando también en diversas funciones, como son el sueño, la atención, el movimiento, el mantenimiento del tono muscular y varios reflejos cardíacos, circulatorios y respiratorios (Pinel, 2006).

En su conjunto, funcionalmente, el cerebelo se configura como una estructura sensoriomotriz, con capacidad para controlar los movimientos y adaptarlos a los cambios y circunstancias (fig. 7).

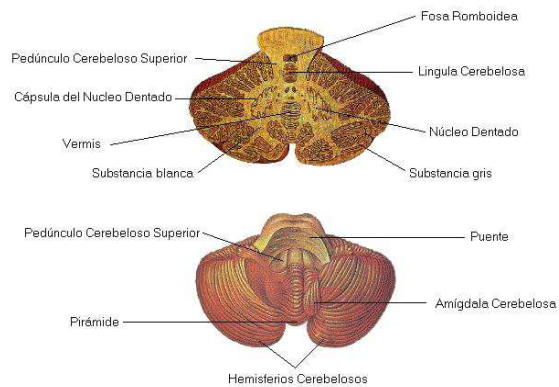


Figura 7.- Estructura del cerebelo superficie superior e inferior

### 7.1.2.2. Mesencéfalo

El mesencéfalo o cerebro medio constituye la porción más cefálica del Tronco con una longitud aproximada de 2.5cm. Comunica al Puente y al Cerebelo con estructuras diencefálicas. La curvatura cefálica aparece en el mesencéfalo durante el desarrollo del SNC y permite que el prosencéfalo se pliegue ventralmente (fig. 8).

Funcionalmente, el mesencéfalo conduce los impulsos motores desde la corteza cerebral hasta el puente troncoencefálico y los impulsos sensitivos desde la médula espinal hasta el tálamo. En su cara dorsal se encuentran cuatro salientes o colículos. Los dos colículos superiores son los responsables de la coordinación de los movimientos de los globos oculares, en respuesta a los estímulos, principalmente visuales. Por su parte, los dos colículos inferiores coordinan los movimientos de la cabeza y tronco en respuesta a los estímulos auditivos. Contiene, además, el núcleo de origen para los nervios craneales III (nervio oculomotor) y IV (nervio patético).



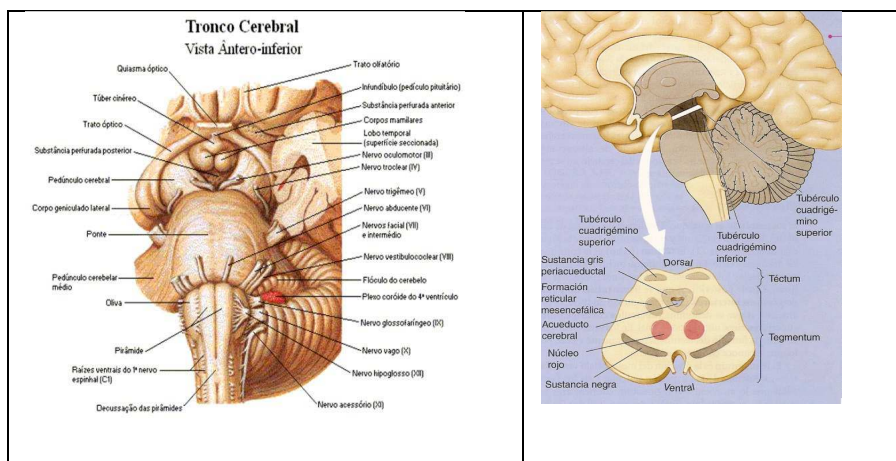


Figura 8.- Mesencéfalo del ser humano.

En definitiva, el mesencéfalo o cerebro medio, es la parte del tronco del encéfalo que conecta el cerebro posterior y el prosencéfalo ocupándose de todas las funciones relacionadas con la visión (dilatación y orientación del ojo) y la audición.

### 7.1.2.3. Diencéfalo

El Diencéfalo es la región anatómica del cerebro que se encuentra entre el tronco encefálico y los hemisferios cerebrales. Se divide en cuatro zonas bien definidas: 1) el tálamo, 2) el hipotálamo, 3) el subtálamo y 4) el epitálamo (Fig. 9).

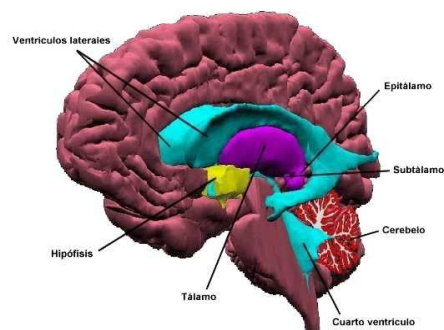


Figura 9.- Diencéfalo del cerebro humano

El tálamo es la región más grande del diencefalo que comprende una zona ovoide de sustancia gris ubicada a ambos lados del tercer ventrículo del cual forma las paredes laterales en la región más dorsal y posterior (fig. 10).

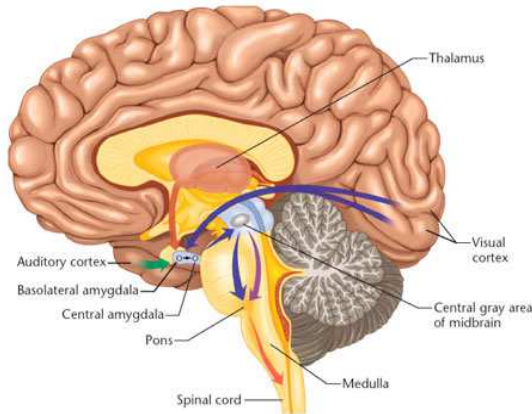


Figura 10.- Estructura del Tálamo

La zona anterior contiene el núcleo anterior que forma parte del Sistema Límbico que participa, a su vez, en el procesamiento de las emociones y en mecanismos de memoria reciente.

La zona medial tiene el núcleo dorsomediano con amplias conexiones con la corteza prefrontal e hipotálamo. Participa en la integración de aferencias viscerales, olfativas, somáticas así como en mecanismos que permiten percepciones subjetivas y emotivas.

El hipotálamo (fig. 11) es una de las partes más activas del cerebro, estrechamente relacionada con la homeostasis y responsable de la regulación del hambre, de la sed, de la respuesta al dolor, de los niveles de placer, de la satisfacción sexual, de la ira y del comportamiento agresivo, entre otras conductas y emociones. También regula el funcionamiento de los Sistemas Nerviosos Simpático y Parasimpático, lo cual significa que controla funciones como el pulso, la presión sanguínea, la respiración, y la activación fisiológica en respuesta a circunstancias emocionales.

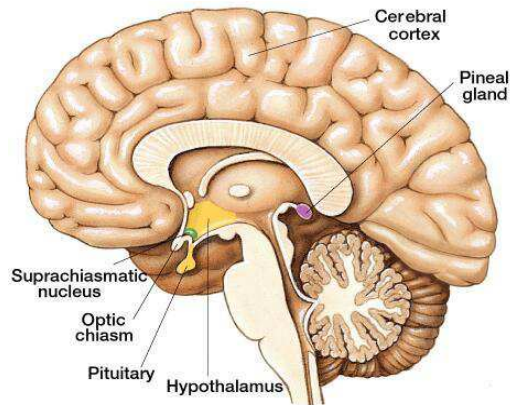


Figura 11.- Estructura anatómica del Hipotálamo

El hipotálamo también tiene algunos receptores propios, que le proveen información sobre el balance iónico y la temperatura de la sangre. Una de las hipótesis recientes sobre el funcionamiento del hipotálamo, hace referencia a una proteína llamada leptina que es liberada por las células grasas cuando comemos demasiado.

El hipotálamo envía instrucciones al resto del cuerpo de dos formas. La primera de ellas es hacia el Sistema Nervioso Autónomo. La otra forma en la que el hipotálamo controla las funciones es mediante la glándula pituitaria que bombea de forma alternada hormonas llamadas factores de liberación en el torrente sanguíneo. La pituitaria es llamada glándula maestra ya que las hormonas que bombea son de importancia vital en la regulación del crecimiento y el metabolismo.

La hipófisis está localizada en una cavidad ósea de la base del cráneo llamada silla turca. Está asociada íntimamente al hipotálamo gracias a ricas terminaciones neuronales y vasculares que viajan dentro del tallo o infundíbulo. Existe en la proximidad un gran número de estructuras importantes: inmediatamente superior a la hipófisis se encuentra el quiasma óptico que está separado de la glándula por una reflexión de la duramadre conocida como diafragma selar (fig. 12).

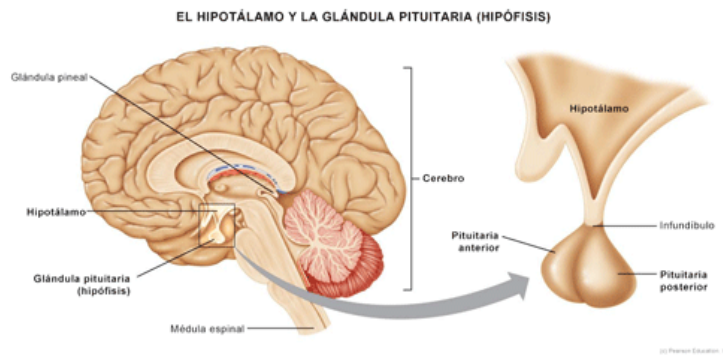


Figura 12.- Localización y estructura de la hipófisis

Como se desprende, el diencefalo es la estructura responsable del procesamiento de información afectiva, subjetiva, que almacena e integra información recibida desde las vísceras, el olfato y la propia piel. La participación del hipotálamo, gracias a la homeostasis, consiste en valorar la información y regular el hambre, la sed, la respuesta al dolor, al placer, la satisfacción sexual y las emociones. Por la regulación de los Sistemas Nerviosos Simpático y Parasimpático, controla funciones como el pulso, la presión sanguínea, la respiración, y la activación fisiológica en respuesta a circunstancias emocionales. La mayoría de los neurólogos manifiestan que este es el cerebro emocional más primitivo del ser humano.

#### **7.1.2.4. Telencéfalo**

También conocido como el cerebro por antonomasia, es la mayor parte del encéfalo que controla el movimiento voluntario, interpreta la información sensitiva y media en los procesos cognitivos complejos tales como aprender, hablar y solucionar problemas. Se considera también que en él residen las principales capacidades humanas, como la de pensar, de producir las creencias, los recuerdos, del comportamiento, del estado de ánimo de una persona, de la formación del lenguaje, de entender y realizar operaciones numéricas. En él se encuentra también la sede de la inteligencia y el centro

de control del organismo que coordina las facultades del movimiento, el tacto, el olfato, el oído y la vista.

El telencéfalo-cerebro, además de realizar estas funciones, se encarga de recibir los estímulos, tanto si proceden del interior del cuerpo como del exterior, de procesarlos y de dar una respuesta a cada uno de ellos. Corrige la postura del cuerpo, del movimiento de las extremidades y de la frecuencia de funcionamiento de los órganos internos y además controla los estados de alerta y de ánimo (fig. 13).

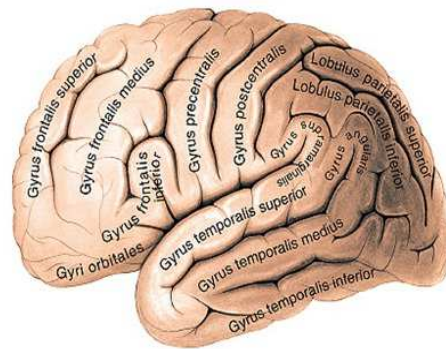


Figura 13.- Estructura del Telencéfalo

El cerebro está dividido en dos partes o hemisferios separados por un profundo surco (Cisura longitudinal), unidos en su parte inferior por un haz de fibras nerviosas de unos 10 cm al que se le denomina cuerpo calloso, que le permite un intercambio permanente de información. Los hemisferios están cubiertos por una capa de tejido llamada corteza cerebral (fig. 14).

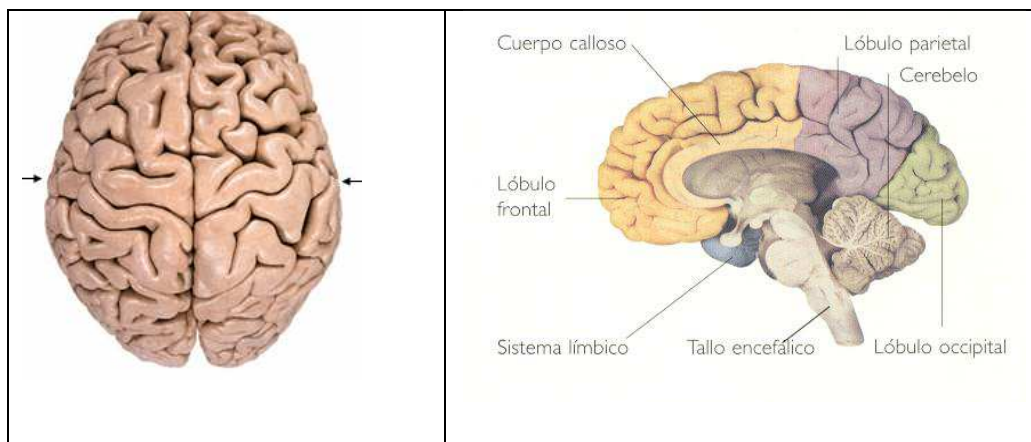


Figura 14.- Cisura longitudinal y corte del hemisferio derecho

Con un grosor de 2 o 3 mm está formada por células amielínicas (sin vaina de mielina que las recubra, por lo que presenta un tono gris). Los pliegues que hay en la superficie cerebral forman las circunvoluciones cerebrales, los surcos y las cisuras, especialmente la central y la lateral que dividen cada hemisferio en lóbulos, a saber: frontal y parietal delante y detrás, respectivamente, de la cisura de Rolando y temporal y occipital detrás de la cisura parieto-occipital y por debajo de la cisura de Silvio (fig. 15).

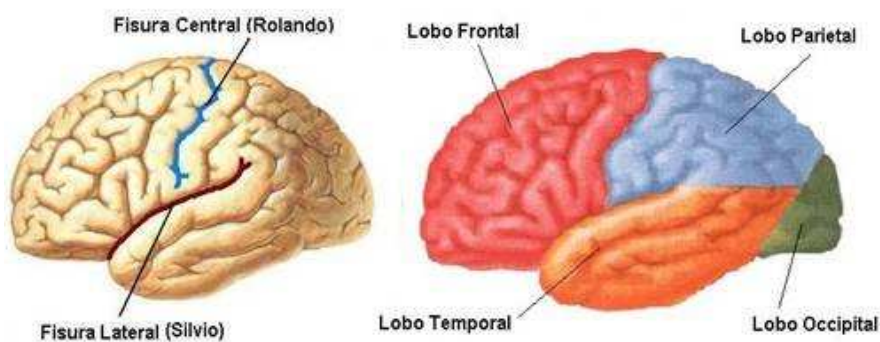


Figura 15.- Fisuras y lóbulos cerebrales

1. Lóbulo Frontal: Se encarga de controlar la actividad motora, como la articulación del lenguaje, el estado de ánimo, el pensamiento y la planificación del futuro.

2. Lóbulo Parietal: Se encarga de interpretar las sensaciones que se reciben del organismo. También se encarga de controlar el movimiento corporal.

3. Lóbulo Temporal: Se encargan de la memoria y de las emociones.

4. Lóbulo Occipital: Se encarga de interpretar la visión

5. Existe una quinta división conocida como Ínsula que no es visible desde fuera del cerebro, ya que se localiza en el fondo de la cisura de Silvio. Para algunos es considerada un lóbulo cerebral más, rodeado por un surco circular (fig. 16).

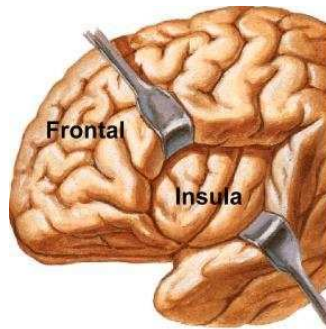


Figura 16.- Localización de la Ínsula

La ínsula se está convirtiendo en el foco de atención por su función en la experiencia subjetiva emocional y su representación en el cuerpo. Para algunos neuropsicólogos (Damasio, 2010), esta región empareja los estados viscerales emocionales que están asociados con la experiencia emocional, dando cabida a los sentimientos de consciencia. En esencia se trata de una formulación neurobiológica de las ideas de William James, ya que se cree que la Ínsula interpreta los estados corporales que son elicitados por sucesos emocionales, lo que da lugar a la experiencia subjetiva emocional.

El hipocampo es un área relacionada con la corteza cerebral que se ubica en el interior del lóbulo temporal. Se constituye como la estructura fundamental para el almacenamiento de la memoria explícita. Gracias a plasticidad que presentan sus neuronas, se asocia también a la memoria episódica y a la memoria espacial. No obstante, hay que tener en cuenta que como en la memoria espacial participan otras estructuras nerviosas, el hipocampo mantiene una estrecha relación con cada una de esas estructuras. Así, contamos con el lóbulo parietal y el lóbulo frontal, que transforma el conocimiento espacial en acciones. La corteza motora, que usa las referencias espaciales para codificar sus programas: la corteza promotora, que ofrece una serie de representaciones espaciales diferentes relacionadas con la generación de movimiento y, cómo no, la corteza prefrontal, que maneja también representación espacial y participa en la memoria de corto plazo.

Los ganglios basales son una colección de núcleos que se encuentran a ambos lados del tálamo (fig. 17).

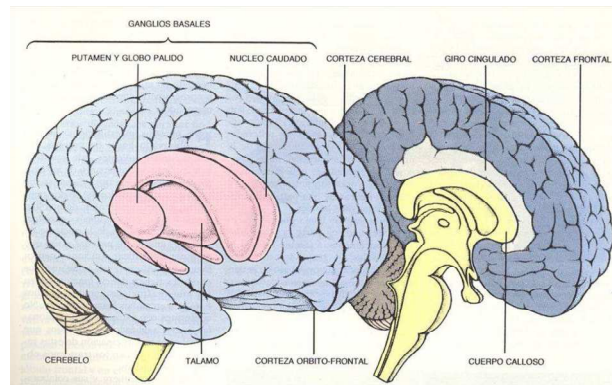


Figura 17.- Localización y estructura de los Ganglios Basales

Por su estructura, formada por diversas estructuras dobles, posee multitud de funciones, como la de informarnos de que algo no va bien y que debemos hacer algo al respecto, se responsabiliza también del equilibrio y la coordinación de los comportamientos automáticos como montar en bicicleta, conducir un coche, o trabajar en una línea de montaje.

Finalmente, el Sistema Límbico está compuesto por un grupo de estructuras corticales, diencefálicas y del tronco cerebral que participan formando circuitos complejos en el control de las emociones, de la percepción de los olores, de la memoria y de toda una serie de interrelaciones que tiene con la corteza cerebral para dar respuestas emocionales a través de otro componente importante como es la Amígdala (fig. 18).



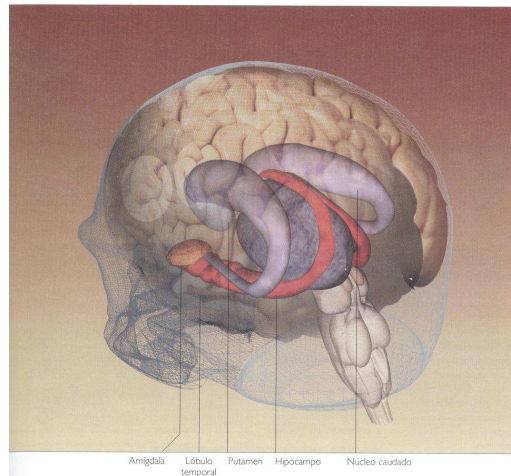


Figura 18.- Localización y estructura del Sistema Límbico

El Sistema Límbico, a través de diversos circuitos, influye sobre variados aspectos de la conducta emocional, como las reacciones de miedo, rabia o emociones asociadas con la conducta sexual. Participa, junto al hipocampo, en los procesos de aprendizaje y memoria de corta duración.

El complejo amigdalino, una estructura que se compone de una serie de núcleos localizados en la zona más profunda lóbulo temporal y estrechamente relacionados con el Sistema Límbico, tiene una gran participación en la formación de las emociones (fig. 19).

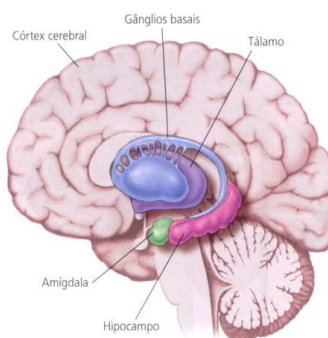


Figura 19.- Estructura del complejo amigdalino

### **7.1.3. Las lesiones cerebrales como fortaleza explicativa de la Neuropsicología**

Como se comentó también, al inicio del apartado sobre la Neuropsicología, el desarrollo de herramientas y técnicas no invasivas para el estudio del cerebro han permitido realizar estudios en pacientes con lesiones cerebrales. Sobre las emociones, se han realizado estudios en zonas discretas de las áreas orbital y medial de la corteza prefrontal con el propósito de confirmar la existencia de conexiones recíprocas de estas áreas con la amígdala y el hipocampo. Se trata de una vía para explicar el modo en que los estímulos con contexto emocional, en consonancia con diversos circuitos innatos o adquiridos por aprendizaje, actúan sobre la amígdala.

Las personas pueden sufrir muchas clases de traumatismos craneales, como fracturas de cráneo, conmociones, contusiones, laceraciones cerebrales, y hematomas intracraneales, no todas con los mismos efectos y la misma gravedad. Especialmente graves son aquellas que lesionan las arterias y las venas que les lleva a sangrar en los espacios alrededor del cerebro. Algunas personas pueden manifestar incluso mareo, dificultades para concentrarse, olvidos, depresión, falta de sensación o de emociones, y ansiedad. Estos síntomas pueden prolongarse durante algunos días o varias semanas.

Dicho esto, debemos abordar, en primer lugar, aquellas lesiones de la capa superior del cerebro (corteza cerebral) que habitualmente producen un deterioro de la capacidad de la persona para pensar, controlar emociones y comportarse con normalidad. Como decimos, este análisis no es más que la consecuencia de la creencia de que, generalmente, ciertas áreas específicas de la corteza cerebral rigen determinados patrones específicos de conducta; la localización exacta de la lesión y la amplitud del área afectada determina el tipo de deterioro. Así, y en función de tales áreas encontramos diferentes repercusiones de las lesiones en las emociones.

### **7.1.3.1. Lesiones del lóbulo frontal**

Como vimos, el lóbulo frontal de la corteza cerebral controla, principalmente, las actividades motoras aprendidas (por ejemplo, escribir, tocar un instrumento musical o atarse los zapatos). También controla la expresión de la cara y los gestos expresivos. Ciertas áreas del lóbulo frontal rigen las actividades motoras aprendidas del lado opuesto del cuerpo.

Los efectos de una lesión del lóbulo frontal sobre el comportamiento varían en función del tamaño y de la localización del defecto físico. Las pequeñas lesiones no suelen causar cambios notorios en la conducta si sólo afectan a un lado del cerebro, aunque a veces ocasionan convulsiones. Las grandes lesiones de la parte posterior de los lóbulos frontales pueden causar apatía, falta de atención, indiferencia y, a veces, incontinencia. Las personas que presentan grandes alteraciones hacia la parte anterior o lateral de los lóbulos frontales tienden a distraerse fácilmente, se sienten eufóricas sin motivo aparente, son argumentativas, vulgares y rudas; además, puede que no sean conscientes de las consecuencias de su conducta.

### **7.1.3.2. Lesiones en la corteza pre-frontal (ventromedial)**

Antonio Damasio (2006), a raíz de la reconstrucción del accidente de Phineas Gage en 1848 (Fig. 20), inició una serie de estudios sobre el cerebro. Debido a la ausencia de consecuencias psicológicas, y a que el lenguaje, la atención y la memoria estaban intactas, se planteó que esa zona del lóbulo frontal no hacía nada y, por tanto, era sacrificable. El diario del médico de Gage reveló datos de gran interés sobre los cambios en su personalidad que éste fue experimentando a lo largo del tiempo. Estos datos daban pie a pensar que

algo en el cerebro concernía específicamente a propiedades humanas únicas, entre ellas la capacidad de anticipar el futuro y de planear en consecuencia dentro de un ambiente social complejo; el sentido de la responsabilidad hacia uno mismo y hacia los demás; y la capacidad de orquestar deliberadamente la propia supervivencia, y el control del libre albedrío de uno mismo (Damasio, 2006, 29:25).

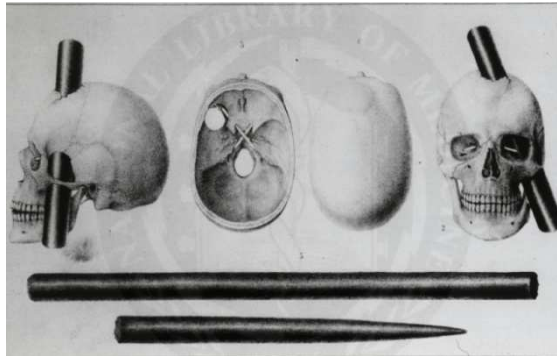


Figura 20.- Dibujo de la lesión de Phineas Gage

Sería Hanna Damasio (1994), neuróloga, escritora portuguesa, junto a su esposo Antonio Damasio, la que, tras calcular la trayectoria de la barra, localizó la lesión en la región orbital central. Sus cálculos mostraron cómo el recorrido de la barra habría destruido algo de la superficie interior del lóbulo frontal izquierdo y quizás del lóbulo frontal derecho y que, al salir, habría lesionado también alguna parte de la región dorsal, o posterior del lóbulo frontal en el lado izquierdo y quizá también en el derecho. No obstante, esta descripción quedaba muy ambigua y no permitía concluir nada, así que utilizando la técnica Brain-Vox<sup>155</sup>, pudo localizar concretamente el daño en las cortezas prefrontales en la superficie ventral e inferior de ambos hemisferios (región ventromediana), al tiempo que preservó las caras laterales, o externas, de las cortezas prefrontales (fig. 21).

---

<sup>155</sup> La técnica Brain-Vox se fundamenta en la manipulación por ordenador de los datos brutos obtenidos en la resonancia magnética de alta resolución en el cerebro

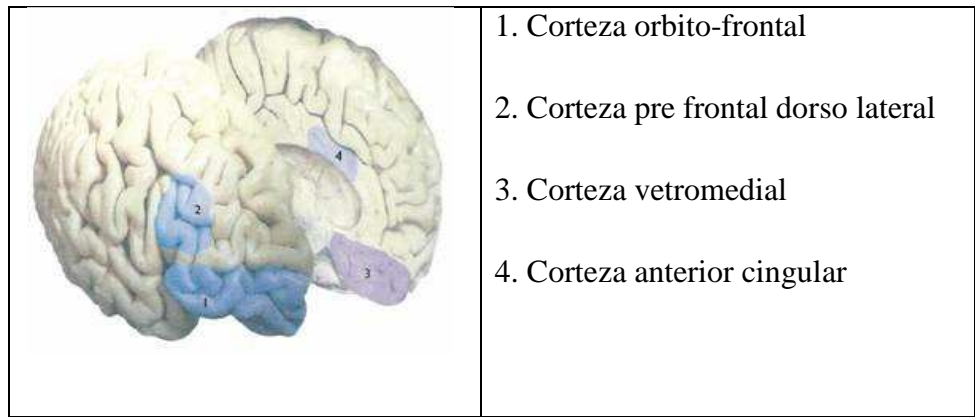


Figura 21.- Módulos de los lóbulos prefrontales

A tenor del caso de otro paciente, Elliot, un señor amable y educado que presentaba un tumor en sus cavidades nasales (por encima de la cuenca de los ojos) que comprimía los lóbulos frontales hacia arriba desde abajo, ratificó Damasio su defensa del papel que la corteza prefrontal tiene en el razonamiento humano. En este paciente observó un cambio en su personalidad ya que se había vuelto inestable, unas veces muy rígido mientras que otras era muy inconstante e irracional. Sus emociones estaban desajustadas respecto a la situación en la que se producían. Llegó incluso a no respetar la normas morales más básicas.

Pero no sólo Damasio y su equipo registraron tales hechos, sino que existe unanimidad en la creencia de que las lesiones en la región prefrontal llevan a los siguientes síntomas (Sohlberg y Mateer, 1989; Pineda, 2000; Miller y Cohen, 2001; Levine, S.C., Regier, T. y Solomon, T., 2002; Tirapu, Muñoz-Céspedes y Pelegrín, 2002; Alvarez y Emory, 2006; Kolb y Whishaw, 2006): dependencia del medio, incapacidad de planificación y de elaboración de metas realistas, falta de constancia en las tareas, irritabilidad, falta de juicio y control de los impulsos, dificultad para la interpretación de acontecimientos, falta de preocupación hacia los demás, trastornos antisociales y de la personalidad, dificultad para reconocer expresiones emocionales, experiencia emocional plana y proclives a tomar decisiones con consecuencias negativas.

### **7.1.3.3. Lesión del lóbulo parietal**

Los lóbulos parietales de la corteza cerebral son los encargados de combinar las impresiones respecto a la forma, textura y peso de las cosas y las convierten en percepciones generales. La capacidad para las matemáticas y el lenguaje salen de alguna parte de esta área, pero más específicamente de zonas adyacentes a los lóbulos temporales. Los lóbulos parietales también contribuyen a que la persona pueda orientarse en el espacio y percibir la posición de las partes de su cuerpo.

Un pequeño déficit en la parte anterior de los lóbulos parietales causa entumecimiento en la parte opuesta del cuerpo. Las personas con lesiones mayores pueden perder la capacidad para realizar tareas secuenciales, como abrocharse un botón (un trastorno denominado apraxia) y tener consciencia del sentido derecha-izquierda.

Un gran déficit puede afectar a la capacidad de la persona para reconocer las partes del cuerpo o el espacio alrededor del mismo, incluso puede interferir con la memoria de formas que antes conocía bien, como relojes o cubos.

En consecuencia, una lesión súbita de algunas partes del lóbulo parietal puede hacer que las personas ignoren la grave naturaleza de su trastorno y que se vuelvan negligentes o incluso nieguen (no reconozcan) la parálisis que afecta al lado del cuerpo opuesto a la lesión cerebral. Pueden presentar un estado de confusión o delirio y ser incapaces de vestirse o realizar actividades corrientes.

### **7.1.3.4. Lesión del lóbulo temporal**

Los lóbulos temporales procesan los hechos inmediatos en memoria reciente y memoria remota. Hacen que puedan ser interpretados los sonidos y las imágenes, almacenan los hechos en forma de memoria, evocan los ya memorizados, y generan las vías emocionales.

Una lesión en el lóbulo temporal derecho tiende a afectar a la memoria de los sonidos y de las formas. Una lesión en el lóbulo temporal izquierdo interfiere de manera drástica con la comprensión del lenguaje y es típico que impida que la persona se exprese a través del mismo. Las personas con una lesión en el lóbulo temporal derecho no dominante pueden experimentar cambios de personalidad, como pérdida del sentido de humor, un grado inusual de religiosidad, obsesiones y pérdida de la libido.

Algunos de los trastornos específicos producidos en esta zona por el traumatismo craneal son la afasia, la apraxia, la agnosia y la amnesia. Las personas con *afasia* están parcial o totalmente incapacitadas para comprender o expresar las palabras.

Los problemas del lenguaje tienen muchas formas. La variedad de los posibles defectos refleja la complejidad de la función del lenguaje. Una persona puede perder tan sólo la capacidad para comprender las palabras escritas (alexia), mientras en otra se observa una incapacidad para nombrar los objetos o reconocer sus nombres (anomia). Algunas personas con anomia no recuerdan en absoluto la palabra correcta, otras pueden tenerla en la punta de la lengua y no ser capaces de expresarla. La disartria es un trastorno de la articulación del lenguaje. Aunque la disartria parece un problema de lenguaje, en realidad está causada por una lesión en la parte del cerebro que controla los músculos utilizados para emitir sonidos y coordinar los movimientos del aparato vocal.

Las personas con afasia de Wernicke, un trastorno que puede ser consecutivo a una lesión del lóbulo temporal, parecen hablar con fluidez pero las frases expresadas son una serie de palabras sin orden y confusas (a veces se las refiere como sopa de letras).

Por lo general las personas con afasia de Broca (afasia de expresión) entienden lo que se les dice y saben cómo deben responder, pero tienen dificultades para expresar las palabras. Sus palabras se articulan lentamente y con gran esfuerzo y a menudo son interrumpidas por algunas sin sentido.

Una lesión que afecte al mismo tiempo al lóbulo temporal izquierdo y al frontal puede inicialmente producir el enmudecimiento casi total en la persona. Durante la recuperación de esta afasia completa (global) la persona tiene dificultades para hablar (disfasia), escribir (agrafía o disgrafía) y para comprender las palabras. Los terapeutas

del lenguaje con frecuencia pueden ayudar a las personas que desarrollan una afasia como consecuencia de un ictus, un traumatismo craneal u otra causa de trastorno del lenguaje. En general, el tratamiento se inicia en cuanto lo permita el estado de salud de la persona.

La apraxia es la incapacidad para realizar tareas que requieran patrones de evocación o secuencias de movimientos. Es una incapacidad poco frecuente cuya causa se debe generalmente a la lesión de los lóbulos parietales o frontales. En la apraxia, parece haberse borrado la memoria de la secuencia de los movimientos para completar actividades aprendidas o tareas complejas. No existe ningún defecto físico en los brazos ni en las piernas que justifique porqué no puede realizarse una determinada actividad. Por ejemplo, abrocharse un botón en realidad consiste en la realización de una serie de secuencias. Las personas con apraxia no pueden llevar a cabo semejante acción.

Algunas formas de apraxia afectan tan sólo a ciertas tareas. Por ejemplo, una persona puede perder la habilidad para hacer un dibujo, escribir una nota, abrocharse una camisa, atarse los cordones de los zapatos, asir el teléfono o tocar un instrumento musical. El tratamiento está enfocado al trastorno subyacente que ha causado la disfunción cerebral.

La agnosia es un trastorno infrecuente que se caracteriza porque la persona puede ver y sentir los objetos pero no los puede asociar con el papel que habitualmente desempeñan ni con su función. Las personas afectadas de ciertas formas de agnosia no pueden reconocer rostros familiares ni objetos corrientes, como una cuchara o un lápiz, aunque los pueden ver y describir. La agnosia está causada por un defecto en los lóbulos parietales y temporales del cerebro, que almacena la memoria de los usos y la importancia de objetos conocidos. A menudo, la agnosia aparece súbitamente después de un traumatismo craneal o un ictus. Algunas personas con agnosia mejoran o se recuperan de forma espontánea mientras que otras deben aprender a asumir su extraña discapacidad. No existe un tratamiento específico.

Finalmente, hay que hacer referencia a la amnesia como una incapacidad parcial o total de recordar experiencias recientes o remotas, cuyas causas sólo se conocen en parte. Un traumatismo cerebral puede producir una pérdida de memoria de sucesos



ocurridos inmediatamente antes de la lesión (amnesia retrógrada) o inmediatamente después (amnesia postraumática). De acuerdo con la gravedad de la lesión, la mayoría de los casos de amnesia tienen una duración de algunos minutos u horas, y desaparece sin tratamiento. Pero en los traumatismos cerebrales graves la amnesia puede ser permanente.

El aprendizaje requiere memoria. Los recuerdos adquiridos durante la infancia se conservan con más intensidad que las adquiridas durante la edad adulta, quizás porque un cerebro joven posee una facultad especial para el aprendizaje. Los mecanismos del cerebro para recibir información y evocarla a partir de la memoria están localizados principalmente en los lóbulos occipitales, parietales y temporales. Las emociones que se originan a partir del sistema límbico del cerebro pueden influenciar el almacenamiento y el recuerdo. El sistema límbico está conectado estrechamente con las áreas responsables de los estados mentales de agudeza y del conocimiento. Dado que la memoria implica muchas funciones entrelazadas, una pérdida de la misma puede producirse como consecuencia de casi cualquier lesión cerebral.

La amnesia global transitoria consiste en una crisis súbita de pérdida de memoria grave y confusión de tiempo, lugar y personas. Muchas personas con amnesia global transitoria tan sólo tienen una crisis durante su vida, mientras que otras pueden sufrir crisis recidivantes<sup>156</sup>. Los ataques pueden durar desde sólo 30 minutos hasta unas 12 horas. Probablemente la causa se deba a que las pequeñas arterias del cerebro resultan obstruidas de forma intermitente debido a la aterosclerosis. En las personas jóvenes, los dolores de cabeza por una crisis de migraña, que transitoriamente puede reducir el flujo de sangre al cerebro, también pueden dar lugar a este trastorno. El consumo excesivo de bebidas alcohólicas o de tranquilizantes, como los barbitúricos y las benzodiazepinas, puede también causar una crisis de corta duración. La amnesia puede producir una desorientación total y bloquear el recuerdo de los sucesos que tuvieron lugar tan sólo algunos años antes. Después de una crisis, la confusión a menudo cede con rapidez y lo habitual es que haya una recuperación total.

Una forma de amnesia inusual conocida como síndrome de Wernicke-Korsakoff puede afectar a los alcohólicos y a otras personas con desnutrición. El síndrome consiste

---

<sup>156</sup> Trastorno que tiende a reaparecer después de un período de curación

en la coexistencia de dos trastornos: un estado confusional agudo (un tipo de encefalopatía) y una amnesia de más larga duración. Ambos trastornos pueden producirse como consecuencia de una disfunción cerebral causada por el déficit de tiamina (vitamina B1). Cuando se produce una ingesta excesiva de alcohol y no se consumen alimentos que contengan tiamina, disminuye el aporte de esta vitamina al cerebro. Por otra parte, la ingestión de gran cantidad de líquidos (o si se han recibido por vía intravenosa a raíz de una cirugía) puede también provocar la encefalopatía de Wernicke en una persona que anteriormente tenía una desnutrición acusada.

Las personas con encefalopatía aguda de Wernicke tienden a tartamudear, presentan problemas en los ojos (como parálisis de los movimientos oculares, visión doble o nistagmo), confusión y somnolencia. La pérdida de memoria es muy grave. Estas alteraciones se corrigen generalmente administrando tiamina por vía intravenosa. Si no se trata, la encefalopatía aguda de Wernicke puede ser mortal. Por esta razón, es habitual que el tratamiento con tiamina se inicie de inmediato si un alcohólico manifiesta síntomas neurológicos inusuales o un estado de confusión.

La amnesia de Korsakoff acompaña a la encefalopatía aguda de Wernicke y puede ser permanente si aparece como consecuencia de ataques repetidos de encefalopatía o bien de la abstinencia alcohólica. La pérdida grave de memoria se acompaña, en ocasiones, de agitación y delirio. En la amnesia crónica de Korsakoff se conserva la memoria inmediata, pero se pierde la memoria para hechos recientes o relativamente distantes. Sin embargo, a veces se conserva la memoria de los hechos remotos. Las personas con amnesia crónica de Korsakoff pueden ser capaces de relacionarse socialmente y de mantener una conversación, aunque sean incapaces de recordar nada de lo sucedido en los días precedentes, meses, años o, incluso, minutos antes. Confundidos por esta falta de memoria, tienden a inventar cosas en lugar de admitir que no las pueden recordar.

Aunque la amnesia de Korsakoff habitualmente se produce debido a un déficit de tiamina, puede también desarrollarse un patrón similar de amnesia después de un grave traumatismo craneal, un paro cardíaco o una encefalitis aguda. En los alcohólicos, la administración de tiamina corrige la encefalopatía de Wernicke, pero no siempre se consigue la desaparición de la amnesia de Korsakoff. En ocasiones, ambos trastornos

pueden desaparecer por sí solos si se suspende la ingesta de alcohol y se instaura tratamiento de cualquier otro proceso que pueda contribuir a su desarrollo.

### 7.1.3.5. Lesiones del lóbulo occipital

Al llegar la información visual al cerebro, concretamente al lóbulo occipital, éste tiene la función de interpretarla y de darle forma real. Por tanto, las lesiones en este lóbulo occipital pueden presentar alteraciones neuropsicológicas como:

- *Agnosia visual a objetos*: la incapacidad para reconocer objetos familiares presentados visualmente.
- *Agnosia simultánea o simultagnosia (Síndrome de Balint)*: la incapacidad para apreciar a la vez más de un aspecto de la configuración del estímulo visual. Pueden identificarse aspectos aislados pero no en su conjunto. El lóbulo occipital derecho sería el responsable más directo.
- *Agnosia de rostros o prosopagnosia*: la incapacidad de reconocer rostros familiares, de amigos e incluso su propio rostro frente al espejo. Normalmente acompañado de agnosia simultánea o cromática. Se produce normalmente por lesiones bilaterales de los lóbulos occipitales.
- *Agnosia cromática o cromatognosia*: la incapacidad de reconocer los colores, tanto para identificar, clasificar y ordenar los colores (agnosia visual), más relacionadas con lesiones occipitales derechas, como en la denominación de los colores aunque el reconocimiento sea correcto, más relacionadas con lesiones occipitales izquierdas.
- *Ceguera cortical*: ceguera producida por un infarto occipital bilateral. Puede percibir ligeramente la luz o el movimiento. El reflejo del parpadeo ante la amenaza está alterado.

- *Alexia agnósica o ceguera pura de palabras*: incapacidad para reconocer las palabras sin que exista afasia ni agrafia. La información que llega al lóbulo occipital derecho no puede enviarse al lóbulo occipital izquierdo como consecuencia de una lesión del cuerpo caloso.
- *Afasia óptica*: trastorno donde está alterada la denominación, aunque sólo por un acceso visual del objeto.

Además, los desórdenes del lóbulo occipital pueden causar daños más complejos si caben, como alucinaciones e ilusiones visuales. Alucinaciones visuales (imágenes visuales sin estímulo externos) causadas por las lesiones en la región occipital y en los asimientos temporales del lóbulo. Las ilusiones visuales (percepciones torcidas) pueden tomar la forma de objetos que aparecen más grandes o más pequeños, careciendo de color o con una coloración anormal. Cuando se suman a lesiones en las áreas parietal-temporal-occipital de la asociación pueden causar ceguera de la palabra<sup>157</sup> con malformación de la escritura.

#### **7.1.3.6. Lesiones en la amígdala**

Como se vio en las páginas anteriores, la amígdala es un lugar crítico de aprendizaje ya que posee una posición céntrica entre estaciones de aferencias y eferencias, que le llevan a relacionarse con el tálamo. Esta disposición podría permitir que las respuestas emocionales comiencen en la amígdala antes de que seamos plenamente conscientes del evento que nos hace reaccionar o identifiquemos la sensación que estamos experimentando.

Los pacientes con lesión amigdalina no presentan respuestas electrotérmicas como reacción a premios y castigos, ni respuestas vegetativas condicionadas de miedo.

---

<sup>157</sup> la persona es capaz de ver las palabras y saber que lo son, pero no es capaz de interpretar su significado

Las lesiones en el núcleo central de la amígdala interfieren en el condicionamiento y manifestación de miedo, y dificultan el reconocimiento de la expresión facial de temor. Estos pacientes no muestran respuestas de conductancia anticipadoras de elecciones desventajosas. Se da una incapacidad para experimentar de forma suficiente los aspectos emocionales de las situaciones con carga afectiva (Martínez-Selva, Sánchez-Navarro, Bechara y Román, 2006).

### **7.1.3.7. Lesiones en Corteza Prefrontal y Cingulada Anterior**

En pacientes con daño en la corteza prefrontal se hace muy difícil anular la memoria emocional. Esto lleva a considerar que, aunque son las áreas prefrontales las que controlan dicho tipo de memoria y evitan que se produzcan respuestas emocionales cuando ya no son necesarias, hay que asumir la participación de la amígdala en este proceso. La amígdala tiene una participación esencial en la consolidación de la memoria y, con el hipocampo y el cuerpo estriado, procesa sus diferentes modalidades y actúa en las consecuentes respuestas emocionales.

La corteza cingulada anterior es una región paralímbica, estrechamente relacionada con el estriado, y asociada a la anticipación de las consecuencias de una elección. Esta región aparece más activa cuando se esperan consecuencias negativas, especialmente en el hemisferio derecho.

Las lesiones de la corteza cingulada anterior producen trastornos en el control conductual y en la capacidad de evaluar riesgos o esfuerzos implicados en la búsqueda de recompensas. Esta región, junto con la corteza orbital, aparece más activa durante la realización de tareas de toma de decisión en las que existe riesgo o incertidumbre. Según los datos, mientras que la corteza orbital frontal se relaciona con la recompensa, la corteza cingulada anterior intervendría en el control y selección de las conductas más adecuadas, la detección del error y los cálculos sobre la probabilidad de recompensa.

## 7.2. Deficiencias del reduccionismo: el cerebro, las imágenes y los qualia

En las páginas anteriores se ha visto como, gracias al desarrollo de las técnicas de neuroimagen y de los estudios sobre las lesiones cerebrales, las estructuras cerebrales y su funcionamiento bioquímico ocupan el papel protagonista a la hora de entender el concepto de mente humana. No obstante, esta visión resulta insuficiente para explicar la consciencia humana y demás funciones cognitivas y afectivas. Esta perspectiva neurológica, centrada exclusivamente en la concepción de que el hombre es su cerebro, que la mente es su cerebro y que la consciencia y el yo, surgen del cerebro, presenta una serie de incógnitas difíciles de resolver sólo con la ayuda de lo físico. Por tanto, hace falta incluir algún elemento nuevo en la definición de mente que, complementando este enfoque excesivamente fisicalista, pueda ofrecer explicaciones sobre la génesis y el funcionamiento de la mente, la consciencia y de todas las funciones cognitivas.

Se trata de integrar en esta relación, en la que el cerebro y el cuerpo están indisolublemente integrados mediante circuitos bioquímicos y neurales, además de la capacidad de representar internamente imágenes y de ordenarlas, la capacidad de sentirlas. Ahí está realmente el problema, en esta capacidad de sentir, como propias y ajenas, las representaciones del mundo y de sí mismo. Parece claro que la representación que hace el cerebro del mundo, mediante sus estructuras, es un hecho y se pueden encontrar multitud de evidencias que demuestran esta capacidad cerebral de la representación. Pero tener una mente como algo distintivo y emergente en el proceso de la vida es algo más, se debe entender como el reflejo de un organismo que, además de crear imágenes a través de representaciones neurales, las transforma en imágenes sentidas, mediante el reconocimiento de la importancia de las vivencias en el proceso de la construcción de la consciencia. Este es un problema, el de la vivencia, que se le presenta a la Neurología y que Damasio (2010) intenta describir y explicar:

un organismo forma representaciones neurales que pueden convertirse en imágenes, ser manipuladas en un proceso denominado pensamiento, y eventualmente influir en el comportamiento al ayudar a predecir el futuro, planificar en consecuencia y elegir la siguiente acción. En esto reside el meollo de la neurobiología tal como yo lo veo: el proceso mediante el cual las representaciones neurales, que consisten en modificaciones biológicas creadas

mediante el aprendizaje en un circuito neural, se convierten en imágenes en nuestra mente: el proceso que permite que cambios microestructurales invisibles en los circuitos neuronales (en los cuerpos celulares, en las dendritas y axones y en las sinapsis) se transformen en una representación neural, que a su vez se convierte en una imagen que cada uno de nosotros siente que le pertenece (pp. 92-93).

Se trata de una forma de entender la mente bajo la aceptación de cinco factores (el quinto es propuesto por el autor de la tesis): a) unas imágenes producidas por circuitos neuronales; b) unas imágenes sentidas; c) sensaciones que son sentidas por un sujeto como propias o pertenecientes a él mismo, y d) un proceso de manipulación de las sensaciones en base a garantizar la supervivencia. El quinto al que se hace referencia, e) se trata de un proceso de aprendizaje que transforma las representaciones neuronales en circuitos neuronales<sup>158</sup>.

Por consiguiente, se trata de una concepción de la mente que se sustenta sobre cuatro sub-teorías: 1) una sub-teoría sobre la sensación y los sistemas sensitivos; 2) una sub-teoría sobre los circuitos neuronales y las imágenes; 3) una sub-teoría sobre el sujeto psíquico; 4) una sub-teoría sobre el pensamiento, es decir, sobre la naturaleza y función de los procesos manipuladores de imágenes.

De todo ello deduce Damasio (2010) que la mente surge en el marco de un sistema complejo de sensaciones muy evolucionadas, pertenecientes a organismos con cerebros terminales en el proceso evolutivo. De ahí, que su teoría obligue a preguntarse por las raíces evolutivas del sistema sensitivo ya constituido en los organismos con mente. Es más obliga a preguntarse por la funcionalidad teleonómica de la sensación y de los sistemas sensitivos progresivamente complejizados. Una sensación, entendida

---

<sup>158</sup> Resulta interesante, la actualidad que toman las palabras atribuidas a Santiago Ramón y Cajal, sobre que todo hombre puede ser, si se lo propone, escultor de su propio cerebro, en referencia a la idea del incremento de la capacidad intelectual gracias a la experiencia. Una idea sobre el aprendizaje que implica cambios plásticos funcionales en las propiedades de las neuronas o en sus interconexiones. El aprendizaje, pues, podría ser el resultado de una modificación morfológica entre las interconexiones de las neuronas, similar a los fenómenos que ocurren durante la formación de sinapsis en la vida embrionaria. Palabras que Damasio niega al asumir que todo está dentro del cerebro, que “todas las señales que el sujeto ve y escucha en un momento dado, unidas a mi voz y a cómo me siento, etc., son llevadas a esta parte del cerebro donde serán mezcladas conjuntamente, de forma que generen un efecto” (Entrevista publicada en *Executive Excellence* n°85 oct.11)

como un factor emergente, que va evolutivamente asumiendo más protagonismo en la propia vida psíquica del sujeto.

Con todo, y para explicar estas sensaciones sentidas, como propias, necesita de un término que recoja dicha idea plenamente. La Neurología, aunque se haya centrado en la figura de Damasio, encuentra en el concepto de *qualia*<sup>159</sup> el término capaz de describir y explicar la consciencia a partir de la experiencia subjetiva.

Se trata de un término que permite ir más allá de lo representacional y considerar lo fenoménico de la consciencia y su explicación en términos intencionales. Además, y yendo más lejos, con los *qualia*, el enfoque neurológico empieza a considerar las emociones (la experiencia emocional)<sup>160</sup> como uno de los principales componentes de la dimensión subjetiva del ser humano que complementa lo puramente fisiológico<sup>161</sup>.

En definitiva, el término *qualia* se presenta como un concepto oscuro y poco definido con el que los neurólogos pretenden salir del atolladero al que le lleva la necesidad de abordar la experiencia subjetiva. Desde su visión fiscalista, no les queda más que centrarse en la idea de la sincronización de la actividad de numerosas neuronas, con la consecuente producción de ondas electromagnéticas. Una idea que defiende que la activación simultánea de amplias zonas neuronales crea un campo electromagnético, cuya frecuencia en torno a los 40 Hz, que puede ser considerado como la conciencia misma o la mente al dar lugar a las sensaciones de color (verde, rojo...), de dolor, de sonidos, etc. (McFadden, 2002). De esta manera, la identificación de los *qualia* con las ondas y campos electromagnéticos producidos en el cerebro, les permite superar el

---

<sup>159</sup> El término “*qualia*” proviene del plural neutro del término latino latín *quale*. En Filosofía, se utiliza para designar ciertas propiedades de determinados estados mentales, fruto de la percepción de las cualidades físicas y la experiencia subjetiva (fenoménica) mantenidos con ellos. Esto es, hace referencia a las propiedades *cualitativas* y *experienciales* de los estados mentales en virtud de las cuales hay algo que es como estar en tales estados, y en que un estado mental es fenoménicamente consciente cuando hay algo que es como estar en ese estado. Por tanto, se puede afirmar que los *qualia* vienen a reflejar toda la experiencia, vivida de manera personal e intransferible, por cada uno de los sujetos directamente *intuidos*.

<sup>160</sup> En referencia a todos los filósofos involucrados en la polémica sobre los *qualia*, Asier Arias Domínguez (2011) afirma que todos ellos admiten que las experiencias perceptivas, las sensaciones corporales, las reacciones afectivas, las emocionales y pasionales y los estados anímicos son clases de estados mentales que, efectivamente, poseerían *qualia*.

<sup>161</sup> No se debe olvidar que el propio Descartes consideró que “Una emoción es un episodio de percepción interna de un sentimiento, una sensación, relativa a un estado o acontecimiento producido en el cuerpo, que dispone a, o prepara para una reacción de éste” (Tratado, I,18).



escollo del dualismo y asumir que el mundo que percibimos (con sus colores, sonidos, sabores, sensaciones agradables o dolorosas, etc., o, por utilizar el vocabulario del último cuarto de siglo, los “qualia”), ese mundo de la representación, es un mundo de ondas cerebrales. Una concepción que se apoya en las teorías de Crick, Llinás y muchos neurólogos basadas en la sincronización de los disparos de grandes grupos de neuronas<sup>162</sup>. Tal sincronía produce ondas y campos electromagnéticos que pueden ser el origen de la experiencia sensorial. Los efectos de tales pulsaciones rítmicas ya no serían meros “correlatos neuronales” de la mente sino que constituirían nuestra experiencia mental, los “misteriosos” *qualia*.

De esta forma, la idea de qualia, con su noción de experiencia emocional, le permite considerar las emociones como experiencias subjetivas (sentimiento) y como las reacciones que llamamos vegetativas (sudoración, temblor, palidez) y motoras (gestos, posturas). Una referencia que lleva también a estos modelos neurológicos, a considerar las emociones como el elemento que dará sentido a las representaciones generadas por el cerebro.

No obstante, parecer evidente, que esta visión de la Neurología viene a reflejar la enorme complejidad que sigue revistiendo el concepto de emoción, que pone de manifiesto la controversia, que siempre ha estado presente, sobre la dificultad de hacer objetiva una información que pertenece a la subjetividad de cada persona.

Bajo estos presupuestos, las emociones y su expresión son también consideradas como manifestaciones que permiten entender la biorregulación de un organismo complejo. Una regulación que considera el papel que juegan las emociones en los procesos de aprendizaje, consolidación y recuperación, de tal suerte que la unión entre emoción y memoria representa la gran influencia que tienen las emociones sobre los procesos de razonamiento y de toma de decisiones, desde las más sencillas hasta las más complejas. Así lo ven diversos psicólogos y filósofos (Oatley, 1992; Thagard y Millgram, 1995; Thagard y Verbeurgt, 1998) que relacionan las emociones y la experiencia emocional, en su conjunto, con la elección de las alternativas de respuesta que permiten al organismo conseguir la adaptación biológica y social. Incluso, como

---

<sup>162</sup> Diversos estudios han sugerido que los mecanismos de unir o poner juntas todas las propiedades de un objeto son producidos por la actividad o disparo sincrónico de todas las neuronas que intervienen en el análisis de cada propiedad del objeto percibido (Llinás y Churchland, 1996).

señala Lieberman (2000), cabría la posibilidad de pensar que esa influencia de las emociones en las tomas de decisiones fuese más solapada, obedeciendo a ciertas formas de aprendizaje no consciente que ejercen su efecto a la hora de decidir “de forma intuitiva” la alternativa más ajustada a los objetivos que persigue el organismo. De esta manera, vienen a considerar que la emoción funcionaría como una especie de filtro que reduce apreciablemente la cantidad de información, optimizando aquellas alternativas de respuesta que, al menos aparentemente, mejor permiten al organismo adaptarse a las exigencias del medio ambiente. De hecho, según estos autores, actualmente se conoce el papel fundamental que juega la corteza prefrontal en la toma de decisiones. De la misma manera, aunque con ciertas reticencias, proponen que la amígdala es una estructura esencial en las emociones; por lo que la unión entre la corteza prefrontal ventromedial y la amígdala es el circuito neurobiológico que permite defender esta propuesta del papel que juega la emoción en la toma de decisiones. Ese circuito podría ser considerado como la estructura neuroanatómica implicada en la conexión entre emoción y cognición.

En suma, para este enfoque neuropsicológico, la emoción representa la más compleja expresión de los sistemas homeostáticos de regulación, vinculados extraordinariamente a la adaptación y la supervivencia de todos los organismos que disponen de tales procesos. Una idea que enfatizan los neurólogos al defender la dimensión motivacional de las emociones, llegando incluso a proponer que éstas deben ser consideradas a lo largo de las dimensiones de aproximación-evitación o apetitiva-aversiva.

De forma más explícita, Damasio (2010), propone que las emociones son “curiosas formas de adaptación que forman parte de la maquinaria con la que los organismos regulan su supervivencia (...) son mecanismos de regulación de la vida interpuestos entre el patrón básico de supervivencia y los mecanismos de la razón superior” (p. 20). A grandes rasgos, su teoría se basa en los siguientes aspectos:

1. Las emociones son definidas como patrones de respuestas químicas y neurales, cuya función es contribuir al mantenimiento de la vida en un organismo, proporcionando conductas adaptativas. Realmente, este importante papel de las emociones se fundamenta en el hecho de que las estructuras neuro-anatómicas que sirven de base a los procesos emocionales son las mismas que se encargan

de controlar y regular los estados corporales básicos mediante procesos concretos, tales como la homeostasis.

2. Las emociones están biológicamente determinadas, siendo por tanto, procesos estereotipados y automáticos. No obstante, la cultura y las experiencias e influencias que recibe un individuo a lo largo de su propio desarrollo, juegan también un papel importante. Dicha influencia se puede reflejar en el plano de los estímulos desencadenantes de una emoción, así como en el plano de la expresión emocional.
3. Las emociones se clasifican en emociones primarias, emociones secundarias o sociales, y emociones de fondo. Las emociones primarias o universales son: felicidad, tristeza, miedo, ira, sorpresa y aversión/asco. Son las mismas que hace algunos años propuso Ekman (1992), por lo que, en cierta medida, Damasio fundamenta en él el carácter universal de las expresiones faciales de la emoción. Las emociones secundarias o sociales, también denominadas por Damasio “otras conductas”, son: vergüenza, celos, culpa, y orgullo. Por último, las emociones de fondo son: bienestar, malestar, calma, tensión, energía, fatiga, anticipación, desconfianza. La peculiaridad de este último tipo de emociones consiste en la naturaleza de los inductores, que suelen ser internos, y en el foco de la respuesta, que, esencialmente, es el medio ambiente interno del organismo.
4. En cuanto a las estructuras neuroanatómicas implicadas en los procesos emocionales, considera que el tronco-encéfalo se encuentra implicado en prácticamente todas las emociones. No obstante, el hipotálamo y la corteza prefrontal ventromedial intervienen sólo en la emoción de tristeza. En la ira y el miedo participa sin embargo la amígdala. La Corteza Cingulada anterior también parece jugar un cierto papel en los procesos emocionales; concretamente estaría relacionada con la consciencia de la emoción (Vogt y Gabriel, 1993).
5. La ocurrencia de un proceso emocional seguiría una sucesión de eventos, que se inician, bien con la detección de un objeto o situación mediante la percepción a través de los receptores, bien con el recuerdo de ese objeto o situación. En ambos casos, el resultado es la activación de los núcleos del troncoencéfalo, el

hipotálamo y la amígdala. Luego, estas estructuras liberan hormonas de varios tipos en la corriente sanguínea, que se dirigen, por una parte, hacia diversas zonas del propio cuerpo, con lo que se modificará el perfil del medio ambiente interno, y, por otra parte, hacia distintas zonas cerebrales, tales como la Corteza Somatosensorial y la Corteza Cingulada, con lo que se modificará la señalización de los estados corporales en el cerebro (Vogt, Finch y Olson 1992). Al mismo tiempo, estas estructuras envían señales electroquímicas mediante neuro-transmisores, por una parte, hacia las glándulas adrenales, que liberarán hormonas con repercusión posterior en el cerebro, y, por otra parte, hacia otras regiones cerebrales, tales como la corteza, el tálamo, y los ganglios basales, con lo cual se modificará el estado cognitivo, dando lugar a la eventual manifestación de conductas emocionales, así como a una particular forma de procesar la información.

En la teoría de Damasio cobra especial relevancia la relación entre sentimiento y emoción, siendo necesario distinguir entre ambos términos. Concretamente, la emoción se refiere a una serie de respuestas que, desencadenadas desde zonas concretas del cerebro, repercuten en otras zonas del cerebro, así como en otras partes del resto del cuerpo. El resultado final de tales respuestas es un estado emocional, que podría ser definido como el conjunto de los diferentes cambios corporales que experimenta el individuo en cuestión. Por su parte, el sentimiento se refiere al resultado del estado emocional, que, en palabras de Damasio, hace referencia a un “complejo estado mental”. Este estado mental incluye, por una parte, la representación de los cambios que están ocurriendo en el propio cuerpo, y que son representados en las correspondientes estructuras del Sistema Nervioso Central y, por otra parte, diversas alteraciones en el procesamiento cognitivo, que son el resultado de las respuestas cerebro-cerebro.

Esto es, primero ocurre la emoción, cuyos resultados son de dos tipos: por una parte, hacia afuera, en forma de diversas conductas, fundamentalmente en forma de expresiones más o menos definidas, que sirven para comunicar a los demás nuestro estado interno; por otra parte, hacia adentro, en forma de experiencia subjetiva del estado emocional o sentimiento, que afecta a la dinámica del pensamiento en curso, y, consiguientemente, a las distintas actividades cognitivas y conductas varias del futuro

inmediato. Dicho con otras palabras: el sentimiento de la emoción es la experiencia mental y privada de la emoción, mientras que la emoción es un conjunto de manifestaciones, algunas de las cuales son perfectamente observables.

Tanto la emoción como el sentimiento son susceptibles de investigación, aunque la emoción resulta bastante más asequible que el sentimiento, ya que el estímulo puede ser fácilmente identificable, pudiendo apreciar también que muchas de las manifestaciones o respuestas son externas, con lo que es mucho más viable la medida de las mismas.

En un trabajo posterior el autor señala más específicamente el proceso seguido desde que un estímulo desencadena un proceso emocional hasta que un individuo toma consciencia del sentimiento producido por dicha emoción (Damasio, 2010). En este proceso, el primer paso tiene que ver con un estado de emoción, que puede ser desencadenado y ejecutado de forma no consciente; el segundo paso tiene que ver con un estado de sentimiento que puede ser representado no conscientemente; el tercer paso se refiere a un estado de sentimiento hecho consciente, que ocurre cuando un organismo conoce que está experimentando una emoción y un sentimiento. Este matiz, discutible o no, es importante en la teoría de Damasio ya que defiende que basta con el sustrato neural de la emoción para que ocurra un proceso emocional y el sentimiento asociado al mismo, entendiendo en este caso que el sentimiento hace referencia a una imagen mental (Damasio, 2010). El proceso sería del siguiente modo:

- (1) inducción de una emoción,
- (2) ocurrencia de cambios en el cuerpo y en el cerebro,
- (3) patrones neurales que representan los cambios en el organismo,
- (4) sensación o conversión del patrón neural en la forma de imágenes (sentimiento),
- (5) sentimiento del sentimiento, o conocimiento del sentimiento, que forma parte del proceso de consciencia.

A partir de la exposición de la relación entre emoción, cerebro y consciencia, parece que los acontecimientos tengan que producirse de un modo concreto (Palmero, 1997):

- a) cuando se produce un estímulo, externo o interno, la corteza sensorial mapea dicho objeto o situación, o lo hace el hipocampo si se trata del recuerdo de un objeto o situación, produciéndose al mismo tiempo la activación de las estructuras neuroanatómicas que se encuentran relacionadas con la emoción, fundamentalmente, el troncoencéfalo, el hipotálamo y la amígdala.
- b) En segundo lugar, la activación de estas estructuras produce tres efectos: ocasiona importantes reacciones autonómicas en el cuerpo. Desencadena el envío de mensajes neurales a otras zonas del cerebro. Junto con la corteza somatosensorial, produce el mapeo o representación de las reacciones somáticas que dichas estructuras han producido (junto con las áreas somatosensoriales que constituyen el *proto-self*).
- c) Finalmente, con la participación de la corteza cingulada anterior, el tálamo, y, quizá, también los colículos superiores, se produce el mapeo del objeto junto con el siempre cambiante mapa del organismo. Este fenómeno concreto constituye lo que Damasio (2010:22) denomina “centro de la consciencia”

Para la defensa de las relaciones entre las emociones, los sentimientos y la razón, y cómo las emociones mejoran todos los procesos cognitivos, propone la noción de “marcador somático”. Esta noción le permite explicar también la importancia de la interacción entre razón y emoción en los procesos de toma de decisiones. El concepto de “marcador somático” tiene como núcleo central la idea de que los procesos de toma de decisiones dependen de manera fundamental de los mecanismos neurales que regulan la homeostasis, las emociones y los sentimientos. De esta manera se plantea que la reacción emotiva pasa de ser una mera consecuencia, por ejemplo de alguna decisión negativa, a influir en la misma toma de decisiones, posibilitando la anticipación de las consecuencias y guiando el proceso de resolución final. En definitiva, un marcador somático no es más que un cambio corporal reflejo de un estado emocional, ya sea éste positivo o negativo, que influye y afecta a las decisiones tomadas en un momento determinado; eso sí, con la capacidad de anticipar las consecuencias de una decisión, pudiendo generar, por tanto, respuestas corporales de origen emocional que guían al proceso de toma de la decisión.

Un problema importante en la argumentación de Damasio tiene que ver con la ausencia de una explicación clara del modo mediante el cual un sujeto, en un estado de activación autonómica, con contracciones viscerales, incrementos en su frecuencia cardíaca, etc., es capaz de encontrar una explicación a su estado o situación, sin la información derivada de la naturaleza del estímulo. Es decir, sin saber si la información que se está procesando de ese estímulo es relevante para el bienestar del sujeto. Esta laguna en la argumentación de Damasio es más evidente cuando el autor se refiere a las emociones secundarias o sociales. Como subraya Mosca (2000), uno no entiende cómo es posible sentir orgullo, vergüenza o culpa sin tener en mente la representación valorativa, no sólo del objeto, sino también, y esto es lo importante, de las situaciones complejas que dan lugar a tales emociones. En esta dirección van también las ideas de Maurice, Stevens y Bryan (1999) cuando hacen referencia a cómo las experiencias emocionales que surgen de estas interacciones constituyen la base del desarrollo mental. Para Greenspan y Benderly (1998), además, las emociones organizan y coordinan muchas de las funciones cerebrales y juegan un rol preponderante en el desarrollo de la inteligencia al servir de puente entre el deseo, el afecto y el propósito y la acción o respuesta.

La inclusión, por tanto, de las experiencias emocionales en la definición de los *qualia*, lleva a considerar las diferentes vías del que utiliza el cerebro para el desarrollo de las conexiones entre neuronas y la formación de redes neuronales desde el nacimiento. Gardner (1998), sobre este tema, mantiene que aunque el potencial que trae el niño está en los genes, el cómo se desarrolle dependerá de los modelos grabados por la experiencia en los años iniciales y, especialmente, de la calidad de la interacción con los adultos, en la que la emoción juega un rol de enorme importancia. No se pueden olvidar los estudios de Ramón y Cajal (1894a) sobre los procesos del desarrollo de las neuronas y el papel que el ambiente juega en dicho proceso. Nadie duda de que las ramificaciones del Sistema Nervioso (por ejemplo la retina) llevan al cerebro una estimulación que activa un cierto sistema de neuronas (engrama, red, pauta o patrón neuronal) que en interacción producen lo que llamamos una sensación, que la teoría de la mente llama *qualia*.

### 7.3. De las redes neuronales a la formación de engramas

Se cierra el apartado anterior haciendo referencia a la teoría de Santiago Ramón y Cajal sobre el papel que la interacción cerebro-medio ejerce en el desarrollo neurológico. Una teoría que, supuso la mayor revolución en el campo de la Neurociencia de todos los tiempos y que a pesar de su antigüedad se mantiene viva. Esta teoría sigue siendo el marco conceptual utilizado para interpretar el funcionamiento del Sistema Nervioso y estamos tan acostumbrados a ella que nos es sumamente difícil imaginar otra alternativa. Él fue el primero en descubrir la estructura de la sinapsis y el primero en interpretarla correctamente. Según Cajal, las sinapsis ejercen un papel fundamental en la teoría neuronal y estableció una serie de leyes sobre el desarrollo neuronal, no lineal, a partir del desarrollo de cadenas neuronales separadas espacialmente. Bajo este esquema de organización neurológica, Cajal consideró que en las zonas del cerebro más utilizadas se produciría un aumento en la complejidad de las arborizaciones dendríticas y axonales que sería compensada por una disminución paralela en zonas menos utilizadas. Hoy sabemos que, efectivamente, esto es lo que ocurre, ya que los campos receptores de las neuronas se expanden o se retraen, dependiendo de su uso. Así lo deja claro en un artículo, publicado en la *Revista de Ciencias Médicas* en 1894: "...la corteza cerebral semeja un jardín poblado de innumerables árboles, las células piramidales, que gracias a un cultivo inteligente pueden multiplicar sus ramas, hundir más lejos sus raíces y producir flores y frutos cada día más exquisitos" (p. 23).

Con Gardner (1998) encontramos también descritas cómo influyen las primeras experiencias en el desarrollo cerebral. Expone la creencia de que el procesamiento de la información por parte del cerebro no se produce como un mero proceso de transformación químico-eléctrica, sino como un proceso capaz de activar una serie de neuronas encadenadas. La idea principal de este modelo se centra en la formación de un bucle neural una vez que se produce el disparo, en vez de su desvanecimiento. Esta idea de bucle neural implica también la formación de una estructura en forma de red que se activa siempre que el estímulo contacta con los receptores. Supone la existencia de una estrecha relación entre el bucle neural y la activación del sistema motor. Así, no sólo el



estímulo señal activará, mediante el disparo, la red neural sino que ésta desencadenará la conducta motora asociada a ella. Bajo estos supuestos, es posible considerar, que envía la información a través de los receptores a diversas estructuras, plagadas de bucles, que funcionan también como patrones diferenciales de activación. Se acepta que en el cerebro se organiza una pauta de funcionamiento en la que sólo determinados bucles de activación transmiten la información para desencadenar determinadas actuaciones motoras (fig. 22). A estos bucles, formados por neuronas especializadas en transmitir estímulos nerviosos gracias a la activación de eventos físicos se le conocen como *engramas neurales*.

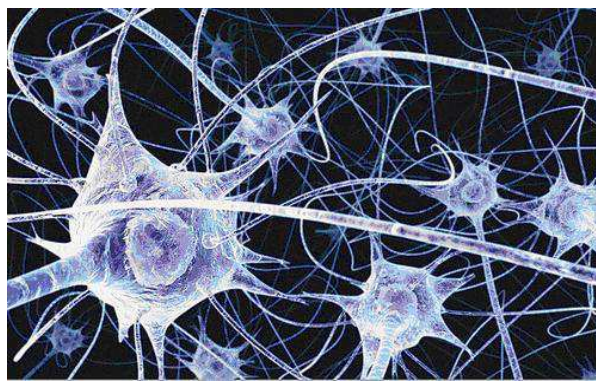


Figura 22.- Representación de una red neural. Tomado de <http://rtdibermatica.com/?p=552>

Un aspecto importante de los bucles neurales es su organización, ya que gracias a las experiencias que se suceden a lo largo de la vida, se van modificando y haciéndose más complejos según las exigencias del medio<sup>163</sup>. Por tanto, se puede defender la idea de que las redes neurales, cuyo origen está en los bucles de estimulación aferente, desarrollan impulsos nerviosos eferentes con el fin de conseguir una mayor adaptación al medio.

El cerebro, al ser el lugar donde van a parar todas las estimulaciones del sistema nervioso, es también el lugar donde se producen los patrones de estimulación específica, es decir, los engramas. De forma, que pueden considerarse los engramas como

---

<sup>163</sup> Esta referencia al medio se centra más a su consideración como un escenario lleno de energía con capacidad para estimular los sensores exteroceptores y, por ende, las redes neuronales. No es entendido desde una concepción más psicologista, como un lugar que aporta experiencia y causa cambios estructurales y comportamentales.

estructuras de activación simultánea de conjuntos o subconjuntos de neuronas pertenecientes a módulos cerebrales específicos que procesan las estimulaciones que provienen de las vías nerviosas que conectan con el medio interno y externo.

Una de las características de los engramas neuronales es su funcionamiento en tiempo real, que facilitará emitir las respuestas que el medio le exija en cada momento posibilitando así la formación de recuerdos, su almacenamiento en la memoria y su recuperación. Esta propiedad, unida a su origen evolutivo y su mecanismo de doble dirección, aferente-eferente, le va a permitir cubrir su objetivo de supervivencia del organismo y adaptación al medio (Monserrat, 2001).

Desde el ámbito de la Neurología, esta formación y su funcionamiento, mediante vías de interconexión y activación estructural de las redes de engramas, sólo es posible gracias a la codificación genética. Sólo así, el cerebro es capaz de conseguir una estructura semejante para cada uno de los individuos de la misma especie.

La exigencia de la codificación genética se ve complementada con la capacidad de moldeación, de plasticidad, del cerebro. Así, en la medida en que el cerebro se ve inmerso en un proceso de comunicación íntima con el medio, va construyendo sus propias redes neurales y las va adaptando, modificando, de acuerdo a las exigencias que se derivan de los cambios que el proceso evolutivo impone y las va ubicando en zonas determinadas (fig. 23).

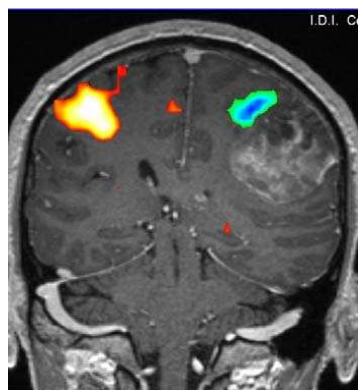


Figura 23.- R.M. áreas del cerebro que se activan cuando se mueven las manos.

La idea sobre que la integración de la imagen, de sus respectivos engramas neurales, se realiza a partir de la activación temporalmente sincronizada, lleva emparejada la noción de “sentisciencia”. Esto es, la idea de la emergencia de la sensación (sentisciencia), que surge tras comprender el sujeto la conexión de los engramas sensitivos con otros motores, configurando estructuras que permiten al sujeto “sentirse” a sí mismo, como una entidad diferenciada del medio.

Damasio (2010), considera que el organismo se sirve de las sensaciones como información para organizar las respuestas de afección-efección, ya que es un sistema teleológicamente dirigido hacia la supervivencia. Estas respuestas de afección-efección encuentran en las sensaciones una vía para facilitar la energía. Es así, a este nivel celular, donde la sensación se produce también como un factor emergente que muestra su utilidad al conectarse a un sistema de desencadenamiento de respuestas adaptativas (efección). La naturaleza evolutiva de este proceso nos revela cómo en los comienzos evolutivos no hay integración, no hay consciencia, no hay sujeto, sólo hay automatismos reguladores mecánicos cuya función se apoya en la ontología de una sentisciencia difusa conectada con ellos. Con el tiempo, la sentisciencia inicial conduce a las representaciones de los sistemas sensitivos a representaciones superiores más complejas con mecanismos de respuesta más complejos generados desde la coordinación germinal entre sensación y mecanicismo regulador. Y va a ser en la sensación misma (afección) cuando al conectarse a un sistema de desencadenamiento de respuestas adaptativas (efección) permita al sujeto sentir el medio interno-externo que le llevan a desencadenar acciones adaptativas en él. De esta manera, y dentro del marco de los procesos evolutivos, llegó un momento en el que emergió un sujeto psíquico en los organismos con mente.

Si entendemos las sensaciones como factores emergentes que adquieren su importancia en la producción de la imagen mental a partir de la integración de las diferentes sensaciones, también deberá entenderse como la base para comprender la formación de la consciencia. La idea de consciencia, por tanto, se va a entender a partir de cómo se producen las imágenes del objeto y cómo se engendra también la sensación de “ser” en el “conocer”; esto es, la consciencia del objeto y la consciencia del ser propietario de esa sensación. La consciencia es así, la unificación integrada de los

sistemas sensitivos: la unificación integrada de las diferentes modalidades sensitivas, internas y externas, así como la ordenación de ese “universo sensitivo” como perteneciente a un ser propietario-actor (afector-efector). Lejos queda entonces la concepción más generalizada que la concibe desde su grado más simple a su grado más complejo como una pauta mental unificada que agrupa al objeto. Damasio (2001) escribe sobre ello diciendo que:

desde la perspectiva de la neurología, resolver este problema consiste en descubrir cómo fabrica el cerebro pautas neurales en sus circuitos de células nerviosas y cómo se las compone para convertir esas pautas mentales explícitas en qualia. Resolver este problema abarca, necesariamente, abordar el asunto filosófico de los qualia. No se trata simplemente de explicar la sensación, sino las imágenes percibidas como qualia en un sujeto; es decir, se trata de explicar la consciencia como sensación-percepción integrada de imágenes (... Se trata del problema de cómo, al tiempo que se engendran las pautas mentales para los objetos, engendra el cerebro también una sensación de ser en el acto de conocer (Damasio, 2001:21).

En definitiva, los qualia<sup>164</sup> vienen a reflejar las características de las experiencias sensoriales, de las sensaciones conscientes, de forma cualitativa. El filósofo Daniel Dennett (2006), negando la influencias externas, propone para su conceptualización que los qualia deben ser inefables, intrínsecos, privados y directos o inmediatamente aprensibles en el sentido, buscando reflejar la importancia de la experiencia directa para su formación. Por tanto, los qualia no poseen características observables que puedan ser comunicadas, éstos sólo se podrán hacer a través de analogías. David Chalmers (1995, 2002), por su parte, defiende la idea de que la experiencia consciente no puede ser entendida de forma reduccionista en términos de entidades físicas, por lo que entiende que los procesos físicos en el cerebro son los que dan lugar a la vida subjetiva de una mente consciente, y propone que la experiencia se debe entender como entidad irreducible.

Respecto a las emociones, pocos neurólogos se han interesado en vincularse en la construcción de teorías de los procesos más elaborados del pensamiento, a lo sumo, se remiten a la forma en la que el cerebro regula las emociones bajo la influencia de

---

<sup>164</sup> En el capítulo anterior, se comentaba cómo uno de los problemas del Funcionalismo Psicológico, propuesto por Putnam y Fodor era el propio término de qualia

factores cognitivos y sociales, aunque éstos siempre con un papel secundario. Por otro lado, la literatura, en el campo de la consciencia, nunca ha tomado como decisivo el papel de la emoción y del afecto en la conformación de los cimientos de la consciencia. En el trato clásico de los estudios en los dos campos (emoción y consciencia), la emoción es vista solamente como un qualia más, y el aporte de los procesos afectivos a los modelos acerca de la consciencia es bastante pobre.

Con todo ello, en los últimos años, los fenómenos afectivos han sido resaltados como una parte fundamental de las explicaciones acerca de la consciencia y sus características subjetivas. Esto es puesto de manifiesto por Zajonc y colaboradores (1993):

El estudio de las emociones hace énfasis en la principal pregunta psicofísica: ¿Cuál es la relación entre cambios físicos y experiencias subjetivas?...la Psicología se ha movido más allá de la especulación en formular y explorar el problema mente-cuerpo, y es adecuado decir que el campo de la emoción mantiene la mejor promesa para su solución...ya que el estudio de la emoción comienza a enfocarse sobre los correlatos más claramente observables, como expresión de la emoción en el estudio de la experiencia subjetiva (Zajonc, 1993: p. 210).

En conclusión, toda experiencia necesita de una emoción para ser verdadera consciencia; sin ella no será consciencia de nada. A lo sumo puede ser un darse cuenta de algo sin saberlo, sin sentirlo (León, 2006). Sin ellas viviríamos en un presente inmediato, no tendríamos la posibilidad de planificar, ni tampoco de pensar nuestras alternativas, nuestras posibilidades. No tendríamos una vida que contar y solamente nos guiaríamos por las emociones básicas como el dolor, el placer o el miedo. Unas emociones, como parte de los qualia, y por su naturaleza intrínseca, son construidas por nuestra percepción en función de una determinada segmentación de los datos que llegan al cerebro y en función de nuestra intención. Refuerzan así la idea de que los fenómenos mentales son producidos por procesos neuronales específicos que surgen o tienen su comienzo en un momento concreto de la evolución de los animales con sistema nervioso.

No se puede concluir este apartado sobre la visión de la neurológica de las emociones, sin resaltar el papel tan importante que desempeñan estas en la consciencia,

y consecuentemente en la razón. A pesar de considerar lo externo como una excusa para que las estructuras cerebrales se formen y realicen las funciones que evolutivamente han ido adquiriendo, comparten la idea de esta tesis en la que las emociones se localizan como la base sobre la que se construye toda la estructura cognitiva, la que da significado a la existencia y explica la intencionalidad.

### **7.3.1. La hipótesis del disparo sincrónico**

La noción del disparo sincronizado, propuesta inicialmente por Donald Hebb (1949), en su formulación sobre la “conjunción celular” (*cell assembly*), puso de manifiesto que un disparo simultáneo de diferentes neuronas conectadas entre sí facilita las conexiones posteriores entre ellas, dando lugar a la formación de unidades estructurales y funcionales. La activación de un número suficiente de neuronas de una de estas unidades o conjunciones, producirá la activación de toda la conjunción. El profesor Francisco Mora (2009) ejemplifica este fenómeno del disparo sincrónico como una sinfonía de actividad en la que todas las neuronas de un área concreta tocan juntas y al mismo tiempo que las neuronas de otras áreas. Las neuronas responsables de la percepción del color y el movimiento, aportan durante fracciones de segundos sus peculiaridades tonales y también, posiblemente su “tempo” concreto de actuación; es decir, los tiempos concretos en los que participan, como hacen los diferentes instrumentos de una orquesta durante la ejecución de una pieza sinfónica. Lo interesante de todo esto es que para justificar la diferencia de tiempo que se requiere para procesar la información que define cada rasgo (color, orientación, movimiento, forma) el cerebro no pone necesariamente juntas todas las características del objeto visto en tiempo real, sino que une los resultados de las operaciones que tienen lugar en sus diferentes sistemas de procedimientos tomándose el tiempo que el procesamiento necesita. En la

ventana de los milisegundos, el cerebro desune su actividad en relación con el tiempo real<sup>165</sup>.

El propio Premio Nobel Francis Crick (1994), apoyándose en el proceso de la percepción visual, defiende que cualquier objeto concreto dentro del campo visual será representado a partir del disparo de un conjunto de neuronas.

Esta hipótesis sobre la existencia de grandes conjuntos de grupos neuronales que en cientos de milisegundos se encuentran integrados y forman un proceso neural unificado de alta complejidad sirve, también, para explicar la experiencia consciente. Ésta, según la mencionada hipótesis, no se produce en un lugar particular del cerebro, sino que se configura como un proceso coherente, resultado de interacciones entre grupos neuronales distribuidos por diferentes áreas. Por tanto, la experiencia consciente se puede entender como el resultado de la integración de la actividad de poblaciones distribuidas de neuronas, de forma que se produzca un acoplamiento de las respuestas neurales de áreas corticales distribuidas hasta alcanzar una sincronización que las dote de una coherencia global. Una opinión unánimemente aceptada es la intervención del sistema tálamo-cortical en este proceso.

Aún más, la naturaleza parece haber dispuesto en el ser humano diversos mecanismos para llevar a cabo este proceso, como son la atención y la memoria funcional, con capacidad para atender a ciertos rasgos específicos de la información y conservarlos en una memoria funcional para su posterior recuperación. Los estudios empíricos realizados ponen manifiesto cómo las cortezas prefrontales y algunas estructuras del Sistema Límbico (la cíngulada anterior) son esenciales para facilitar los procesos de atención y memoria funcional globales.

De esta manera, las memorias funcionales son consideradas como reconstrucciones o intentos de replicación de los conjuntos neurales ya formados, en los que el concepto de disparo sincrónico de dichos conjuntos neurales adquiere un papel importante al permitir la activación de tales procesos mediante su representación topográfica. Lo pasado, lo presente y lo futuro se pueden entender como momentos de

---

<sup>165</sup> Aquí, a partir de la idea de disparo sincronizado y del mecanismo de unión de los resultados sensitivos, pueden entenderse los descubrimientos de Libet (2004) y no como efecto de una mente biológica e inconsciente (Mora, 2009).

un mismo proceso donde las imágenes son representaciones neurales organizadas topográficamente en las cortezas sensoriales, destacándose:

- 1) el conocimiento objetivo que llega a la mente a través de imágenes preceptuales
- 2) La existencia de imágenes rememoradas que evocan recuerdos del pasado
- 3) La consideración de estas imágenes rememoradas como construcciones del propio cerebro a través de una compleja maquinaria neural compuesta de percepción, memoria y razonamiento.

Damasio (2010) refuerza este planteamiento admitiendo la existencia en los seres vivos de un conocimiento innato en forma de representaciones disposicionales<sup>166</sup> que se encuentran en el hipotálamo, en el tallo cerebral y el Sistema Límbico, en forma de órdenes sobre regulación biológica necesarias para la supervivencia. Cuando las representaciones disposicionales se localizan en las cortezas de orden superior y en muchos núcleos de materia gris bajo el nivel de la corteza se habla de conocimiento adquirido. Estas representaciones disposicionales contienen registros para el que el conocimiento pueda ser plasmado en imágenes que podamos rememorar, que contienen información sobre el movimiento, la razón, la planificación, la creatividad, incluso normas y estrategias con lo que operamos sobre dichas imágenes.

Las representaciones disposicionales se relacionan con la noción de disparo sincrónico desde el momento en que pueden ser consideradas como potencialidades latentes que se activan cuando las neuronas disparan con una determinada pauta a cierto ritmo, durante una determinada cantidad de tiempo y hacia un objetivo particular que resulta ser otro conjunto de neuronas. De esta forma, la aparición de una imagen que se rememora será el resultado de la reconstrucción de una pauta transitoria (metafóricamente un mapa) en las cortezas sensoriales iniciales, mientras que el disparo para la reconstrucción será la activación de representaciones disposicionales en otras partes del cerebro, como la corteza de asociación.

Esta línea es la que sigue Damasio (2010) asumiendo que cada una de las modalidades sensoriales favorece la existencia de representaciones específicas en zonas concretas del

---

<sup>166</sup> Las representaciones disposiciones son el sustrato neuronal del conocimiento básico, tanto innato como adquirido por la experiencia, de un organismo dotado de sistema nervioso. Fruto de la evolución y de la adaptación de los organismos a nuevas situaciones, se ha ido adquiriendo un conocimiento, almacenado en el cerebro, y que, en forma de mapas neurales permiten al cerebro disponer, no solo de información del exterior y del propio organismo, sino también de los estados del propio cerebro.



cerebro, que lleva a experimentar, al mismo tiempo, el sonido, el movimiento, la forma y el color en perfecto registro temporal y espacial. La evidencia clínica le lleva a creer que esta capacidad es la consecuencia de un proceso integrador de la acción concertada de sistemas a gran escala a partir de conjuntos sincronizados de actividad neural en regiones separadas del cerebro<sup>167</sup>. Esto es, propone una solución similar a la del Binding Problem<sup>168</sup>, ya que la representación unitaria de un objeto, con toda su variedad de rasgos, se consigue haciendo que las neuronas que representan estos rasgos oscilen en una misma fase. Para que esto sea posible, se impone la existencia de un patrón de disparo que lleve a agrupar los diferentes conjuntos neuronales. Estos patrones de disparo además deben ser sean autocatalíticos, es decir, que tiendan a recrearse a sí mismos por breves lapsos para que puedan estabilizarse a lo largo del tiempo. El reclutamiento de neuronas adicionales tenderá a estabilizar aún más este proceso temporal. Obviamente, hay que destacar que la mayoría de estas posiciones se sustentan sobre hipótesis aún no verificadas experimentalmente.

## **Capítulo 8. La Psicología Cognitiva y las emociones.**

El interés por los procesos cognitivos aparece con el declive del Conductismo y da lugar al desarrollo de un nuevo paradigma conocido como “Paradigma Cognitivo”. Las primeras investigaciones en este terreno se remontan a las primeras décadas del siglo XX y centran su interés en el estudio de los mecanismos implicados en el procesamiento de información (la percepción, la atención, la memoria, etc.) y en el desarrollo del ser humano.

---

<sup>167</sup> Estas regiones cerebrales, no se identifican como las zonas especializadas que proponen los frenólogos, sino que son más bien constelaciones neuronales o conjuntos neuronales formadas a partir de las sensaciones.

<sup>168</sup> El Binding Problem propone un mecanismo temporal más que espacial, por medio del cual una consciencia unitaria se genera por medio de la sincronización de descargas neuronales en áreas dispares del cerebro.

Las propuestas de psicólogos estadounidenses, como Hull y Tolman, y las de los alemanes de la Gestalt o la del suizo Jean Piaget y el psicólogo ruso Lev Vigotsky, entre otros, fueron decisivas para el desarrollo del nuevo paradigma. Con ellos se empieza a cambiar hasta la definición de la Psicología, que abandona el viejo término de “ciencia de la conducta” por el de “ciencia de la vida mental” (Carpintero, 1996).

Hull (1884-1952)<sup>169</sup>, interesado en formular una teoría de la conducta de acuerdo con la estructura lógico-formal de un sistema proposicional hipotético–deductivo, establece en sus *Principios de la conducta* (1943), que la conducta se inicia con la estimulación que proviene del medio y termina con la producción de una respuesta manifiesta. Propone un enfoque centrado en la reducción del impulso, como un modelo homeostático de la conducta. Por su parte, Tolman (1886-1959)<sup>170</sup>, presenta una propuesta conductista, de corte watsoniano, en la que incorpora aspectos propositivos y cognoscitivos de la conducta. Unos propósitos y cogniciones que presenta como rasgos inmanentes de la conducta, rasgos que ésta expresa en su ejercicio y que se imponen en una descripción y explicación adecuadas y objetivas de la misma. De esta forma, propone, en su obra *La conducta propositiva en los animales y el hombre* (1932), un Conductismo mediante la inclusión de una concepción sistemática de la conducta dependiente de una serie de factores o variables independientes en los que se incluye la herencia, la maduración, el adiestramiento, el estado fisiológico del organismo y los estímulos ambientales que inciden en él. No obstante, además de este tipo de variables, manifiesta que necesita de variables intervinientes como mediación para entender la conducta.

---

<sup>169</sup> Clark Leonard Hull (1884-1952) psicólogo estadounidense, profesor de Psicología en la Universidad de Yale, fue una de las figuras más destacadas de la Psicología Conductista. Conocido por sus trabajos sobre el aprendizaje y la motivación aplicó el método hipotético-deductivo al estudio de los fenómenos de aprendizaje, distinguiendo entre impulsos y hábitos, y señalando que estos últimos se adquieren cuando media el refuerzo de la satisfacción o el placer. Con su Teoría Conductual Sistemática pretendió dar una explicación científica de la conducta, entendida como resultado de las complejas interacciones entre el individuo y el medio. Se convierte así en uno de los más destacados representantes del Neoconductismo estadounidense. Escribió numerosos trabajos sobre estos temas, entre los que destacan *Principios de la conducta* (1943) y *Un sistema de conducta* (1952).

<sup>170</sup> Edward Chace Tolman (1886-1959) fue un psicólogo estadounidense notable por sus estudios sobre la cognición en el contexto de la Psicología del Comportamiento.

Ambos autores, ofrecen una concepción de la conducta molar, no molecular, acercándose en tal sentido a la Gestalt<sup>171</sup>, en la que el aprendizaje no tiene lugar por reforzamiento, como propone el Conductismo más radical, sino por significación<sup>172</sup>. Cuando un estímulo (signo) va seguido de un segundo estímulo (significado), el sujeto adquirirá una asociación entre estos estímulos. Aquí se encuentra una de sus importantes aplicaciones al incluir el aspecto motivacional, como punto de arranque a lo que supone cognición-motivación. Las expectativas, para Tolman, son consideradas variables motivacionales donde el sujeto relaciona sus creencias-valores, necesidades, su propia imagen, constituyendo un espacio o campo conductual inmediato.

Este declive del Conductismo, propicia el nacimiento de esta nueva Psicología Cognitiva centrada en las capacidades implicadas en el pensar y el sentir. La primera, el pensar, hace referencia, a su vez, a la capacidad de procesar información, a los procesos que ello exige (memoria, atención, reflexión, etc.) y la formación de los conceptos. La segunda, el sentir hace referencia a las vivencias que se tienen de los procesos perceptivos en los que se ven implicados tanto los sentidos externos como los órganos internos. De ahí que en la Psicología Cognitiva se considere el signo como el contenido esencial en la consciencia, en el pensamiento y en la vida emocional. Esta posición permite asumir el supuesto de que el lenguaje humano es un producto de las relaciones históricas y condiciones sociales concretas y el instrumento para llevar a cabo todo este proceso

Por todo ello, la Psicología Cognitiva se comprende como una disciplina centrada en el estudio de la mente entendida como el conjunto de los procesos de captación de información, procesamiento, representación, lenguaje y emociones que llevan al sujeto a conceptualizarse como tal, a conceptualizar el mundo y a operar dentro de él.

Como se ve, el interés por los procesos cognitivos lleva al declive del Conductismo a la vez que permite el desarrollo de un nuevo paradigma científico

---

<sup>171</sup> Una Gestalt es un conjunto significativo, no necesariamente por él mismo, sino más bien para sí mismo. Ginger y Ginger (1993). *La Gestalt: una terapia de contacto*. México: El manual moderno.

<sup>172</sup> La teoría de la Gestalt, afirma que el hombre tiene la inquietud permanente de encontrar equilibrio a su entorno y, en esa búsqueda de coherencia y de dominio, da sentido a lo que tiene, o más bien, a lo mucho que podría tener

conocido como Paradigma Cognitivo. Las primeras investigaciones de este Paradigma, que se remontan a las primeras décadas del siglo XX, centran su interés en el estudio de los mecanismos implicados en el procesamiento de información como la percepción, la atención, la memoria, etc. y en el desarrollo del ser humano.

## 8.1. El Paradigma Cognitivo

De alguna manera, puede considerarse que la Psicología Cognitiva no sólo surge como una reacción ante la infecundidad del Conductismo y de los paradigmas y escuelas psicológicas de mediados del siglo XX, como el Psicoanálisis o la Gestalt. Es posible considerar también que los avances de la Neurofisiología abrían un camino nuevo desde el que abordar la Psicología<sup>173</sup>.

La necesidad de abordar y dar respuesta a diversos problemas planteados por la Psicología fue la que llevó a pensadores y científicos a desarrollar investigaciones en las que se vuelve a tener en cuenta a la mente. Entre ellos caben destacar los trabajos de, los ya mencionados, Hull (1943) y Tolman (1932, 1977), y los de Posner y Shulman (1979)<sup>174</sup> y Miller, Galanter y Pribram, con su obra conjunta *Plans and the structure of behavior* (1960)<sup>175</sup>, herederos de la Teoría de la Comunicación de Shannon (1948) y de

---

<sup>173</sup> De hecho, aunque se atribuye la primera aparición del término Cognitismo a Ulric Neisser con la publicación en 1967 de su libro *Cognitive Psychology*, ya había sido tratado en 1958 por Donald Broadbent en su libro *Perception and Communication*, en 1958, que se centra en los mecanismos de procesamiento de información. La principal característica del trabajo de Broadbent fue la combinación de la Psicología básica y aplicada que llevó a cabo como director de la Applied Psychology Research Unit (APU), perteneciente al Consejo de Investigación Médica de Cambridge.

<sup>174</sup> Estos autores, defendieron que fue Harvard el lugar donde realmente nacieron las ciencias cognitivas. Consideraron que la Psicología Cognitiva debía dar una perspectiva general de todos los procesos psíquicos desde su punto de vista cognitivo.

<sup>175</sup> Estos autores sorprenden con la utilización de la expresión de *Conductismo Subjetivo*. Una expresión que, aunque aparentemente parezca un oxímoro, indica la posibilidad de compaginar algunas tesis del Conductismo, en particular el afán por la observación conductual (lo que llamaríamos “conductismo metodológico”) con una reivindicación de los estados mentales (en su caso con lo que denominaron “planes”). Para muchos autores, esta obra supuso el principio del fin del conductismo como paradigma dominante y el inicio de la Psicología Cognitiva. Precisamente, en el epílogo de dicha obra, los autores reivindican el uso del ordenador para la creación de modelos verdaderos de los procesos mentales, tesis básica de la Psicología Cognitiva.

la del procesamiento de la información de Miller (1956)<sup>176</sup>, de las ideas de los matemáticos Von Neumann y Norbert Wiener y la de los psicolingüistas Rieber y Vetter, (1979) y Chomsky (1957).

Se trata de un Paradigma que adquiere su desarrollo en el campo de la Psicología a partir de los trabajos de autores como George Kelly (1955), Ulrich Neisser (1967), David Rumelhart (1975) y J. A. Fodor (1983), entre otros.

A pesar de su fuerte inicio como Paradigma Psicológico, el Cognitivismo también recibió fuertes críticas sobre sus limitaciones para estudiar situaciones de la vida real, incluida la educación. Estas críticas son respondidas a través de investigaciones realizadas en el ámbito de la tecnología del ordenador, que vuelven a dar fuerza a la Psicología Cognitiva resurgiendo renovada como Inteligencia Artificial. En estos años, autores como Turing (1950), con su máquina autómeta de estados finitos, Shannon (1950) con la simulación de operaciones lógicas a través de circuitos electrónicos, Wiener (1948) con su estudio de los servomecanismos, y la creación de la cibernética, hicieron posible que se abordase el pensamiento a partir de la idea de computación (cálculo). Estos logros tecnológicos llevaron a la Psicología Cognitiva, centrada en el procesamiento de la información, a explicar la intencionalidad y la cognición sin tener que recurrir a la idea de “homunculus” u hombre interior, tan rechazado por los conductistas. Sin embargo hay que recordar que en la actualidad los modelos computacionales que simulan la actividad neuronal no lo hacen como cálculo lógico en un sistema de procesamiento secuencial, sino como un sistema con distribución paralela y cálculo estadístico (modelos conexionistas).

Se puede resumir todo lo anterior, sobre el proceso del nacimiento del nuevo paradigma cognitivo, que la Psicología Cognitiva se desarrolla bajo tres enfoques: el de la teoría de la información, el del flujo de la información y el del procesamiento de la

---

<sup>176</sup> En su artículo *El mágico número siete más o menos dos*, plantea los límites de nuestra capacidad para procesar información y, basándose en las ideas de la Teoría de la Comunicación de Shannon (1948), sostuvo que los seres humanos tenemos una capacidad, como canal de información, limitada a siete (más o menos dos) ítems simultáneos. También aquel año Chomsky daba a conocer sus ideas sobre la nueva lingüística, basada en reglas formales y sintácticas, tan próximas a las formalizaciones matemáticas, que desembocaría al año siguiente en la publicación de *Estructuras sintácticas* (Chomsky, 1957).

información. Neisser (1967)<sup>177</sup> en su libro *Cognitive Psychology*, agrupa las tres líneas y propone, en el ámbito de la Psicología que el objetivo de estudio sea la comprensión de la cognición humana como una tarea análoga a la de averiguar en qué lenguaje ha sido programado un ordenador, los procesos de selección de la información, de almacenaje, de recuperación, de combinación y de cómo se organiza la salida de la información. Para ello, al enfoque cognitivista no le queda más solución que introducir en el estudio de la conducta humana variables no observables denominadas “intervenientes”. De los trabajos de Hull (1943) y Tolman (1932, 1977), como ya se vio, se desprende también la idea de que el objeto de esta nueva Psicología no es la conducta en sí misma (al modo Conductista, definido por el estímulo y la respuesta, E-R), sino la interpretación de la misma a partir de una serie de operaciones propias de la mente humana. El organismo (O)<sup>178</sup> pasa a formar parte del nuevo modelo explicativo de la conducta: E-O-R. El ser humano se entiende como un sujeto que “busca, elige, interpreta, elabora, transforma, almacena y reproduce la información proveniente del medio ambiente o del interior, a la luz de un propósito, de acuerdo con él, planifica, programa, ejecuta y corrige la acción en el proceso (retroacción o feedback) o al término de la misma” (García Vega et als., 1992:152).

---

<sup>177</sup> Ulrich Neisser (1928-2012), considerado el "padre de la psicología cognitiva" y un defensor de los enfoques ecológicos a la investigación cognitiva fue un psicólogo formado en la Universidad de Harvard. En 1967, publicó un libro *Psicología Cognitiva* como un ataque contra los paradigmas psicológicos conductistas, en el que se centró en la investigación relativa a la percepción, reconocimiento de patrones, la atención, resolución de problemas, y recordar. Este libro de Psicología Cognitiva no sólo puede ser visto como el libro que dio origen al cognitivismo, sino que también puede ser visto como el resultado de la curiosidad intelectual, revolucionaria, centrada en la búsqueda de una forma nueva y correcta de entender la naturaleza humana.

<sup>178</sup> Para el Cognitvismo, existe una fuerte analogía entre mente humana y el ordenador. La mente es considerada como un canal de información, como algo unas veces pasivo (Shannon) y otras activa gracias a su capacidad de procesar información (Turing). Von Neumann, al estudiar la mente a través de la conducta observable (lenguaje, razonamiento, memoria...), establece la existencia de estructuras mentales inobservables que son las que debe describir y explicar el psicólogo cognitivo

## 8.2. El Constructivismo y la influencia de la interacción social.

Una de las críticas más fuertes que recibe el cognitivismo se debe a su incapacidad para dar respuesta explicativa a problemas cotidianos, además de no considerar la influencia de lo ambiental y de los procesos interactivos en la construcción de la mente. Sus teorías sobre los diferentes procesos mentales, no ha aportado la suficiente evidencia empírica para poder asumir plenamente sus planteamientos sobre la cognición, favoreciendo la concepción de una mente fragmentada y no como un todo. De poco sirve ya la metáfora de la identificación del ordenador y su defensa sobre la existencia de procesos y operaciones internas, que sin poder ser observadas, permiten deducir teorías sobre la formación del conocimiento. Todo ello, le da al cognitivismo una apariencia mentalista que, al igual que sucede con las neurociencias cognitivas, no queda clara la relación entre la naturaleza de la acción de una red neuronal y la naturaleza de una operación mental. Lo que nos lleva a cuestionar también la propia idea de la representación mental.

Se trata de un escollo que sólo, a nuestro juicio, puede resolverse en la medida en que se de valor, en todo este proceso, al papel del contexto físico-social en el que el sujeto está inmerso. Esto es lo que llevó a investigadores como Kelly (1955), Bruner (1960)<sup>179</sup> y Vigotsky (1934) entre los más conocidos,<sup>180</sup> a plantear una visión cognitiva de corte interaccionista, constructivista.<sup>181</sup> Una visión que, como dice Delval (1997)

---

<sup>179</sup> Jerome Seymour Bruner (1915-2016), psicólogo estadounidense famoso por sus contribuciones a la psicología cognitiva, sobre todo por sus estudios sobre los mecanismos del aprendizaje. Unos mecanismos que no sólo muestran cómo se produce y se desarrolla el aprendizaje, sino también el funcionamiento de la memoria y el papel que tiene la figura del profesor en estos procesos. Centra su obra en el desarrollo de las capacidades mentales bajo la idea de que la instrucción debe ser preescriptiva, ya que se debe fundamentar en la propuesta de reglas para adquirir conocimientos, habilidades, al mismo tiempo que técnicas para medir y evaluar resultados. Una teoría que la sustenta sobre cuatro características: 1. la disposición para aprender, 2. la estructura que deben tener los conocimientos para su aprendizaje, 3. la secuencia que debe seguirse en su desarrollo y 4. el reforzamiento mediante recompensas extrínsecas o intrínsecas que debe recibir los alumnos.

<sup>180</sup> Además de los mencionados, puede considerarse asimismo como padres del constructivismo a George Herbert Mead, Humberto Maturana, Ernst von Glasersfeld, Francisco Varela, Heinz von Foerster, Niklas Luhmann, Paul Watzlawick, Gregory Bateson, Kurt Lewin.

<sup>181</sup> Debe considerarse el enfoque constructivista como una evolución de paradigma cognitivo en el que se identifica al sujeto en un marco en el que él es el protagonista del proceso de conocimiento. Un proceso que se realiza a través de la interacción mediante sus sentidos con el medio. El conocimiento, por tanto, se adquiere mediante el establecimiento de marcos conceptuales que orientan dicho proceso de asimilación.

sitúa en el interior del sujeto el conocimiento de la realidad a través de los mecanismos cognitivos de que dispone, permitiéndole transformar esa misma realidad mediante la actuación sobre ella. Sólo experimentando con situaciones y objetos y, al mismo tiempo, transformándolos, los mecanismos cognitivos permiten acceder al conocimiento.

De esta forma, se empieza a considerar la mente como una construcción personal que el sujeto hace en un contexto determinado, mediante la integración de los elementos que forman ese contexto (incluidos los propios del sujeto). La inclusión de lo exterior y de la noción de interacción, permite también considerar la idea de la valoración subjetiva sobre lo percibido en la construcción del conocimiento. De forma, que se puede asumir la existencia de un proceso de jerarquización de los elementos contextuales a partir de la importancia que cada sujeto les otorgue en función de la situación. Un valor que va a condicionar la forma de llevar a cabo la construcción de la mente y que, a la larga, favorecerá el desarrollo de las emociones y su forma de expresión.

Dentro de esta línea, y siguiendo con el análisis de las emociones, se encuentra Henry Wallon<sup>182</sup> (1879-1962), que interpreta el comportamiento desde la conjunción simultánea de factores íntimos y factores externos en términos de eficiencia. Mantiene que:

en la ontógenes, es la emoción lo primera que suelda al organismo con el medio social, pues el tejido de las emociones está hecho del entramado de sus bases neurofisiológicas y de la reciprocidad que asegura los intercambios con el medio. En la emoción y el lenguaje están las claves que dan al hombre sus señas de identidad; emoción y lenguaje tienen raíces biológicas, pero se constituyen y estructuran merced al intercambio social (...) Es por tanto, gracias a la emoción

---

Estos marcos son construidos por el sujeto cognoscente mediante la interacción con los objetivos físicos y sociales.

<sup>182</sup> Henri Wallon (1879-1962) fue un psicólogo francés, director del Instituto de Investigaciones Psicobiológicas del Niño, de París, que centró su ámbito de investigación en el estudio del desarrollo psicológico y emocional del niño y la educación. Influida por la filosofía marxista, aborda el estudio de los hechos psicológicos a partir de la relación dialéctica de los fenómenos biológicos, históricos y sociales en los que se ve implicado el sujeto. Entre sus obras principales encontramos *Fundamentos dialécticos de la Psicología* (1965) y *Psicología y educación del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo y la Educación Infantil* (1987).



y a través de ella como el niño se convierte de ser biológico en ser social (Wallon, 1987:60).

Con estas palabras, pretende el autor defender que las reacciones emocionales que se producen en el niño, ante la presencia y la conducta de los otros, van a constituir el origen de sus primeras representaciones. Éstas serán, a su vez, los mediadores que permiten la integración de los factores biológicos y sociales, al mismo tiempo que explica los vínculos entre ellos. Otro concepto que utiliza para explicar el Yo psíquico es el de *socius* o *alter* como una representación construida a través de la simbiosis afectiva que se establece con el *Otro*, que implica a su vez su diferenciación.

Este proceso de construcción cognitiva es posible gracias a la regularidad de los sucesos que permiten formar expectativas sobre su ocurrencia, reforzados por las propias necesidades. La comprensión de esta regularidad posibilita también la construcción de un escenario en el que el bebé utiliza las emociones con una función comunicativa. Para él, la expresión emocional provoca una simbiosis afectiva entre él y las personas que le cuidan y su entorno, ya que éstas, las emociones, sólo cobran sentido y significación en el medio social al participar en situaciones que se encuentran bajo la estricta dependencia de quienes le cuidan (Wallon,1987).

Por tanto, es en el medio social, y a lo largo de toda la vida, cuando se configuran los diferentes modos de expresarse y de comunicarse de cada sujeto dentro de su propio entorno. La emoción no es en sí misma nada, no tiene existencia “per se”. Sólo puede existir en su expresión, a través de las variaciones de tono y la significación que otros le otorgan. Con el paso del tiempo, estas emociones se irán integrando, en las distintas etapas de la vida formando sistemas cada vez más complejos. Es decir, las emociones no deben entenderse de manera estática, sino dinámicamente a través del desarrollo personal y social, y gracias a las dificultades que atraviesa el sujeto y el modo de resolverlas. De esta forma, admite Wallon la existencia de relaciones recíprocas entre emoción, pensamiento e inteligencia como evidencia de su naturaleza dialéctica. La emoción puede facilitar o alterar el funcionamiento de la inteligencia, al tiempo que ésta permite su influencia o la perturba y reprime por un mayor o menor control.

Bajo este esquema, defiende el psicólogo francés que, aunque se localice en la consciencia el origen del progreso intelectual, la consciencia no se presenta en el momento del nacimiento sino que es una cualidad que se construye socialmente, por medio de lo que él denomina “la simbiosis afectiva”. Mantiene que este proceso cognitivo se produce gracias a la transición desde lo biológico o natural, a lo social o cultural; una transición, que como se viene diciendo, se va a producir gracias a la presencia del otro.

Bajo este planteamiento, es muy importante tener en cuenta las diferencias biológicas que se observan entre los diferentes seres humanos pueden acabar convirtiéndose en sociales. Como mantiene Liliane Lurçat (1976), colaboradora de Wallon, el desarrollo biológico, gracias a las instrucciones genéticas, permite que se cree la función, pero dicha función sin un medio sobre el que actuar quedaría atrofiada. De este modo, según ésta autora, lo biológico y lo social constituyen un dúo dialéctico, como muy bien escribe el propio Wallon:

El resultado de la expresión emocional es inverso, ya que provoca una especie de simbiosis afectiva entre el niño y su entorno (...) su iniciación a la vida psíquica consiste en una participación en situaciones que se encuentran bajo la estricta dependencia de quienes le cuidan (...) Por medio de esa mutua comprensión afectiva, se establece entre el niño y sus allegados una especie de ósmosis que tiene una importancia excepcional en los primeros estadios de su personalidad (...) Apenas el hombre es, el grupo y el individuo aparecen indisolublemente solidarios, ello se debe a la emoción que actúa como auténtica soldadura entre el bebé y el entorno humano (Wallon, 1987:109).

La emoción tiene un papel fundamental ya que la individuación se produce gracias al papel que desempeña la emoción en el desarrollo; gracias a ella los niños construyen su psiquismo. Los primeros gestos del recién nacido y del niño de menos de tres meses, son llamadas de atención para los adultos que le rodean. Estos gestos expresivos se convierten en culturales en la medida que son capaces de suscitar en los otros un conjunto de reacciones dirigidas a satisfacer sus necesidades, sean éstas biológicas o afectivas y en la medida que los adultos atribuyen intenciones a las conductas de los niños (que inicialmente no tienen). A partir de estos primeros momentos, el bebé establece una simbiosis afectiva con sus cuidadores que le posibilita el desarrollo. En definitiva, para Wallon (1987), la emoción no tiene sólo un valor

adaptativo sino que posee también un valor genético, en el sentido de que es capaz de generar nuevas estructuras de conocimiento.

Lev Vigotsky (1896-1934)<sup>183</sup> por su parte, defiende que, como especie y gracias al proceso mismo de maduración biológica, se gesta la aparición de formas sensibles que pueden dirigir el comportamiento y que pueden ser consideradas como emociones elementales. Estas formas no son más que la expresión de los estados fisiológicos rudimentarios como el terror, la ira, la desesperación o la furia, es decir, emociones propias de edades tempranas. En la relación del niño con los demás surge otro tipo de emociones, consideradas superiores, que no son otra cosa que afectos co-construidos en la relación social con los *otros*. Afectos originados y co-construidos a partir de la relación de la persona con los otros; estos son afectos propios de edades más tardías (Vigotsky, 1934). Así, en todo proceso psicológico están presentes tanto elementos cognoscitivos como afectivos y sociales; pero es la afectividad el motor que mueve al pensamiento y los signos. A partir de esta afirmación se puede concluir que toda actividad intelectual va siempre acompañada de sentimientos y viceversa. Por su propia naturaleza, todos los elementos que se integran en las funciones de la personalidad tienen una naturaleza cognitivo-afectiva: “El hombre se apoya en esta naturaleza para regular todas las esferas de su comportamiento. Es prácticamente imposible representarnos un proceso o hecho psicológico puramente afectivo o puramente cognitivo” (González y Mitjás, 1989:33).

Vigotsky sostiene, también, que en la ontogénesis de las emociones también confluye y se fusiona una línea natural-biológica y una línea sociocultural, las cuales convergen y se mezclan desde las primeras fases de la ontogénesis. Será pues, a partir de los sistemas innatos, de la interacción social y de la adaptación de la capacidad simbólica, cuando se desarrollen sistemas más complejos marcados por la historia social, de manera tal que, “las relaciones sociales con los demás, a través de un instrumento como el lenguaje, contribuirán igualmente a la socialización emocional” (Paez y Adrián, 1993:31). De esta forma, los otros que colaboran con el sujeto juegan

---

<sup>183</sup> Lev Semiónovich Vigotsky (1896-1934) fue un psicólogo ruso que destacó por sus trabajos en el campo de la psicología del desarrollo, fundador de la psicología histórico-cultural y precursor de la neuropsicología soviética. Su trabajo más conocido es *Pensamiento y Lenguaje*, publicado unos meses después de su muerte, en el que expone claramente el papel que ejerce la interacción social, especialmente con la ayuda de los adultos competentes, en el desarrollo de los humanos. Un proceso de interacción que posibilita la interiorización de toda una serie de estrategias culturales, instrumentos para él, como el lenguaje que favorece el desarrollo cognitivo del sujeto.

un papel muy importante en el desarrollo psicológico del niño, ya que se constituyen en agentes de su desarrollo al compartir con él una cultura donde se socializa y desarrolla una consciencia propia, gracias a la cual también piensa y autorregula sus afectos. La autorregulación afectiva, igual que otras funciones psicológicas superiores, comparte el uso de los signos y el papel que a éstos se atribuye. Por tanto, considera Vigotsky que la afectividad, igual que los procesos cognoscitivos, es también una construcción de génesis social y de apropiación y ejecución individual. La afectividad, en definitiva, no es más que un proceso interrelacionado con otros aspectos del desarrollo psicológico, que se construye en la interacción constante con los *otros*, en un contexto social histórico donde el individuo participa activamente de sus propias estrategias afectivas, a partir del aprendizaje de solución de problemas cotidianos de la interacción general con el medio. De todo ello, deduce Vigotsky, que la afectividad se encuentra sujeta a las leyes generales del desarrollo psicológico que va de lo social a lo individual. Asume que las funciones psicológicas superiores aparecen primero a nivel interpsicológico, en interacción con los demás (y lo demás) y, posteriormente, se construyen e interiorizan a nivel intrapsicológico.

En definitiva, y como se comentaba al principio de este bloque III, nos encontramos así ante dos capacidades, la de pensar y la de sentir. La primera hace referencia, a su vez, a la capacidad de procesar información y de todos los procesos que ello implica (memoria, atención, reflexión, etc.) y la construcción de conceptos con todo ello. La segunda hace referencia a los procesos perceptivos en los que se ven implicados tanto los sentidos externos como los órganos internos. Estas capacidades no sólo favorecen el proceso cognitivo, sino que su ausencia afecta negativamente al desarrollo de la mente; de ahí que no haya racionalidad ni cognición sin emoción. Es por eso que sea posible considerar como núcleo central el signo como instrumento y el significado como el contenido esencial en la consciencia, el pensamiento y la vida emocional; todo ello bajo el supuesto de que el lenguaje humano es un producto de las relaciones históricas y condiciones sociales concretas.

## Capítulo 9. Los modelos cognitivos de las emociones

Como se vio en capítulos anteriores, las teorías fisiológicas (Cannon, James, Langa, etc.) consideran al ser humano como un simple procesador de información sensorial que la transforma en motora como consecuencia de la activación que la primera produce en su organismo. Son modelos que consideran las emociones como consecuencias derivadas de los cambios que se producen en el Sistema Nervioso y en las vísceras. Dentro de esta tradición, en 1962, Stanley Schachter<sup>184</sup> y Jerome E. Singer<sup>185</sup>, aunque criticando especialmente las teorías de Canon (1927), publican un artículo en *Psychological Review* (1962) en el que defienden una posición cognitiva de las emociones contraria, en cierta medida, a los modelos basados en el concepto de arousal<sup>186</sup> o activación inespecíficos. Estos autores, en una posición contraria a la de Cannon, atribuyen los estados emocionales a factores cognitivos y fisiológicos.

Schachter y Singer desarrollan una teoría conocida como bifactorial. Su propuesta se centra en la idea de que para que se produzca una emoción, además de los cambios periféricos, son relevantes los procesos de etiquetado verbal; es decir, la construcción de significado de lo que acontece. Con ella se intenta solucionar la cuestión, aún no resuelta del todo, de la inespecificidad de la Teoría de la Activación<sup>187</sup>.

---

<sup>184</sup> Stanley Schachter (1922-1997) fue un psicólogo social estadounidense, que junto con Jerome E. Singer (1934-2010) formuló una teoría sobre las emociones bajo la creencia de que poseen dos componentes uno fisiológico y otro cognitivo. Schachter también estudió y publicó un gran número de trabajos sobre los temas de la obesidad, la dinámica de grupo, el orden de nacimiento y el tabaquismo. Según la revisión de la encuesta de Psicología General (2002), ocupó el séptimo Schachter como psicólogo más citados del siglo 20.

<sup>185</sup> Jerome Everett Singer (1934-2010) fue el presidente fundador del Departamento de Medicina y Psicología Clínica en la Universidad de Servicios Uniformados. Él es mejor conocido por sus contribuciones a la teoría de dos factores de la emoción. También se desempeñó como uno de los catorce miembros del comité del National Research Council (NRC) en el rendimiento humano en 1985. Jugó un papel en la recuperación cognitiva de la psicología moderna. Su principal área de especialización fueron los efectos psicológicos y fisiológicos de diversos tipos de estrés.

<sup>186</sup> Concepto hipotético, ya referenciado, que mide el grado de activación fisiológica y psicológica de un cuerpo, según el cual, podemos predecir el desempeño de un sujeto tomando como principio que, al tener un arousal óptimo, se tiene un rendimiento óptimo y al tener un arousal sobre-activado o sub-activado, se va a tener un rendimiento bajo.

<sup>187</sup> Respecto a la especificidad o generalidad de las emociones, los datos empíricos no indican con claridad sobre la existencia de indicadores fisiológicos para distintas emociones. Por tanto, no se puede defender la

Plantean la necesidad de la existencia una segunda etapa que es la que determina la “cualidad” de la emoción a partir de una valoración cognitiva de dicha activación en su contexto. Se trata de una dimensión cualitativa (o epicrítica) que hace posible la experiencia emocional y, por tanto, la originalidad también de esta teoría. Ambos autores mantienen que no es el estímulo físico en si lo que ocasiona la emoción, sino la representación cognitiva y la evaluación del estímulo en su contexto físico y social (*appraisal*), lógicamente unida a la activación.

En su argumentación introducen los conceptos de “masa aperceptiva” y de “características de la situación precipitante”, para diferenciar mejor entre la entidad cognitiva y la globalidad de lo percibido. Ahí reside quizás lo más original de su teoría, la negación de la especificidad de las respuestas autonómicas en las emociones. Esto es, consideran que la emoción, finalmente evocada, depende de la evaluación de dicha activación mediante un proceso cognitivo que la valora y etiqueta los cambios fisiológicos. Para ellos, por tanto, las emociones son debidas a la evaluación cognitiva de las respuestas corporales ante un acontecimiento; esto es, la persona una vez que nota los cambios fisiológicos, advierte lo que ocurre a su alrededor y da nombre a sus emociones de acuerdo a ambos tipos de observaciones. Al unir las respuestas fisiológicas a la evaluación cognitiva de estas respuestas les permite considerar la intensidad de la emoción como una consecuencia de la interpretación de las respuestas fisiológicas (alta, media o baja). En definitiva, para Schachter y Singer

cualquier estado emocional es el resultado de dos factores: por una parte el arousal o activación fisiológica, y, por otra parte, los aspectos cognitivos relacionados con las causas ambientales de dicha activación fisiológica. Los dos factores son necesarios para que se produzca la emoción, de tal suerte que cada uno de ellos, individualmente, no puede originar la emoción (Palmero et. als., 2011:221).

Así, la valoración cognitiva del hecho permite la categorización cualitativa de la experiencia emocional en emociones concretas: alegría, tristeza, miedo, sorpresa, etc. En resumen, los procesos cognitivos (interpretación cognitiva) que postula Schachter

---

existencia de la especificidad autonómica, esto es la existencia de respuestas fisiológicas específicas para cada emoción.

son: (1) la *atribución* del estado de activación a las claves ambientales emocionalmente relevantes; y (2) el *etiquetado* final de su estado emocional, una vez que se percibe la activación fisiológica como causada por la situación (Cano-Vindel, 1989). De esta forma, los procesos cognitivos determinan la *cualidad emocional*; mientras que la intensidad depende del grado de activación fisiológica que el sujeto presenta en dicha situación (fig. 24).

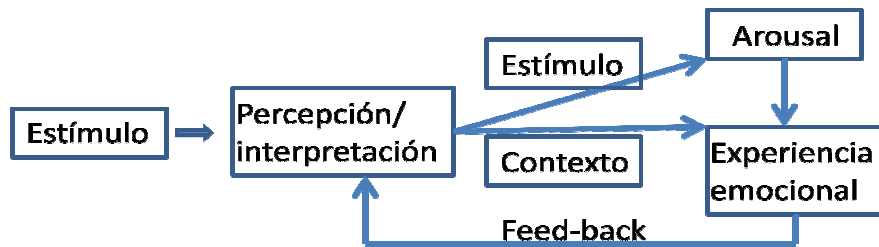


Figura 24. Esquema de la teoría de Schachter y Singer

Para la verificación experimental de sus conclusiones, realizaron una serie de experimentos entre el que se encuentra uno especialmente interesante que relaciona lo fisiológico con lo psicológico. En dicho experimento administraron la misma dosis de epinefrina<sup>188</sup> a sujetos que se presentaron voluntarios para realizar el estudio. No obstante, se dividieron en cuatro grupos para controlar el efecto de la información recibida sobre los síntomas físicos. A dos de ellos se les informó de que la inyección que habían recibido les causaría ciertos efectos fisiológicos, mientras que a los otros dos no se les dio información sobre dichos efectos. Se incluyó también el efecto de la situación, poniendo a dos de los grupos, informado y no informado, en una situación que les inducía a sentirse contentos, mientras que a los sujetos de los otros dos grupos se le puso en una situación que les inducía a sentirse enfadados.

Los resultados obtenidos, confirmaron la hipótesis de que los sujetos informados de los posibles efectos de la inyección no fueron proclives a sentirse particularmente contentos o enfadados, porque atribuyeron su reacción fisiológica a los efectos de la

<sup>188</sup> La epinefrina (también conocida como adrenalina) es una hormona que producen de manera natural la corteza de las glándulas suprarrenales y que activa la división simpática del sistema nervioso autónomo, produciendo aumento del ritmo cardíaco y aumento de la tensión arterial.

inyección. Su sistema cognitivo encontró en la información que se les proporcionó sobre los efectos de la inyección la explicación de las reacciones fisiológicas de su organismo.

Por el contrario, los sujetos no informados experimentaron la misma activación fisiológica que los informados pero no la atribuyeron a los efectos de la inyección (pues no fueron informados de ellos). Al intentar encontrar una explicación a su actividad fisiológica (mayor latido del corazón, etc.) concluyeron que debía estar causada por una emoción y ajustada a la situación vivida. Los sujetos no informados en situación de alegría, se comportaron de manera alegre y dijeron sentirse así, mientras que los no informados en situación de enfado, se enfadaron y dijeron sentirse enfadados.

Concluyen los autores reafirmando el papel importante y crucial que tienen las interpretaciones en la determinación de la emoción subjetiva. Admitiendo que la emoción es un producto conjunto de una excitación fisiológica y de una evaluación cognoscitiva de la situación en que tiene lugar la excitación. Ante ello, establecieron tres principios para explicar la conducta emocional humana:

1. Dado un estado de activación fisiológica para el que el individuo no tiene una explicación inmediata, el individuo etiquetará este estado y describirá sus sentimientos en términos de una emoción disponible para ella.
2. Dado un estado de activación fisiológica para el que el individuo tiene una explicación completamente adecuada no es necesario hacer ningún tipo de evaluación, y la persona difícilmente etiquetará sus sentimientos en términos de otras cogniciones disponibles.
3. Dadas las mismas situaciones cognitivas, la persona reaccionará emocionalmente o describirá sus sentimientos como emociones sólo cuando experimente un estado de activación fisiológica.



Magda Arnold (1903-2002)<sup>189</sup>, dentro también del enfoque cognitivo, formuló una teoría de las emociones centrándose en la idea de que el ser humano realiza una valoración intuitiva e involuntaria de los estímulos percibidos o imaginados desde el eje positivo-negativo. Definió una cadena en la que el estímulo y la reacción fisiológica de placer-displacer ocupan el primer lugar, llegando hasta la emoción que lo sitúa en el último eslabón de la cadena como fruto de la valoración cognitiva. Esto es, Arnold propone esa idea así: “la tendencia al acercamiento que experimentamos hacia cualquier cosa que apreciamos como buena (beneficiosa), o de alejamiento de aquello apreciado como malo (dañino). Esa atracción o aversión se acompaña de un patrón de cambios psicológicos organizados hacia el acercamiento o alejamiento” (p. 56), la emoción estaría en el punto final de esta secuencia.

Para esta autora, cualquier cosa con la que se encuentra el sujeto es evaluada y valorada de forma automática. En este planteamiento, la valoración complementa la percepción del sujeto y le genera una tendencia a hacer algo: cuando esta tendencia es fuerte, se denomina emoción. Esta valoración puede producirse a partir de la influencia de un estímulo exterior, o a partir de la influencia de un estímulo interno, como la memoria o la imaginación. Por tanto, la valoración tiene un componente motivacional ya que induce a la acción y provoca, en caso de ser suficientemente intensa, la emoción.

De esta forma, las emociones, al ser tendencias hacia algo evaluado como bueno o la evitación de algo evaluado como malo, dependerán de las apreciaciones que se tengan de los objetos. Esto es, una vez que se haya evaluado un estímulo como bueno o malo aparecerá automáticamente la experiencia de gustar o no gustar. De manera que la forma en que el sujeto vea el objeto va a determinar la emoción que puede generarse hacia dicho objeto. El punto principal es que entre la percepción y la emoción hay, necesariamente, una apreciación que determina la relación entre los dos: la tendencia al acercamiento que experimentamos hacia cualquier cosa que apreciamos como buena

---

<sup>189</sup> Magda Blondiau Arnold (1903-2002) psicóloga norteamericana, de origen checo, que desarrolló una teoría de la valoración de las emociones, inspirada en la obra de Santo Tomás de Aquino, conocida como *appraisal theory*. En ella defendía que las emociones son activadas por una cognición previa, que puede ser inconsciente, pero que puede hacerse consciente por la capacidad de la inteligencia humana de reflexionar. Esta teoría se la considera como un antecedente de las teorías de las emociones del cognitivismo.

(beneficiosa), o de alejamiento de aquello apreciado como malo (dañino). Esa atracción o aversión se acompaña de un patrón de cambios psicológicos organizados hacia el acercamiento o alejamiento.

Bajo estas premisas, Arnold considera que sólo se puede formular una teoría completa de la emoción si se consideran a la vez la experiencia emocional, la acción emocional y la expresión emocional. Su propósito es abordar cómo se provocan las emociones, cuáles son sus consecuencias y qué papel desempeñan en la arquitectura de la mente. Esto es absolutamente necesario, ya que una teoría completa de la emoción debe considerar los orígenes evolutivos y de aprendizaje de las emociones, así como “el mecanismo neurofisiológico que media la experiencia y la expresión de las emociones” (Arnold, 1960:165).

La Teoría de Arnold se ve influenciada por la Psicología de la Consciencia y el Intencionalismo de Brentano, y por el Fenomenalismo de Meinong, incluyendo, además, la introspección y la reflexión del conocimiento psicológico común. Incluso se puede asumir que sus fuentes se remontan más allá, a la filosofía aristotélica y a la de su intérprete medieval, Tomás de Aquino. La aceptación de las emociones unidas a los objetos y cómo estos mismos objetos otorgan el contenido y la intencionalidad a la acción misma, es lo que nos permite admitir la existencia de esa línea de pensamiento que arranca desde Aristóteles y que conecta con las tesis actuales, como se dejó claro al comienzo de este trabajo. En definitiva, Arnold, viene a indicar la necesidad que se tiene del objeto para manifestar las emociones: “Tenemos miedo de algo, nos regocijamos por algo, amamos a alguien, estamos enojados por algo o alguien. La emoción parece tener un objeto igual que lo tiene la percepción sensorial” (Arnold, 1960:170).

Estos objetos pueden ser cosas individuales, como una persona hacia la que uno se siente atraído o una manzana que uno anhela, pero también estados más o menos complejos de asuntos, como el reencuentro de los amantes después de una larga ausencia. De hecho, la mayoría de las emociones consideradas por Arnold (por ejemplo, la alegría, la tristeza, la esperanza, el miedo o la ira, ver más abajo para más detalles) se refieren tanto a objetos como a estados de cosas que le otorgan contenido; esto es, las emociones presuponen la existencia de conocimiento de los objetos.

En definitiva, para tener una emoción, es necesario percibir o conocer el objeto, aunque no es necesario conocerlo con precisión o correctamente. Por tanto, para experimentar una emoción dirigida a un objeto, primero hay que formar creencias fruto de las evaluaciones sobre el mismo objeto en función de la afectación que le produce al sujeto mismo (Arnold, 1984).

Por otra parte, según Arnold, las emociones también presuponen deseos. Los deseos son importantes para la generación de la emoción, aunque sólo de manera indirecta. Para valorar un objeto como bueno o malo, respecto a uno mismo, se exige que éste sea juzgado en los términos siguientes: “me afecta personalmente como un individuo y a mis objetivos particulares” (Arnold, 1960:170). Y el resultado de este proceso, la creencia de que el objeto es bueno o malo para uno mismo, es entonces realmente una creencia acerca de si el objeto es compatible o incompatible con los deseos de uno (es decir, si es adecuado para cumplirlos o frustrarlos). Por tanto, valorar un objeto como bueno o malo para uno mismo significa creer que el objeto es consistente o incompatible con los propios deseos.

Arnold (1984) llega a la conclusión de que las diferencias entre las emociones descansan sobre las diferencias que se establecen entre las creencias de hecho o de evaluación en las que se basan. Ella desarrolla esta idea a partir de una propuesta bajo tres dimensiones en función del grado en que el objeto nos puede afectar: *evaluación de la oposición como bueno o malo para uno mismo* (es decir, la evaluación en el sentido estricto de la palabra), *evaluación de la presencia o ausencia del objeto*, y *evaluación de la facilidad o dificultad para lograr o evitar el objeto* (potencial de afrontamiento). Eso sí, teniendo en cuenta que de estas tres dimensiones evaluativas, sólo la primera es evaluativa; las dos restantes representan creencias fácticas.

En resumen, las emociones para Magda Arnold (1960, 1970, 1984) son tendencias sentidas hacia algo tras un proceso evaluativo-intuitivo. Una valoración sentida hacia algo valorado *intuitivamente* como bueno o beneficioso, o el alejamiento de algo valorado también *intuitivamente* como malo o dañino. Viene a decir que se trata de procesos valorativos, sin contenidos proposicionales, semejantes a cuando se coge un móvil en movimiento, son intuitivos, por lo que no son siempre conscientes ni deliberados, son emociones precognitivas, primarias. No obstante, asume también la

existencia de emociones complejas, secundarias, fruto de un proceso cognitivo explícito que potencia las precognitivas.

Es en este punto en el que Arnold se diferencia más claramente de la Teoría de Schachter y Singer (1962), ya que para ella la percepción del arousal no es estrictamente necesaria para poner en marcha la valoración cognitiva que le da nombre a la emoción. Ella asume no sólo la existencia los dos tipos de evaluación: la intuitiva y la reflexiva, sino que además atribuya a esta segunda la capacidad de potenciar la primera.

Con todo, no se le puede quitar el mérito de ser Magda Arnold la primera autora en proponer la primacía de los procesos valorativos situacionales, acentuando la dimensión hedónica de los estímulos. Las emociones, dentro del paradigma cognitivo empiezan a ser consideradas.

Lazarus (1991)<sup>190</sup> amplía la teoría de la valoración de Arnold bajo la consideración de la existencia de diversas valoraciones de estímulos-situaciones y a la vez distintas emociones. Según sea la valoración así será la emoción. De esta forma, las evaluaciones de amenaza conducen a emociones de miedo, evaluaciones de injusticia a emociones de rabia, evaluaciones de curiosidad a emociones de interés, etc. Cada emoción implica un tipo concreto de valoración, una tendencia específica a la acción (poder motivacional) y una expresión particular. El número posible de evaluaciones, y por tanto de emociones, depende del conocimiento emocional del individuo. Del mismo modo, cambia también la forma de actuar de cada sujeto, su manera de enfrentarse al entorno. Lo que realmente afecta e influye a las emociones son las interpretaciones de las situaciones sentidas. La cognición, se convierte así en una condición necesaria y suficiente para la emoción, afectándola de dos formas diferentes:

1. a través de la acción directa; esto es, la valoración cognitiva del éxito o fracaso de dicha acción determina nuestra experiencia emocional,

---

<sup>190</sup> Richard S. Lazarus (1922-2002), psicólogo estadounidense, fue profesor del Departamento de Psicología en las Universidades de Berkeley, Clark y de la John Hopkins. Se centró en el estudio de la relación entre las emociones y el estrés. Una relación que venía a destacar la importancia entre la emoción y el pensamiento. Esta posición le llevó a definir el concepto de *appraisal* como la necesaria evaluación del ambiente para provocar una emoción.

2. y a través de un proceso de revaloración (*reappraisal*) puramente cognitivo; esto es, podemos reevaluar una determinada situación, por ejemplo centrándonos más en sus aspectos positivos, lo que repercute en nuestra capacidad de afrontamiento y, por ende, también en la vivencia emocional subsiguiente, (Lazarus y Folkman, 1986).

En este proceso de valoración se puede diferenciar diversos momentos dependiendo de una primera valoración sobre el placer-displacer que la situación le produce al sujeto y sobre los valores, las creencias o las expectativas que llevan al sujeto a considerarla relevante o no para él. En una segunda valoración, se procede a considerar la eficacia de las acciones, sobre las consecuencias que se tendrán para el propio sujeto, derivadas de las diferentes estrategias para mantener o evitar los condicionantes de la situación. En este momento, también se producen constantes reevaluaciones fruto de la información o experiencias obtenidas del devenir de la situación. Con todo, se aprecia que lo que realmente hace el sujeto es una valoración subjetiva de los factores personales y situacionales que se encuentran en la situación:

Los factores personales más importantes son las *creencias* y los *compromisos*. Los compromisos representan aquello que es importante para el individuo. Las creencias pueden ser de dos tipos: existenciales (generales) o sobre el control personal (general o situacional). Los factores situacionales que más influyen sobre la valoración cognitiva son: *la predictibilidad, la novedad y la incertidumbre*. Los factores situacionales temporales más influyentes son: *la duración, la inminencia y la incertidumbre temporal*. Los factores personales y situacionales funcionan siempre de forma interdependiente, pudiéndose considerar antecedentes de la evaluación (Lazarus y Folkman, 1986: pp.79-80).

En 2001, Lazarus propuso, en su obra una estructura de las emociones a partir de la idea de “núcleos temáticos”, en la que sugiere una aproximación “molecular” a los procesos de valoración. Dichos procesos evalúan una serie de componentes y subcomponentes, algunos de los cuáles se relacionan con la “valoración primaria” (relevancia de los objetivos, facilitación de los objetivos e implicación del yo mientras otros se relacionan con la “valoración secundaria” (agente responsable, potencial de afrontamiento y expectativas futuras).

Esta aproximación molecular constituye un primer nivel de análisis, elemental, que da paso a un análisis superior. En este análisis superior, a partir de una valoración más general (molar), genera un “núcleo temático”, característico de cada emoción. Los núcleos temáticos constituyen “significados” globales con un componente motivacional y relacional que poseen un claro carácter afectivo, a diferencia de otros tipos de valoración.

No obstante, y pese a todo lo dicho, según Lazarus, las emociones deben entenderse siempre a partir de su origen biológico (innato), ya que la supervivencia es la que condiciona las valoraciones. El origen biológico constituye la base de las emociones consideradas como universales. A partir de este origen biológico se adquieren pues los dos tipos de valoraciones: (a) la valoración primaria que procede de los intereses que uno tiene en los resultados de un encuentro, y (b) la valoración secundaria que tiene que ver con las opciones y perspectivas de afrontamiento (Rodríguez Sutil, 1998).

En este punto, cabe decir que la teoría de Lazarus parece diferir de Arnold, con su proposición de la existencia de dos procesos de valoración de las situaciones (frente a los tres de Arnold) en la explicación del origen de las emociones: valoración primaria y valoración secundaria. En la valoración primaria, la persona evalúa la pertinencia de una situación o evento por sus deseos (Lazarus habla de motivos) en relación a los objetivos, las metas, los valores, los compromisos o las creencias que esa persona tiene. En la evaluación secundaria, la persona evalúa sus opciones y recursos para hacer frente a un evento de motivación relevante (por ejemplo, una amenaza). El resultado de la evaluación secundaria es la creencia de la persona de que puede hacer frente al de motivación relevante por una u otra acción (por ejemplo, que pueda escapar del peligro al huir), o que no pueda hacer frente al evento.

Así, a pesar de estas diferencias entre Lazarus y Arnold, una revisión más profunda muestra como son en su mayoría diferencias terminológicas y que las dos teorías coinciden en lo fundamental. La valoración secundaria es, obviamente, en gran parte idéntica a la tercera dimensión de la evaluación de Arnold, la evaluación del potencial de afrontamiento. Y la valoración primaria resulta ser una combinación de las dos primeras dimensiones de Arnold evaluación, evaluación (bueno contra malo para

mí) y presencia-ausencia (presente / seguro contra futuros / incierto) en un solo proceso de evaluación.

Para Lazarus y Folkman<sup>191</sup> (1986) una situación se aprecia como benigna-positiva si se cree que un evento es positivo (Arnold: Evaluación = Positivo) porque: (a) ya ha ocurrido (Arnold: está presente) o (b) está todavía en el futuro pero más o menos probable (está ausente). Una situación se aprecia como un daño de pérdida si se cree que un evento negativo ya se ha producido; y como una amenaza, si se prevé un evento negativo. Por último, una situación se aprecia como un desafío si se considera principalmente como una buena oportunidad para dominar una demanda difícil.

George Mandler (1975)<sup>192</sup>, psicólogo estadounidense, actualmente profesor emérito de la Universidad de San Diego, defendió también el papel de lo cognitivo en las emociones frente a lo fisiológico. Su idea principal se centra en la experiencia emocional como efecto de la discrepancia que se produce entre la activación fisiológica y la evaluación cognitiva. Esta idea le lleva a situar el origen de la experiencia emocional en la interacción recíproca entre *arousal* (activación fisiológica) y *appraisal* (valoración). En su propuesta defiende el “análisis del significado” de la situación como el único responsable de la cualidad emocional. Esta actividad cognitiva, o proceso de análisis, además de ser responsable de la cualidad emocional, podría desencadenar activación autonómica, sin descartar que la interrupción de los planes de conducta y de acción sea la fuente más importante de activación fisiológica.

---

<sup>191</sup> Susan Folkman, directora-fundadora del Centro Osher de Medicina Integral, se retiró en 2009 en el que colabora como profesora emérita. Ella es reconocida internacionalmente por sus aportes teóricos y empíricos en el campo de estrés psicológico y afrontamiento. Su libro 1984 con Richard S. Lazarus, *el estrés, la evaluación, y el afrontamiento* está considerado como la obra pionera que abrió una vía para el estudio y medida del afrontamiento. Hay que indicar que esta obra se ha traducido a 27 idiomas. En los últimos 20 años sus estudios se han centrado en el estrés y afrontamiento en el contexto de una enfermedad grave, el cuidado y el duelo.

<sup>192</sup> George Mandler (1924-2016), psicólogo estadounidense de origen austríaco, desarrolló su labor docente y profesional en la Universidad de California, San Diego. En 1965 se convirtió en director del Departamento de Psicología de dicha Universidad. En ese año, fundó el Centro de Procesamiento de la Información Humano (CHIP) de la casa de científicos. Su obra, muy relevante en el ámbito de la Psicología Cognitiva, se centraron en la relación entre la cognición, la emoción, la importancia de la retroalimentación autonómica, la memoria y el reconocimiento. Desarrolla un enfoque estructuralista para explicar el procesamiento de información humana y el razonamiento.

El análisis del significado puede también modificar la activación vegetativa, lo que induce un cambio en la vivencia emocional a partir del cambio en la percepción del *arousal* (activación fisiológica). Esta dinámica entre la activación fisiológica y la valoración da lugar a la consciencia y, por tanto, a la acción. Introduce el autor la idea de consciencia en la cadena explicativa de la emoción planteada por los demás autores cognitivistas.

Para Mandler (1975), la consciencia es necesaria para que a partir de la activación fisiológica y de la interpretación cognitiva (y de su interacción recíproca) se dé la experiencia emocional. Así, a la percepción estimular le sucede una valoración cognitiva que implica una determinada interpretación de la activación, lo que se traduce en una experiencia emocional que, a su vez, es nuevamente evaluada, modificando la valoración cognitiva original, y así sucesivamente. Mandler intenta demostrar las importantes implicaciones que tiene la noción de “esquema” en la construcción de las emociones. Los esquemas forman nuestro conocimiento del mundo y dan lugar a nuestras expectativas ante una situación específica (Roselló y Revert, 2008). Los acontecimientos discrepantes de los esquemas disponibles, o que interrumpen la actividad cognitiva en curso, capturan el foco de nuestra consciencia en aras a facilitar la resolución del problema. Sin embargo, si la resolución no tiene éxito, se produce una activación vegetativa cuya intensidad es proporcional al grado de interrupción e incongruencia no resuelta. Esta propuesta alcanza una notable complejidad en la medida en que supone una continua retroalimentación entre las distintas etapas que conducen a la experiencia emocional consciente.

Recientemente, Mandler (1990) ha señalado que algunos datos sugieren ciertas modificaciones acerca de sus ideas sobre qué factores determinan la intensidad emocional:

La intensidad subjetiva parece depender, en alguna forma interactiva, tanto de la respuesta autonómica a la discrepancia como de la evaluación de la importancia de la discrepancia. En otras palabras, el *arousal* autonómico es una condición necesaria pero no suficiente para determinar la intensidad de una experiencia emocional (Mandler, 1990:28).



Por lo tanto, la intensidad de la experiencia emocional depende no sólo de la activación autonómica en sí, sino también de un factor cognitivo evaluativo sobre la importancia que alcanza la percepción de dicha activación. La experiencia emocional es pues, por definición, un estado de consciencia que supone un gasto de atención que puede llegar a ser importante y, por lo tanto, afectar seriamente a otros procesos que requieren alto grado de atención. Ella puede inhibir la completa utilización del aparato cognitivo, el pensamiento puede llegar a estar muy simplificado y estereotipado, la capacidad de solución de problemas muy afectada, etc. Sin embargo, los efectos de las emociones sobre el aparato cognitivo no tienen por qué ser sólo negativos. A veces, producen efectos beneficiosos y adaptativos consiguiendo, por ejemplo, que nos centremos en los aspectos más importantes de la situación, como en algunas situaciones estresantes (Cano-Vindel, 1989).

Peter J. Lang (1930-)<sup>193</sup>, por su parte propone un modelo bio-informacional en el que las emociones vienen a ser entendidas como imágenes emocionales codificadas de forma proposicional. Las considera como una disposición a la acción que se manifiesta con un componente verbal, fisiológico, y conductual. Según este autor, los sujetos poseen imágenes emocionales con una estructura proposicional capaz de evocar emociones mediante la activación fisiológica asociada a ella. Una estructura proposicional compuesta por instrucciones de estímulo y proposiciones de respuesta, que permiten concebir la imagen emocional como:

1. Una estructura informacional en el cerebro, reductible a unidades proposicionales específicas. La imagen vendría integrada por elementos motores y perceptuales de forma que, las proposiciones que componen dicha imagen incluirían tanto eventos de estímulo como de respuesta.
2. imágenes emocionales construidas en el cerebro, proposición a proposición, de acuerdo al flujo narrativo de la descripción.

---

<sup>193</sup> Peter J. Lang, profesor en el College of Public Health and Health Professions at the University of Florida, con su equipo de colaboradores, viene ofreciendo una serie de propuestas sobre las emociones relacionándolas con el procesamiento de la información. En su enfoque vincula la psicología básica de la emoción, la psicofisiología y la psicología clínica de orientación cognitivo-conductual. Según él, la estructura proposicional de la imagen emocional determina la activación fisiológica asociada a ella.

Propone así que la imaginación de diferentes situaciones o actividades, provoca una activación mensurable, tanto fisiológica como motora, que se relaciona y adecua al tipo de situación o actividad imaginada, de forma que, por ejemplo:

- El miedo (y la emoción en general) se representa en la memoria como una red proposicional que incluye información sobre, el estímulo temido, la respuesta de miedo y el significado. En esta red hay, por lo tanto, proposiciones de estímulo, de respuesta y relacionales.
- La información emocional, codificada en la memoria en forma de proposiciones, se organiza en redes asociativas. La expresión emocional ocurre cuando la red es activada por inputs que se ajustan a la información almacenada en la memoria. Una red entera puede ser activada por unas pocas proposiciones, aunque es probable que no todas las proposiciones sean igualmente importantes para acceder a un programa emocional.
- El procesamiento de estas proposiciones de entrada da lugar, a su vez, al informe verbal y a la reactividad fisiológica, siendo ésta mayor si se procesan proposiciones de respuesta
- Por último, la imagen emocional podrá ser controlada y/o modificada mediante la manipulación de dichas variables de entrada (manipulando el tipo de proposiciones) o por reforzamiento diferencial de las variables de salida (entrenamiento de sujetos).

En definitiva, viene a defender la idea de que la información emocional se codifica en la memoria en forma de proposiciones y que, en ella, se organiza en redes asociativas, de forma que la expresión emocional ocurre cuando esta red es activada por inputs que se ajustan a esta información almacenada en la memoria. Es decir, sería como un esquema o un molde que se procesaría como unidad cuando se contacta con un número determinado de proposiciones. Una red entera puede ser activada por unas pocas proposiciones, aunque es probable que no todas las proposiciones sean igualmente importantes para acceder a un programa emocional (Lang, 1988).

Bajo estos supuestos, el procesamiento de la red emocional sería el aspecto cognitivo de la emoción y los eventos de salida originados por dicho procesamiento serían las respuestas fisiológicas, las expresiones verbales y acciones motoras manifiestas. Esto es, la imagen emocional (que produce una respuesta emocional, con componentes cognitivos, fisiológicos y motores) puede ser analizada objetivamente como un producto de la capacidad de procesamiento de información del cerebro y, este procesamiento, puede ser definido en términos mensurables de inputs (entradas, en forma de proposiciones) y outputs (o respuestas) del organismo y hacia el organismo.

Para activar la red no es necesario que el objeto temido esté realmente presente dado que la información del prototipo es conceptual, el único requisito es que iguallen el número crítico de proposiciones necesarias para que la red se active. La emoción se convierte así también en un tipo de acción que, cuando se activa, se procesa como un programa motor y, al mismo tiempo, como un programa conceptual. Incluso, la información emocional, por su naturaleza proposicional y por estar organizada en redes asociativas *mnésicas*, no necesita de la presencia real de un estímulo para activarse, sino que puede darse a partir de fotografías, dibujos o por descripciones de otro.

A pesar de algunas críticas a su modelo, que no viene a colación abordar, lo cierto es que Peter Lang y sus colaboradores vienen realizando en los últimos años un gran esfuerzo por su difusión. Además, están diseñando una serie de instrumentos, basados en su modelo bio-informacional, para el estudio de las emociones. Estos instrumentos contemplan las dimensiones de la activación, la valencia y el control, y cuentan con estímulos objetivos, controlables y calibrados cuyos efectos sobre cada uno de ellos permiten su baremación.

Otro psicólogo dentro de esta concepción cognitivista es Nico Frijda (1927-2015)<sup>194</sup>, profesor emérito de la universidad de Amsterdam. Para él, cada experiencia emocional deriva de una estructura situacional distinta en la que se puede distinguir

---

<sup>194</sup> Profesor Nico Frijda, psicólogo y profesor emérito de la Universidad de Amsterdam, es considerado como uno de los fundadores de la investigación contemporánea emoción. En su obra magna estableció una visión particular sobre la emociones centrándose en el fondo y la estructura de las mismas. Define, así mismo, una serie de reglas Las leyes con el propósito de establecer un vocabulario con el que debatir sobre esta temática. Entre sus puntos importantes pueden destacarse el análisis de las diferencias entre los sentimientos y las emociones, el complejo vínculo entre las emociones y el sexo, y los matices emocionales de nuestra crisis económica.

unos componentes esenciales (la relevancia y la claridad), unos componentes de contenido (controlabilidad, grado de incertidumbre, valencia) y unos componentes de objeto (referencia a uno mismo o a los demás) (Cano-Vindel, 1989). Distingue entre emociones y sentimientos, aunque reconoce cierto grado de isomorfismo, ya que ambas disponen al sujeto a la acción y dan coherencia a su conducta. Él entiende que los sentimientos son las interpretaciones de las emociones:

Las emociones surgen como respuesta a las estructuras de significado de determinadas situaciones; diferentes emociones surgen en respuesta a diferentes estructuras de significado (. . .) Preséntese cualquier suceso con su significado particular: surge un tipo particular de emoción, tal es la ley del significado situacional. Dada una pérdida, surge el duelo; dada una frustración, o una ofensa, surge la ira (Frijda, 1986:56).

Las emociones son respuestas complejas a estímulos del entorno caracterizadas, además de por estar acompañadas por reacciones somáticas, por ser una valoración (*appraisal*) positiva o negativa respecto a un objeto intencional (individuo, acontecimiento o situación) y una tendencia a la acción (*action readiness*) relativa al objeto en cuestión. Para él, el objeto emocional (intencional) hace referencia a toda persona, cosa o suceso al que se refiere la emoción, respecto del cual existen deseos o aversiones y que orienta la acción hacia él o lejos de él. Aunque no lo explicita bien en su obra, el término de “objeto intencional” relacionado con los sentimientos, recuerda a la idea fenomenológica de consciencia de Husserl en la que el objeto, como fenómeno de la cosa, no es la cosa en sí, aparente, sino la representación que se construye una vez aprehendida y experimentada. Recuerda también a Brentano, especialmente cuando éste afirma que “nada puede ser juzgado, nada tampoco apetecido, nada esperado ni temido si no es representado” (Brentano, 1874:13). Así, las valoraciones, entendidas como procesos cognitivos evaluativos, adquieren una relevancia especial al reflejar el significado y la importancia emocional de los objetivos, los valores, los intereses y las preocupaciones relevantes de un individuo.

Según Frijda (1993) estos procesos de valoración son la llave para la comprensión de las distintas emociones en diferentes individuos y en diferentes momentos al propiciar las condiciones que las eliciten. La valoración va a influir también en los patrones de cambios corporales derivados de los patrones de actividad

del sistema nervioso autónomo y del sistema nervioso central (Ekman y Davidson, 1994). A través de esos cambios fisiológicos, la valoración influye también en las tendencias de acción y en la motivación (Frijda, 1986). No obstante, y aunque Frijda no rechaza del todo las teorías somáticas, si cree que su teoría valorativa es la mejor para explicar la cuestión de la estructura de los sentimientos, al considerar en ella el valor del contexto.

Bajo este modelo, las emociones también se pueden considerar como el lugar donde se forman las creencias relacionadas con el significado afectivo atribuido a sus objetos intencionales. Dichas creencias conciernen, por lo general, al objeto intencional como tal o a algunas de sus propiedades. Las creencias, en ciertas ocasiones se forman inmediatamente, *in situ*, y su duración es provisional, manteniéndose mientras la emoción es experimentada y acabando una vez la emoción ha desaparecido. Por tanto, la creencia generada a partir de una emoción será una simple extensión de la valoración original, en cuyo caso sentimiento y emoción constituyen una y la misma experiencia afectiva. Frijda considera que todas las creencias generadas a partir de las emociones, poseen tres características: implican generalizaciones, reclaman permanencia en el tiempo, a pesar de ser provisionales, y están fuertemente arraigadas.

En su formulación el autor va más lejos e incluye los sentimientos como estructuras cognitivas, afectivamente complejas y duraderas, organizadas bajo la forma de disposiciones afectivas relativas a objetos intencionales y determinantes de las pautas actitudinales que los experimentan. Establece, eso sí, la diferencia entre la valoración, entendida como el resultado de un proceso de bajo nivel, automático o intuitivo, y la creencia como un proceso intencional de alto nivel que implica reflexión y justificación. Esto es, la diferencia entre, a) el nivel de la valoración, cuando se detecta el objeto intencional de la emoción e inmediatamente se evalúa como nocivo, benéfico o amenazador, etc. y b) la creencia implementada a partir esa emoción en el sentido de ser verdadera o falsa según criterios lógicos y empíricos de verificación.<sup>195</sup> Esta posición le exige además la distinción de diversos componentes de la vida afectiva<sup>196</sup> :

---

<sup>195</sup> Así pues, las condiciones de la fijación de creencias, que a su vez garantiza la formación de una disposición, son condiciones empíricas relativas al funcionamiento cognitivo del sujeto, y no tanto condiciones lógicas en el sentido propuesto por Ryle (1949). De esta manera, Frijda y sus colegas han adoptado la noción ryleana de disposición, pero la han justificado en términos de procesos cognitivos.

- 1) Emociones: estados afectivos, actuales o potenciales, que concierne a un objeto emocional específico.
- 2) Episodios emocionales: estados de transacción emocional relacionados con un acontecimiento emocional.
- 3) Sentimientos: disposiciones emocionales respecto a objetos específicos.
- 4) Pasiones: objetos de acción persistentes y de naturaleza emocional.
- 5) Humores: estados afectivos evaluativos, activos o potenciales, más o menos continuos y sin objeto específico

A partir de todos estos postulados, Frijda (1988) formula una serie de leyes de las emociones que, aunque no están plenamente demostradas y aceptadas constituyen un programa de investigación a ser desarrollado. Estas leyes de las emociones están basadas en mecanismos subyacentes involuntarios que, aunque sólo están parcialmente controladas por el sujeto, abarcan todas las dimensiones de las mismas:

- Valencia positiva/negativa
- Novedad/familiaridad
- Consistencia con metas/inconsistencia
- Controlabilidad/dificulta
- Predicibilidad/Impredecibilidad
- Certeza sobre la consecuencias/Incertidumbre
- Agente causal: propio/agente causal: otros/circunstancias
- Justo/injusto; Modificable/definitivo
- Implicación en el bienestar de otras personas

Define estas leyes de la siguiente forma:

a.- Ley del Significado Situacional: “las emociones aparecen como respuesta al significado de ciertas situaciones; diferentes emociones aparecen en respuesta a diferentes significados estructurales” (Frijda, 1988:351). Esta primera ley hace referencia a que las emociones se derivan de situaciones. En general, los mismos tipos

---

<sup>196</sup> Hace referencia a la vida afectiva con otros términos, para él sinónimos, como experiencia afectiva, fenómenos o estados afectivos.

de situación provocarán los mismos tipos de respuesta emocional. La pérdida nos hace llorar, las ganancias nos hacen felices y el peligro nos hace temerosos.

b.- Ley del Interés: “las emociones aparecen en respuesta a eventos que son importantes para los objetivos, motivos o preocupaciones del individuo” (Frijda, 1988:35). Sentimos porque nos preocupamos, cuando tenemos algún interés en lo que sucede, ya sea un objeto, nosotros mismos u otra persona. Las emociones surgen de estos objetivos particulares, motivaciones y preocupaciones. Cuando somos indiferentes no sentimos nada.

c.- Ley de la Realidad Aparente: “las emociones son originadas por eventos interpretados como reales, y su intensidad corresponde con el grado en que esto es así” (Frijda, 1988:352).

d.- Ley del Cambio, de la Habitación y del Sentimiento de comparación son tres leyes muy relacionadas. “Ley del Cambio: las emociones son originadas no tanto por la presencia de condiciones favorables o desfavorables, sino por los cambios esperados en esas condiciones” (Frijda, 1988:353).

e.- Ley de la Asimetría Hedónica, o ley de la Adaptación Asimétrica al Placer y al Dolor: “el placer es contingente con el cambio y desaparece con la satisfacción continuada. El dolor puede persistir cuando persisten las condiciones adversas” (Frijda, 1988:353).

f.- Ley de la Conservación del Momento Emocional: “los sucesos emocionales retienen su poder de producir emociones indefinidamente a no ser que los contrarrestemos con exposiciones repetidas que permiten la extinción o habitación, en la medida en que esto sea posible” (Frijda, 1988:354).

g.- Ley del Cierre o Clausura: “Las emociones están cerradas a juicios de la relatividad del impacto y a otros objetivos que no sean los suyos” (Frijda, 1988:354).

h.- Ley del cuidado por las consecuencias: “todo impulso emocional origina un segundo impulso emocional que tiende a modificarlo a la vista de sus posibles consecuencias” (Frijda, 1988:355).

i.- Leyes de la Carga más Ligera y de la Mayor Ganancia. Son también leyes relacionadas. “Ley de la Carga más ligera: siempre que una situación pueda ser vista de formas diferentes, existe una tendencia a verla de manera que minimice su “carga emocional negativa” (Frijda, 1988:356).

Esta perspectiva cognitiva sobre el estudio de las emociones, vistas en este apartado, se centra en la idea de que la activación de una respuesta emocional está vinculada básicamente a los procesos de valoración. Las distintas teorías de la valoración analizadas consideran el hecho sobre cómo las emociones son evocadas y se diferencian en base a evaluaciones subjetivas de las personas o a valoraciones de relevancia personal de la situación, o del objeto, etc. (Scherer, 1999). Una idea que se ve muy reflejada en la obra de Frijda (1993) que considera que los procesos de valoración se pueden considerar como la llave para la comprensión de las distintas emociones en diferentes individuos y en diferentes momentos. Unas valoraciones que, además de reflejar las condiciones que elicitaban diferentes emociones en diferentes personas, influyen en los patrones de cambios corporales, derivados de los patrones de actividad del sistema nervioso autónomo y del sistema nervioso central (Ekman, Levenson y Friesen, 1983; LeDoux, 1994; Levenson, 1994). De esta forma, además de influir las evaluaciones en los cambios fisiológicos, se implican también en las tendencias de acción y en la motivación (Frijda, 1986).

## 9.1. Martha Nussbaum y la inteligencia de las emociones

Dentro de esta línea cognitivo-valorativa, se encuentra también la aportación de Martha Nussbaum<sup>197</sup>, una filósofa estadounidense que aborda el estudio de las

---

<sup>197</sup> Enseñó filosofía y letras clásicas en Harvard en los años setenta y a principios de los ochenta, antes de trasladarse a la Universidad de Brown. Ha desarrollado un trabajo innovador en el estudio de las emociones con implicaciones para la ética y el derecho, que ha quedado muy bien reflejado en sus dos obras capitales: *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones* (Paidós, 2008) y *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley* (Katz, 2006). Fue galardonada en 2012 con el premio Príncipe de Asturias.



emociones considerándolas como un medio para reforzar la explicación de la racionalidad humana<sup>198</sup>. Su inclusión, en esta parte del trabajo y a pesar de no ser psicóloga, obedece a dos motivos fundamentales: el primero es que refleja mejor que nadie los planteamientos originales del cognitivismo y, el segundo, por su crítica al “sentido común” que, según ella, domina la época Moderna y que considera la razón y el cálculo como la única y mejor vía para resolver todas las cuestiones humanas.

En una de sus obras traducidas al español, *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley* (2006), Nussbaum hace un profundo estudio de las emociones, algo que ya había empezado a vislumbrarse en obras anteriores suyas. Trata temas como el miedo, la vergüenza, la gratitud y el rencor e intenta definir si son impulsos racionales o simplemente sentimientos vinculados con nuestra manera de ver el mundo; se pregunta si estas emociones son universales o si varían dependiendo de la cultura; si dichas emociones se aprenden y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, si pueden “desaprenderse” las emociones equivocadas.

En su argumentación, comienza cuestionando una forma de pensamiento promovida por el movimiento *Law and Economics*<sup>199</sup>, que considera la utilidad de las elecciones como el principal criterio para valorar la racionalidad normativa de las mismas obviando la influencia de factores emocionales. La autora considera que refleja la forma de pensar moderna con fuertes influencias en las teorías de la racionalidad. Nussbaum no sólo cuestiona este planteamiento, sino que rechaza abiertamente estas ideas al considerar las emociones como “respuestas inteligentes a la percepción de valor” (Nussbaum, 2012:21), como un componente más de la racionalidad. Para ella, las emociones comportan juicios relativos a cosas importantes, en los que, atribuyendo a un

---

<sup>198</sup> Las teorías de esta autora se han extraído, además de obras originales suyas (como las ya mencionadas), de la tesis doctoral realizada por Helena Modzelewski Drobniowski con el título *La educabilidad de las emociones y su importancia para el desarrollo de un ethos democrático. La teoría de las emociones de Martha Nussbaum y su expansión a través del concepto de autorreflexión*, defendida en la Universidad de Valencia en el año 2012.

<sup>199</sup> Richard Allen Posner, (1939) abogado norteamericano y juez en la Corte de Apelaciones del séptimo circuito, en Chicago, Estados Unidos, y Profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chicago es uno de los principales exponentes de este movimiento del Análisis Económico del Derecho, un movimiento intelectual cuyas características fundamentales se pueden definir como: individualista, defensor del racionalismo metodológico y consecuencialista. Mantiene el juez que sólo se deben respetar las elecciones de la gente como racionales en el sentido normativo si se puede demostrar que se adecuan al criterio de maximización de la utilidad y no reflejan la influencia de factores emocionales.

objeto externo relevancia para nuestro bienestar, reconocemos nuestra naturaleza necesitada e incompleta frente a porciones del mundo que no controlamos plenamente” (Nussbaum, 2012:41). Las emociones no pueden ser entes independientes del pensamiento o razón, "sino justamente lo contrario, pensamientos acerca del valor y de la importancia que se le da tanto a las personas como a las cosas con las que se interactúa continuamente" (Nussbaum, 2012:1). No son, por tanto, fuerzas ciegas o manifestaciones de la vida incompleta, del mundo privado o de una visión egoísta e individualista del ser, sino respuestas inteligentes con cinco características fundamentales:

1. que se dirigen a un objeto,
2. que se fundamentan en creencias,
3. que son eudaimonísticas,
4. que pueden originarse en instancias no evidentes de la historia del sujeto

5. que no necesitan necesariamente expresarse a través del lenguaje. Esto es, las emociones contienen en sí mismas una dirección hacia un objeto con el que se relacionan intencionalmente, puesto que surgen de la forma en que la persona percibe el objeto y las creencias que construye sobre él. Esta direccionalidad permite también distinguir las emociones de los impulsos naturales que no tienen objeto, ni hacen referencia a nada en concreto. Este objeto es, además, el que le otorga la intencionalidad a la emoción; esto es, la emoción depende de la forma propia y particular que el sujeto tiene de percibir e interpretar los objetos que le rodean, como algo activo, aunque pueda también estar dirigida a un objeto inexistente. Un ejemplo especialmente claro de esta posición, es la emoción del miedo, al entender que se trata del producto de la creencia de que existen inminentes eventos negativos, no trivialmente negativos, sino seriamente negativos, y que no está en nuestras manos el controlarlos. Deja pues establecida así la idea de que las “creencias relevantes” son condiciones, partes constitutivas, necesarias y suficientes de la emoción. En efecto, el mismo objeto puede provocar miedo, aflicción o compasión, según las *creencias* que se posean acerca del mismo, y sólo un examen reflexivo de los propios pensamientos permitirá discriminar entre estas emociones.

A lo largo de su extensa obra, desarrolla aún más esta relación entre las creencias y las emociones, especialmente la consideración de las primeras como condiciones de las emociones. Así por ejemplo, mantiene que para encolerizarse, la persona previamente debe tener la creencia de que otra persona tiene la intención de hacerle daño y puede hacérselo. Si un aspecto significativo de esa creencia dejara de tener valor posiblemente la cólera no se producirá o se atenuará. En el momento en que falten las creencias, las emociones no tendrán arraigo, al ser éstas condiciones y partes constitutivas de las mismas. De esta manera, entiende que las emociones pueden evitarse si rechazamos (o dejamos de considerar como verdaderos) los juicios que ellas conllevan, o mejor dicho, los juicios que las emociones *son*, ya que desde esta perspectiva bien podría decirse que un juicio de ese tipo *es* en sí mismo un “accidente geológico” (*upheaval*). Esto es:

Las emociones deben ser entendidas como “accidentes geológicos del pensamiento”: Cuando sufro de pena, no decido primeramente abrazar fríamente la proposición ‘Mi maravillosa madre está muerta’, escribía, y luego comienzo a sufrir. No, el reconocimiento real, completo de ese terrible evento [...] *es* el accidente geológico. Esto es, las creencias no son las causas de las emociones, ni los pensamientos, sino que todo forma parte de un mismo conglomerado que es la emoción. De esta manera expresa su acuerdo con la idea estoica de que las emociones equivalen a los pensamientos o juicios, por lo cual ella pasa a llamar a su propia perspectiva “neo-estoica” (Nussbaum, 2012:1).

Esta posición le lleva a otorgar a las emociones un carácter *eudaimonista* en clara referencia al valor que el sujeto da a las cosas origen de la emoción, sin importarle lo bien o lo mal que tales cosas se puedan ensamblar. El *valor* con el que el objeto está investido a los ojos del sujeto, los juicios de valor que nos importan para la emoción, son los que tienen que ver con los objetos que juegan un rol importante en la vida del sujeto. La idea de valor a la que se refiere la autora, se relaciona con las metas que para el sujeto vale la pena perseguir, lo que considera provechoso para dedicar su tiempo, lo que le parece bueno hacer o atender. En definitiva, lo valioso desde este punto de vista es algo que afecta directamente la vida del sujeto: “las emociones son en este sentido localizadas: tienen su lugar en mi propia vida y se focalizan en la transición entre luz y oscuridad allí [en mi propia vida], antes que en la distribución general de luz y oscuridad en el universo como un todo” (Nussbaum, 2012:31). Las emociones terminan

siendo una manifestación de lo que el sujeto considera valioso para sentir su vida completa (*eudaimonísticas*), como lo entendieron Aristóteles y el estoicismo: “tanto el vulgo como los cultos dicen qué es la felicidad (*eudaimonia*), y piensan que vivir y obrar bien es lo mismo que ser feliz” (Nussbaum, 2012:54).

Al relacionar la *eudaimonia* con los diferentes modos de vida, la voluptuosa, la política y la contemplativa, y con los bienes exteriores indispensables para el hombre, las emociones se convierten en objetos de reflexión consciente. Propone así, con su teoría, un modelo en el que las emociones son cognitivas, imbuidas de inteligencia y discernimiento sobre los objetos que nos rodean. Y, además, evaluadoras, ya que encierran pensamientos sobre la relevancia o importancia de dicho objeto. Sirven para efectuar estimaciones evaluativas de los objetos, ubicados en el mundo exterior que, aunque no afectan directamente al sujeto, sí se relaciona con el propio esquema de fines y objetivos que el sujeto establece sobre él en el mundo. Con todo, Nussbaum muestra que las emociones no pueden ser expulsadas del ámbito del razonamiento, pero tampoco pueden considerarse una facultad exclusiva para descubrir las normas básicas del comportamiento humano y de la convivencia. De hecho, al acudir a su listado de capacidades funcionales humanas básicas hallamos que el aspecto central concedido a las emociones no desplaza la importancia que se atribuye a la razón práctica para formar un concepto del bien e iniciar una reflexión crítica respecto de la planificación de la vida (Benedicto Rodríguez, 2012).

En conclusión, Nussbaum muestra como las emociones se deben considerar dentro del ámbito del razonamiento, que puede ser considerado como práctico al permitir descubrir la primera intuición sobre los objetos de valor, mientras que al razonamiento práctico le corresponde actuar como supervisora de dichas intuiciones básicas. Por tanto, su teoría, al centrarse en la función cognitivo-evaluadora de las emociones en función del marco normativo, se considera similar en parte a los de los psicólogos cognitivos y sociales<sup>200</sup>. Bajo este marco, considera que las emociones

---

<sup>200</sup> Esta es una de las ideas que llevan a considerar la teoría de Nussbaum de circular; es decir, por un lado considera que las emociones detectan ciertos bienes humanos básicos y, por otro, la influencia que tiene sobre ellas la estructura social a través de las creencias de las personas y cómo las mismas creencias puede modificar el contenido de las propias emociones. "Por lo tanto, la teoría cognitivo-evaluadora de las emociones que defiende es, en realidad, dependiente del marco normativo previo que ella misma establece sobre el florecimiento humano y sobre las condiciones materiales y sociales idóneas para su

poseen un enorme poder orientador de la conducta humana y de las demás capacidades y funciones psíquicas.

Bajo todas estas consideraciones, Nussbaum (2012) defiende tres ideas básicas relevantes que se encuentran en la concepción de toda emoción: 1) la idea de que una emoción es una valoración cognitiva o evaluación; 2) la idea de la relación de la emoción con los propios objetivos y proyectos importantes del sujeto y 3) la idea de la emoción en relación con los objetos externos en tanto elementos en el esquema de los propios objetivos. De esta forma, considera como componentes de la emoción tanto el entramado de percepciones, evaluaciones como las ideas complejas sobre lo que es bueno y conveniente para el sujeto, lo que le otorga un carácter eudaimonista a las mismas. En consecuencia, propone una teoría de las emociones eudaimonista que trata de dar respuesta a la pregunta acerca de cómo ha de vivir el ser humano y de lo que es bueno para él. De esta forma, conecta también su teoría con la aristotélica al considerar el estagirita que la búsqueda de lo que es valioso es la búsqueda de lo que es bueno para el ser humano, formando, a la vez parte de la vida emocional.

De ahí que resulte tan importante cerrar este apartado con la obra de Martha Nussbaum (2012), ya que ella demuestra desde la Filosofía lo que se viene argumentando desde la Psicología: las emociones tienen un papel relevante en el razonar humano. Pasan de ser enemigas del obrar racional, que deben ser reprimidas, a potenciales aliadas.

No se puede cerrar este bloque, sin hacer referencia a la relación que tienen las teorías cognitivas con la perspectiva aristotélica. La consideración de las emociones centradas en la valoración y en las creencias representa en cierta medida la recuperación del pensamiento del estagirita en el terreno de la Psicología y de la Filosofía. Por tanto, a pesar del alejamiento de la Filosofía de las primeras formulaciones “científicas” de las emociones Filosofía y Psicología vuelven a encontrarse (al menos en ciertos puntos) en el contexto de las propuestas cognitivistas, mientras que se produce un desencuentro con ciertas propuestas psicobiológicas.

---

desarrollo. Aunque deba admitirse que, para definir ese marco normativo se haya requerido la función que desempeñan las emociones para detectar algunos bienes fundamentales para la vida humana. En cualquier caso, el centro de la deliberación deberá girar en torno al examen de ese marco normativo, con el fin de evaluar el alcance y las posibilidades de sus repercusiones políticas" (Nussbaum, 2012:22).

## Recapitulación del Bloque III

A lo largo de este bloque se ha visto un proceso que, de alguna manera, es continuación del intento de naturalizar la psicología que se manifiesta al final y al principio de los siglos XIX y XX. Un intento de construcción de una Psicología Científica centrado en el protagonismo de los componentes biológicos, básicamente fisiológicos y funcionales del cerebro. Bajo esta concepción, las emociones son también tratadas en estos términos anatomofisiológicos como un producto del cerebro.

El avance de la Neurología y la Fisiología abren un nuevo camino. Permiten profundizar en el cerebro y no quedarse sólo en lo exterior, como lo hizo la Frenología, sino ahondar en sus estructuras y componentes con el fin de encontrar una respuesta al comportamiento humano a partir de sus funciones mentales. Se produce un proceso en el que, cada vez más con la ayuda de la tecnología, se está llegando a zonas más profundas del cerebro. Un proceso que está redefiniendo el término mente, cada vez más en desuso, por el de autoconsciencia. Se va a tratar a partir de un desarrollo individual de la autoconsciencia que, tras un proceso largo y gradual, después de auto-reconocimiento, se va desplegando en correspondencia con la complejización del lenguaje. Gracias a este último el individuo es capaz de construir modelos o categorías acerca de sí mismo y del mundo que le rodea, hasta su forma más elaborada, la autoconsciencia del adulto. Un autoconsciencia que favorece, a su vez, el desarrollo de la aparición del mundo emocional como una dimensión psicológica subjetiva y de referencia personal y, la generación de simulaciones internas de la experiencia subjetiva de los otros (teorías de la mente). Tanto la experiencia emocional como la teoría de la mente que el individuo desarrolla continúan elaborando y articulándose a lo largo del ciclo vital y es, junto con la dialéctica entre consciencia primaria y de segundo orden (fenomenológicamente hablando), lo que en último término caracteriza la subjetividad humana (Tracy, Robins and Tangney, 2007).

Para la argumentación de estas ideas, se ha iniciado el Bloque III, abordando las denominadas teorías psicobiológicas de las emociones. A partir de la Teoría de Pápez, como la primera y más emblemática, se ha ido abordando otras teorías (MacLean, Klüver-Bucy....) en las que, independientemente de sus diferencias, se centran en la

localización de las estructuras cerebrales responsables de las funciones ejecutivas superiores y de las emociones. Estudios que terminan ubicando el origen de lo emocional en el sistema límbico y en sus distintos componentes y de ahí, mediante diversas vías aferentes y eferentes, se relaciona con la razón.

Ahondando un poco más en tales estructuras, autores como Panksepp (2007) y LeDoux (2000) definen circuitos neuronales y sistemas bioquímicos específicos de las emociones con los que explicar incluso la razón humana. Unos estudios que apoyan fuertemente a los encuadrados dentro de la Neuropsicología de corte soviético. Luria (1973, 1975), como se ha visto en este bloque III, en su intento de relacionar las funciones ejecutivas superiores con las capacidades cognitivas, nos permite defender la estrecha relación que existe entre éstas con las estructuras cerebrales, los circuitos neuronales y los sistemas bioquímicos y las emociones.

Paralelamente, el desarrollo de las técnicas de neuroimagen y los estudios clásicos realizados con personas con lesiones cerebrales, refuerza aún más la estrecha relación entre las emociones y las funciones ejecutivas superiores. La relación causal que establece la Neuropsicología entre las lesiones y las manifestaciones conductuales, permite creer que la relación entre los procesos implicados en el pensamiento, en las emociones y en los sentimientos se debe a la existencia de una serie de sistemas cerebrales especializados. Se trata de sistemas cerebrales que se intersecan en las cortezas prefrontales, ventromediales y en la amígdala, siendo la corteza cingulada anterior (parte del sistema límbico) la responsable de aportar la energía para activar todos los procesos que conducen tanto a la acción externa (movimiento) como a la interna (animación del pensamiento/razonamiento). Por lo que, no cabe más que llegar a la conclusión de que las funciones mentales pueden explicarse a partir de estas estructuras cerebrales, pudiendo, además, formularse un modelo explicativo de la racionalidad humana. Además, la constatación de neurotransmisores que favorecen el procesamiento y la transmisión de información específica en zonas específicas, permite localizar con mayor evidencia el origen de las emociones en las estructuras más profundas del cerebro, como es la amígdala.

Se trata de un enfoque que coincide bastante con la tesis aquí defendida, ya que considera que el lóbulo frontal es el responsable de los procesos cognitivos complejos y

que está fuertemente condicionado por las emociones mediante su conexión con la amígdala. Este lóbulo cerebral está especializado en la realización de operaciones mentales dirigidas hacia fines que, además de permitir el control conductual, hacen posible la capacidad de elegir, planificar y tomar decisiones voluntarias y conscientes. En la realización de tales operaciones, la parte anterior de la corteza frontal, la corteza prefrontal (COF), desempeña un papel decisivo en la integración de la información, permitiendo esta elección de objetivos y la organización de los planes de acción para realizarlos. Una región muy relacionada también con los mecanismos de procesamiento de la emoción y de la recompensa a través de sus conexiones con el sistema límbico. Toda ello le permite a la corteza orbitofrontal implicarse en las funciones de integración sensorial, en la representación del valor afectivo de los reforzadores, en la toma de decisiones y en la formación de expectativas. Concretamente, se cree que la COF humana regula la planificación conductual asociada a la sensibilidad a la recompensa, al castigo y a la realización de juicios de coherencia intuitiva.

Como se ve, se ha pasado de una etapa, incluso dentro de la Neurología, en la que el funcionamiento del cerebro necesita considerar las emociones para poder comprender el comportamiento humano en su conjunto y la consciencia. No obstante, aún se sigue asumiendo las emociones desde una posición biológico-evolutiva. Autores como Ekman (1992), Panksepp (1998), Davison, Kalin y Jackson (2000) y el propio Damasio (2010) vienen a considerar que la función primaria de las emociones es la de movilizar al organismo para tratar rápidamente con tareas fundamentales para la vida, preparándolo para realizar aquellos tipos de actividad que han sido adaptativos en el pasado del individuo y de la especie. En esta sentido Aguado (2002) afirma: “Desde un punto de vista biológico-evolucionista, las emociones pueden considerarse como estados del organismo generados como respuesta a situaciones relevantes en relación con la supervivencia o la reproducción, como pueden ser el ataque y la defensa, el apareamiento y el cuidado de la prole.” (Aguado, 2002:1162)

Vienen, en definitiva, a dar la razón a Francesc Palmero y Enrique Fernández-Abascal (1998), en la introducción al libro, *emociones y adaptación* en la que dejan muy claro que si las personas tenemos emociones es porque son útiles y adaptativas. Es más, el papel adaptativo de las emociones no se restringe a simples reacciones para



sobrevivir, sino que las emociones constituyen un complejo proceso responsable de mantener la capacidad de resistencia biológica y psicológica y con hondas repercusiones en la salud y en el bienestar.

Esta posición, que defienden Palmero (1997) y Aguado (2002), sobre el papel adaptativo y evolutivo de las emociones, puede ser considerada como reduccionista al no reconocer el papel de lo externo y de la interacción, social y hasta cultural, en la génesis de las emociones. Una visión que si mantienen muchas teorías en la que consideran la experiencia, como apertura al exterior potenciada mediante procesos valorativos. Se trata de teorías de las emociones, de corte socio-cognitivas, como la de Arnold, Lazarus y Frijda, entre otros, que incluyen la importancia de lo social y contextual en la explicación de la racionalidad humana. Para éstos, la valoración de determinadas situaciones, incluidas las que tienen lugar en el desarrollo del niño, intervienen en su desarrollo emocional y éste en el razonamiento. Se trata por tanto, de un procesamiento de información que trasciende lo biológico y adaptativo hasta lo social y motivacional. De ahí que resulte interesante, la revisión de la concepción de las emociones, desde una posición más cognitivista y constructivista.

El cognitivismo, como modelo de procesamiento de información, aunque no reconoce directamente el papel si pone el énfasis en los mecanismos que se utilizan para el procesamiento de las señales recibidas. Se trata de una visión del ser humano que profundiza, relacionando las antiguas teorías psicofisiológicas con los nuevos sistemas de procesamiento de información surgidos del ámbito de la ingeniería y la electrónica. Bajo la metáfora del ser humano como máquina pensante, se pretende hallar los mecanismos cognitivos, en forma de algoritmos, que permitan hacer los cálculos necesarios para formular problemas y hallar su solución.

Una tendencia en el ámbito de la Psicología que, a partir de la década de los noventa, produjo un crecimiento exponencial de la investigación científica también sobre las emociones, buscando definirlas (las emociones) como factores intervinientes en los procesos cognitivos. Así, autores Mandler (1990), Lazarus (2001), Lang (1988), por ejemplo, proponen un modelo comprensivo en el sintetizan planteamientos biológicos con cognitivos bajo la consideración de la existencia de un sistema fisiológico innato que reacciona ante estímulos emocionales y otro cognitivo-cortical

adquirido cuya reacción es social y simbólica, funcionando ambos de manera conjunta para producir el output emocional.

Con ellos, adquiere una especial relevancia, en el momento actual, el énfasis que se está poniendo en la integración de diferentes niveles de análisis para establecer la relación de las emociones con la razón humana y el comportamiento en general: bioquímica, neurología y psicología. Su punto de partida, en la idea de la comprensión de los fenómenos emocionales como elementos fundamentales para que se produzcan los procesos neurobiológicos que los sustentan y los procesos cognitivos y psicológicos que de ellos emergen y que dan lugar a esas, a veces esquivas y quizás por ello tan fascinantes, experiencias a las que llamamos emociones.

Por su parte, esta idea de la experiencia emocional, entendida a partir de la interacción con el contexto y los demás, extiende la visión cognitivista hacia una más constructivista en la que lo externo adquiere su valor en la génesis de las emociones y la razón. Una visión que viene a complementar los enfoques anteriores, centrados en lo neurológico y en los mecanismos de almacenamiento, recuperación y transformación de la información. La idea de contexto o de medio ambiente, trasciende al ser humano hasta un nivel socio-cultural que le imprime no sólo las capacidades cognitivas, sino también las emocionales que favorecen la creación de la propia consciencia.

De ahí, que se cierre este bloque III con la inclusión de la obra de Martha Nussbaum. Una autora que considera que las emociones no sólo están relacionadas con el razonamiento humano, sino que se pueden considerar como indisociables de nuestra racionalidad práctica. Esto es, las emociones están dotadas de racionalidad en el sentido de que influyen en la valoración que se hace de la realidad, resaltando o avisando sobre aquellos aspectos de la misma que tienen una importancia crucial para la vida y nuestro bienestar. En definitiva, como dice Marta Gil Blasco (2014) en su tesis doctoral, “Sin ellas nos faltaría una pieza de nuestro mecanismo de toma de decisiones, del engranaje mental que nos permite deliberar y sopesar diferentes cursos de acción” (p. 69).

## Conclusiones

Inicié este trabajo con la pretensión de defender y demostrar la tesis de que las emociones no sólo no son un componente irracional del ser humano, sino que además, en ellas se apoyan y sobre ellas se levanta la razón.

He considerado, por lo tanto, que lo más conveniente era partir de la teoría orética de Aristóteles para ir, poco a poco, buscando en la historia de la Filosofía, primero, y luego en la de la Psicología, aquellas ideas que me sirvieran para argumentar esta posición. Nunca tuve la intención, como ya dejé claro en la presentación, de realizar una historia de la Filosofía o de la Psicología, ni tampoco de las emociones, lo que me movió fue intentar demostrar que las emociones son componentes, más o menos conscientes, de la racionalidad humana.

Tomar como punto de partida la idea aristotélica de orexis (ορεξις) me ha permitido mostrar que las emociones forman parte de una unidad sustancial en la que las operaciones racionales son consideradas como un atributo de ella. De esta forma, la aceptación aristotélica de la naturaleza cognitiva de las emociones, y su participación en el comportamiento y en los juicios humanos, me lleva a incluir los comportamientos sociales en el binomio mente-entorno como un componente esencial para estudiar el proceso evolutivo del ser humano y explicar la voluntad misma.

Además, a través de la Historia de la Filosofía, he podido profundizar en esta idea de Aristóteles y comprobar cómo se han ido integrando los factores culturales en el binomio hombre-medio. En esta dirección han sido importantes las aportaciones de Tomás de Aquino, de San Buenaventura y de Hume. Igualmente lo ha sido la visión sobre la unidimensionalidad de las sustancias de Spinoza y, cómo no, el valor de la experiencia en el desarrollo cognitivo-emocional del hombre (Locke, Condillac).

Se trata de una línea de pensamiento que me lleva a rechazar las emociones como meros componentes irracionales del ser humano. Más bien todo lo contrario, asumo una visión, defendida por diversos psicólogos y filósofos, que consideran las emociones como la consecuencia de procesos valorativos acerca de las cosas y las personas que conforman el entorno material y social del ser humano. Unos procesos

emocionales de los que emergen los juicios, basados en las creencias y en las convicciones que el ser humano se forma a lo largo de su experiencia, y que, bajo la forma de estructuras de significado, dirigen la conducta.

Por todo ello, considero que las emociones tienen su origen en la valoración que el propio sujeto hace de las sensaciones emocionales, internas o externas, que va experimentando a lo largo de su vida y que le mueven a la acción. Esta creencia se fundamenta, como vengo diciendo, en la Filosofía Aristotélica y su desarrollo hasta la Psicología Cognitiva, pasando por autores tan relevantes como Hume (1740) y Schopenhauer (1819). Esta postura, me permite también afirmar que el sujeto construye, gracias a las emociones, su propio mundo, ético, estético, social e, incluso político y su propio Yo. Una posición que actualmente se recoge en teorías como las de Arnold (1960), Lazarus (1984), Frijda (1988) y, cómo no, a la de Marta Nussbaum (2012). En definitiva, podemos definir las emociones como el resultado de la valoración que hacemos los seres humanos de las experiencias vividas tal y como las sentimos y su relevancia dentro del espacio vital en referencia al pasado, presente y futuro.

Si tuviera que destacar en este trabajo una figura que aglutine el enfoque que defiende sobre las emociones, ésta sería la de Henry Wallon (1987), en especial. El valor que él atribuye a las emociones, como fruto de la conjunción simultánea de factores íntimos y de factores externos, resulta de lo más apropiado para explicar la racionalidad humana. Su posición, además de estar en consonancia con la hipótesis de este trabajo y con las ideas filosóficas que la sustentan, me permite considerar las emociones, junto con el lenguaje, como factores esenciales en la formación de la identidad personal, sin desechar la naturaleza biológica de ambos. Como afirma el propio psicólogo, es “gracias a la emoción y a través de ella como el niño se convierte de ser biológico en ser social” (Wallon, 1987:60).

Bajo este punto de vista, llego por tanto a la conclusión de que las emociones no son nada en sí mismas, no tienen existencia “per se”; sólo pueden ser y adquirir valor en su expresión a través de los diferentes significados que le otorgamos. No se trata de una mera deducción, sino de un hecho que se observa a lo largo del desarrollo de los seres humanos, en el que las emociones se van integrando en sistemas cada vez más complejos que permiten interactuar mejor con el medio y dar consistencia al propio Yo.

Por tanto, las emociones, al poseer la capacidad de ayudar a superar las dificultades que atravesamos en la relación con el entorno, deben estar relacionadas también con el pensamiento y la inteligencia.

Por tanto, y en consonancia con lo anterior, la consciencia, entendida como el Yo o la mente, debe considerarse también como una cualidad que se construye socialmente por medio de una simbiosis afectiva que el niño establece con sus iguales. Una simbiosis, repito parafraseando a Wallon, fruto de un proceso cognitivo que se produce como transición desde los factores biológicos o naturales, a los condicionamientos sociales o culturales y, gracias siempre a la presencia del otro y de lo otro. Así lo confirman también diversos autores tratados a lo largo de los capítulos de esta tesis, como, el mencionado Wallon (1987), Spitz (1965) o Vigotsky (1932) entre otros.

No obstante, he de decir que, a lo largo del desarrollo de esta tesis, me he encontrado con corrientes que, a pesar de haber surgido en los ámbitos de la Filosofía y de la Psicología, han trascendido hasta la Neurología buscando encontrar en ella las bases sobre las que explicar tanto las emociones humanas, como el resto de las funciones mentales. Se trata de una concepción de las emociones, y en general de la psique humana, diferente a la que defiende en esta tesis. Plantean un enfoque fisicalista, cuyo origen, personalmente, localizo en la visión veterotestamentaria del ser humano, en la que todas las funciones mentales, incluidas las emocionales,<sup>201</sup> se localizan en el cuerpo y son fruto de procesos orgánicos. Evitan recurrir a conceptos mentales, no empíricos, y se centran en el cerebro como el lugar donde localizar todas las funciones mentales y emocionales. Los trabajos de fisiólogos y anatomistas, como Galeno, Vesaglio, Willis, etc., van reforzando esta visión del ser humano, hasta su consolidación, en los siglos XX y XXI, en una teoría cerebro-centrista como la defendida por la Neurología. En ella, la estructura del cerebro, las neuronas y sus conexiones son la clave para explicar la mente humana. Una posición tan fuertemente arraigada en el ámbito de la Neurociencia que hasta el premio Nobel Francis Crick (1994) escribió:

---

<sup>201</sup> Siempre que hablo de funciones mentales incluyo también las emocionales

Usted, sus alegrías y sus penas, sus recuerdos y sus ambiciones, su propio sentido de la identidad personal y su libre albedrío, no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y moléculas asociadas (Crick, 1994:3)

Tras un detenido análisis, de esta visión neurológica de la psique humana, observo dos grandes problemas a la hora de intentar explicar las funciones cognitivas y emocionales: el primero es el de la “significación” excesivamente atrevida que hace de la correlación estadística en términos de causalidad.<sup>202</sup> Inferir, de las correlaciones entre las lesiones cerebrales (localizadas) y las funciones cognitivas que el paciente tiene deterioradas, la existencia de una relación causal y la ubicación de dicha función en el cerebro es un atrevimiento que cuestiona la praxis científica. Por otra parte, pretender explicar todas las funciones mentales a partir del cerebro, mediante una argumentación monista fisicalista, es ofrecer una visión solipsística del ser humano, suponiéndole en un espacio etéreo, vacío, en el que nada le influye. Como reseña Marino (2011), la Neurología ofrece una imagen del ser humano consistente en puntos coloreados en un cerebro, en la que da la sensación de que todo está dentro.

A mi modo de ver, el cerebrocentrismo sólo ofrece los conocimientos sobre los mecanismos anatómicos, fisiológicos y funcionales del cerebro que sustentan la actividad psíquica de los seres humanos. Pero esta actividad psíquica necesita de otras teorías, filosóficas y psicológicas, como las que ofrecen la Fenomenología, el Cognitivismo y el Constructivismo, por ejemplo, para poder ser entendidas plenamente. De ahí que la Psicología no se deba reducir a la Neurología, o la Psicobiología, ya que el cerebro es sólo un componente más a tener en cuenta en la explicación de la mente y la conducta humanas y necesita de un entorno en el que pueda desarrollarse.

De todo lo anterior surge mi enfoque, centrado en la idea sobre la necesaria interacción que existe entre el cerebro y el entorno y la valoración, cognitiva y emocional, que el sujeto hace de las constantes experiencias que va viviendo a lo largo

---

<sup>202</sup> El profesor James Woodward (1997), insiste en la diferenciación entre la correlación y la causalidad. La existencia de variaciones conjuntas no debe llevar necesariamente a establecer una relación causal entre los eventos. Entre sus argumentos se encuentra la necesidad del intervencionismo como vía para demostrar la relación causal. Para él, no todas las relaciones correlacionales son potencialmente manipulables ni controlables, pudiendo solamente defenderse la existencia de una relación conjunta.

de su desarrollo. La mente, su estructura, su naturaleza volitiva y emocional, debe ser entendida como una construcción que se produce a partir de la interacción con el medio y con sus iguales. Una mente, que no es más que la consciencia de ser y estar en interacción con un mundo lleno de objetos y seres, que se forma a partir de la acción y que trasciende en el tiempo. En definitiva, la mente no es más que la construcción que hace el sujeto de la realidad, gracias a sus mecanismos de procesamiento de información, en el que incorpora su propio Yo personal y emocional, lo otro (lo demás) y los otros. Esto es, la mente es la consecuencia de todo un proceso que surge de la interacción entre el hombre y el medio, y que, a través de procesos mentales cognitivos y emocionales, configura la noción de Yo.

Una interacción entendida, eso sí, como una condición absolutamente necesaria, aunque no suficiente para la formación de la propia consciencia y de todas las funciones mentales y emocionales, y para que las estructuras anatómicas del cerebro puedan desarrollarse y funcionar de manera óptima.

Aquí es donde entran en juego las emociones que, como vengo afirmando, son las que aportan la calidad necesaria al proceso interactivo para permitir el desarrollo óptimo de las funciones cognitivas.

De ahí que, entre los argumentos empíricos que fortalecen mi tesis, se encuentren, en primer lugar, en el desarrollo motor y cognitivo que experimenta el bebé en los primeros meses de vida. Es un hecho que el bebé recién nacido trae un repertorio de conductas innatas y universales que posibilita la relación con sus iguales: la sonrisa, la mirada, el llanto y la orientación preferente hacia estímulos sociales<sup>203</sup>. Dichas conductas, que comienzan siendo reflejas, terminan convirtiéndose en voluntarias gracias a su ejercitación en el entorno, a la interacción con los demás y a la maduración neurológica del bebé. Éste se encuentra inmerso, desde sus primeros días de vida, en un proceso interactivo en el que la relación de apego con las personas que le rodean tiene especial trascendencia para el desarrollo posterior. Como defiende Bowlby (1969), el apego debe ser entendido como un modelo mental en forma de representación que el niño construye gracias a la interpretación que hace de sus experiencias de relación con

---

<sup>203</sup> Trevarthen (1993), denomina a estas conductas como favorecedoras de la intersubjetividad primaria, frente al lenguaje que propician la intersubjetividad secundaria.

él y con los seres que le cuidan. Se trata de una representación que posee componentes cognitivos (expectativas, por ejemplo) y afectivos (como el caso de la seguridad y tranquilidad) necesarios para interpretar la realidad que le rodea y que, en caso de ir bien y sentirse atraído por la persona o personas en cuestión, el niño construye una representación positiva que le lleva a sentirse competente. En caso contrario, esto es, si no construye una representación positiva, los efectos sobre el desarrollo cognitivo serán bastante graves (Bowlby, 1969). Por tanto los componentes cognitivos y emocionales van de la mano en el proceso de constitución del ser humano.

Un aspecto importante de la relación de apego en este proceso de construcción de la consciencia está en su origen. Aunque las tradicionales teorías conductistas lo atribuían a procesos de aprendizaje basados en la relación estímulo-respuesta-consecuencia, mediante la asociación de los cuidados de la madre (objeto del apego) con la satisfacción de sus necesidades, esta no ha podido ser validada. Los estudios experimentales revelan que la afectividad tiene más peso en el establecimiento del apego que la búsqueda de reforzadores relacionados con la alimentación. Así lo ha demostrado el matrimonio Harlow (1962),<sup>204</sup> mediante el estudio de la relación de apego con monos Rhesus, y los llevados a cabo por Spitz (1965) sobre el hospitalismo. Ambos, revelan la importancia de la afectividad en la creación de los primeros vínculos y del desarrollo cognitivo.

La importancia de las emociones en el apego y las relaciones sociales afecta también a su influencia sobre el Sistema Nervioso, como describen el matrimonio Harlow (1962), Spitz (1965) y Bowlby (1986). Esta influencia ha sido corroborada por

---

<sup>204</sup> El matrimonio Harlow, investigando la capacidad de aprendizaje de monos Rhesus, detectó los efectos negativos de la privación afectiva. Al aislar a un grupo de crías para instruir las (sin los refuerzos o castigos de sus madres) observaron que la separación de sus madres tuvo un efecto negativo (episodios de terror, conductas autocentradas o depresivas...). En sus experimentos, pusieron en las jaulas dos madres "sustitutas", una de alambre y otra de felpa, ambas con biberones de leche; las crías sintieron preferencia por la de felpa (incluso cuando se sentían atemorizadas). Los Harlow concluyeron que si existe alguna conducta instintiva en los monos, ésta se dirige hacia la búsqueda de afecto y protección, no de comida. También confirmaron la existencia de complejas pautas de filiación entre los monos. Desde el nacimiento, ya muestran su orientación social en conductas como el abrazo, la elevación de la cabeza o la prensión refleja de manos y pies; por su lado, las madres exhiben patrones maternos, ofreciendo protección y cuidados. Cuando las crías son independientes, las madres le retiran la ayuda para que, ya maduras, se relacionen con otros monos. Una revisión de sus trabajos se pueden encontrar en Harlow, H.F. y Harlow, M.K. (1962). Social deprivation in monkeys. *Scientist American*, 207,136-146 y en Harlow, H.F. y Harlow, M.K. (1965). Learning to love. *American Scientist*, 54,244-272.



otros investigadores como Perry y Azad (1999), Goenjian, Steinberg, Najarian, Fairbanks, Tashjian y Pynoos (2000), Kendler, Kuhn y Prescott (2004) y Suomi (2004). Todos ellos defienden que incluso ciertos traumas infantiles puede alterar el cerebro medio, el Sistema Límbico y las estructuras del tronco cerebral por modificaciones secundarias debido a reacciones extensas de alarma. Afirman también que el desarrollo cortical puede retrasarse por experiencias de abandono y privación en épocas tempranas de la vida. En la fobia social se ha comprobado que los niños con inhibición presentaban un menor umbral de respuesta límbico-hipotalámica ante cambios inesperados del entorno o eventos nuevos que no se lograba asimilar con facilidad. Este es un ejemplo de cómo los conocimientos fisiológicos del cerebro son útiles para las teorías mentalistas.

En el caso de los bebés ciegos se evidencia, quizás mejor que en otros casos, la importancia de la afectividad en el desarrollo cognitivo. Debido a las dificultades de los adultos para interactuar con ellos, presentan problemas en las manifestaciones de la intersubjetividad primaria, en la comunicación y la interacción intencional. Estos problemas en el desarrollo cognitivo no se deben achacar directamente a la ceguera, ya que, como mantienen Freedman, (1964), Fraiberg, (1977) y Rogers y Puchalski, (1984), cuando se establece la sincronía adecuada entre el niño y la persona encargada de su cuidado, éste evoluciona siguiendo unas etapas similares a las de los videntes, aunque las vías que utilizan en esa génesis son diferentes.

En definitiva, se trata de ejemplos que vienen a reflejar que el *Yo*, como representación mental de la propia identidad, surge a partir de las experiencias vividas desde la más temprana infancia y de los pensamientos y emociones que se van codificando en la memoria. Las experiencias obtenidas gracias a la relación con los demás en un entorno concreto se almacenan en la memoria episódica. Por tanto, no es, como afirma Damasio (2010), que sólo el cerebro es el creador del yo, sino que, lo realmente importante es el valor emocional que tienen las experiencias vividas con los demás; esto es, el significado y la repercusión que dicha experiencia tiene en el momento presente y en el futuro.

Aunque he de decir que mi enfoque no niega de pleno todos los postulados que defienden las teorías cerebrocentristas, como la de Damasio, ya que entiendo que la

capacidad del cerebro para organizar y procesar la información recibida tiene también un papel importante. Más bien propongo considerar la interacción con el entorno y la vivencia en primer lugar y el cerebro como condición para su procesamiento y para que se produzca lo que se entiende como razón humana después. Por ello, la idea de *engrama* me resulta especialmente valiosa para explicar la base emocional de la razón al permitir conjugar estas dos características esenciales del cerebro: su plasticidad y su desarrollo.

Los engramas, como se analizó en el Bloque III, poseen la capacidad de cambiar según las exigencias que el medio interno o externo impongan al ser humano para su adaptación. El origen social de muchos de los cambios observados en los engramas nos lleva a fortalecer los planteamientos de Vigotsky (1932, 1934), acerca de que la mente primero es interpsicológica y luego se hace intrapsicológica.

Las emociones, como mecanismo que otorga el valor y la significación a la experiencia, hacen posible el desarrollo de la propia identidad y, a partir de ahí, el desarrollo de las demás funciones mentales. Al final, la consecuencia de todo ello, es un ser humano con capacidad para sentir y para razonar, en el que las emociones otorgan el significado a todo este proceso. Las emociones son el pegamento que une todos los elementos que participan en el razonamiento.

La plasticidad del cerebro es, posiblemente, la característica que mejor explica las teorías dialécticas y, sobre todo, mi posición sobre el valor de las emociones en la racionalidad. El cerebro se halla en un estado constante de cambio causado por la relación que el sujeto mantiene con el medio, esto es, gracias a la experiencia dinámica. La Neurociencia nos revela, no sólo cómo aprendemos, sino también de qué manera el cerebro cambia su estructura y su química para almacenar información, para evocarla, para responder a eventos emocionalmente fuertes y para adaptarse a un mundo en permanente cambio. La influencia del ambiente sobre el cerebro es tan fuerte que la neurocientífica Nancy Andreasen (2001)<sup>205</sup> llega a decir que es la plasticidad del

---

<sup>205</sup> Nancy Andreasen Coover es una neuróloga y neuropsiquiatra estadounidense, profesora de Psiquiatría en la Universidad de Iowa Roy J. y Lucille A. Carver College of Medicine. Andreasen fue pionera en la aplicación de técnicas de neuroimagen en las principales enfermedades mentales, y publicó el primer estudio cuantitativo de imágenes por resonancia magnética de anomalías cerebrales en la esquizofrenia.

cerebro la que permite al ser humano liberarse de las fuerzas deterministas de la genética. Incluso, como mantiene también Gabbard (1992)<sup>206</sup> el significado subjetivo de un acontecimiento puede ser la causa directa de un cambio neuroquímico. El psicólogo americano Ira Hyman (1999)<sup>207</sup>, en relación a los trastornos mentales, al referirse a los fenómenos de penetrancia y expresividad,<sup>208</sup> sugiere que el desarrollo y los factores ambientales deben necesariamente interactuar con los genes para producir, entre otras cosas, la enfermedad mental. Una vez que los genes se activan por los procesos de desarrollo celular, el monto o rango de su expresión está fuertemente regulado por señales del ambiente a lo largo de la vida.

Hoy día, se sabe que el cerebro sano tiene una cantidad de neuronas que mejoran las señales excitadoras y otras que bajan el tono de las señales inhibitorias. Un estudio realizado con animales en The Scripps Research Institute (TSRI) sugiere que la estimulación del mundo exterior no sólo guía el desarrollo temprano de estas neuronas “excitadoras”, sino que lleva a que las neuronas inhibitorias se dividan en dos tipos diferentes, con funciones diferentes en el cerebro. Esto añade un nivel de complejidad sobre la regulación en los circuitos cerebrales bastante importante, ya que, suponiendo que estas conclusiones sean válidas en los seres humanos, podrían dar una idea de cómo se desarrollan los circuitos de nuestro cerebro. Además, y si como dice Hollis Cline (2016), el investigador principal de este estudio, la función de las neuronas inhibitorias en los diferentes circuitos se define en las etapas tempranas del desarrollo, se abre la posibilidad de considerar primordial, no sólo el desarrollo temprano, sino también la idea de que algunas neuronas podrían no estar pre-programadas para tener una función.

---

<sup>206</sup> Carl Gabbard es profesor y director del Laboratorio de Desarrollo Infantil de la Texas A & M University. Su obra está centrada en el estudio del desarrollo motor desde la Psicología Evolutiva, de tal manera que lo considera como el producto de los procesos de interacción dinámica entre los diversos sistemas biológicos y contextos ambientales.

<sup>207</sup> Ira Hyman, psicólogo estadounidense, profesor de Psicología en la Universidad de Western Washington en Bellingham, Washington, centra su investigación en el estudio de la memoria humana, incluyendo las memorias traumáticas, los falsos recuerdos de la infancia, la memoria autobiográfica y la memoria en el contexto social. Busca, en sus investigaciones sobre las cualidades de la memoria, demostrar si los juicios se deben a recuerdos o a resultados de experiencias vividas.

<sup>208</sup> Ambas expresiones se relacionan con la variación de la expresión genética. La penetrancia es la frecuencia de la expresión de un alelo cuando está presente en el genotipo del organismo (Si 9/10 de los individuos que llevan el alelo expresan la característica, se dice que ésta tiene el 90% de penetrancia) y la expresividad hace referencia a la variación en la expresión de un alelo cuando éste es penetrante.

Serán pues las experiencias las que podrían determinar la forma en que éstas se desarrollan. Así lo revelan los resultados que evidencian la plasticidad de las neuronas ante la experiencia, ejerciendo, a su vez, un papel importante en el desarrollo del cerebro. En resumen, Cline y su equipo (2016) muestran cómo en el cerebro sano, las neuronas inhibitorias funcionan en el mismo circuito con las neuronas excitadoras para asegurar que éstas, las neuronas excitadoras, no disparan demasiado o demasiado poco. Los investigadores sugieren también que un tipo de neurona inhibitoria inhibe los demás inhibidores, añadiendo una segunda capa de control para mantener el circuito en equilibrio. Todo ello, les lleva a considerar la necesidad de realizar estudios orientados a comprender exactamente qué parte de la identidad de una neurona es impulsada por la experiencia y qué determina los dos tipos de neuronas inhibitorias.

Con todo lo dicho, no se puede cerrar este párrafo sin hacer referencia a las palabras que Don Santiago Ramón y Cajal pronunció en la Sociedad Real de Londres en 1894a sobre la plasticidad del cerebro: “el ejercicio mental, decía, facilita un mayor desarrollo de las estructuras nerviosas en las partes del cerebro en uso. Así, las conexiones preexistentes entre grupos de células podrían ser reforzadas por la multitud de terminales nerviosas” (p. 446).

A mi juicio estas palabras gozan aún de una enorme actualidad, como lo demuestra el hecho de que numerosos estudios, comentados a lo largo de esta tesis, vienen a demostrar que la estimulación ambiental induce respuestas de plasticidad en el cerebro adulto, entre las que destacamos la arborización, la gliogénesis (desarrollo de las células Glía), la neurogénesis y el aprendizaje mejorado. Así lo vio también Hebb (1980) cuando formuló la noción de “ambiente enriquecido” como un concepto experimental. Y así se entiende en este trabajo en el que se introducen las emociones como el pegamento necesario para unir y dar coherencia a todo el proceso cognitivo

Las nuevas aportaciones de la Neurología, vienen a confirmar mi teoría sobre el papel del ambiente en la estructura neurológica del ser humano y su organización centrada en las emociones como la base desde la que emerge la razón. Como ya se comentó en el bloque III, la ínsula es el centro desde donde se controla la racionalidad humana a partir de las emociones. Como se vio, integra información cognitiva, sensaciones fisiológicas y predicciones de lo que pasará. También procesa la información de los sentidos y las

emociones que provienen de la amígdala, de manera que nos permite afrontar las situaciones amenazadoras importantes. Así mismo, participa en la conversión de un estímulo neutro en uno condicionado, de modo que predice y anticipa las posibles consecuencias negativas del mismo. Tomando como ejemplo la emoción de miedo, se considera que, gracias a su relación con la corteza cingulada anterior dorsal, ejerce un papel relevante en el aprendizaje de las cosas y las situaciones que producen miedo y de la consecuente conducta de activación, así como en la experiencia subjetiva de la ansiedad. Por tanto, se le puede atribuir la función de “mediador racional” en situaciones de conflicto cognitivo, ya que determina la importancia que tiene el estímulo. Este descubrimiento, muy afín a mi tesis, viene a negar lo que se pensaba hasta ahora sobre el papel de la amígdala como la sede cerebral del miedo en los humanos asumiéndolo la corteza insular, como ya se dejó claro en el bloque III (Ávila Parcet y Fullana Rivas, 2016:50).

De todo ello, se puede defender que las emociones son esenciales para que el ser humano desarrolle su capacidad para aprender ya que, no sólo pueden modificar su estructura cerebral, sino favorecer también la construcción de las ideas, las creencias y las convicciones; esto es, el conocimiento sobre el que se levanta la razón. Martha Nussbaum (2012, 2014), apoya esta posición, al asumir que los seres humanos son intencionales, y que las emociones son la base de las creencias. Según ella, estas creencias, al final, no son más que un producto construido sobre las experiencias y la utilidad que el sujeto les otorga para su desarrollo posterior. Por todo ello, Nussbaum califica a las emociones de eudaimonistas, ya que poseen la capacidad de relacionar los objetivos del ser humano con sus proyectos de vida y, por tanto, con su capacidad de razonar.

Para concluir, y como epílogo final que recoge mi forma de entender las emociones sólo decir que creo que se puede asumir que las emociones desempeñan una función en la vida individual y social de las personas más importante de lo que algunos filósofos, neurólogos y psicólogos pensaban en el pasado, idealizando la razón y endemoniando las emociones. Así, a lo largo de los diferentes capítulos en los que se ha dividido este trabajo, se ha visto cómo las emociones han sido consideradas estados mentales poco confiables cuyo principal fin se encuentra en la adaptación.

Especialmente, esta consideración de las emociones se mantiene viva en nuestra sociedad en la que la primacía de la razón y la cognición sobre las emociones es un hecho. Como dice Sternberg (1997), “el cociente intelectual domina únicamente porque se lo permitimos”.

Por todo ello, no me resta más que decir que si queremos llegar algún día a una teoría psicológica de las emociones, necesitamos considerar que las emociones están implicadas en la emergencia de la razón, de la consciencia y la mente humana.

## Bibliografía

- Aguado, L. (2002). Procesos cognitivos y sistemas cerebrales de la emoción. *Revista de Neurología*, 34, 1161-1170.
- Agustín de Hipona. *Confesiones*. Madrid: Espasa Calpe, 1983
- Agustín de Hipona. *La Ciudad de Dios*. México, DF: Porrúa, 1994
- Alvarez, J. A. & Emory, E. (2006). Executive Function and the Frontal Lobes: A Meta-Analytic Review. *Neuropsychology Review*, 16(1), 17-42.
- Andreasen, N. (2001). *Brave New Brain*. New York: Oxford University Press.
- Arendt, H. (2001). *El concepto de amor en san Agustín*. Madrid: Ed. Encuentro.
- Arias Domínguez, A. (2000). ¿Ha logrado Dennett quinear los qualia?. Una revisión naturalista. *A Parte Rei* 73. Recuperado de internet en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/arias73.pdf>
- Ariño Verdú, A. (1991). Sartre, del yo trascendental a la conciencia sin yo. *Ágora: Papeles de Filosofía*, 10, 119-127
- Aristóteles. *Obras Completas*. Madrid: Editorial Gredos, 2011.
- Armstrong, D. (1999). *The Mind-body Problem: an Opinionated Introduction*. Westview Press: Hard & pbk.
- Arnold, M.B. (1960). *Emoción y personalidad: Aspectos neurológicos y fisiológicos*. Argentina, Buenos Aires: Losada
- Arnold, M. B. (1970). Perennial problems in the field of emotion. In M. B. Arnold (Ed.), *Feelings and emotions: The Loyola symposium* (pp. 169-185). New York: Academic Press.
- Arnold, M. B. (1984). *Memory and the brain*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.

- Asquith, P. D. & Kyburg, H.E. (1979). *Current Research in Philosophy of Science*. East Lansing, Mich.: Philosophy of Science Association
- Aston-Jones, G., Rajkowski, J., Kubiak, P., Valentino, R.J. & Shipley, M.T. (1996). Role of the locus coeruleus in emotional activation. *Progress in Brain Research*, 107, 379-402.
- Ávila Parcet, A. & Fullana Rivas, M.A., (2016). El miedo en el cerebro humano, *Mente y Cerebro*, 78, pp. 50-51.
- Ayllón, J.R. (2001). *En torno al hombre. Introducción a la filosofía*. Madrid: Rialps.
- Baer, K.E. v. (1828). *Über Entwicklungsgeschichte der Thiere*. Königsberg: Bei den Gebrüdern Bornträger.
- Bain, A. (1855). *The Senses and the Intellect*. New York: Adegis Graphics LLC, 1999
- Bain, A. (1859). *The Emotions and the Will*. UK: The Classics, 2013.
- Bain, A. (1861). *On the study of character, including an estimate of phrenology*. New York: Kessinger Publishing, 2004
- Bain, A. (1875). Las ideas de Darwin sobre la expresión de las emociones. *Revista Europea*, I, III,(53), 568-578.
- Baldo, B.; Jain, K.; Varaldi, L.; Koob, G.F. & Markou, A. (1999). A dopamine D1 agonist elevates self-stimulation thresholds: comparison to other dopamine-selective drugs. *Pharmacology, Biochemistry and Behavior*, 62, 659-672.
- Barcia-Salorio, D. (2004). Introducción histórica al modelo neuropsicológico. *Revista de Neurología*, 39 (7), 668-681.
- Bard. P. (1938). *Macleods Physiology in Modern Medicine*. USA, C.V.: Mosby Publishing Company.
- Bard, P. (1929). Emotion. I. The neuro-humoral basis of emotional reactions. In: Murchison, C. (Ed.), *The Foundations of Experimental Psychology* (449-487). Clark University Press, Worcester, MA.
- Bell, C. (1811). *An Idea of a New Anatomy of the Brain; submitted for the observations of his friends*. London: privately printed pamphlet.



- Bell, C. (1830). *The Nervous System of the Human Body*. London: Long-Man.
- Benedicto Rodríguez, R., (2012). Martha Nussbaum: emociones, Mente y Cuerpo. *Themata. Revista de Filosofía*, 46, 2, 591-598.
- Ben-Ze'ev, A. (2000). *The Subtlety of Emotions*, Cambridge, MA: MIT Press.
- Berridge, K.C. & Robinson, T.E. (1998). What is the role of dopamine in reward: hedonic impact, reward learning, or incentive salience? *Brain Research Reviews*, 28, 309-369.
- Berkeley, G. (1710). *Tratado sobre el conocimiento humano*. Argentina, Buenos Aires: Aguilar, 1962.
- Binet, A. (1903). *L'Analyse experimentales de l' intelligence*. Paris: Scchleicher.
- Bocardo C.E., (2006/2007). El control racional de las emociones. *Cuestiones Pedagógicas*, 18, 47-64.
- Boeri, M. & Balzaretti, L. (2002). *Epicuro: vida, doctrinas, morales, testimonios*. Argentina, Rosario: HyA Ed.
- Bonnet, C. (1754). Essai de Psychologie. In Charles Bonnet, *CEuvres d'Histoire Naturelle et de Philosophie* (tomo 8, p. 1). Suiza, Neuchatel: Samuel Sauche 1779,
- Boring, G.E. (2006). *Historia de la psicología experimental*. México: Editorial Trillas.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment. Attachment and loss: Vol. 1. Attachment*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J., (1980). *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*. Barcelona: Ed. Paidós, 1993.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.
- Boyle, R. (1647). *The Excellency and grounds of the Mechanical Philosophy*. London: T.N. for Henry Herringman.

- Bradley, M. M., & Lang, P. J. (2000). Measuring emotion: Behavior, feeling, and physiology. In R. Lane & L. Nadel (Eds.), *Cognitive neuroscience of emotion*, (242–276). New York: Oxford University Press.
- Bray, C. (1838). *The Education of the Feelings*. London: Taylor & Walton.
- Brennan, J. F. (1999). *Historia y sistemas de la psicología*. México: Prentice Hall.
- Brentano, F. (1874). *Psicología desde un punto de vista empírico*. Madrid: Revista de Occidente, 1935.
- Brentano, F. (1889). *El origen del conocimiento moral*. Madrid: Tecnos, 2002.
- Breland, K. & Breland, M. (1961). The misbehavior of organisms. *American Psychologist*, 16, 681-684
- Broca, M. P. (1861). Remarques sur le siège de la faculté du langage articulé, suivies d'une observation d'aphemie (Perte de la Parole). *Bulletins et Memoires de la Societe Anatomique de Paris*, 36, 330–357.
- Brown, T. (1820). *Lectures on the Philosophy of the Human Mind*. Edimburgo: Tait, Logman.
- Bruner, J. (1998). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, J (1960). *The Process of Education*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Cannon, W.B. (1927). The James-Lange's theory of emotion: a critical examination and an alteration. *American Journal of Psychology*, 39, 106-124.
- Cannon, W. (1929). Organization for Physiological Homeostasis. *Physiological Reviews*, IX, (3), 299-431
- Cannon, W.B. (1931). Again the James-Lange and the thalamic theories of emotions. *Psychological Review*, 38, 281-295.

- Cannon, W.B. (1966). The mechanism of emotional disturbance of bodily functions. En R. Sternbach (Ed.), *Principles of Psychophysiology* (pp.165-172). New York: Academic Press.
- Cano López, A.J. (2009). *La teoría de las pasiones en David Hume. Del modelo clásico de las pasiones al paradigma ilustrado* (Tesis doctoral). Murcia: Universidad de Murcia
- Cano López, A.J., (2011). La teoría de las pasiones de Hume. *Δαιμων: Revista Internacional de Filosofía*, 52, 101-115.
- Cano-Vindel, A. (1989). *Cognición, emoción y personalidad: un estudio centrado en la ansiedad* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de las Ideas Psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- Casado, C. & Colomo, R. (2006). Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la Filosofía Occidental, *A Parte Rei*, 47. Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/casado47.pdf>
- Céspedes, B. (1876). *Estudio fisiológico descriptivo de las pasiones humanas*. Madrid: Imprenta de la Viuda de García.
- Changeux, J. P. (2012). Allosterity and the Monod-Wyman-Changeux Model After 50 Years. *Annual Review of Biophysics*, 41, 103-133.
- Charcot, J.M. (1888-1889). *Histeria*. Jaén: Ediciones del Lunar, 2003.
- Chóliz, M. (1995). La expresión de las emociones en la obra de Darwin. En F. Tortosa, C. Civera & C. Calatayud (Comps): *Prácticas de Historia de la Psicología* (pp. 1-11). Valencia: Promolibro.
- Chalmers, D.J. (1995). Facing Up to the Problem of Consciousness. *Journal of Consciousness Studies*, 2 (3): 200-219.
- Chalmers, D.J. (1996). *The Conscious Mind: In Search of a Fundamental Theory*. Oxford University Press.

- Chalmers, D.J. (2002). *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford: Oxford University Press.
- Chalmers, D.J. (2004). The Representational Character of Experience. In Brian Leiter (ed.), *The Future for Philosophy*, Oxford: Oxford University Press, 153-181.
- Chomsky, N. (1957). *Estructuras sintácticas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1999.
- Choza, J. (1978). *Conciencia y Afectividad*. Pamplona: EUNSA.
- Churchland, P.S. & Sejnowski, T.J. (1992). *The Computational Brain*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Churchland, P.S. (2002). *Brain-Wise: Studies in Neurophilosophy*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Cline, H. et als. (2016). El estímulo Externo conduce el revelado temprano del circuito del cerebro. Recuperado de New Medical Life Sciences & Medicine en <http://www.news-medical.net/news/20160527/1173/Spanish.aspx>
- Clore, G. L. (1994). Why emotions require cognition. In P. Ekman & R. J. Davidson (Eds.), *The Nature of Emotion: Fundamental Questions* (pp. 181-191). New York: Oxford University Press.
- Comte, A. (1844). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- Condillac, E. (1746). *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*. Madrid: Ed. Réus, S.A., 1922.
- Condillac, E. B. (1754). *Tratado de las sensaciones*. Eudeba: Buenos Aires, 1963.
- Condillac, E. B. (1779). *Lógica y Extracto razonado del Tratado de las sensaciones*. Aguilar: Buenos Aires, 1982.
- Copleston, F.C. (1994). *Historia de la filosofía*, Vol. I: Grecia y Roma. Madrid: Ed. Ariel.
- Copleston, F.C. (1999). *Historia de la filosofía*, Vol. VII: de Fichte a Nietzsche. Madrid: Ed. Ariel.

- Coronel Ramos, M. A. (2013). La Pedagogía Vital de Séneca: enseñanza para vivir moralmente y comportarse cívicamente. *Educación XXI*, 16 (2).
- Covo, P.C. (2006). John Hughlings Jackson, un científico victoriano. *Acta Neurológica Colombiana*, 22,257-260.
- Crick, F. (1994). *La búsqueda científica del alma. Una revolucionaria hipótesis para el siglo XXI*. Madrid: Debate.
- Crisipo de Solos (2007). *Testimonios y fragmentos*, (vols 1-2). Madrid: Editorial Gredos.
- Cubí, M. (1852). *La Frenología y sus glorias. Lecciones de frenología ilustrada con profusión de auténticos retratos y otros diseños*. Barcelona: Impr. Hispana.
- Dajas, F. (2005). El cerebro violento. Sobre la Psicobiología de la violencia y los comportamientos agresivos. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 74(1):22-37
- Damasio, A. (2001). *La sensación de lo que ocurre: cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*. Madrid: Debate.
- Damasio, A. (2005). *En busca de Spinoza: neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona, Crítica.
- Damasio, A. (2006). *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica.
- Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Ed. Destino.
- Damasio, H. (1994). *Human Brain Anatomy from Computerized Images*. Oxford University Press: Nueva York
- Darwin, Ch. (1859). *El origen de las especies*. Barcelona: Ed. Planeta, 1992.
- Darwin, Ch. (1871). *El origen del hombre*. Barcelona: Crítica, 2009.
- Darwin, Ch. (1872). *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*. Madrid: Alianza, 1984.

- Davidson R.J., Jackson, D.C. & Kalin, N.H. (2000). Emotion, plasticity, context, and regulation: perspectives from affective neuroscience. *Psychological Review*, 126(6): 890-909.
- Del Valle y Huerta, G. (1878). *Las pasiones ante las ciencias biológicas*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro.
- Delval, J. (1997). Tesis sobre el constructivismo, en Rodrigo, M.J. & Arnay, J. (comp.). *La construcción del conocimiento escolar* (pp.15-24). Barcelona: Paidós
- Dennett, D. (2006). *Dulces sueños: Obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia.*, Buenos Aires/Madrid: Katz Editores.
- Depraz, N. (2012). Delimitación de la emoción. Acercamiento a una fenomenología del corazón. *Investigaciones Fenomenológicas*, 9, 39-68
- Descartes, R. (1649). *Las pasiones del alma*. Madrid, Ed. Tecnos, 1997.
- Descartes, R., (s.f). *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas*. Barcelona: Alba Editorial, 1999.
- Deutsch, J.A. & Deutsch, D. (1966). *Physiological Psychology*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
- Díez Macho, A. (Dir.), (1982-1987)). *Apócrifos del Antiguo Testamento*, (vols 1-5). Madrid: Ed. Cristiandad.
- Dixon, T. M. (2003). *From passions to emotions: the creation of a secular psychological category*. Cambridge: Cambridge University Press
- Dobbs, D. (2005). Fact or phrenology?. *Scientific American Mind*, 16, 24–31.
- Dölling, E. (2001). Alexius Meinong's Life and Work. In L. Albertazzi, D. Jacquette, & R. Poli, (ed), *The School of Alexius Meinong* (PP. 49-76). Aldershot: Ashgate
- Duffy, E. (1962). *Activation and behavior*. Nueva York: Wiley and sons.
- Durkheim, É. (1924). *Educación y Sociología*. México: Ed. Popular, 1999.

- Duvauchelle C.L., Fleming S.M. & Kornetsky C. (1998) Prefrontal cortex infusions of SCH 23390 cause immediate and delayed effects on ventral tegmental area stimulation reward. *Brain Res* 811:57– 62.
- Ebbinghaus, H. (1913). *Memory: A contribution to experimental psychology*. N.Y.: Dover, 1964.
- Edelman, G. & Tononi, G. (2002). *El universo de la conciencia: cómo la materia se convierte en imaginación*. Barcelona: Crítica.
- Ekman, P. (1992). An argument for basic emotions. *Cognition and Emotion*, 6, 169-299.
- Ekman, P. (2012). *El rostro de las emociones*. Barcelona: RBA Libros.
- Ekman, P. & Davidson, R.J. (1994). *The nature of emotion: Fundamental questions*. New York: Oxford University Press.
- Ekman, P., Levenson, R.W., & Friesen, W.V. (1983). Autonomic nervous system activity distinguishes among emotions. *Science*, 221, 1208-1210.
- Engels, F. & Marx, C. (1888). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Madrid: Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, 2006.
- Epicteto. *Máximas*, Manuales Gallach, Valladolid: Maxtor Editorial, 2012
- Epicuro. Carta a Meneceo. En Carlos García Gual, *Epicuro*, Madrid: Alianza, 1993.
- Estes, W.K. et al. (1954). *Modern Learning Theory*. New York: Appleton-Century-Crofts
- Estobeo, I. (1884). Eglogae, in Ioannis Stobaei *Anthologii libri duo priores qui inscribi solent Eclogae physicae et eticae* (vols 1-2). Berlin: Ed. C. Washsmuth.
- Fechner, G. (1860). *Elementos de Psicofísica*. Leipzig: Breitkopf, 1889.
- Fehr, B. & Russell, J. (1984). Concept of emotions viewed from a prototype perspective. *Journal of Experimental Psychology: General*, 113, 464-486.

- Fernández-Abascal, E.G. & Palmero, F. (1995). Activación. En E.G. Fernández-Abascal (Ed.). *Manual de Motivación y Emoción*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- Fernández-Abascal, E.G. & Palmero, F. (Coord.)(1998). *Procesos emocionales*. Barcelona: Ariel.
- Fernández Beites, P. (2013). Sobre la intencionalidad secundaria de las emociones. *Dianota: anuario de Filosofía*, 70, 3-34.
- Fernández Riaño, L. (2010). *El valor educativo de la interioridad. Un enfoque desde Charles Taylor* (Tesis Doctoral). Servicio Publicaciones Universidad de Valencia.
- Fernández Vidal, F. (2006). *Les sciences de l'âme. XVIe-XVIIIe siècle*. Paris: Honoré Champion Éditeur.
- Ferrer Santos, U. & Román Ortíz, A. D. (2010). *San Agustín de Hipona*, Philosophica, Enciclopedia filosófica on line, Recuperado de <http://www.philosophica.info/voces/agustin/Agustin.html>
- Feurbach, L. (1841). *Escritos en torno a la esencia del cristianismo*. Madrid: Tecnos.
- Flourens, M.J.P. (1842). *Recherches expérimentales sur les propriétés et les fonctions du système nerveux dans les animaux vertébrés*. París: J.-B. Balliere.
- Fodor, J. A. (1983). *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata, 1986
- Foucault, M. (1967). *La historia de la locura en la época clásica*. México: FCE.
- Fraiberg, S. (1977). *Insights from the blind*. England, London: Souvenir Press.
- Freedman, D.G. (1964). Smiling in blind infants and the issue of innate vs. Acquired. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, Vol. 5, 3-4,171–184.
- Freud, S. (1973). *Obras Completas* (vols 1-3). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Frijda, N. (1993). The place of appraisal in emotion. *Cognition and Emotion*, 7, 357-387.
- Frijda, N.H. (1986). *The emotions*. Cambridge: University Press.



- Frijda, N.H. (1988). The laws of emotion. *American Psychological*, 43(5), 349-358.
- Fritsch, G. & E. Hitzig, E. (1870). Über die elektrische Erregbarkeit des Grosshirns. *Archiv für Anatomie und Physiologie*. In: G. von Bonin, *Some papers on the Cerebral Cortex* (pp. 73-96). Springfield, Il.: Charles C. Thomas, 1960.
- Fuster, J.M. (1980). *The Prefrontal Cortex: Anatomy, Physiology, and Neuropsychology of the Frontal Lobe*. New York: Raven Press.
- Fuster, J.M. (2008). *The Prefrontal Cortex*. London: Academic Press.
- Gabbard, G.O. (1992). Psychodynamic Psychiatry in the decade of the brain. *The American Journal of Psychiatry*, 149, 991-998.
- Gadner, H. (1985). *La nueva ciencia de la mente*. Buenos Aires: Paidós.
- Gadner, H. (1998). *Inteligencias múltiples: la teoría en la práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Galileo, G. (1638). *Discorsi e dimostrazioni matematiche: Intorno a duen uove scienze attinenti alla mecanicaed i movimenti local*. Leiden: Appreffo gli Elfevirii
- Galileo, G. (1635). *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*. Madrid: Alianza, 1995.
- Gall, F. J. (1835). *Resumen analítico del sistema del doctor Gall, sobre las facultades del hombre y funciones del cerebro vulgarmente llamado craneoscopia*. Madrid: Librería Extranjera de Denné y Compañía.
- Gall, F.J. & Spurzheim, G. (1810) *Anatomie et physiologie du système nerveux en général*. París: F. Schoell, rue des fosses S. Germain-l'auxerrois, 29
- Galton, F. (1869). *Hereditary Genius*. London: McMillan and Co.
- García-Baro, M. (1999). *Vida y mundo. La práctica de la fenomenología*. Madrid: Trotta.
- García Gual, C., Lledó, E. & Hadot, P. (2013). *Filosofía para la felicidad. Epicuro*. Madrid: Errata Naturae.

- García Morente, M. (1980). *Lecciones preliminares de filosofía*. México: Ed. Porrúa, S.A.
- García Vega, L. & Moya Santoyo, J. (1993). *Historia de la Psicología II, Teorías y sistemas Psicológicos*. Madrid: Siglo XXI.
- García Vega, L., Moya Santoyo, J. & Rodríguez Domínguez, S. (1992). *Historia de la Psicología I. Introducción*. Madrid: Siglo XXI.
- Gauchet, M. (1992). *L'Inconscient cérébral*. Paris: Éditions du Seuil.
- Gazzaniga, M.S., Ivry, R., & Mangun, G.R. (2008). *Cognitive Neuroscience: The Biology of the Mind*. New York: W.W. Norton & Company.
- Gil Blasco, M. (2014). *La Teoría de las emociones de Martha Nussbaum: el papel de las emociones en la vida pública* (Tesis doctoral). Universidad de Valencia. Recuperado de internet en <http://mobiroderic.uv.es/bitstream/handle/10550/39523/Tesis%20doctoral%20Marta%20Gil%20Blasco.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Ginger, S. & Ginger, A. (1993). *La Gestalt: una terapia de contacto*. México: El manual moderno.
- Goenjian, A.K., Steinberg, A.M., Najarian, L.M., Fairbanks, L., Tashjian, M. & Pynoos, R. (2000). A Prospective study of posttraumatic stress, anxiety, and depressive reactions after earthquake and political violence. *The American Journal of Psychiatry*, 157, 911–916.
- Gómez Rodríguez, A. (2003). *Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- González, Z. (1879). *Historia de la Filosofía*. Recuperado de internet <http://www.filosofia.org/zgo/hf2/>
- González Blanco, E. (2008). *Evangelios apócrifos*. Madrid, San Lorenzo del Escorial: Ed. Creación.
- González, F. & Mitjás, A. (1989). *La personalidad. Su educación y desarrollo*. Cuba, La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

- Green, O.H. (1992). *The Emotions: A Philosophical Theory*. Dordrecht: Kluwer Academic Publisher.
- Greenfield, S. (2011). *You and Me: The Neuroscience of Identity*. London: Notting Hill Editions.
- Greenspan, S. & Benderly, B. (1998). *El crecimiento de la mente*. Barcelona: Paidós.
- Griesinger, W. (1845). *Mental Pathology and Therapeutics*. New York: William Wood & Company.
- Hameroff, S. (2007). The brain is both neurocomputer and quantum computer. *Cognitive Science*, 31,1035-1045.
- Hameroff, S. (2012). How quantum brain biology can rescue conscious free will. *Frontiers in Integrative Neuroscience*, 6, 93. Recuperado de internet <http://journal.frontiersin.org/article/10.3389/fnint.2012.00093/full>.
- Hameroff, S.R. & Penrose, R. (2014). Consciousness in the universe: A review of the ‘Orch OR’ theory. *Physics of Life Reviews*, 11: 39-78.
- Haller, A. v. (1757-1766). *Elementa physiologiae corporis humani* (vols 1-8). Lausannae: Sumptibus M-M. Bousquet et Sociorum.
- Haller, A. v. (1743-1756). *Icones anatomica*. Gottingen: Bibliotheca anatomica
- Harlow HF & Harlow MK (1962). The effect of rearing conditions on behavior. *Bulletin of the Menninger Clinic* 26 (5): 213–224.
- Harlow, H.F. & Harlow, M.K. (1965). Learning to love. *American Scientist*, 54,244-272.
- Hartley, D. (1749). *Observations on Man, his Frame, his Duty, and his Expectations*. Gainesville, Florida: Scholar´ Facsimiles & reprints, 1966.
- Hebb, D. O. (1949). *The Organization of Behavior: A neuropsychological theory*. New York: Wiley.

- Hebb, D. O. (1955). Drives and the Conceptual Nervous System. *Psychological Review*, 62, 243-254.
- Hebb, D.O. (1980). *Essays on Mind*. New York: Lawrence Erlbaum.
- Hegel, G.W.F. (1807). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Hegel, G.W.F. (1817). *Enciclopedia de las Ciencias filosóficas en Compendio*. Madrid: Alianza Ed., 2005.
- Hegel, G.W.F. (1821). *Filosofía del derecho*. Madrid: Libertarias-Prodhufo, 1993.
- Hegel, G.W.F. (1830). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal (2. vol.)*. Barcelona: Altaya, 1994.
- Heider, F. (1983). *The life of a psychologist: An autobiography*. Lawrence, Kansas: The University Press of Kansas.
- Heidegger, M. (1927). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta
- Heilman, K. (2000). *Cognitive neuroscience of emotion*. New York: Oxford University Press
- Helmholtz, H.L. (1867). *Optique physiologique, 1856 -1866 (vols. 1-3)*. Paris: Masson.
- Henry, J.P. & Stephens, P.M. (1977). *Stress, Health, and the Social Environment. A Sociobiologic Approach to Medicine*. Nueva York: Springer-Verlag.
- Herbart, J.F. (1806). *Pedagogía general derivada del fin de la educación*. Madrid: Ed. de la Lectura, 1914.
- Herbart, J.F. (1816). *A text-book in Psychology*. N.Y.: Appleton, (1891).
- Hidalgo Tuñón, A. (2006). Materialismo filosófico. *Eikasía*, nº 2. Recuperado de <http://revistadefilosofia.com/MATERIALISMOFILOSOFICOesp.pdf>.
- Hirsch, J. (1963). Behavior-genetics and individuality understood. *Science*, 142:1436–1442.

- Hitzig, E. (1884). Zur Physiologie des Grosshirns. On the physiology of the cerebrum. *Arch.Psych.Nervenkr*, 5:270-275
- Hobbes, Th. (1647). *Tratado sobre el ciudadano*. Madrid: Trotta, 1999
- Hobbes, Th. (1651). *Leviathán*. Madrid: Alianza, 1989.
- Homero (s.f.). *Iliada*. Madrid: Espasa.
- Honderich, T. (2008): *Enciclopedia Oxford de filosofía*, Madrid: Tecnos.
- Hull, C.L. (1943). *Principios de conducta*. Madrid: Debate, 1980.
- Hull, C. L. (1952). *A behavior system*. New Haven: Yale University Press.
- Hume, D. (1740). *Tratado de la Naturaleza Humana* (vols.1-3). Barcelona: Ed. Orbis, 1981.
- Hume, D. (1798). *Investigación sobre el conocimiento humano*. Madrid: Alianza, 1983.
- Humphrey, N. (2011). *Soul Dust: The Magic of Consciousness*. New Jersey: Princeton University Press.
- Hunt, G.E. & McGregor, I.S. (1998). Rewarding brain stimulation induces only sparse fos-like immunoreactivity in dopamine neurons. *Neuroscience*, 83, 501-515.
- Husserl, E. (1901). *Investigaciones Lógicas* (vols. 1-2). Buenos Aires: Alianza, 2005.
- Husserl, E. (1913). *Ideas Relativas a una Fenomenología Pura y una Filosofía Fenomenológica*. México: UNAM-Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Hyman, S. E. (1999). Look into the Future: the rol of genetics and molecular biology. En S. Weissman, M. Sabshin & H. Eist (Eds.), *Research on mental illness. Psychiatry in the New Millenium* (pp. 97-117). Washington DC: American Psyquiatic Press.
- James, W. (1884). ¿Qué es una emoción?. *Estudios de Psicología*, 21, 1985
- James, W. (1890). *Principios de Psicología*. México: FCE, 1989.

- James, W. (1892). *A Textbook of Psychology. Briefer Course*. Buenos Aires: Emecé, 1963.
- Jeeves, M. & Brown, W.S. (2009). *Neuroscience, Psychology, and Religion: Illusions, Delusions, and Realities about Human Nature*. USA: Templeton Science & Religion Series.
- Jiménez Castaño, D. (2012). La prioridad del placer sobre el deseo en la teoría de las pasiones de Hobbes: una explicación materialista, mecanicista y fisiológica. *Cauriensia*, vol. VII, 271-280.
- Johnson, P. (2010). *La historia del cristianismo*. Barcelona: Zeta Castillo.
- Kant, I. (1764). *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Madrid: Espasa Calpe, 2004.
- Kant, I. (1788). *Crítica a la razón práctica*. Madrid: Alianza, Ed., 2011
- Kant, I. (1796). *Como orientarse en el pensamiento*. Argentina, Buenos Aires: Editorial Leviatan, 2005.
- Kant, I. (1798). *Antropología en sentido práctico*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Kelly, G. A. (1955). *The psychology of personal constructs*. New York: Norton.
- Kendler, K. S., Kuhn, J. & Prescott, C. A. (2004). The interrelationship of neuroticism, sex, and stressful life events in the prediction of episodes of major depression. *American Journal of Psychiatry*, 161, 631– 636.
- Kidd, I. G., (2004). *Posidonius. The translation of the fragments*, vol. III. Cambridge: University Press, Cambridge.
- Kierkegaard, S. (1844). *El concepto de la angustia*. Madrid: Espasa-Calpe, 1979.
- Klüver, H & Bucy, P. (1939). Preliminary Analysis of Functions of the Temporal Lobes in Monkeys. *Archives of Neurology and Psychiatry*, 42: 979-1000.
- Koch, S. (1959). *Psychology: A Study of Science*. New York: McGraw-Hill.

- Koch, C. (2012). *Consciousness. Confessions of a Romantic Reductionist*. Cambridge, MA: The MIT Press
- Kolb, B, Whishaw, I. Q. (2006). *Neuropsicología humana*. Buenos Aires; Madrid: Médica Panamericana.
- Korichi, M. (2000). *Les passions*. París: Flammarion.
- Kraepelin, E. (1883). *Compendium of Psychiatry: For the Use of Students and Physicians*. Leipzig. Leipzig: Abrm. Abel
- Laercio, D. *Vidas de filósofos ilustres*. Barcelona: ed. Iberia, 1962
- Lane, R.D. (2000). Neural correlates of conscious emotional experience. En R.D. Lane & L. Nadel (eds.), *Cognitive Neuroscience of Emotion*, 345-370. Nueva York: Oxford University Press.
- Lane, R.D. & Schwartz, G.E. (1987). Levels of emotional awareness: a cognitive-developmental theory and its application to psychopathology. *Am J. Psychiatry*, 144(4):542
- Lang, P.J. (1968). Fear reduction and fear behaviour: Problems in treating a construct. In J. M. Siten (Ed.): *Research in psychotherapy*, Vol. III. (pp. 90-103). Washington: American Psychological Association.
- Lang, P.J. (1979). A bio-informational theory of emotional imagery. *Psychophysiology*, 16, 495-512.
- Lang, P.J. (1985): The cognitive psychophysiology of emotion: Fear and anxiety. In AH. Tuina & J.D. Maser (Eds). *Anxiety and the anxiety and the disorders* (pp.131-170). Hillsdale, New Jersey: Erlbaum.
- Lang, P.J. (1988). What are the data of emotion?. En V. Hamilton, G. H. Bower. & N. H. Frijda. (Eds.), *Cognitive perspectives on emotion and motivation* (pp. 173-181) Dordrecht: Kluwer.
- Lange, C. (1885). *Les émotions, étude psychophysologique*. Paris: Felix Alcan, 1907.

- Laplanche, J. & Portalis, J-B. (1968). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lashley, Karl S. (1950). In search of the engram. *Society of Experimental Biology Symposium 4*: 454–482.
- Lavater, J.C. (1775-1778). *L'Art de connaitre les hommes par la Physionomie*, Paris: Depelafol, 1835.
- Lazarus, R. S. (1991). *Emotion and adaptation*. New York: Oxford University Press.
- Lazarus, R. S. (2001). Relational meaning and discrete emotions. In K. Scherer, A. Schorr, & T. Johnstone (Eds.), *Appraisal processes in emotion: Theory, methods, research* (pp. 3-19). New York: Oxford University Press.
- Lazarus, R.S. (1984). On the primacy of cognition. *American Psychologist*, 39(2), 124-129.
- Lazarus, R.S. & Folkman, S. (1986). *Estrés y procesos cognitivos*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Leahey, T.H. (2009). *Historia de la Psicología*. Madrid: Pearson.
- LeDoux, J.E. (1986): The neurobiology of emotion. En J.E. LeDoux & W. Hirst (eds.): *Mind and Brain: Dialogues in Cognitive Neuroscience* (pp.301-354). England, Cambridge: University Press.
- LeDoux, J.E. (1991). Emotion and the limbic system concept. *Concepts in Neuroscience*. 2:169–199.
- LeDoux, J.E. (1994). Emotion-specific physiological activity: Don't forget about CNS physiology. En P. Ekman & R.J. Davidson (Eds.), *The nature of emotion* (pp. 248-251). New York: Oxford University Press
- LeDoux J.E. (1996). *The emotional brain*. New York: Simon & Schuster.
- LeDoux JE (2000). Emotion circuits in the brain. *Annual Review of Neuroscience*, 23, 155-184.



- Leeper, R.W. (1970): Feelings and emotions. En M.D. Arnold (ed.): *Feelings and Emotions. The Loyola Symposium* (pp. 151-168). Nueva York: Academic Press.
- Leibniz, G. (1714). *La monadología*. Oviedo: Pentalfa Clásico, El Basilisco, 1981.
- León, D.A. (2006). ¿Es explicable la conciencia sin emoción?: una aproximación biológico-afectiva a la experiencia consciente. *Rev. Latinoam. Psicol.* 38(2), p.361-381.
- Levenson, R.W. (1994). The search for autonomic specificity. En P. Ekman & R.J. Davidson (Eds.), *The nature of emotion* (pp. 252-257). New York: Oxford University Press.
- Levine, D.S., Leven, S.J. & Pruitt, P.S. (1992). Integration, disintegration, and the frontal lobes. In D.S. Levine & S.J. Leven (eds.), *Motivation, Emotion and Goal Direction in Neural Networks*, (pp. 301-335). Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Levine, S.C., Regier, T. & Solomon, T. (2002). Did residual normality really have a chance?. *Behavioral and Brain Sciences*, 25(6), 759-760.
- Lieberman, D.E. (2000). Ontogeny, homology, and phylogeny in the Hominid craniofacial skeleton: the problem of the browridge. In P. O'Higgins & M. Cohn (eds.), *Development, Growth and Evolution: implications for the study of hominid skeletal evolution* (pp. 85-122). London: Academic Press.
- Libet, B. (2004). *Mind time: the temporal factor in consciousness*. Cambridge: Harvard University Press.
- Llinás, R. (2001). *El cerebro y el mito del yo*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Llinás, R. & Churchland P.S. (1996). *Mind-Brain Continuum: Sensory Processes*. Cambridge/Mass., London, MIT Press A Bradford Book
- Locke, J. (1690). *Ensayos sobre el entendimiento humano*. México: FCE, 1956.
- Locke, J. (1693). *Pensamientos sobre la Educación*. Madrid: Editorial Akal S.A., 1986.

- Lombroso, C. (1897). *L'Uomo delinquente*. Torino: Fratelli Bocca Ed.
- Lombroso, C. (1902). *El delito: Sus causas y remedios*. Madrid: Victoriano Suárez.
- López Cuétara, J.M. (2001). Algunos conceptos filosóficos en Guillermo de Ockham, *Verdad y vida*, 59(232), 535-540.
- López Sáenz, M.C. (2003). Imaginación carnal en M. Merleau-Ponty. *Revista de Filosofía*. 28(1).
- Luria, A.R. (1948). *Restoration of function after brain damage*. Nueva York: Macmillan, 1963.
- Luria A.R. (1973). *El cerebro en acción*. Barcelona: Fontanella, 1974
- Luria, A.R. (1975). *Fundamentos de Neuropsicología*. Barcelona: Fontanella.
- Luria, A. R. (1977). *Las funciones corticales superiores del hombre*. La Habana: Orbe.
- Lurçat, L. (1976). *L'échec et le désintérêt scolaire*. Paris: Éditions du Cerf.
- Lura, A.R. (1975). *Fundamentos de Neuropsicología*. Barcelona: Fontanella.
- MacLean, P.D. (1949). Psychosomatic disease and the visceral brain; recent developments bearing on the Papez theory of emotion. *Psychosom Med*, 11, 338-353.
- MacLean, P.D. (1955). The limbic system ("isceral brain") and emotional behavior. *AMA Arch Neurol Psychiatry*, 73,130-134.
- MacLean, P.D. (1990). *The triune brain in evolution: role in paleocerebral functions*. New York: Plenum Press.
- Magendi, F. (1822). Recherches physiologiques sur la vie et la mort. *Journal de Physiologie Experimentale et Pathologique*, 2, 276-279.
- Malebranche, N. (1712). *Acerca de la investigación de la verdad*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2009.
- Mandler, G. (1975). *Mind and emotion*. New York: Wiley

- Mandler, G. (1990). Interruption discrepancy theory: Review and extensions. En S. Fisher & C. L. Cooper (Eds.), *On the move: The psychology of change and transition* (pp. 13-32). Chichester: Wiley.
- Marco Aurelio. *Meditaciones*. Barcelona: RBA, editores, 2008
- Marcuse, H. (1941). *Razón y Revolución*. Barcelona: Ediciones: Altaya, 1994.
- Marías, J. (2006). *Historia de la Filosofía*. Madrid: Alianza, Ed.
- Marks, J. (1982). A theory of emotion. *Philosophical Studies*, 42(1), 227-242.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta Agostini, 1993.
- Marlowe W.B., Mancall, E.L. & Thomas JJ. (1975). Complete Klüver-Bucy syndrome in man. *Cortex*, 11, 53-59.
- Martín Hernández, R. (2006). *El orfismo y la magia*. (Tesis doctoral). Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid. Recuperada de <http://biblioteca.ucm.es/tesis/fl/ucm-t29556.pdf>.
- Martínez-Selva, JM, Sánchez-Navarro, JP, Bechara, A & Román, F (2006). Brain Mechanisms involved in decision making. *Revista de Neurología*, 42, 411-418
- Mateo García, M.A. (2003). Notas sobre la complejidad en la Psicología. *Anales de Psicología*, Vol. 19(2), 315-326.
- Maurice, E., Steven, E. T. & Bryan, S. F. (1999). *Educación con inteligencia emocional*. Barcelona: Plaza y Janés S.A.
- McDonald, A.J., Shammah-Lagnado, S.J., Shi, C. & Davis, M. (1999). Cortical afferents to the extended amygdala. *Annals of the New York Academy of Sciences* Vol. 877, 309-338.
- McDougall, W. (1908). *An introduction to Social Psychology*. London: Methuen, 1967
- McDougall, W. (1912). *Introducción a la Psicología: Estudio de la conducta*. Argentina, Buenos Aires: Paidós.

- McDougall, W. (1905). *Physiological Psychology*. London: L.M.D. and Co.
- McFadden, J. (2002). Synchronous firing and its influence on the brain's electromagnetic field: evidence for an electromagnetic theory of consciousness. *Journal of Consciousness Studies*, 9, (4) 23-50
- Meinong, A. (1904). *Teoría del Objeto y Presentación personal*. Madrid- Buenos Aires: Miño y Dávila editores, 2008.
- Mill, J. (1929). *Analysis of the phenomea of the human mind*. Recuperado de internet <https://archive.org/details/analysisphenome06millgoog>
- Mill, J. S. (1861). *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. Madrid: Alianza editorial, 2001.
- Mill, J. S. (1863). *El utilitarismo*. Madrid: Alianza editorial, 2014.
- Millán-Puelles, A. (1990). *Teoría del objeto puro*. Madrid: Rialp.
- Miller, G. (1955). The Magical Number Seven, Plus or Minus Two. Some Limits on Our Capacity for Processing Information. *American Psychological Association*, 101(2). 343-352
- Miller, E.K. & Cohen, J.D. (2001). An integrative theory of prefrontal Cortex function. *Annual Review of Neuroscience*. 24,167–202.
- Miller, G. A., Galanter, E. & Pribram, K. (1960). *Planes y estructura de la conducta*. Madrid, Debate, 1983.
- Modzelewski D. H. (2012). *La educabilidad de las emociones y su importancia para el desarrollo de un ethos democrático. La teoría de las emociones de Martha Nussbaum y su expansión a través del concepto de autorreflexión* (Tesis Doctoral). Universidad de Valencia.
- Monserrat, J. (2000). Penrose y el enigma cuántico de la conciencia. *Pensamiento: Revista de investigación e Información filosófica*, 56 (215), 177-208

- Monserrat, J. (2001). Engramas neuronales y teoría de la mente. *Pensamiento: Revista de investigación e Información filosófica*, 57, 176-211.
- Montesquieu, C.L. (1750). *Del espíritu de las leyes* (vols. 1-2). Madrid: Sarpe, 1984
- Mora, F. (2009). *Cómo funciona el cerebro*. Madrid: Alianza Ed.
- Morel, B. A. (1857). *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés malades*. Paris: Baillière.
- Mosca, A. (2000). A Review Essay on Antonio Damasio's The Feeling of What Happens: Body and Emotion in the Making of Consciousness. *Psyche*, 6(10). Recuperado de <http://psyche.cs.monash.edu.au/v6/psyche6-10-mosca.html>.
- Mosso, A. (1892). *El miedo*. Madrid: Librería de José Jorro.
- Moya, P. (2007). Las pasiones de Tomás de Aquino. Entre lo Natural y lo Humano, *Tópicos*, 33, 141-173.
- Müller, J. (1846). *Tratado de Fisiología VII Vol.* Madrid: I. Boix.
- Muntané-Sánchez, A. & Moro Esteban, M.L. (2012). ¿Se puede leer la mente con la resonancia magnética funcional?. *Revista Mexicana de Neurología*, 13(4), 233-238.
- Muñoz, J. (2011). *Marx, K.* Madrid: Gredos.
- Neisser, U. (1967). *Cognitive psychology*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Newton, I. (1687). *Principios matemáticos de la Filosofía natural*. Barcelona: Altaya, S.A., 1993.
- Nietzsche, F. (1888). *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa a martillazos*. Madrid: Alianza Ed., 2004.
- Novella, E. (2011). La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX. *Dynamis*, 31(2), 453-474.

- Nussbaum, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz.
- Nussbaum, M. (2012). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós
- Nussbaum, M. (2014). *Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?*. Barcelona: Paidós.
- O'Keefe J. & Nadel L. (1979). The hippocampus as a cognitive map. *Journal of Behavioral and Brain Science* 2, 487–494.
- Oatley, K. (1992). *Best Laid Schemes: The Psychology of Emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Olds J. & Milner, P. (1954). Positive reinforcement produced by electrical stimulation of septal area and other regions of rat brain. *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 47(6), 419-27.
- Olivier Toledo, C. & Mondragón González, C. (2011). De protuberancias y perversiones. Frenología e higiene emocional en el mexicano del siglo XIX. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14 (1), 84–97.
- Olson, R. (1994). Science and Religion: Some Historical Perspectives by John Hedley Brooke. *The American Historical Review*, 99(1), 191-192.
- Ortega y Gasset, J. (1926). Recensión a la Psicología de Brentano. *Revista de occidente* XLII, 404-408
- Ortega y Gasset, J. (1929). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Espasa, 1999
- Ortony, A., Clore, G.L. & Collins, A. (1996). *La estructura cognitiva de las emociones*. Madrid: Siglo XXI.
- Ovejero, A. (2003). Importancia de las dimensiones psicosociológicas en el ámbito educativo. En S. Yubero, E. Larrañaga & J. F. Morales (coord.), *La sociedad educadora* (pp. 17-32). Cuenca: Servicio de Publicaciones UCLM.

- Páez, D. & Adrián, J.A. (1993). *Arte, Lenguaje y Emoción. La función de la experiencia estética desde una perspectiva vigotskiana*. Madrid: Fundamentos.
- Palmero, F. (1997). La emoción desde el modelo biológico. *REME (Revista Electrónica de Motivación y Emoción)*, 6 (13).
- Palmero, F., Guerrero C., Gómez, C., Carpi, A. & Gorayed, R. (2011). *Manual de teorías emocionales y motivacionales*. Castellón: Publicacions de la Universitat Jaume I.
- Panksepp J (2007). Neurologizing the Psychology of Affects: How Appraisal-Based Constructivism and Basic Emotion Theory Can Coexist. *Perspectives On Psychological Science*, 2,281-296.
- Panksepp, J. (1989a). The neurobiology of emotions: Of animal brains and human feelings. En A. Manstead & H. Wagner (eds.), *Handbook of Social Psychophysiology* (pp. 5-26). Chichester, Inglaterra: Wiley.
- Panksepp, J. (1989b). The psychobiology of emotions: The animal side of human feelings. En G. Gainotti & C. Caltagirone (eds.), *Emotions and the Dual Brain* (pp. 31-55). Berlín: Springer-Verlag.
- Panksepp, J. (1991). Affective neuroscience: A conceptual framework for the neurobiological study of emotions. En K.T. Strongman (ed.): *International Review of Studies on Emotion* (pp. 59-99). Nueva York: John Wiley and Sons.
- Panksepp, J. (1998). *Affective Neuroscience: The Foundations of Human and Animal Emotions*. Nueva York: Oxford University Press.
- Papanicolau, A.C. (2004). Representación neuronal del estímulo original en la corteza. *Revista Española de Neuropsicología* 6, 1-2:25-52.
- Papez JW. (1937). A proposed mechanism of emotion. *Arch NeurPsych.*, 38(4),725-743.
- Parellada, R. (2000). La naturaleza de las pasiones del alma en Descartes. *Revista de Filosofía*, 23, 235-242.

- Pascal, B. (1670). *Discurso sobre las pasiones del amor*. Sevilla: Renacimiento, 2003.
- Pavlov, I. (1927). *Conditioned reflexes: an investigation of the physiological activity of the cerebral cortex*. Londres: Oxford University Press
- Pavlov, I. (1929). *Los reflejos condicionados. Lecciones sobre la función de los grandes hemisferios*. Madrid: Morata.
- Penalva Buitrago, J. (2007). La forja del hombre en Plutarco. *Educación XXI*, 10, 215-238.
- Penrose, R. (1996). *Las sombras de la mente: hacia una comprensión científica de la consciencia*. Barcelona: Crítica.
- Penrose, R. (1997). On understanding understanding. *International Studies in the Philosophy of Science* 11(1):7-20.
- Penrose, R., Hameroff, S.R. (1995). *What gaps? Reply to Grush and Churchland*. *Journal of Consciousness Studies* 2(2), 99-112.
- Perea-Bartomé, M.V. & Ladera-Fernández, V. (2004). El Tálamo: aspectos neurofuncionales. *Revista de neurología*, 38(7), 687-693.
- Pérez Álvarez, M. (2011). El magnetismo de las neuroimágenes: moda, mito e ideología del cerebro. *Papeles del Psicólogo*, 32(2), 98-112.
- Pericot Nierga, I. (2009). Cartas al director. *Rev. de Neurología*, 24(1),74-82.
- Perinat, A. (1998). *Psicología del Desarrollo*. Barcelona: Edhasa.
- Perry, BD & Azad, I. (1999). Post-traumatic stress disorders in children and adolescents. *Current Opinions in Pediatrics*, 11(4), 121-132, 1999.
- Piaget, J. (1954). *Inteligencia y Afectividad*. Buenos Aires: AIQUE, 2005.
- Piaget, J. (1974). *La toma de conciencia*. Madrid: Morata, 1984
- Pifarré, L. (1993). *La desigualdad de la vida humana en Nietzsche*. Barcelona: Ed. PPU.



- Pineda, D.A. (2000). La función ejecutiva y sus trastornos. *Revista de neurología*, 30 (5): 465-94.
- Pinel, J.P.J. (2006). *Biopsicología*. Madrid: Prentice-Hall.
- Pinel, Ph. (1801). *Traité mèdico-philosophique sur l'aliénation mentale*. Madrid: Imprenta Real.
- Pinillos, J.L. (1975). *Principios de Psicología*. Madrid: Alianza.
- Platón. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1979.
- Plutarco. *Obras morales y de costumbres (Moralia I)*. Madrid: Editorial Gredos, 1992
- Plutchik, R. (1962). *The Emotions: Facts, Theories, and a New Model*. N.Y.: Random House.
- Plutchik, R. (1980). *Emotion: A psychoevolutionary synthesis*. New York: Harper & Row.
- Plutchik, R. (1970). Emotion, Evolution and Adaptive Processes. En M. Arnold (Ed.), *Feelings and Emotions*, (3-24). Orlando: Academic Press.
- Posner, M. I. & Shulman, G. (1979). Cognitive science. En E. Hearst (Ed.). *The first century of experimental psychology*. Hillsdale, New Jersey: Erlbaum.
- Pribram, K.H. (1970). Feelings as monitors. En M.D. Arnold (ed.): *Feelings and Emotions. The Loyola Symposium*, (pp. 41-53). Nueva York: Academic Press.
- Pribram, K.H. (1973). The primate frontal cortex-executive of the brain. En K.H. Pribram & A.R. Luria (eds.): *Psychophysiology of the Frontal Lobes* (pp. 293-314). Nueva York: Academic Press.
- Pribram, K.H. (1992). Familiarity and novelty: The contributions of the limbic forbrain to valuation and the processing of relevance. En D.S. Levine & S.J. Leven (eds.): *Motivation, Emotion, and Goal Direction in Neural Networks* (pp. 337-365). Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Putnam, H. (1999). *El pragmatismo: una cuestión abierta*. Barcelona: Gedisa

- Quiñones Vidal, E. & Ato García, M. (1981). Wundt y la Psicología Cognitiva. *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Ciencias de la Educación*, 39,1-4.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Ramachandran, V.S. (2012). *Los laberintos del cerebro*. Barcelona: La liebre de marzo.
- Ramón y Cajal, S. (1894a). La fine structure des centres nerveux. *The Croonian lecture*. London: Proceedings of the Royal Society, vol. 55.
- Ramón y Cajal, S. (1894b). Consideraciones generales sobre la morfología de la célula nerviosa. *Revista Veterinaria Española*, números 5 y 20 de junio.
- Ramón y Cajal, S. (1899a). *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados, III vol.* Madrid: Imprenta de Nicolás Moya.
- Ramón y Cajal, S. (1899b). *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados I vol.*, Madrid: Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2007.
- Ramón y Cajal, S. (1909). *Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados II vol.*, Madrid: Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2012.
- Ravven, H. (1989). Notes on Spinoza's critique of Aristotle's Ethics: from Teleology to Process Theory. *Philosophy and Theology*, 4(3-32).
- Ravven, H. (2001). Spinoza's Materialist Ethics: The Education of Desire. En G. Lloyd (ed), *Spinoza: Critical Assessments*. Londres: Routledge. V.2: pp.310-331.
- Reeve, J. (1994). *Motivación y Emoción*. Madrid: McGraw-Hill.
- Reddy, W.M. (2001). *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*. New York, Cambridge University Press.
- Reid, T. (1764). *Una investigación sobre la mente humana según los principios del sentido común*. Madrid: Trotta, 2004.
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. New York: Routledge, 2009

- Rey de Castro Esposto, J. (2009). *La estructura de la interioridad humana según Posidonio de Apamea*. Recuperado de internet [http://acapsi.com/estructura\\_de\\_la\\_interioridad\\_humana\\_segun\\_Posidonio\\_de\\_Apamea.html](http://acapsi.com/estructura_de_la_interioridad_humana_segun_Posidonio_de_Apamea.html)
- Rhodakanaty P. (1874). Objeto y utilidad de la frenología. *El Craneoscopio, Periódico frenológico y científico*, (I), 1,1.
- Rieber, R. & Vetter, H. (1979). Theoretical and historical roots of psycholinguistic research. En: Aaronson, D. & Rieber, R. (Eds): *Psycholinguistic research, implications and applications*. Hillslade, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Rizzolatti, G. & Craighero, L. (2004). The mirror-neuron system. *Annual Review of Neuroscience*, 27, 169-192.
- Rizzolatti, G. & Sinigaglia, C. (2006). *Las neuronas espejo*. Barcelona: Paidós.
- Robbins, T.W. & Everitt, B.J. (1999). Arousal systems and attention. En M.A. Gazzaniga (ed.): *Cognitive Neuroscience* (pp. 703-720). Massachusetts: The MIT Press.
- Rodríguez Camarero, L. (1981). Aproximación a la idea de la naturaleza en Spinoza. *Ágora: Papeles de Filosofía*, 1,113-120.
- Rodríguez Sutil, C. (1998). Emoción y cognición. James, más de cien años después. *Anuario de Psicología*, 29, (3), 3-23.
- Rogers, S. J. & Puchalski, C. B. (1984). Development of symbolic play in visually impaired young children. *Topics in Early Childhood Special Education*,3(4), 57-63.
- Román Alcalá, R. (2005). El escepticismo antiguo: Pirrón de Elis y la indiferencia como terapia de la filosofía. *Δαιμων: Revista de Filosofía*, 36, 35-51.
- Rorty, A.O. (1982): From passions to emotions and sentiments, *Philosophy*, 57: 175-188.

- Rosselló, J. & Revert, X. (2008). Modelos teóricos en el estudio científico de la emoción. En F. Palmero & F. Martínez (Eds.) *Motivación y emoción* (pp. 95-137). Madrid: McGraw-Hill Interamericana.
- Rousseau, (1761). *La Nueva Eloísa*. Madrid: Akal, 2007.
- Rousseau, J.J. (1762). *Emilio*. Madrid: Librería de Antonio Novo, 1879
- Rousseau, J.J. (1755). *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Alfaguara: Madrid, 1979.
- Rumelhart, D. (1975). *Introduction to human information processing*, New York: Wiley.
- Salovey, P. & Mayer, J. D. (1990). Emotional Intelligence. *Imagination, Cognition, and Personality*, 9, 185-211.
- Sánchez-Evira Paniagua, A. (2003). *Introducción al estudio de las diferencias individuales*. Madrid: Sanz y Torres.
- Sánchez-Migallón, S. (2004). Fenomenología. En Francisco Fernández Labastida & Juan Andrés Mercado (ed.), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*. Recuperado de internet <http://www.philosophica.info/archivo/2014/voces/fenomenologia/Fenomenologia.html>.
- Sánchez-Migallón, Sergio (2009). Franz Brentano. En Francisco Fdez Labastida, y Juan Andrés (editores), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, Recuperado de internet <http://www.philosophica.info/archivo/2009/voces/brentano/Brentano.html>
- Sartre, J.P. (1939). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza, 1971
- Schachter, S. & Singer, J.E. (1962). Cognitive, social and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 69, 379-399.
- Schachter, S., & Singer, J. (1979). Comments on the Maslach and Marshall-Zimbardo experiments. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 989-995.
- Scheler, M. (1913). *Esencias y formas de la simpatía*. Salamanca: Sígueme, 2005

- Scheler, M. (1938). *El puesto del hombre en el cosmos*. Madrid: Losada, 2004.
- Scheler, M. (1954). *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*. Madrid: Ed. Caparrós, Madrid, 2000.
- Scherer, K.R. (1999). Appraisal theory. En T. Dalgleish & M. Power (Eds.), *Handbook of Cognition and Emotion* (pp. 337-363). Chichester: John Wiley & Sons.
- Schiller, F. (1992). *Paul Broca: founder of French Anthropology, Explorer of the brain*. Oxford: University Press.
- Schopenhauer, A. (1819). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Trotta, 2003.
- Searle, J.R. (1996). *El redescubrimiento de la mente*. Barcelona: Crítica.
- Sechenov, I. (1863). *Reflejos del cerebro*. Argentina, Buenos Aires: Ciordia.
- Séneca, L. A. (s.f). *Sobre la felicidad*. Madrid: Alianza, 2004.
- Sergi, G. (1906). *Las Emociones. El Dolor y el Placer: Historia Natural de los Sentimientos*. Madrid: Daniel Jorro Editor.
- Shannon, C. E. (1948). A Mathematical Theory of Communication, *The Bell system technical Journal*, 27, 379-423.
- Shannon, C.E. (1950). XXII. Programming a Computer for Playing Chess. *Philosophical Magazine, Ser.7*, vol. 41, nº 314, 256-275.
- Shipley, G. (2001). *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.* Barcelona: Editorial Crítica.
- Skinner, B.F. (1938). *The behavior of organisms: an experimental analysis*. Oxford, England: Appleton-Century
- Skinner, B.F. (1953). *Ciencia y conducta humana*. Barcelona: Fontanella.
- Skinner, B.F. (1987). *Sobre el conductismo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Skinner, B.F. (1972). *Más allá de la libertad y la dignidad*. Barcelona: Fontanella.

- Smart, J.J.C. (1959). Sensations and Brain Processes. *Philosophical Review*, 68,141-156.
- Sohlberg, M.M. & Mateer, C.A. (1989). Training use of compensatory memory books: a three stage behavioural approach. *Journal of Clinical and Experimental Neuropsychology*, 11, 971-891.
- Solomon, R.C. (1993). *The Passions: Emotions and the Meaning of Life*. Indianapolis: Hackett.
- Spencer, H. (1852). A theory of population, deduced from the general law of animal fertility. *Westminster Review*, 57, 468-501.
- Spencer, H. (1855). *The principles of psychology*. London: Longman, Brown, Green and Longmans.
- Spencer, H. (1860). *Ética de las pasiones*. Madrid, La España Moderna,
- Spinoza, B. (1677). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza, 2009.
- Spitz, R. A. (1965). *El Primer Año de Vida*. Mexico: FCE, 1993.
- Spitz, R.A. (1945). Hospitalism. Solicitud de la Génesis de Condiciones Psiquiátricas en Temprana Niñez. *Estudio Psicoanalítico de Niño*, 1, 53-74.
- Sternberg, R. (1997). *Inteligencia exitosa*. Barcelona: Paid
- Suárez L. (2005). *Eugenesia y racismo en México*. México: UNAM.
- Suárez Tomé, D. (2013). El carácter mágico de la vida emocional irrefleja dentro de la ontología sartreana. *Revista de Filosofía y Psicoanálisis*, 3(3), 32-43.
- Suomi, S. J. (2004). How gene-environment interactions shape biobehavioral development: Lessons from studies with rhesus monkeys. *Research in Human Development*, 1, 205-222.
- Suppe, F. (1977). *The Structure of Scientific Theories*. Urbana University of Illinois Press.

- Suppe, F. (1979), *La estructura de las teorías científicas*. (Actas del Simposio Urbana, Illinois, EE.UU., marzo). Madrid: Editora Nacional.
- Thagard, P. & Millgram, E. (1995). Inference to the best plan: A coherence theory of decision. In A. Ram & D. B. Leake (Eds.), *Goal-driven learning*, (pp. 439-454). Cambridge, MA: MIT Press.
- Thagard, P. & Verbeurgt, K. (1998). Coherence as Constraint Satisfaction. *Cognitive Science*, 22 (1), 1-24.
- Thorndike, E.L. (1911). *Animal Intelligence Experimental studies*. N.Y.: McMillan.
- Tirapu, J., Muñoz-Céspedes, J.M. & Pelegrín, C. (2002). Funciones ejecutivas: necesidad de una integración conceptual. *Revista de Neurología Neurol*, 34, 673-685.
- Tolman, E. C. (1932). *Purposive Behavior in Animals and Men*. Nueva York: Appleton-Century Co.
- Tolman, E.C. (1977). *Principios de conducta intencional*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Tomás de Aquino, De veritate, cuestión 26, las pasiones del alma. *Cuadernos de Anuario Filosófico*. Pamplona, Universidad de Navarra, 2000.
- Tomás de Aquino. *Suma de teología*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Tomás de Aquino. *Sobre la verdad. Cuestiones Disputadas sobre la Verdad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.
- Tortosa Gil, F. & Mayor Martínez, L. (1992). Watson y la psicología de las emociones: evolución de una idea. *Psicothema*, 4(1), 297-315.
- Tracy, L., Robins, R.W. & Tangney, J.P. (2007). *Self-Conscious Emotions Theory and Research*. New York: Guilford Press
- Trevarthen, C. (1986). Los motivos primordiales para entenderse y para cooperar. En Perinat, A (Comp.), *La comunicación preverbal (187-207)*. Barcelona: Ed. Avesta.

- Trevarthen, C. (1993) The self born in intersubjectivity: The psychology of an infant communicating. En U. Nieser (Ed.) *The perceived self: Ecological and Interpersonal Sources of SelfKnowledge*. New York: Cambridge University Press.
- Turing, A.M. (1950). Computing Machinery and Intelligence. *Mind* 49, 433-460
- Vargas, J.A. & Espinoza Verdejo, A. (2008). Pasión y razón en Thomas Hobbes. *Alpha: revista de artes, letras y filosofía*, 26, 135-152.
- Vásquez Rocca, A. (2012). Sartre: teoría fenomenológica de las emociones, existencialismo y conciencia posicional del mundo. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 36, 339-351
- Vaticano (2005). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Vaticano: Libreria Edice Vaticana.
- Vendrell Ferran, (2011). La noción del valor en la filosofía de Meinong. In A. Reboul, *Philosophical Papers Dedicated to Kevin Mulligan.*, Recuperado de internet <http://www.philosophie.ch/kevin/festschrift/>
- Vendrell Ferranz, I. (2012). La ética de las emociones en Francisco Brentano. *Anuario Filosófico*, 45(1) 12, 146-173.
- Vesaglio, A. (1543). *De humani corporis fabrica libri septem*. Recuperado de internet <http://www.taringa.net/post/ciencia-educacion/15943033/Libro-De-humani-corporis-fabrica-de-Andres-Vesaglio-1543.html>
- Vigotsky, L. (1932). *Teoría de las emociones. Estudio histórico y psicológico*. Madrid: Akal, 2004.
- Vigotsky, L. (1934). *Pensamiento y lenguaje*. Madrid: Paidós (1978)
- Vogt, B. A. & Gabriel, M. (1993). *Neurobiology of Cingulate Cortex and Limbic Thalamus*. Boston: Birkhauser.
- Vogt, B. A., Finch, D. M., & Olson, C. R. (1992). Functional heterogeneity in cingulate cortex: The anterior executive and posterior evaluative regions. *Cerebral Cortex*, 2, 435-443.



- Wallace, A.R. (1855). On the Law Which Has Regulated the Introduction of New Species. *Annals and Magazine of Natural History*, 2<sup>o</sup> series, 16, 184-196.
- Wallace, A.R. (1855). On the Tendency of Varieties to Depart Indefinitely From the Original Type. *Society's Proceedings series*, vol. 3, 53-62.
- Wallace, A.R. (1889). *Darwinism: An Exposition of the Theory of Natural Selection, with Some of Its Applications*. Wisconsin: Universidad de Wisconsin - Madison
- Wallon, H. (1965). *Fundamentos dialécticos de la Psicología*. Buenos Aires: Proteo.
- Wallon, H. (1987). *Psicología y educación del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo y la Educación Infantil*. Madrid: Visor-Mec.
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20, 158-177.
- Watson, J. (1928). The Heart or the intellect?. *Harper's Monthly Magazine*, 156, 345-352)
- Watson, J.B. (1930). *El conductismo*. Buenos Aires: Paidós, 1961.
- Weber, E.H. (1846). *Der Tastsinn und das Gemeingefühl*. London-N.Y.: Academic Press, 1978.
- Weinberger, N.M. (2011). The medial geniculate, not the amygdala, as the root of auditory fear conditioning. *Hearing Research*, 274(1-2), 61-74.
- Wenger, M.A., Jones, F.N. & Jones, M.H. (1962). Emotional behaviour. In D.K. Candland (Ed.), *Emotion: Bodily change (pp....)*. Princeton, New Jersey: van Nostrand.
- Werner, H., & Kaplan, B. (1963). *Symbol formation*. New York: Wiley and Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- West, D. (2001). Spinoza on Positive Freedom. In G. Lloyd (ed), *Spinoza: Critical Assessments* (pp. 213-214). Londres: Routledge.

- Wiener, N. (1948). *Cybernetics, or Control and Communication in the Animal and the Machine*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Willis, T. (1664). *Cerebri anatome : cui accessit nervorum descriptio et usus*. Londini: typis Ja. Flesher, impensis Jo. Martyn & Ja. Allestry apud insigne Campanae in Coemeterio D. Pauli.
- Woodward, J. (1997). Causal Modeling, Probabilities and Invariance. In McKim and Turner, eds., *Causality in Crisis? Statistical Methods and the Search for Causal Knowledge in the Social Sciences* (pp. 265-317). Chicago: University of Notre Dame Press.
- Wundt, W. (1874). *Elementos de Psicología fisiológica*. Madrid: Librería de J.J. Menéndez, 1882.
- Wundt, W. (1896). *Compendio de psicología*. Madrid: la España Moderna, 1922.
- Yela, M. (1980). La evolución del conductismo, *Análisis y Modificación de Conducta*, 11-12: 147-179.
- Zajonc, R. B., Murphy, S. T. & McIntosh, D. N. (1993). Brain temperature and subjective emotional experience. En M. Lewis & J. M. Haviland (Eds.), *Handbook of emotions* (pp. 209-220). NuevaYork: The Guilford Press.

